

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Abuelas, madres e hijas rurales. Conceptualización de lo
femenino en los aquelarres de España y Chile. Estudio
comparativo a través del método biográfico**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Debora Jana Aguirre

Director

Miguel Santiago Valles Martínez

Madrid

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Abuelas, madres e hijas rurales. Conceptualización de lo femenino en
los aquelarres de España y Chile. Estudio comparativo a través del
método biográfico**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Debora Jana Aguirre

DIRECTOR

Miguel Santiago Valles Martínez

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Abuelas, madres e hijas rurales. Conceptualización de lo femenino en
los aquelarres de España y Chile. Estudio comparativo a través del
método biográfico**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Debora Jana Aguirre

DIRECTOR

Miguel Santiago Valles Martínez

Para Amaru, Fabi3n y Abraham
Para mis madres, Rosa y Viviana
para B3rbara Y Donna

Agradecimientos

A mi pequeño y gigante Amaru que con tu dulzura, amor incondicional y paciencia me enseñaste a mirar, con cabeza y corazón, muchas de las cosas que aquí he escrito y que tomaron un nuevo sentido desde que llegaste a mi vida. Esta investigación es para ti.

A Fabián, por el cariño, la compañía y las conversaciones de años, por invitarme a seguir y terminar este proyecto y hacerlo en familia, con nuestro niño corriendo por los alrededores, mientras el mundo se paralizaba.

A las mujeres de mi vida -Rosa, Viviana y Bárbara- que me impulsaron a seguir, a pesar de todo. Que me ayudaron infinitamente para poder tener eso que siempre falta, un poco más de tiempo. A ellas, con las que he viajado por distintos lugares para conocer más sobre las mujeres rurales, siempre esperándome a la salida, inventando excusas para estar todas juntas. Pero, sobre todo, por ser las mujeres más importantes de mi vida, por haberme transmitido su sabiduría y entregado su amor en cada momento.

A mi padre, que ya no está, el mejor abogado y sociólogo que he conocido y que, entre infinitas cosas, me enseñó a mirar el mundo de las mujeres. Por nunca haber dicho que no podía. Por ayudarme a ser quien soy. Por enseñarme el valor de las cosas importantes.

A mi director de tesis, Miguel S. Valles, por la confianza y la compañía de estos años, las lecturas sugeridas, la invitación a investigar y, especialmente, a creer en esta tesis. Los aprendizajes han sido enormes.

Y, finalmente, a todas las mujeres con las que he compartido, amigas de la vida, compañeras de labores, mujeres rurales que he conocido. Todas me han enseñado algo que atesoro. Gracias por compartir sus mundos femeninos conmigo y escuchar el mío. A ellas, por creer que un día, el mundo será un lugar más justo para todas (y todos).

Resumen

La presente investigación aborda la conceptualización que elaboran de lo femenino tres generaciones de mujeres rurales de Chile y España -abuelas, madres e hijas- a partir del estudio de sus trayectorias biográficas y de los elementos socioculturales que intervienen en su configuración. La perspectiva teórica-metodológica utilizada articula la comprensión de lo femenino como construcción sociocultural, los aportes de la teoría feminista y la comprensión de las mujeres como un colectivo heterogéneo, con una estrategia cualitativa sustentada en el método biográfico que, a través de la realización de entrevistas biográficas, profundiza en las particularidades de lo femenino desde una perspectiva intergeneracional y territorial. En base al análisis de los modelos hegemónicos de lo femenino en la modernidad -*mujer doméstica* como primera mujer del período y la *nueva mujer* como proyecto aspirado- se presentan dos principales resultados. Por una parte, un análisis comparado de las mujeres, identificando cambios y permanencias en las pautas socioculturales y trayectorias biográficas, identificando además su relación con la ruralidad -como estructura dinámica y compleja- y los procesos de modernización de la zona. Y, por otra, una tipología de lo femenino compuesto por cinco tipos de mujeres rurales en los países considerados, a saber, la *mujer rota*, la *cuidadora consagrada*, la *siempre repetida cabeza de familia*, las *mujeres de la modernización y con trayectorias en construcción* y la *mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad*.

Palabras clave: lo femenino, mujeres, ruralidad, generaciones, método biográfico, España y Chile.

Abstract

This investigation addresses how the concept of femininity is construed across three generations of rural women in Chile and Spain—grandmothers, mothers, and daughters—by studying their biographical trajectories and the sociocultural factors which shape their understanding of the concept. The theoretical and methodological framework aims to articulate femininity as a sociocultural construct, engage with feminist theory, comprehend women as a heterogeneous collective, and provide a qualitative strategy sustained on biographical methods such as interviews, which further examine the particularities of femininity from an intergenerational and territorial perspective. Based on an analysis of modernity's hegemonic models of femininity—the *domestic woman* as the period's first female prototype and the *new woman* as an aspiring project—we present two major results. First of all, we develop a comparative analysis of the women, identifying changes and continuities in their sociocultural patterns and biographical trajectories, as well as their relationship with rurality—a dynamic and complex structure—and the modernization processes in this area. Second of all, we offer a typology of femininity which includes five types of rural women in Chile and Spain: the *rude woman*, the *devoted caretaker*, the *perpetual head of household*, the *woman of modernization with an evolving trajectory*, and the *invisibilized or elderly woman*.

Key words: femininity, women, rurality, generations, biographical method, Spain and Chile.

Índice

Resumen	viii
Abstract.....	viii
CAPÍTULO 1. Introducción	1
CAPÍTULO 2. Posicionamiento teórico-metodológico, objetivos y contribuciones	15
2.1. Lo femenino, lo feminista y lo cualitativo. Perspectiva teórico-metodológica	16
2.2. Contribuciones al campo de la sociología	25
2.3. Objetivos generales y específicos.....	28
2.4. Dimensiones conceptuales y metodológicas	29
CAPÍTULO 3. Antecedentes. Ruralidad y mujeres en la modernización rural	31
3.1. Ruralidad y modernización desde la perspectiva sociológica	32
3.2. Mujer rural: nuevo actor social y estudios sobre su condición.....	41
3.3. Panorama estadístico de la mujer rural en España y Chile.....	58
3.3.1. La mujer rural en Chile en cifras	59
3.3.2. La mujer rural en España en cifras	80
CAPÍTULO 4. Marco Teórico. Modelos de lo femenino.....	100
4.1. Modelos de lo femenino desde una perspectiva sociohistórica.....	103
4.2. Modelos de lo femenino. Entre el desprecio, la exaltación y la igualdad ..	108
4.2.1. La mujer despreciada	108
4.2.2. La <i>mujer doméstica</i> (y sus orígenes históricos)	111
4.2.3. La <i>nueva mujer</i>	118
4.3. Lo femenino en clave latinoamericana	124
4.4. Lo femenino en España y América Latina	128
4.4.1. La <i>mujer de la vieja España</i> y la <i>criolla latinoamericana</i> del siglo XX	130
4.4.2. La irrupción de la <i>nueva mujer</i>	137
4.5. Reflexiones de cierre	144

CAPÍTULO 5. Estrategia metodológica.....	148
5.1. Enfoques metodológicos biográficos.....	149
5.1.1. Lo cualitativo y la comprensión de lo social desde la perspectiva de los actores.....	150
5.1.2. Reflexión, flexibilidad y la experiencia de la propia investigación .	153
5.2. Método biográfico y entrevistas	160
5.3. Decisiones de diseño y preparación de las entrevistas	166
5.4. Muestreo cualitativo y criterios de selección	182
5.5. Estrategia de análisis	189
CAPÍTULO 6. Ruralidad española y chilena, desde la perspectiva de las mujeres rurales	198
6.1. Primer eje. Imaginarios y experiencias en torno a la ruralidad	199
6.2. Segundo eje. Significados en torno al hogar rural.....	203
6.3. Tercer eje. Experiencias y valoraciones en torno a la <i>nueva ruralidad</i>	209
CAPÍTULO 7. Retratos sociológicos e historias de vida	214
7.1. Retratos sociológicos de abuelas rurales	216
7.2. Retratos sociológicos de madres rurales.....	231
7.3. Retratos sociológicos de hijas rurales.....	246
CAPÍTULO 8. Prácticas, discursos y representaciones sociales sobre lo femenino en la ruralidad.....	260
8.1. Modernización sociocultural y sexualidad: afroditas, <i>espejos</i> y vigilancias	264
8.1.1. Prácticas y discursos sobre sexualidad.....	268
8.1.2. Representaciones sociales sobre sexualidad	284
8.1.3. A modo de cierre. Ruralidad y configuración de la sexualidad femenina	292
8.2. Anatomía del matrimonio, el amor y las relaciones afectivas	294

8.2.1. Prácticas y discursos sobre matrimonio, amor y relaciones afectivas	298
8.2.2. Representaciones sociales sobre el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas.....	313
8.2.3. A modo de cierre. Ruralidad, matrimonio, amor y relaciones afectivas	317
8.3. Cambios y permanencias en la <i>buena madre rural</i> y paternidades rurales	320
8.3.1. Prácticas y discursos sobre maternidad y paternidad en lo rural.....	325
8.3.2. Representaciones sobre la <i>buena madre rural</i> y paternidades en lo rural	335
8.3.3. A modo de cierre. Modernización, nuevas pautas reproductivas y la <i>buena madre rural</i>	340
8.4. Inserción de las mujeres rurales en lo público y <i>entradas y salidas</i> de lo privado	341
8.4.1. Prácticas y discursos sobre lo público y lo privado	346
8.4.2. A modo de cierre. El trabajo como inserción conocida y el anhelo de <i>estar</i> en lo privado.....	352
CAPÍTULO 9. Tipología de mujeres rurales chilenas y españolas	354
CAPÍTULO 10. Conclusiones.....	363
Bibliografía.....	370

Índice de Tablas

Tabla 1. Población general en Chile (2017)	59
Tabla 2. Población por área de residencia en Chile (2017).....	59
Tabla 3. Serie de población en área rural y urbana en Chile, serie histórica desde Censo de 1970	60
Tabla 4. Índice de masculinidad en zonas urbanas y rurales de Chile, serie de Censos 1992-2017.....	61

Tabla 5. Población en grupos de edades quinquenales, según área urbana y rural, por sexo en Chile (2017)	62
Tabla 6. Porcentaje de población rural por región en Chile (2017)	64
Tabla 7. Número de hijos por mujer (declaración de fecundidad y paridez) en Chile, por área en la serie de Censo de 1982 a 2017	65
Tabla 8. Número y porcentaje de hogares por área de residencia (urbano o rural) en Chile, Censo 2017	66
Tabla 9. Número de jefaturas de hogar por área urbana y rural, en hogares censados (2017)	66
Tabla 10. Porcentaje de jefaturas de hogar por área urbana y rural, en hogares censados en Chile (2017)	66
Tabla 11. Jefatura de hogar declarada, por sexo y área en Chile, en la serie Censos 1992-2017	66
Tabla 12. Tipo de hogares con jefas de hogar, por área (censos 2002-2017) (%)	68
Tabla 13. Evolución de la cobertura educacional (tasa neta) por nivel de enseñanza 1990-2017	70
Tabla 14. Cobertura (tasa neta) de la educación secundaria (media) y superior, por sexo en Chile, entre 1990-2017	72
Tabla 15. Años de escolaridad en mujeres de origen rural, en grupos de edad (20 años), en Chile (2017)	74
Tabla 16. Tasa de participación laboral por zona rural y urbana, en el periodo 2006-2017	76
Tabla 17. Tasa de participación laboral por zona urbana y rural y sexo en Chile 1990-2017 (porcentaje, población de 15 años o más por zona urbana y rural y sexo)	77
Tabla 18. Población activa en ramas de actividad (primarias, secundarias y terciarias), en zona rural y por sexo en Chile (Censo 2017) (%)	78
Tabla 19. Población general en España (2019)	80
Tabla 20. Población por área de residencia en España (2017)	80
Tabla 21. Serie de población en área rural y urbana en España, serie histórica en España desde Censo de 1981	81

Tabla 22. Índice de masculinidad en zonas urbanas y rurales en España, serie de Censos 1981-2011.....	82
Tabla 23. Población en grupos de edades quinquenales, según área urbana y rural en España, por sexo (2017)	83
Tabla 24. Porcentaje de población rural por región (2019).....	84
Tabla 25. Tasa global de fecundidad, según nacionalidad de la madre en España, serie 1975- 2019.....	85
Tabla 26. Número y porcentaje de hogares por área de residencia (urbano o rural) en España (ECH), 2019	87
Tabla 27. Tipo de hogares (grandes grupos), por área (censos 2001-2019) en España (%)	88
Tabla 28. Tipo de hogares, por área y sexo de la persona de referencia en España (2019) (%)	89
Tabla 29. Nivel de formación alcanzado por la población adulta en España (%).....	90
Tabla 30. Porcentaje de población femenina adulta (de 25 a 64 años) y adulta mayor (sobre 65 años) que alcanza los niveles educativos bajos (Nivel 0-2) y superior (Nivel 5-8), en España, serie 2004-2018.....	93
Tabla 31. Tasa de actividad (% de la población de 16 y más años) en España.....	95
Tabla 32. Tasa de participación laboral por zona rural y urbana en España, en el periodo 2006-2018.....	96
Tabla 33. Tasa ocupación población adulta (16 años y más), por sexo y área en España (Censo 2011)	97
Tabla 34. Población activa en ramas de actividad (primarias, secundarias y terciarias), en total de población, por sexo en España (EPA, 2019) (%)	98
Tabla 35. Población ocupada en ramas de actividad (primarias, secundarias y terciarias), en zona rural y por sexo en España (Censo 2011) (%).....	98
Tabla 36. Modelos de lo femenino predominantes en la tradición occidental	108
Tabla 37. Dimensiones de análisis de la conceptualización de lo femenino.....	130
Tabla 38. Elaboración guion de entrevista, de acuerdo a preguntas temáticas y dinámicas	170

Tabla 39. Temas del guion, objetivos y distribución de los tiempos.....	173
Tabla 40. Guion de entrevista.....	174
Tabla 41. Ficha metodológica	178
Tabla 42. Atributos de selección de la muestra y definiciones	184
Tabla 43. Muestreo teórico.....	185
Tabla 44. Casillero tipológico. Trazado de perfiles sociológicos de mujeres que participan del estudio.....	187
Tabla 45. Dimensión <i>Experiencias y valoraciones de la ruralidad</i> y sus categorías de análisis	190
Tabla 46. Dimensiones de análisis de la conceptualización de lo femenino en la ruralidad	193
Tabla 47. Tipología de mujeres rurales y proceso de configuración de lo femenino...	196
Tabla 48. Retratos sociológicos de mujeres rurales de tres generaciones de Chile y España	215
Tabla 49. Dimensiones de análisis de los modelos de lo femenino	260
Tabla 50. Estructura de análisis, en base a dimensiones y estrategia de análisis	264
Tabla 51. Análisis de la sexualidad y la moral sexual en mujeres rurales	268
Tabla 52. Análisis del matrimonio, el amor y las relaciones afectivas en mujeres rurales	298
Tabla 53. Análisis de la maternidad, cuidado de los hijos y paternidades en lo rural..	325
Tabla 54. Análisis de las formas de inserción de las mujeres rurales en lo público y entradas y salidas de lo privado.....	346

Índice de Gráficos

Gráfico 1. Población en área rural-urbana en Chile, serie histórica Censos de 1970- 2017 (en miles).....	60
Gráfico 2. Pirámide de población en grupos de edades, por población urbana y rural en Chile (Censo 2017).....	62

Gráfico 3. Número de hijos por mujer y paridez media*, por área urbano -rural en Chile, en la serie censal 1982-2017.....	65
Gráfico 4. Síntesis jefatura de hogar, por sexo y área, en Chile en la serie Censos 1982-2017	67
Gráfico 5. Tipo de hogares con jefas de hogar por área en Chile (Censos 2002-2017) .	69
Gráfico 6. Tipo de hogares con jefas de hogar, área rural en Chile (2002-2017)	69
Gráfico 7. Evolución de la cobertura educacional (tasa neta) por nivel de enseñanza en Chile (1990-2017)	70
Gráfico 8. Evolución de la participación en la educación superior en Chile (1990-2017)	71
Gráfico 9. Evolución de la cobertura educacional, secundaria y universitaria, por sexo en Chile (1990-2017)	72
Gráfico 10. Años de escolaridad promedio, por zona en Chile (1990-2017).....	73
Gráfico 11. Años de escolaridad de mujeres rurales, por edades (generaciones relevantes) en Chile.....	74
Gráfico 12. Evolución de la tasa de participación laboral (mercado del trabajo), por sexo en Chile, entre los años 1990-2017	75
Gráfico 13. Tasa de participación laboral por zona en Chile (2006-2017)	76
Gráfico 14. Tasa de participación laboral por zona y sexo en Chile (2017)	77
Gráfico 15. Tasa de participación laboral por zona y sexo en Chile (1990-2017).....	78
Gráfico 16. Rama de la actividad económica en la población rural, por sexo en Chile (2017)	79
Gráfico 17. Población área rural-urbana España, serie histórica Censos 1981-2019 (en miles)	81
Gráfico 18. Pirámide de población en grupos de edades, por población urbana y rural en España (Padrón, 2019).....	83
Ecuación 19. Tasa Global de Fecundidad, según nacionalidad de la madre en España, serie 1975 - 2019	86
Gráfico 20. Evolución de la participación en la educación secundaria (Nivel 3-8) y superior (Nivel 5-8), por sexo en España (2004-2018)	91

Gráfico 21. Porcentaje de población femenina adulta (de 25 a 64 años) y adulta mayor (sobre 65 años) que alcanza los niveles educativos bajos (Nivel 0-2) y superior (Nivel 5-8), en España, serie 2004-2018.....	92
Gráfico 22. Nivel de formación alcanzado por la población adulta, área rural (%), grupo de 25 a 64 años y de 65 y más años en España	93
Gráfico 23. Evolución de la tasa de participación laboral (mercado del trabajo), por sexo en España entre los años 2002-2020.....	95
Gráfico 24. Tasa de empleo por zona en España (2006-2018).....	96
Gráfico 25. Tasa de ocupación de la población adulta (16 años y más), por sexo y área en España (Censo 2011).....	97
Gráfico 26. Rama de actividad (detallada), por sexo en la zona rural en España (Censo 2011).....	99

Índice de Figuras

Figura 1. Los puntos de partida de la investigación de lo femenino en lo rural.....	16
Figura 2. Dimensiones conceptuales y metodológicas para el estudio de lo femenino en lo rural	30
Figura 3. Mujeres entrevistadas, según país, región/ comunidad autónoma, pueblo y relación de parentesco	188
Figura 4. Dimensiones de análisis, de acuerdo al estudio de lo femenino en lo rural..	261
Figura 5. Estrategia de análisis: prácticas, discursos y representaciones sociales	262
Figura 6. Principales conceptos sobre sexualidad femenina y moral sexual.....	267
Figura 7. Nube de palabras en dimensión Sexualidad femenina y moral sexual	276
Figura 8. Orientación hacia el matrimonio de las mujeres rurales entrevistadas	300
Figura 9. Nube de palabras en dimensión Matrimonio, amor y relaciones afectivas en mujeres rurales.....	302
Figura 10. Cambios en los valores y atributos de la madre rural	326
Figura 11. Configuración del ideal de la buena madre rural	336

Figura 12. Lo privado y lo público en la conceptualización de lo femenino de las abuelas	344
Figura 13. Lo privado y lo público en la conceptualización de lo femenino en madres e hijas.....	345
Figura 14. Tipología de mujeres rurales españolas y chilenas	355

Índice de Imágenes (fotografías)

Imagen 1. Recuerdos de la vida en la ruralidad, el campo, los juegos y la libertad	202
Imagen 2. Campo y subsistencia	204
Imagen 3. Las casas en los valles centrales, cambio y permanencia.....	206
Imagen 4. Las casas rurales de hoy y los recuerdos de la postguerra española.....	208
Imagen 5. La salida a trabajar en la nueva ruralidad, identidad y sacrificio	210
Imagen 6. La nueva ruralidad, familiaridad, tranquilidad y una huida intermitente	212
Imagen 7. Pesebre ganador elaborado por Milagros	221
Imagen 8. Fiesta del pueblo de Milagros.....	221
Imagen 9. Bordados de Julia	223
Imagen 10. La zona de la merienda en casa de Sofía	228
Imagen 11. Sonia y su esposo en Madrid, con vestido de novia	235
Imagen 12. Participación de Sonia en fiestas religiosas del pueblo de origen	236

CAPÍTULO 1. Introducción

La tesis doctoral aquí presentada es una investigación sociológica que ha integrado una perspectiva histórica, feminista y cualitativa, para indagar en la conceptualización que hacen tres generaciones de mujeres rurales chilenas y españolas sobre lo femenino. Se espera, en el logro de este objetivo, contribuir al conocimiento de la disciplina profundizando en las trayectorias biográficas de quienes han experimentado los cambios, permanencias y tensiones de los procesos de transformación y modernización rural y cómo, desde allí, se configura lo femenino, en tanto constructo sociocultural.

Las mujeres en las que se ha centrado esta investigación son originarias de pueblos rurales de Chile y España y pertenecen a tres generaciones nacidas en el siglo XX. Son *mujeres singulares* en cuyas biografías es posible indagar la configuración de lo femenino, imprimiendo la particularidad de lo rural. Son mujeres cuyas historias constituyen las *otras historias*, las *historias de vida debidas* donde se materializan lo que podemos llamar las ideologías dominantes y hegemónicas¹. Esto, sobre el supuesto que en su condición de mujeres singulares habita el sentido común, precisamente donde los constructos socioculturales se vuelven dominantes o se cristalizan en vidas específicas. Mientras en las

¹ Hablar de *historias de vida debidas* requiere de una precisión que responde al proceso mismo de elaboración de esta tesis doctoral. En efecto, durante la escritura de esta investigación encontré un interesante artículo publicado hace casi tres décadas en la Revista *Temas de antropología aragonesa*, en su edición número 4, donde se reflexiona sobre el método biográfico, las historias de vida y, especialmente, sobre la ampliación del espectro de temas de interés para las ciencias sociales -familia, vida cotidiana y miedos, entre otros-. Gonzalvo Vallespí (1993) escribe el artículo “*Historias de vida debidas*” para abordar -desde una perspectiva histórica y antropológica- lo que el autor llama la cultura popular. Ésta, entendida como el conjunto de relaciones en permanente tensión con la cultura dominante, integra y coloca como protagonistas de la investigación social a campesinos, artesanos, ciudadanos marginales. Los resultados de esta investigación se enmarcan en la historia de vida de Bautista Tena, labrador de 86 años, quien relata su trayectoria e indaga en las dinámicas y relaciones de su pueblo rural y de la España contemporánea. Esta *historia de vida debida* -debida pues no es rescatada por las ciencias sociales, tradicionalmente centradas en procesos estructurales- permite profundizar en las transformaciones y cambios -complejos y recíprocos- entre los sujetos y la estructura. Estos elementos, en su conjunto y sistematizados en un título llamativo por su apuesta teórica y metodológica, son razones por las cuales se toma la frase para posicionar la investigación aquí presentada: la de abordar sociológicamente las *historias de vida debidas* de las mujeres rurales de España y Chile.

historias excepcionales y más visibles destaca lo que rompe con las estructuras, en las historias cotidianas y más anónimas encontramos el sentido que se hace común².

En esta línea, la tesis doctoral aquí presentada se centra en esas mujeres singulares, las *abuelas, madres e hijas* -como han sido denominadas aquí las tres generaciones consideradas- que individual y colectivamente experimentan y relatan el proceso de conceptualización de lo femenino, todo ello en el marco de las transformaciones socioculturales, políticas y económicas de Chile y España. Se apostó por utilizar una estrategia cualitativa, centrada en el método biográfico para acercarse a esas experiencias individuales y colectivas, pues allí se encuentran los relatos, los discursos, y se abordan las etapas que forman parte de las trayectorias vitales de las mujeres, cercando el proceso de conceptualización de lo femenino.

Asimismo, y gracias a esta estrategia, se logra poner de manifiesto, primero, que la estructura rural es resultado de la interacción permanente de elementos de la ruralidad tradicional y de la *nueva ruralidad*. Segundo, que las biografías de mujeres están relacionadas -en la medida que afectan y están afectadas- con esa estructura que va adecuándose como resultado de los procesos de modernización rural. Y, tercero, que el vínculo entre biografías y estructura rural no puede ser definida sino como dinámico, complementario y complejo. Ello, porque la modernización de las zonas rurales no ha sido lineal y, por tanto, sus efectos y cambios tampoco lo son. En este sentido, la conceptualización de lo femenino tampoco puede serlo pues, como veremos, alternará de modo interesante esos efectos, los cambios y permanencias de la ruralidad chilena y española. Así entendida, la modernización no solo afecta o interviene las estructuras productivas o los modos tradicionales de trabajo. Lo hace también en las subjetividades, identidades de sus habitantes, en la configuración de lo femenino.

Ahora bien, la intención de la investigadora no es presentar una única mirada sobre estas mujeres; no es esa la pretensión. La versión aquí ofrecida puede ser una de muchas que, en conjunto con otras tantas, aporten a la investigación de la condición de las mujeres rurales,

² Es posible encontrar historias de mujeres reconocidas por su trabajo en el campo de la lucha por la emancipación femenina y la libertad, tales como las españolas Clara Campoamor o Dolores Ibárruri. O las latinoamericanas activistas, indigenistas, defensoras de los derechos humanos, como la guatemalteca Rigoberta Menchú o Ramona, la comandante indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de Chiapas en México. Todas ellas, urbanas y rurales, son ejemplos de mujeres excepcionales sobre cuyas vidas se ha escrito y que actúan como referentes en la historia social y política de sus países y de la región en su conjunto.

más allá de sus cambios y desafíos, integrando los elementos sociales, culturales, laborales, económicos y políticos sobre los que se van tejiendo sus biografías. Asimismo, no es intención aquí hablar de mujeres y ruralidad como sujetos/objetos de estudio al margen de dinámicas sociales y culturales más amplias. En efecto, como se profundizará en los capítulos 6, 7 y 8, las migraciones de las mujeres de distintas generaciones -a trabajar, estudiar dentro o fuera de España o a acompañar al esposo en un proyecto laboral- son elementos de injerencia en el proceso de redefinición que hacen las mujeres de su condición. Ello, pues evidencian las relaciones sociales y experiencias más allá de las fronteras de la comunidad rural. En este sentido, la pretensión de esta tesis es abordar los procesos de configuración de lo femenino articulando la territorialidad -anclado en la ruralidad y en tanto soporte biográfico-, lo intergeneracional -tres generaciones de mujeres que habitan o han habitado ese territorio rural- y desde una perspectiva biográfica.

Ahora bien, ¿quiénes son las abuelas, madres e hijas rurales? ¿Qué historias pueden contar? Lo primero, hablamos de abuelas, madres e hijas pues hay muchas de las mujeres que participan del estudio que están vinculadas familiarmente. Pero, sobre todo, porque permite dar un sentido de continuidad a los relatos y situarlos en momentos específicos de la historia social de sus respectivos países. Ellas son tres generaciones testigos de buena parte del acontecer político, social y económico del siglo XX y, cómo no, de los cambios y permanencias que lo femenino experimenta en este período de tiempo.

En términos territoriales, y tal como se verá en el Capítulo 5 “Estrategia metodológica”, las mujeres rurales que participan en esta investigación son de los valles centrales de Chile y de distintos pueblos rurales de España, especialmente de cuatro comunidades autónomas. Las españolas, por una parte, son de pueblos rurales de Castilla-La Mancha, Madrid, Extremadura y País Vasco, comunidades con presencia rural activa³. En Castilla-La Mancha y Extremadura, como se verá en el apartado estadístico, su población rural es una proporción mayor del total de la población. En el caso de Madrid y País Vasco, aun cuando lo rural no

³ Tal como se señala en el Capítulo 3, específicamente en el apartado estadístico, hay territorios españoles - como Andalucía y Cataluña- que cuentan con mayor población rural que las comunidades autónomas que forman parte de la muestra de este estudio. No obstante, son territorios con presencia de población rural y con una alta cercanía a Madrid, en relación a la migración de mujeres rurales ya sea para trabajar, sobre todo a mediados de siglo, o para estudiar, desde las últimas décadas. Es decir, son territorios donde las dinámicas sociales de los pobladores responden igualmente a las transformaciones del espacio rural.

supera el 5%, son comunidades que crecen al alero de procesos de industrialización y constituyen focos de urbanización, que promueven flujos migratorios campo-ciudad.

Las chilenas, por su parte, pertenecen a pueblos de tres de las regiones que forman parte de los valles centrales: Valparaíso, Metropolitana y del Libertador Bernardo O'Higgins. Geográficamente, esta zona representa el polo de concentración de la población de Chile y el espacio representativo del campo chileno y la expresión de las costumbres originarias de la identidad nacional. Es decir, la matriz cultural del *criollismo* chileno⁴. Cabe señalar, como se verá en este apartado que, aun reconociendo la diversidad territorial y autonómica -especialmente para el caso español- e indígena -en relación al caso chileno- esta investigación reconoce como su límite el no abordar esas diversidades como grupo u objeto de estudio.

En términos generacionales, las abuelas son aquellas que nacen entre 1930 y 1950 y que han sorteado con audacia e ingenio la crudeza de los campos de la primera mitad del siglo XX. Son aquellas que han experimentado las estrictas normas de comportamiento y la incorporación del matrimonio y maternidad como parte constitutiva de sus trayectorias biográficas. Son vecinas que aún viven en el mismo pueblo en el cual transcurrió toda su biografía o que regresaron al campo cuando formaron sus propias familias. Son abuelas que hoy siguen en el pueblo y esperan a sus nietos para las fiestas o que se asentaron definitivamente en alguna ciudad para, desde allí, contextualizar lo femenino.

Las madres, por otra parte, son aquellas que nacen entre 1960 y 1970, en pleno proceso de modernización rural en Chile y España. Inscriben los primeros años de su trayectoria en países que despegan económicamente y, a diferencia de la escasez y pobreza extrema de las abuelas, podrán disfrutar de juegos en su infancia y asistir al colegio de forma regulada. Son quienes no han trabajado la tierra porque sus padres las impulsaron a estudiar. Son aquellas que se fueron del campo a la ciudad y regresaron nuevamente con sus familias para darles

⁴ El espacio de los valles centrales es, desde la conquista y los procesos independentistas del periodo decimonónico, el centro económico y político materializado en el complejo latifundio-minifundio. Estos elementos hacen de los valles centrales, tal como señala Bengoa (1996), el territorio que explica la homogeneidad cultural de Chile. PNUD (2002) señala que "Chile nace y crece en el orbe cerrado de la hacienda. (...) Y esa estrechez espacial es precisamente la que favorece la homogenización cultural" (pág. 59). Las características de estos valles permiten también que desde los años 80 en adelante se constituya como la zona geográfica con mejor adaptación a los desafíos de la internacionalización e integración mundial de la economía y agricultura nacional (Bengoa, 1996).

una mejor vida. Son también la generación que incorpora los cánones de comportamiento y las normas definidas por el modelo de la *mujer doméstica*; pero serán también ellas las que décadas después -ya con hijas- renegarán ese modelo e impulsarán a sus hijas hacia nuevas formas de situarse en el mundo, principalmente a través de los estudios superiores.

Finalmente, las hijas son la generación nacida entre los años 80 y 90 y receptoras de algunos de los beneficios sociales y económicos de los procesos modernizadores. Las jóvenes rurales muestran biografías marcadas por elementos de la *nueva mujer*, como se verá a lo largo de esta investigación, pero también una marcada y reconocida identidad vinculada a lo rural. Esta generación nace y vive en un medio rural diferente al de sus madres y abuelas. Burros y caballos de antaño son remplazados por autobuses y calles asfaltadas. Los sistemas de producción han cambiado. Ellas mismas son la primera generación que termina sus estudios y, a diferencia de cualquier generación precedente, accede a educación universitaria. En efecto, son quienes migran a la ciudad para estudiar en la universidad, ya no para servir en casas como lo hicieron sus abuelas. Son también quienes abandonan la jerga campesina y acercan su tasa de fecundidad a la de sus pares urbanas.

Las abuelas, madres e hijas que son sujeto principal de este estudio, conviven generación tras generación en lo que aquí se ha llamado la metáfora de un *aquelarre*. Este concepto es usado -tal como se detalla en el Capítulo 2- para referir a un espacio conformado por mujeres -allí donde antes estaban las brujas- y donde se comparte no solo la tradición y el conocimiento, sino también la experiencia cotidiana e intergeneracional en torno a lo rural. Las mujeres rurales -en esta metáfora- comparten prácticas, valores y reflexiones sobre la configuración de lo femenino.

Además, como veremos principalmente en los Capítulos 6, 7 y 8, el *aquelarre* es el espacio concreto donde las mujeres se activan y cohesionan como grupo. En distintas etapas biográficas, emergen con intensidad grupos de mujeres que se vinculan para romper los silencios sobre el cuerpo y la sexualidad femenina; para cuidar los cuerpos gestantes y apoyar en el proceso de crianza; o para ayudar a salir de situaciones de violencia y maltrato. El *aquelarre*, en ese sentido, no solo es una metáfora del espacio donde las mujeres rurales reflexionan sobre lo femenino. Es también el lugar donde la comunidad rural, con sus lazos vecinales y familiares se activa y se hace, especialmente, desde un prisma femenino. En este

sentido, el concepto de *aquelarre* apunta a relevar esa cohesión que se genera entre las mujeres de distintas generaciones y que, en su conjunto, crean y alteran los cánones de lo femenino en medio de los cambios y permeancias de la ruralidad española y chilena.

Ahora bien, hablamos de mujeres rurales y definimos los límites de aquellas que son parte de este estudio, pero ¿qué se entiende aquí por ruralidad? Tradicionalmente, -y tal como se verá en el Capítulo 3 “Antecedentes”- lo rural ha sido definido entorno a algunas ideas principales. La primera, “como un segmento diferenciado de la sociedad global, como el negativo de la sociedad urbana” (Camarero, 1996, págs. 125 -126). Luego, en torno a su actividad. En efecto, siguiendo a Moreno (2003), lo rural ha sido aprehendido como “un tipo de coresidencia, de un estilo de vida o de actividad” (pág. 113). Y, en la tradición sociológica y otras disciplinas de las ciencias sociales, se le ha abordado desde una visión dicotómica que ubicaba lo rural en un polo vinculado a lo tradicional y, como tal, como un estadio que debe ser superado a medida que avanza en un continuo hacia un polo urbano y moderno (Gómez Echeñique, 2002).

No obstante, hay “consenso creciente de que la diferenciación dicotómica (...) es una simplificación extrema que proporciona una visión segmentada de la realidad. El límite entre lo rural y lo urbano es cada vez más difuso” (Berdegué, Jara, Modrego, Sanclemente & Schejtman, 2010, pág. 1). En efecto, señalan Matijasevic y Ruiz (2013), hoy resulta imprescindible “reconocer la interdependencia de los contextos rurales y urbanos, así como la imposibilidad de mantener una visión dicotómica de los mismos” (pág. 25). Esta interdependencia dada, entre otros elementos por la “la reconexión de los pueblos rurales a sus ciudades vecinas, han permitido una complejización del fenómeno rural” (Canales & Canales, 2012, pág. 159).

Ahora bien, “existen divergencias sobre el contenido de esta categoría. (...) algunos autores aprehenden lo rural basados en criterios espacio-demográficos (...) reduciendo así la ruralidad a una simple cuestión de tamaño de población” (Matijasevic & Ruiz, 2013, pág. 25). En efecto, tal como señala el Ministerio del Medio Ambiente y Medio Rural y Marino (2009), el criterio más utilizado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE) o Eurostat es la densidad de población. Siguiendo a Berdegué et al., (2010) en “América Latina la ruralidad se define (...) en base a una sola variable: tamaño poblacional.

En algunos países, como Chile, esa variable de peso preponderante es matizada con la consideración de la importancia de las actividades económicas primarias” (pág. 1).

Como se enunciaba, otro criterio en la definición de lo rural es el económico (Arteaga, 2000). Lo rural se define en base a la ocupación de la población, en este caso, la vinculación a la agricultura como principal actividad económica. En efecto, señala Gómez Echeñique (2002), el más relevante “criterio de definición de la población o de la sociedad rural es ocupacional. La cosecha y el cultivo de las plantas y animales. A través de ella la sociedad rural se diferencia de otras poblaciones, particularmente de la urbana” (pág. 35). Bajo este criterio, “los agricultores o eran rurales o no existían” (Camarero & González, 2005, pág. 109).

No obstante, y tal como señala Ianni (1999), la división transnacional del trabajo, como resultado directo de los procesos de globalización, altera las condiciones de vida y de trabajo en el mundo rural. Ello requerirá de “una revisión de las conceptualizaciones teóricas ‘clásicas’ de lo ‘rural’ y de ‘lo agrario’” (García Bartolomé, 1991, pág. 87). Ello, en el entendido que la ruralidad de los países desarrollados, continúa el autor, atraviesan modificaciones de gran envergadura. En este contexto emerge el concepto de *nueva ruralidad* que, en su origen, intenta abordar esas transformaciones experimentadas por la ruralidad de Europa y Estados Unidos (Canales & Canales, 2012). Dichas transformaciones devienen en una crisis del mundo agrario-rural donde se “despuebla el campo, cuyas casas son recuperadas y refaccionadas para ser habitadas ahora en un régimen no agro-productivo (...), por ello, un indicador clave (...) [es] la decadencia de la actividad agraria y el des-anclaje final de lo rural y lo agrario” (pág. 159). Se hace así cada vez más evidente “una progresiva desagrarización de la sociedad rural en términos económicos, pero también en términos socioculturales” (Díaz Méndez & Gómez Benito, 2009, pág. 87)⁵.

Esta *nueva ruralidad* -tal como se verá en el Capítulo 3 “Antecedentes”- ha sido aprehendida, ante todo, como “un conjunto de actividades no agrícolas ligadas a la residencia (...), al ocio y a la entretención (...), a actividades industriales y a la prestación de servicios” (Gómez

⁵ Díaz Méndez (2007) señala que desagrarización “[es] la pérdida de la centralidad de las actividades agroganaderas [y que éste] ha sido un fenómeno ocupacional detectado de manera sostenida en los análisis sobre el cambio en el medio rural español desde los años ochenta” (pág. 121).

Echeñique, 2002, pág. 75). Con ello, de acuerdo a Sampedro (1991), desaparecen o pierden importancia las actividades de autoconsumo propias de la familia campesina. Y muchos de sus integrantes serán marginados de un proceso de producción agraria que cuenta ahora con un alto contenido técnico y tecnológico. Se evidencia entonces que “la sociedad rural está experimentando transformaciones que se caracterizan, fundamentalmente, por una discontinuidad entre la sociedad rural y el trabajo agrario, por la relación dialéctica existente entre lo local y lo global” (Moreno, 2003, pág. 111). De allí derivan cambios técnicos, productivos, económicos, políticos y socioculturales durante el siglo XX.

En España, señalan Camarero, Cruz, González, Del Pino y Sampedro (2009), la vida en un entorno rural no tiene nada que ver con la de unas pocas décadas atrás. Incluso, “la realidad rural española es diversa: desde las pequeñas aldeas que pueblan el interior del noroeste del país hasta las villas del litoral mediterráneo” (pág. 7). Para García (2011), por su parte, en la *nueva ruralidad* destacan una serie de sucesos tales como transformaciones económicas y de ocupación, el auge de las segundas residencias, el retorno de antiguos emigrantes y la llegada de nuevas migraciones. En América Latina, señala Pezo (2007), “lo rural (...) puede adquirir muchas formas, y puede aceptarse la existencia de múltiples y diferentes realidades rurales (...) es una diversidad amplia que se modifica constantemente” (pág. 91).

Por lo tanto, la ruralidad debe ser abordada, mirada, como un proceso, una dinámica, un movimiento antes que una estructura (Canales, 2006a). Y, en tanto, abordar también definiciones que caractericen los entornos rurales según las percepciones existentes sobre aquello que lo caracteriza: elementos naturales, económicos, culturales, entre otros (Ministerio del Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, 2009). Esta investigación hace eco de la consideración de abordar la ruralidad relevando la confluencia de diversas dimensiones. La perspectiva sociológica aquí utilizada considera “las distintas formas de apropiación del espacio, concepciones de mundo y definiciones de vida, traducidas en organizaciones familiares, costumbres, lenguajes, formas de producción y de generación de ingresos, vinculación con el medio ambiente” (FAO & Sernam, 2002, pág. 152).

En efecto, esta investigación se enmarca en la línea de aquellos estudios que analizan la realidad de las zonas rurales desde perspectivas ligadas a la comprensión de los procesos, antes que a la definición de los mismos (Arteaga, 2000). Estos estudios han abordado

cuestiones como las percepciones, valoraciones y significados e identidad de los habitantes de la ruralidad, todo ello en el marco de los efectos que los procesos de modernización provocaron en los campos (Valdés, 1997). En efecto, “una sociedad de fuertes transformaciones como la rural está tensionada desde las múltiples memorias -de lo que fue antes de cada cambio- y desde las incertidumbres por el futuro -de lo que ocurrirá-” (Canales, 2006a, pág. 33). Estos *nuevos estudios* van haciendo evidente que la modernización tiene efectos no solo a nivel económico y técnico-productivo, sino también a nivel social y cultural. Y, por ello, profundizan también en temas tan variados como “los cambios culturales [y] las relaciones de género en las áreas rurales” (Arteaga, 2000, pág. 33). Tal como señala Sampedro (2008), “la sociología rural introduce la perspectiva de género en sus análisis de una forma un tanto forzada [pues] (...) la guerra entre los sexos y el menoscabo de la familia (...) no tenían lugar en el mundo rural” (págs. 179-180).

A partir de aquí la mirada sobre la ruralidad se ampliará y el habitante rural se disecciona - hombres, mujeres, jóvenes, indígenas, entre tantos-. Emergerán con fuerza también los estudios sobre juventud rural, especialmente sobre mujeres jóvenes rurales. En España, el foco está en la *huida* de las zonas rurales y, más recientemente, en los factores que van asegurando su permanencia y que favorecen una arraigada identidad territorial (Sampedro, 2008; Díaz Méndez, 2005). En Chile, por ejemplo, se aborda la incorporación de las jóvenes “a la *nueva ruralidad* y a los desafíos que imponen las transformaciones de género (...), [así como la integración de] nuevas formas de vida [con] las antiguas, [haciéndose] parte del aquelarre conformado por anteriores generaciones de mujeres (Jana, 2014, pág. 152).

Es en esta línea reflexiva en la cual se enmarca esta investigación, por ello, lo rural es aprehendido relevando aquellos aspectos de interés sociológico que vinculan territorialidad y trayectorias biográficas femeninas. El campo es, en parte, un recuerdo de décadas de pobreza y aislamiento. Y, a la vez, parte de un recuerdo bucólico de la España profunda, de raíces y tradiciones; de comidas, bailes y procesiones religiosas; de juegos infantiles en calles estrechas y tranquilas; o de una vida comunitaria que la ciudad arrebató para siempre. Y de un Chile de huasos de ojota y chupalla, figura tradicional de campesino de los valles centrales, con su sombrero y sandalias de trabajo; de pequeñas parcelas trabajadas por los inquilinos.

Es lo anterior y es también la identificación de las mujeres con el campo como espacio donde trascurren su infancia y juventud; es la construcción de identidades de mujeres rurales y la configuración de lo femenino con las particularidades que ello significa: son las tradiciones familiares rurales y sus transformaciones entre una y otra generación; es el hogar rural como espacio para familias extensas y numerosas y luego nucleares y pequeñas; las normas de comportamiento que van dando forma a lo femenino en cada generación y cómo las condiciones materiales de la propia ruralidad donde experimentan sus biografías, altera esas normas o las reproduce; la maternidad y la experiencia sexual como reproducción de los modelos imperantes o transgresión a las pautas definidas en los contextos rurales; la educación escolar truncada para quienes viven en lo rural hasta la década de los 70 y 80, y cómo la modernización y desagrarización de los campos redefine el acceso a la educación y lo transforma en promotor de nuevas trayectorias.

Estos y otros elementos que se profundizarán en esta tesis forman parte de aquellas dimensiones o ámbitos de estudio que refieren a lo rural y que permiten abordar los cambios y permeancias que se dan allí y su imbricación con las experiencias biográficas de tres generaciones de mujeres, para indagar en la conceptualización de lo femenino que, como veremos no es unívoco ni lineal.

En los capítulos siguientes se presenta el desarrollo de esta investigación doctoral. En el **Capítulo 2 “Posicionamiento teórico-metodológico, objetivos y contribuciones”**, se detalla la articulación teórica y metodológica seguida aquí para el estudio de lo femenino en las mujeres rurales de Chile y España. Esta triada consta, por una parte, del estudio de lo femenino como construcción sociocultural. Por otra parte, de la perspectiva feminista en su sentido teórico para abordar lo femenino y a las mujeres como colectivo heterogéneo. Y, por último, de lo cualitativo que, a través del método biográfico y la realización de entrevistas biográficas, permite profundizar en lo femenino desde una mirada intergeneracional. Como resultado, se presentan el objetivo general y los específicos que guían el desarrollo de la investigación.

El **Capítulo 3 “Antecedentes. Ruralidad y mujeres en la modernización rural”**, aborda tres asuntos que dan marco para el análisis de la situación de las mujeres rurales. Por un lado, las definiciones conceptuales en torno a lo rural, haciendo énfasis en los procesos de

modernización en España y Chile. Por otro lado, se abordan los temas que mayor interés han concitado en el estudio de las mujeres rurales en las últimas décadas -trabajo, educación, identidad y relaciones de género-. Y, por último, un panorama estadístico sobre la situación de las mujeres rurales en los países aquí considerados, evidenciando estadísticas poblaciones generales vinculadas al área rural y en temas clave como natalidad, transformaciones en relaciones familiares y composición de los hogares, educación y escolaridad, inserción laboral de mujeres rurales y áreas en que lo realizan.

En el **Capítulo 4 “Marco Teórico. Modelos de lo femenino”**, se abordan, desde una perspectiva sociohistórica, sociológica y feminista -en su sentido conceptual-, los modelos de lo femenino. La *mujer doméstica* -la primera mujer de la modernidad- y la *nueva mujer* son los modelos sobre los que se centra la atención. Se identifican allí elementos clave para el estudio de la mujer en el contexto latinoamericano y se profundiza, además, en los modelos hegemónicos de lo femenino en España y Chile a lo largo del siglo XX.

El **Capítulo 5 “Estrategia metodológica”** presenta, en primer lugar, la decisión de seguir una estrategia cualitativa para abordar lo femenino en lo rural. En segundo lugar, aborda el método biográfico, en específico, desde una perspectiva de los relatos de vida. En tercer lugar, se presentan las decisiones y estrategias metodológicas seguidas para el desarrollo de la investigación y que van configurando la selección de las mujeres que participan del estudio, el proceso de estructuración de la entrevista, así como de los mecanismos que aseguran su calidad, y otros elementos ligados a la ética de la investigación y a las decisiones vinculadas al proceso de interpretación y análisis del material cualitativo. Por último, se detalla la estrategia de análisis seguida.

Los resultados de esta investigación han sido estructurados en cuatro capítulos (6, 7, 8 y 9). El **Capítulo 6 “Ruralidad española y chilena, desde la perspectiva de las mujeres rurales”**, busca constituirse como un catalejo que mira a la ruralidad para, una vez allí, situar a las mujeres y analizar su discurso en torno a lo femenino. En efecto, aquí se identifican elementos referidos a lo rural desde la articulación de las biografías femeninas y el material fotográfico elaborado durante el trabajo de campo. Se abordan los recuerdos, percepciones y valoraciones sobre la ruralidad, el trabajo, los proyectos, profundizando en las

transformaciones y permanencias que tienen lugar en las zonas rurales y en las propias biografías femeninas.

El **Capítulo 7 “Retratos sociológicos e historias de vida”**, presenta el conjunto de retratos sociológicos elaborados en base a las biografías de las mujeres y otros materiales cualitativos generados y recopilados. Aquí se identifican los elementos relevantes de su biografía, discurso y cotidianeidad en el proceso de configuración de lo femenino. Emergen en cada retrato, de manera individual y colectiva, las relaciones sociales en lo rural, las dinámicas y normas de comportamiento, los cambios en la condición económica de las familias, entre otros elementos, que componen la trayectoria y la cotidianidad de las mujeres.

El **Capítulo 8** se titula **“Prácticas, discursos y representaciones sociales sobre lo femenino en la ruralidad”**. En este capítulo se abordan las dimensiones más relevantes de lo femenino que emergen del análisis realizado para esta tesis doctoral. La dimensión sobre sexualidad y moral sexual femenina evidencia el significado y sentido que ambas categorías adquieren y su interesante imbricación con la estructura rural y su particular dinamismo. Se identifican además las regulaciones y normas sociales vinculadas al control de la sexualidad femenina, así como las prácticas prohibidas y permitidas en torno a lo sexual en cada generación. La experiencia sobre el cuerpo y los cambios vinculados, así como los imaginarios sobre éstos y las representaciones sobre *otras* mujeres, emergen aquí también. La presencia activa de la familia rural, así como la existencia de un *aquelarre* de mujeres en el proceso de autorreconocimiento de la sexualidad tendrá particularidades singulares en el análisis de los discursos. En definitiva, el entramado sociocultural sobre el cual esta dimensión se configura, las particularidades de lo rural con sus intensos lazos familiares y vecinales, y la mirada de las mujeres en el *espejo intergeneracional*, permiten acercarse al proceso de configuración de lo femenino en zonas rurales que, en el marco de procesos modernizadores, arroja formas tensionadas y complejas de configurar la sexualidad en las mujeres a lo largo de su trayectoria.

Sobre la dimensión matrimonio, las biografías evidencian la necesidad de ampliar las categorías para su análisis. El concepto integra al amor y desamor, al dolor y la soledad, y a diversas y variadas formas de relación afectiva. Interesante es evidenciar que, por una parte, el matrimonio es un hito en la experiencia biográfica de las tres generaciones y organiza las

trayectorias e identidades de las mujeres rurales. Y, por otra, que la estructura rural con un particularmente cohesionado sistema de integración social ofrece espacios de confianza e, incluso, de continuidad de modelos familiares tradicionales en el caso de las generaciones más jóvenes. Se evidencia también que el amor, como categoría, se imbrica con ideales en torno a figuras masculinas idealizadas en el un *príncipe azul*. Figura que se contrapone, no obstante, con el abandono de las parejas o por la violencia física y el maltrato psicológico. Cada vez que muere el *príncipe azul*, muere la *mujer-esposa* y emerge la *mujer-madre*.

La dimensión sobre maternidad, cuidado de los hijos y paternidades en lo rural evidencia que el principal eje articulador de las trayectorias de mujeres rurales es la maternidad. Ésta es una dimensión dominante en la configuración de lo femenino en las zonas rurales, y en torno a la cual las mujeres convergen intergeneracionalmente. El análisis permite evidenciar además que la maternidad no puede ser analizada únicamente como un hito biográfico ligado a la reproducción, pues cada mujer mirará a su propia madre en el *espejo* intergeneracional para reflexionar sobre los rasgos, atributos y cualidades de la maternidad. Se observa, además, que en el proceso de construcción de la maternidad en lo rural se identifican varios elementos que, en su conjunto, hacen emerger la figura de una *buena madre rural*, transversal a las tres generaciones. Surgen también nuevos y valorados atributos sobre la maternidad - confianza, cariño y presencia activa en el cuidado y atención de los hijos-. Para adecuarse a ellos, las mujeres valoran el espacio privado -el hogar, el espacio doméstico, el de la reproducción de la familia-. Es decir, la *buena madre rural* estará en lo privado o, al menos, eso deseará. Emerge aquí también la figura del padre como una altamente cuestionada. La mantención de un modelo de masculinidad desvinculado económicamente y afectivamente de los hijos, refuerza aún más la figura de una madre abnegada, sacrificada, de una *buena madre*.

Por último, en la dimensión sobre lo femenino, lo privado y lo público, se identificará la larga tradición de inserción en lo público de las mujeres rurales, espacialmente, a través del trabajo. Ello se hará en el marco de una ruralidad y relativa precariedad que ofrece a las mujeres -la mayor parte de las veces- una inserción precaria e inestable. Esta será la más conocida y *siempre repetida* forma de inserción en lo público. No obstante, emergen otras formas de inserción ligadas a actividades territoriales y al ocio. A nivel de las representaciones, el espacio privado será anhelado, especialmente por aquellas que no han podido estar allí.

El **Capítulo 9 “Tipología de mujeres rurales chilenas y españolas”**, presenta cinco tipos de mujeres o de lo femenino en lo rural: *la mujer rota* (Tipo 1), *la cuidadora consagrada* (Tipo 2), *la siempre repetida cabeza de familia* (Tipo 3), *las mujeres de la modernización y las trayectorias en construcción* (Tipo 4) y *la mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad* (Tipo 5). Estos modelos identifican las particularidades de lo rural y el propio proceso de articulación de lo tradicional y lo nuevo, desde una perspectiva sociológica con énfasis en el componente territorial y generacional. Por lo tanto, estos modelos, con un valor en sí mismo, son resultado de un análisis que ha privilegiado lo biográfico y su articulación con la estructura social de la ruralidad, con sus tensiones y complejidades.

Por último, se presenta el **Capítulo 10 “Conclusiones”**. Aquí se presentan los aspectos más importantes que resultan del proceso de investigación sobre la conceptualización de lo femenino en tres generaciones de mujeres rurales. Allí se enfatiza en la necesidad de articular, desde una mirada sociológica, los procesos de modernización en la ruralidad y su relación con las transformaciones socioculturales en la condición de las mujeres.

CAPÍTULO 2. Posicionamiento teórico-metodológico, objetivos y contribuciones

Este capítulo se estructura en torno a cuatro apartados. El primero de ellos integra los elementos que conforman la perspectiva teórico-metodológica de este estudio: lo femenino como un constructo sociocultural y desde el cual se desprenden modelos de lo femenino que, requieren de nuevas reflexiones sobre lo rural; la perspectiva feminista en su sentido teórico y conceptual como base del acercamiento al estudio de las mujeres en tanto grupo heterogéneo; y la utilización de una perspectiva cualitativa, en base al método biográfico y la realización de entrevistas biográficas para abordar la conceptualización de lo femenino.

El segundo apartado ha sido elaborado intentando evidenciar la necesidad de redireccionar la mirada sociológica hacia la experiencia biografía de mujeres rurales que han sido actores y testigos de la modernización española y chilena y que han elaborado un concepto de lo femenino con las particularidades propias que da lo rural. Estos elementos apuntan a profundizar en las *historias de vida debidas*, las menos contadas, desde un análisis intergeneracional y recuperando el espacio privado -el *aquelarre* de mujeres- como un ámbito de reflexión, análisis y configuración de lo femenino. En su conjunto, estos puntos se constituyen como los aportes de la investigación.

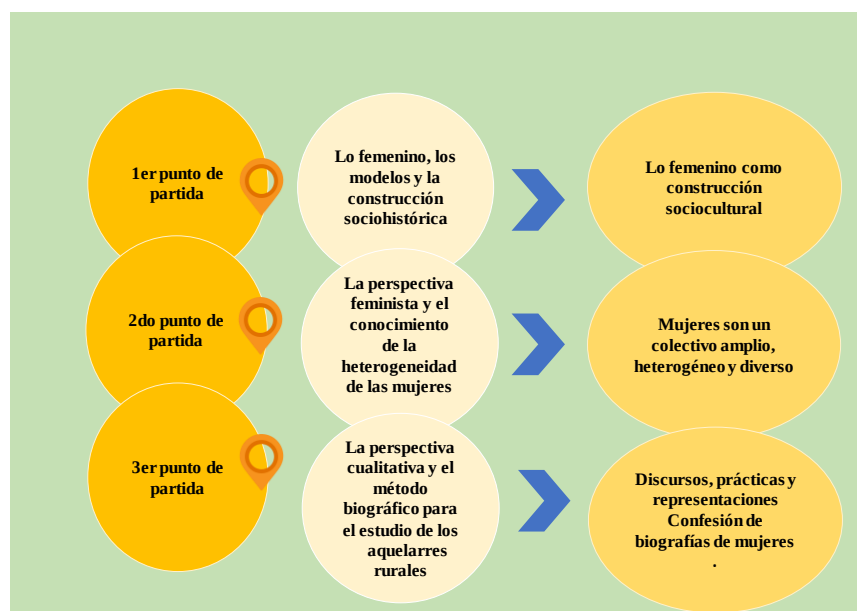
El tercer apartado presenta los objetivos que han guiado este estudio y que resultan del análisis de los dos apartados tratados anteriormente: Los objetivos generales y específicos condensan la perspectiva de este estudio, así como los elementos que articulados permiten indagar en la conceptualización que hacen las mujeres de lo femenino.

Por último, el cuarto apartado presenta un mapa con los principales aspectos conceptuales y metodológicos que guían esta investigación, tratados en distintos momentos en este documento. En concreto, este apartado es una síntesis del posicionamiento de la investigación, los supuestos y premisas que lo sustentan y los desafíos sociológicos planteados.

2.1. Lo femenino, lo feminista y lo cualitativo. Perspectiva teórico-metodológica

Tal como se señaló, para el estudio de lo femenino en lo rural, esta investigación tiene tres temas principales que definen, orientan y sustentan el quehacer. Estos puntos de partida son el sustento teórico-metodológico de la tesis doctoral aquí presentada. En la Figura 1 se presentan de forma sintética los *puntos de partida* de esta investigación.

Figura 1. Los puntos de partida de la investigación de lo femenino en lo rural



Fuente: Elaboración propia.

Primer punto de partida. Modelos de lo femenino y construcción sociohistórica

El punto de partida de esta investigación es aprehender que lo femenino, aquello propio o relativo a la mujer, “no son hechos naturales o biológicos, sino construcciones culturales” (Cobo, 1995, pág. 55). Y -siguiendo a Simone de Beauvoir (1985)- esto resultará de la elaboración conjunta de la civilización. Hablar de “‘mujer’ o ‘femenino’ no refiere a ningún arquetipo, a ninguna esencia inmutable”, sino a la convicción [observada en sociedades reales] que lo femenino “se formula ‘dentro del estado actual de la educación y las costumbres’” (pág. 9).

En efecto, lo femenino y la conceptualización o configuración que de aquello se realiza, implica referir a las variadas formas en las que se ha construido socioculturalmente el ser mujer. Es decir, las normas de comportamiento, los valores, espacios y roles asignados a la mujer en diferentes momentos históricos. Bajo esta perspectiva, lo femenino se entiende como un constructo sociohistórico del cual derivan modelos de lo femenino particulares. Y, como constructo sociohistórico (Lipovetsky, 1999), surge en el marco de importantes transformaciones políticas y económicas.

Desde una mirada sociohistórica, se evidencia que lo femenino ha sido conceptualizado por griegos y romanos, filósofos medievales e ilustrados⁶. Se ha hablado de mujeres sin cesar para decir lo que son o lo que deberían ser. En el siglo XVIII y con el ascenso de la burguesía al poder, lo femenino se materializa en la *mujer doméstica*. La primera mujer de la modernidad está confinada a lo privado y será respetuosa de la estricta moral sexual (Armstrong, 1991). Este modelo se legitima a través del contrato social entre *hermanos* (Pateman, 1995) y será capaz de invadir a todas las capas sociales (Perrot, 1997)⁷. En Latinoamérica la variante de la *mujer doméstica* emerge durante la conquista y colonización, la fundación de los Estados decimonónicos y la nueva organización rural que redefine al complejo minifundio-latifundio. Con la influencia del catolicismo se configura una mujer anclada en lo privado, encargada de reproducir, criar y amamantar (Montecino, 1990). En Europa y Latinoamérica, el modelo de buena madre y esposa, propio de las élites, se masifica a los sectores populares, legitimando la exclusión de las mujeres de lo público.

“En la fase más alta del desarrollo del capital la mujer ya no meramente un complemento de su marido” (Kolontay, 1976a, pág. 41). Esta *nueva mujer* de la modernidad sale de la esfera privada para asegurarse la vida mediante un empleo (Beck & Beck Gernsheim, 2001). El modelo propuesto en España reivindicará que la mujer [reciba] formación, participe políticamente y que el trabajo fuera del hogar sea remunerado (Valcárcel, Folguera & Durán,

⁶ El desarrollo de los modelos y su profundización teórica está en el Capítulo 4.

⁷ Cabe señalar que dichos modelos se han impuesto -por razones sociales, políticas y económicas- sobre otros modelos preexistentes. Y para ello, se han valido de instituciones como el Estado y la Iglesia para homogenizar a la población en los criterios por ellos establecidos. No se intenta invisibilizar en esta investigación la existencia de otros modelos, particularmente importantes para los estudios de género. Ellos pueden ser entendidos como modelos alternativos a los hegemónicos, independientemente de la fuerza teórica y/o de la revolucionaria reivindicación de derechos sociales, sexuales o políticos que propongan.

2008). Y en América Latina se promoverá el avance en educación y actividad profesional, así como la democracia en lo privado y lo público (Kirkwood, 1990).

La revisión de los modelos hegemónicos de lo femenino en la modernidad evidencia la vertiginosa transformación de la condición de la mujer y los cambios en la configuración de lo femenino. Asimismo, permite entrever que la conceptualización de lo femenino no es un proceso acabado, sino imbricado. En efecto, la perspectiva aquí propuesta evidencia la imposibilidad de afirmar el detrimento definitivo de un modelo tradicional de mujer - encarnado en una *mujer doméstica* confinada al espacio privado y cuyo destino es la maternidad- a una *nueva mujer*. Especialmente en lo rural, con procesos de modernización tardíos, y donde los modelos se superponen, interactúan, dialogan en las biografías femeninas de diferentes generaciones. He aquí otro de los supuestos de esta investigación.

Dar una mirada sociohistórica al estudio de lo femenino implica también un intento por no renunciar a la historia, a no deshistorizar la disciplina, a no mantener el estudio de la vida social al margen de la tensión existente entre pasado y futuro. En efecto, si se compara la obra de la sociología clásica, dice Álvarez Uría (2008), con la producción de la disciplina hoy -y desde el funcionalismo norteamericano- se observa un progresivo abandono del recurso de la historia. En efecto, “la mayor parte de los datos obtenidos mediante técnicas tanto cuantitativas como cualitativas suelen ser recogidos” (pág. 4). Al margen de las consideraciones históricas. En este sentido, sugiere Mills (1959, 2001), que las investigaciones no deben limitarse “a registrar investigaciones diminutas referidas a meros instantes ni a periodos de tiempo muy reducidos” (pág. 222). En efecto, aquí se apunta -desde el rescate intergeneracional de historias de vida- a integrar la tríada pasado-presente-futuro para profundizar en la conceptualización lo femenino con sus cambios y permanencias.

Los elementos presentados -lo femenino, los modelos hegemónicos de la modernidad y la perspectiva histórica para robustecer el análisis sociológico- sirven como punto de arranque para profundizar y relevar las particularidades en lo rural. Punto de arranque, en la medida que los modelos teóricos de la tradición occidental y moderna han sido elaborados para abarcar las grandes transformaciones en la condición de la mujer, más no para mirar las realidades locales y rurales. Ese ha sido el primer supuesto y, por tanto, desafío de esta tesis. La recuperación de categorías de análisis que permita abordar la condición de un grupo de

mujeres rurales y la conceptualización que hacen de lo femenino, pues ello ha estado invisibilizado bajo el prisma de miradas totalizantes. O, como señala Canales (2006a) “más que invisibilizados, quizá el término preciso es *desoídos* (...), [es] un habla que ha quedado fuera de lo corriente” (pág. 33).

El segundo desafío es identificar las características que adquieren esos modelos -o las dimensiones que los componen- en contextos locales concretos. Para ello, resulta necesario diferenciar los escenarios y, sobre todo, los elementos socioculturales que intervienen en la configuración de lo femenino. Con ello, se develan las singularidades que adquiere lo femenino en tiempos y escenarios particulares, superando así la rigidez de modelos teórico-conceptuales. El segundo supuesto de esta investigación es que detrás de esos modelos aparecen otros específicos en los contextos rurales españoles y chilenos, especialmente en el contexto de procesos de modernización e industrialización ocurridos en ambos países.

Segundo punto de partida. Perspectiva feminista y heterogeneidad de las mujeres

Hablar de la perspectiva feminista como otro punto de partida significa referir a cuatro cuestiones. Primero, la elección de esta visión responde a su valor teórico y conceptual. Tal como señala Cobo (2014), “el feminismo, en su doble dimensión social y de tradición intelectual, es uno de los efectos reflexivos de la modernidad” (pág. 48). Pues bien, para el logro de los objetivos de este estudio, se han utilizado aspectos teóricos de dicha tradición intelectual, mas no se abordan los movimientos feministas relacionados a la mejora en la condición de las mujeres⁸. En efecto, la perspectiva feminista ofrece un marco de interpretación de la realidad. Y, de acuerdo con Cobo (2009) aporta a la teoría crítica “una mirada intelectual que ha desvelado (...) el sesgo de género implícito en la propia construcción de la ciencia sociológica (...) y esta aportación esencial ha dotado de mayor amplitud y profundidad a la mirada sociológica en su afán por desvelar los mecanismos que hacen posible el funcionamiento social” (pág. 38).

⁸ La utilización de una perspectiva feminista implica la valorización de una visión que centra el análisis en las mujeres y en las categorías conceptuales para su interpretación, pero no se centra específicamente en el accionar de organizaciones políticas o de reivindicación de derechos de este grupo.

Segundo, la propia tradición sociológica o más precisamente la sociología de la llamada crisis de la modernidad -no siempre vinculada a la teoría feminista y su marco analítico- ha invitado a las ciencias sociales a abordar el estudio de la condición de las mujeres como fenómeno social de gran envergadura, permitiendo contar con un interesante *corpus* conceptual. Hace dos décadas, Lipovetsky (1999) señalaba la necesidad de preguntarse por “el nuevo lugar de las mujeres, (...) cuando medio siglo ha introducido más cambios en la condición femenina que todos los milenios anteriores” (pág. 9). Giddens (2008), por su parte, en el estudio de las transformaciones de la intimidad, aludía también a la nueva situación de las mujeres, explorando las potencialidades de una relación pura de igualdad sexual y emocional, precisamente cuando la sexualidad deja de tener fines reproductivos de manera absoluta. Beck y Beck Gernsheim (2001) retratan la nueva condición de las mujeres y relevan, por ejemplo, cómo [la mujer] articula su biografía en torno a “la decisión de cada individuo [alejándose de] (...) recetas antiguas” (pág. 19).

La intención del párrafo precedente es evidenciar que, junto con la perspectiva feminista, la sociología de la crisis de la modernidad ha planteado el estudio de las mujeres y que, en conjunto, interactúan como un marco de análisis que centra su atención en las mujeres como sujeto de estudio. En efecto, y si bien el feminismo ha interpelado a la sociología tradicional -tal como queda de manifiesto en párrafos anteriores-, se evidencia una transformación del pensamiento social y el estudio de las mujeres como desafío. La comprensión de lo social, es decir de la estructura y acción social, de las dinámicas sociales, en definitiva, de la esfera social, ha deslizado sus fronteras gracias al pensamiento feminista permitiendo contar con cuerpos conceptuales más completos que resultan adecuados a los fines de esta investigación.

En tercer lugar, “la perspectiva feminista propone partir empírica y teóricamente de la vida de las mujeres” (Moral Espín, 2012, pág. 64)⁹. Es relevante señalar acá que esta visión responde o es parte de una larga tradición dentro del mismo feminismo. Tal como señala

⁹ La tradición feminista -junto con los conceptos de género y patriarcado- integra la perspectiva de las mujeres como centro del análisis. La mirada que ofrece esta tradición ha permitido abordar “ciertas dimensiones de la realidad que otras categorías no habían sido capaces de conceptualizar” (Cobo, 2014, pág. 9). Ahora bien, el concepto de género -que es tratado con detalle en el Capítulo 4- “no es un hecho empírico situado ‘ahí fuera’, “el género es una lente teórica, metodológica y analítica a través de la que podemos examinar instituciones, sus culturas y sus prácticas, incluyendo las suposiciones y creencias culturales de las personas y que proporciona un marco conceptual como la clase o la raza, a través del que examinar fenómenos que generalmente no son analizados como ‘de género’ (Harding, 2008)” citado por Moral Espín (2012, pág. 62).

Fraser (1997) durante la década de los 70, el debate feminista se articula en torno a la diferencia de género y en los 80, y en el marco de reflexiones posmodernas, el foco está en las diferencias entre mujeres. En efecto, señala Cobo (2009), esta segunda fase “exaltó las diferencias entre mujeres pertenecientes a diferentes colectivos sociales” (pág. 27).

Junto con lo anterior, y como parte de los estudios que centran su atención en las mujeres, en las últimas décadas se ha investigado en torno a la *historia de las mujeres*, corriente que ha producido conocimiento desde la literatura, la política y la academia, y ha apostado por revindicar los derechos de la mujer. Esta tradición inicialmente buscó visibilizar lo que se había olvidado o perdido sobre las mujeres, luego [indagó] en “los fundamentos de la dominación y de la opresión, [mostrando] imágenes de la mujer víctima, golpeada, engañada, humillada, mal pagada, sola, prostituida. La historia (...) de las desgracias femeninas” (Perrot, 1988, pág. 6). Luego se prefiere a aquellas que son activas y rebeldes. La historia de las mujeres, en su vertiente más renovada, rescata las biografías de quienes luchan por romper “en parte un *corsé* institucional que durante demasiado tiempo les había sido impuesto” (Varela, 2011, pág. 14).

Esta perspectiva, en su tradición conceptual, favorece la recuperación de las *historias de mujeres* como fuente de información sociológica y, con ello, la visibilización de las historias de las mujeres rurales en el siglo XX y del proceso de conceptualización de lo femenino. Ello implica romper el *corsé* que las homogeniza con las mujeres urbanas; que las invisibiliza tras los trabajadores del campo; o que centra su mirada en las generaciones más jóvenes. Es importante esta afirmación pues los estudios de mujeres rurales -como se verá en los apartados posteriores- muestran una tendencia a abordar la participación de mujeres en el mercado laboral agrícola y las tensiones que provoca la compatibilización de roles en el ámbito productivo y reproductivo. No obstante, acá se plantea la necesidad de investigar y rescatar los testimonios anónimos de esas *otras mujeres*. En efecto, planteábamos también en otro lugar la necesidad de indagar en aquellas biografías que no necesariamente han sido visibilizadas, a pesar de las transformaciones sociales, políticas y económicas acaecidas en la ruralidad en el marco de procesos modernizadores. Allí preguntábamos: “¿qué sabemos de aquellas mujeres que no participan de los nuevos mercados laborales y, de acuerdo a los metarrelatos, continúan sumidas en la esfera privada, encargadas de la reproducción del hogar? ¿Qué historia se ha contado sobre ellas?” (Jana, 2013, pág. 125).

Tal como se verá en los resultados de esta investigación, el dar una mirada sociológica a esas historias implica profundizar en las mujeres de los campos españoles y chilenos que en distintos momentos del siglo XX y XXI han visto enmarcadas sus biografías entre la crudeza de los campos, el hambre, pero también la astucia para sortearlo. De las mujeres que, aun recogiendo aceitunas, segando, cultivando la tierra, pidiendo limosnas o sirviendo en Madrid o Santiago, han participado en la conceptualización de lo femenino. Como veremos, ellas, desafiantes, se ubican igualmente en el plano de lo público, lo articulan con lo privado, y desde allí elaboran particulares y relevantes conceptualizaciones de lo femenino. Cuando se indaga en esas historias, en esas trayectorias biográficas, se intenta visibilizarlas. Ese es el tercer desafío de este estudio: narrar sociológicamente y valiéndose de las herramientas conceptuales feministas, esas *historias de vida debidas*.

Un cuarto elemento, y siguiendo la línea argumentativa del punto anterior, la perspectiva feminista evidencia la imposibilidad de hablar de las mujeres como una categoría “unitaria, coherente y estable, tanto en su dimensión política como epistémica” (Moral Espín, 2012, pág. 65). Esta mirada aborda las mujeres como un colectivo amplio, heterogéneo, diverso que, si bien comparte la condición de subordinación y desigualdad histórica y estructural, manifiesta desde el prisma de la investigación sociológica particularidades interesantes de estudiar. Tal como señala Salazar (1992), “no existe la mujer ‘en general’ (...) en la historia concreta (...) uno se topa con damas (...) de nivel aristocrático (...) y con mujeres de bajo pueblo (como se decía en el siglo pasado) o pobladoras (como se dice hoy)” (pág. 64). En ese sentido, es relevante reconstruir, desde las biografías y los discursos, la realidad de las mujeres con las propias particularidades de la ruralidad.

Tercer punto de partida. Perspectiva cualitativa y método biográfico

Para Ortí (1999), “la formación de un investigador social debe ser, ante todo, la de un metodólogo que sepa y decida qué enfoque y técnica debe ser críticamente aplicada para cada aspecto y dimensión específica de los procesos sociales” (pág. 88). En efecto, esta tesis comparte el supuesto epistemológico que “el investigador social (...) debe “diseñar” sus instrumentos y seleccionar sus estrategias o enfoques investigativos” (Canales, 2006b, pág.

12). En sintonía con lo que recomendara Mills en su célebre apéndice sobre *artesanía intelectual* de su libro de 1959, *La imaginación sociológica*.

Desde esta perspectiva, para abordar la conceptualización de lo femenino y las experiencias y trayectorias biográficas de tres generaciones de mujeres rurales, se ha elegido una estrategia cualitativa que, en base al método biográfico y entrevistas biográficas, indague en la historia de estas mujeres, sus experiencias y la forma en que conceptualizan lo femenino, en el marco de las transformaciones y permanencias experimentadas en la ruralidad española y chilena¹⁰.

Junto con lo anterior, lo cualitativo como marco metodológico resulta pertinente pues identifica que las experiencias de lo social son tanto individuales como colectivas. Es decir, “el reconocimiento del papel estructurante en la interacción personal/grupal de las mediaciones simbólicas de la vida social” (Ortí, 1999, pág. 89). Y, tal como señala Conde (1990) aborda “una realidad simbólica estructurada por significaciones y símbolos que formarían eso (...) llamado campo de la discursividad” (pág. 93). Tal como señala Cobo (2009), las “biografías necesitan ser explicadas en clave colectiva, pues la ubicación social de esos individuos está condicionada por el grupo social o minoría la que pertenecen (...) las biografías individuales deben estudiarse a la luz de sus grupos de pertenencia” (pág. 39).

Lo cualitativo es pertinente también por su carácter artesanal y flexible. Gordo y Serrano (2008), señalan que “la práctica investigadora se puede desarrollar de formas muy diferentes a partir de la selección de opciones que se ubican en un continuo entre la actividad de ‘producción estandarizada’ (...) y la ‘artesanal’ -actividad sistemática, pero también flexible, adaptable y creativa de quien va abriéndose camino y tomando decisiones a medida que se desarrolla la investigación (...) la investigación social cualitativa se aproxima (...) al segundo de estos polos” (pág. xvi). Así entendido, el acercamiento a los hogares de las mujeres, la revisión de aspectos personales e íntimos -dolorosos y alegres en sus trayectorias biográficas- requiere de estrategias flexibles que superen a una práctica investigadora repleta de procedimientos y protocolos. Tal como señala Valles (1997), la investigación cualitativa conlleva el concepto de un diseño emergente y su clave es la flexibilidad del diseño.

¹⁰ El desarrollo de la estrategia cualitativa, el método biográfico y las entrevistas en profundidad son revisadas con detalle en el Capítulo 5.

La selección del método biográfico, por su parte, resulta pertinente pues aborda la conceptualización de lo femenino a través de la realidad de las mujeres rurales, “la revalorizando al actor social (individual y colectivo)” (Pujadas, 2000, pág. 127), y la generación de conocimiento social ligado a lo que los sujetos hacen y piensan, es decir, a la subjetividad individual y grupal. Este método, en definitiva, “recoger la experiencia de la gente tal como ellos la procesan e interpretan” (Sautu, 1999, pág. 23).

En efecto, Montecino (2006) señala que -independiente del debate en torno al método y sus interpretaciones- “las historias de vida operan como espacio plural de producción de sentidos. Así ya sean entendidas como fuentes, como método o como relato literario, se trata de un ‘lugar’ en y desde el cual se articula una voluntad de narrar un sentido, que se anuda en el lenguaje oral-escrito cuyo norte es producir una interpretación de sí mismo y por extensión, del mundo que a cada uno(a) le ha tocado vivir” (pág. 290). Por ello, y siguiendo a Ferreira (1999) “recurrir a la historia oral (...) que incorpora testigos de sectores y grupos de la sociedad, cuyas acciones son muchas veces desvalorizadas o marginadas (...) entre estos participantes anónimos de la vida social se encuentran las mujeres” (pág. 53).

La entrevista, como técnica de generación de información utilizada, resultó pertinente para este estudio por tres razones. Primero, porque permite profundizar en la dimensión subjetiva e intencionar el análisis del espacio subjetivo-comunitario en tanto sentidos mentados y comunes (Canales, 2006b). Segundo, por ser herramientas “flexibles y dinámicas, (...) no directiva, no estructurada, no estandarizada” (Taylor & Bogdan, 1994, pág. 101). Y porque, dado su carácter confesional, favorece una mejor interacción con las mujeres rurales entrevistadas, creando un lugar de confianza para relatar las etapas de la vida.

Por lo tanto, esta investigación utiliza una estrategia cualitativa que, a través del método biográfico y la realización de entrevistas biográficas, logra profundizar en los discursos de tres generaciones mujeres rurales e indagar en la conceptualización que ellas hacen de lo femenino, con la identificación de aquello que emerge como una particularidad en lo rural y de las diferencias que se generan entre generaciones y entre ambos países. Es decir, la utilización de una estrategia cualitativa ha sido elegida pues favorece la comprensión de lo femenino en las mujeres rurales, en el escenario de los procesos modernizadores que se experimentan en las zonas rurales de los dos países considerados en este estudio.

2.2. Contribuciones al campo de la sociología

Una vez demarcado los límites teórico-conceptuales y metodológicos de esta investigación, se presentan en este apartado los ámbitos a través de los cuales se espera contribuir al desarrollo de la disciplina por tres puntos iniciales. Primero, porque aborda desde el discurso, la experiencia biográfica de quienes han vivenciado los procesos de transformación y modernización de los campos chilenos y españoles, que implicó el cambio de aspectos técnico-productivos, pero también socioculturales, con tal envergadura que no podemos seguir hablando de la ruralidad y sus habitantes tal como se hizo por décadas.

En este sentido, Camarero et al., (2009) afirman que las mujeres rurales -abuelas, madres e hijas- son testigos y a la vez actores de los cambios que la modernización ha provocado en el contexto europeo y español; y latinoamericano (Gómez Echeñique, 2002). En esta línea, la investigación tiene como punto de arranque una perspectiva que aprehende la conceptualización de lo femenino en el entramado generado por los procesos modernizadores del siglo XX, con sus cambios, permanencias y tensiones, integrando además las particularidades de las propias mujeres rurales, todo ello relatado desde sus biografías, rescatando con ello la subjetividad individual y grupal (Pujadas, 2002). Es decir, siguiendo a Varela (2008), a través de “las historias de vida (...) que intentan, no solo escuchar la voz (...) y de forma muy relevante, la de aquellos sujetos que vivieron y sufrieron en su carne dichos cambios” provocados por la modernización rural (pág. 196).

Segundo, y aun cuando desde los años 80 y 90 las ciencias sociales mostraron particular interés por la mujer rural como nuevo actor social y sujeto de estudio -tal como se verá en el Capítulo 3 “Antecedentes”- se observa que la historia de este grupo, desde una perspectiva intergeneracional, no ha sido profusamente estudiada. Por ello, abordar intergeneracionalmente la conceptualización de lo femenino en lo rural implica asumir el compromiso y desafío sociológico de profundizar en *historias de vida debidas*. Es decir, indagar en aquellas historias menos narradas en la investigación social que requieren transformarse en objeto de estudio, creando los mecanismos para articularlas, contrastarlas, profundizar en ellas.

Tercero, se espera aportar con nuevo conocimiento que indague en el espacio de lo privado como ámbito de interés sociológico en tanto lugar de reflexión de las mujeres rurales de los

países estudiados. De acuerdo con Puigvert y Flecha (2001), “lo que ocurre en lo privado, y puede parecer personal, es consecuencia de la modernidad” (págs. 12-13). Ella “altera de manera radical la naturaleza de la vida social cotidiana y afecta a los aspectos más personales de nuestra experiencia (...) los cambios provocados por las instituciones modernas se entretajan directamente con la vida individual y, por tanto, con el yo” (Giddens, Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea, 1998, pág. 9). En este contexto se pierden las certezas y referentes que daban los períodos anteriores -religión, por ejemplo-. Según Salas (2006) es posible afirmar que “emerge la reflexión como medio para reinventar el curso de la historia personal y colectiva”. A ello, agrega que “la conciencia de sí marca la modernidad como derivación del reconocimiento de la individualidad y del derecho a elegir” (pág. 87).

Por lo anterior, se ha apostado por redirigir la mirada sociológica hacia los espacios en los que estas tres generaciones de mujeres conviven, desde los cuales hablan, tensionan modos de vida; se ha evidenciado que esta mirada aporta a la comprensión de la cotidianidad de un sector de la población que ha sido históricamente excluida o invisibilizada de su participación en el espacio público. Apostar por esta perspectiva no es una alegoría de lo privado pues es evidente que, tal como señala Millett (1995), allí es donde se hunden las raíces del patriarcado y es ello lo que ha mantenido marginadas a las mujeres a lo largo de la historia. De acuerdo con Cobo (2009) es precisamente “la familia, las relaciones de pareja y todas las tareas de cuidado y reproductivas que se desarrollan gratuitamente en el ámbito familiar” donde se hunden esas raíces (pág. 25).

No obstante, esta investigación apuesta por aprehender lo femenino comprendiendo que las paredes del hogar rural no son únicamente el espacio privado limitante de las mujeres. Son también el espacio desde el cual la experiencia y la memoria, las prácticas y las costumbres se articulan, reproducen, reinventan. En efecto, la condición histórica de exclusión del espacio público hasta hace una generación condiciona que parte de la *historia de las mujeres* -aludiendo a la escuela representada por Georges Duby y Michelle Perrot (2008)- se construya entre las paredes del hogar. Ello especialmente relevante en las áreas rurales, cuyos procesos de modernización han sido posteriores a los de la ciudad, y la permanencia de las mujeres en los hogares ha sido también la tónica hasta generaciones recientes, tal como se ve en los resultados de este estudio.

Siguiendo esta línea argumentativa, la metáfora sobre el *aquelarre* de mujeres al que se hace referencia en este estudio -con sus matices y distinciones según el lugar en que nos situemos- se refiere a ese espacio constituido por mujeres -antes vivenciado por brujas- que comparten una tradición, conocimiento y experiencia vinculada a lo rural. Los rituales y prácticas que antes estaban materializados en la figura de la bruja hoy son espacios de reflexión, en el sentido sociológico del término. Las experiencias cotidianas, las prácticas, valores, las actitudes y el cuestionamiento sobre la propia experiencia ocurren allí en lo privado, entre las paredes del hogar.

De acuerdo a Blazquez (2011) “la creación de la noción de bruja (...) que incluía al sabbat o aquelarre” (pág. 31), data de “una idea muy antigua perteneciente a la cultura popular, a la gente del pueblo, principalmente de los centros agrícolas” (pág. 17). La particularidad de estas brujas asentadas en *aquelarres*, afirma Fischer (1995) en referencia a Hughes (1974), “a causa de la corriente matriarcal en la tradición (...) y que todas las creencias fundamentales se trasmitían a través de ellas (...) y de esta manera, de madre a hija y durante generaciones, las propiedades de las plantas o de los animales, y los conjuros asociados (...) fueron transmitidos a lo largo de la historia. La instrucción en tales artes tenía con frecuencia lugar en los hogares” (pág. 5).

Señalar también que, mientras se escribe esta tesis, los movimientos y diversos colectivos feministas han recuperado el concepto de *aquelarre* como un espacio para la reflexión política y personal. El concepto de *aquelarre* reivindica la constitución de un lugar de mujeres con una característica especial: se buscan espacios privados -cerrados si se prefiere- para que el habla sobre lo femenino se desarrolle sin los temores históricos de la persecución. Pareciera que las imágenes oscuras y tenebrosas de *aquelarres* y rituales de brujas se han teñido los últimos años del color morado característico del movimiento feminista.

Como un último punto señalar que la revalorización del espacio privado en términos teóricos y metodológicos permite también reflexionar sobre el carácter confesional que adquieren las entrevistas. Esta investigación apuesta por ello, en el propósito de articular la estrategia cualitativa con la realización de las entrevistas biográficas en el espacio privado -el hogar rural, el núcleo identitario familiar-. Metodológicamente, ello favoreció el aspecto confesional de la entrevista, promoviendo una mejor interacción con las mujeres y creando

un lugar de confianza para relatar las etapas de la vida. El carácter de la entrevista permitió a las mujeres *confesar* sus biografías. A este respecto conviene recordar lo señalado por uno de los primeros sociólogos rurales españoles, nacido en los años treinta del siglo XX, al publicar una de sus memorias (Maestre, 2019). Lo destaca así Valles (2019) en el prólogo al libro de Maestre: “frente a las confesiones ‘eclesiásticas’ de su niñez, se queda con las autobiográficas de su madurez posterior y actual” (pág. 11). De manera similar, sobre todo en el caso de las generaciones de más edad (abuelas y madres de esta tesis), no se han tratado de confesiones eclesiásticas sino autobiográficas, desde la madurez de sus vidas.

2.3. Objetivos generales y específicos

De acuerdo a los planteamientos de los apartados precedentes, objetivo general y específicos de esta investigación son los que se detallan a continuación.

Objetivo general

Indagar en la conceptualización que elaboran de lo femenino tres generaciones de mujeres rurales de Chile y España –abuelas, madres e hijas- a partir del estudio de sus trayectorias biográficas y de los elementos socioculturales que intervienen en su configuración.

Objetivos específicos

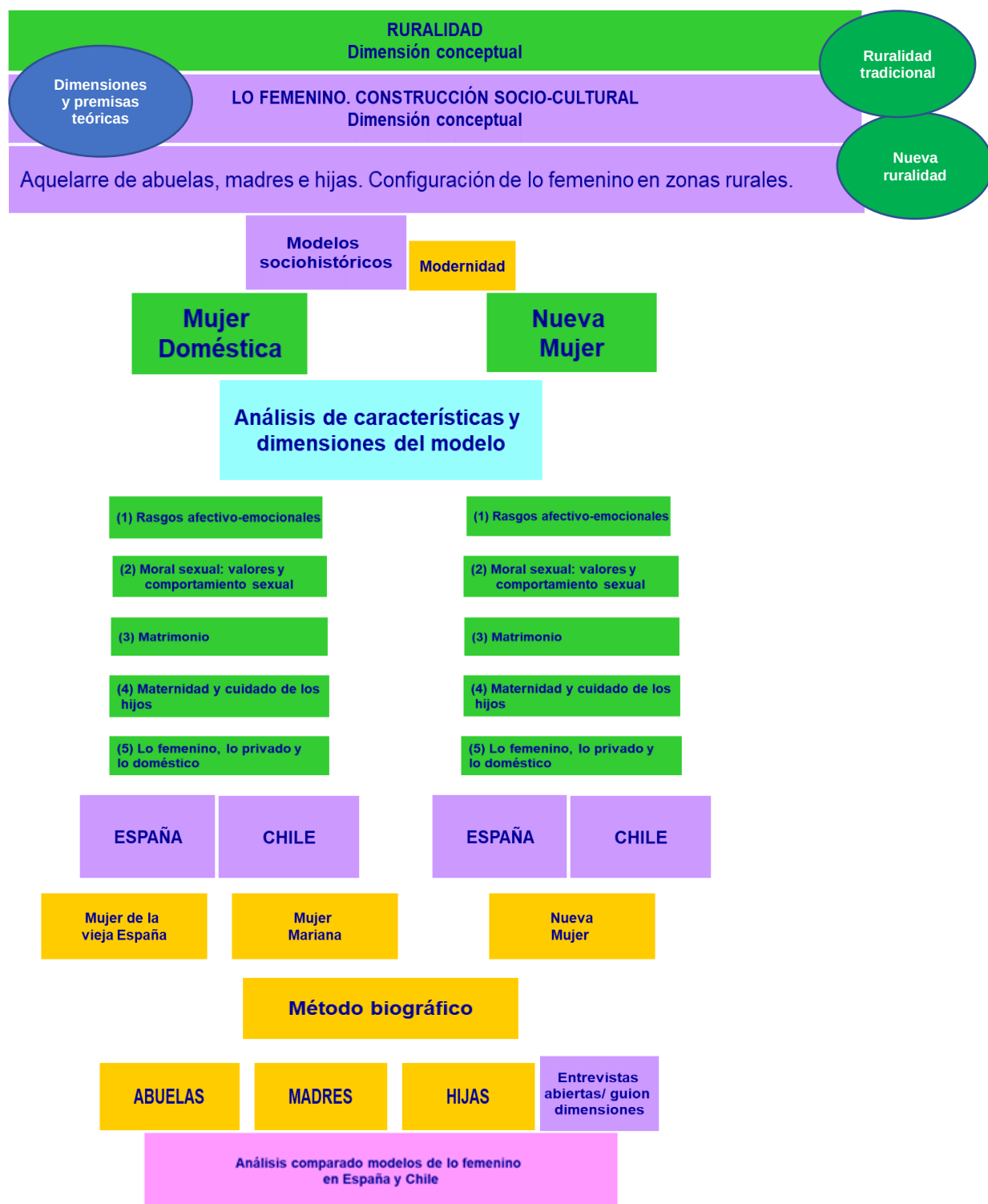
- Caracterizar los pueblos rurales españoles y chilenos de las mujeres entrevistadas, así como las dinámicas socioculturales observadas, para dar cuenta de la ruralidad en los pueblos manchegos, madrileños, extremeños y vascos, en el caso español, y de los pueblos de los valles centrales, en el caso chileno.
- Elaborar retratos sociológicos de las mujeres rurales entrevistadas basados en sus trayectorias vitales.
- Detectar, describir y analizar las dimensiones que configuran lo femenino en las zonas rurales de Chile y España, detectando los elementos de continuidad entre una y otra generación y aquellos aspectos que son negados o redefinidos, para identificar los cambios y permanencias en la conceptualización de lo femenino en lo rural.

- Realizar un análisis comparado de las mujeres rurales según generación, en base a las dimensiones de lo femenino, identificando elementos comunes y diferencias entre cada grupo definido.
- Analizar la imbricación, es decir, los elementos de permanencia y cambio, de los modelos de la *mujer doméstica* y la *nueva mujer*, en las trayectorias de las mujeres rurales, identificando particularidades de lo rural.
- Elaborar una tipología de mujeres rurales españolas y chilenas, a partir de las conceptualizaciones y dimensiones detectadas sobre lo femenino.

2.4. Dimensiones conceptuales y metodológicas

En este apartado se presenta un mapa (Figura 2) con las principales dimensiones conceptuales desarrolladas y por desarrollar con detalle en este estudio; los aspectos metodológicos de mayor relevancia para abordar la realidad de las mujeres rurales; su articulación con los objetivos y sujetos de estudio; y los ámbitos sobre los cuales se presentarán los resultados. La Figura 2, en definitiva, es una síntesis del posicionamiento teórico y metodológico sobre el cual se erige el desarrollo de esta tesis doctoral.

Figura 2. Dimensiones conceptuales y metodológicas para el estudio de lo femenino en lo rural



Fuente: Elaboración propia.

CAPÍTULO 3. Antecedentes. Ruralidad y mujeres en la modernización rural

El estudio de la conceptualización de lo femenino en el ámbito de lo rural requiere -una vez identificadas y explicitadas las decisiones teóricas y metodológicas- aproximarse a tres temas que enmarcan la situación de las mujeres rurales: ruralidad y cambios en su conceptualización especialmente desde los procesos de modernización en España y Chile; cambios y permanencias en los estudios y la realidad de las mujeres rurales; y un panorama estadístico sobre la situación de las mujeres rurales en España y Chile.

El primer punto se refiere a las definiciones que las ciencias sociales, y en especial la sociología, han dado sobre lo rural. Ello permite acercarse a los cambios experimentados por la cuestión agraria y rural, así como los procesos de modernización técnico-productiva, los cambios socioculturales que de allí se derivan, para finalmente acercarse al concepto de *nueva ruralidad*.

El segundo punto refiere a los cambios que han experimentado las mujeres rurales -y los estudios que lo han abordado- en este proceso de transformación rural. La salida del ámbito privado para insertarse en un mercado laboral formal -aunque precario y flexible- representa un punto de partida para el estudio de las mujeres rurales en las ciencias sociales. Las tradiciones, su inserción laboral, sus desplazamientos, los desafíos para las nuevas generaciones, los cambios en materias de educación escolar, entre otros aspectos, son parte de los estudios sobre las habitantes del medio rural.

El tercer punto, es un apartado de carácter estadístico donde se presenta un panorama de la realidad de la mujer rural en España y Chile, en base al análisis general de indicadores demográficos, económicos y sociales. El objetivo de este apartado es caracterizar las áreas rurales y describir las transformaciones que han vivido las mujeres de estos territorios.

3.1. Ruralidad y modernización desde la perspectiva sociológica

¿Qué significa abordar sociológicamente lo rural en esta investigación? Primero, que para esta disciplina y para las ciencias sociales en general, implica enfrentarse a un concepto dinámico y abordado desde distintas perspectivas y énfasis, según el momento en que nos situemos. Segundo, que las referencias a la discusión teórica o a las principales formas que ha tomado la reflexión sobre lo rural y que han sido elegidas para presentar aquí, no apuntan a ser un relato exhaustivo ni detallado de las definiciones que se han dado, pues ello supera con creces las intenciones de este estudio; además, esa discusión ha sido tratada con bastante exhaustividad en otros lugares¹¹. Las páginas presentadas apuntan a entregar una mirada que aborda el proceso de transformación evidenciando que ello no acaba con elementos tradicionales de la ruralidad y que el concepto de la *nueva ruralidad* integra la idea de un espacio con las tensiones del cambio y la permanencia.

Junto con lo anterior, es relevante señalar que la ruralidad durante el siglo XX tanto en España como en Chile es parte de un debate teórico y conceptual con distintas intensidades según el momento histórico que correspondió a cada país. Y que el concepto de lo rural ha sufrido tantas mutaciones y adecuaciones como lo ha hecho el espacio al que intenta definir. En efecto, en los párrafos posteriores, se evidencia que la conocida *cuestión agraria*¹² fue absorbida por la *cuestión rural*. Las transformaciones han sido de tal magnitud que las fronteras desde las cuales los clásicos abordaban la unidad productiva y social de la familia campesina hoy parecen insuficientes frente a una multiplicidad de empleos, trabajadores, formas de tenencia de las tierras, relación con los mercados, despoblamiento de los pueblos, revalorización de lo rural, entre otros elementos.

¹¹ En España, y siguiendo a Díaz Méndez (2007), hay un conjunto de autores de referencia que abordan el medio rural ya sea desde una perspectiva general como explorando el cambio en el ámbito local. Todos ellos, continúa la autora, “todos ellos han contribuido de manera significativa a la comprensión de los cambios en la población rural desde una perspectiva sociológica” (pág. 130). Ellos son, Camarero, Díaz Méndez, de la Fuente, García Bartolomé, García Sanz, Gómez Benito, González, González Molina, Mauleon, Oliva, Sampedro Gallego. Varios de ellos son revisados en esta investigación. En el caso chileno y latinoamericano, instituciones que abordan estas temáticas son, por ejemplo, CEPAL, FAO, ICCA, que estudian y promueven políticas del desarrollo rural. Autores que han abordado la realidad rural en Chile son Valdés, Rebolledo, Bengoa, Dirven, Rojas, Kay, Gómez Echeñique, Berdegúe, entre otros. Todos ellos referidos a lo largo de esta investigación.

¹² En términos generales, la literatura aborda la cuestión agraria como las problemáticas que la acumulación capitalista generó en el desarrollo de la agricultura y otras actividades vinculadas a la ruralidad.

En tercer lugar, la revisión de los principales enfoques que abordan lo rural en Chile y España evidencia que -a pesar de diferencias políticas y culturales- comparten dos momentos relevantes que reconfiguran lo que tradicionalmente se entendía por ruralidad: la modernización del agro que en ambos países se da con mayor intensidad desde la década de los 60 y la emergencia de una *nueva ruralidad* -desde los años 80- que transforma las estructuras productivas del campo, la tecnología utilizada y, con ello, las relaciones sociales de la ruralidad. La emergencia de la mujer rural en este escenario marcará el estudio e investigación de su condición en ambos países.

En cuarto lugar, la revisión de las tradiciones en torno a lo rural no puede invisibilizar las formas particulares que ello ha tomado en cada territorio -ya sea a nivel geográfico o sociocultural-. En efecto, y solo con fines aclaratorios, baste señalar que en Chile ha existido una clara tendencia a mirar lo rural desde una perspectiva homogeneizadora en torno a los valles centrales que son el territorio que explica la homogeneidad cultural (Bengoa, 1996).

En España, por otro lado, la homogenización teórica que se sigue en Chile parece enfrentarse con la fuerte identidad regional de las comunidades autónomas del país ibérico. En efecto, tal como señala Gómez Echeñique (2002), “cuando se hace referencia a la agricultura y la sociedad rural de España, lo que primero se plantea es la diferenciación regional” (pág. 61). Asimismo, el campo español experimenta procesos que en Chile aún no aparecen como es el despoblamiento de sus espacios rurales (Varela, 2007). Incluso, la pertenencia del país a las políticas agrarias de la Unión Europea complejiza aún más los intentos de hablar de una única ruralidad con una única definición.

Por los elementos arriba mencionados, hablar de las definiciones de lo rural en España y Chile tiene, en este apartado, la intención de dar un marco de cómo el sector ha sido abordado desde la sociología y las ciencias sociales en general. Pero, debe considerarse que ambos países tienen procesos similares en relación a la modernización y que -tal como se verá en los análisis de las historias de vida de las mujeres rurales- distinciones regionales que interpelan la definición que hacen de lo femenino.

Pues bien, para abordar directamente el objetivo de este apartado, se revisarán tres tradiciones o formas conceptuales de abordar la ruralidad. Una de la primera mitad el siglo XX, otra de los años 60 y 70 que se traduce en el inicio de los procesos de modernización de las zonas

rurales; y, por último, una que se inicia alrededor de los años 80 y que aborda un nuevo espacio rural que es resultado de la transformación de las décadas anteriores.

Para comenzar, un autor clásico en la materia es Chayanov (1966) quien escribió en las primeras décadas del siglo XX generando un robusto cuerpo teórico que se tradujo en la teoría de la economía campesina. Allí se abordó la organización de la unidad campesina, su relación con la economía capitalista y sus formas de subsistencia. La relevancia y calidad de clásico que la sociología rural entrega a este autor radica en que fue hasta la década de los 80 -y quizás hasta hora- el único, señala Heynig (1982), “que ha ofrecido una teoría coherente del fenómeno de la pequeña producción campesina en su estructura interna y acerca de su capacidad de supervivencia en un sistema capitalista”. Y agrega que, durante prácticamente las siete primeras décadas del siglo pasado, “su obra permite discutir las principales categorías que, en una u otra forma, aparecen en casi todos los trabajos sobre la materia” (pág. 115).

Otro autor relevante es Wolf quien, desde la articulación de una perspectiva sociológica y antropológica, entrega elementos esenciales para abordar a un grupo en extremo heterogéneo. El punto de partida son las sociedades campesinas del mundo [que] “no pueden ser calificadas ni como sociedades primitivas ni han alcanzado el nivel de la sociedad industrial moderna” (Huerta, 1973, pág. 337). Los campesinos son para Wolf (1957) son “los productores agrícolas con control efectivo de la tierra, que llevan a cabo las operaciones agrícolas como medio de subsistencia, no como negocio para obtener beneficios” (pág. 1). Uno de los principales aportes de Wolf a la construcción de una teoría sobre el campesinado fue analizarlo desde la perspectiva de las relaciones internas y con el exterior (Heynig, 1982). El campesinado es, de acuerdo a Wolf (1971), el grupo de pequeños productores que están en condiciones de subordinación.

Muchos autores pueden elegirse para dar un primer bosquejo de las visiones que primaron la primera mitad del siglo XX para abordar la realidad del campesino. Las aquí elegidas concentran elementos que resultan pertinentes para la discusión posterior. Son, en efecto, parte de una tradición extensa que se centró en la identificación de aquello que caracterizaba específicamente al campesino -o su familia, entendida como unidad productiva y social-. Los párrafos a continuación, que representan lo que podría llamarse una segunda tradición en la

revisión del campesinado, muestran un nuevo foco o perspectiva de análisis. Del estudio exhaustivo de aquello que caracterizaba al campesinado se pasó a una tradición que buscaba la superación -mediante la modernización y urbanización- de las llamadas sociedades rurales. Ello, en tanto la existencia y mantención de una estructura agraria que representaba la tradición y el conservadurismo, eran obstáculos para el desarrollo económico (Kay, 2001).

En efecto, la tradición desarrollista o progresista de los años 60 y 70 dividirá a las sociedades entre aquellas que son conservadoras tradicionales y aquellas que son racionales y modernas (Gómez Echeñique, 2002). El campo, la agricultura y lo rural están, en esta perspectiva, vinculados al polo tradicional, en el lado opuesto al del racionalismo capitalista modernista (Gómez Echeñique, 1994).

De acuerdo a Kay (2001), es precisamente “después de la segunda guerra mundial, con la descolonización y la Guerra Fría, muchos sociólogos se dedicaron al análisis de los países que, entre otras apelaciones, han sido llamados atrasados, subdesarrollados, menos desarrollados, en desarrollo o del Tercer Mundo” (pág. 340). Siguiendo al autor, todo ello permitió la emergencia a una sociología del desarrollo que se ha convertido en una rama particular de la disciplina. El paradigma modernizador de la sociología del desarrollo “adoptó, en gran medida una aproximación productivista y difusionista al desarrollo rural (...) se consideraba tradicionales a la mayor parte de los campesinos, para los cuales se diseñaron programas de desarrollo comunitario, de manera que se ‘modernizasen’” (Kay, 2001, pág. 344).

En América Latina, en concreto y a partir de los años 60, se desarrolla en varios países de la región una sociología rural -con alta influencia de la sociología de Europa y Estados Unidos- y con un enfoque donde prima la visión dicotómica para abordar la realidad rural. Germani y Solari fueron sus principales exponentes. Germani (1962), por ejemplo, organizaba teóricamente las sociedades según las categorías de tradicional e industrial, colocando en “el punto de origen de la transición señala las características que tendría el campo de América latina” hacía una sociedad moderna (Gómez Echeñique, 2002, pág. 41). Solari (1971), por su parte, ofrecía la idea de un *continuum* rural-urbano, donde el proceso de transición estaría dado por la urbanización de lo rural.

Bajo esta concepción, señala Muñoz (2000), el proceso de transformación estructural significó [para América latina] tanto el crecimiento de los sectores industriales como la urbanización de la vida moderna. Y, concomitantemente, la desvalorización de lo rural que pasó a ocupar un papel residual en el desarrollo. A ello, en lo material, le seguirán la modernización de las estructuras agrarias, el reordenamiento en la estructura de la propiedad y la imposibilidad de los campesinos de insertarse en la vida económica. Las transformaciones en los sistemas agrícolas en su dimensión económica y social (Llambí, Globalización, ajuste estructural y nueva ruralidad: una agenda para la investigación y el desarrollo rural. Apuntes de Antropología Rural, 1995), darán paso a una habitante rural que requerirá de otras fuentes generadoras de ingresos pues la agricultura por sí sola no resulta ser es un mecanismo suficiente para permitir la viabilidad de las unidades campesinas (Berdegú, 2000).

En ese contexto, los miembros de la antigua familia campesina deben *salir afuera* (Bengoa, 1996) y buscar lejos del ámbito doméstico posibilidades de trabajo como nuevas fuentes de ingresos (Arteaga, 2000)¹³. Estas posibilidades se enmarcan, por su parte, en un nuevo mercado laboral que ya se configuraba en el campo -como resultado de décadas de industrialización y modernización del agro-. Actividades ligadas a los complejos agroindustriales (CAI) y la emergencia de empleos rurales o agrícolas (ERNA) serán una opción para un sector que se perpetúa en la marginalidad¹⁴.

En Europa -o al menos de los países que integran la Unión Europea en la década de los 50-y al igual que en Latinoamérica, la visión sobre lo rural se sustentaba en “un desarrollo rural tácito basado en el desarrollo de la productividad y producción agraria, pero en ningún

¹³ Cabe referir aquí a dos investigaciones sociológicas de envergadura que abordan el proceso migratorio del campesinado. La primera, es *El campesino polaco en Europa y América* (1918-1920), de William I. Thomas y Florian Znaniecki. Esta obra aborda a través de las historias de vida los procesos migratorios. En el contexto español, Pérez Díaz (1967) aborda la movilidad de la población rural española destacando como nuevo fenómeno la intensidad con la que se efectúa desde mediados de los años 50 y el cambio sustantivo que conlleva pues, como señala el autor, “no tiene ya la función (...) de procurar la consolidación del sistema económico y social existente en el campo, sino, por el contrario, de fomentar la crisis profunda del sistema” (pág. 73).

¹⁴ A modo aclaratorio, explicitar que los CAI y el ERNA representan en toda su dimensión, y quizás especialmente visible para el caso chileno, el proceso de transformación que implicó la modernización para el medio rural, y la situación en la que dejó a los habitantes rurales. Los complejos agroindustriales (CAI) en el campo chileno implica la introducción de un modelo de flexibilización, que trae consigo transformaciones no solo en el proceso de trabajo, sino también en los salarios de los miembros de la agricultura familiar (Jana, 2008).

momento se detecta una preocupación por el desarrollo rural. Se trata más bien, de una versión productivista y por tanto netamente económica del mundo rural” (Quintana, Carzola & Merino, 1998, pág. 25). En España, la misma concepción negativa de lo rural significó la transformación estructural del campo, con la consecuente urbanización y desarrollo del sector industrial. La concepción tradicional sobre lo rural -como un segmento diferenciado de la sociedad global o el polo negativo de la sociedad urbana- derivó en los años 70 en el paso de una “economía campesina, volcada en la subsistencia, a la agricultura de mercado (...) la agricultura pierde progresivamente su función de reproducción familiar y se convierte en producción capitalista como cualquier otra mercancía” (Camarero, 1996, pág. 127).

La modernización que experimentó el país, señala Varela (2008), “supuso la introducción de nuevas técnicas de trabajo y de nuevas formas de producción del campo (...) Llegaron no solo nuevas formas de producción, sino también nuevas formas de endeudamiento y de dependencia” (pág. 193). Todos estos elementos -continúa la autora- supondrán cambios que décadas más tarde terminarían quebrando, “de forma aparentemente irreversible, la civilización de las pequeñas comunidades rurales” (pág.193). Uno de estos cambios, señala Estrena Durán (2012) -y que encuentra su génesis en “los años sesenta, el llamado desarrollismo desencadenó un masivo éxodo rural a las ciudades, al mismo tiempo que el medio tradicional agrario entraba en un declive progresivo y se industrializaba y urbanizaba cada vez más la sociedad española; sobre todo, ciertas zonas de ella localizadas en Cataluña, Madrid o el País Vasco” (pág. 43). En efecto, Varela (2008) propondrá que “con la introducción del capitalismo en el campo, (...) se produjo un efecto llamada en los habitantes del mundo rural, especialmente de los más jóvenes, que comenzaron a abandonar masivamente el campo y a percibirlo de forma negativa” (pág. 193).

Como resultado de toda una tradición teórica y sus aplicaciones en la política pública- cambios en el espacio rural y en el tratamiento de la cuestión rural en España y Chile- las relaciones y los modos de vida de sus habitantes se transforman. Y ocurrirá a tal extremo que estos “territorios que, de estar fundamentalmente dedicados a la agricultura y a estilos de vida rurales con un marcado carácter tradicional y localista, están pasando a ser escenarios cada vez más conectados a lo que sucede a escala global” (Estrena Durán, 2012, pág. 57).

Desde los años 80 y con mayor intensidad desde la década de los 90, el espacio rural comienza a ser reconceptualizado. Es evidente que las categorías con las que la ruralidad había sido definida tradicionalmente ya no resultan suficientes. En efecto, “desde hace ya más de cincuenta años que la ruralidad viene experimentando cambio tras cambio, sin que se haya consolidado en ella alguna forma más o menos estable. La ruralidad hoy, objetiva y subjetivamente, es un proceso, una dinámica” (Canales, 2006a, pág. 33).

Sancho y Reinoso (2012) afirman que “estos procesos de cambio rural y descentralización urbana implican para algunos autores una modificación sustancial del concepto ‘rural’, debido en buena medida a la extensión a todo el territorio de lo urbano” (pág. 600). Entrena Durán (2012), señala que “las diversas definiciones que existen actualmente para caracterizar los entornos rurales se deben, en gran medida, a su cada vez más difícil deslindamiento de los entornos urbanos en las presentes circunstancias de creciente rururbanización, en las que las fronteras entre ambos entornos son cada vez más difusas” (pág. 41).

Ahora bien, aun cuando es un hecho “que la ruralidad en la forma como fue definida en términos tradicionales ha perdido vigencia. La industrialización de la agricultura y la urbanización (...) acabó con la versión tradicional de la ruralidad, pero no con la ruralidad” (Gómez Echeñique, 2002, pág. 12). Por ello, para abordar una realidad con límites difusos surgirá el concepto de *nueva ruralidad*, [que] intentará abordar “las nuevas funciones del campo y la nueva vida rural” (Alario, Molinero & Morales, 2018, pág. 10).

La literatura ofrece todo un conjunto de reflexiones. Emergen los que “planteaban la *nueva ruralidad* como el espacio diversificado y multifuncional, tal como lo defendían Link (2001) o Llambí y Pérez (2007) para América Latina. (...) el Informe sobre saldos demográficos, a escala de Local Administrative Units 2 (LAU 2), en la Unión Europea, en el que se pone de manifiesto la tendencia declinante del campo europeo” (Molinero, 2019, pág. 23). Es evidente entonces que el concepto nuevo no designa solamente las transformaciones de los espacios rurales, sino también una revolución de los patrones de análisis de una realidad a la vez compleja y dinámica, [se está frente a] “una gran diversidad de consideraciones sobre la ruralidad y, por lo tanto, no hay una definición única y consensuada” (Gaudin, 2019, pág. 8).

No obstante, la multiplicidad de elementos que hoy definen la ruralidad tiene algunos puntos que son particularmente relevantes y que aportan a la visión de esta investigación. De acuerdo

a Llambí (1995) -y en el marco de una nueva agricultura que se imbrica con los procesos de globalización- las variables territoriales, ocupaciones y culturales son las que permiten de manera más adecuada definir o comprender la *nueva ruralidad*.

En primer lugar, están las variables culturales que refieren a un cambio tanto en los patrones del conocimiento como de los valores. Hay, una imbricación de patrones o comportamientos vinculados a la urbe con otros típicamente rurales, como comunidades o vecindades con relaciones de parentesco. Además, en la *nueva ruralidad* se mantienen algo propiamente rural, que consiste en que “las relaciones personales se pueden desarrollar y donde la microhistoria tiene (...) un peso importante en la vida de las comunidades en la actualidad. Lo urbano es sinónimo de relaciones sociales puramente secundarias e instrumentales” (Gómez Echeñique, 2002, pág. 139).

La variable ocupacional, en segundo lugar, implica el paso de la agricultura como actividad principal a una diversificación de labores en el sector primario, secundario y terciario. En efecto, tal como señala García Sanz (2008), para el contexto español, “cada vez son menos los agricultores que viven exclusivamente del trabajo de la tierra (...) estamos ante un mundo rural que es cada vez menos agrario y que diversifica sus fuentes de riqueza” (págs. 60-61).

Ahora bien, la diversificación ocupacional no permite hablar de un campesinado o una población rural inserta de forma adecuada. Se ha tejido en los campos una nueva condición de subordinación y pobreza. Es posible reconocer la existencia de zonas agrícolas modernas con el uso de alta tecnología y una estructura comercial de carácter internacional, conviviendo con áreas que utilizan técnicas tradicionales para el cultivo y producen para el autoconsumo y el mercado local (Arteaga, 2000). Esto significa que la modernización de las zonas rurales y la diversificación ocupacional no se traducen necesariamente en una mejor situación de vida para la totalidad de la población rural, pues muchos de ellos quedan limitados para insertarse en la vida económica¹⁵.

¹⁵ En Chile, el carácter selectivo y excluyente de la modernización neoliberal llevada a cabo en los campos, hizo que los campesinos quedaran al margen de los beneficios modernizadores. Quedaron expuestos a mercados competitivos a través de la oferta de productos poco diversificados ofrecidos en volúmenes reducidos y a bajos precios y, además operando a través de una larga cadena de intermediarios (Gómez Echeñique, 1994). Es, en este contexto en el cual la población rural comienza a articularse a los mercados de manera subordinada y con una constante inseguridad (Zamora, 1999; De Kartzow, 1993). Lo rural, a partir de ahora, será caracterizado de acuerdo a su baja productividad, pobreza, marginación y vulnerabilidad (CEPAL, 2016a); (2016b). En España, por otra parte, Camarero et al., (2009) hacen hincapié en el proceso de modernización que derivó en un campo

En tercer lugar, la variable territorial apunta a la revalorización de lo rural; aspecto interesante y completamente opuesto a la conceptualización negativa que se hizo del espacio en las últimas décadas. Tal como señala García Sanz (2008), “hay muchas expresiones rurales que se han visto recuperadas e impulsadas, resaltando aún más la diferencia de la vida de los pueblos con la de la ciudad” (pág. 61). Este punto se refiere a cómo el deterioro de la vida en las grandes ciudades y de las metrópolis dio paso a una valorización hacia lo que Gómez Echeñique (2002), llama “formas menos artificiales de vida donde el turismo, el deporte, la artesanía, son actividades que pasan a jugar un papel preponderante” (pág. 128).

En el caso español, hay que reiterar que el proceso de modernización y la concepción negativa en torno a lo rural generó un vaciamiento del campo. Tal como señala Molinero (2019), en la España rural contemporánea [había un] “vaciamiento que ha traspasado los límites de lo imaginable, hasta producir una preocupación general, que se extiende, en diverso grado, por todo el continente europeo, con las excepciones de Irlanda y Francia, aunque tenga en España el ejemplo más claro” (pág. 20). No obstante, “el éxodo rural que se produjo a mediados del siglo pasado está empezando a verse compensado por la afluencia de nuevos vecinos que se establecen en las áreas rurales por diversos motivos” (Lanaspa, 2009, pág. 7). Lo que ocurría era la “recuperación rural, a la que contribuiría no solo un ambiente social favorable a la vuelta al campo, sino los programas de desarrollo rural, puestos en marcha por la Comunidad Europea” (Molinero, 2019, pág. 23).

La *nueva ruralidad* como categoría sociológica y de las ciencias sociales -que permite abordar las transformaciones que ocurren hoy en el espacio rural- parece sintetizar un complejo proceso de cambios y permanencias. Tanto España como Chile han experimentado a lo largo del siglo XX una serie de procesos de carácter macro con efectos en los sistemas agrícolas tanto en su dimensión económica como social. Y ello ha redefinido no solo lo que

con un “sobre envejecimiento, masculinización, altamente dependiente, con profundas desigualdades de género y, especialmente con vulnerabilidad laboral (...) pues los mercados de trabajo son poco dinámicos” (pág. 12). De acuerdo con los autores, en el caso del país ibérico, los indicadores demuestran “que los cambios socioeconómicos han producido nuevas dificultades y desigualdades o, al menos, han seguido reproduciendo las desigualdades sociales anteriores” (págs. 12-13).

se ha entendido tradicionalmente como rural. Ha volcado la mirada hacia sus habitantes y las propias dinámicas que allí se experimentan, en tanto fenómenos sociales.

La nueva estructura agrícola, la tenencia de la tierra y la modernización de las formas de producción, la introducción de nuevas tecnologías, la globalización y la interconectividad de los mercados nacionales e internacionales. Parece que todo allí cambió. A la par, la población rural que sigue experimentando brechas en su inserción en los mercados. Los pueblos se han envejecido, la conectividad y los servicios no siempre son de fácil acceso. A ello se suma que en muchos lugares los habitantes mantienen patrones culturales y de comportamiento ligados a los lazos de parentesco, tan propiamente rurales.

Sobre esta realidad rural -aquella cuya definición tiene límites diversos y cambiantes-, sobre este mapa de cambios y permanencias, se tejen las historias de vida de las mujeres consideradas en esta investigación. Son parte de un espacio que ha sufrido tantos cambios como tres generaciones de ellas pueden observarlo y vivenciarlo.

El estudio sociológico de la ruralidad nos evidencia, por tanto, que las permanencias se imbrican a las transformaciones que han ocurrido con intensidad desde la década de los 60 en ambos países. Así es que a la par de las reconversiones agrícolas y el proceso de tecnificación de la agricultura ocurrida en España y Chile, las mujeres y hombres rurales mantienen aún los lazos familiares tan propios de la familia extensa campesina, evidenciando que los lazos frágiles son más propios de una identidad urbana que no parece permear de forma absoluta en las zonas rurales o sus conurbaciones. Las ciencias sociales, desde la disciplina sociológica u otra, debe continuar activando la mirada, para ver en la ruralidad la articulación de procesos, de historias, de biografías de sujetos que, desde sus propias competencias narrativas, pueden relatar ese cambio vertiginoso y sus permanencias.

3.2. Mujer rural: nuevo actor social y estudios sobre su condición

Ubicar a la mujer rural en los estudios sociales implica hacer varias preguntas que evidencian los énfasis dados en los últimos años al estudio de su condición, las ausencias o escasa profundización de ciertos tópicos, así como los marcos socioculturales, políticos y económicos que contextualizan su estudio. Surgen así algunas preguntas que guían este apartado: ¿cuál ha sido el lugar de la mujer rural en la tradición del pensamiento social? Y

¿qué serie de transformaciones sociales, culturales, económicas y políticas ocurren para que la investigación social centre su mirada de forma permanente y sistemática en la mujer rural? Para dar respuesta a estas preguntas, se revisan brevemente tres momentos específicos en los cuales se identifica el lugar que ha ocupado la mujer rural; momentos que se corresponden con las transformaciones sociales antes analizadas sobre el campo español y chileno y sus sociedades rurales correspondientes.

Un primer momento, que comprende desde inicios del siglo XX y hasta los años 50 y centra el análisis en la familia campesina como unidad productiva y social. Esta primera etapa, recordamos, se enmarca en la tradición intelectual que estudia al campesinado y su capacidad de mantención o adaptación a economías capitalistas -o bien, su posible desaparición-. Junto con ello, profundiza en el rol de la unidad campesina -enmarcada en la familia- como espacio productivo y social para sobrevivir a ese escenario de nuevas lógicas y racionalidades. Y es precisamente allí -en el hogar rural- donde encontramos a las mujeres.

En efecto, mientras el campesino podía [estar] “concentrado en las faenas de un predio distante, y en su casa, una mujer concentrada en el trabajo doméstico” (PNUD, 2008, pág. 39). La tradición feminista ya lo ha constatado. Tanto en las ciudades como en las zonas rurales ha existido una segregación sexual del trabajo que se ha traducido históricamente en trabajos diferenciados para hombres y mujeres, según estén dentro o fuera del espacio doméstico (INDAP-Prodemu, 2017). La historia de las mujeres rurales durante las décadas señaladas no releva en esa distribución “las relaciones de género, (...) la división de funciones entre hombres y mujeres la distinta valoración que se hace del trabajo en uno y otro caso” (Sabaté, 1992, pág. 100). Faltarán aún algunas décadas para que ello ocurra.

En España, señala Moreno (2003), la sociología rural se ha caracterizado por la ausencia de estudios sobre la mujer rural y cuando era considerada, su papel era tradicionalmente colateral y secundario. De acuerdo a ello, Gómez Benito (2015) considera que los estudios referentes a la mujer lo hacían principalmente ligado a la figura de ayuda familia para expresar la vinculación de la mujer con la explotación familiar. No obstante, el autor agrega que, como resultado del empobrecimiento de la población española durante la primera mitad del siglo XX, es difícil invisibilizar la participación de la mujer en tantos espacios como le

era posible. Y postula que bajo el criterio de género -pero también de edad- estarán en “los campos y los huertos, en la casa y los corrales, en las calles y en las fábricas” (pág. 332).

En Chile, de la mujer rural se sabe que hasta la primera mitad del siglo XX es categorizada dentro del grupo de familiares de los inquilinos¹⁶. Esto significa que no tiene derecho a tierra, talaje ni casa al interior de la hacienda (INDAP-Prodemu, 2017)¹⁷. Sus funciones se circunscriben al cuidado y mantención del hogar. A ello se suma el trabajo de la tierra y la crianza de animales. No obstante, y al igual que en España, las condiciones de precariedad de la época hacían del trabajo fuera del ámbito doméstico una necesidad. Por ello, realizaban “trabajos artesanales tales como el telar, el hilado y la alfarería (...), el tejido a palillo y crochet, la producción textil y la factura de loza” (INDAP-Prodemu, 2017, pág. 11). Al igual que en España, esos oficios no fueron reconocidos en la literatura y otro tipo de fuentes.

Un segundo momento en el estudio de la mujer rural tiene su inicio en la década de los 60 y 70, y resulta particularmente interesante pues el centro del análisis se revierte a develar su condición, explicitando las tensiones entre el trabajo doméstico y su participación en lo público. Para que estos estudios surjan, se requiere la introducción de la perspectiva feminista en los estudios sociales. Hasta antes, temas como el género, la etnicidad y la generación no eran relevantes como categorías de diferenciación social para el estudio del campesinado (Rebolledo, 1997; Sampedro 2008). Este grupo era abordado como homogéneo en sus dimensiones socioculturales, con distinciones referidas a aspectos económicos y productivos.

A través de la perspectiva feminista y las categorías que transformarían el pensamiento crítico en las ciencias sociales -género, patriarcado, división sexual del trabajo- los estudios sitúan a la mujer rural definitivamente como sujeto de investigación. Una vez allí se le analiza develando las hasta entonces invisibilizadas tensiones entre lo reproductivo y lo productivo. Comienza a escribirse la historia de las mujeres rurales y, con ello, siguiendo a Cobo (2009),

¹⁶ La figura del inquilino se comprende al alero del complejo latifundio-minifundio propio de las sociedades latinoamericanas. Ya en el siglo XIX se comprende a este sujeto, siguiendo a Barros (1875), como un agricultor que criaba ganados y sembraba cereales, que miraba como propia la tierra que cultivaba, se radicaba en ella para constituir una familia y aumentaba sus economías para formar un capital.

¹⁷ De acuerdo a Rebolledo (1997), “la hacienda tradicional, institución de larga duración y característica de la zona central, organizaba la producción agrícola, concentraba población y fuerza de trabajo estable y temporal. La primera de ellas constituida por los inquilinos, sus familias y los allegados, por su parte la fuerza de trabajo temporal provenía de áreas de pequeña propiedad circunvecina o de peones estacionales venidos desde más lejos que se ofrecían para trabajar por un salario en la época en que la agricultura demandaba más brazos” (pág. 4).

el reconocimiento de no poder continuar situándolas en lugares periféricos pues realmente nunca estuvieron allí.

En términos históricos, ello ocurre en los años de la primera etapa de modernización rural en España y Latinoamérica y en medio del complejo proceso de transformación e industrialización de la ruralidad. En España se comienza a evidenciar “que la inclusión de la mujer en las estrategias de dinamización socioeconómica del mundo rural es fundamental para fijar población y generar renta y empleo” (Rico & Gómez, 2009, pág. 51). Ello las sitúa en un nuevo y relevante lugar en las dinámicas sociales. Asimismo, se inician estudios que exploran en la identidad de género de las mujeres rurales (Moreno, 2003). En Latinoamérica, señala Arteaga (2000), durante la década de los 70 se profundizará en las condiciones de trabajo de las mujeres de las áreas rurales, “detectando similitudes y diferencias” en la región (pág. 38). De acuerdo con la autora, los estudios previos mostraban una subestimación del trabajo realizado por las mujeres, tanto en el ámbito doméstico como en las labores asalariadas realizadas dentro o fuera de éste.

Desde los años 80 y durante toda la década de los 90, con procesos de modernización cada vez más intensivos, comienza una tercera etapa en el estudio de la mujer. Desde este momento se replanteó la discusión teórico-conceptual de la sociología y antropología rural. Tal como señala Bengoa (1998), “el campo y la agricultura se desdobra en dos. Por un lado, la perspectiva de los campesinos y trabajadores hombres y, por el otro, la perspectiva de las campesinas y las trabajadoras mujeres. (...) Ha sido un cambio epistemológico profundo, una mirada duplicada del campo, una bidimensionalidad que no se percibía anteriormente” (pág. 32). Esto ha implicado, además, no solo la emergencia de la mujer rural como agente social, político y económico, sino también –en términos de Touraine (2007)- como sujeto con capacidad de construirse en actor de su propia vida y, por tanto, objeto del análisis social. Ahora bien, el cambio epistemológico al que hacemos referencia ha derivado, en las últimas décadas, en la existencia de un alto contingente de estudios que abordan a la mujer como agentes promotores del desarrollo de las zonas rurales. La mujer como sujeto de estudio es visibilizada en su realidad económica -con su inserción en el mercado laboral, muchas veces precario y flexible- y en su realidad social.

Los estudios han abordado su inserción formal en el mercado laboral y su irrupción en la economía rural; el proceso de ajuste de los patrones sexuales y reproductivos cada vez más cercanos y homogéneos a los de la urbe; mayores niveles de escolarización e incluso el ingreso a estudios de nivel superior. Los estudios se multiplicarán y abordarán los procesos de construcción identitaria, así como las subjetividades del colectivo; la feminización de la agricultura y las potencialidades de la mujer para el desarrollo rural; los nuevos pobladores rurales frente el despoblamiento del campo español; el rol activo que les compete a las mujeres del sector en la mantención de la agricultura, entre tantos temas.

Para efectos de esta tesis, y dada la diversidad de temas sobre los cuales se ha investigado en las últimas décadas, se han definido tres temas que resultan pertinentes para realizar una revisión de la condición de la mujer rural, especialmente después de los procesos modernizadores en Chile y España. Los temas son: mujer rural y trabajo, mujer rural y educación y mujer rural, identidad y relaciones de género.

Mujer rural y trabajo

Con los procesos de modernización ocurridos en Chile y España y las transformaciones técnico-productivas y socioculturales que configuran una *nueva ruralidad*, las ciencias sociales centran especialmente su interés en la mujer rural y su participación en el mercado laboral, en el entendido que representa uno de los cambios más visibles en la ruralidad.

La emergencia de la mujer rural debe ser entendida, primero, “la participación laboral de las mujeres ha experimentado un intenso incremento en las últimas décadas, sin embargo, las desigualdades entre hombre y mujeres siguen persistiendo, tanto en el número (...) que participan en el mercado de trabajo, (...) como en el tipo de trabajo y las condiciones” (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013, pág. 23). Y, tercero que, a pesar de esas desigualdades, el trabajo de las mujeres rurales ha sido reconceptualizado en su aporte al desarrollo de las economías y la superación de la pobreza. En efecto, “la Cuarta Conferencia Mundial de la Mujer (Beijing 1995) reconoció la contribución de las mujeres a la economía y su incorporación al trabajo en la lucha por combatir la pobreza sea con el trabajo remunerado o con las labores no remuneradas que realizan en el hogar o la comunidad” (Ballara & Parada, 2009, pág. 17). Efectivamente, tal como señalan Porto,

Villarino, Baylina, García y Salamaña (2015), la sociedad española hoy encuentra en las mujeres rurales “un capital social y humano muy importante para el desarrollo rural y local en el medio rural a nivel económico, social y político” (pág. 387).

Ahora bien, dos grandes temas surgen del análisis de los estudios que abordan la mujer rural y el trabajo. Uno relacionado con lo que podemos llamar la visibilización de su trayectoria laboral en las últimas décadas y con las particularidades que ello adquiere en España y Chile. Y otro, referido a las tensiones y complejidades que se originan entre un modelo tradicional rural y lo que representa la salida de la mujer para insertarse en el mercado laboral, así como la valoración que del trabajo hacen las mujeres rurales, en términos de su identidad y autonomía personal.

En relación al primer punto, y tal como se señala en los apartados anteriores, durante décadas el trabajo de la mujer se vinculó a la explotación familiar. En el contexto español, “en la explotación agraria, realizando las tareas domésticas y de ayuda familiar orientadas principalmente a satisfacer las necesidades doméstico-familiares (Cánoves, García & Solsona, 1989, pág. 46). Tal como señala Sampedro (1991), “la ‘carrera profesional’ de la mujer dedicada a la agricultura se traduce habitualmente en el paso de una situación de hija-ayuda familiar a otra de esposa-ayuda familiar, para culminar en el estado de viuda-titular” (pág. 26). En efecto, en los años 80 “había más esposas de agricultores que agricultoras” (Díaz Méndez & Gómez Benito, 2009, pág. 129).

Ahora bien, con las transformaciones del campo español, el proceso de desagrarización y la masculinización de las tareas agrícolas, la mujer rural redefine su vinculación con el trabajo. Una de las estrategias seguidas es trabajar fuera del negocio familiar y prácticamente no participar como ayuda familiar (Díaz Méndez & Gómez Benito, 2009)¹⁸. Aunque el que parece ser el principal patrón de comportamiento de las mujeres es la persistencia de mantenerse en el mercado laboral asalariado.

¹⁸ “De la situación de ocupados sin ingresos, salieron primero los varones (muchos accediendo a la titularidad de la propia explotación), pero la situación de dependencia de las mujeres vinculadas a las familias agrarias se prolongaría más entre las mujeres jóvenes (...) para reducirse también después, incluso por debajo de los niveles de los varones. Y en este mismo sentido, el trabajo en el hogar, que en 1984 representaba el 31,5% de la situación laboral de las jóvenes rurales, en el año 2000 ya solo representaba el 8,7%” (Díaz Méndez & Gómez Benito, 2009, pág. 130).

Siguiendo a Díaz Méndez (2007), “las mujeres huyeron (o fueron expulsadas) de la agricultura familiar” (pág. 124), debido a la pérdida de importancia de la actividad agrícola y porque veían en el modelo de ama de casa un truncamiento de las trayectorias. La formación era uno de los proyectos de las mujeres que migraban a la ciudad. Siguiendo a la autora “el trabajo asalariado fuera y también dentro del sector agrario” (pág. 124), representaba entonces, siguiendo a la autora, mejores condiciones de trabajo, de relación y de vida.

Ahora bien, y de acuerdo con el Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente (2013), el panorama general de la participación laboral de la mujer rural española podría resumirse en que “el sector de ocupación mayoritario en las mujeres es el de los servicios (...) mientras que la participación laboral remunerada en el sector agrario es bastante menor (...) y se realiza principalmente bajo la figura de ayuda familiar” (pág. 23). Esta situación evidencia que luego de los procesos modernizadores y de la profesionalización de lo rural, la mujer continúa teniendo un papel secundario (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013).

Asimismo, su participación es más baja que la de los hombres, debido a factores tales como la “inadecuación de la oferta a la demanda, la ausencia de oportunidades laborales en el medio rural (...), baja corresponsabilidad social: escasez de servicios públicos, horarios laborales y permanencia de roles de género” (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013, pág. 12).

No obstante, tal como señalan Porto et al., (2015), en España se detectan también en las zonas rurales mujeres emprendedoras, dueñas de negocios que han ido en aumento durante las últimas décadas, y que crean “nuevas empresas o el trabajo como profesionales *freelance*, ambas actividades asociadas tradicionalmente al mundo masculino” (pág. 387). Las motivaciones -indicadas por Porto et al., (2015)- para volver a residir en lo rural y reconstruir su arraigo son diversas, pero destacan el aprecio a lo rural; o “el concepto que tienen de sí mismas, mediatizado por el entorno familiar y social, que explica en buena parte su capacidad para emprender e innovar” (pág. 397). Esto ha hecho disminuir la huida ilustrada de las nuevas generaciones.

El caso chileno presenta algunas diferencias en la relación a la dimensión mujer y trabajo, en comparación con las investigaciones realizadas en España. No obstante, las mujeres rurales

chilenas, al igual que las españolas, realizaron labores en el predio agrícola. “Estuvieron fuertemente atadas al destino de sus parientes masculinos, con poca posibilidad de establecer relaciones propias o de independizar su suerte y su vida de la de sus padres, maridos o hermanos, excepto cuando debían migrar hacia las ciudades” (Rebolledo, 1997, pág. 4).

Ahora bien, a partir de los años 80 y con la emergencia de una nueva estructura agraria, las mujeres se insertan en dos ámbitos de trabajo. Un grupo está conformado por “las productoras constituyen más de la mitad de las mujeres agrícolas (...) las explotaciones a cargo de mujeres son más pequeñas que las de los hombres, con un valor bruto de su producción y un tamaño físico que corresponde al 60-70% de su homólogo masculino: un 97% de ellas se clasifican como microempresarias, generan el 22% del valor bruto de la producción agropecuario y forestal del país, poseen el 23% de los activos y generan el 27% del empleo familiar y asalariado” (Namdar-Irani, 2014, pág. 8).

El otro grupo está conformado por mujeres que salen del ámbito reproductivo pues la familia campesina necesita encontrar nuevas fuentes generadoras de ingresos (Bengoa, 1996), tal como se señaló al inicio de este capítulo. Los procesos modernizadores dejan a este grupo de mujeres rurales en una situación desventajosa pues acceden a trabajos caracterizados por su flexibilidad y precariedad, especialmente vinculados a empleos temporales ligados a la fruticultura, resultado de la reconversión agrícola (Rojas, 1993). Las mujeres son contratadas por temporadas y en condiciones precarias e informales (Valdés, 1995). Emergen así las dos mujeres de la *nueva ruralidad*. La temporera¹⁹ y la trabajadora de los *packings*²⁰.

De acuerdo a Caro (2017), “la agricultura es y ha sido la principal oferta laboral de este territorio para las mujeres, en la actualidad el principal rubro la fruticultura” (pág. 130). El problema que la literatura evidencia es que, “en las condiciones de trabajo en el área de exportaciones agrícolas de alto valor, se observa la incidencia de factores de género”

¹⁹ La mujer temporera chilena de mediados de los años 90 en su mayoría “proviene de una familia nuclear y que mayoritariamente son de áreas rurales (70%), ubicadas en las cercanías de las empresas en las que trabajan (...). Un 55% de (...) entre 25 y 44 años de edad, la mitad de las cuales son madres que están o estuvieron casadas o conviviendo (47% de ellas casadas (...)). La proporción de jefas de familia entre ellas es muy similar al promedio nacional” (Rebolledo, 1997, pág. 9).

²⁰ Los *packings* son centros de empaque de fruta. De acuerdo con FAO y Sernam (2002), es un tipo de empleo “asalariados agrícolas de tipo temporal: trabajan principalmente en la cosecha, procesamiento y empaque de fruta de exportación, flores, y en algunos casos de subproductos de la pesca. Fenómeno en aumento desde la década de los 80” (pág. 18).

(Lastarria Cornhiel, 2008, pág. 4). En efecto, a las mujeres se le asignan menores salarios pues son segregadas en tareas consideradas no calificadas- y contratadas temporalmente. Hasta hace una década, “el 60% de las temporeras carecían “de contrato laboral” (Ballara & Parada, 2009, pág. 54). En este sentido, “uno de los temas que ha concentrado mayor atención es la tendencia a la precarización del empleo en las mujeres, (...) (Oxman & Galilea, 2000) y el análisis de las brechas entre hombres y mujeres respecto de la calidad del empleo y en relación con el ingreso, la forma de contrato, la cobertura de protección social (Valenzuela & Reinecke, 2000; Valenzuela, 2003-2004)” (Ballara & Parada, 2009, pág. 18). Por este motivo el trabajo de “la fruticultura actual es intensiva y provoca un alto grado de cansancio, estrés y tensión en las mujeres” (Caro, 2017, pág. 130).

Por último, cabe señalar que la mujer rural chilena se queda en el campo y trabaja en la agricultura o en los empleos ofrecidos por la nueva estructura agraria. Y lo hace de forma masiva observándose en el país, desde la década de los 80 y con fuerza desde los 90, la feminización de la agricultura²¹.

No obstante, aún existen vacíos en la información sobre la situación y características del empleo de las mujeres rurales en América Latina. En Chile, las cifras apuntan a que “la incorporación de la mujer al mundo laboral es relativamente bajo, comparado con otros países de América Latina y de la OECD” (Fawaz & Rodríguez, 2013, pág. 64). Hay problemas también con el subregistro de la “participación económica de las mujeres rurales; (...) [y] su inserción en trabajos precarios” (Ballara & Parada, 2009, pág. 19). Todo ello afecta los resultados de estudios sociales invisibilizando su real aporte económico.

Un segundo punto son los efectos o impactos de la participación laboral de la mujer rural en las relaciones de género y en la construcción identitaria. Tal como se señaló, “en las mujeres, el trabajo siempre se ha percibido como una “ayuda”, y en los hombres, por el contrario, como un ‘recurso económico’” (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente,

²¹ De acuerdo a Lastarria Cornhiel (2008), “durante las últimas décadas, el trabajo de las mujeres en la agricultura se ha tornado más visible. En parte, esto se debe a que las investigaciones y los métodos de recopilación de datos han intentado establecer de manera más fidedigna las actividades que desempeñan las mujeres en las áreas rurales. Al mismo tiempo, las mujeres han ampliado y profundizado su participación en la producción agrícola debido, entre otros factores, a que cada vez con mayor frecuencia está recayendo sobre sus hombros la responsabilidad del sustento familiar. Asimismo, su intervención se ha incrementado en razón de las oportunidades económicas que se les presentan en la agricultura comercial. Esta tendencia se ha denominado ‘feminización de la agricultura’” (pág. 4).

2013, pág. 22). Por ello, “el trabajo femenino tiende a alterar las tradiciones hombre/mujer, (...) sustentadas en el campo durante generaciones, lo que causa resistencias, conflictos y tensiones” (Fawaz & Rodríguez, 2013, pág. 52). Y ello no solo en el ámbito laboral sino también “al interior de los grupos familiares” (Rebolledo, 1997, pág. 2).

En este sentido, hablar de mujer rural y trabajo obliga a pensar que, como señalan Fawaz y Rodríguez (2013), “la familia patriarcal y el patriarcado (...) se ven desafiados por los procesos vertiginosos de la transformación del trabajo y de la conciencia de las mujeres, reforzado por la modernidad y los procesos económicos y sociales que la acompañan” (pág. 50). Es necesario entender entonces, afirman Ballara y Parada (2009), que la “asignación de roles que asigna a los varones la principal responsabilidad en la producción y a las mujeres las restringe a la reproducción” (pág. 9), retrasa la incorporación de la mujer al mercado laboral, relegándolas como fuerza de trabajo secundario y precarizado.

Se evidencia también que “aun cuando las mujeres dedican más tiempo a actividades productivas agrícolas y no agrícolas, los hombres no aumentan su participación en tareas reproductivas” (Lastarria Cornhiel, 2008, pág. 4). Ello conduce, siguiendo a Rebolledo (1997) a que la mujer reorganice “los tiempos de trabajo, pasando de la simultaneidad a la secuencialidad” (pág. 3).

Lo que se observa, en definitiva, es que “la participación de la mujer [rural] en la producción se estructura en función del tipo de organización familiar” (Pérez, 2017, pág. 20). Y que el trabajo remunerado agrícola de las mujeres sigue siendo entendido como una ayuda al marido (Valdés & Rebolledo, 2015). “El trabajo remunerado se ha visto como ‘la normalidad de lo que hacen los padres’, trabajo remunerado y maternidad se definen como ámbito opuesto”, a lo que se vincula a las madres (Saldaña, 2018, pág. 185).

Para Sampedro (2003), en el medio rural español “existen toda una serie de obstáculos estructurales e ideológicos que dificultan el camino hacia la conciliación (...) pueden suponer un problema importante para el desarrollo de las áreas rurales, ya que las mujeres jóvenes seguirán abandonando el medio rural” (pág. 92). Por ello -siguiendo con la autora- ha sido de interés “poner en un primer plano el problema de la conciliación - las posibilidades reales de avanzar hacia una participación igualitaria de hombres y mujeres en el trabajo remunerado y el cuidado” (pág. 84). Se entiende deben emerger estrategias que permitan, por una parte,

la compatibilización de la familia y empleo en periferias rurales y metropolitanas (Tobío, Montero & Sampedro, 2000) y, por otra, del uso del tiempo y del espacio de mujeres trabajadoras en zonas rurales (Sabaté, 2009).

Por último, la participación en el mercado laboral implica una serie de cuestiones para las mujeres a nivel identitario y de autonomía, especialmente si consideramos que cuando trabajaban al alero de los hombres de la explotación, “las propias mujeres se quejan del bajo reconocimiento social de su trabajo y su falta de identidad profesional” (Cánoves, García & Solsona, 1989, pág. 64). En términos generales, “las oportunidades que ofrece el empleo fuera de la finca o ganar ingresos a través de la producción comercial son aperturas para el empoderamiento de las mujeres [rurales]” (Lastarria Cornhiel, 2008, pág. 4). Estudios han demostrado que las jóvenes rurales que “trabajan en el ámbito público desarrollan recursos personales diferentes, mayor comunicación, estructuras laborales menos verticales, trabajo en equipo, o incrementan sus redes de amistad con impacto positivo para ellas” (Lázaro, Zapata & Martínez, 2007, pág. 198).

En el caso chileno, con la integración de las mujeres al mercado de trabajo frutícola, es posible identificar un cambio cuantitativo -referido a la cantidad de mujeres asalariadas- y otro cualitativo pues las mujeres pueden negociar “sus contratos de trabajo directamente, o sus representantes, sin intermediarios de los miembros masculinos de la familia” (Rebolledo, 1997, pág. 10). Fawaz y Rodríguez (2013), señalan que el 96% de las mujeres rurales que trabajan de forma remunerada y que son parte de su investigación, afirman sentirse “más satisfechas consigo misma, les posibilita construir espacios de autonomía y mejorar su autovaloración” (pág. 58).

En efecto, los autores sostienen que el trabajo representa “la búsqueda y logro del bienestar familiar posicionan a la actividad laboral como aspiración, necesidad y derecho, pues genera beneficios económicos y de valoración personal (...) pese a los costos en la relación de pareja o tensiones en el entorno social” (pág. 58). Es así en la medida que la decisión de insertarse en el mundo laboral será cuestionada por la visión patriarcal que conceptualiza a la mujer como propiedad sujeta a vigilancia y control. Ello actuará como un inhibidor en el proceso de empoderamiento, restringiendo su autonomía y capacidad de decisión.

Mujer rural y educación

Las investigaciones sociales y las reflexiones sobre la educación de las mujeres rurales evidencian dos líneas principales. Una, que releva los cambios en el acceso a educación escolar y superior. Para efectos de esta tesis, estas variaciones son especialmente relevantes pues permiten evidenciar que, mientras una primera generación es analfabeta, la de sus nietas ya cuenta con acceso a la educación superior, con las implicancias socioculturales que ello tiene. Y una segunda línea que aborda la formación de las mujeres rurales con el objetivo de mejorar capacidades, acceder a nuevos mercados laborales y superar las brechas de desigualdad que se establecen entre sus pares rurales y con las mujeres urbanas.

En materia de acceso a educación en las zonas rurales, en especial para las mujeres, “la formación es vista como la llave de acceso al mercado laboral, (...) desarrollo personal, independencia económica y autonomía personal (...) una herramienta con la que superar el papel secundario que han ejercido en sus familias, la vinculación a lo doméstico y la subordinación a sus parejas” (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013, pág. 28). Según un estudio de la ONU del año 2010, el 25% de las niñas que asisten a clases en sectores rurales no finalizan la escuela “datos son el reflejo de una discriminación histórica de las niñas en el campo de la educación” (FAO, 2011, pág. 30). Lo anterior, sumado a que “más de dos tercios de los 796 millones de analfabetos en el mundo son mujeres” (UNESCO, 2010, pág. 23).

Tanto en España como en Chile se incrementaron las tasas de alfabetismo entre su población -con diferentes intensidades- a lo largo del siglo XX. En España, de acuerdo a Viñao (2009), son “las migraciones y cambios sociales, económicos y culturales de los años 60 y 70 [lo que permite], y el crecimiento en dichos años de la población escolarizada” (pág. 6). Para Porto et al., (2015), en el contexto rural y para las mujeres, en concreto, la formación supuso “una estrategia para lograr el ascenso social, para acceder a puestos de trabajo mejores que los de agricultoras y para conseguir, en definitiva, un estatus profesional del que carecerían como mujeres de agricultor” (pág. 395). En efecto, Gómez Benito y González (2002), afirman “la estrategia típica que han encontrado las jóvenes rurales para superar la dificultad a la hora de entrar en el mercado de trabajo ha sido mejorar su nivel educativo” (pág. 37).

En Chile, la ampliación nacional de la cobertura escolar primero implica una transformación vertiginosa en las trayectorias biográficas de las mujeres rurales, en sus condiciones de existencia, su identidad, expectativas, incluso su mirada del campo y el retorno a él. De acuerdo al Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género (2017), el 22,5% de mujeres de zona rural tienen una escolaridad menor a 5 años (cifra en descenso si consideramos que el año 2006 era de 30,4%). Interesante es observar también que los porcentajes se incrementan desde el año 2006 a la fecha, tanto para los 10 a 12 años de escolaridad, pasando de 29,3% al 33,4%; y de 6,7% a 13,8% para 13 o más años de escolaridad.

Ahora bien, el acceso de las mujeres rurales a la educación superior es otro de los cambios significativos en sus trayectorias. En efecto “el nivel educativo de la población rural ha aumentado notablemente, sobre todo en las generaciones nacidas en las décadas de 1970 y 1980, y especialmente en las mujeres, que han superado en número y en nivel de formación a sus compañeros varones, y han equiparado su nivel formativo al de las mujeres urbanas, Gómez Benito y González (2002)” (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013, pág. 24). Siguiendo a los autores González y Gómez Benito (2002), también se detectan convergencias urbanas y rurales en varios aspectos, especialmente en las trayectorias educativas donde la brecha se ha ido reduciendo. Esta situación difiere con la realidad chilena donde, “pese al acortamiento de la brecha urbano-rural, persisten (...) importantes diferencias en la cobertura por nivel de enseñanza entre ambas zonas” (Díaz, 2005, pág. 31).

Un elemento por considerar en esta dimensión de mujer y educación es el rol que cumplen las madres rurales como promotoras de la educación en las generaciones más jóvenes. En efecto, para Porto et al., (2015), “las madres, empujan a muchas mujeres a la educación media y superior como vía para alejarse del [espacio] rural y acceder a un trabajo cualificado y con expectativas de profesionalización” (pág. 395). Los autores Díaz Méndez y Díaz Martínez (1995) señalan que “las madres consideran el estudio de sus hijas como la base de la independencia” (pág. 208). Pero es necesario aclarar que en el caso de las mujeres “el acceso a la educación superior (...) supone una forma de rebelarse contra la comunidad patriarcal rural -tanto del padre y hermano(s) primero, como del marido más tarde-, y contra las invisibilizadas largas jornadas de trabajo en el campo” (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013, pág. 28).

Esta migración de jóvenes rurales a estudiar a zonas urbanas, conocida como *huida* ilustrada, constituye uno de los elementos que más influencia ha ejercido en el desarraigo rural de las jóvenes (Díaz Méndez, 2011) y, por tanto, en el despoblamiento, envejecimiento y masculinización que caracteriza al medio rural español.

Cabe mencionar que “aquellas mujeres sin cualificación se han visto empujadas a permanecer en el territorio, siendo excluidas del mercado de trabajo o viendo restringida la participación laboral a trabajos caracterizados por la inestabilidad, temporalidad y la baja remuneración” (Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013, pág. 31). En efecto, y de acuerdo a Díaz Méndez (2007), las mujeres españolas adultas -sin formación profesional- “han visto en las actividades agrarias no principales y en el autoempleo una de sus opciones más sencillas pues logran los objetivos de autonomía económica y personal sin renunciar al vínculo familiar” (pág. 125).

Por último, según los autores Valdés y Rebolledo (2015), un matiz para el caso rural chileno donde las aspiraciones educacionales contrastan con las posibilidades estructurales. De allí podemos vislumbrar algunos tipos de estudiantes rurales. Primero, están las jóvenes que, sin necesidad de asentarse en las grandes ciudades, ya que deciden si se “viaja cotidianamente a la universidad” (pág. 504) o simplemente mudarse. Ellas representan el ejemplo más emblemático del incremento en el acceso a educación. Las mujeres rurales chilenas de generaciones mayores o intermedias de baja escolaridad que emigraron se emplearon en la ciudad -en su mayoría- como empleadas de casa particular. En caso de no ser así -continuando con los autores- en el campo y por “resguardo a la vejez, casi siempre una hija mujer permanecía soltera en el lugar para cuidar a sus padres” (pág. 499). Las oportunidades de estudio estaban limitadas o literalmente truncadas.

Según Caro (2017), otras jóvenes “se embarazaron tempranamente y viven de allegadas con sus padres y trabajan como temporeras” (pág. 134), sin más educación que la secundaria, que a veces queda incompleta. Están también las que estudian y buscan un trabajo temporal [pero] “la oferta laboral es limitada (...) se concentra en empleo frutícola temporal, trabajo a domicilio (...) y empleo doméstico” (pág. 134) en ciudades cercanas. Y las que estudiaron carreras profesionales, que no son bien remuneradas en su zona [por lo que se] conforman con trabajar como temporeras, en situaciones precarias, pero con mayores ingresos.

Mujer rural, identidad y relaciones de género

Tal como se ha venido señalando en este capítulo, los procesos de modernización rural que se dan en España y Chile redefinen no solo la actividad económica, sino también los espacios y las relaciones entre hombres y mujeres rurales. La inserción laboral formal de la que se habló en apartados anteriores viene a ser uno de los más llamativos asuntos del estudio de la mujer rural por los efectos que tienen en el proceso de construcción de las identidades, en el replanteamiento de las trayectorias vitales de las mujeres y en la alteración de las relaciones sociales en la zona rural.

En efecto, de acuerdo a Fawaz y Rodríguez (2013), los estudios de la ruralidad y la mujer siguen centrándose en dos conceptos. El primero, “la inserción de la mujer al mundo laboral” y el otro, “la división sexual del trabajo” (págs. 50-51). Los estudios evidencian que tanto mujeres urbanas y rurales presentan necesidad de compatibilizar trabajo remunerado y responsabilidades domésticas (Caro, 2017). Y que elaboran diferentes estrategias para lograr esa compatibilización, principalmente accediendo a “redes o servicios de cuidado” (Fawaz & Rodríguez, 2013, pág. 51).

Lo anterior conlleva que tanto en zonas urbana como rurales se produzca la feminización de la red de apoyo y cuidado familiar. En España, Sampedro, Gómez y Montero (2002), explican que las abuelas -dispuestas a ayudar- tiene “una clara conciencia de la soledad de las mujeres a la hora de compatibilizar vida familiar y laboral” (pág. 33). Los estudios no presentan referencias al involucramiento en lo doméstico de los hombres, evidenciando que son las madres están “mucho más sobre-exigidas, agotadas, cansadas y agobiadas” (Valdés & Valdés, 2005, pág. 195). Es relevante el rol que cumple la “asesora del hogar, (...) quien asume tareas de crianza, así como mantenimiento del entorno doméstico, cuando padre y madre se encuentran fuera del hogar debido a sus jornadas laborales” (Saldaña, 2018, pág. 195). Esta feminización del cuidado familiar en el campo chileno afecta a las mujeres de 80 años o más. En España, “el 87% de las cuidadoras (amas de casa y/o jubiladas en su mayoría), (...) el 44% de estas cuidadoras declara tener problemas depresivos por su situación (muchas de estas mujeres tienen edades más próximas al ser ellas mismas cuidadas y no cuidadoras)” (Siliprandi, Sabaté, Cruz & Senra, 2018, pág. 14).

Por último, otro elemento a relevar es la desigualdad que se genera en las niñas rurales, menores de catorce años, pues siguen concentrando el ejercicio de las tareas domésticas en ausencia de sus madres por motivos laborales. Entre hermanos/as la diferencia por sexo en la asignación y ejecución de labores es radical. “Las niñas desde los 11 años cocinan para toda la familia, si un niño tiene que hacerlo, por obligación, cocina solo para él” (Caro, 2017, pág. 131). Según Cruz (2018), aún falta modificar “las estructuras y el simbolismo de género (...) para las mujeres en el medio rural”. Agregando que las jóvenes son quienes están abriendo un abanico de posibilidades, e “impulsarán nuevos modelos de feminidad y masculinidad [rural]” (págs. 28-29).

Como hemos visto, “las mujeres rurales son y se posicionan frente al territorio en función de sus relaciones con la familia y el trabajo” (Cejas, 2007, pág. 509). No obstante, señala Caro (2017), resulta necesario abordar desde una visión feminista aquellos ámbitos que han sido escasamente desarrollados en relación a la condición de la mujer rural. Ello, siguiendo a Sampietro (2008) pues “el género aparece como un nuevo elemento clave en la sostenibilidad social de las áreas rurales” (pág. 180).

Los cambios en la estructura familiar demuestran que mujeres urbanas y “rurales, de diversas edades, que comienzan a romper mandatos tradicionales de género” (Caro, 2017, pág. 128). Puede que “la identidad de las mujeres centrada en la familia se debilita”, pero surgen proyectos personales que se constituyen como agentes de cambio social (Valdés & Rebolledo, 2015, pág. 506). Es decir, la identidad femenina rural “no constituye una esencia inmutable, sino un proceso en constante construcción”, abierta al cambio (Fritz, 1999, pág. 118). En España, “en minoría estadísticas han quedado las mujeres dedicadas a la actividad doméstica”, tanto de la mujer urbana como rural (Díaz Méndez, 2005, pág. 69).

En España se hace énfasis en el estudio del arraigo/desarraigo de las mujeres jóvenes con la ruralidad. Díaz Méndez (2005), señala que uno de los principales factores que provocan el desarraigo en las adolescentes españolas es la limitación al “establecer sus vínculos personales con libertad que se otorga a los varones jóvenes” (pág. 75). No obstante, continuando con la autora, quien enfatiza un creciente sentimiento de arraigo principalmente entre mujeres (15 a 29 años) que no desean renunciar a sus aspiraciones personales ni

rechazar el mundo rural; “buscan conjugar ambos mundos, en un interesante proceso de conciliación que les permite construirse como mujeres rurales” (pág. 67).

Según Siliprandi et al. (2018), las mujeres que deciden quedarse lo hacen para trabajar o asociarse “con otras mujeres en situación similar, tienen niveles formativos elevados y dominan las tecnologías de comunicación” (pág. 17). En cifras, Sampedro (2009), recoge los datos de González y Gómez Benito (2002), donde destaca a las jóvenes rurales que “se iría un 38,8% y se quedaría un 56.1%” (pág. 96) en el pueblo. Ello indica que el desarraigo de la joven rural se está redefiniendo, pues pueden ser modernas y de pueblo a la vez. Hay “una tendencia fuerte entre estas jóvenes a responder a los designios familiares dejando en un segundo lugar sus opciones como individuo. (...) su presencia es decisiva para el sostenimiento del grupo familiar” (Díaz Méndez, 2005, pág. 71). Por ello se quedan o regresan al pueblo en momentos difíciles. En efecto, se detecta a “las mujeres jóvenes que, además de sus propias necesidades de desplazamiento, ven sus agendas personales adaptadas a compromisos y actividades de los miembros dependientes de la familia” (Cruz, 2018, pág. 24).

Para Rebolledo (1997), “la incorporación masiva de las mujeres rurales chilenas al empleo en la fruticultura” (pág. 16) constituye el centro de la definición de su nueva identidad. A ello agrega que lo anterior, les “ha permitido (...) complejizar sus experiencias, ampliar su visión de mundo e incursionar sobre nuevos espacios” (pág. 16). Al insertarse al mundo laboral, aumenta su autonomía y confianza. Son madres-esposas chilenas que buscan armonizar sus “sistemas de ideas, creencias y emociones. (...) en un contexto como el rural chileno, que se mueve entre lo tradicional y lo moderno” (Fawaz & Rodríguez, 2013, pág. 64).

El trabajo -a pesar de la sobrecarga y escasa repartición de las labores domésticas entre hombres y mujeres- representa para las mujeres la “autorrealización personal”, y logra imponerse a otros valores tradicionales como la formación de una familia (Sampedro, Gómez & Montero, 2002, pág. 18). En el proceso de construcción identitario, las mujeres rurales destacan su esfuerzo para asegurar la sobrevivencia del hogar rural. Tal como señala Fritz (1999), el valor del trabajo doméstico es relevante, y las hace describirse; “la mujer del campo que es bastante trabajadora” (pág. 116).

Por último, la autora Caro (2017) hace una referencia a la identidad de las mujeres de la tercera edad en las zonas rurales. Ellas “participan en organizaciones sociales (...) y en una situación autonomía respecto de sus hijos/as” (pág. 133). Su participación en los programas para adultos mayores que incluyen talleres, paseos y un espacio de socialización tranquilo. Se definen como asiduos a reuniones y paseos. Algo novedoso para una generación que se ha dedicado al cuidado de hijos y nietos.

3.3. Panorama estadístico de la mujer rural en España y Chile

En este apartado se hace un análisis general de indicadores demográficos, económicos y sociales que permiten caracterizar las áreas rurales y describir las transformaciones que ha vivido la población femenina en esos territorios. Para ello, se analizan cifras en una perspectiva transversal y actual, en base a los últimos Censos de Población de Chile y España, encuestas de caracterización socioeconómica y/o los registros de hogares. En complemento, se consideran series longitudinales de resultados para dar una perspectiva de la dinámica de cambio que se ha experimentado en las zonas rurales y, en especial, en la condición de las mujeres que allí habitan.

El primer apartado referido a Chile presenta información detallada relacionada con cuatro temas. El primero, referido a las estadísticas poblaciones generales vinculadas al área rural, con referencias específicas a la natalidad. El segundo, sobre los cambios en las relaciones familiares y la composición de los hogares. El tercero, sobre educación y escolaridad alcanzada por las mujeres rurales. El cuarto, finalmente refiere a la inserción laboral de las mujeres rurales y las áreas en que lo realiza.

El segundo apartado sobre España presenta información detallada relacionada con cuatro temas. El primero, referido a las estadísticas poblaciones generales vinculadas al área rural, con referencias específicas a la natalidad. El segundo, sobre los cambios en las relaciones familiares y la composición de los hogares. El tercero, sobre educación y escolaridad alcanzada por las mujeres rurales. El cuarto, finalmente refiere a la inserción laboral de las mujeres rurales y las áreas en que lo realiza.

3.3.1. La mujer rural en Chile en cifras

En términos estadísticos e institucionales la definición de área rural en Chile sigue los siguientes criterios: se entiende como entidad rural un asentamiento humano con población menor o igual a 1.000 habitantes, o entre 1.001 y 2.000 habitantes donde más del 50% de la población que declara haber trabajado se dedica a actividades primarias. Además, se define como rural a un conjunto menor de entidades que reúnen los criterios de población para ser definidas como urbanas, pero no los requisitos de amezanamiento, continuidad o concentración de construcciones.

Áreas rurales y estadísticas poblacionales.

De acuerdo a los datos del Censo de Población y Vivienda (2017), Chile tiene 17.574.003 habitantes, de los cuales 51,1% corresponde a mujeres y 48,9% a hombres. El 87,8% reside en zonas urbanas y el 12,4% restante en área rural. En valores absolutos, la población rural del país corresponde a 2.149.740 personas. En contraste con las zonas urbanas, donde la población femenina es mayor, las áreas rurales tienen una población *masculinizada* (proporción de mujeres es menor respecto a hombres): 47% mujeres y 53% hombres.

Tabla 1. Población general en Chile (2017)

Urbana	Rural	Total
15.424.263	2.149.740	17.574.003
87,8%	12,2%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Tabla 2. Población por área de residencia en Chile (2017)

Población censada (2017)			Área urbana		Área rural	
Hombres	8.601.989	48,9%	7.466.848	48,4%	1.135.141	52,8%
Mujeres	8.972.014	51,1%	7.957.415	51,6%	1.014.599	47,2%
Total	17.574.003	100,0%	15.424.263	100,0%	2.149.740	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

La población en contexto rural ha sufrido una disminución en su valor relativo en la población chilena a lo largo de las últimas décadas. En el último Censo de 2017, la población rural es 12% -el valor más bajo en una tendencia de descenso sistemático-. Debe considerarse, no

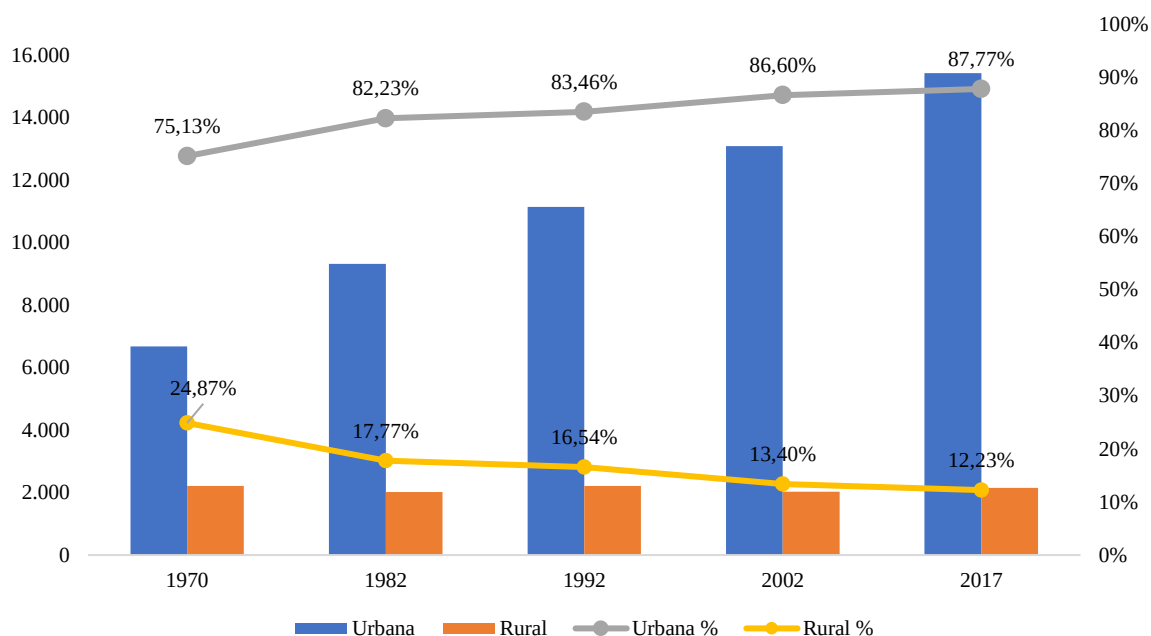
obstante, que mientras la población urbana aumenta en el período intercensal, el número de personas residentes en zonas rurales se mantiene en torno a dos millones.

Tabla 3. Serie de población en área rural y urbana en Chile, serie histórica desde Censo de 1970

Censo	Total población	Urbana	Rural	Rural %
1970	8.884.768	6.675.072	2.209.696	24,9%
1982	11.329.736	9.316.127	2.013.609	17,8%
1992	13.348.401	11.140.405	2.207.996	16,5%
2002	15.116.435	13.090.113	2.026.322	13,4%
2017	17.574.003	15.424.263	2.149.740	12,2%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística del INE.

Gráfico 1. Población en área rural-urbana en Chile, serie histórica Censos de 1970- 2017 (en miles)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística del INE.

Respecto a los equilibrios de población por género a lo largo de las últimas décadas, los indicadores de masculinidad muestran una tendencia que mantiene la condición de masculinización de las zonas rurales. Mientras la tendencia global de la población es a la feminización -mayor población de mujeres por hombres-, en el campo el indicador se mueve en sentido inverso, muy probablemente derivado de procesos de migración de mujeres en edades laborales a trabajos asociados al área de los servicios (terciario), tal como se detalla en el apartado final sobre asuntos laborales.

Tabla 4. Índice de masculinidad en zonas urbanas y rurales de Chile, serie de Censos 1992-2017

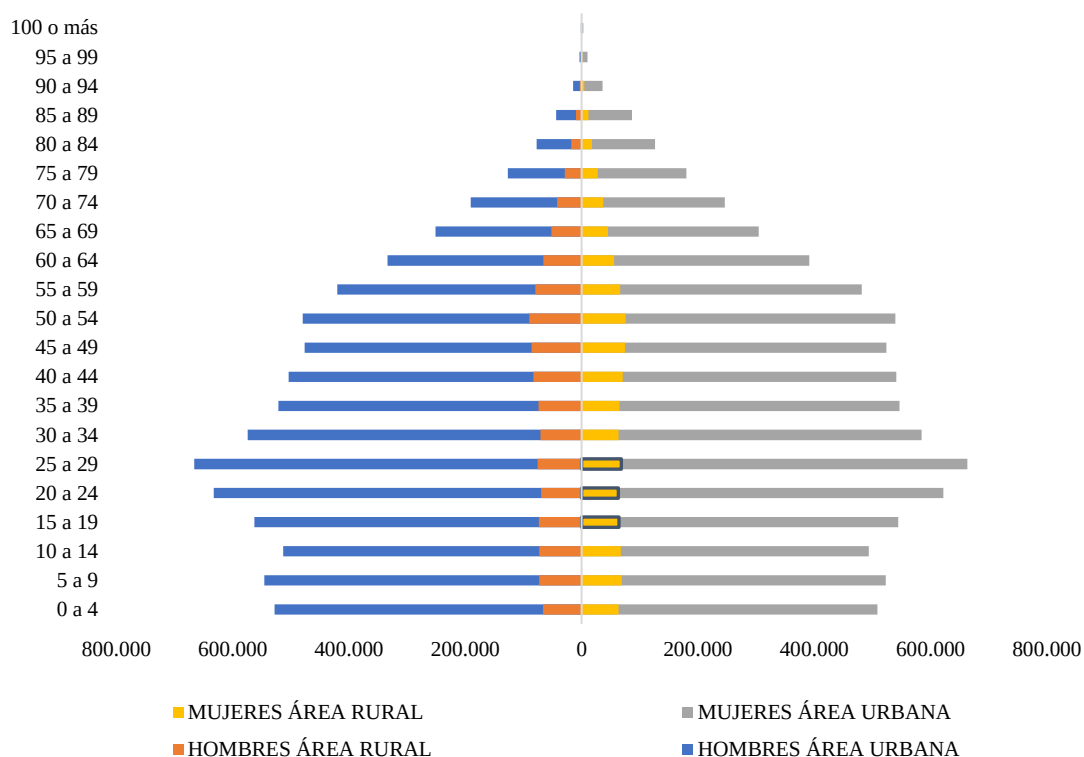
	Índice masculinidad	Urbano	Rural
Censo 1992	96,4	92,9	116,6
Censo 2002	97,12		
Censo 2017	95,90	93,84	111,88

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística INE.

En los datos generales se observa un envejecimiento de la población chilena con una pirámide poblacional que se engruesa en las edades activas. Las cohortes de generaciones de mayor población están en torno a los 25 años, con una base de la pirámide decreciente.

En los sectores rurales se observa un aplanamiento general de la curva de la pirámide. Las cohortes de mayor población son las de edades en torno a los 45 años. Al analizar la sección correspondiente a la población en el área rural se advierte una modificación de su estructura por edades. La base de la pirámide -formada por los menores de 15 años- se estrecha a causa del descenso de la natalidad -tanto urbana como rural-. Además, en el segmento formado por la población joven -entre 15 y 29 años-, que son las cohortes de población chilena más amplias, también se muestra una estrechez de población rural, muy probablemente asociada a causa de migraciones internas desde el área rural a la urbana.

Gráfico 2. Pirámide de población en grupos de edades, por población urbana y rural en Chile (Censo 2017)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Tabla 5. Población en grupos de edades quinquenales, según área urbana y rural, por sexo en Chile (2017)

Grupos edad	Total área urbana	Hombres área urbana	Mujeres área urbana	Total área rural	Hombres área rural	Mujeres área rural
Total país	15.424.263	7.466.848	7.957.415	2.149.740	1.135.141	1.014.599
0 a 4	1.036.384	527.730	508.654	129.762	66.329	63.433
5 a 9	1.068.161	545.342	522.819	142.028	72.779	69.249
10 a 14	1.007.009	512.988	494.021	140.406	72.867	67.539
15 a 19	1.106.850	562.505	544.345	137.847	73.559	64.288
20 a 24	1.254.712	632.829	621.883	133.110	69.877	63.233
25 a 29	1.329.913	666.380	663.533	144.237	75.885	68.352
30 a 34	1.159.124	574.402	584.722	134.513	70.957	63.556
35 a 39	1.068.456	521.539	546.917	139.321	74.069	65.252

Tabla 5. Población en grupos de edades quinquenales, según área urbana y rural, por sexo en Chile (2017)

Grupos edad	Total área urbana	Hombres área urbana	Mujeres área urbana	Total área rural	Hombres área rural	Mujeres área rural
Total país	15.424.263	7.466.848	7.957.415	2.149.740	1.135.141	1.014.599
40 a 44	1.044.804	503.853	540.951	153.699	82.821	70.878
45 a 49	1.000.227	476.284	523.943	160.536	86.199	74.337
50 a 54	1.019.047	479.682	539.365	165.907	90.170	75.737
55 a 59	901.978	420.003	481.975	145.801	79.403	66.398
60 a 64	725.098	333.827	391.271	121.817	65.735	56.082
65 a 69	555.652	251.255	304.397	97.350	52.004	45.346
70 a 74	436.869	190.865	246.004	79.040	42.044	36.996
75 a 79	306.922	126.576	180.346	56.667	28.950	27.717
80 a 84	203.596	77.309	126.287	35.850	17.687	18.163
85 a 89	130.635	43.908	86.727	21.166	9.561	11.605
90 a 94	50.961	14.833	36.128	7.922	3.196	4.726
95 a 99	13.707	3.384	10.323	2.149	804	1.345
100 o más	4.158	1.354	2.804	612	245	367

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Las regiones que concentran la mayor proporción de población rural son las del Maule, Araucanía, O'Higgins y Metropolitana. Con la excepción de la Araucanía y las zonas urbanas metropolitanas, éstas corresponden a zonas señaladas históricamente como los valles centrales, precisamente, territorios rurales en los que se desarrolla esta tesis doctoral. Estas zonas representan la matriz cultural del *criollismo* chileno -tal como se mencionó en apartados anteriores- y, en la actualidad, concentra la producción de las agroindustrias y el vínculo con los mercados mundiales de alimentación.

Tabla 6. Porcentaje de población rural por región en Chile (2017)

Tarapacá	1,0%
Antofagasta	1,7%
Atacama	1,2%
Coquimbo	6,6%
Valparaíso	7,6%
O'Higgins	10,9%
Maule	13,0%
Biobío	8,3%
La Araucanía	13,0%
Los Lagos	10,2%
Aysén	1,0%
Magallanes	0,6%
Metropolitana de Santiago	12,3%
Los Ríos	5,1%
Arica y Parinacota	0,9%
Ñuble	6,8%
Total	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Estadísticas de natalidad.

En Chile el descenso de población en las cohortes más jóvenes está ocasionado, en general, por una baja de los indicadores de natalidad y fecundidad que vienen descendiendo en las últimas cuatro décadas -pasando de niveles de reemplazo (tasas por sobre 2.0) a niveles que no posibilitan la renovación natural de la población-. En lo rural, las pautas de natalidad siguen esta tendencia de manera más marcada. En el mismo periodo, la pendiente de descenso de la natalidad es mayor, con indicadores que se acercan al límite de reemplazo.

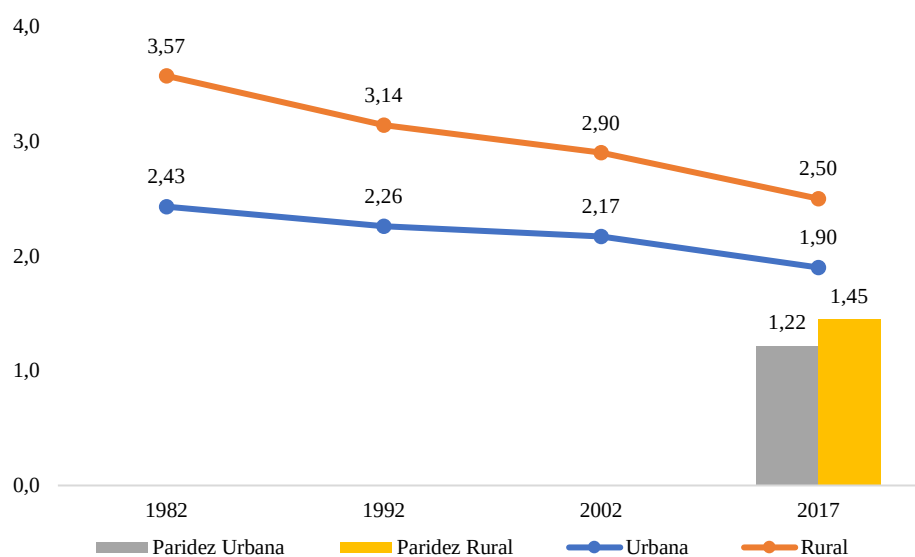
Tabla 7. Número de hijos por mujer (declaración de fecundidad y paridez) en Chile, por área en la serie de Censo de 1982 a 2017

Censo	Tasa Total	Tasa Urbana	Tasa Rural		Tasa Natalidad (hijos nacidos/mujeres adultas)	Paridez media
1982	2.59	2.43	3.57	Nacional	2,00	1,30
1992	2.39	2.26	3.14	Urbano	1,90	1,22
2002	2.26	2.17	2.90	Rural	2,50	1,45
2017	2.00	1.90	2.50			

* Nota: Promedio de hijos por mujer en edad fértil.

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Gráfico 3. Número de hijos por mujer y paridez media*, por área urbano -rural en Chile, en la serie censal 1982-2017



Fuente: Elaboración propia.

Cambios en las relaciones familiares.

Los datos de la estructura de hogares indican que, al año 2017, existen 5.651.637 hogares identificados en el país y que el 87,6% se emplaza en áreas urbanas y 12,4% en zonas rurales. El número de hogares rurales es 699.338.

En el 58,4% de los hogares chilenos se reconoce a un hombre como jefe de hogar, cuestión especialmente acentuada en el área rural: si la proporción de hogares con jefatura femenina en el área urbana llega al 43,4%%, en la rural equivale solo al 29,1% (203.303 hogares). Sin

embargo, en la comparación de los ciclos censales iniciados en la década de 1990 se muestra que en el período no solo aumentó el número de mujeres rurales a las que se les reconoce la jefatura de hogar, sino también, su peso relativo en el conjunto de hogares de la zona.

Tabla 8. Número y porcentaje de hogares por área de residencia (urbano o rural) en Chile, Censo 2017

2017	Urbanos	Rurales	Totales
N hogares	4.952.299	699.338	5.651.637
%	87,6%	12,4%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Tabla 9. Número de jefaturas de hogar por área urbana y rural, en hogares censados (2017)

2017	Hombres	Mujeres	Totales
Rural	496.035	203.303	699.338
Urbano	2.804.384	2.147.915	4.952.299
Total	3.300.419	2.351.218	5.651.637

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Tabla 10. Porcentaje de jefaturas de hogar por área urbana y rural, en hogares censados en Chile (2017)

	Hombres	Mujeres	Totales
Rural	70,9%	29,1%	100,0%
Urbano	56,6%	43,4%	100,0%
Total	58,4%	41,6%	100,0%

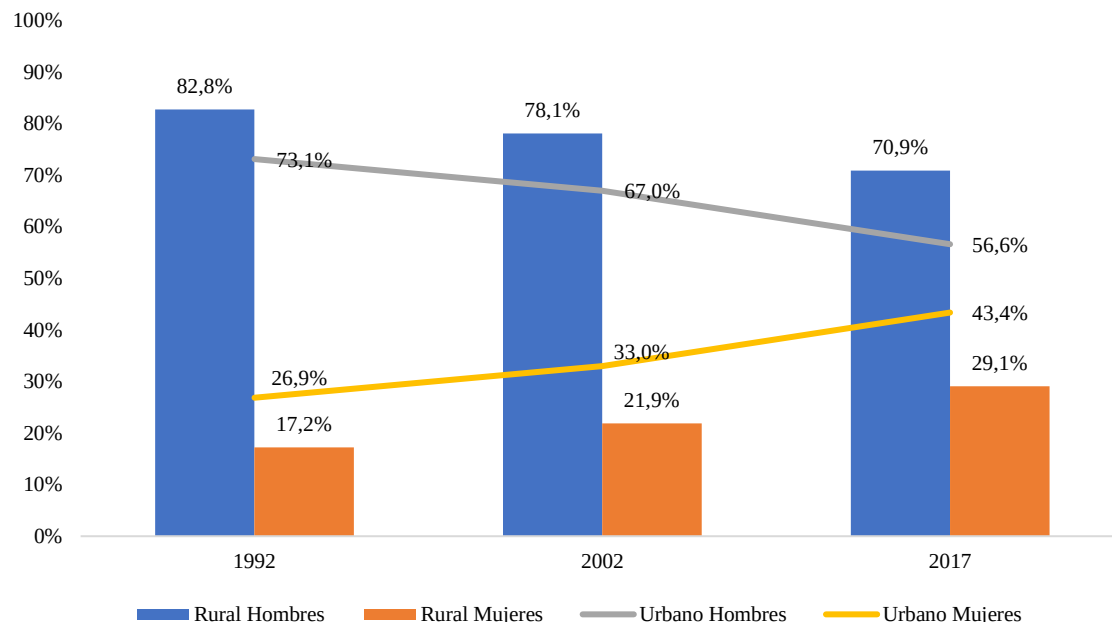
Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Tabla 11. Jefatura de hogar declarada, por sexo y área en Chile, en la serie Censos 1992-2017

Censo	Rural		
	Hombres	Mujeres	Totales
1992	433.052	90.168	523.220
2002	432.874	121.252	554.126
2017	496.035	203.303	699.338

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística INE.

Gráfico 4. Síntesis jefatura de hogar, por sexo y área, en Chile en la serie Censos 1982-2017



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística INE.

Composición familiar (de los hogares)²².

A nivel nacional existen cambios significativos en la composición de los hogares chilenos, esto es especialmente marcado en los hogares con jefaturas femeninas. Por una parte, el Censo registró un aumento de los hogares unipersonales y nucleares (entre 2002-2017), que en conjunto estas categorías pasan del 60% al 70%. Y, por otra, una disminución de la proporción de personas que vive en hogares compuestos y extensos, que descienden del 30% a casi el 20%. Parte importante del cambio está relacionado con cambios en la composición de los hogares con jefaturas femeninas en la zona rural.

En este marco contextual, resulta interesante anotar que, al comparar a las mujeres rurales respecto de sus congéneres urbanas, en las primeras aumenta la proporción de jefas de hogar

²² El hogar unipersonal tiene como único integrante a la jefatura del hogar. El hogar nuclear monoparental se refiere a hogares que se componen solo por la jefatura de hogar e hijas o hijos. El hogar nuclear biparental con hijos o hijas son los hogares cuyos integrantes son la jefatura de hogar y un cónyuge, conviviente de hecho o conviviente por unión civil, y sus hijos o hijas; en cambio, el hogar nuclear biparental sin hijos ni hijas se refiere a hogares cuyos únicos integrantes son la jefatura de hogar y un cónyuge, conviviente de hecho o conviviente por unión civil.

en hogares unipersonales. Y que, junto con ello, hay un descenso marcado en los hogares extensos liderados por mujeres.

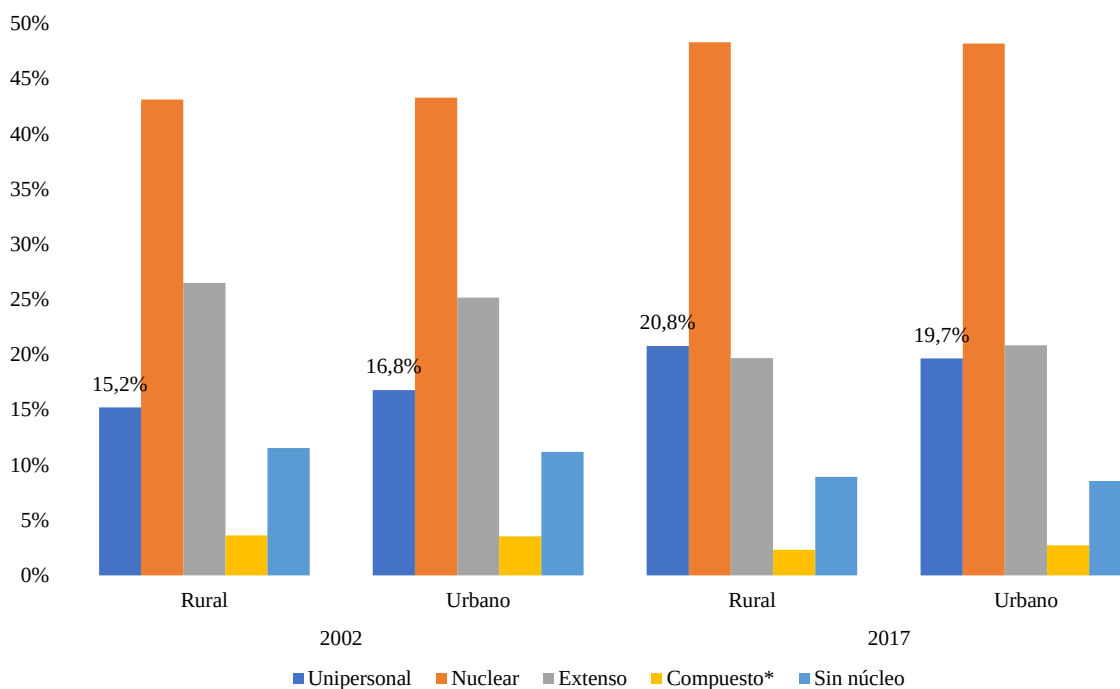
Tabla 12. Tipo de hogares con jefas de hogar, por área (censos 2002-2017) (%)

	2002		2017	
	Rural	Urbano	Rural	Urbano
Unipersonal	15,2%	16,8%	20,8%	19,7%
Nuclear	43,1%	43,3%	48,3%	48,2%
Extenso	26,5%	25,2%	19,7%	20,8%
Compuesto*	3,6%	3,5%	2,3%	2,7%
Sin núcleo	11,5%	11,2%	8,9%	8,6%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

*Nota: existe un error de registro en los hogares de este tipo en el Censo 2002.

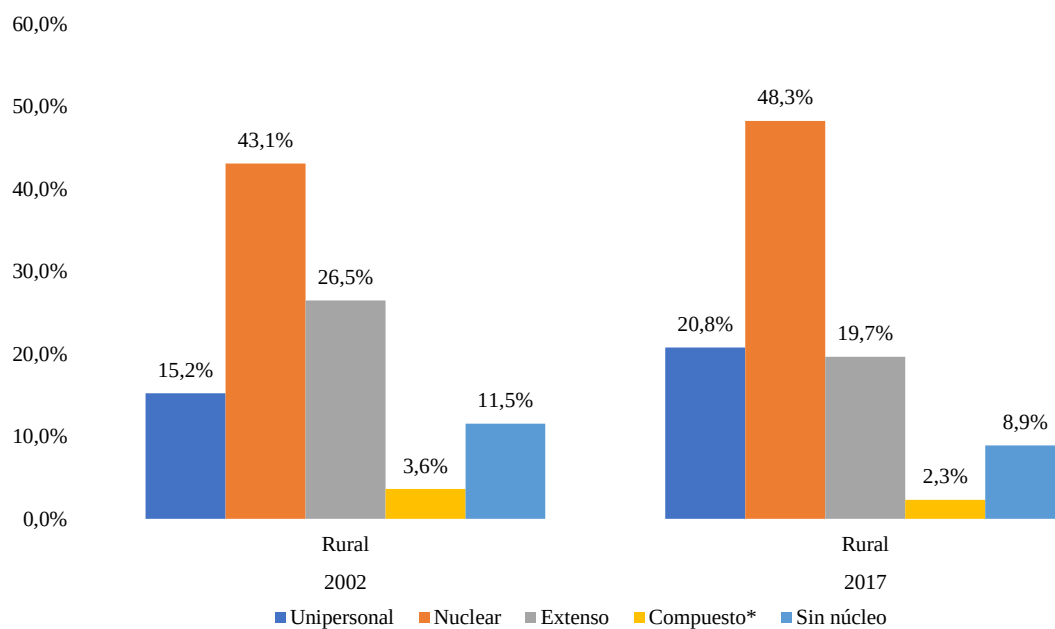
Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística INE.

Gráfico 5. Tipo de hogares con jefas de hogar por área en Chile (Censos 2002-2017)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística INE.

Gráfico 6. Tipo de hogares con jefas de hogar, área rural en Chile (2002-2017)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020a). Serie Estadística INE.

Educación.

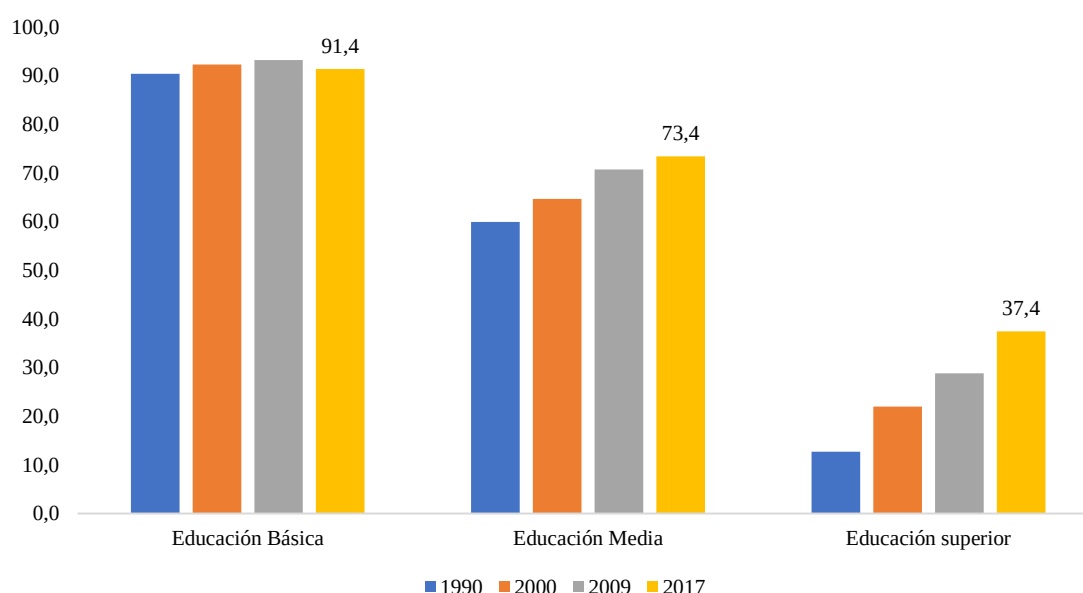
Las últimas décadas han estado marcadas por notables avances en el proceso de ampliación de la cobertura y el acceso a la educación, cuestión que sitúa a Chile en una situación ventajosa en relación a la mayoría de los países de América Latina. En educación básica la cobertura sigue una pauta de universalización, manteniendo la tasa neta de cobertura sobre el 90% en las últimas 3 décadas; en educación media la cobertura avanzó del 60% a cerca del 75%; y en la educación superior, paso de menos del 15% a más del 40% en solo 20 años.

Tabla 13. Evolución de la cobertura educacional (tasa neta) por nivel de enseñanza 1990-2017

Año	Educación Básica	Educación Media	Educación superior
1990	90,4	60,0	12,7
2000	92,3	64,7	21,9
2009	93,2	70,7	28,8
2017	91,4	73,4	37,4

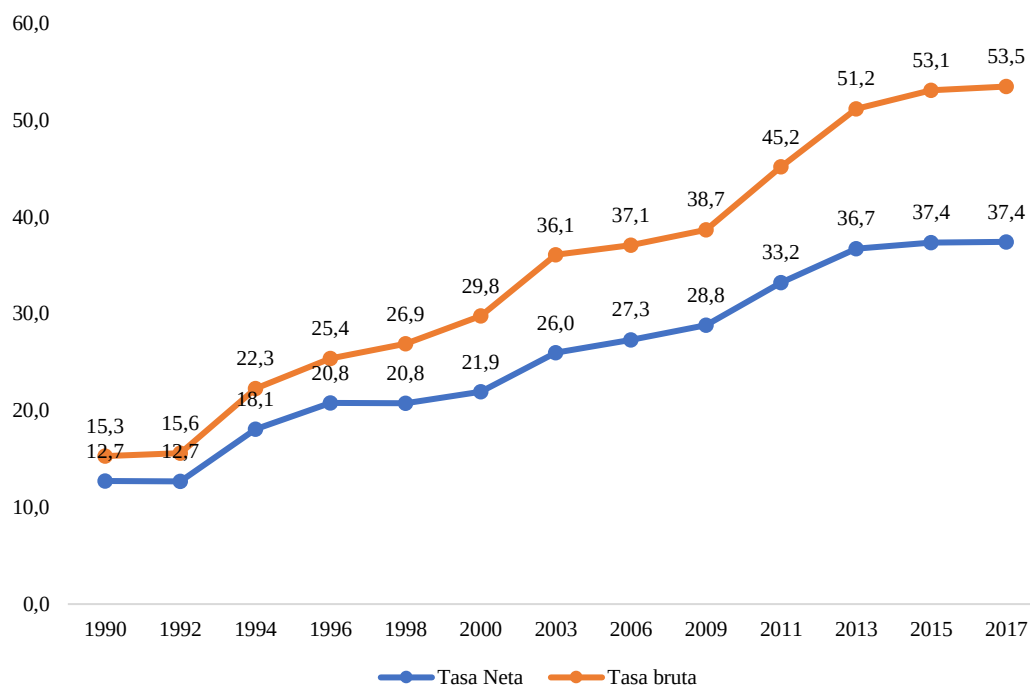
Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Gráfico 7. Evolución de la cobertura educacional (tasa neta) por nivel de enseñanza en Chile (1990-2017)



Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Gráfico 8. Evolución de la participación en la educación superior en Chile (1990-2017)



*Nota: Tasa bruta de asistencia: número total de personas que se encuentran asistiendo a cada nivel educacional, independiente de su edad, dividido por la población total del tramo de edad respectivo a cada nivel educacional. Tasa neta de asistencia: número total de personas que se encuentran asistiendo en el tramo de edad respectivo a cada nivel educacional dividido por la población total de dicho tramo. En el caso de la Educación Básica es de 6 a 13 años, en Educación Media es entre 14 y 17 años y para la Educación Superior 18 a 24 años.

Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

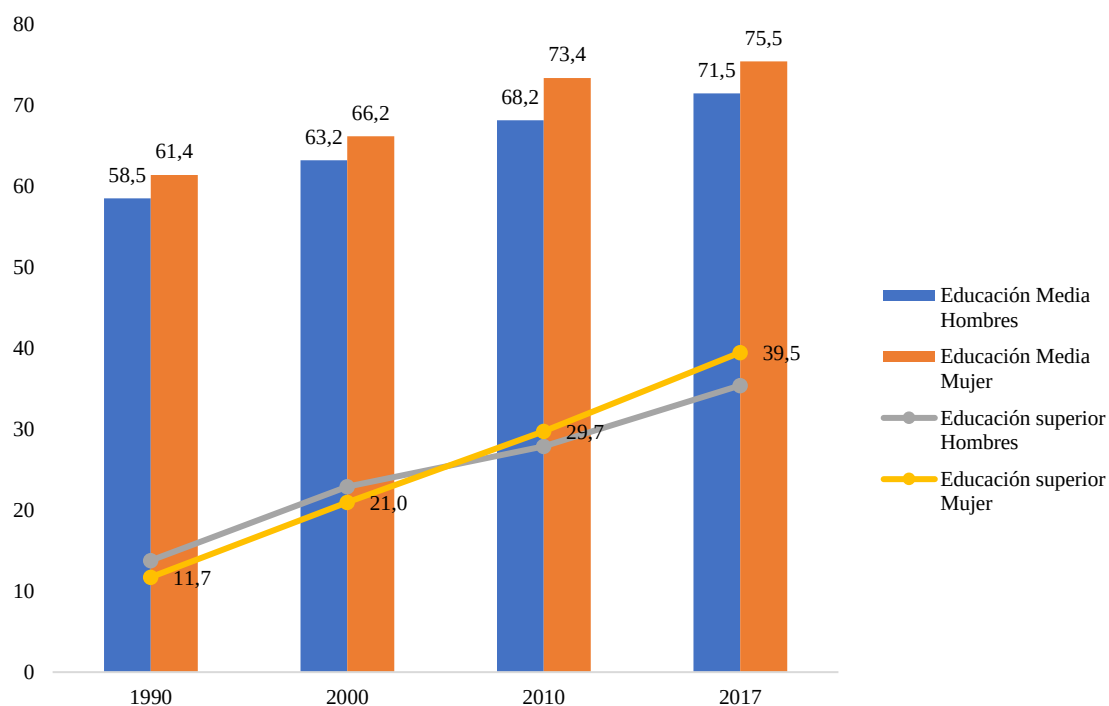
En la comparación por sexo, se observa que el avance más significativo precisamente se concentra en el mayor acceso de mujeres a los niveles superiores de educación. Desde la década de los noventa las mujeres tienen un porcentaje mayor de cobertura en la educación media. En educación superior, se pasa del 12% de mujeres en edad para el nivel (entre 18 a 24 años) a 40% el año 2017, 5 puntos por sobre la presencia masculina en educación terciaria.

Tabla 14. Cobertura (tasa neta) de la educación secundaria (media) y superior, por sexo en Chile, entre 1990-2017

Año	Educación Media		Educación superior	
	Hombres	Mujer	Hombres	Mujer
1990	58,5	61,4	13,8	11,7
2000	63,2	66,2	22,9	21,0
2010	68,2	73,4	27,9	29,7
2017	71,5	75,5	35,4	39,5

Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Gráfico 9. Evolución de la cobertura educacional, secundaria y universitaria, por sexo en Chile (1990-2017)

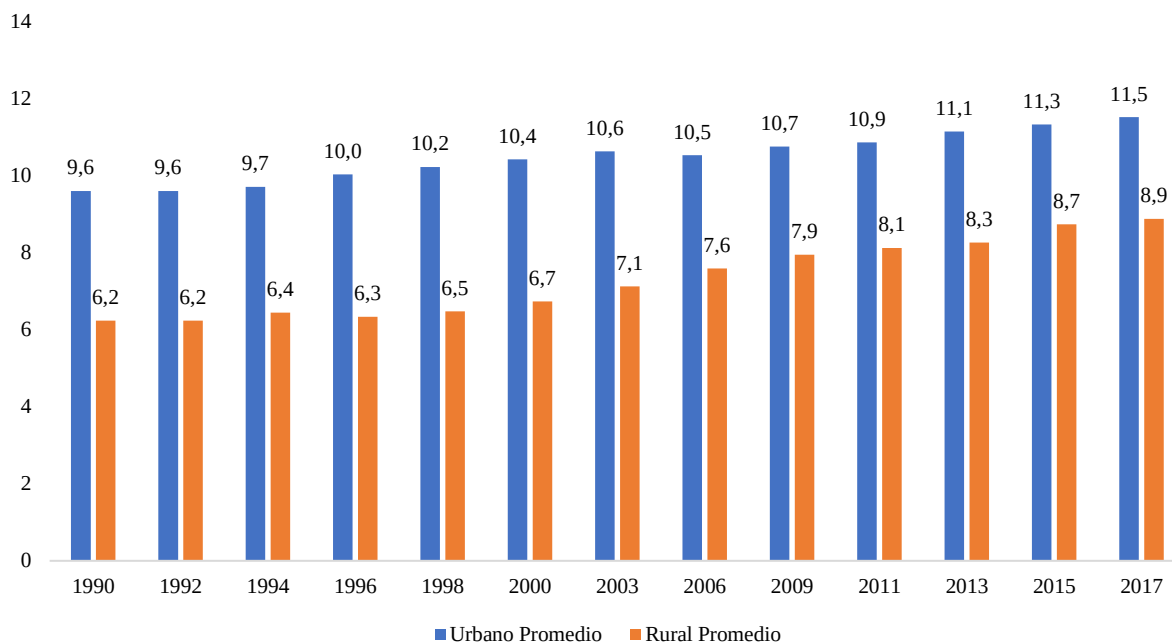


Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Sin embargo, la población rural sigue concentrando los menores niveles de escolaridad del conjunto de la población chilena. Entre quienes tienen 15 o más años, en el ciclo de las últimas tres décadas (1990-2017), aquellos que residen en zonas rurales pasan de tener como

media 6 años de escolaridad (equivalentes a la primaria completa) a 9 años el 2017, indicador que en las zonas urbanas era la media al inicio del periodo (1990).

Gráfico 10. Años de escolaridad promedio, por zona en Chile (1990-2017)



Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

En el detalle intergeneracional, en grandes grupos de edad (20 años), se observa que el cambio significativo en el acceso a la educación lo viven las generaciones jóvenes de mujeres en el mundo rural. Mientras las mujeres de 65 a 84 años se concentran en una media de escolaridad menor a los 6 años (cerca del 75%), las mujeres en el tramo 45 a 65 años el logro de escolaridad está entre los 6 y los 12 años (sobre el 55%).

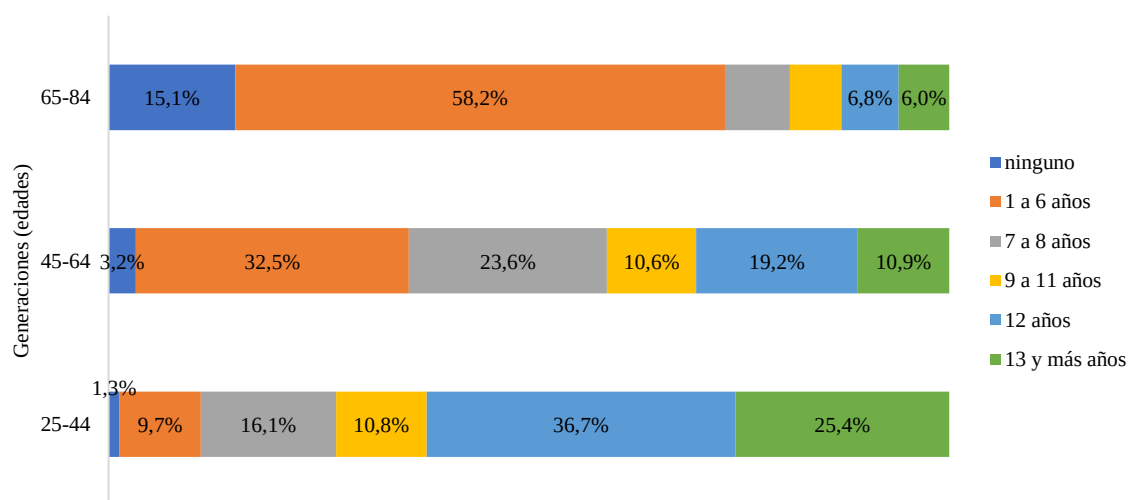
Las nuevas generaciones adultas, entre 25 y 44 años consiguen niveles de logro sustancialmente más elevados que los de las generaciones precedentes: una proporción muy pequeña de mujeres jóvenes queda fuera del sistema educativo (1%), la mayor proporción completa la educación básica y logra estudios de secundaria (sumadas más del 70%). El cambio más sustantivo es que un 25% logra cursar. Si bien este último dato aún es discreto respecto al acceso general a la educación superior (tasa bruta del 53,5% para el año 2017), quintuplica los niveles de acceso que lograban las mujeres rurales de 65 o más años.

Tabla 15. Años de escolaridad en mujeres de origen rural, en grupos de edad (20 años), en Chile (2017)

Mujeres rurales	Grupos de edad		
Años de escolaridad	25-44	45-64	65-84
Sin estudios (0 años)	1,3%	3,2%	15,1%
1 a 6 años	9,7%	32,5%	58,2%
7 a 8 años	16,1%	23,6%	7,8%
9 a 11 años	10,8%	10,6%	6,1%
12 años	36,7%	19,2%	6,8%
13 y más años	25,4%	10,9%	6,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Gráfico 11. Años de escolaridad de mujeres rurales, por edades (generaciones relevantes) en Chile



Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

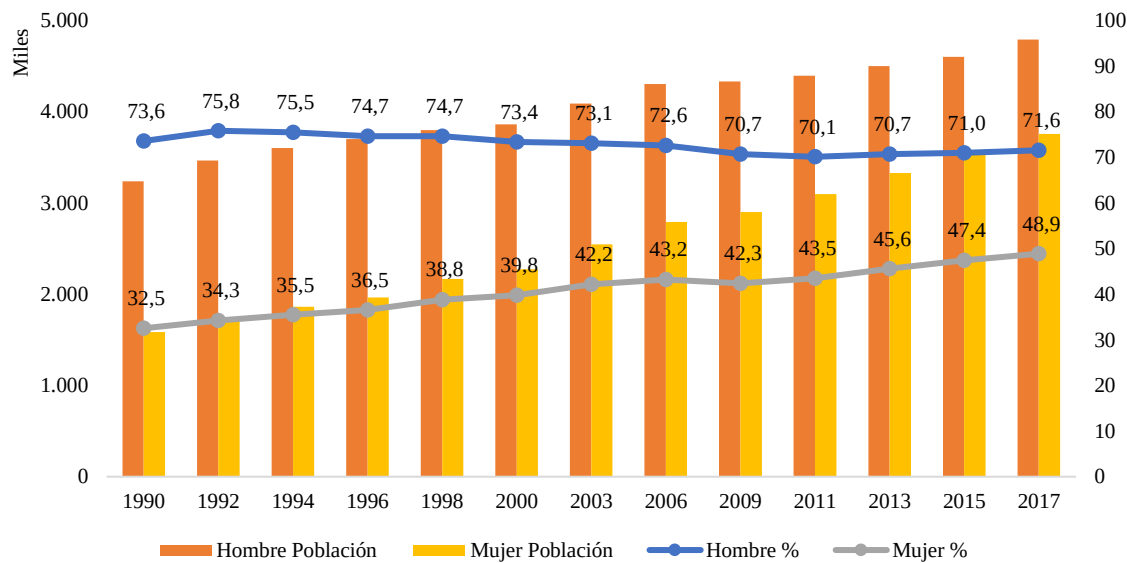
Laborales.

Dentro de los cambios y reestructuraciones que actualmente se observan en la sociedad chilena, destaca la creciente incorporación de la mujer al mercado laboral formal, es decir, en las formas de trabajo remunerados e identificados en las cuentas nacionales. Es preciso poner de relieve que la pauta de participación laboral de las mujeres en estas últimas décadas

ha ido siempre en ascenso, pasando de una participación laboral que bordeaba el 30% el año 1990, a proyectarse cerca al 50% en el año 2017.

Sin embargo, conforme a los datos del Censo y estadísticas del Ministerio de Desarrollo Social, el acceso al mercado del trabajo sigue una pauta desigual por género. Es decir, está marcado por brechas en las tasas de participación que son negativas para las mujeres: mientras la tasa de participación laboral masculina se mantiene por sobre el 70% a nivel nacional durante las últimas tres décadas, el indicador respectivo para las mujeres solo se acerca al 50% en los últimos años. Cualquiera sea la desagregación utilizada (grupos de edad, nivel de ingresos, escolaridad, área de residencia) la tasa de participación femenina es siempre inferior a la de los hombres.

Gráfico 12. Evolución de la tasa de participación laboral (mercado del trabajo), por sexo en Chile, entre los años 1990-2017



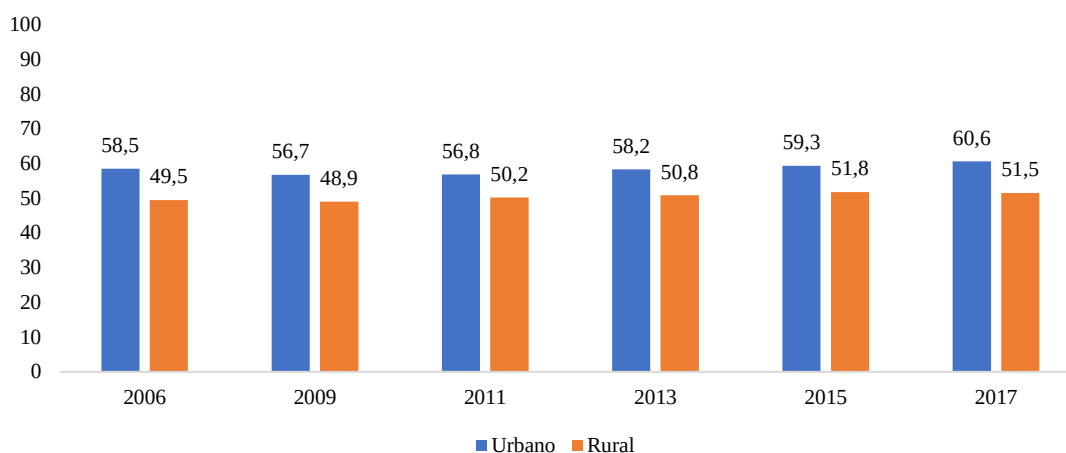
Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Respecto a la zona rural, la diferencia de participación en la población activa da señales de otra brecha persistentes en la estructura laboral chilena. La diferencia entre territorios urbanos y rurales mantiene una distancia de alrededor de 10% en la última década, mientras en las zonas urbanas el indicador está cercana al 60%, en las rurales es el 50%.

Tabla 16. Tasa de participación laboral por zona rural y urbana, en el periodo 2006-2017

	2006	2009	2011	2013	2015	2017
Urbano	58,5	56,7	56,8	58,2	59,3	60,6
Rural	49,5	48,9	50,2	50,8	51,8	51,5
Total	57,3	55,7	55,9	57,3	58,3	59,4

Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

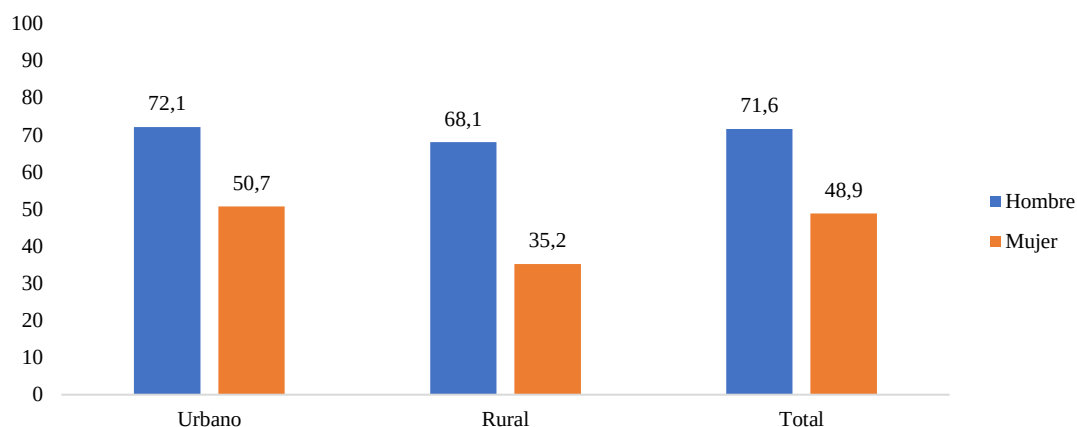
Gráfico 13. Tasa de participación laboral por zona en Chile (2006-2017)

Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

En buena medida, la distancia que señalan las dos brechas expuestas se conjuga en la condición de las mujeres rural. Al analizar la situación considerando no solo el sexo, sino también el área de residencia de las personas, la tasa de participación de las mujeres rurales es, no solo inferior a la de los hombres rurales, sino también a la de sus congéneres urbanas.

De cierto modo, la baja participación de la condición laboral se profundiza en esa doble condición, mientras los hombres de zonas rurales llegan a una participación en el mercado laboral que bordea el 70%, solo cuatro puntos por debajo de sus pares urbanos. En el caso de las mujeres rurales este valor desciende a 35% y es un tercio menor que el de las mujeres urbanas (50%). Mientras la brecha de género se va acortando paulatinamente (por el efecto combinado de la disminución de la tasa de participación de los hombres que residen en zonas rurales y el incremento de la correspondiente a las mujeres que allí habitan), la brecha entre las mujeres de una y otra área de residencia parece no ceder del mismo modo. Esto se explica por el mayor incremento relativo de la tasa de participación entre las mujeres urbanas.

Gráfico 14. Tasa de participación laboral por zona y sexo en Chile (2017)



Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

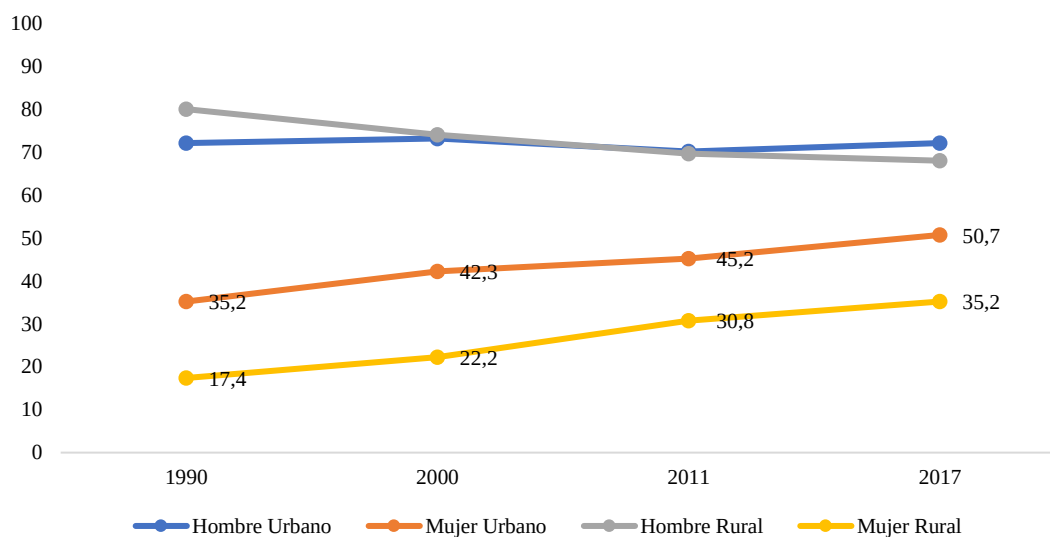
Si bien es cierto el trabajo femenino en las zonas rurales, en especial en su forma de trabajo no remunerado, es de larga data, en las últimas décadas se ha producido un cambio de patrón y de sus características. En la época de la Reforma Agraria (1960-1970), por ejemplo, el trabajo femenino tenía un fuerte énfasis en las actividades del ámbito doméstico (productivo y reproductivo). Desde los años noventa, las mujeres ingresan con fuerza en la producción agropecuaria como trabajadoras asalariadas en empleos temporales o como productoras de cultivos de autosuficiencia. Durante la última década, la población rural femenina ocupada se ha duplicado, pese a un contexto general de disminución de la población ocupada en los rubros de agricultura (Fawaz & Rodríguez, 2013).

Tabla 17. Tasa de participación laboral por zona urbana y rural y sexo en Chile 1990-2017 (porcentaje, población de 15 años o más por zona urbana y rural y sexo)

	1990		2000		2011		2017	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
Urbano	72,2	35,2	73,2	42,3	70,2	45,2	72,1	50,7
Rural	80,1	17,4	74,1	22,2	69,7	30,8	68,1	35,2
Total	73,6	32,5	73,4	39,8	70,1	43,5	71,6	48,9

Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Gráfico 15. Tasa de participación laboral por zona y sexo en Chile (1990-2017)



Fuente: Elaboración propia en base a MDS (2020). Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen.

Respecto a las ramas que concentran la ocupación femenina de origen rural, se observa que la distribución por sexo de ocupados rurales tiene una segmentación (división) sexual de labores. Al interior de cada rama, la composición por sexo de los ocupados permite ver con claridad la feminización de las destinadas a los servicios. En los hombres, la participación laboral está concentrada en las áreas extractivas o de producción primaria (agricultura, extracción minera) o en secundarias (industria). En las mujeres, la participación mayoritaria se concentra en ramas terciarias o de servicios (actividades del hogar, cuidados y enseñanza).

Tabla 18. Población activa en ramas de actividad (primarias, secundarias y terciarias), en zona rural y por sexo en Chile (Censo 2017) (%)

2017	Rural		
	Sexo		
Rama de la actividad económica	Hombre	Mujer	Total
Primarias	38,8%	17,6%	32,4%
Secundarias	17,9%	6,1%	14,3%
Terciaria	28,2%	60,4%	38,0%
Z: Rama no declarada	15,1%	15,9%	15,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

Gráfico 16. Rama de la actividad económica en la población rural, por sexo en Chile (2017)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2017). Censo de Población y Vivienda.

3.3.2. La mujer rural en España en cifras

En términos estadísticos e institucionales, el área rural o medio rural, en el caso de España, considera el siguiente criterio poblacional: se define como municipio rural de pequeño tamaño con poblaciones menores a cinco mil habitantes e integrados a un medio rural²³.

Áreas rurales y estadísticas poblacionales.

De acuerdo a los datos del padrón municipal, principal instrumento de actualización de los datos poblacionales, al año 2019 en España la población total es de 47.026.208 habitantes. De ellos, el 51% corresponde a mujeres y el 49% a hombres. El 87,9% reside en zonas urbanas y el 12,1% restante, en municipios de pequeño tamaño rural. En valores absolutos, la población rural del país corresponde a 5.699.628 personas. En contraste con las zonas urbanas, donde la población femenina es mayor, las áreas rurales tienen una población *masculinizada*, es decir, la proporción de mujeres respecto a hombres es menor: el 48,8% corresponde a mujeres y el 51,2% a hombres.

Tabla 19. Población general en España (2019)

Urbana	Rural	Total
41.326.580	5.699.628	47.026.208
87,9%	12,1%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020b). Bases de Datos del Padrón Continuo.

Tabla 20. Población por área de residencia en España (2017)

Población censada (2017)			Área urbana		Área rural	
Hombres	23.042.428	49,00%	20.123.797	48,69%	2.918.631	51,21%
Mujeres	23.983.780	51,00%	21.202.783	51,31%	2.780.997	48,79%
Total	47.026.208	100,0%	41.326.580	100,0%	5.699.628	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020b). Bases de datos del Padrón Continuo.

²³ Definición establecida en la Ley para el desarrollo sostenible del medio rural (LDSMR 21493) de 2007. La ley, en su artículo 3, establece definiciones de medio, zona y municipio rurales. Medio rurales es el espacio geográfico formado por la agregación de municipios o entidades locales menores definido por las administraciones competentes que posean una población inferior a 30.000 habitantes y una densidad inferior a los 100 habitantes por km². Zona rural es el ámbito de aplicación de las medidas derivadas del Programa de Desarrollo Rural Sostenible regulado por esta Ley, de amplitud comarcal o subprovincial, delimitado y calificado por la Comunidad Autónoma competente; Municipio rural de pequeño tamaño es el que posea una población residente inferior a los 5.000 habitantes y esté integrado en el medio rural. Para el análisis estadístico, se usa definición de zona rural para asegurar homogeneidad en el manejo de las cifras a nivel estatal.

La población que vive en medio rural en España ha sufrido una disminución en su valor relativo en la población total a lo largo de las últimas décadas. En el último Censo de 2011, la población rural es 12% -junto con el valor actual en el padrón, el más bajo en una tendencia de descenso sistemático-. Debe considerarse, no obstante, que mientras la población urbana aumenta en el período intercensal, con un salto muy significativo en el periodo intercensal 2001-2011, relacionado con los procesos de inmigración, el número de personas que residen en zonas rurales se ha mantenido entorno a los seis millones.

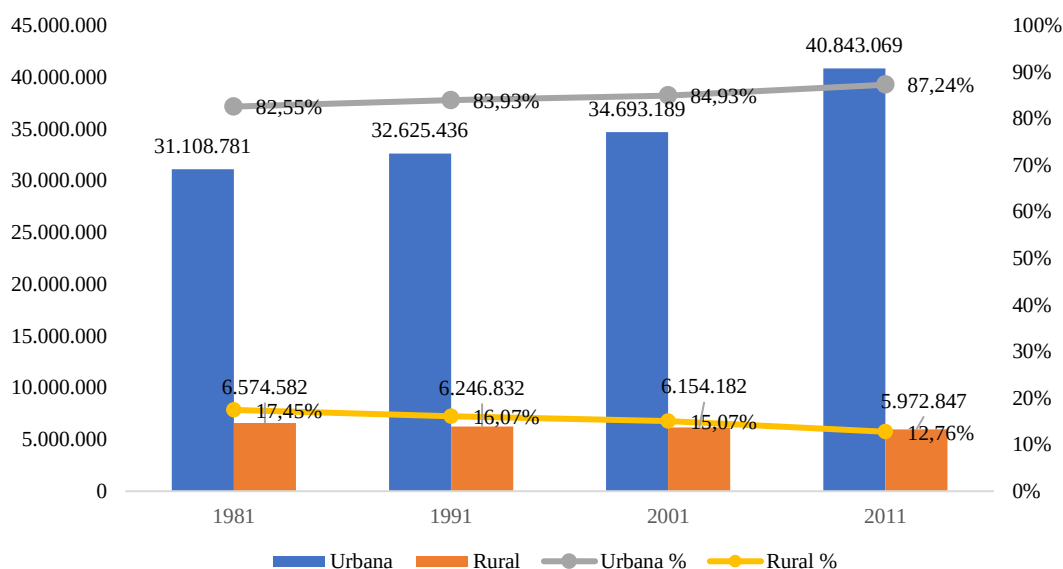
Tabla 21. Serie de población en área rural y urbana en España, serie histórica en España desde Censo de 1981

Censo	Total población	Urbana	Rural	Rural %
1981	37.683.363	31.108.781	6.574.582	17,45%
1991	38.872.268	32.625.436	6.246.832	16,07%
2001	40.847.371	34.693.189	6.154.182	15,07%
2011	46.815.916	40.843.069	5.972.847	12,76%
2019*	47.026.208	41.326.580	5.699.628	12,1%

* Dato de la base del padrón continuo.

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020c). Bases del Censo.

Gráfico 17. Población área rural-urbana España, serie histórica Censos 1981-2019 (en miles)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020c). Bases del Censo.

Respecto a los equilibrios de población por género a lo largo de las últimas décadas, los indicadores de masculinidad muestran una tendencia que mantiene la condición de masculinización de las zonas rurales. Mientras la tendencia global de la población es a la feminización -mayor población de mujeres por hombres-, en el campo el indicador se mueve en sentido inverso, profundizando la masculinización del campo español. Esto puede deberse a que la incorporación de nuevas poblaciones ha estado derivada, fundamentalmente, de procesos de migración internacional de carácter laboral, para el trabajo agrícola, mientras que en los sectores urbanos la migración es equilibrada en sexos.

Tabla 22. Índice de masculinidad en zonas urbanas y rurales en España, serie de Censos 1981-2011

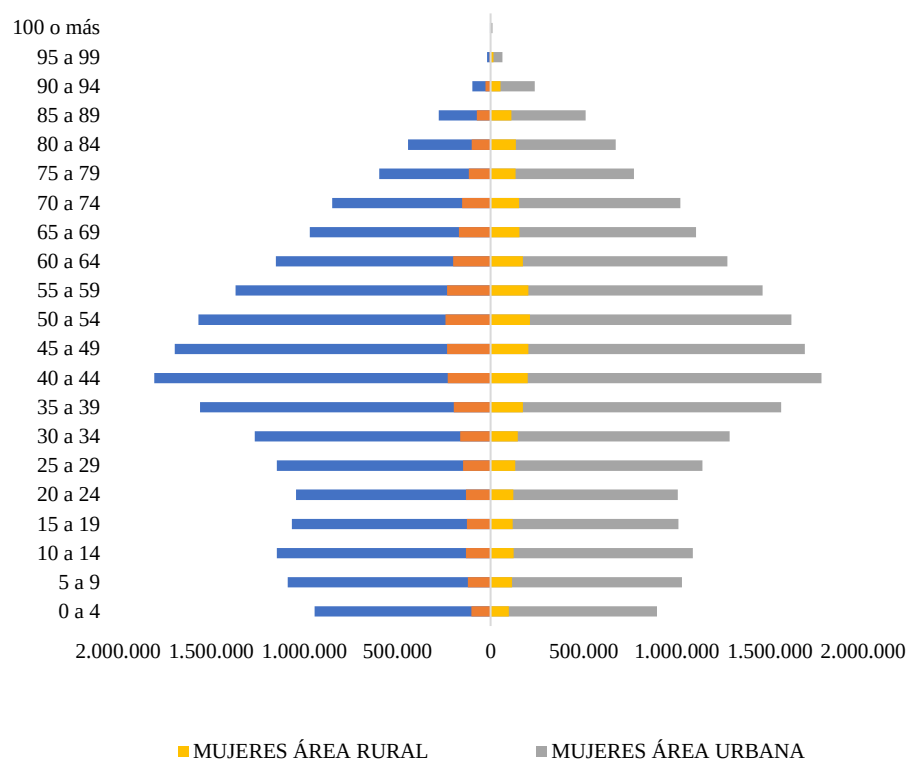
	Índice masculinidad	Urbano	Rural
1981	96,35	95,37	101,13
1991	95,97	94,97	101,38
2001	96,06	94,99	102,27
2011	97,44	96,30	105,61

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020c). Bases del Censo.

En los datos generales se observa un marcado envejecimiento de la población, con una pirámide poblacional que se engruesa en la parte alta de las edades activas (sobre 35 años). Las cohortes de generaciones de mayor población están en torno a los 45 años, con una base de la pirámide decreciente, que ha sido compensada con la incorporación de nuevas poblaciones migrantes en las edades laborales, pero que las cohortes de menor población están precisamente en el grupo de menos de 5 años.

En los sectores rurales la pauta de envejecimiento es similar. Las cohortes de mayor población son las de edades en torno a los 45 años. Al analizar la sección correspondiente a la población en el área rural se advierte una modificación de su estructura por edades. La base de la pirámide -formada por los menores de 15 años- se estrecha a causa del descenso de la natalidad -tanto urbana como rural-.

Gráfico 18. Pirámide de población en grupos de edades, por población urbana y rural en España (Padrón, 2019)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020b). Bases de datos del Padrón Continuo.

Tabla 23. Población en grupos de edades quinquenales, según área urbana y rural en España, por sexo (2017)

Grupos edad	Total área urbana	Hombres área urbana	Mujeres área urbana	Total área rural	Hombres área rural	Mujeres área rural
Total país	41.326.580	20.123.797	21.202.783	5.699.628	2.918.631	2.780.997
0 a 4	1.838.034	945.014	893.020	200.629	103.139	97.490
5 a 9	2.118.391	1.089.947	1.028.444	237.103	122.023	115.080
10 a 14	2.234.778	1.147.936	1.086.842	256.593	132.095	124.498
15 a 19	2.075.352	1.067.350	1.008.002	247.094	127.973	119.121
20 a 24	2.051.448	1.045.622	1.005.826	253.855	132.203	121.652
25 a 29	2.285.525	1.147.898	1.137.627	280.836	147.839	132.997
30 a 34	2.550.610	1.266.312	1.284.298	309.780	163.419	146.361

Tabla 23. Población en grupos de edades quinquenales, según área urbana y rural en España, por sexo (2017)

Grupos edad	Total área urbana	Hombres área urbana	Mujeres área urbana	Total área rural	Hombres área rural	Mujeres área rural
35 a 39	3.120.492	1.559.716	1.560.776	372.108	197.685	174.423
40 a 44	3.583.472	1.807.004	1.776.468	430.094	230.008	200.086
45 a 49	3.382.857	1.695.407	1.687.450	436.064	233.559	202.505
50 a 54	3.183.940	1.568.205	1.615.735	453.900	242.412	211.488
55 a 59	2.829.835	1.369.847	1.459.988	437.114	234.369	202.745
60 a 64	2.425.907	1.153.327	1.272.580	373.204	200.363	172.841
65 a 69	2.073.454	970.851	1.102.603	325.341	170.944	154.397
70 a 74	1.868.974	850.258	1.018.716	306.866	153.168	153.698
75 a 79	1.368.024	597.619	770.405	250.015	116.551	133.464
80 a 84	1.116.661	443.834	672.827	237.153	102.200	134.953
85 a 89	789.604	278.593	511.011	185.643	73.653	111.990
90 a 94	333.572	97.092	236.480	81.976	28.264	53.712
95 a 99	82.685	19.289	63.396	20.922	5989	14.933
100 o más	12.965	2.676	10.289	3.338	775	2563

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020b) Bases de datos del Padrón Continuo.

Tabla 24. Porcentaje de población rural por región (2019)

Comunidad	N	%
Andalucía	902.344	16,0%
Aragón	313.246	5,6%
Asturias	79.013	1,4%
Balears	58.709	1,0%
Canarias	78.216	1,4%
Cantabria	78.216	1,4%
Castilla y León	799.667	14,2%
Castilla-La Mancha	642.460	11,4%
Cataluña	775.117	13,8%
C. Valenciana	460.698	8,2%

Tabla 24. Porcentaje de población rural por región (2019)

Comunidad	N	%
Extremadura	393.222	7,0%
Galicia	393.222	7,0%
Madrid	147.979	2,6%
Murcia	13.818	0,2%
Navarra	208.303	3,7%
País Vasco	219.835	3,9%
Rioja	72.830	1,3%
Ceuta y Melilla	0	0,0%
Total	5.636.895	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020b) Bases de Datos del Padrón Continuo.

Estadísticas de natalidad.

En España el descenso de población en las cohortes más jóvenes está ocasionado, principalmente, por una baja de los indicadores de fecundidad cuyo descenso ha sido sistemático en las últimas cuatro décadas -reduciéndose a menos de la mitad, de 79 nacidos por cada mil mujeres a 35-. Ello ocurre en la misma pauta tanto en zonas urbanas como rurales. Asimismo, en los últimos años, el descenso es contenido con la incorporación de población femenina de origen extranjero, llegada en las últimas dos décadas, que ha aportado con tasas superiores de fecundidad, aunque en *asimilación* de las pautas de descenso que muestra la población local.

Tabla 25. Tasa global de fecundidad, según nacionalidad de la madre en España, serie 1975- 2019

Año	T. Fecundidad	T. F. Origen Española	T. F. Origen Extranjera
2019	34,12	31,36	49,71
2015	39,00	36,97	52,42
2010	42,19	39,7	55,9
2006	42,49	40,47	57,07
2002	38,88	37,22	63,33
2000	37,54		
1995	35,27		

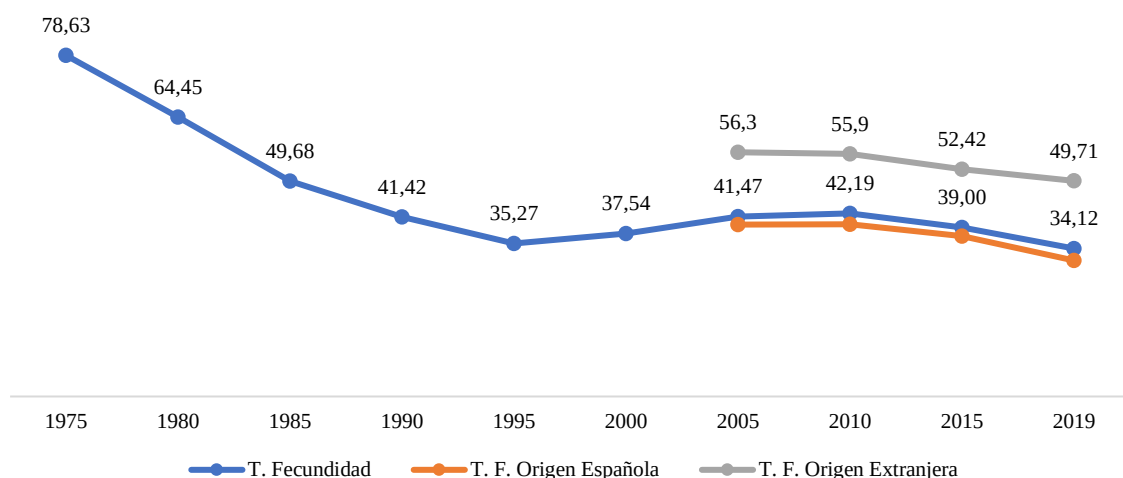
Tabla 25. Tasa global de fecundidad, según nacionalidad de la madre en España, serie 1975- 2019

Año	T. Fecundidad	T. F. Origen Española	T. F. Origen Extranjera
1990	41,42		
1985	49,68		
1980	64,45		
1975	78,63		

* Nota: Promedio de hijos por mujer en edad fértil.

Fuente: Elaboración propia en base en INE (2020d). Bases de Datos Movimiento Natural de la Población.

Ecuación 19. Tasa Global de Fecundidad, según nacionalidad de la madre en España, serie 1975 - 2019



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020d) Bases de Datos Movimiento Natural de la Población.

Cambios en las relaciones familiares.

Según los datos de la encuesta nacional de hogares, al año 2019, existen en España 18.625.700 hogares identificados en el país, de los cuales el 87,4% se emplazan en áreas urbanas y el 12,6% restante son rurales. El número de hogares rurales se estima en 2.339.200. Estos resultados siguen la pauta de distribución de la población en ambas áreas.

Tabla 26. Número y porcentaje de hogares por área de residencia (urbano o rural) en España (ECH), 2019

2017	Urbanos	Rurales	Totales
N hogares	16.286.400	2.339.200	18.625.700
%	87,44%	12,56%	100,00%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2019). Encuesta Continua de Hogares (ECH).

Composición familiar (de los hogares)²⁴.

El censo del año 2001 registraba diferencias en los tipos de hogar según zona rural y urbana. Por un lado, la proporción de hogares unipersonales en el campo era superior a la de zonas urbanas, con cerca de 5% de distancia. En contraste, existía una menor presencia de hogares nucleares con hijos, casi 7% inferior en zonas rurales respecto a las urbanas. Muy probablemente estas pautas diferenciadas (mayor presencia de hogares de personas solas y parejas sin hijos) estuviesen asociadas al envejecimiento de la población y las pautas de “despoblamiento” de familias nucleares que venía sufriendo el campo español. En la comparación con el resultado de cifras de hogares el año 2019 (en base a la ECH) vemos que las proporciones se han ido asimilando en ambos territorios. Entre 2001-2019 se observa un aumento de los hogares unipersonales y nucleares sin hijos, en ambas zonas, ambas categorías representan más del 45% de los hogares, a la vez que hay una disminución de los hogares con hijos en ambos territorios, en un descenso más significativo en el ámbito urbano.

²⁴ El hogar unipersonal tiene un único integrante del hogar. El hogar nuclear monoparental se refiere a hogares que se componen es el adulto de *referencia* del hogar, con hijas o hijos. El hogar nuclear biparental con hijos o hijas son los hogares cuyos integrantes son la persona de referencia del registro y un cónyuge, conviviente de hecho o conviviente por unión civil, y sus hijos o hijas; en cambio, el hogar nuclear sin hijos ni hijas se refiere a hogares cuyos únicos integrantes son la persona de referencia y su cónyuge, conviviente de hecho o conviviente por unión civil.

Tabla 27. Tipo de hogares (grandes grupos), por área (censos 2001-2019) en España (%)

	2001		2019	
	Rural	Urbano	Rural	Urbano
Unipersonales	25,58%	20,45%	27,62%	25,47%
Monoparentales	7,11%	8,74%	8,23%	10,41%
Nucleares S/hijos	19,55%	17,82%	22,96%	20,88%
Nucleares C/hijos	34,98%	42,18%	32,51%	33,52%
Extendido	8,53%	6,92%	4,24%	4,34%
Sin núcleo/otro	4,25%	3,89%	4,44%	5,39%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2019). Encuesta Continua de Hogares (ECH). Base datos Censo (2001).

A nivel nacional existen cambios significativos en la composición de los hogares españoles, esto es especialmente marcado en la composición de los hogares con presencia femenina²⁵.

En este marco contextual, resulta interesante anotar que, al comparar a las mujeres rurales respecto de sus congéneres urbanas, existe una presencia mucho mayor de hogares unipersonales y de hogares nucleares sin hijos. Del mismo modo, se observa cómo están profundizadas las desigualdades de género en el ámbito rural. Las mujeres, en ambas zonas, son personas de referencias en hogares unipersonales y monoparentales, en tanto los hombres son personas referencia en hogares nucleares (con o sin hijos). En la zona rural esta pauta se profundiza.

²⁵ Para reconocer la pauta de cambio en la presencia femenina, se toma como elemento de análisis la *persona de referencia*, concepto que aplican los instrumentos estadísticos del INE español, para señalar a la persona responsable de contestar los registros y alude a lo que en otros contextos se señalaría como jefe o *cabeza de familia*.

Tabla 28. Tipo de hogares, por área y sexo de la persona de referencia en España (2019) (%)

	Rural		Urbano	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
Unipersonales	18,6%	38,9%	12,9%	32,9%
No forman familia	0,6%	0,7%	0,9%	1,4%
Monoparentales	2,6%	15,7%	2,4%	19,2%
Nucleares S/hijos	23,7%	11,7%	21,6%	11,6%
Nucleares C/hijos	42,7%	20,3%	53,2%	23,9%
Extendido	8,8%	8,0%	6,9%	6,9%
Sin núcleo/otro	3,1%	4,6%	2,0%	4,1%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2019). Encuesta Continua de Hogares (ECH).

Educación.

Las últimas décadas han estado marcadas por notables avances en el proceso de ampliación de la cobertura y el acceso a la educación. El nivel de formación alcanzado por el conjunto de la población es un indicador que repercute en la calidad de vida de los individuos. Los cambios producidos a lo largo del tiempo en el nivel de formación alcanzado por la población proporcionan también información del acceso a la educación y de la equidad del sistema educativo. En España, a partir del año 2014, se proporciona información de los niveles de educación alcanzados según la Clasificación Nacional de Educación (CNED-2014):

- Nivel 0-2: preescolar, primaria y primera etapa de educación secundaria
- Nivel 3-4: 2ª etapa de educación secundaria y postsecundaria no superior
- Nivel 3-8: 2ª etapa de educación secundaria y postsecundaria no superior, 1º y 2º ciclo de educación superior y doctorado
- Nivel 5-8: 1º y 2º ciclo de educación superior y doctorado

En el conjunto de la población adulta (25 a 64 años), en el año 2018 un 40% alcanza el nivel (0-2) de educación, un 23% tenían el nivel (3-4) y un 37% el nivel (5-8).

En el año 2018, en el nivel más alto de educación es mayor el porcentaje de mujeres que han alcanzado dicho nivel que el porcentaje de hombres. Un 40% de mujeres y un 35% de hombres habían completado la educación superior (nivel 5-8) en el año 2018.

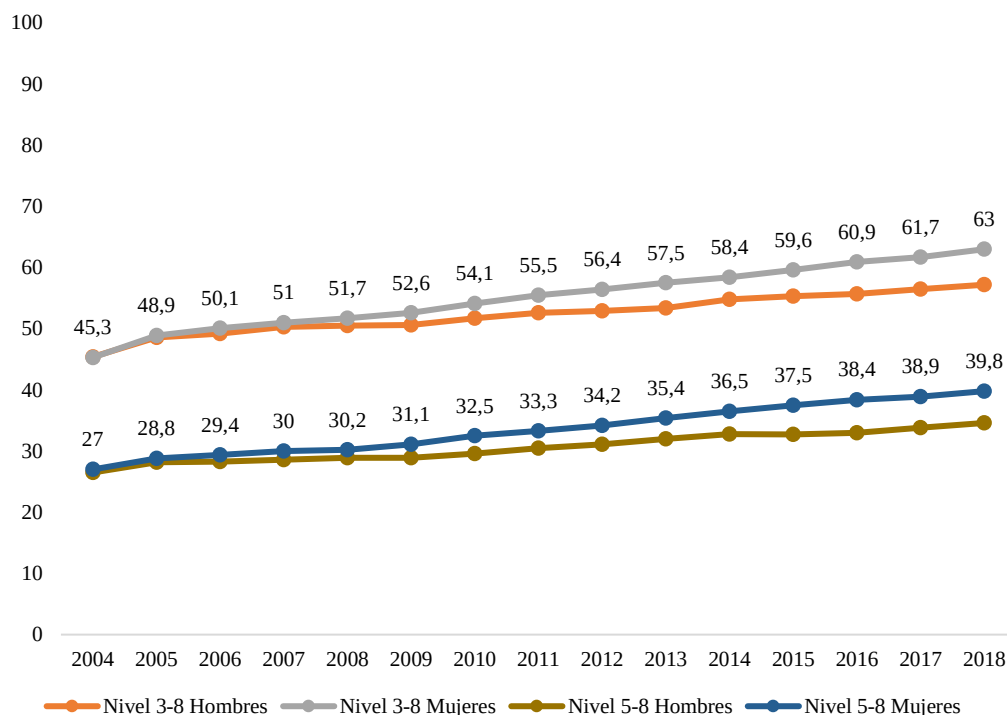
En cambio, en el nivel más bajo de educación (0-2), es mayor el porcentaje de hombres que de mujeres que solo han logrado dicho nivel. Un 43% de hombres y un 37% de mujeres habían completado a lo sumo la primera etapa de educación secundaria (nivel 0-2).

Tabla 29. Nivel de formación alcanzado por la población adulta en España (%)

	De 25 a 64 años														
	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018
Nivel 0-2															
Total	54,6	51,2	50,3	49,4	48,9	48,4	47,1	46,0	45,3	44,5	43,4	42,6	41,7	40,9	39,9
Hombres	54,6	51,4	50,8	49,7	49,5	49,4	48,3	47,4	47,1	46,6	45,2	44,7	44,3	43,5	42,8
Mujeres	54,7	51,1	49,9	49,0	48,3	47,4	45,9	44,5	43,6	42,5	41,6	40,4	39,1	38,3	37,0
Nivel 3-8															
Total	45,4	48,8	49,7	50,6	51,1	51,6	52,9	54,0	54,7	55,5	56,6	57,4	58,3	59,1	60,1
Hombres	45,4	48,6	49,2	50,3	50,5	50,6	51,7	52,6	52,9	53,4	54,8	55,3	55,7	56,5	57,2
Mujeres	45,3	48,9	50,1	51,0	51,7	52,6	54,1	55,5	56,4	57,5	58,4	59,6	60,9	61,7	63,0
Nivel 3-4															
Total	18,6	20,2	20,9	21,4	21,6	21,6	21,9	22,1	22,0	21,7	21,9	22,4	22,6	22,7	22,9
Hombres	18,9	20,4	21,0	21,7	21,6	21,7	22,1	22,0	21,9	21,4	22,0	22,7	22,7	22,7	22,6
Mujeres	18,4	20,1	20,8	21,1	21,5	21,5	21,6	22,2	22,2	22,1	21,9	22,0	22,5	22,7	23,1
Nivel 5-8															
Total	26,7	28,5	28,8	29,3	29,5	30,0	31,0	31,9	32,6	33,7	34,7	35,1	35,7	36,4	37,3
Hombres	26,5	28,2	28,3	28,6	28,9	28,9	29,6	30,5	31,1	32,0	32,8	32,7	33,0	33,8	34,6
Mujeres	27,0	28,8	29,4	30,0	30,2	31,1	32,5	33,3	34,2	35,4	36,5	37,5	38,4	38,9	39,8

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020e). Indicadores de calidad de vida, en base a la encuesta de población activa.

Gráfico 20. Evolución de la participación en la educación secundaria (Nivel 3-8) y superior (Nivel 5-8), por sexo en España (2004-2018)

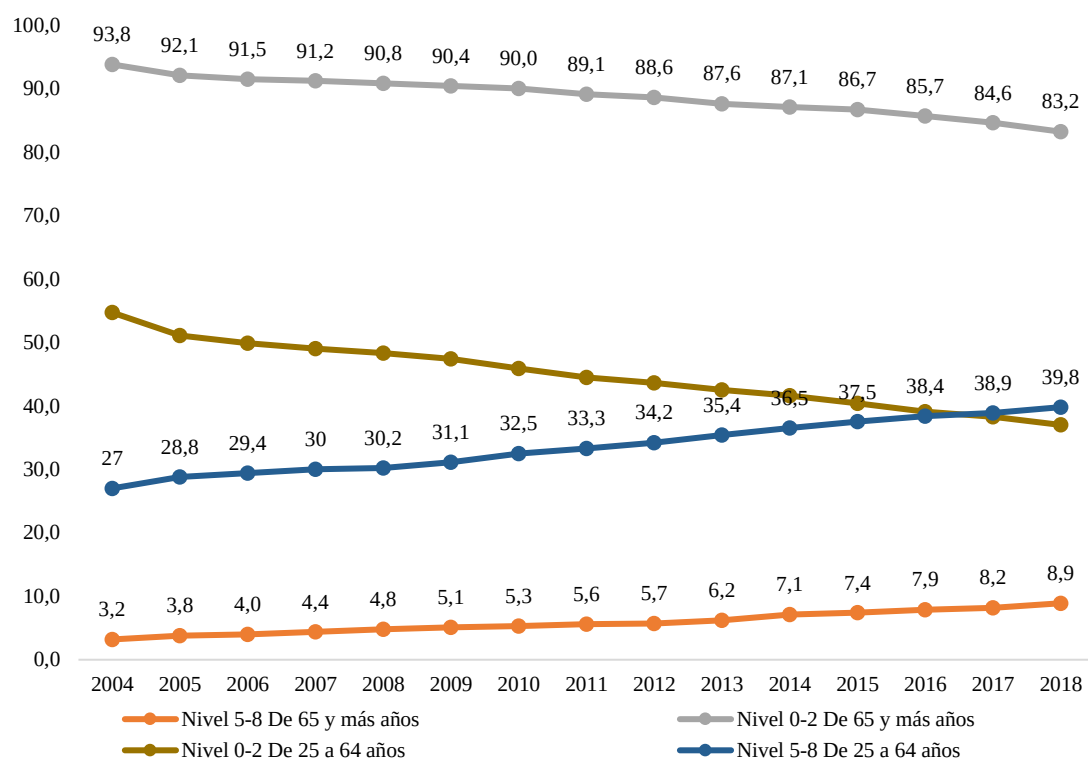


Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020e). Indicadores de calidad de vida, en base a la encuesta de población activa.

En la comparación por sexo, se observa que el avance más significativo precisamente se concentra en el mayor acceso de las mujeres a los niveles secundarios y superiores de educación. Todo el periodo las mujeres tiene una mayor presencia en la educación superior: el año 2004 se logra el 27% de cobertura en el total de la población adulta (25 a 64 años), hasta el año 2018 en que esta proporción llega al 40% de las mujeres (5 puntos por sobre la presencia masculina en la educación terciaria).

A este respecto, en el detalle intergeneracional, en grandes grupos de edad, se observa que el cambio significativo en el acceso a la educación en sus niveles altos lo viven las generaciones jóvenes de mujeres. Mientras las mujeres de más de 65 años se concentran en los niveles bajos (0-2) de acceso a la educación escolaridad, el año 2004 era el 94% bajando al 83% el 2018. En cambio, las mujeres en el tramo 25 a 65 años el logro de escolaridad se concentra en el acceso a los niveles superiores de educación, a la vez que desciende el número de mujeres que llega solo a niveles iniciales.

Gráfico 21. Porcentaje de población femenina adulta (de 25 a 64 años) y adulta mayor (sobre 65 años) que alcanza los niveles educativos bajos (Nivel 0-2) y superior (Nivel 5-8), en España, serie 2004-2018



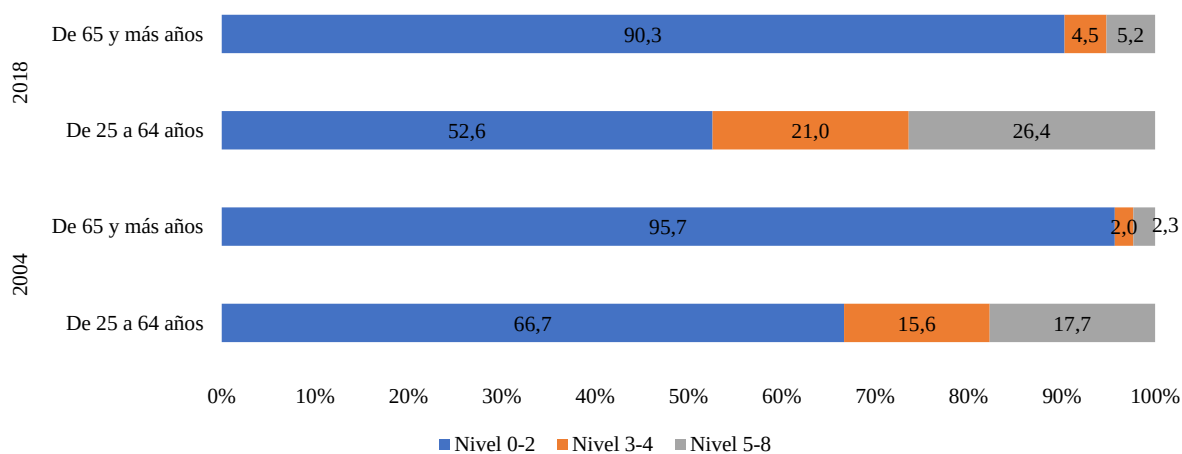
Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020e). Indicadores de calidad de vida, en base a la encuesta de población activa.

Tabla 30. Porcentaje de población femenina adulta (de 25 a 64 años) y adulta mayor (sobre 65 años) que alcanza los niveles educativos bajos (Nivel 0-2) y superior (Nivel 5-8), en España, serie 2004-2018

De 65 y más años															
	2004	2005*	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014*	2015	2016	2017	2018
Nivel 0-2 De 65 y más años	93,8	92,1	91,5	91,2	90,8	90,4	90,0	89,1	88,6	87,6	87,1	86,7	85,7	84,6	83,2
Nivel 3-4	3,0	4,1	4,6	4,6	4,5	4,6	4,8	5,3	5,7	6,3	5,8	5,9	6,4	7,1	7,9
Nivel 5-8 De 65 y más años	3,2	3,8	4,0	4,4	4,8	5,1	5,3	5,6	5,7	6,2	7,1	7,4	7,9	8,2	8,9
De 25 a 64 años															
Nivel 0-2 De 25 a 64 años	54,7	51,1	49,9	49	48,3	47,4	45,9	44,5	43,6	42,5	41,6	40,4	39,1	38,3	37
Nivel 3-4	18,4	20,1	20,8	21,1	21,5	21,5	21,6	22,2	22,2	22,1	21,9	22	22,5	22,7	23,1
Nivel 5-8 De 25 a 64 años	27	28,8	29,4	30	30,2	31,1	32,5	33,3	34,2	35,4	36,5	37,5	38,4	38,9	39,8

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020e). Indicadores de calidad de vida, en base a la encuesta de población activa.

Gráfico 22. Nivel de formación alcanzado por la población adulta, área rural (%), grupo de 25 a 64 años y de 65 y más años en España



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020e). Indicadores de calidad de vida, en base a la encuesta de población activa.

Laborales.

El trabajo es un elemento esencial en la calidad de vida de los individuos puesto que permite alcanzar mejores condiciones materiales y la integración en la sociedad. Asimismo, tiene importantes efectos positivos sobre la salud y el bienestar subjetivo de las personas. Es importante no solo la existencia de un trabajo remunerado sino también que éste se desarrolle en condiciones de calidad, por la cantidad de tiempo que se le dedica y las interacciones con otras personas. Según la Estrategia Europa 2020, el 75% de los hombres y mujeres de 20 a 64 años deberían estar empleados en el año 2020 (INE, 2020e)²⁶.

Dentro de los cambios y reestructuraciones más significativas en las últimas décadas en la sociedad española, destaca la creciente incorporación de la mujer al mercado laboral formal, es decir, en las formas de trabajo remunerados e identificados en las cuentas nacionales. Es preciso poner de relieve que la pauta de participación laboral de las mujeres en estas últimas décadas ha ascendido en un ritmo muy paulatino, disminuyendo la brecha con la participación masculina, aunque se mantiene el acceso desigual al trabajo. El aumento más significativo de las últimas dos décadas se dio en el periodo inicial de los 2000, donde la tasa de participación laboral estaba en el 40% a inicio del periodo y se proyectarse cercano sobre el 50% al final de la década. Luego de la crisis económica la tasa de participación femenina se estanca y se ha mantenido ligeramente por encima del 50%.

El acceso al mercado del trabajo sigue una pauta desigual por género, marcado por unas brechas en las tasas de participación que son negativas para las mujeres: mientras la tasa de participación laboral masculina se mantiene por sobre el 65% a nivel nacional durante las

²⁶ La tasa de empleo se define como el cociente entre el número total de ocupados y la población en edad de trabajar (de 16 y más años). Los ocupados son todas aquellas personas de 16 y más años que durante la semana de referencia (la semana anterior a la semana teórica de realización de la entrevista) tuvieron un empleo por cuenta ajena o ejercieron una actividad por cuenta propia según las siguientes definiciones. 1) Son asalariados o trabajadores por cuenta ajena los que verifican: haber trabajado durante la semana de referencia al menos una hora a cambio de un sueldo o salario, en efectivo o en especie; haber tenido un empleo, pero sin trabajar por estar temporalmente ausentes del trabajo durante la semana de referencia. En este caso, para considerar a la persona ocupada, es necesario que la ausencia haya sido por enfermedad, vacaciones o por excedencia por nacimiento de un hijo o en caso contrario, es necesario que mantenga un estrecho vínculo con su empleo y que el período total de la ausencia sea inferior o igual a tres meses o, siendo superior, que el porcentaje de salario recibido sea del 50% o más. 2) Son trabajadores por cuenta propia los que verifican: haber trabajado durante la semana de referencia al menos una hora a cambio de un beneficio o ganancia familiar. Haber tenido un trabajo, pero sin trabajar por estar temporalmente ausentes del mismo durante la semana de referencia por razones de enfermedad, accidente, vacaciones, fiestas, mal tiempo u otras razones que impliquen que sigue existiendo un fuerte vínculo entre la persona y su empresa.

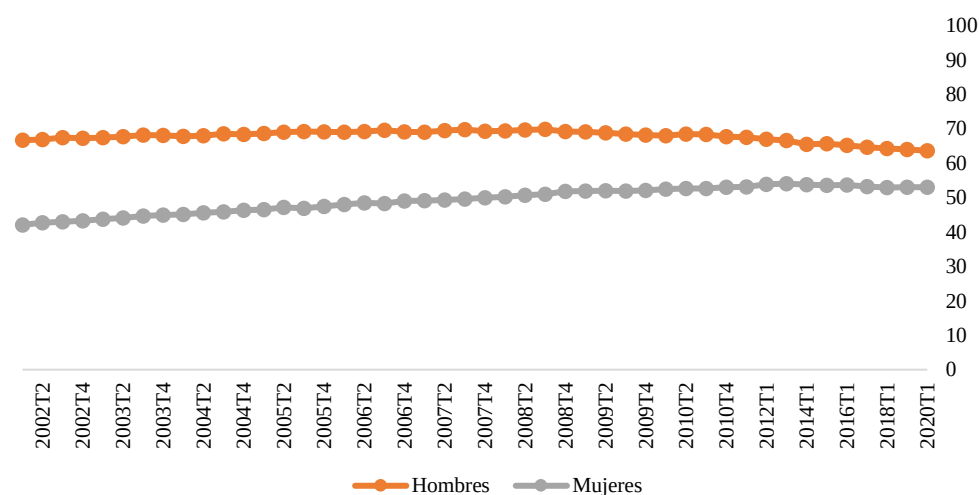
últimas tres décadas, el indicador respectivo para las mujeres sólo supera el 50% luego de la crisis del 2008. Cualquiera sea la desagregación utilizada (grupos de edad, nivel de ingresos, área de residencia) la tasa de participación femenina es siempre inferior a la de los hombres.

Tabla 31. Tasa de actividad (% de la población de 16 y más años) en España

	2020T1	2019T1	2015T1	2010T1	2005T1	2002T1	2000	1995	1990
Ambos sexos	58,18	58,35	59,45	60,09	57,38	54,06	53,59	50,96	50,84
Hombres	63,63	63,99	65,66	68,02	68,67	66,69	66,49	65,07	67,96
Mujeres	53,03	53,02	53,55	52,45	46,55	42,08	41,38	37,66	34,73

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020f). Encuesta de Población Activa (EPA).

Gráfico 23. Evolución de la tasa de participación laboral (mercado del trabajo), por sexo en España entre los años 2002-2020



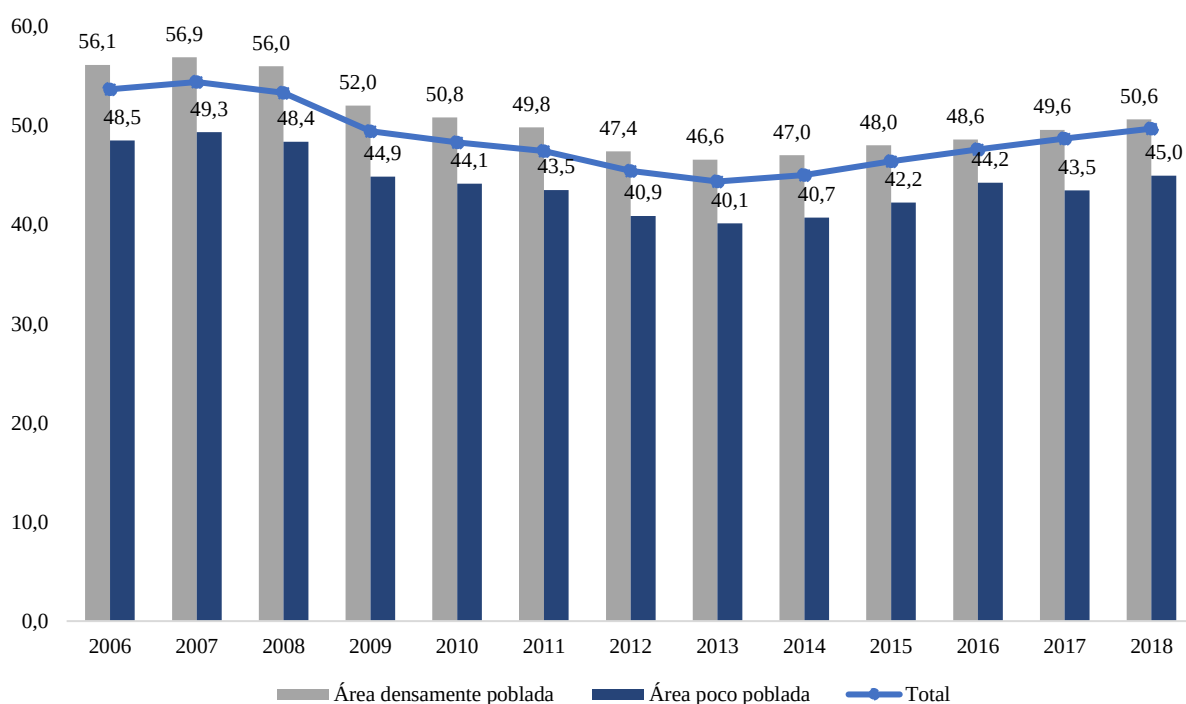
Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020f). Encuesta de Población Activa (EPA).

Respecto a la zona rural, la diferencia de participación en el empleo da señales de otra brecha persistentes en la estructura laboral española. La diferencia entre territorios urbanos y rurales por sobre el 5% en la última década, mientras en las zonas urbanas el indicador sobre la población empleada se mantiene cercano al 50% (antes de la crisis sobre el 52%, luego de la crisis por debajo), en las rurales siempre está por debajo del 50%.

Tabla 32. Tasa de participación laboral por zona rural y urbana en España, en el periodo 2006-2018

	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2016	2017	2018
Total	53,7	54,4	53,3	49,4	48,3	47,4	45,4	44,4	47,6	48,7	49,7
Área densamente poblada	56,1	56,9	56,0	52,0	50,8	49,8	47,4	46,6	48,6	49,6	50,6
Área poblada nivel intermedio	54,2	54,6	53,1	49,0	47,5	46,6	46,4	44,4	49,2	49,5	50,2
Área poco poblada (rural)	48,5	49,3	48,4	44,9	44,1	43,5	40,9	40,1	40,7	42,2	44,2

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020f). Encuesta de Población Activa (EPA).

Gráfico 24. Tasa de empleo por zona en España (2006-2018)

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020f). Encuesta de Población Activa (EPA).

La distancia que señalan las dos brechas expuestas se conjuga en la condición de las mujeres rural. Al analizar la situación considerando no sólo el sexo, sino también el área de residencia de las personas, la tasa de participación de las mujeres rurales es, no sólo inferior a la de los hombres rurales, sino también a la de sus congéneres urbanas.

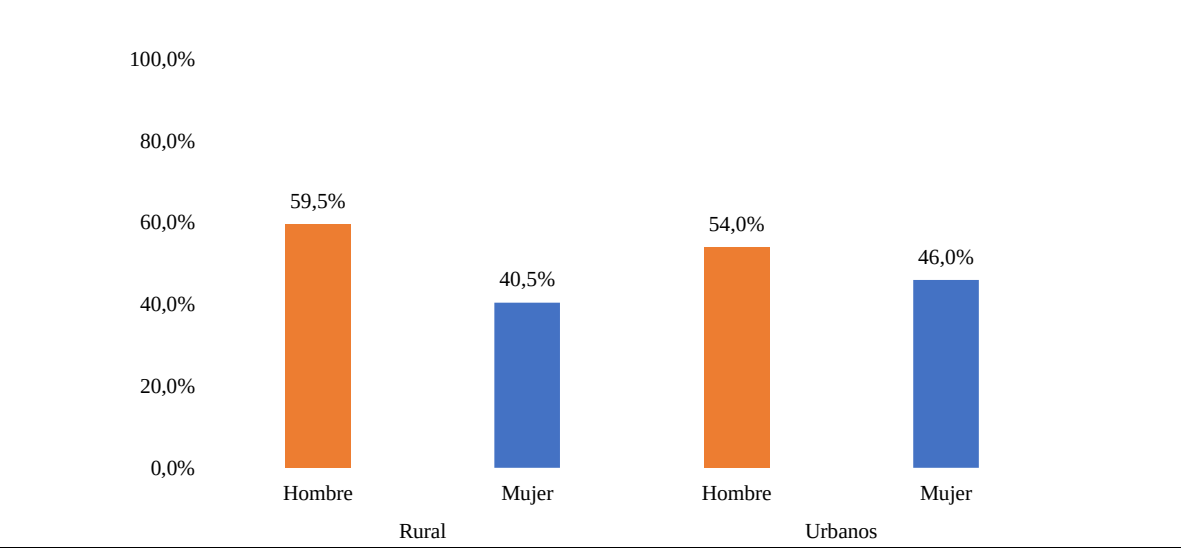
De cierto modo, la baja participación de la condición laboral se profundiza en esa doble condición. Según cifras del último censo (2011), mientras los hombres de zonas rurales llegan a una participación en el mercado laboral que bordea el 60%, cinco puntos por sobre sus congéneres urbanos, en el caso de las mujeres rurales este valor desciende a 40% y es seis puntos menos que en las mujeres urbanas (46%).

Tabla 33. Tasa ocupación población adulta (16 años y más), por sexo y área en España (Censo 2011)

Rural		Urbano	
Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
59,5%	40,5%	54,0%	46,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020f). Encuesta de Población Activa (EPA).

Gráfico 25. Tasa de ocupación de la población adulta (16 años y más), por sexo y área en España (Censo 2011)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020f). Encuesta de Población Activa (EPA).

Respecto a las ramas que concentran la ocupación femenina de origen rural, se observa que la distribución por sexo de ocupados rurales tiene una segmentación (división) sexual de labores. Al interior de cada rama, la composición por sexo de los ocupados permite ver una tendencia a la feminización del rubro servicios. En el caso de los hombres, si bien la participación laboral se concentra en servicios (45%), tiene cierto grado de diversificación en las otras ramas de actividad, en niveles similares tanto en la industria, la construcción y la

agricultura. En tanto en el grupo de mujeres rurales la participación mayoritaria se concentra en las ramas de servicio (77%), la industria le sigue en un nivel mucho menor (11%).

Tabla 34. Población activa en ramas de actividad (primarias, secundarias y terciarias), en total de población, por sexo en España (EPA, 2019) (%)

Rama de la actividad económica	Ambos sexos		
		Hombre	Mujer
Total sexos	100%	53%	47%
Agricultura	4%	6%	2%
Industria	13%	17%	7%
Construcción	6%	11%	1%
Servicios	70%	61%	81%
Parados que han dejado su último empleo hace más de 1 año	5%	4%	7%
Parados que buscan primer empleo	1%	1%	1%
Total		100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2020f). Encuesta de Población Activa (EPA).

En la Tabla 35 se observa una agudización de la división sexual del trabajo. Del conjunto de ocupados en el medio rural, el 60% son hombres y 40% mujeres. Además, los hombres duplican a las mujeres en el sector primario y la industria. Solo en el área de servicios, la proporción crece para las mujeres.

Tabla 35. Población ocupada en ramas de actividad (primarias, secundarias y terciarias), en zona rural y por sexo en España (Censo 2011) (%)

2011	Rural		
	Sexo		
Rama de la actividad económica	Ambos sexos	Hombre	Mujer
Total sexos	100,0%	59,5%	40,5%
Agricultura, ganadería y pesca	13,5%	16,9%	8,5%
Industria	17,0%	20,6%	11,7%
Construcción	11,2%	17,0%	2,5%
Servicios	58,4%	45,5%	77,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia en base a INE (2011). Censo de Población y Vivienda.

El Gráfico 26 muestra que las mujeres se concentran en áreas como educación y cuidados, además de los servicios en general.

Gráfico 26. Rama de actividad (detallada), por sexo en la zona rural en España (Censo 2011)



Fuente: Elaboración propia en base a INE (2011). Censo de Población y Vivienda.

CAPÍTULO 4. Marco Teórico. Modelos de lo femenino

La perspectiva feminista utilizada en esta investigación, en su sentido teórico y conceptual, se hace más evidente cuando los modelos de lo femenino son analizados, pues en ellos se concretiza la forma en que las mujeres han sido abordadas y situadas históricamente. Estos modelos, como se señaló en los capítulos anteriores, se entienden como constructos socioculturales que ubican a las mujeres de cada época en espacios concretos, asignándoles normas de comportamiento específicas y definiendo proyectos en torno a los cuales articular sus trayectorias biográficas.

Esta línea argumentativa se inscribe la corriente feminista que, desde los años 70 y en base a los conceptos de género y patriarcado -y de muchas otras perspectivas desde entonces- ha abordado epistemológicamente el conocimiento científico tradicional, universalista, objetivo y androcéntrico (Maffia, 2007). Es decir, un conocimiento sustentado, de acuerdo a Pateman (1995), en la visión masculina. O, como señala Sau (1989), que considera la perspectiva masculina como medida de todas las cosas. Desde allí, la teoría crítica feminista devela el estudio de las mujeres profundizando en su condición de subordinación en toda dimensión social y la construcción de lo femenino amparado en las diferencias sexuales entre hombres y mujeres.

Tal como señala Longino (1997), “las teorías del feminismo, aun sin estar de acuerdo en los detalles o las implicaciones teóricas, comparten, entre otros elementos, un escepticismo hacia las afirmaciones del conocimiento tradicional” (pág. 71). Se oponen, en efecto, a la creencia de que ciertos rasgos de la mujer son naturales, insistiendo, por el contrario, en su carácter de constructos sociales. La autora además señala que “el hábito de fundamentar los estereotipos acerca de los géneros en el lenguaje científico de la época (desde el calor vital de Aristóteles hasta las hormonas y los hemisferios cerebrales de nuestro tiempo) convierte la ciencia de las diferencias sexuales en un objeto ideal del análisis feminista, un objeto cuyo examen cuidadoso puede revelar aspectos de los mecanismos tanto de la construcción del conocimiento como de la construcción del género” (pág. 71).

El estudio de la conceptualización de lo femenino -el objetivo de este capítulo- demuestra lo arriba señalado. “El pensamiento feminista (...) encuentra la raíz de la sujeción de las mujeres en un sesgo dominante de lo masculino” (Valenzuela, 2016, pág. 31). Y cuestiona las obras críticas del pensamiento occidental, en su vertiente filosófica y política, tanto por su pretensión universalista como por la reproducción de la mujer únicamente en su labor reproductiva.

Desde esta perspectiva, el capítulo que se presenta a continuación representa una reflexión teórica sobre los modelos hegemónicos de lo femenino en el contexto occidental, y los conceptos que los sustentan. La revisión de esos modelos permite acercarse a las formas en las que lo femenino se construye socialmente en distintos momentos. El desprecio, la carencia o la exaltación de lo femenino han dominado el pensamiento tradicional. Como respuesta a esos modelos emergen otros nuevos que cuestionan aquello que ha sido definido como propio de la mujer. La modernidad, como espacio temporal de interés sociológico, cuenta con dos modelos principales que se debaten en la delimitación de las normas, comportamientos, espacios y proyectos donde las mujeres han de desarrollarse.

Como resultado de esta investigación y con base en la literatura revisada respecto al tema, se han identificado dos asuntos interesantes. El primero, que los dos tipos de mujer de la modernidad -la *mujer doméstica* y la *nueva mujer*- se organizan conceptualmente como las dos caras de una moneda y pueden entenderse al mirar cinco dimensiones aquí detectadas: rasgos afectivos y emocionales; moral sexual y valores sexuales; matrimonio; maternidad y cuidado de los hijos; y, finalmente, lo femenino, lo privado y lo público. Estas dimensiones son analizadas en los modelos detectados para España y Chile.

Segundo, que en España y Chile esos modelos se cristalizan, pero de modo imbricado de acuerdo a sus propias realidades socioculturales, políticas y económicas. No hay linealidad en los modelos, ni la pureza teórica pretendida por los escritos revisados. Los modelos ocurren en distintos momentos, aparecen y desaparecen, promovidos o refutados por instituciones como el Estado o la Iglesia o el mismo pensamiento feminista. Si a ello incorporamos la condición material de cada país, se evidencia que son modelos cuyas dimensiones son aplicables en la medida que la situación política y económica del país *lo permita*.

De acuerdo a los elementos descritos, este capítulo se estructura en cuatro apartados. En el primero, se profundiza en los principales aspectos teóricos que permiten aprehender lo femenino como un constructo social. El segundo aborda los tres conceptos sobre los cuales se han erigido modelos de lo femenino así como las conceptualizaciones resultantes: el desprecio que funda la idea de la primera mujer de las sociedades occidentales, y que será la base de una larga tradición filosófica e intelectual; la exaltación, sobre cuya definición se erige la primera mujer de la modernidad, y que sustenta la visión renacentista y *rousseauniana* que originan la figura de la *reina del hogar*, figura icónica de lo femenino desde el siglo XVIII. Y finalmente, los elementos que buscan la emergencia de un modelo de la *nueva mujer*.

El tercer apartado realiza una revisión teórica concreta sobre los modelos de lo femenino en América Latina, en el entendido que la tradición feminista sobre la que se sustentan los dos apartados anteriores es principalmente europea y anglosajona. En efecto, el espacio académico e intelectual de la región cuestiona los conceptos que se originan en otros contextos, preguntándose por la identidad de la mujer latinoamericana y buscando respuestas en categorías propias que respondan a las particularidades del devenir de las sociedades de la región. La *mujer mariana* -principal exponente de la *mujer doméstica*- encontrará sus orígenes en procesos sociohistóricos como la conquista y colonización, la fundación de los Estados decimonónicos y la nueva organización rural que redefine al complejo minifundio-latifundio.

El cuarto apartado se elabora preguntándose por la forma que adoptan los modelos hegemónicos de lo femenino en España y Chile, cada vez que se consideran los procesos socioculturales, económicos y políticos ocurridos a lo largo del siglo XX en ambos países. Allí se encuentran la *mujer de la vieja España*, la *criolla latinoamericana* y la *nueva mujer*, todos modelos que serán analizados en base a las cinco dimensiones detectadas y referidas al inicio de este capítulo.

El quinto y último apartado, presenta algunas reflexiones sobre el marco conceptual propuesto en esta investigación y el estudio de lo femenino en las zonas rurales chilenas y españolas.

4.1. Modelos de lo femenino desde una perspectiva sociohistórica

En la tradición occidental, la imagen de Sara -esposa de Abraham y madre de Isaac, el patriarca de Israel- está presente en el Antiguo y Nuevo Testamento para definir o configurar los contornos de lo femenino. Sara es, en la tradición señalada, una de las formas en que diferentes sociedades y culturas, *desde la noche de los tiempos*, conceptualizan lo femenino en torno a la figura de madre y esposa. Lo han hecho griegos y romanos, filósofos medievales y artistas renacentistas, pensadores ilustrados y modernos. Han hablado de mujeres para decir lo que son o lo que deberían ser. Han sido descritas como un modelo inacabado, “un hombre fallido, un ser incompleto, (...) un receptáculo, un recipiente del que sólo puede esperarse que sea tranquilo y cálido” (Duby & Perrot, 2008, pág. 53). O como la Virgen María, el ideal de madre, pureza, la inocencia, virginidad (Bosch, Ferrer & Gili, 1999).

En efecto, ha predominado en occidente una concepción de lo femenino que se debate entre esas dos imágenes. Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de lo femenino? Ya se señaló en los capítulos previos que aquello que se define como propio o relativo a la mujer no es un hecho natural ni biológico, sino una construcción sociocultural (Cobo, 1995). Y, como tal, resulta de la elaboración conjunta de la civilización (Beauvoir, 1985). Esto implica afirmar, en primer lugar, y en términos teórico-filosóficos, continuidad con la vertiente que enfatiza en la ocultación de la diferencia entre los sexos. Y, “por otro, poner de manifiesto el carácter de constructo socio-cultural de esa diferencia” (Tubert, 2003, pág. 7). Éstas -para Mead (2006)- “son elaboraciones sociales originalmente ajenas a los hechos biológicos” (pág. 14). Para la autora, son construcciones sociales también, “los temperamentos, considerados innatos en un sexo, podrían ser (...) variaciones del temperamento humano a los que aproximarse por su educación” (pág. 19).

Es la trama social y cultural que está detrás de las relaciones humanas la que define, configura o da cuerpo a los papeles de hombre y mujeres (Mead, 2006). Son las sociedades y sus culturas las que institucionalizan esos papeles y los instala en las expectativas sociales desde el nacimiento. Por ello “los rasgos de la personalidad que llamamos femeninos o masculinos se hallan débilmente unidos al sexo como lo está la vestimenta, las maneras y la forma del peinado que se asigna a cada sexo según la sociedad y la época” (Mead, 2006, pág. 260). Por lo tanto, de acuerdo a Beauvoir (1985), es “la civilización quien elabora ese producto

intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino” (pág. 12). Es la sociedad, a través del sistema *sexo/género* - un conjunto de disposiciones- la que “transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana” (Rubin, 1986, pág. 97).

Lo que ocurre entonces puede ser explicado sociológicamente, señala Figs (1972): si las mujeres aparecen o se muestran más emocionales y conservadoras que los hombres, se debe al tipo de educación recibida y a la asignación al espacio privado o doméstico, caracterizado por su poca variación. Ello significa entonces que “no se nace mujer: llega una a serlo” (Beauvoir, 1985, pág. 12). Por lo tanto, las mujeres han sido enmarcadas y formadas bajo una serie de valores y prácticas que no se corresponden con una *naturaleza* de lo femenino, sino con una trama sociocultural que define y asigna diferentes pautas de comportamiento, espacios y formas de relacionarse con la sociedad según sea hombre o mujer.

En efecto, y tal como señala Despentes (2018), es la tradición sociocultural la que ha definido que “los valores viriles sean los de la experimentación, el riesgo y la ruptura con el hogar” (pág. 30). En efecto, continúa la autora, se enseña “a las niñas la docilidad, la coquetería y el disimulo, cuando les hacen saber a los nenes machos que están para exigir, que el mundo está hecho para ellos, que están para decidir y elegir” (págs. 142-143). A lo anterior Adichie (2017a) agrega que, por una parte, “enseñamos a los niños a tener miedo al miedo, a la debilidad y a la vulnerabilidad” (págs. 32-33). Y, por otra, “a las niñas les enseñamos a encogerse, a hacerse más pequeñas” (pág. 34). Para reproducir estos valores, la historia se ha valido “de artículos de revistas y de libros que les dicen a las mujeres qué tienen que hacer, cómo tienen que ser y cómo no tienen que ser” (pág. 31).

En este sentido, y bajo esta constatación de la perspectiva teórica feminista, el concepto de género manifiesta que la diferencia entre los sexos es resultado de los roles que la cultura impone a hombres y mujeres (Tommasi, 2002)²⁷. Y que, en esos procesos de construcción de

²⁷ En relación al género, Fraisse (2003) señala que la palabra es antigua, pero el concepto es nuevo. Surge con el psicoanalista estadounidense Robert Stoller, quien publica en 1968 *Sex and Gender*, marcando el origen de un largo debate terminológico y filosófico. El concepto de género en la tradición feminista “permite subrayar (...) la diferencia entre los sexos” (Tubert, 2003, pág. 7). En efecto, subraya la ocultación de la diferencia entre los sexos bajo la neutralidad de la lengua y, además, pone de manifiesto que esa diferencia es construida socioculturalmente. Para Fraisse (2003), la aparición de esta noción de género es un acontecimiento filosófico contemporáneo que pone en jaque a “tradición dominante resumida en el aforismo freudiano que señala que la anatomía es el destino (...) [y, además] distingue entre lo que depende de la naturaleza y lo que depende de lo social en la relación entre los sexos” (pág. 40). Benhabib (2006), plantea, no obstante, que la misma “oposición entre sexo y género debe ser cuestionada” (pág. 218). Butler (2008) propone ampliar los límites de la

los géneros “lo femenino ha sido configurado como un sexo dependiente. En todos los cambios de circunstancias y relaciones (...) honrada o despreciada (...) la mujer ha seguido siendo el *otro sexo*” (Buytendijk, 1966, pág. 35).

Esta permanencia en la conceptualización se ha explicado, tradicionalmente, en vinculación al concepto de misoginia. Allí parecen estar las razones de la aversión u odio a las mujeres: “se ha buscado en la psicología profunda, allí donde anidan los traumas y temores más inconfesados de los seres humanos” (Madrid, 1999, pág. 17). Sin embargo, un análisis así obnubila la dimensión histórica y social que conlleva el proceso mismo de conceptualización. Por ello, se requiere la consideración de los socioculturales, especialmente, que circunscriben la configuración de lo femenino en determinados períodos históricos.

En efecto, esta investigación se hace parte de las corrientes que afirman que los modelos de lo femenino y los atributos asignados a las mujeres son algo más que la mera representación de temores y frustraciones humanas. Son, ante todo, “un agente y un producto de un proceso individualizador que enseña a la gente a olvidar cómo los motivos y la conducta de los demás expresan una identidad política” (Madrid, 1999, pág. 293). Por ello, aprehender lo femenino como una construcción sociohistórica significa -antes que arremeter contra la misoginia- evidenciar los intereses políticos y económicos que se esconden tras esas representaciones sociales. El análisis debe dejar, siguiendo a Perrot (1988), “de enarbolar la misoginia como explicación del lugar dado a la mujer” (pág. 7). Y debe, tal como se propone en esta tesis doctoral -y especialmente en el Capítulo 8-, interrogar sobre las prácticas sociales, los discursos y las representaciones.

Entonces, ¿cumplen una función las conceptualizaciones realizadas? ¿Cómo explicar que lo femenino -exaltado o vapuleado- aparezca reducido históricamente a los mismos espacios y le sean asignadas similares actividades? Para Alzon (1982), “el orden social sólo puede ser mantenido a condición de que la gran mayoría de los individuos estén adaptados de una u

reflexividad pensando más allá de la dicotomía del sexo y género. La diferencia sexual no es un mero hecho anatómico. La construcción e interpretación de las propias diferencias anatómicas es, en sí mismo, un proceso social e histórico y que los tipos masculino y femenino de la especie son diferentes es un hecho. Pero, este hecho también se construye siempre socialmente: la identidad sexual es un aspecto de la identidad de género, como señala la autora, “una sexualidad culturalmente construida” (pág. 94). En definitiva, siguiendo a Butler (2008), “el género es también el medio discursivo/cultural a través del cual la naturaleza sexuada o el sexo natural se produce y establece como prediscursivo, anterior a la cultura, una superficie políticamente neutral sobre la cual actúa la cultural” (págs. 55-56).

otra forma a su respectivo lugar en la sociedad y realicen las funciones que de ellos se esperan” (pág. 89). Según Bosch et al., (1999), el carácter de lo femenino responde a la necesidad de “mantener un orden social, y para eso se requiere que unos queden excluidos y otros no” (pág. 8).

Para asegurar este orden, las diversas configuraciones de lo femenino -y de lo masculino- se valen de la especificación de rasgos psicoafectivos y de la delimitación de normas de comportamiento. A través de la precisión de rasgos inherentes a cada sexo, se definen los espacios que hombres y mujeres han de ocupar en el orden social y las actividades que han de realizar allí. Para definir dichos rasgos, las sociedades occidentales -entre otras- parten de la premisa que la naturaleza de los sexos es diferente y que una de ellas tiene mayor valor social. El resultado es que las actividades y posiciones ocupadas por los sexos son disímiles y jerarquizadas. Esto se traduce en la condición de inferioridad de la mujer y en la legitimación de su posición de subordinación ante el hombre.

Según Pateman (1996), dos corrientes de análisis explican la condición universal de inferioridad y subordinación de las mujeres, y lo hacen a partir de la “oposición más clara entre naturaleza y cultura. (...) que sostienen que la naturaleza es la única causa del dominio de los hombres” (pág. 49)²⁸; y quienes afirman que la asociación hombre-cultura y mujer-naturaleza es la causa de la universal devaluación de la mujer (Ortner, 1974)²⁹.

²⁸ El dominio ejercido por los hombres se sustenta en el sistema patriarcal, vale decir, en “un sistema de estructuras sociales interrelacionadas a través de las cuales los hombres explotan a las mujeres” (Walby, 1986, pág. 51). Esto supone, en primer término, “una toma de poder histórica por parte de los hombres sobre las mujeres cuyo agente ocasional fue de orden biológico, si bien elevado éste a la categoría política y económica” (Sau, 1989, pág. 237). Y, en segundo término, “que las relaciones jerárquicas de subordinación se siguen necesariamente de las características naturales de hombres y mujeres” (Pateman, 1996, pág. 41). Sin embargo, Amorós (1991), plantea que no hay una relación lineal en el hecho que la mujer sea percibida como reproductora de la especie, sino que “la asociación (...) responde a la situación universal de marginación y opresión –cuando no de explotación- en que se encuentra la mujer, [y] desde [allí] se la define (...) como aquello que requiere ser controlado, mediado, domesticado o superado” (pág. 34).

²⁹ La identificación simbólica de la mujer con la naturaleza ocurre porque su cuerpo y funciones de procreación están vinculados con la vida de las especies. Esto le hace parecer más cerca de lo natural. El hombre, carente de esas funciones, debe o tiene la oportunidad de verter su creatividad externamente a través de medios tecnológicos o simbólicos y aparecer así vinculado a la cultura (Ortner, 1974). La tendencia del proyecto cultural a la trascendencia y subordinación de la naturaleza tiene dos consecuencias sobre la relación entre los sexos. La primera, se refiere a la división social de los roles atribuidos al hombre y la mujer y la valoración de unas tareas por sobre otras (Lipovetsky, 1999). En efecto, “las mujeres y la esfera doméstica aparecen como algo inferior a la esfera cultural y a las actividades masculinas” (Pateman, *Críticas feministas a la dicotomía público/privado*, 1996, pág. 48). La segunda, refiere a la legitimación de la subordinación de unos sobre otros. Si la cultura tiende a la subordinación de la naturaleza, y el hombre es asociado a la primera, se legitima la condición de subordinación de la mujer frente al hombre.

A través de asociaciones y distinciones, las sociedades establecen los marcos sobre los cuales definir los rasgos de cada sexo y el lugar que éstos han de ocupar en el orden social. El orden logra establecerse cuando lo masculino se asocia indisolublemente a la realización del proyecto cultural, que tiene lugar fuera del ámbito doméstico. Y cuando lo femenino se vincula invariablemente a las actividades reproductivas que tienen lugar en el espacio doméstico³⁰. La mujer, por sus funciones de procreación, aparece disponible para el trato con infantes no socializados y materias primas (Pateman, 1996). Esta disponibilidad hace que lo doméstico sea su espacio por antonomasia y que les sea denegada la participación activa en la vida política. Ello ocurre porque “la publicidad política fue dominada por hombres [y porque] quedó determinada de forma sexista tanto en su estructura como en sus relaciones con la esfera privada” (Habermas, 1999, págs. 8-9)³¹.

Para la reproducción y mantención de lo anterior, Bourdieu (2000) apunta, por una parte, al rol que juega el Estado en hacer de la familia patriarcal “el modelo del orden social como orden moral, basado en la preeminencia absoluta de los hombres respecto a mujeres” (pág. 109). Es en la familia donde se reproducen y reafirman los roles femeninos y masculinos, así como la prematura división sexual del trabajo. Por otra parte, enfatiza en la práctica y discursividad de la Iglesia “para justificar la jerarquía en el seno de la familia, (...) y para imponer una visión del mundo y del lugar que en él corresponde a la mujer a través de una auténtica ‘propaganda iconográfica’” (pág. 108)³². Un claro ejemplo de esta propaganda es la “Anunciación, el encuentro entre una imagen femenina, María, y una masculina, Gabriel” (Varela & Álvarez Uría, 2008, pág. 3).

³⁰ Una primera precisión analítica, siguiendo a Jelin (1984), se refiere al “término reproducción, que incluye tres dimensiones o niveles la reproducción biológica que en el plano familiar significa tener hijos y en el plano social se refiere a los aspectos sociodemográficos de la fecundidad; la reproducción cotidiana, o sea el mantenimiento de la población existente a través de las tareas domésticas de subsistencia; y la reproducción social, o las tareas [extraproductivas] dirigidas al mantenimiento del sistema social” (pág. 10). Una segunda distinción es entre el mundo público y el doméstico. La autora suma este último “incluye básicamente las actividades de producción y consumo cotidiano de alimentos y otros bienes y servicios de subsistencia, así como las actividades ligadas a la reposición generacional, es decir, tener hijos, cuidarlos y socializarlos”, ámbito que se conforma y cambia en relación con las demás instituciones y esferas de la sociedad (pág. 10).

³¹ Cabe señalar que “lo privado y lo público siempre han existido. Antes de 1900 se confunden en cuanto coexisten simultáneamente” (Salinas, 1994, págs. 20-21). El desarrollo industrial ocurrido en Europa desde inicios de 1900 separa el lugar de trabajo de la vida doméstica. Mientras la fábrica monopoliza la función económica -antaoño ejercida por el hogar- el espacio doméstico asegura la reproducción -social y biológica- de la población (Prost & Vincent, 1991).

³² Tal como señalan Varela y Álvarez Uría (2008), para los creyentes cristianos, *La Anunciación* representa una interacción decisiva donde la figura de la Virgen María representa un tipo ideal de mujer perfecta de Dios.

4.2. Modelos de lo femenino. Entre el desprecio, la exaltación y la igualdad

Se revisan a continuación tres modelos de lo femenino observables en las sociedades occidentales, sintetizados en la Tabla 36. La *primera mujer* es despreciada, desvalorizada y conceptualizada como inferior al hombre. Este modelo, a grandes rasgos, predomina -salvo algunas excepciones- hasta iniciado el siglo XVIII. Con el ascenso de la burguesía al poder, por otra parte, emerge una figura de lo femenino que, a diferencia de la anterior, es exaltada por sus virtudes. La *mujer doméstica* se transforma en una reina alabada por sus atributos *propriadamente femeninos* (ella se constituye como resultado de una herencia renacentista y *rousseauuniana*). Por último, emerge la *nueva mujer*, conceptualización que abandona las visiones precedentes. Ni devaluada ni exaltada, esta nueva configuración apela a la igualdad y la libertad de las mujeres.

Tabla 36. Modelos de lo femenino predominantes en la tradición occidental

Eje conceptualización	Modelo de lo femenino	Predominio
Desprecio	Mujer <i>despreciada</i>	La primera mujer de las sociedades occidentales
Exaltación	Mujer <i>doméstica</i>	La primera mujer de la modernidad, la mujer burguesa. Con orígenes renacentistas (<i>La perfecta casada</i>) e ilustrados (<i>Sofía rousseauuniana</i>)
Igualdad	<i>Nueva mujer</i>	A lo largo del siglo XX

Fuente: Elaboración propia.

4.2.1. La mujer despreciada

La *primera mujer* de las sociedades occidentales nace con los poemas de Hesíodo y permanece, en algunos lugares, hasta los albores del siglo XIX (Lipovetsky, 1999). Esta conceptualización emerge en el marco de la gran convulsión espiritual que consolida el orden cívico y la nueva forma de pensar que nace con la ciudad, el *logos* (Madrid, 1999). Aquí emerge una figura femenina desvalorizada, despreciada y temida, en un primer momento, por sus atributos. Una mirada a la poesía y el amor de la Atenas clásica de Homero y Hesíodo, de yambógrafos y líricos, de elegiacos y autores de teatro, evidencia el temor despertado por los atributos femeninos.

En efecto, en tanto sujeto del amor, “la mujer es seductora y engañosa. (...), mentirosas, de palabras engañosas y mente traidora” (Rodríguez Adrados, 1995, pág. 54). En la tradición occidental ha sido la figura de Afrodita la que ha representado, predominantemente, el culto al cuerpo carnal. Ella es “diosa de la riqueza agrícola y ganadera, [su] principio activo es la fertilidad³³. [Desea] gustar y despertar el apetito (...) ser apetitosa, ‘estar muy buena’ (...) [según] lo define el sexismo machista” (Gil Calvo, 1998, pág. 59). En la genealogía del hombre nuevo, plantea Amorós (1991), la situación no es diferente, pues allí “la mujer (...) aparece solamente en cuanto agente distorsionante o perturbador” (pág. 93). La belleza y seducción de las mujeres es la causa del mal y caída de los hombres, de su perecimiento en el diluvio universal.

Durante la reforma gregoriana de los monasterios -siglos XI y XII- la Iglesia fomenta una actitud de aversión ante la vida que ofrece el matrimonio. Demuestra que la mujer es frágil, necia e inconstante, soberbia e irascible. Promueve, con ello, el celibato del clero y la eliminación de la práctica extendida del concubinato (Archer, 2001). Según Varela (1997), “la Iglesia trataba, con imposición del matrimonio monogámico e indisoluble³⁴, de moralizar las costumbres de los propios eclesiásticos” (pág. 98)³⁵.

Ahora bien, la primera mujer es también despreciada en virtud de su condición de inferioridad. Tanto en la Grecia clásica, en las confesiones agustinianas como en las sumas teológicas de Tomás de Aquino, la inferioridad encuentra su origen en la naturaleza y deriva en la subordinación frente al hombre. Carentes de razón y discernimiento, las mujeres quedan sujetas a la autoridad conyugal.

En efecto, la lectura de los textos de Aristóteles evidencia la posición en la que se sitúa a las mujeres, precisamente mientras indaga en los elementos que constituyen el Estado: “la

³³ De acuerdo a Gil Calvo (1998), “la metodología de la imagen sexista de [esta mujer seductora] designa turgencia, redondeces, hendiduras, embarazo y gravidez. Pechos hinchados, nalgas voluminosas, vientre abultado, muslos rotundos, barriga prominente: así son todas las diosas de la fecundidad” (pág. 59).

³⁴ Siguiendo a Varela (1997), la Iglesia comienza en el siglo XII a desarrollar un sistema de leyes canónicas y a hacer depender de su jurisdicción cuestiones matrimoniales, lo que le permite “transformar a la nobleza y someter al resto del pueblo de Dios al imperialismo eclesiástico” (pág. 98).

³⁵ Durante el periodo señalado, en la Europa cristianizada de la sociedad feudal, durante la institucionalización del matrimonio surgen también figuras icónicas que concretan los *males femeninos*. Una de ellas es Bertrade de Monfort –segunda esposa del Rey Felipe I de Francia-, ejemplo de mujer corruptora, esposa infiel, ambiciosa, seductora. El rey se entrega a la pasión ardiente, no sabe dominar el amor, el deseo masculino. En efecto, “dejó de comportarse como corresponde a los soberanos (...) la petulante concubina” la que atrapa en sus redes al rey, es la causante de su excomulgación (Duby, 1999, pág. 11).

naturaleza ha fijado la condición especial de la mujer y esclavos. (...) [y] ha querido que el ser dotado de razón y de previsión mande como dueño” (Aristóteles, 2005, pág. 18). Y, afirma que (pág. 38) “el hombre, salvo algunas excepciones contrarias a la naturaleza, es el llamado a mandar más bien que la mujer”. Por último, agrega que “la mujer no puede hacer cosa mejor que someterse a la autoridad de un señor” (pág. 25). Aquino (2010), durante el siglo XIII afirmaba que la mujer debía someterse al hombre pues la naturaleza le otorgó más discernimiento.

Se observa la constante evocación a la naturaleza, a *lo dado*, para legitimar el modelo de lo femenino. Pero también, y para fines del efectivo ejercicio del modelo, se evocan normas y regulaciones que aseguren su reproducción. No basta con la definición de rasgos femeninos y con la identificación de su origen. Hay que encontrar además los mecanismos mediante los cuales, quienes encarnen ese modelo, lo perpetúen a través del tiempo.

San Agustín (2010) señala -a través de la figura de su madre- dónde reside la obligatoriedad del cumplimiento del modelo. Y agrega que, mientras las mujeres murmuran sobre sus esposos, “con los rostros afeados con las señales de los golpes”, la madre del escritor les recuerda que “desde el punto que oyeron leer las tablas llamadas matrimoniales debían haberlas considerado como un documento que las constituía en siervas de ellos” (pág. 189).

Para finalizar, cabe señalar que a la *primera mujer* se le han asignados los espacios que ha de ocupar en el orden social. Al referir a la Grecia de epopeyas, tragedias y banquetes, se observa, entre otras cosas, la limitación espacial y la esfera asignada a la mujer: “tal como señala Semónides de Amorgos (...) la abeja es el único tipo de mujer buena puesto que ejerce sus tareas dentro del oikos (hogar)” (Pérez Sánchez, 2011, pág. 27).

Otras formas de identificar los espacios asignados a lo femenino están, por ejemplo, en la Odisea de Homero. Allí se afirma que “nunca niega la inteligencia de la fémica, pero solo aplicada a sus competencias, sin salirse de su espacio, el privado, y sin entrometerse en el espacio (...) del hombre, el público (...) marcha a tu habitación y ocúpate de tus labores, el telar y la rueca” (Pérez Sánchez, 2011, pág. 25). Lo están también en el diálogo platónico que ocurre en el banquete ofrecido por Agatón, donde cada participante realiza un discurso en alabanza de Eros, el más bello que pueda. Antes de comenzar, el médico Erixímaco propone despedir a la flautista que acaba de entrar. “*¡Que vaya a tocar para sí, y si lo*

prefiere, para las mujeres de dentro!” (Platón, 2008, pág. 303). La mujer despreciada queda lejos de banquetes y reflexiones. Está confinada al telar y la rueca, a lo privado.

4.2.2. La mujer doméstica (y sus orígenes históricos)

La *mujer doméstica* configura un novedoso modelo de lo femenino. Luego del desprecio histórico experimentado por la *primera mujer*, nace, tal como señala De Miguel (1974), una “exaltación de la sublimada de la feminidad: la mujer un objeto excelso. Tal excelso [que solo] puede realizarse a la sombra de un varón -como hija *de* o señora *de*-” (pág. 75). A inicios del siglo XXI se decía que “las dos enfermedades de la mujer son: la soltería y la viudez (...) el matrimonio es salud” (De Miguel, 1995, pág. 188). El matrimonio, y la maternidad y la entrega a otros, son los ejes de esta conceptualización. Circunscrita al espacio doméstico, esta mujer se transforma en una *reina del hogar*. Ese es su destino, allí donde da cuenta de su esplendor y naturaleza.

Pues bien, ¿cómo se gesta este modelo?, ¿cuáles son sus antecedentes históricos y conceptuales? En primer lugar, desde una perspectiva genealógica, el nacimiento de *la mujer burguesa* y las formas adoptadas por el cambiante equilibrio de poder entre los sexos en la Modernidad encuentran su génesis en la Edad Media (Varela, 1997). Tal como señala la autora, “hasta el siglo XII no existía una naturaleza sexual individualizada, sino naturalezas vinculadas a estamentos sociales, de ahí que los hombres y mujeres de los distintos órdenes y estamentos gozasen de un estatuto similar” (pág. 165).

Con la emergencia de un estatuto matrimonial, durante el siglo XIII, se establece una clara y precisa división entre hombres y mujeres, y entre éstas últimas surgen otras nuevas categorías, siguiendo a Varela, para distinguirlas (las solteras las vidas y las casadas). A partir de allí, se configura un tipo o arquetipo de lo femenino “cargada de negatividades y cuya principal función pasó a ser la de la reproducción de la especie (...) [y así] la institucionalización de la domesticidad y de la familia monogámica se convirtió en el siglo XVI y XVIII en el fundamento de la sociedad” (pág. 165).

En segundo lugar, la *mujer doméstica* remite a las imágenes femeninas de los siglos XV y XVII. El ideal renacentista de la mujer como esposa y sexualmente reproductiva y de la *Sofía*

rousseauniana sientan las bases del modelo. Los párrafos a continuación revisan estas dos influencias. Posteriormente, se analizan los atributos de la denominada *reina del hogar*.

De la herencia renacentista. La perfecta casada.

Entre los siglos XVI y XVIII se consolida y propaga rápidamente el modelo paternalista de matrimonio gestado desde la Alta Edad Media. Debido a los intereses sociopolíticos y económicos vinculados al matrimonio, Europa se somete a exigentes regulaciones contra la realización de matrimonios sin el consentimiento paterno. El ideal de matrimonio se va consolidando y ello puede ser leído, según Hufton (1992) en la proporción de mujeres que mueren solteras entre 1550 y 1800: “la proporción de mujeres mayores de 50 años que mueren solteras oscila entre el 5% y 25%. A finales del XVIII, (...) es menor al 10%” (pág. 47). En España, en concreto, hacia 1575 “el matrimonio monogámico indisoluble es ya una institución mayoritariamente aceptada (...) precisamente cuando el Santo Oficio ponía en marcha una fuerte campaña para extenderlo a zonas rurales” (Varela, 1997, págs. 92-93).

En este momento se produce también una relectura de la sexualidad femenina. Desde San Agustín y a lo largo de la tradición patrística, la virginidad se considera el estado natural de los seres humanos. Y que el deseo sexual se introduce en el mundo luego de *la caída del hombre* (Archer, 2001). Pero, en el nuevo contexto, “el matrimonio otorga a los esposos un derecho sobre el cuerpo del cónyuge como instrumento de procreación antes que de voluptuosidad” (Flandrin, 1984, pág. 147). Ello deriva en “una visión fatalista de la actividad sexual en la que el placer sólo se permite en interés de una norma procreativa” (Grieco, 2018, pág. 104). En este marco, Archer (2001), planteó que “una mujer casada sólo podía alcanzar un estado imperfecto de virtud si se esfuerza por ser casta en el contacto carnal con su marido, realizando el acto sexual solo con el fin de tener hijos” (pág. 32).

En este marco -y como resultado de la institucionalización del matrimonio y de una sexualidad con fines reproductivos- se configuran durante el Renacimiento dos nuevos arquetipos femeninos para los cuales hay dos destinos posibles: el de casada o de monja. La mujer del siglo XVI y XVII que se aleja de un convento queda circunscrita entonces “al espacio doméstico y es educada para el matrimonio, el gobierno de la casa y el cuidado de los hijos” (Ferrer, 2006, pág. 8). Ésta, la mujer *madre-esposa*, queda materializada en *La*

perfecta casada, publicada en el siglo XVI por Fray Luis de León; y en *La buena cristiana*, de Luis Vives, publicada en el siglo XVIII.

La primera es una mujer de valor, buena y honesta, “que acierta en criar al hijo y en gobernar bien la casa y servir como es razón al marido” (Fray Luis de León, 1970, pág. 38). La segunda, hace suyas la virtud del silencio, la modestia, alzándose sobre la castidad como un deber (Ferrer, 2006). “En la mujer nadie busca elocuencia ni bien hablar, grandes primores de ingenio ni administración de ciudades (...); sólo una cosa se requiere en ellas y esta es la castidad” (Vives, 1948, pág. 44).

De la herencia ilustrada. La Sofía rousseauiana.

De manera particular, en el siglo de las luces, la mujer, viva, imaginaria u objeto de estudio, es omnipresente. Tal ha sido la discusión, que al período en cuestión se le ha llamado “el siglo de las mujeres” (Godineau, 1992, pág. 397). Médicos y filósofos preguntan por aquello que distingue a mujeres de hombres. El discurso resultante es ambiguo y oscilante “entre explicaciones culturalistas y justificaciones biologicistas de la diferencia genérica” (Puleo, 1993, pág. 14). Triunfa, finalmente, la idea de una naturaleza femenina. En efecto -plantea la Enciclopedia de Diderot del siglo XVIII- “la naturaleza ha puesto por un lado la fuerza y la majestad, el coraje y la razón; del otro [en el de las mujeres] las gracias y la belleza, la fineza y el sentimiento” (Desmahis, 1993, pág. 46).

Estos atributos esenciales quedan materializados en un nuevo arquetipo femenino. La figura de Sofía, elaborada por Rousseau en el siglo XVIII, condensa, en primer lugar, la desigualdad natural entre hombres y mujeres en función de la división sexual del trabajo (Sánchez Muñoz, 2001). En segundo lugar, condensa el establecimiento de un conjunto de atributos inherentes a la condición femenina, “que reafirman la existencia de un sistema de valores propios de las mujeres: la castidad, la modestia, la contención, la sensibilidad. Sofía no desconoce el gusto por los placeres, la contención y la moderación son aún más naturales” (Rousseau, 1999, pág. 85). Las mujeres son definidas como “inocentes y de espíritu insinuante [y] dadas sus características naturales, se convierten en castas guardianas de las costumbres y [los] vínculos de la paz” (Rousseau, 2002, pág. 217).

Finalmente, la reina del hogar: consolidación de la mujer doméstica.

Durante el siglo XVIII, con el ascenso de la burguesía al poder, emerge una nueva conceptualización de lo femenino. La primera mujer de la modernidad adquiere forma bajo la figura de *mujer doméstica* (Armstrong, 1991). Esta nueva representación -sometida a una intensa promoción a partir el siglo XIX y vigente hasta bien entrado el siglo XX- solo es comprensible en el escenario de desmantelamiento de la sociedad estamental francesa y de la construcción de un nuevo orden (Brito Domínguez, 2010).

El modelo surge en un clima que persigue la erradicación de los principios sustentadores del poder del Antiguo Régimen: la tierra, el linaje y la riqueza. Para abolir la identificación con determinados grupos, la modernidad enfatiza en cualidades extensibles a todos los nuevos ciudadanos y aseguradores de la igualdad entre los mismos. Con la recuperación de los principios ilustrados -materializados en el eslogan de la revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad- se pone término a la condición de inferioridad de las mujeres, heredada de la tradición aristotélica (Pateman, 1995). Resulta difícil de creer, más aún desde la atalaya del siglo XXI, que alguien pudiera todavía dudar de la pertenencia de la mujer a la especie humana (Fraise, 1991).

Como resultado, lo femenino se revaloriza para constituirse en una pieza clave en la erradicación de la aristocracia y del régimen político que sustenta. La condición de inferioridad es remplazada por la exaltación de los atributos definidos como inherentes a la condición femenina. Éstos, claro está, aparecen independientes al origen social y riqueza. Son, por tanto, atributos que se democratizan y masifican con el objetivo de homogeneizar a las mujeres en un único y alcanzable modelo de lo femenino. Así, mediante la definición de rasgos afectivo-emocionales, la creación de una estricta moral sexual y el establecimiento de rigurosas normas de comportamiento, la *mujer doméstica* acaba con la figura de la aristócrata. El carácter ocioso, superficial y con tendencia a los valores materiales que encarna esta última -y, por cierto, el modelo político sobre el cual se erige- no la hacen deseable.

La lectura crítica feminista ha abordado las características que enmarcan a este nuevo modelo de lo femenino. De acuerdo a Friedan (1974), la modernidad “define que el valor más alto y única misión de las mujeres es la realización de su feminidad (...) tan misteriosa e intuitiva y tan próxima a la creación y al origen de la vida” (pág. 70). Y agrega que la mujer “acepta

su propia naturaleza, que solo puede encontrar su total realización en la pasividad sexual, en el sometimiento al hombre y en consagración amorosa a la crianza de los hijos” (pág. 70). Las mujeres presentan una mayor “‘profundidad psicológica’ (...) [que les permite dar cuenta de] una vigilancia constante y una preocupación incansable por el bienestar de los demás” (Armstrong, 1991, pág. 16). Es decir, “las mujeres civilizadas de nuestro siglo (...) solo desean fervorosamente inspirar amor” (Wollstonecraft, 2000, pág. 99).

De acuerdo a las reflexiones realizadas por Wollstonecraft (2000), en el siglo XVIII, la modernidad ha conceptualizado a la mujer como “débil y pasiva (...) hecha para sentir [y para] agradarle a su dueño” (pág. 216). La autora agrega que además de “frágiles (...) [están] obligadas a buscar un hombre para hallar todo bienestar (...) se aferran a su apoyo con tenacidad parásita, demandando socorro lastimosamente” (pág. 192). Esta mujer es un ser dependiente, “un juguete domesticado y ocioso (...) juguete sexual, adornada con la ropa fina y joyas” (Figes, 1972, pág. 77).

Se establece también un código de moralidad que somete a la mujer a una estricta moral sexual. Una “sexualidad asceta tan firmemente arraigada en nosotras por monjes medievales y por padres y hermanos puritanos y prepotentes” (Russel, 2005, pág. 44). El “clero dispuesto a condenar todas las faltas femeninas a la decencia, (...) inculca (o inculcaba) explícitamente una moral profamiliar, enteramente dominada por valores patriarcales” (Bourdieu, 2000, pág. 107). Se consolida así una mujer pasiva y recatada, inocente, sin apetencias sexuales (Bosch et al., 1999). Un ángel asexuado (Peterson, 1984).

Con el pasar del siglo XIX la nueva figura adquiere contornos cada vez más definidos, particularmente en el ámbito de la sexualidad. Gracias a la amplia difusión literaria de la época, la imagen de la *mujer doméstica* se redefine en forma de un *ángel del hogar*. En efecto, “la etapa victoriana se caracteriza por la supresión de la sexualidad, encarnada por la pudibundez” (Millett, 1995, pág. 129). La sexualidad, así entendida, tenía como único fin la reproducción y ello se sostenía, en la visión de las conservadoras victorianas, en que las mujeres no tenían ningún “impulso sexual independiente del deseo de maternidad” (Gordon, 2010, pág. 128).

Con un estricto código moral y una sexualidad enfocada en la reproducción, el destino de la *mujer doméstica* se configura en torno al matrimonio, la maternidad y lo doméstico. Ella es,

por tanto, continuación de la imagen de *la perfecta casada* y *la Sofía rousseauniana*. Así analizado, la condición de la mujer no se modifica de manera notoria durante el siglo XVIII. Y ello es aún más interesante, cada vez que se considera el contexto sociopolítico, pues “tras la proclamación de los principios democráticos [de la Revolución Francesa de 1789], (...) las mujeres se vieron relegadas frente a los varones en la sucesión al trono, el control de los ejércitos, los negocios, las profesiones” (Varela & Álvarez Uría, 2008, pág. 1).

No obstante lo anterior, la figura que “progresó [fue] la de la *esposa-madre*” (Badinter, 1981, pág. 141). En efecto, y como contracara de la Afrodita seductora que se revisó en apartados anteriores, destaca aquí la figura de “Hera, suprema diosa de la familia, esposa legal de Zeus y madre de sus hijos legítimos” (Gil Calvo, 2000, pág. 28). Hera gana la batalla a Afrodita, encarnación del atractivo sexual, diosa promiscua del amor y la lujuria.

Ahora bien, en la figura de la *esposa-madre*-, el matrimonio constituye el primer paso e hito en la biografía de las mujeres. Éste, señala Beauvoir (1985), es “el único medio de integrarse a la colectividad, y si se quedan solteras, son consideradas socialmente como desechos” (pág. 175). Por eso, “su única lucha: ‘pescar’ y conservar un marido” (Friedan, 1974, pág. 39); y su “ambición es el matrimonio y los hijos. Para sus padres, estas mujeres (...) no podían tener otro sueño [que el matrimonio, por eso] abandonaron el colegio para casarse o renuncian a un trabajo que realizaban” (pág. 50).

En este modelo la mujer se presenta como absolutamente pasiva, pues *es casada, dada* en matrimonio por sus padres. Su pasividad continúa en su condición de esposa pues “es necesario que el hombre sea *tu dueño* y tenga toda la autoridad sobre ti” (Tristán, 2003, pág. 49). En ello se profundiza un rasgo de dependencia de la mujer que, siguiendo a Dowling (2003), expresa “el deseo profundo que otras personas cuiden de nosotras” (pág. 42). Esta dependencia ha ido asumiendo un carácter cada vez más complejo y tenso, derivando en el llamado *complejo de Cenicienta* que se manifiesta en mujeres que “esperan, dependen de algo que, desde el exterior venga a salvarlas” (pág. 43). Y cuando llega, la mujer es convertida en “una gran muñeca y una esclava destinada a distraer a su dueño y a servirle” (Tristán, 2003, pág. 51).

Transformadas en *perfectas casadas* y en mujeres muy femeninas, la *mujer doméstica* tiene una segunda misión. En nombre de su función reproductiva, la mujer debe “edificar una

moral doméstica (...) [uno de cuyos ejes] es la reproducción como autojustificación” (Perrot, 1991, pág. 146). En efecto, a la ya conocida función reproductiva, la modernidad añade un nuevo concepto que termina por alterar la imagen de la madre, su función y su importancia. Tal como señala Badinter (1981), es “a fines del siglo XVIII el amor maternal aparece como un concepto nuevo” (pág. 117). Éste, que siempre ha existido, es ahora exaltado como “valor simultáneamente natural y social, favorable para la especie y la sociedad” (pág. 117).

Siguiendo con la autora, se “le crea a la mujer la obligación de ser ante todo madre, y engendran un mito que doscientos años más tarde seguirá más vivo (...) del instinto maternal, del amor espontáneo de toda madre hacia su hijo” (pág. 117). Este es el modo en que la modernidad altera la figura de la madre y hace de la maternidad “una función gratificante porque ahora está cargada de ideal” (Badinter, 1981, pág. 184). Detrás de esa función, está la obligación de ser ante todo madre y de impregnarla de un nuevo vocabulario: la vocación y sacrificio³⁶.

Ahora bien, la modernidad da cuenta de su mayor desafío cuando edifica su nueva conceptualización sobre la indisoluble asociación de lo femenino y lo privado. Con la instauración de un *contrato sexual*, la modernidad codifica los lugares complementarios y respectivos del hombre y la mujer (Pateman, 1995). Con la modernización del patriarcado en la forma de *dominación de hermanos*, la sociedad queda organizada en torno a la dicotomía ideológica público-privado (Amorós, 1991).

El espacio privado -al cual es asignada la mujer- se revaloriza en cuanto ámbito de resguardo frente a un mundo público dominado por las exigencias y la consecución de fines económicos. Así, “lo privado, en otros tiempos insignificante y negativo, se había revalorizado hasta convertirse en sinónimo de felicidad” (Perrot, 1991, pág. 19). Esta nueva valorización de lo privado -como espacio de la familia- responde a la creación de un complejo aparataje institucional que, desde arriba, interviene y se inmiscuye en la vida privada de la población (Ariès, 1992).

³⁶ De acuerdo a Alzon (1982), uno de los elementos interesante de este proceso de exaltación y glorificación de la maternidad y el cuidado de los hijos es la persuasión que se realiza sobre las mujeres para que “se dejasen encerrar (...). Fue la época gloriosa de Melanie Klein (...) [que muchos] se inclinan solícitos sobre los vínculos privilegiados que el niño debe sostener con su madre si se quiere que su desarrollo resulte comprometido” (pág. 85).

Se asienta así -y como la otra cara de la aristócrata- la figura de una *reina del hogar*, de una *mujer doméstica* que hace suyo el espacio privado-doméstico. Allí, se convierte en pilar fundamental del resguardo de lo privado y en garante del descanso, *confort*, bienestar y felicidad de su familia. Se constituye, en último término, en la responsable del cuidado de la familia y del exitoso gobierno del hogar, creando allí un *cielo* frente a las presiones terrenales y brindando a esposo e hijos un ambiente de bienestar (Peterson, 1984).

La conceptualización, entonces, vincula lo femenino a lo privado, a lo doméstico, a la administración de la casa (Perrot, 1991). La *mujer doméstica*, la *nueva reina*, aparece incluso incompetente en materias que escapen a la atmósfera doméstica (Peterson, 1984). Esta asociación y, por cierto, su exaltación, asegura que las mujeres permanezcan “durante mucho tiempo encerradas en el universo doméstico y en las actividades asociadas a la reproducción biológica y social del linaje” (Bourdieu, 2000, pág. 121). Esta permanencia en el hogar, así como su invisibilidad y silencio, “será parte del orden natural de las cosas” (Duby & Perrot, 2008, pág. 9). La mujer en casa con la pierna y la imaginación quebradas será la contracara del hombre que participa de la vida en lo público, afirma De Miguel (1975).

Ahora bien, en consideración de los elementos hasta aquí descritos y como factores constituyente del modelo de la *mujer doméstica*, cabe señalar, no obstante que “la mujer alejada del conocimiento de la vida sexual, privada de estímulos, encerrada en su casa, es desde luego una ficción burguesa” (De Miguel, 1974, pág. 18). En efecto, es una diferenciación que estaba pensada para las clases medias (De Miguel, 1975). Pero es también cierto que “el ideal de ama de casa apunta a la totalidad de mujeres de cualquier condición social, conforme a los valores del mundo que rechaza las distinciones nobiliarias, el privilegio de las órdenes y los cuerpos” (Lipovetsky, 1999, pág. 195).

4.2.3. La nueva mujer

Desde mediados del siglo XX las conceptualizaciones en torno a lo femenino se reformulan y, con ello, la situación de la mujer se altera hasta configurar a una *nueva mujer*. Ella aparece, primero, liberada de la esclavitud de la procreación y de la severa moral sexual (Lipovetsky, 1999). Segundo, con capacidad de explorar “las potencialidades de la llamada ‘relación pura’, (...) de igualdad sexual y emocional” (Giddens, 2008, pág. 19). Y, tercero, capaz de articular

su biografía en torno a la decisión individual, alejándose “de modelos y recetas antiguas” (Beck & Beck Gernsheim, 2001, pág. 19).

No obstante, la emergencia de una nueva configuración, el modelo de la *mujer doméstica* no resulta de fácil abolición. La Rusia zarista y estalinista, y la sociedad europea de la posguerra, continúan reforzando la imagen de una mujer vinculada al hogar, al cuidado de esposo e hijos y responsable del ámbito doméstico. Aun con los *reveses* de la revolución rusa (1917) o la participación femenina en el ámbito productivo durante la Segunda Guerra Mundial, la *reina del hogar* continúa siendo el modelo hegemónico en occidente. Solo desde la segunda mitad del siglo XX, con la emergencia de nuevos acontecimientos políticos, lo femenino aparece, por primera vez, desvinculado del matrimonio, la maternidad y, especialmente, del hogar.

Pues bien, una revisión de la configuración de lo femenino a principios del siglo XX nos remite, por una parte, a la sociedad rusa pre y posrevolucionaria; y, por otra, a la sociedad europea de la Segunda Guerra Mundial. En relación al primer punto, Lund (1977) plantea que “antes de 1917 las mujeres eran, en lo esencial, esclavas de sus maridos. La ley zarista establecía [que] la esposa debe obedecer a su esposo, cabeza la familia, y atenderlo con amor, respeto y servirlo en todo” (pág. 8). Para Trotski (1977) esta imagen de lo femenino se ha solidificado durante milenios. En efecto, “la dependencia de la mujer, su posición subordinada ante el hombre, han existido desde siempre (...) así han vivido nuestras abuelas. Así vivirán también nuestras nietas” (Kolontay, 1976a, pág. 10). Así entendida, y siguiendo a Trotski (1977) “la mujer se constituye en el *coolie* (esclavo) de la familia (...) ¡Para ella no hay descanso, ni vacaciones, ni esperanzas de cambio!” (págs. 54-55).

Con el triunfo de la revolución rusa, se apuesta por la liberación de las mujeres de su rol de esclavas domésticas. Para ello se requiere el remplazo de la vida familiar privada por un sistema de vida comunal. Se entiende que “mientras la mujer siga atada al trabajo doméstico, al cuidado de la familia, la cocina o la costura, todas sus posibilidades de participación en la vida social y política estarán seriamente limitadas” (Trotski, 1977, pág. 26). No obstante, con Stalin se inicia una revalorización de la maternidad, la familia, el matrimonio. La revolución sexual había perecido, triunfaba la contrarrevolución (Millett, 1995).

La Europa de la Segunda Guerra Mundial apuesta también por la continuidad del modelo doméstico: “se les decía a las mujeres que no debían trabajar, o ser promovidas, a fin de no

privar a un hombre de un trabajo necesario” (Freeman, 1977, pág. 37). En la Alemania de los años cuarenta, por ejemplo, se “asignó a la mujer como única función la dedicación exclusiva a la maternidad y a la familia” (Millett, 1995, pág. 291). La concreción del ideal femenino alemán aparecía así en las *tres K*: *Kinder* (niños), *Kirche* (iglesia) y *Küche* (cocina). En la España franquista, cabe agregar, los estereotipos mantienen estas vinculaciones y patrones en la configuración de lo femenino (Ruiz Franco, 2007).

La primera mitad del siglo XX reproduce una conceptualización de lo femenino que sigue el camino de la sociedad victoriana y solidifica la imagen de la *madre-esposa*. Esta imagen será luego transformada en una mística que asume como único valor de la mujer la realización de su feminidad. Tal como señala Friedan (1974), “la mística no es una mera construcción intelectual. Mucha gente tiene, o cree tener, intereses creados en que la mujer siga siendo un ama de casa” (pág. 453). Sin embargo, la situación económica y social provocada por la guerra europea obliga a las mujeres a salir del ámbito doméstico e insertarse en el trabajo agrícola e industrial. De hecho, “fue esencialmente femenina la mano de obra que produjo la maquinaria de guerra alemana” (Millett, 1995, pág. 291). Ello genera que se desarticulen las normas y pautas que rigieron el comportamiento tradicional entre los géneros y, como resultado, que se redefina la participación laboral de las mujeres que, otrora, una vez casadas no debían emplearse (Freeman, 1977).

Aun cuando el término de la guerra supone la reintegración de las mujeres al espacio doméstico, durante la segunda mitad del siglo XX se conjugan una serie de acontecimientos que reconfiguran la situación de la mujer: “la década de 1960 fue política (...) los derechos civiles (...) la revuelta estudiantil, las protestas contra la guerra (...) crearon una conciencia general de los medios políticos para atacar los problemas sociales” (Freeman, 1977, pág. 43). En efecto, la lucha por la abolición de las relaciones capitalistas debía integrar también la destrucción de las bases de la división sexual del trabajo familiar, sostenedores a su vez de “el estereotipo de la madre ama de casa, la esclavitud doméstica del segundo sexo” (Lipovetsky, 1999, pág. 201).

En la fase más alta del desarrollo del capital debían surgir “nuevas condiciones de vida y también nuevas formas de matrimonio (...) modos de pensar nuevos, nuevas costumbres, [una] nueva moral” (Kolontay, 1976a, pág. 6). Ello, para que la *mujer-esposa* diera paso a

“la *mujer célibe*, desconocida de nuestras abuelas y hasta de nuestras madres” (Kolontay, 1976b, pág. 45). La mujer de mañana no será ese “ser cerrado de su estrechez por su destino biológico, como ha sucedido hace millones de años” (Sullerot, 1966, pág. 127). El espíritu de cambio del modelo de lo femenino y los desafíos planteados por y para las mujeres en su sentido amplio, quedan plasmados en la cita de los años 60 de la Organización Nacional de Mujeres (*National Organization for Women* o NOW):

“Ya no es necesario ni posible que las mujeres dediquen la mayor parte de sus vidas a la crianza de los hijos; sin embargo, tener hijos y criarlos (...) aún se emplea para justificar que se les pongan barreras para su igual participación profesional y económica (...) La verdadera participación entre los sexos exige un concepto diferente del matrimonio, una participación equitativa de las responsabilidades del hogar y de los hijos y de las cargas económicas de su mantenimiento (...) nos oponemos a toda política (...) que se nutra en la denigración, dependencia y evasión de responsabilidad hacia la mujer, socaven su confianza en su propia capacidad y provoquen desprecio por ella”³⁷.

La conceptualización de una *nueva mujer* aborda o considera como asuntos centrales tres elementos: la participación femenina, el gobierno de sí misma y la redefinición de la sexualidad, afectividad, maternidad y el matrimonio. En relación al primer punto, se aborda la participación femenina en el ámbito productivo. Esta idea permite a la mujer dejar de ser “meramente un complemento de su marido” (Kolontay, 1976a, pág. 119). Al ingresar en la vida profesional, las mujeres quedan liberadas del sustento matrimonial de antaño y de la estricta permanencia en la esfera privada. Se convierten en sujetos autónomos e independientes. Sin embargo, Beck & BeckGernsheim (2001) invitan a realizar una precisión, considerando las condiciones de un mercado laboral que no permite la existencia económica segura -ni de hombres ni mujeres. Ante ello, señalan que las mujeres están “libradas *del* sustento matrimonial, pero no están libres *para* asegurarse la vida de forma

³⁷ Citado en Freeman (1977). NOW es una organización feminista de tipo liberal, fundada en 1966 en Estados Unidos y una de cuyas principales exponentes es la teórica feminista Betty Friedan. La organización apunta a “definir la situación de las mujeres como una de desigualdad -y no de opresión y explotación- y por postular la reforma del sistema hasta lograr la igualdad entre los sexos” (De Miguel, 2007, pág. 25). Se define como problema principal de las mujeres la exclusión de la esfera pública.

independiente mediante un empleo” (pág. 54). En definitiva, la *nueva mujer* de la modernidad, gracias a su participación laboral, es libre de, pero no libre para.

Ahora bien, es cierto también que en toda época, las mujeres “han trabajado (...) y, por regla general, han soportado jornadas más largas, recibido pagas más bajas y realizado tareas más desagradables que los varones (...) [en] labores más serviles, pesadas y agotadoras, sobre todo en la agricultura” (Millett, 1995, pág. 167). Lo que caracteriza a “esta sociedad es que no se asume que las mujeres en tanto madres y esposas hacen trabajo productivo o trabajo que produce ingresos como una parte de su contribución rutinaria a la familia” (Chodorow, 1988, pág. 110).

Por lo tanto, con la positiva valoración que adquiere la participación laboral femenina, el asalariado compuesto por mujeres se acrecienta notablemente. Ello conlleva el surgimiento de nuevas pautas de comportamiento, “ya que cada vez son más numerosas las mujeres que no dejan de trabajar después de casarse y del nacimiento del primer y un segundo hijos” (Lipovetsky, 1999, pág. 187). Siguiendo al autor, “la continuidad de la actividad femenina [se] traduce [en] un compromiso más profundo, más identitario con la vida profesional” (pág. 204). Por ello, “quedarse en casa con los hijos significa cada vez más renunciar al mundo; y trabajar, abrirse al mundo, al menos en las clases acomodadas” (Sullerot, 1966, págs. 167-168). En ese sentido, el trabajo se redefine en su sentido más amplio, pues es un espacio de desarrollo personal e identitario que ya no se vincula solo con las necesidades de las clases empobrecidas como medio de asegurar su reproducción. Es una esfera de realización identitaria de la *nueva mujer*.

Un segundo elemento de relevancia en la conceptualización de la *nueva mujer* se refiere al gobierno de sí misma y a la construcción identitaria (Lipovetsky, 1999). Esta mujer se desvincula de la antigua y tradicional forma de *estar* para otros, sea el esposo, los hijos o la familia en general (Beck & Beck Gernsheim, 2001). Por ello, buscar ahora en “su propia voz interior, para encontrar su personalidad en este mundo sublunar” (Friedan, 1974, pág. 437). La mujer aparece ahora como un “humano social en sí, y no fatalmente complementaria del hombre siempre y en todas circunstancias” (Sullerot, 1966, pág. 39). Ahora es capaz de entregarse a un fin social, al estudio o el trabajo (Kolontay, 1976b).

Un tercer y último elemento refiere a las renovadas formas de sociabilidad que redefinen la sexualidad, afectividad, maternidad y la institución del matrimonio. Beck y Beck Gernsheim (2001), preguntan por las razones que explican la sustitución del “feliz matrimonio de ayer (...) por un sueño nuevo y convivir en un matrimonio salvaje fuera de la red y del nido legales (...) a vivir una paternidad sin protección” (pág. 18). La nueva conceptualización de lo femenino se enmarca en efecto, en una transformación más amplia que hace que las biografías se desliguen de modelos y seguridades tradicionales. Este proceso de *individualización* –que ya existía en sociedades griegas, renacentistas y medievales- logra, en el estado actual de la modernidad, democratizarse hasta abarcar a las mujeres. Por ello, afirma Lipovetsky (1999), desde los años sesenta, “todo en la existencia femenina es ahora objeto de elección, de interrogación y de arbitraje: “¿casarse o vivir en concubinato? ¿Divorciarse o no? ¿Qué número de hijos y en qué momento? ¿En el marco de la institución matrimonial o fuera del matrimonio?” (pág. 218).

En todo este proceso de individualización, emergen también nuevas formas de vinculación de pareja. Comienzan a difuminarse “los ideales del amor romántico (...), [se] desliga el lazo marital de otros lazos de parentesco y [se les da] una significación especial” (Giddens, 2008, pág. 34). Esposos y esposas son colaboradores de una empresa emocional conjunta. En efecto, y tal como sugieren Beck & Beck Gernsheim (2001), “las personas se casan y divorcian por amor. (...) el afán por el amor representa el fundamentalismo de la modernidad (...) el amor es la religión después de la religión (...) el amor es placer, confianza, cariño” (págs. 30-31).

Pues bien, para Giddens (2008), estas transformaciones tienen relevantes repercusiones sobre la sexualidad pues “por primera vez, para una masa de población femenina, la sexualidad podía separarse del ciclo crónico de embarazo y parto” (pág. 35). La sexualidad hoy ha sido descubierta. El autor agrega que la diferenciación progresiva del sexo, respecto de las exigencias de la reproducción, permite la emergencia de una *sexualidad plástica*, es decir, una sexualidad “separada de su integración ancestral con la reproducción, el parentesco y las generaciones” (pág. 35).

Para cerrar este capítulo, es importante añadir a la reflexión nuevas líneas argumentativas que cuestionan el giro que ha tomado la discusión en torno a la maternidad y que parecen

implicar la emergencia de nuevas formas de retraimiento hacia lo privado. Tal como señala Meruane (2018), en las últimas décadas, más allá de todo pronóstico, “la cuestión de los hijos no ha prosperado. Todo lo contrario, experimenta un grave retroceso” (pág. 19). En efecto, de acuerdo con Despentes (2018), “la maternidad se ha vuelto el aspecto más glorioso de la condición femenina (...) se ha vuelto una experiencia femenina ineludible” valorada por cualquier otra (págs. 27-29).

Pero ¿qué ha sucedido? Lo que se produjo fue “un reciclaje actual de la *madre-sirvienta*, se han vuelto *madres-totales* y *súper-madres* dispuestas a cargar casa, profesión e hijos sobre sus hombros sin chistar” (Meruane, 2018, pág. 18). Aumentaron las exigencias sociales para ser una *buena-madre*. Para lograrlo, señala Despentes (2018), “la propaganda ‘promaternidad’ nunca ha sido tan martilleante. Menudo caramelo, el método contemporáneo y sistemático de la doble obligación de tener hijos” (págs. 26-27). Pero, se pregunta Meruane (2018), “¿no nos habíamos liberado las mujeres, de la condena o de la cadena de los hijos que nos imponía la sociedad? ¿No habíamos dejado de procrear con tanto ahínco? ¿No conseguimos estudiar carreras y oficios que nos hicieran independientes? ¿No logramos salir y entrar y salir del cerco doméstico dejando atrás las culpas?” (pág. 19).

Como se observa, los modelos de lo femenino, con sus dimensiones y rasgos, están en una reflexión y tensión que no permite dar por cerradas las conceptualizaciones aquí presentadas. Resulta interesante pues se abren posibilidades de abordar modelos más complejos, en el sentido de su dinamismo y puesta en práctica; e incluso más híbridos, pues aquello que se ha denominado como lo *doméstico* o lo *nuevo* van nutriéndose, ofreciendo formas diversas de abordar lo femenino. Ello, sin lugar a dudas, tendrá unas características particulares cuando se mira sociológicamente la realidad de mujeres considerando, por ejemplo, elementos territoriales y generacionales, como los propuestos en esta investigación.

4.3. Lo femenino en clave latinoamericana

Hablar de lo femenino en *clave latinoamericana* implica constatar que no basta con describir a la mujer como una alteridad subordinada y situarla dentro del sistema patriarcal desde donde emanan las definiciones de lo femenino. Hay que realizar “un esfuerzo por ‘pensarnos’ desde espacios propios, a no ser ‘pensados’ por categorías ajenas” (Montecino, 1990, pág.

284). Por ello, este tercer apartado sobre lo femenino destaca y profundiza en las particularidades teórico-conceptuales de lo femenino en la región, indagado para ello en el origen de lo femenino en América Latina y en la preeminencia de un modelo de lo femenino que se traduce en la *eterna madre latinoamericana*.

La tradición académica e intelectual en la región se ha remontado al proceso de conquista y colonización de los territorios latinoamericanos para abordar el proceso de configuración de lo femenino (Brito Peña, 2005)³⁸. Es en ese choque cultural, en aquel *origen remoto*, donde el sistema patriarcal se funda (Salazar & Pinto, 2002), con las profundas implicancias que tuvo para las mujeres pues, aunque no todas experimentaron de manera similar el proceso, para una amplia parte de ellas se produjo un fuerte deterioro en las condiciones de desigualdad con respecto a los hombres (Johnson & Strobel, 2004). Esto pudo ocurrir, siguiendo a los autores, “por la inclinación sexista [de los conquistadores o] por [que] las mujeres eran miembros de territorios dominados políticamente y explotados económicamente” (Johnson & Strobel, 2004, pág. 48)³⁹.

Así entendida, la alusión a la conquista y colonización se transforma en una especie de *metáfora fundacional* utilizada por las ciencias sociales para comprender las categorías de lo masculino y lo femenino. Fuller (1995) plantea que esas categorías -y su contenido, es decir, la existencia de una esfera doméstica para la mujer y otra pública para los hombres- fueron *trasferidas culturalmente* por las españolas que llegaron a territorio americano. En este sentido, y siguiendo a Lavrin (1990), “durante el siglo XVI, las mujeres migrantes desempeñan un papel importante, como transmisoras de la cultura material y doméstica hispánica, y de los valores sociales y religiosos” (pág. 117).

³⁸ Puede objetarse que la investigación aquí presentada enmarca sus reflexiones en el siglo XX y que, por tanto, referencias la conquista o la colonización de América no deben ser consideradas. No obstante, se ha creído pertinente hacer unas cuantas precisiones que permiten no solo introducir a las formas en que lo femenino ha sido conceptualizado en la región. Sino también evidenciar la articulación histórica que aún hoy se releva entre España y los países latinoamericanos. Articulación que es planteada en términos sociales, culturales e, incluso, *fundantes* y explicativos de la propia identidad de la región.

³⁹ Las ciencias sociales de la región enfatizan en que la mujer precolombina se encontraba en una mejor condición social y que la fuerte diferenciación entre los géneros se da con la llegada de los españoles en el siglo XV. En efecto, la influencia del modelo ibérico se evidencia cuando se analiza la situación de las mujeres en las sociedades precolombinas. Tal como señala Lavrin (1990), “tanto la sociedad azteca como la inca eran jerárquicas y en ambas la mujer está subordinada al hombre, en el Estado y en la familia. (...) [Y], aunque las sociedades eran patriarcales, la mujer tenía un papel reconocido y definido” (pág. 130). En las sociedades incas, por ejemplo, las mujeres tienen participación en la estructura religiosa y en cuanto vírgenes (*acllas*), eran destinadas a ser las esposas del Sol (Johnson & Strobel, 2004).

Es importante señalar que este legado es recuperado en los procesos de Independencia y en la constitución de los Estados republicanos en la región. A partir del siglo XIX, y aun con la importante presencia de las mujeres en las luchas independentistas, éstas serán subsumidas, nuevamente, a la esfera doméstica. Con esto, afirma Guardia (1995), “la participación de la mujer [es] borrada como si el hecho de ser mujer y de morir por la patria y la libertad, no tuviese el mismo significado y la misma dimensión que las acciones de los héroes, todos masculinos” (pág. 99). En el siglo XIX y con las Repúblicas recién conformadas, no se alterará la imagen heredada de lo femenino. Los Estados decimonónicos aseguran la dominación doméstica y el debilitamiento de las posiciones femeninas (Zevallos, 2003). Durante todo el siglo XIX “la imagen [es] de mujeres como personas subordinadas, pero proveedoras de apoyo, techo, calor y alimento” (Sánchez Korrol, 2004, pág. 134).

Junto con la *transferencia cultural*, para comprender la conceptualización de lo femenino en la región se alude también a “la metáfora histórica de la unión, violenta o amorosa, de la mujer india con el hombre español dentro de una relación ‘ilegítima’” (Montecino, 1995, págs. 267-268). De acuerdo a Lavrin (1990), la flexibilización de las normas sociales y sexuales en el proceso de colonización y conquista afectó especialmente a las mujeres indígenas: “los españoles mantienen concubinas y procrean numerosos hijos, y el concubinato se convirtió en una arraigada práctica social” (pág. 131). Como resultado de esta relación, Montecino (1995) afirma que, emerge un grupo de mestizos y “vástagos cuya filiación paterna es desconocida” (pág. 268), y cuyo único referente de origen es la madre. La autora agrega que en esta *metáfora fundacional* “emerge la imagen de la madre como presencia y la del padre como ausencia” (pág. 268). Es sobre esta metáfora sobre la cual se erigen las identidades, las que traspasarán e, incluso, se impondrán a los procesos de secularización que tienen lugar desde fines del siglo XIX y principios del XX en la región.

Ahora bien, considerando las ideas fundantes en el análisis de lo femenino, surgen nuevas categorías que lo conceptualizan desde la particularidad regional. Salazar y Pinto (2002) señalan que se identifican dos conceptos que refieren a la forma concreta que adopta la polaridad masculino-femenino en la región: machismo y marianismo. De acuerdo a los autores, “el ‘machismo’ no sería otra cosa que el aparatoso culto público que los hombres de América Latina rinden a su propia virilidad y superioridad sobre las mujeres. (...) [Y] que el

‘marianismo’ es el culto público que se rinde a las mujeres por sus ‘valores morales y espirituales’, según el modelo de la Virgen María” (Salazar & Pinto, 2002, págs. 10-11)⁴⁰.

El marianismo implica una superioridad femenina que se materializa en la abnegación y el sacrificio. Ello coloca a las mujeres en un pedestal moral superior al de los hombres que, en la tradición latinoamericana son concebidos como niños (Fuller, 1995). Esta superioridad moral hace que lo femenino se asocia a la figura o ideal de la Virgen María. Lo que ocurre es que en la región “no [se] inmoló a la madre, sino que la divinizó en la figura de la Virgen mestiza (...), [frente a la ausencia del padre] y colocó a la *mujer-madre* en una posición apical dentro de la familia” (Montecino, 1990, pág. 287). La figura de la madre aparece entonces como única reproductora del mundo familiar. Es una madre pura, afectuosa, que también asume la protección y subsistencia de sus hijos.

En el trascurso de la historia social, política y económica de los países de la región, las mujeres se hacen parte de las grandes transformaciones en materia laboral, educacional, sexual y política -en escenarios autoritarios, en la lucha por la sobrevivencia y en la defensa de los derechos humanos- pero no abandonan la figura exaltada de la madre y su histórica vinculación con lo doméstico. La mujer latinoamericana crea una particular concordancia entre lo público y lo privado: siempre regresa a casa porque es, ante todo, una madre.

Se evidencia que, durante el siglo XX, se crea una apología de la mujer moderna que participa de lo público, pero que retorna, invariablemente, al hogar para cuidar a sus hijos y esposo y, cómo no, para cumplir con las labores domésticas. Tal como señalan Barrancos y Cano (2006), “la mayor participación en la vida pública, la decidida presencia de las mujeres en

⁴⁰ Para comprender la figura de la Virgen María en América Latina es necesario hablar, en primer lugar, de la identidad cultural mestiza de la región. Lo mestizo se entiende como “la mezcla, el ensamble, entre los dos modos de ser que se enfrentan [en la conquista y que] gestó una nueva cultura, una síntesis entre lo indio y lo europeo” (Montecino, 1995, pág. 285). Es el mestizaje (...), [es] un proceso sociocultural, fundamenta [un] nuevo orden social, que conforma material y simbólicamente las relaciones sociales del continente” (Brito Peña, 2005, pág. 33). En segundo lugar, se debe precisar la fuerte impronta de la religiosidad en la región. Existe en América Latina “una fuerte vinculación de la construcción del sí mismo con la esfera de la religiosidad” (Montecino, 1995, pág. 274). Como resultado de esta identidad cultural asociada profundamente a lo religioso, surge un *ethos* mestizo materializado en la alegoría mariana. Montecino (1990), advierte que el fenómeno se presenta “en casi todo el territorio [y] se extendió la figura sincrética de la Virgen María” (pág. 285). Con ella se derrotan los dioses masculinos y triunfan] las *diosas-madres*.

los campos que les habían sido esquivos, cuando no vedados, coexistió con la rémora de la división sexual de tareas de la esfera doméstica” (pág. 497).

Ello ocurre porque en “la sociedad latinoamericana la modernidad es la ideología oficial porque decide la forma y los objetivos de las instituciones públicas, pero convive al mismo tiempo con rasgos tradicionales” (Fuller, 1995, pág. 247). Y porque las mujeres se han incorporado a una *modernización a medias*, y no a todas sus consecuencias. Por ello, “la madre hogareña, dedicada a la crianza y la familia, ha tendido (...) a repartirse entre dos espacios: la familia y el mundo del trabajo” (Valdés & Valdés, 2005, pág. 166).

A pesar de los procesos de secularización de la región, y particularmente de los ocurridos en los países del cono sur a principios del siglo XX, la figura de la madre presenta aún esa imagen desmesurada. En el modelo de la *nueva mujer*, en su versión latinoamericana, se amplían las capacidades laborales y educacionales. Se consigue el voto y la participación política. Surgen mayores libertades sexuales. Incluso así lo materno es hiperbolizado.

4.4. Lo femenino en España y América Latina

La revisión de los modelos de lo femenino en España y Chile se ha organizado en base a dos criterios. El primero, se realiza de acuerdo a cinco dimensiones que se detectan como ejes en la organización de lo femenino. El segundo, considerando aquellos hechos sociales, políticos y económicos que en cada país influyen en la configuración de aquello.

En relación al primer criterio, se han identificado y definido las siguientes cinco dimensiones, tal como se presenta en la Tabla 37. En dichas dimensiones, se distinguen particularidades para cada uno de los modelos teóricos considerados -*mujer doméstica* y *nueva mujer*- y revisados en la primera parte de este Capítulo 4 “Marco Teórico”. La dimensión *rasgos afectivo-emocionales* se refiere a atributos psicológicos, valóricos, afectivos y emocionales atribuidos a la mujer. Engloba roles afectivos asociados al género femenino (Lipovetsky, 1999). En el modelo tradicional se refuerzan rasgos como la abnegación, sensibilidad y entrega a los otros. El modelo de la *nueva mujer*, si bien niega estos rasgos, reivindica otros de carácter universal y no propiamente femeninos. Elimina rasgos como el sentimentalismo y propone otros universales - ansias de libertad, búsqueda del bien. Es decir -siguiendo a

Lipovetsky (1999)- no se eliminan rasgos afectivos y emocionales; se reduce “la asimetría sexual de los roles afectivos” (pág. 25).

La dimensión *moral sexual: valores y comportamiento sexual*, se refiere al conjunto de creencias que definen las *formas adecuadas* de experimentar la sexualidad. La moral sexual incluye una serie de regulaciones que se traducen en un cúmulo de prácticas prohibidas y permitidas en torno a lo sexual. El modelo tradicional establece que la mujer debe vincular su sexualidad a la institución matrimonial y a la reproducción. Para la *nueva mujer*, en cambio, es importante tener experiencias sexuales (Beck & Beck Gernsheim, 2001). Con esto se reafirma una única moral sexual que aparece democratizada para ambos géneros.

La dimensión *matrimonio* considera el conjunto de regulaciones acerca de la vinculación afectiva entre esposos y las responsabilidades que corresponden a hombres y mujeres en la relación. Asimismo, considera la valoración entregada al matrimonio como proyecto propiamente femenino. Giddens (2008) señala que el modelo tradicional estipula al matrimonio como “la experiencia nuclear de la vida de una mujer” y que los esposos se vinculan jerárquicamente (pág. 57). Por el contrario, en el modelo de la *nueva mujer* se antepone los proyectos personales al matrimonio. Además, los miembros de la pareja están en igualdad de condiciones. Y el matrimonio -de efectuarse, según Beck y Beck Gernsheim (2001)- se basa en “placer, confianza y cariño” (pág. 31). Por último, las responsabilidades económicas y afectivas al interior del hogar no distinguen género.

La cuarta dimensión, *maternidad y cuidado de los hijos*, se refiere a la vinculación establecida entre la capacidad biológica de la mujer de reproducir la especie y la valoración social vinculada a dicha capacidad. En el modelo tradicional la maternidad es altamente valorada, incluso hasta connotarla de un carácter patriótico. En el de la *nueva mujer*, en cambio, la imagen de la madre es reconstruida y la maternidad es solo una posibilidad.

Por último, la quinta dimensión, *lo femenino, lo privado y lo público* se refiere, en términos generales, a conocer el espacio que socialmente ha sido definido para el desarrollo de la mujer, así como las tareas que en cada uno de ellos debe realizar. El modelo tradicional define que lo privado es el espacio propiamente femenino y que las tareas domésticas se corresponden con su naturaleza. Para la *nueva mujer*, ciudadana con igualdad derechos que el hombre, lo público es también un espacio de desarrollo.

Tabla 37. Dimensiones de análisis de la conceptualización de lo femenino

Dimensiones	Definición	<i>Mujer doméstica</i>	<i>Nueva mujer</i>
Rasgos afectivo-emocionales	Atributos psicológicos, valóricos, afectivos y emocionales atribuidos a la mujer. Engloba roles afectivos asociados al género femenino	Abnegación, sensibilidad y entrega a los otros	Rasgos universales: libertad, búsqueda del bien. Pérdida de asimetría roles afectivos
Sexualidad femenina y moral sexual	Integra la experiencia y formas de experimentar la sexualidad. Incluye regulaciones que se traducen en un cúmulo de prácticas prohibidas y permitidas en torno lo sexual. Integra valores y comportamiento sexual	Vinculada a institución matrimonial y reproducción	Democratización de experiencias
Matrimonio	Regulaciones de la vinculación afectiva entre esposos y responsabilidades que corresponden a hombres y mujeres	Experiencia nuclear de la vida de una mujer, pareja vinculada jerárquicamente	Se anteponen proyectos personales. Miembros de la pareja están en igualdad de condiciones. Y el matrimonio -de efectuarse- se basa en placer, confianza y cariño
Maternidad y cuidado de los hijos	Vinculación establecida entre la capacidad biológica de la mujer de reproducir la especie y la valoración social de esa capacidad	Altamente valorada, incluso hasta connotarla de un carácter patriótico	La madre es reconstruida. Maternidad solo como una posibilidad
Lo femenino, lo privado y lo público	Espacios socialmente definidos para los géneros; para la mujer consiste en la disputa entre lo privado y lo público	Lo privado es el espacio propiamente femenino y que las tareas domésticas corresponden con su naturaleza	Ciudadana con igualdad derechos que el hombre, lo público es también un espacio de desarrollo.

Fuente: Elaboración propia.

4.4.1. La mujer de la vieja España y la criolla latinoamericana del siglo XX

El modelo de la *mujer de la vieja España* adquiere fuerza en un contexto de lucha por asegurar el control del país y por imponer determinados modelos de lo femenino. En efecto, y tal como señala Yusta (2005), “en este proceso histórico extraordinariamente complejo que

es la guerra civil (...), el conflicto de género es crucial” (pág. 13)⁴¹. Con la toma del poder por parte del bando nacional, la posibilidad de emancipación femenina desaparece (Rodríguez de Lecea, 2008). Se promueve, en cambio, la feminidad de la auténtica *mujer*. Ella será la responsable de recuperar los valores tradicionales de la familia y los principios de sacrificio y abnegación (Díez Fuentes, 1995)⁴².

La *mujer de la vieja España* entonces es propia del período franquista (1939-1975). Aparece en su vertiente más ortodoxa durante el *primer franquismo* (1939-1959), momento caracterizado por la imposición de medidas “para consolidar el régimen patriarcal” (Astelarra, 2009, pág. 99). En efecto, y según Ruiz Franco (2007), durante esta etapa se promulgan “leyes que limitan la participación de las mujeres en la producción, reduciéndola -mayoritariamente- a la economía doméstica” (pág. 25).

El régimen impondrá un único modelo de mujer a través del establecimiento de normas en el plano privado y público⁴³. Y se valdrá de “discursos religiosos y políticos [que] legitiman la subordinación femenina a la autoridad masculina -en la familia, la Iglesia o la política- y su vuelta al hogar” (Moreno Seco, 2005, págs. 66-67). La religión, la ciencia y los educadores se articularán para respaldar los estereotipos femeninos (Astelarra, 2009)⁴⁴.

En Latinoamérica el modelo de lo femenino establece una continuidad con la figura de las *criollas*⁴⁵. En su concepción original, éstas son herederas de valores, costumbres y modales

⁴¹ Al tiempo que el proyecto reformista del Frente Popular evidencia sus errores, las tropas militares comandadas por el general Francisco Franco se sublevan contra el gobierno de la Segunda República (1931-1936) y truncan las transformaciones sociales que el país venía experimentando en los últimos años.

⁴² Según De Miguel (1974), “una vez finalizada la guerra civil, se inicia [en España] una época de fuerte censura en las costumbres, de reacción contra todo tipo de modernismos” (pág. 22). La mujer será la encargada de encarnar y resguardar la tradición.

⁴³ Para su logro, siguiendo a Rodríguez de Lecea (2008), “se promulga (...) abolir el matrimonio civil y el aborto [y] considerar el matrimonio religioso como único válido desde el punto de vista jurídico” (págs. 267-268).

⁴⁴ La instauración de la *mujer de la vieja España* no resulta del todo difícil. De acuerdo a Tavera García (2008), “el modelo tradicional de esposa y madre estaba largamente establecido en función de un pasado social y político que, por otra parte, no resultaba demasiado remoto” (pág. 239). En efecto, Gómez Ferrer (2011), señala que el modelo promovido intensamente durante el *primer franquismo* se inspira en el ideal doméstico que prevalece en la segunda mitad del siglo XIX. Retrocediendo aún más, “vemos que el modelo no hace más que reproducir el dominante en el Siglo de Oro español, presentado en los manuales de Luis Vives o Fray Luis de León” (Ruiz Franco, 2007, pág. 28).

⁴⁵ De acuerdo a RAE, *criollo* es dicho de un hijo y, en general, de un descendiente de padres europeos: Nacido en los antiguos territorios españoles de América y en algunas colonias europeas de dicho continente. La criolla, afirma Ortega y Gasset, [es una] variedad femenina que apareció en la especie humana cuando gentes de Francia y de Portugal y sobre todo de España, a la vez esforzadas y ardientes y apasionadas e indolentes vinieron al Nuevo Mundo y en las glebas, como vírgenes, renovaron su afán de existir y dieron nuevo gálbo a su vida.

de españolas migrantes que están en el continente desde la conquista. Ellas “reproducen a lo largo de siglos el papel predeterminado de *buena mujer*, que significa ser buena candidata a esposa, luego buena madre y dar la apariencia de honestidad y recato” (Salinas, 1994, pág. 51). En este sentido, la criolla como modelo de lo femenino debe ser comprendida en el marco de una constante construcción y reconstrucción. Tal como señala Ortega y Gasset (1940), es “un tipo de feminidad ejemplar, que en estos países centro y sudamericanos se ha ido poco a poco, desde hace cuatro siglos, formando, componiendo, integrando, evolucionando” (pág. 97).

Como ya se señalaba, en el siglo XIX -periodo de las independencias latinoamericanas y emergencia de las repúblicas- no se altera la imagen de lo femenino; lo mismo ocurre durante buena parte del siglo XX donde la mujer sigue relegada a un segundo plano. Serán los “filósofos [los encargados] de reforzar [esa] imagen [contribuyendo] poderosamente al mito de la inferioridad de la mujer y su incapacidad para desempeñarse en la vida social y política” (Chaney, 1983, pág. 69). En Chile, en concreto, se apela a la fuerte tradición católica y a la figura de la Virgen María como modelo primordial de lo femenino (Salazar, 2010).

Pues bien, ¿qué características específicas tiene este modelo *tradicional* en España y Chile? Para ahondar en esas características se han identificado cinco dimensiones en torno a las cuales se organiza este modelo tradicional de España y Chile. Vemos allí múltiples similitudes entre la *mujer de la vieja España* y la *criolla latinoamericana* del siglo XX. No obstante, hay matices teórico-empíricos que dan luces sobre diferentes perfiles en el contexto español y chileno (o, en su sentido más amplio, en países del cono sur latinoamericano).

- **Rasgos afectivo-emocionales.**

En España y países del cono sur se ha construido una imagen de lo femenino que presenta dos aristas. Por un lado, una mujer pura y sacrificada (Vargas Valente, 2008) y, por otra, una mujer que asume en la relación con los hombres una posición de subordinación e inferioridad (Chaney, 1983). En efecto, en relación al primer elemento, se les exige “humildad, la inocencia, el amor desinteresado y el sacrificio. (...) entregadas al servicio de los otros” (Molina, 2004, pág. 66). Este tipo de mujer es valorada “por su capacidad de sacrificio, considerada (...) superior a la del varón” (Ruiz Franco, 2007, pág. 24).

En relación al segundo punto, se promueve una “inferioridad física e intelectual”, afirman Gaviola et al., (2007, pág. 21). Esa inferioridad y consecuente subordinación de la mujer - reconocido como el sexo débil- responde a que éstas eran percibidas como seres pasivos e incompletos (Varela, 2011, pág. 186).

En el caso español, la inferioridad obliga a las mujeres a ser sumisas, silentes, pasivas y, por tanto, obedientes al padre y al esposo. En los países del cono sur, la mujer “débil física y moralmente, [carente] de juicio y de razón, inclinada al mal y al peligro [debe] someterse también a [la] guía y autoridad [del hombre]” (Chaney, 1983, pág. 63).

- **Moral sexual: valores y comportamiento sexual.**

Durante la mayor parte del siglo XX, prima en la región latinoamericana la vinculación de la sexualidad femenina con la pureza (Johnson & Strobel, 2004). En base a ello, las mujeres son categorizadas como decentes y no decentes (Chaney, 1983). En efecto, “tradicionalmente, el imaginario de los adolescentes masculinos divide el mundo femenino en sujetas puras, desexualizadas e inofensivas (...) y sujetas sexualizadas, amenazadoras, condenables e indignas” (Nitschack, 2008, pág. 109). Así entendido, las sociedades latinoamericanas condicionan a las mujeres a estar divididas en ‘buenas’ y ‘malas’” (Trapasso, 1990). Las *mujeres de mala* vida son las de dudosa reputación que han escapado al tutelaje de los hombres que las rodean (padre, hermano o esposo) (Chaney, 1983)⁴⁶.

De acuerdo a Roura (1998), en la España franquista la palabra *decencia* fue un concepto emblemático. Aquella mujer que no respondía a los criterios de honra y virginidad era una *mujer perdida*⁴⁷. Según la autora, la mujer es comprendida entonces como “la personificación del pecado (...) por ello (...) sus usos y costumbres” deber ser vigilados (pág. 44). En este modelo, y siguiendo a Yusta (2005), se impone una moral católica que enaltece la virginidad de las jóvenes (De Miguel, 1974). La relación entre los sexos, por su parte, es reducida al

⁴⁶ Para asegurar la perpetuación de esta ideología, las sociedades latinoamericanas transmiten también a las mujeres una imagen negativa y amenazante de los hombres (Valdés & Valdés 2005).

⁴⁷ Roura (1998) señala que en España la mujer, “durante la posguerra tuvo que convertirse en ese ángel fieramente humano que ha de soportar el día a día (...) puesto que tiene hijos y hay que comer y entonces mente, traiciona, se prostituye” (pág. 44). Están también aquellas jóvenes que quedaban embarazadas y debían salir de sus pueblos y que en las ciudades se dedicaban a la prostitución. A ellas “les esperaba el río revuelto de las grandes ciudades” (pág. 103).

mínimo: lo “que se necesita para la estricta reproducción de la especie. Todo lo que sobrepasa esa necesidad biológica (...) es maniqueo” (De Miguel, 1974, pág. 15)⁴⁸. En el caso latinoamericano, la confesionalidad religiosa y católica también impregnó los imaginarios en torno a la sexualidad y la pureza (Barrancos & Cano, 2006). En palabras de Mannarelli (2009), este concepto connota honradez, decoro y gentileza, modestia, sensatez, propiedad e incluso pulcritud y orden.

Para el control y vigilancia de los cuerpos femeninos y para asegurar el cumplimiento de los cánones morales y sexuales, están las instituciones eclesiásticas. Junto con ellas, cumplen un rol relevante en la supervisión “no solo (...) los hombres de la familia sino [y por sobre todo] las madres” (Chaney, pág. 64). Se han apoyado todos ellos en modelos científicos sobre el cuerpo femenino, donde se ha vinculado el sistema reproductor de las mujeres con la moralidad deseada (Araya Ibacache, 2006).

Ahora bien, para Chaney (1983), “la mujer [latinoamericana] precisamente porque es decente, guardiana del hogar y madre de sus hijos (...) debe aceptar (...) que su esposo no la considere como el objeto apropiado para su satisfacción sexual” (pág. 61)⁴⁹. En la forma ideal la mujer es demasiado pura para recrearse en el sexo. La autora agrega que, “a los hombres, especialmente los de la generación pasada, se les enseñó a considerar a sus esposas y madres casi literalmente como otras Marías” (pág. 82).

- **Matrimonio.**

Desde una mirada sociohistórica, el matrimonio monogámico ha sido la norma dominante en España, salvo en el período correspondiente a la Segunda República (Varela, 2011). Este modelo hegemónico de unión fija las “normas sobre la familia o la organización de las relaciones interpersonales” (De Miguel, 1995, pág. 186). Tal como señala Ruiz Franco (2007), “queda especificado que la mujer debe ser el refugio de su esposo” (pág. 35). Y que

⁴⁸ Al modelo trasciende una doble moralidad pues se exige decencia a las mujeres y “a los muchachos se les perdona e incluso encumbra [la] pérdida de su [virginidad]” (De Miguel, 1974, pág. 15). Esta doble moralidad aparece ya a fines del siglo XIX y principios del XX y se manifiesta en la temprana iniciación sexual de los jóvenes de clase media, principalmente con criadas y prostitutas (De Miguel, 1995).

⁴⁹ Desde el punto de vista moral, como señala Fuller (1995), los hombres son como niños y, por tanto, menos responsables de sus actos. Esta incapacidad de contener los impulsos sexuales transforma a la mujer latinoamericana en un ser moralmente mejor.

el esposo debe brindar a su mujer un manto de protección (Campoamor, 2007). La situación no difiere en América Latina. En un modelo donde el hombre es el sostenedor familiar, la mujer no es educada para el trabajo (Alvarado Rivera, 1912).

En términos de significación, el matrimonio se presenta para las mujeres como único porvenir, como única carrera. (Alvarado Rivera, 1912). Por ello, de acuerdo a De Miguel (1974), ser soltera a partir de cierta edad significa o se traduce en fracaso y en abstinencia sexual: “si se casa, y aunque deje su carrera, su vocación, sus amigos, sus preocupaciones, se considera que ha tenido suerte (...) ya no tiene por qué preocuparse” (pág. 75).

Sobre las regulaciones legales españolas, se asume que el esposo administra los bienes, aunque sean de la mujer (Varela, 2011). En Chile, afirman Gaviola et al. (2007), ocurre algo similar pues las mujeres casadas “se encontraban bajo potestad de su marido y no tiene derecho a disponer de su propio salario (...) en el caso de las obreras fabriles, cuyos maridos tenían derecho a cobrar para sí el salario que [ellas] ganaban” (pág. 29). En este sentido, las mujeres en ambos países están en una condición o estatuto de minoría pues “no eran iguales ante la ley, ni tenían las mismas oportunidades que los varones respecto a la educación y al trabajo” (Varela, 2011, págs. 48-49).

En Latinoamérica hay, no obstante, algunas formas variadas en las relaciones afectivas. Está, por un lado, la “esposa legal (...) es un puesto honorable en la clase media y alta, y el hogar se considera sagrado” (Chaney, 1983, pág. 82). A su lado está esa *otra esposa* que a veces ha quedado abandonada con sus hijos. Frente a esta situación, los Estados de la región realizan una intensa labor en la promoción del matrimonio. Se busca regularizar el alto número de vinculaciones no matrimoniales y de hijos nacidos fuera de la institución matrimonial. Recordemos que -inclusive hoy día- los autores Castro, Cortina, Martín y Pardo (2011), afirman que “las uniones consensuales constituyen un contexto socialmente aceptado para tener y criar hijos en América Latina” (pág. 38).

- **Maternidad y cuidado de los hijos.**

La maternidad, como destino femenino y su sublimación como hecho novedoso, hace de las mujeres piezas claves en el desarrollo social (Gómez Ferrer, 2008). La mujer tiene “su puesto

en el origen mismo del núcleo familiar, lugar privilegiado para la transmisión de ideas, normas y costumbres” (Ruiz Franco, 2007, pág. 26). Su misión allí es fortalecer a la familia y educar a los hijos en la fe cristiana. De acuerdo a la autora este énfasis en la maternidad y la familia responde a que los hombres vuelven al hogar luego de la guerra y se utiliza “al máximo la potencialidad de las mujeres como factor de cohesión social (págs. 26-27).

Para asegurar el fortalecimiento y consolidación de la *mujer-madre* y de la estructura familiar patriarcal, en España, en particular, se inician una “política de feminización (...) [que] enfatiza el papel reproductor de la mujer en una doble función: biológica y social” (Ruiz Franco, 2007, pág. 28). Presenta tal intensidad esta política que instauro el principio de protección a las llamadas familias numerosas condenando la difusión de anticonceptivos y entregando premios a la natalidad (De Miguel, 1974).

América Latina, influenciada por el catolicismo, configura una mujer anclada en lo privado, encargada de reproducir, criar y amamantar (Montecino, 1990). Como se revisó en el apartado anterior, en la región “lo femenino será indefectiblemente construido por la cultura mestiza desde el modelo de la madre” (Montecino, 1995, pág. 268). Sánchez Korrol (2004) plantea que, para la consolidación de la madre y esposa, las mujeres son educadas solo para ello, relevando, no obstante, la función social que cumplen, especialmente en la formación de ciudadanos. En Chile, señalan Gaviola et al. (2007), en periódicos de principios del siglo XX se afirma que “el mayor mérito de la mujer está en la facultad de amar y en su instinto de la maternidad, cualidades que posee en alto grado la chilena” (pág. 21).

- **Lo femenino, lo privado y lo público.**

La mujer es ante todo madre y ama de casa. En España “la casa sigue siendo el espacio femenino por excelencia” (Varela, 2011, pág. 195). En Latinoamérica, “es ideal que la muchacha pase sin desviaciones de la casa de su padre a [la] de su esposo y allí realice su destino de madre (...) y esposa fiel que desempeña cuidadosamente todas sus tareas domésticas” (Chaney, 1983, págs. 61-62).

En España se busca recuperar los “papeles tradicionales de hombres y mujeres” (Yusta, 2005, pág. 14). Según afirma Gómez Ferrer (2008), ambos tienen la misma “dignidad [pero] deben

desempeñar diferentes funciones sociales” (pág. 28). A las mujeres les corresponde el papel de esposas y madres, igual que en las sociedades tradicionales “porque eso responde a la naturaleza” (Astelarra, 2009, pág. 105). En América Latina, por su parte la propaganda “se orienta al cumplimiento de indiscutibles responsabilidades: el matrimonio y la maternidad”, afirman Gaviola et al., (2007, pág. 21). Para asegurar su permanencia en lo privado, la mujer no requiere “entregarse a otros estudios, que no fueran los que habían de prepararla para el manejo de la casa” (García y García, 1925, pág. 13).

En ambos contextos, la doctrina católica es utilizada para convenir en la reclusión hogareña de la mujer. Tal como señala Gutiérrez de Pineda (1997), el catecismo es enfático en señalar que el principal trabajo de la mujer está “dentro de la casa, y el del marido ha de ser en el campo y fuera de casa” (pág. 146). No obstante, De Miguel (1975), plantea que en los medios desfavorecidos las mujeres continuaron trabajando. En las clases trabajadoras la mujer sí ha salido al mundo. Agregando que “entre los obreros o los campesinos pobres sí estaba justificado que la mujer se matara a trabajar en casa y fuera de ella, e incluso fuera a servir a la casa de otra señora” (pág. 22).

En relación a la cultura latinoamericana, cabe señalar que el *estar en lo privado* no significa que las mujeres no tienen que hacer nada. En efecto, el modelo está relacionado con la clase social: “las mujeres trabajadoras nunca se han dado el lujo de desempeñar ese papel, puesto que se necesita tener cierto nivel de ingresos para mantener a una esposa en decorativa ociosidad” (Chaney, 1983, págs. 57-58).

4.4.2. La irrupción de la *nueva mujer*

En España, “a inicios del siglo XX, a todas horas se habla de derechos civiles y políticos femeninos” (Ramos, 2008, pág. 50). Nuevas realidades y discursos construyen una *nueva mujer* en el país ibérico. La mujer participa como ciudadana civil y política, como resultado de las reivindicaciones legales que la sacan de la situación de minoría legal en la cual había sido puesta (Romero, 2011).

En efecto, el análisis de la evolución social, cultural, educativa, política y legislativa española del siglo XX, pone de relieve el camino hacia la igualdad de derechos de la mujer “en todos los ámbitos en los que tradicionalmente se encontraba discriminada” (Rosales López, 2009,

pág. 181). Se busca igualdad en el acceso a educación, trabajo asalariado y participación política. Se reivindicará la participación “equitativa y equilibrada (...) en las instituciones democráticas y en los procesos de decisión política” (Sevilla Merino, 2004, pág. 32).

En la historia española del siglo XX se observan dos momentos y formas institucionales en que el modelo de la *nueva mujer* es promovido. Emerge primero durante la Segunda República, periodo en que “se lleva por primera vez a la práctica el ideal de mujer nueva que no había existido más que en teoría” (Ruiz Franco, 2007, pág. 35)⁵⁰. Es en el bando republicano cuando las mujeres asumen participación en las batallas⁵¹. Y ya en el inicio de la Segunda República, las mujeres “de clase media se incorporan a estudios medios y superiores; acceden a trabajos extradomésticos remunerados; y tienen nuevos comportamientos reproductivos” (Ruiz Franco, 2007, pág. 24).

En el plano legal, se observan también importantes avances durante este periodo (Mola, 2006). Se establecen en la Constitución de 1931 principios legislativos que puntualizan la igualdad jurídica: “[la] igualdad de derechos de ambos sexos en el matrimonio, disolución del mismo a petición de cualquiera de los cónyuges y la sustitución de casa del marido por domicilio conyugal” (Ruiz Franco, 2007, págs. 32-33).

La *nueva mujer* emerge nuevamente durante la transición democrática, período caracterizado por mejoras en las condiciones de las mujeres (Díaz Sánchez, 2008). Durante la década de los 80 –Valcárcel et al., (2008) sostienen que se reivindicará que “la mujer [reciba] formación, participe políticamente y que el trabajo fuera del hogar sea remunerado” (pág. 423). Tal como señala Astelarra (2009), se quiere acabar con la herencia franquista y “patriarcal que había condicionado la vida de las mujeres durante cuarenta años” (pág. 7). Para ello, en la Constitución de 1978, “se establece la igualdad jurídica de la mujer (...) se legalizan los anticonceptivos y se despenaliza el adulterio (...), se prueba la ley del divorcio” (Rosales López, 2009).

⁵⁰ Ahora bien, y del mismo modo que en el franquismo, durante la Segunda República el modelo de *nueva mujer* tiene dos momentos, definidos según el acontecer social y político. En un primer momento se promueve la tradicional representación de “la mujer madura, la madre, defensora del hogar y de sus hijos que reclama la solidaridad antifascista y que insta a la participación en la lucha” (Nash, 2008, pág. 126). Luego, y una vez iniciada la guerra civil se presenta ya la imagen de mujeres jóvenes que están en el frente de batalla.

⁵¹ Tal como señala Yusta (2005), si bien los años de la Segunda República implicaron avances para las mujeres en materia de formación política, “en los partidos y organizaciones de izquierda nunca se llegó a una situación de igualdad (...) [y] el reparto de tareas por sexo era algo que seguía estando vigente” (pág. 25).

En Latinoamérica la *nueva mujer* emerge a la par de la modernización que tienen lugar en los países del cono sur desde fines del siglo XIX y hasta mediados del XX, por una parte, y como respuesta a los regímenes autoritarios y en el marco del posterior retorno a la democracia, por otra. En relación al primer punto, cabe señalar que la industrialización y modernización que tienen lugar en Argentina, Chile, México y Brasil se vincula a los procesos migratorios del campo a la ciudad y, como resultado, al crecimiento del proletariado. La búsqueda de mayores derechos para el colectivo de mujeres de la región se corresponde con estos fenómenos sociales más amplios (Sánchez Korrol, 2004).

La industrialización y expansión urbana que ocurre en Chile posibilita a las mujeres “el contacto con modos de vida alternativos (...) y su incorporación al trabajo asalariado”, tal como afirman Gaviola et al., (2007, pág. 16). Asimismo, el cierre de salones y la salida a las calles fomenta el sentimiento de soberanía y autonomía para la posterior incorporación a la vida política “ya no como *reinas*, sino como *ciudadanas*” (Salazar, 2010, pág. 48).

Ahora bien, la independencia de las mujeres latinoamericanas se explica también porque el mismo proceso de “la modernización que necesitaba mujeres más instruidas y activas” (Perrot, 2002, pág. 2). La educación de la mujer se considera una forma de erradicar el atraso y promover el progreso de los países. Se ponen en marcha las primeras medidas que cambian su posición⁵². La *nueva mujer* debe estar en una condición de “igualdad ante la ley, tomar sus propias decisiones, eliminar el doble criterio, ampliar sus horizontes educacionales y contribuir al progreso de sus países” (Sánchez Korrol, 2004, pág. 156).

La *nueva mujer* emerge nuevamente durante los años setenta, durante los regímenes autoritarios y con el posterior retorno a la democracia, en los ochenta. Lo femenino se conceptualiza en torno a “dos situaciones críticas del continente: la crisis y la violencia” (Luna, 1991, pág. 161). En este escenario “el feminismo ganó nuevo ímpetu y esta vez convocó a las mujeres de los sectores populares, como ocurrió en Chile, en Perú” (Barrancos

⁵² Con esta nueva apertura a la instrucción femenina y en respuesta a los retos impuestos por las sociedades en distintas etapas de transición surgen pequeños grupos de mujeres que dirigen una importante lucha por “los cambios en la situación de las mujeres (...) instruidas y de clase media” (Sánchez Korrol, 2004, pág. 156). En efecto, afirma Montenegro (2008), “en las primeras décadas del siglo XX, las mujeres en varios países de la región luchan por el acceso a la educación, la participación política y el derecho al voto” (pág. 21). En este contexto, “el feminismo fue un ingrediente de la modernización que impulsan los sectores liberales a fines del siglo XIX” (Barrancos & Cano, 2006, pág. 505).

& Cano, 2006, pág. 505). Las reivindicaciones apuntan a la libertad y la justicia distributiva, así como al reconocimiento de su condición, y equidad entre hombres y mujeres. Es decir, se apeló a la clase y el género en las demandas feministas de la época (Barrancos & Cano, 2006). Las feministas chilenas en su lucha contra la dictadura hicieron suya la consigna de *democracia en el país y en la casa*.

- **Rasgos afectivo-emocionales.**

La común protesta al comenzar el siglo XX “es sacudirse el yugo de la inferioridad civil (...) [y] alcanzar la ciudadanía” (Barrancos & Cano, 2006, pág. 501). La *nueva mujer* quiere “la autosuficiencia para sí misma” (Sánchez Korrol, 2004, pág. 156). Reconoce la igualdad de mentalidad y aptitudes respecto al hombre, así como su igualdad ante la ley (Alvarado Rivera, 1912). La *nueva mujer* ya no cree en “la sensiblería y el sentimentalismo, (...) [esos] falsos sentimientos, oropeles que encubren la realidad íntima” (Campoamor, 2007, pág. 106). Para acabar con ello, hay educar a las mujeres en “una imagen realista y positiva de sí y de sus posibilidades de interacción con su entorno social y natural” (Rosales López, 2009, pág. 177).

Para las latinoamericanas, la educación y la incorporación al mercado laboral serán también las principales herramientas para “cambiar la condición política, doméstica, económica, educativa y moral de la mujer” (Posada, 1994, pág. 30)⁵³. Con ello se espera “introducir mayor equidad en las relaciones sociales y mejorar la suerte de la mujer” (López, 2009, pág. 32). Prima en esta búsqueda, la garantía de derechos individuales y el principio de autonomía de la persona humana (Alvarado Rivera, 1912).

En relación a los rasgos necesarios para el desarrollo de esta *nueva mujer*, las españolas asumen y son conscientes de que hay que acabar con la pasividad femenina (Nash, 2008) y sacudirse “gozosas [de] esa dictadura a que el sexo contrario la sometió desde la cuna” (Campoamor, 2007, pág. 31). La *nueva mujer española* tiene “una nueva mentalidad (...)

⁵³ Desde distintos sectores sociales, las mujeres -aún más as de cas media- perciben “una vía para rebelarse y rechazar los estereotipos en los que estaban inmersas” (Vargas Valente , 2008, pág. 50). Ello fue así hasta, al menos mediados del siglo XX, cuando surge una nueva ola feminista “que influyó en las reformas de los códigos civiles y obtuvo el voto para las mujeres” (Sánchez Korrol, 2004, pág. 156). En América Latina “con la adquisición del voto en las elecciones presidenciales, el electorado femenino asumió un papel de importancia, aunque su actuación como candidatas fue mucho más limitada” (Lavrin, 2008, pág. 591).

acerca del papel que les corresponde desempeñar” (Flecha, 1990, pág. 85). Ya no aspira al matrimonio y la maternidad, sino a valores universales como la libertad y el desarrollo de su personalidad. Es “sincera, y [quiere] el bien de la Humanidad (...) y sabe que el papel de la mujer fatal que sin razón aparente tortura el corazón del hombre es una aberración literaria” (Campoamor, 2007, pág. 110). Lo *nueva latinoamericana* tiene también un espíritu recto, aspira a la libertad, conoce sus deberes y derechos, no se deja atraer ni por pasiones exacerbadas ni por sentimentalismos (Alvarado Rivera, 1912).

- **Moral sexual: valores y comportamiento sexual.**

En materia de sexualidad, la *nueva mujer* ya no corre el riesgo psicológico de sentirse fuera de la ley pues su moral “no es más promiscua que la antigua; simplemente habla de variaciones hasta encontrar la pareja adecuada” (De Miguel, 1974, pág. 87). Las nuevas mujeres conocen su “derecho a la sexualidad, al control de su cuerpo y a decidir libremente si quiere o no la maternidad” (Astelarra, 2009, pág. 361).

En el caso de las *latinoamericanas* la lucha está enfocada en “reivindicar [el] derecho a una identidad personal, no sujeta al poder de los hombres o la comercialización de [su] cuerpo” (Trapasso, 1990, págs. 186-187). Para las españolas el derecho a su sexualidad se tradujo también en la reivindicación de los derechos reproductivos (Astelarra, 2009, pág. 91). En la década de los 80 se logra, por ejemplo, despenalizar el aborto (Rosales López, 2009).

En España el proceso de liberación sexual no deja de tener sus detractores. De hecho, todo lo relacionado con la liberación de las mujeres y su sexualidad, ha sido un aspecto crítico y conflictivo en términos políticos (De Miguel, 1974). En el caso latinoamericano –“y aunque no caben dudas de que hubo modificaciones significativas si se comparan los extremos del siglo XX-, todavía estas sociedades aguardan cambios profundos, como la despenalización del aborto” (Barrancos & Cano, 2006, pág. 504).

- **Matrimonio.**

Ya que en los modelos de la *mujer de la vieja España* y de la *criolla latinoamericana* las mujeres no estudiaban, dependían económicamente de sus esposos y debían, por tanto,

aceptar relaciones sustentadas en la subordinación (Kirkpatrick, 2003). Hoy se apuesta por una *nueva mujer* independiente, liberada de la forzosa tutela masculina (Ramos, 2008). En Latinoamérica se libera a la mujer casada de la dependencia del esposo a que la ley la sometía (Alvarado Rivera, 1912). En España también se promueve el matrimonio basado en la igualdad. De hecho, durante la transición democrática “se eliminaron leyes fuertemente conservadoras de la dictadura y se aprobó una ley de divorcio [y de] igualdad de derechos de los cónyuges en el matrimonio” (Astelarra, 2009, pág. 143).

Para De Miguel (1974), en el nuevo modelo de matrimonio, que surge junto a la *nueva mujer*, lo fundamental es “hacer feliz a la otra persona en condiciones de igualdad y de plena realización de sus derechos como persona” (pág. 87). Además, sugiere que los conceptos que priman en esta relación afectiva son “la sensación de relajación, expresividad, confianza, igualdad (...) que de alguna manera queda vedada en los otros tipos de relaciones” (pág. 88).

- **Maternidad y cuidado de los hijos.**

Cuando se habla de lo que es o debe ser la mujer se piensa en la situación de madre con hijos pequeños (De Miguel, 1975). Siguiendo al autor, en un remoto pasado, con una enorme mortalidad infantil y adulta, las mujeres se encontraban la mayor parte de su vida en la situación de dar a luz y criar hijos pequeños. Pero la *nueva mujer* sabe que su biología no la condiciona exclusivamente para ser madre, y “la imitación de las virtudes marianas se deja, al fin” (Molina, 2004, pág. 66). Tal como señala Campoamor (2007), en España el ser madre ya no absorbía todo el tiempo de las mujeres ni llenaba sus funciones psíquicas. En países del cono sur las mujeres empezaron “a tener mayor acceso a la información sobre el control de sus funciones reproductivas” (Vargas Valente, 2008, pág. 48).

Lo anterior ha generado que la maternidad deja de ser el centro de la vida de las mujeres. Lo relevante ahora es la humanidad (De Miguel, 1974). Esta transformación se debe, según Ramos et al., (2008), a “los procesos de reurbanización y la modernización de las mentalidades [que] produjeron progresivamente cambios significativos (...), como por ejemplo el retraso de la edad matrimonial, lo que también lleva aparejados cambios en los hábitos reproductivos y reducción de la natalidad” (pág. 106).

En efecto, son múltiples los elementos que intervienen en la desvinculación que se evidencia en la *nueva mujer* entre las identidades femeninas y las maternidades. Unos especialmente relevantes son, de acuerdo a Valdés et al., (2005), “los pasos que han dado las propias mujeres por construir un nuevo lugar en la sociedad” (pág. 166).

- **Lo femenino, lo privado y lo público**

La *nueva mujer* tiene el “personal convencimiento de [su] derecho a una plena participación en toda actividad social” (Campoamor, 2007, pág. 61). Por eso “abandona las tareas domésticas por otras actividades -estudios, trabajo-” (De Miguel, 1995, pág. 205). Su salida de lo doméstico representa para todas las clases sociales la independencia económica (Campoamor, 2007).

Con esta *salida*, las posibilidades laborales y educativas de las mujeres también aumentan (Ramos et al., 2008). Así como también la participación en política. En España: con el objetivo de asegurar la desvinculación histórica de lo femenino y lo privado, se establecen una serie de leyes. Una de ellas es el legítimo derecho de las mujeres a ejercer una profesión. Comienza así la apertura a empleos públicos realizados tradicionalmente por hombres (Ruiz Franco, 2007).

En el caso latinoamericano, un creciente número de mujeres de clase media tiene “las primeras oportunidades de ejercer una profesión fuera del hogar (maestras, enfermeras, oficinistas), mientras que las fábricas y las industrias caseras incorporaron a las mujeres de las clases más bajas como mano de obra barata” (Sánchez Korrol, 2004, págs. 152-153). Con ello se inicia en un periodo la modernización y desarrollo de la economía con el creciente incremento de oficios y labores vinculados a los servicios (Vargas Valente, 2008).

No obstante, afirman Gaviola et al., (2007), “al momento de elegir una profesión, el peso de la ideología patriarcal condicionó a las mujeres a optar por aquellas carreras que reforzaban su papel doméstico y maternal” (pág. 86). Y no solo eso, “constatamos que aún sigue recayendo en las integrantes femeninas de las más diversas modalidades de familia, la responsabilidad de cuidar a sus miembros” (Barrancos & Cano, 2006, pág. 498).

4.5. Reflexiones de cierre

La perspectiva feminista en su sentido teórico-conceptual y su articulación con los más recientes aportes de la sociológica de la crisis de la modernidad al estudio de la condición de las mujeres, han resultado adecuados para proponer un panorama teórico amplio que sitúa las reflexiones sobre lo femenino en contextos sociales, históricos y políticos particulares. Desde allí, se han identificado los elementos y dimensiones relevantes en el proceso de conceptualización de lo femenino. Como resultado de esta perspectiva y consideraciones, se han analizado dos modelos de especial interés para esta investigación: la *mujer doméstica* -como primera mujer de la modernidad- y la *nueva mujer* -como proyecto aspirado y resultante de los procesos de individualización de la modernidad-. Ambos abordan y proponen una *condición deseada* para las mujeres, definiendo su posición en el orden social, así como sus marcos de acción y comportamiento en las sociedades occidentales.

Tras el debate conceptual presentado, el estudio de lo femenino en España y Latinoamérica -con referencias al cono sur y a Chile, en concreto- evidencia sus propias particularidades, pero muestra, igualmente, la pugna por la hegemonía de uno u otro modelo, según el momento social y político de cada país. La *mujer doméstica* se hace dominante en la España tradicional y es promovida durante el periodo franquista, materializándose en la que hemos denominado la *mujer de la veja España*. En América Latina, con una intensa reflexión sobre los orígenes de la condición de subordinación de la mujer y el establecimiento de relaciones de desigualdad con los hombres, emerge la *criolla latinoamericana*, como modelo tradicional de lo femenino. La *nueva mujer* emerge en ambos países en momentos diferentes, pero coincide con cambios más estructurales que se han venido dando en buena parte de occidente -modernización, urbanización, derecho a voto, derechos reproductivos, inserción laboral, entre otros-. El siglo XX, sin lugar a dudas, ha sido el momento social y político de mayor envergadura en el debate por definir e instalar los contornos de esa *nueva mujer*.

No obstante, las reflexiones conceptuales tienden a homogenizar los atributos de los modelos en un tipo de mujer, en detrimento de varios tipos. Es decir, lo colectivo, lo heterogéneo, lo diverso, tan propio de *las mujeres* -como se señaló al inicio de esta investigación- es más bien subsumido en modelos específicos. Por ello, aquí se integró al análisis de lo femenino

una perspectiva territorial -anclada en la ruralidad chilena y española- y generacional -abuelas, madres e hijas- para identificar el proceso de configuración de lo femenino.

Asimismo, y para el estudio de ese proceso de conceptualización, la modernización -en tanto marco de análisis- no puede ser entendida como un proceso lineal ni acabado y, por tanto, tampoco lo son las transformaciones socioculturales ni los modelos de lo femenino que de allí van emergiendo. Por ello, y tal como se verá en el Capítulo 8. El estudio de las prácticas, discursos y representaciones sociales en torno a lo femenino, desde una perspectiva intergeneracional” y 9 “Tipología de mujeres rurales chilenas y españolas”, en el análisis de tres generaciones de mujeres rurales se evidencia algo más que la pugna entre *la mujer doméstica* y la *nueva mujer*. Éstas se constituyen como marcos analíticos y conceptuales sobre los cuales se evidencia que en las biografías femeninas se contraponen, yuxtaponen, alteran y permanecen los elementos propios de cada modelo, superándolo incluso, cuando la perspectiva territorial es parte del análisis.

En efecto, el marco conceptual aquí propuesto es la base del análisis, las definiciones y supuestos de esta investigación para, desde allí, sugerir e integrar nuevas dimensiones que refieren a las complejidades que se generan en la conceptualización de lo femenino. Encontraremos que, a la par de las transformaciones en las pautas socioculturales, hay una serie de permanencias intergeneracionales en el proceso de configuración de lo femenino y donde, además, la ruralidad agrega componentes particulares. No encontraremos en la ruralidad española y chilena ni una *mujer doméstica* ni una *nueva mujer*, sino formas variadas, híbridas si se quiere, de lo femenino, donde la estructura social que ofrece la ruralidad -con sus propias dinámicas, complejidades y tensiones como resultado de procesos de modernización- va generando formas diferentes de lo femenino.

En efecto, en la ruralidad y con una perspectiva intergeneracional, veremos que en el caso de las abuelas -cuyas biografías se enmarcan en etapas donde el modelo tradicional de lo femenino es dominante y los controles y vigilancias sobre los cuerpos, trayectorias e identidades eran intensos- no habrá una *mujer doméstica* en su sentido estricto, aunque muchos de sus componentes estén presentes. Lo que primero que llamará allí la atención es la imposibilidad una *mujer en casa* por la condición de precariedad y pobreza con la que se vive en España y Chile hasta, principalmente, la primera mitad del siglo XX. Sus madres

trabajaban, ellas desde niñas lo hicieron, en su adultez solo algunas dejaron de trabajar, algunas con más de 65 años lo siguen haciendo para poder seguir manteniendo a sus familias. Asimismo, y a pesar de las estrictas normas de comportamiento de la época, se verá que cada mujer ideará estrategias -de modo individual pero como en un *trance colectivo*, parafraseando a Beck y Beck Gernsheim (2001)- para derribar o soslayar la rigidez del modelo dominante.

En la generación de las madres se verá también un interesante fenómeno, precisamente allí donde el modelo de la *mujer doméstica* aparece quizás más enraizado -aunque con mayor énfasis en las españolas, donde las condiciones económicas del país en los años 60 eran mejores que en Chile-. Para esta generación, que accede a educación y tiene la posibilidad de trabajar en lo público, el matrimonio y la maternidad son ejes estructurantes de la biografía, lo que resulta determinante para que *vuelvan* a lo privado.

No obstante, será una generación que se *verá obligada* -por las condiciones biográficas (maltrato, pobreza, abuso) o por el crecimiento de los hijos y la mayor disponibilidad de tiempo- a repensar sus identidades femeninas y, con ello, las opciones laborales, profesionales o de formación en general que no fueron tomadas. Emerge en ellas un malestar que resulta del propio proceso de modernización de las zonas rurales, donde lo tradicional se articula con lo moderno. En definitiva, remarcar en este punto que la variable rural e intergeneracional, que se complementan cuando, en un estudio sustentado en el método biográfico, se consideran además las etapas del ciclo vital, evidenciando las formas que adquiere lo femenino no solo entre una y otra generación, sino al interior de cada una.

En la generación de las *hijas de la modernización rural* emergen, sin lugar a dudas, más elementos propios del modelo de la *nueva mujer*. En efecto, acceden a estudios universitarios y técnicos, tienen varias parejas afectivas y sexuales, muestran nuevas pautas de cuidado del cuerpo, son madres y no necesariamente deben contraer matrimonio con sus parejas, la convivencia es una opción válida e incluso respaldada por sus padres. Son también una generación que muestra una mayor participación política y una movilidad -dentro o fuera de sus países de origen- ligada al desarrollo de proyectos académicos y profesionales personales. No obstante, reproducen prácticas o pautas de las generaciones anteriores. El matrimonio es deseado -postergado, pero anhelado de igual forma- y la maternidad -para las que son madres- es un elemento constitutivo de sus identidades y que define la trayectoria femenina.

A modo de cierre, en la conceptualización de lo femenino no hay unos límites estáticos ni lineales. Por ello, ni *mujeres domésticas* ni *nuevas mujeres*. El análisis intergeneracional con perspectiva territorial evidencia unos *tipos de lo femenino*, una tipología de las mujeres rurales, que son lo que se presentan en el Capítulo 9. Emergen así la *mujer rota*, la *cuidadora consagrada*, la *siempre repetida cabeza de familia*, las *mujeres de la modernización y con trayectorias en construcción* y la *mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad*. Cinco tipos de lo femenino en la ruralidad española y chilena.

CAPÍTULO 5. Estrategia metodológica

Con el objetivo de indagar en la visión que tienen tres generaciones de mujeres rurales chilenas y españolas sobre lo femenino, esta investigación ha seguido una estrategia cualitativa, sustentada en el método biográfico y en la aplicación de entrevistas biográficas (Valles, 2014; Wengraf, 2001; Rosenthal, 2004).

En términos generales, lo que se ha buscado es profundizar en las dimensiones que configuran lo femenino, relevando las particularidades de la experiencia vivida por mujeres rurales. Por ello, se ha seguido una metodología que, en primer lugar, relaciona lo individual y lo colectivo, identificando en el *relato de vida* de las mujeres aquí consideradas las fuentes principales de información. En ellas hay identidad rural y memoria, y en sus trayectorias biográficas se configura lo femenino. En segundo lugar, indaga en *los relatos de vida* intentando comprender, desde allí, desde ellas mismas, los efectos de los procesos modernizadores vividos en las sociedades que habitan; y, en general, de todo proceso sociohistórico y cultural existente en las subjetividades de las mujeres, tanto en su condición de ruralidad como en la configuración que hacen de lo femenino.

De acuerdo a lo anterior, este capítulo se estructura en cinco apartados. El primero, profundiza en la decisión de seguir una estrategia metodológica cualitativa para indagar en la narración que de lo femenino hacen las mujeres rurales, relevando el valor interpretativo *de la vida narrada* (Cardenal, 2016; Wengraf, 2019) para la comprensión de una realidad sociohistórica determinada.

El segundo apartado aborda el método biográfico, por una parte, desde la perspectiva de *los relatos de vida* (Bertaux, 2005), dada su capacidad de articular, en el marco de significados del narrador, tanto lo individual como lo colectivo del fenómeno. Y, por otra, la entrevista biográfico-narrativa (Wengraf, 2019), basada en entrevistas no directivas y abiertas, como instrumento sociológico de generación de información en la aproximación a las mujeres rurales. Se complementa este apartado con algunas notas referidas al valor de la observación como táctica de abordaje del contexto biográfico en la investigación de narraciones de vida.

El tercer apartado, profundiza en el proceso de decisiones metodológicas que configura la estructuración de la entrevista, los mecanismos para asegurar su calidad, otros asuntos relacionados con la ética de la investigación, así como las estrategias y decisiones vinculadas al proceso de interpretación y análisis del material cualitativo.

El cuarto apartado se refiere al proceso de selección de informantes de la investigación. El quinto y último apartado, refiere a la estrategia de análisis seguida en esta investigación, y que consta de dos etapas. La primera, sustentada en la *teoría fundada o fundamentada* y la segunda, en el análisis de discurso de las mujeres entrevistadas. Dado el amplio volumen de material cualitativo, para el proceso de codificación se utilizó el *software* de análisis cualitativo NVivo, en su versión 11.

5.1. Enfoques metodológicos biográficos

La elección de un enfoque biográfico para abordar un aspecto concreto de la realidad social -la visión y narración que de lo femenino hacen las mujeres rurales- se entiende en base a los siguientes argumentos. El primero, relacionado a la capacidad comprensiva de lo social que se ejerce desde el quehacer cualitativo de la investigación, del reconocimiento que la subjetividad de los actores cuenta con relevancia sociológica y que, por tanto, habilita su estudio. Y que el propio ejercicio autorreflexivo inherente a la investigación cualitativa permite remitir a elementos del proceso, -desde la selección del tema de estudio hasta la elección de la técnica de generación de información- como prácticas de conocimiento.

Un segundo elemento es la vinculación con el método biográfico especialmente por su capacidad de articular lo individual y colectivo, rescatando la perspectiva del narrador y situando la experiencia en el marco de significaciones del sistema de relaciones sociales en que se desenvuelve. Y, tercero, la entrevista, en específico, la entrevista biográfico-narrativa (Rosenthal, 2004; Wengraf, 2001; Valles, 2014; Cardenal, 2016) como estrategia caracterizada por la apertura a la escucha, con capacidad de abordar la complejidad de lo estudiado.

5.1.1. Lo cualitativo y la comprensión de lo social desde la perspectiva de los actores

Las ciencias sociales, como proyecto integral de conocimiento, previsión e intervención emergen adosadas a los procesos históricos de cambios sociales que vivieron las sociedades occidentales modernas en el curso del siglo XIX, en la superación del *antiguo régimen* y en la profunda redefinición de las relaciones sociales fundamentales que supuso el advenimiento de la modernidad (Berman, 2011). Como señala Ortí (1999), “las ciencias sociales fueron concebida en sus orígenes como parte y consecuencia del proyecto ilustrado de reconstitución, reforma o transformación (“racional” en todo caso) del orden social europeo moderno, tras la revolución burguesa de fines del siglo XVIII/principios del XIX” (pág. 85). En dicho marco de definición, desde su origen, el quehacer de las ciencias sociales se debate entre dos perspectivas dominantes en su práctica de concebir el conocimiento -si se quiere *episte-* de la realidad social. Por un lado, el afluente del pensamiento positivista que estructura, en su base, la centralidad de la explicación causal, la búsqueda de regularidades observables en la realidad de carácter objetiva y con pretendido universalismo para su generalización.

Por otro lado, las orientaciones derivadas de lo que en origen fue conocido como la epistemología de las *ciencias del espíritu* (Dilthey, 2015). En ella, se afianzan la noción comprensiva de la realidad social -el *verstehen* weberiano-, la admisión del valor heurístico de la particularidad y, en principio, la orientación hacia la búsqueda del sentido (significado) subjetivo de la realidad social. Se describe así una vía epistemológica que puede ser descritas, siguiendo a Davila (1999), como “la alternativa de una descripción comprensiva, estableciendo una cadena afiliativa que pugna por abarcar la *verstehen* de Weber, la fenomenología de Husserl, la psicología de la Gestalt, la antropología de Levi Strauss o la semiología de R. Barthes” (pág. 72). De ese modo, el valor de la experiencia de los sujetos, las formas de experimentar el mundo y el significado que dotan a esas realidades serán relevantes a la luz de lo que, en lo sucesivo, será señalado como el campo fenomenológico. Clásicos como Taylor y Bogdan (1994) señalan al respecto que “la realidad que importa es lo que las personas perciben como importante (...), esto es, comprensión en un nivel personal de los motivos y creencias que están detrás de las acciones de la gente” (pág. 16).

A lo largo del siglo XX la visión comprensiva o fenomenológica del quehacer de las ciencias sociales, ya formulada bajo la clase de estudios cualitativos, fue afianzándose en el despliegue y apertura que estas disciplinas lograron en distintos contextos y realidades sociales⁵⁴. En efecto, la consolidación disciplinaria del campo de lo cualitativo estará marcado por una preocupación explícita y directa por los significados compartidos por los sujetos pertenecientes a un colectivo social, una preocupación por el orden social, como un orden mediado simbólicamente, que con el tiempo dio paso a un amplio campo de estudios y formas específicas de planear y ejercer ese abordaje (Delgado & Gutiérrez, 1999; Canales, 2006b; Valles, 1997).

En ese sentido, las metodologías cualitativas se estructuran en torno a la pregunta por los caminos (*hodos*) para la comprensión de la realidad significada por los sujetos, en tanto que designa el modo en que enfocamos los problemas y buscamos las respuestas (Canales, 2006b). No obstante, la definición de dichos *caminos* de acceso a los significados no es simplemente una opción entre vías indistintas, sino más bien se presentan como una definición estratégica determinada por la forma de definir y conceptualizar la realidad, además de una disposición reflexiva ante el método. Tal como señala Valles (1997), “no se trata de una mera elección entre métodos cualitativos, en lugar de métodos cuantitativos. Más bien tiene que ver con los procedimientos metódicos que se derivan de las posturas adoptadas a nivel ontológico y epistemológico” (pág. 51).

Lo cualitativo aparece entonces, en el decir de Conde (1990), como la preocupación por “una realidad simbólica estructurada por significaciones y símbolos que formaría eso que han llamado (...) campo de la discursividad y cuyo tratamiento es fundamentalmente comunicativo, lingüístico y semiológico” (pág. 93). Es la atención por lo que los sujetos, individuales y colectivos, dicen, piensan y sienten acerca de una determinada situación o fenómeno, y la pregunta sobre cómo significan esa experiencia, que parte de un proceso comunicativo permanente entre los miembros de su grupo o comunidad, es decir, representa una producción colectiva. Como señala Ortí (1999) “la *dimensión cualitativa* de la investigación social entraña, ante todo, el reconocimiento del papel estructurante de la

⁵⁴ Según Alvira (1983), en el campo español, desde la década de los setenta se “ha presenciado la cristalización de la perspectiva cualitativa/humanista comenzada en los años 60” (pág. 53).

interacción personal/grupal de las mediaciones simbólicas de la vida social, en cuanto estructuras significantes con una autonomía relativa” (pág. 89).

De este modo, las experiencias de lo social son relevantes tanto a nivel individual como colectivo, pues ambos niveles estarían conectados en las formas de representación y significación que tanto colectivos como sujetos hacen de la realidad. Por un lado, para un sujeto, el sentido de una experiencia se hace comprensible a la luz de las experiencias compartidas, en las formas de ser, decir y hacer en lo social. Por otro lado, para que la vivencia de un sujeto pueda ser comprendida, es necesaria que ésta sea comunicada en su sentido compartido, que suponga, al menos en parte, la experiencia del otro (de los otros). Es decir, se trata de vivencias propiamente sociales, *transindividuales* (Simondon, 2015), que tiene lugar en grupos sociales estructuralmente determinados.

El sentido de las experiencias o vivencias comunicadas es también un *sentido común*. Lo que un sujeto particular dice o hace, en relación a sus prácticas, es propiamente un habla del colectivo, un código compartido que remite al grupo (Geertz, 1999). Así, dichos sujetos activan el hablar del grupo o de la comunidad a la cual el sujeto reconoce filiación o pertenencia. De manera tal, que los discursos son porciones de lenguaje estructurados de modos específicos y que se refieren a tópicos específicos, producidos o apropiados por grupos sociales particulares. El discurso de un grupo expresa la disposición subjetiva de los sujetos miembros de ese grupo hacia determinadas conductas y prácticas individuales y colectivas (Bourdieu, 1997). De acuerdo a lo anterior, y siguiendo a Canales (2006b), “la recuperación de esa dimensión subjetiva es lo que permite la emergencia del hablar, o el significar social, como cara observable de la sociedad” (pág. 14). En efecto, el autor sostiene que, la cuestión metodológica tras la búsqueda comprensiva de significados es hacer posible la “reproducción de la comunidad o colectivo de hablantes de una lengua común para su análisis y comprensión” (pág. 19).

En síntesis, el foco o énfasis de esta tesis se sitúa en aquello que es compartido en las experiencias de vida -en las biografías- de un conjunto de mujeres de origen rural, en tanto campo representativo de un mundo intersubjetivo que es compartido, y que es posible de pesquisar a nivel discursivo. El énfasis entonces está puesto en lo planteado por Alonso (2008), donde “la realidad social tiene de mundo intersubjetivo, creado y recreado en el

ámbito de los discursos, los universos culturales y las prácticas significativas” (pág. xii). Lo que emerge en la observación de la intersubjetividad no es mera organización de acontecimientos, más bien, es representación de estructuras que condensan experiencias sociales más complejas y extensivas al conjunto social. Coincidiendo con Canales (2006b), refiere a “una estructura, un ordenamiento, una estabilidad reconocible de lo social. El orden del sentido es lo que emerge como estructura de significación articulada desde una perspectiva, la de (...) lo investigado” (pág. 20).

Así, lo que se busca es conocer las configuraciones de sentido con que los sujetos de un grupo entienden lo que hacen (sus acciones) o dicen (sus discursos). En tal sentido, la metodología cualitativa está orientada a la captación de dichas estructuras de significación. O, lo que es lo mismo, a los códigos y tipologías sociales con que pueden describirse prácticas culturales, en atención a las propias comprensiones y entendimientos que los sujetos de un grupo determinado dan de su realidad.

Lo que evidencian los párrafos anteriores es que la elección de lo cualitativo como enfoque o estrategia metodológica radica en sus propias particularidades. Y que éstas permiten acercarse al cumplimiento del objetivo de esta investigación, especialmente cuando se pretende indagar en cómo las mujeres entienden, narran o dialogan sobre lo femenino desde sus propias biografías y en el marco de los procesos de transformación de la ruralidad. En este sentido, el carácter cualitativo del estudio se sustenta en el intento por comprender una serie de transformaciones sociales y culturales reflejadas en el cristal de la definición de lo femenino que construyen, en el relato de la *vida vivida* de mujeres de tres generaciones.

5.1.2. Reflexión, flexibilidad y la experiencia de la propia investigación

La investigación cualitativa, en tanto ejercicio práctico y reflexivo, comprende una serie de elementos que la definen como una estrategia adecuada para abordar la visión y narración de lo femenino por parte de las propias mujeres rurales. Además de las características que le son inherentes -registro de versiones orales y dialógicas en primera persona, flexibilidad, entre otras- la estrategia se ha seleccionado como parte del propio ejercicio investigativo de quien escribe esta tesis; y que, para efectos de su desarrollo, adquieren sentido y permiten la comprensión del proceso metodológico concreto aquí detallado. Es decir, la particularidad

de lo cualitativo como un ejercicio *autorreflexivo* (también de quien investiga) justifica también la adscripción a esta estrategia. En esta línea, todo escrito tiene detrás *su pequeña historia* y su conocimiento resulta de ayuda para el lector en la comprensión de las decisiones tomadas (Valles & Baer, 2005).

En la experiencia del investigador cualitativo se reconoce el componente de *artesanía* que clásicos como Charles Wright Mills le señala a la labor sociológica. A decir de Mills (1959, 2001), es preciso “huir de todo procedimiento rígido. Sobre todo, desarrollar y usar la denominada *imaginación sociológica*. Evitar el fetichismo del método y de la técnica (...) que la teoría y el método vuelvan a ser parte del ejercicio de un oficio” (pág. 222). En ese marco, la voluntad de emprender investigación cualitativa conecta con la flexibilidad que requiere proponer un estudio en el campo de las significaciones de lo femenino en el mundo rural, donde prime el propósito de acceso a esa realidad por sobre las rígidas definiciones de los procedimientos. Apunta precisamente a evitar caer en la simple suma de ejercicios formales de operaciones técnica o de protocolos para su desarrollo y, por el contrario, ser flexible y ajustada al objeto de estudio. En ese sentido, se coincide con Gordo y Serrano (2008), en que “la investigación social se constituye como un proceso abierto, creativo, deseablemente modificable y flexible, y necesariamente adaptado a las especificidades del objeto concreto de la investigación, tanto en el uso de la teoría como en el de los métodos” (pág. xvi).

En efecto, la principal herramienta de investigación social, anterior a cualquier tecnología o instrumental particular, es la experiencia misma del investigador. En términos de Alonso (2008) es “el investigador mismo, formado y consciente de su posición en el sistema de relaciones sociales que lo en-marcan el agente fundamental del ejercicio de indagación en la realidad social” (pág. xi).

La experiencia de quien investiga es sumamente importante como fuente de trabajo intelectual original, y la investigación social por tanto no resulta ajena a las inquietudes personales, biográficas y la vida del individuo que emprende la labor comprensiva de un fenómeno social particular. Como señalara Mills (1959, 2001) “el ser fiel a su experiencia sin fiarse demasiado de ella es una señal de madurez del trabajador (...) desarrollando de ese modo hábitos de auto-reflexión” (pág. 207).

La propuesta de este apartado, en particular, es exponer las reflexiones y autoobservaciones que acompañaron la construcción de mi investigación, la formación de mi interés por lo femenino en el contexto rural y cómo se conectan con la experiencia vivida en el desarrollo del estudio. De esta forma, siguiendo a Valles (2005), “ofrecer de manera más o menos evidente en una experiencia investigadora (...) que arranca con la reflexión sobre la experiencia vivida por el analista” (pág. 92).

Lo anterior, porque los testimonios de los investigados y del investigador encierran, de acuerdo con Valles (2009a), “una propuesta tradicional e innovadora a la vez del oficio sociológico” (pág. 103). Ello implica explicitar, entre otros asuntos, el “conjunto de ideas, deseos, circunstancias que moldean las decisiones que se toman a lo largo de la realización del estudio (...) [y] que nos llevan a decir ‘este es mi tema’” (Sautu, 2009, pág. 119).

Aquí se presentan dos puntos que resultan del ejercicio de autorreflexión propio de la investigación cualitativa. El primero, la elección del estudio de lo femenino en mujeres rurales. El segundo, la generación de espacios particulares entre la investigadora y las mujeres entrevistadas, que recrean, gracias a la utilización de la entrevista, espacios *confesionales* similares a otros donde las mujeres han sido tradicionalmente socializadas y que enriquecen el estudio de lo femenino.

La mujer rural como sujeto de estudio desde un enfoque y modos cualitativos

Durante varios años, y desde distinto espacios, realicé investigaciones y estudios centrados en la ruralidad chilena. Allí evidencí la importancia de comprender la experiencia de la subjetividad rural en condición de su historicidad y situada en relación a las condiciones generales en que se desarrolla. En efecto, abordar la ruralidad desde el prisma abstracto de “los habitantes rurales”, como una categoría social genérica, considerados como un todo homogéneo, no permitía identificar ni profundizar en las propias particularidades de la experiencia de vida en este tipo de ambiente. Tampoco permitía aproximarse a la experiencia de ser mujer en ese contexto, cuando la definición del espacio está fundamentalmente definida por la experiencia productiva del campo.

Ciertamente, ellas abordan su condición de habitantes de la ruralidad desde otro ángulo, uno distinto al de sus pares hombres, y lo hacían, a la vez, tensionadas, conflictuadas respecto a

la relación con los procesos de incorporación de las mujeres a lo público por medio del trabajo remunerado. En el marco de las políticas públicas dominantes y los desafíos planteados por los organismos internacionales, los estudios tendían a abordar la inserción laboral de la mujer rural como eje central de preocupación. En mis primeros años de trabajo profesional y académico (primera década de los 2000) realicé entrevistas a mujeres pertenecientes al circuito de la pequeña producción campesina, pioneras en la salida del espacio doméstico para crear empresas, formar sindicatos o asociaciones. Las sesiones de entrevista se realizaban desde los espacios que eran significativos de sus logros: las oficinas, los despachos de las empresas familiares o asociaciones de las que eran parte. Eran mujeres que relataban detrás de esos escritorios el arduo camino para concretar su negocio, las fórmulas que les permitían señalar sus logros (las postulaciones de fondos, la obtención de ayudas estatales), que les permitían la autoidentificación en la condición de *emprendedoras*.

Sin embargo, veía en esas mismas entrevistas y en sus resultados de progreso, que el trabajo, el logro económico y su aporte a la localidad eran expresivo de una experiencia personal tensionada por las demandas de la condición femenina, todavía muy marcada por la obligatoria responsabilidad de lo doméstico y la reproducción familiar. Pese a los “éxitos”, eran mujeres cuya habla seguía remitiendo a una figura secundaria en la historia de sustento y logro económico familiar. Sus emprendimientos eran autopercebidos como secundarios frente al esfuerzo masculino por el sustento familiar. La racionalidad, la subjetividad, con la que abordaban su oficio, fueran productoras o agentes de desarrollo local, no cuestionaba las desigualdades en las relaciones de género, al menos no en relación a su posición en la escena local. Su conciencia de marginación social no se expresaba aún.

Aquellos relatos ya permitían entrever que las biografías no estaban marcadas solo por la experiencia de ingreso al mercado laboral o el logro productivo, que dominaba en la retórica oficial de los estudios sobre mujeres rurales. Sino por otros elementos relacionados con su propia condición femenina y los dolores de la postergación en la vida íntima. Quizás lo primero que llamo nuestra atención era su capacidad de mirar la ruralidad como un espacio sociocultural repleto de cambios, pero que no se reducían al componente económico. El recuerdo bucólico del campo de sus abuelos y padres se conjugaba con la imagen de un campo marcado por la falta de oportunidades para desarrollar la propia individualidad: imposibilidad de estudiar, la dificultad del trabajo asalariado, la dependencia de las

definiciones patronales; el imperativo de volverse “adultos” desde la niñez, para conocer solos de mayor el ocio y el descanso. Todo un conjunto de piezas narrativas que iban componiendo un mosaico cuasi-arqueológico, soterrado durante buena parte de sus vidas, recuperado en parte y remirado también con las lentes del tiempo transcurrido.

Luego, los relatos se impregnaban de referencias a los obstáculos que debieron sortear para estar en la empresa o asociación. El primero de todos, las demandas normativas en el papel doméstico de la mujer, que suponía desafiar -hasta enfrentarse- con la pareja y con la familia que considera inapropiado que la mujer trabaje. Y en esa misma tensión, emergen los dinamizadores de la salida del espacio doméstico: la maternidad no deseada y en soltería que agita con la necesidad económica la búsqueda de ingresos para dar bienestar a los hijos. O la búsqueda por concretar emprendimientos asociativos entre mujeres que buscan liberarse de la dependencia económicamente de parejas que las maltrataron. En esos relatos, esos rasgos de lo más íntimo, las intensas determinaciones que movieron su voluntad de emprender, quedaban esbozadas de modo general, de cierta forma contenidas, pues las emociones que brotaban eran disonantes con la identidad inédita de la mujer que *se hace así misma* -al estilo del *self-made (man) woman*- y se proyecta en la novedad de sus logros económicos.

Los análisis mostraban una y otra vez que la estructura del discurso de las mujeres era diferente al de los hombres rurales. En el tiempo que tomaban las sesiones de entrevista no se lograba profundizar en las contradicciones del discurso de la mujer identificada con el éxito del pequeño emprendimiento y el dolor femenino postergado. Eran enumerados, una nota al margen, para luego hablar de los logros de la empresa rural. Allí hacía sentido aquello que señalan Delgado y Gutiérrez (1999), y es que las técnicas cualitativas “no recogen, después de rastrear algo que estaba al principio simplemente, sino que encuentran, captan, construyen un resultado, un producto” (pág. 28).

En efecto, la estrategia cualitativa seguida en ese entonces permitía avizorar las múltiples facetas del relato, pero el propósito del estudio dejaba en plano secundario la intensidad de la vivencia. Era necesario otro enfoque, uno que creara las condiciones para que surgiera aquello que explicaba y profundizaba el sentido subjetivo que esas mujeres daban a la condición femenina en lo rural. Pues bien, en los primeros apartados de esta tesis se ha señalado la necesidad de articular la perspectiva feminista -en su sentido teórico y

conceptual- con una estrategia metodológica cualitativa que permitiese abordar el proceso de construcción de lo femenino. La literatura centrada en los estudios de género, o con orientación feminista, coincide en que la utilización de una estrategia cualitativa no solo es pertinente en términos técnicos (de acceso a informantes) sino más bien es esencial en el sentido de dar voz a la propia agente social (actor), desde la densa complejidad de su subjetividad. Así lo confirman Blazquez, Flores y Ríos (2012), para quienes los métodos cualitativos son “una herramienta para conocer los procesos que dan cuenta de las condiciones de género de las mujeres, de los hombres y de sus relaciones al visibilizarlos; que permiten la captura de las voces particulares, las identidades de quienes se investiga, sus semejanzas y diferencias” (pág. 15).

Junto con lo anterior, lo cualitativo y lo feminista integrados y articulados, resultan pertinentes toda vez que el intento está en señalar la especificidad de la experiencia femenina en lo rural, pero sin menoscabar la premisa de heterogeneidad del grupo. En efecto, desde una perspectiva cualitativa que se centra en la experiencia biográfica se pueden conocer múltiples vidas, ahondar en sus perspectivas y particularidades, manteniendo distancia de una idea de mujer abstracta, universal, y se reconoce su heterogeneidad. Por ello, siguiendo a Delgado Ballesteros (2012) “empezar por la experiencia personal es fundamental porque permite que las mujeres se definan por sí mismas, y al hacerlo se resisten a los estereotipos y cosificación, validando sus propias experiencias” (pág. 204).

Mujer entrevista a mujer. Lo confesional y la apertura a la escucha

Una de las primeras entrevistas que realicé para esta tesis fue a una mujer española, de origen rural, que vive en un barrio popular de Madrid junto a su familia. Al momento de la entrevista ella le pidió a su esposo e hijos que no estuviesen mientras se realizaba la sesión. Es el primer anuncio de que la entrevista estaría marcada por un rasgo confesional, de apertura íntima, y que abordaría asuntos de lo femenino que requieren resguardo a la escucha de los hombres de la familia. Esto, que podía ser una anécdota inicial, se convirtió en pauta. Las mujeres buscaban asegurar la privacidad para contar su biografía de mujer. Algo terapéutico se ponía en juego.

Las mujeres elegían sus casas, el salón de sus casas, para relatar su vida. El espacio privado, *el aquelarre* -en el sentido ya glosado-, como lugar de la confesión entre mujeres, que ocurre al momento de iniciar una conversación sobre lo íntimo, ya sea con un café, un mate o un té a la mano. Allí las mujeres relatarán las etapas de su biografía y lo harán desde la comodidad, la simpleza y la intimidad del espacio cotidiano de su casa. El salón en España y el *living* en Chile, devienen en el *diván* de su experiencia social de ser mujer.

De esa forma y en ese espacio, se logrará superar el umbral de la puerta que suele separar cotidianamente lo público y lo privado, ocultando lo íntimo de las miradas ajenas. Ello, porque la estrategia cualitativa permite abordar, desde las competencias narrativas, aquello que es de interés para las mujeres y desde su perspectiva. Y porque la estrategia es especialmente sensible, tal como señalan Beiras et al., (2017), “ante determinados temas como los de las emociones, los contextos y las interacciones sociales” (pág. 55).

Las primeras preguntas metodológicas que me hacía en ese entonces eran sobre la relación que en mi condición de investigadora -y también de mujer- establecía con *las sujetos* de mi investigación, otras mujeres de las que me interesaba, en principio, su condición de rurales. El encuentro *entre mujeres* tiene intensidad, más allá del papel y el estatus puesto en juego al momento de una entrevista. En ese sentido, coincido en lo que señala Delgado Ballesteros (2012) al plantear que las mujeres, tanto investigadas como investigadoras, son “productoras de conocimientos, ya que mutuamente crean la necesidad de entender las fuerzas que han conformado sus vidas como mujeres” (pág. 204). Quizás por ello, en el ejercicio mismo de las entrevistas se evidenciaba algo interesante que aludía a la decisión de *mujeres que estudian a otras mujeres* y a la pertinencia de esta aplicación de la técnica⁵⁵.

Lo que allí se evidenciaba era que las sesiones de entrevista reproducían no solo la confesión religiosa que Ibáñez ha referido sobre el referente cultural de las entrevistas, sino también una forma primaria de la socialización femenina. ¿De qué hablan las mujeres y con quiénes lo hacen cuando no hay una grabadora delante? Las mujeres son socializadas en espacios de conversación y confesión de asuntos de la propia biografía. La mujer así socializada muestra

⁵⁵ No es algo exclusivo de la metodología cualitativa. En España (y en otros países) las primeras encuestas nacionales sobre fecundidad se hicieron con equipos femeninos de encuestadoras, para lograr una aplicación del cuestionario que hiciese posible el intercambio conversacional, aunque fuese más dirigido o estructurado; y se recabasen respuestas más sinceras, preservando la norma cultural para aquellas generaciones de hablar de temas considerados demasiado personales, privados o íntimos como para despacharlos solo entre mujeres.

mayor facilidad, entonces, a narrar su vida, sus problemas, a expresar emociones en el relato. Y lo hace en espacios donde otras mujeres, preferiblemente de su misma generación o extrañas sociológicas, son receptoras. En efecto, y ello aparecerá reiteradas veces en las entrevistas, el grupo de amigas es el espacio de confesión y confianza que tiene continuidad en el tiempo; y donde se habla de aquello que es íntimo, de puertas adentro, sobre la propia trayectoria sin escenarios o públicos que provoquen la autocensura o versiones sociopolíticamente correctas.

A través de la realización de entrevistas biográfico-narrativas se recrea sociológicamente ese espacio de confesión y se afirma ese espacio de confianza que da el hablar entre mujeres. Por lo mismo, los hombres eran apartados o abiertamente expulsados de sus hogares mientras duraba la entrevista. Por eso, una vez terminada la sesión se invita a comer y compartir con la familia. Se reproducía así un espacio de apertura de la intimidad, de la vida privada, de la configuración de lo femenino. Se hablaba del amor, sexualidad, maternidad, matrimonio, los padres y amistades, las dificultades de la vida, el luto, la soledad, la pérdida de hijos, la violencia que algunas sufrieron, los errores de la juventud. En definitiva, de todos los momentos que dejaron huellas en ellas en el proceso de construcción de lo femenino.

5.2. Método biográfico y entrevistas

Los métodos biográficos representan alternativas que han ganado terreno en el campo de la investigación social y, específicamente, en los estudios cualitativos que reflexiona sobre los cambios significativos que ha vivido la experiencia individual, subjetiva, del mundo moderno, en los derroteros que ha tomado el capitalismo desde finales del siglo XX (Sennett, 2000; Bourdieu, 1999; Araujo & Martuccelli, 2012). Existe un reconocido crecimiento en su legitimidad como *camino* para el acceso a vivencias personales y sociales de relevancia sociológica que históricamente han estado silenciadas. Tal como señalara Pujadas (2000), existen grupos sociales “subalternos por criterios de raza, religión, sexo o clase” (pág. 129), su voz ha quedado postergada en las preocupaciones de las ciencias sociales dominantes. La recuperación de estas voces es resultado de una ruptura que ha permitido la emergencia, en el ámbito de lo cualitativo, el desarrollo y expansión de los métodos biográficos en ciencias

sociales⁵⁶, en lo que representa una “especie de revaloración de la historia de seres humanos concretos”, que contrasta con la pretendida cientificidad abstracta de la ciencia social dominante a lo largo del siglo XX (Mejía Navarrete, 2002, pág. 88).

El valor de la investigación biográfica en las ciencias sociales se ancla en el reconocimiento de lo que Bertaux (2005) identifica es el potencial sociológico de las biografías. El análisis de las biografías *permite* la comprensión de realidades sociohistóricas, en la medida en que las narraciones de las prácticas de distintos sujetos son expresivas de una realidad objetiva, socialmente compartida, que se expresa en el relato. Antes que método, la biografía es una aproximación a lo social, “una estrategia de conocimiento, una forma de aprehender y enfrentar los fenómenos referidos al acontecer vital” (Bertaux, 1999, pág. 199). De ahí que sea importante la distinción entre *autobiografía* y *relato de vida*. Mientras la primera se interesa por la singularidad de la narración, en la segunda la biografía se releva como componente de un fenómeno social mayor, del que el sujeto y su experiencia de vida, y la narración permite comprenderla.

Por cierto, el método biográfico no destaca solo por una pretensión *realista* -en cierto sentido objetivista- de la biografía, sino que la narración de vida -la *autobiografía*, a decir de Bertaux- tiene valor en sí mismo, en tanto el acceso a la subjetividad de los significados que el narrador da a su propia experiencia es conocimiento social relevante (Rosenthal, 2004). En ese sentido, la interpretación que el actor hace de su propia vida en la *narración* es el objeto mismo de estudio, pues el relato es una selección propia que combina los eventos con la comprensión que el sujeto hace de ellos. La narración, entonces, tienen tanto de *historia* (*history*) como de *relato* (*story*) y la riqueza sociológica de la biografía está en la puesta en relación que logra en su narración. Como señala Cardenal (2016), respecto a la escuela narrativa-interpretativa de los estudios biográficos -en referencia a Rosenthal, 2004; Chamberlayne y Spanó (2000)- “lo social está inscrito en lo individual y no es, por lo tanto, la acumulación de casos lo que hará posible el conocimiento sociológico, sino la capacidad de realizar las conexiones que van de la experiencia biográfica a las constricciones

⁵⁶ Independiente de la relevancia que han tomado los métodos biográficos en las ciencias sociales, el estudio biográfico tiene una larga data como forma de acceso al conocimiento. Tal como señala Rojo (1997) “el género biográfico tiene una larga tradición (...) que se remonta a las épocas griega y latina, aunque sea en el siglo XVII cuando entra a formar parte de la terminología científica” (pág. 385).

estructurales” (pág. 58). A partir de allí, la fuente principal sobre las cuales se estructura este método es la *vida* vivida y la narración que el sujeto proporciona de ella, “en su doble faceta de individualidad única y sujeto histórico” (Sanz Hernández, 2005, pág. 105).

De acuerdo a lo anterior, el método biográfico se sustenta en la historia personal, pero “que toma la forma narrativa incorporando sus descripciones de experiencias y sucesos y sus interpretaciones” (Sautu, 1999, pág. 23). De esa forma, en la biografía estrechan lazos lo personal y lo social, campos en los que se despliega la narración de la experiencia combinando cambios macrosociales -económicos, culturales, sociales y tecnológicos- con los sucesos vitales de los individuos (Sanz Hernández, 2005, pág. 106).

El relato se vuelve relevante al señalar, de forma discursiva, los modos en que el individuo, a decir de Bolívar y Domingo (2006), “dan significado al mundo de la vida” (pág. 3). En él confluyen dinámicas sociales y configuraciones psicológicas que dan forma, de manera peculiar, a las experiencias del pasado, pero “siempre en clara relación con la situación presente y los proyectos futuros” (Sanz Hernández, 2005, pág. 105).

Coincidiendo con Cardenal (2016), el valor de las premisas epistemológicas de considerar el método biográfico desde una perspectiva narrativo-interpretativo está en entender la experiencia “como un terreno donde concluyen la subjetividad que decide, reflexiona y actúa, y su interacción concreta con el sistema de relaciones sociales en la que se desenvuelve” (pág. 58). De esa manera, y siguiendo a la autora, la historia individual no solo se entiende como *representativa* de una categoría social -mujer, campesina, chilena, española- sino como una subjetividad que se despliega en “una red de relaciones sociales de la que es miembro y agente en la sociedad en que vive, y que debe afrontar, en su biografía, las constricciones estructurales propias de su época y posición” (págs. 58-59).

Ahora bien, la elección del método biográfico implica asumir, cuestiones que le hacen relevante y acorde a los objetivos de esta investigación. La primera, de orden metodológico y analítico, y es que utilizar un enfoque *biográfico* supone una comprensión particular que permite conciliar “la observación y la reflexión” (Bertaux, 1999, págs. 199-200). De lo social, en nuevos términos, y no solo la aplicación de una técnica de producción de información.

La segunda, es reconocer que esta metodología permite al investigador social situarse en un *punto de fuga* en el cual convergen dos dimensiones de la realidad social que, miradas en el plano original, en apariencia, no se tocan: “el testimonio subjetivo de un individuo a la luz de la trayectoria vital, de sus experiencias, de su visión particular, y la plasmación de una vida que es reflejo de una época, de unas normas sociales” (Pujadas, 2002, pág. 44). Logra integrar esferas sociales y de actividades diferentes (familia, trabajo, amistad) y a la vez presenta trayectorias concretas y no abstracciones estructurales.

Tercero, siguiendo a Bourdieu (1997), hablar de *historia de vida* presupone entender que “una vida es inseparablemente el conjunto de los acontecimientos de la existencia individual concebida como una historia y el relato de esta historia” (pág. 74), viéndonos además sometidos al carácter polisémico del concepto⁵⁷. De ese modo, los relatos representan el medio por el cual investigador accede a la experiencia subjetiva de lo vivido que, en su riqueza de contenidos, es posible hallar una inagotable fuente de interpretaciones de fenómenos sociales también heterogéneos.

Y, cuarto, la utilización de este método posiciona al investigador ante realidades y sujetos invisibilizados por las ciencias sociales, que el estudio biográfico habilita con posibilidades ilimitadas. Tal como se ha señalado a lo largo de esta investigación, uno de aquellos grupos lo constituyen las mujeres. Coincidiendo con Pujadas (2002), la investigación biográfica ha sido fundamental en el despliegue de los estudios sobre mujeres, género y feminismos en las últimas décadas “para el estado de sus roles, consideración social, experiencias y, sobre todo, de los procesos de cambio de su posición en la sociedad, los *relatos biográficos* constituyen prácticamente el único recurso metodológico” (pág. 64).

De acuerdo a lo anterior, cabe reiterar un par de elementos que hacen de la elección del método biográfico y las historias de vida una estrategia adecuada y pertinente para indagar

⁵⁷ De acuerdo a Varela (2008), el carácter polisémico del concepto radica en la terminología utilizada por los expertos. “El carácter multifacético de este método, así como las muchas tradiciones (...) en las que se sustenta, ha generado una multiplicidad terminológica que llega a producir confusión y una difícil delimitación conceptual” (Pujadas, 2002, pág. 13). Sarabia (1985) señala que el término ha sido tomado en un sentido amplio “que ha englobado las autobiografías definidas como vida narradas por quienes las han vivido, o informes producidos por los sujetos sobre sus propias vidas, y las biografías, entendidas como narraciones en las que el sujeto de la narración no es el autor final de la misma” (pág. 171). Siguiendo con el autor, el concepto de historias de vida es usado “para designar tanto relatos de toda una vida como narraciones parciales de ciertas etapas o momentos biográficos” (pág. 171).

en la conceptualización de lo femenino. El primero, y más evidente, es reconocerle en el marco de las metodologías conversacionales, en que se avala no solo “la *competencia narrativa*” (Valles, 2014, pág. 12) de las mujeres rurales, sino también su condición de testigos de los cambios en lo femenino. Ello, además, reconociendo no las subjetividades de aquellas mujeres, así como las estructuras y dinámicas que se corresponden con las propias transformaciones de la ruralidad española y chilena y que enmarcan las trayectorias biográficas de tres generaciones.

Las historias individuales y las colectivas, a las que se hacía alusión más arriba, aparecen entonces materializadas en los relatos de las abuelas, madres e hijas. Emergen allí, además, esas relaciones primarias a las que aludía Pujadas (2002). El método devela el funcionamiento del *aquelarre* de mujeres rurales; es decir, las estructuras sociales compartidas, los espacios de socialización, de reproducción y alteración de los modelos de lo femenino. Aparecen también los pueblos rurales y las familias, así como las transformaciones técnicas y socioculturales del campo español y chileno. Se conforman identidades con el espacio concreto en el que transcurren esas biografías, se activa la memoria. En efecto, no es posible pensar el ejercicio de investigación biográfico, siguiendo a Sanz Hernández (2005), “sin recurrir a los conceptos de *identidad y memoria*, diferentes, pero perfectamente imbricados. (...) A través de los relatos se releva un tipo de sociabilidad informal, y es en esta interacción dinámica en la que se traza una *memoria colectiva*” (pág. 107). Ello ha sido primordial en esta investigación, como hemos venido señalando. Se recurre a la memoria individual, pero también intergeneracional. Se reconocen como mujeres rurales, diferentes a la generación que las precede y diferente a la que le sigue. Pero todas identificadas en un pasado y futuro común en torno a lo rural, todas mujeres portadoras de una forma colectiva de configurar lo femenino.

La estrategia biográfica ha sido significativa también en la medida que promueve un acercamiento metodológico y analítico particular, pues posiciona a quien investiga en una condición reflexiva e involucrado con el relato y el sujeto investigado, en los términos en que Valles (2014) caracteriza a la “*entrevista activa*” (pág. 32), al relacionarla con la *entrevista biográfica* en los términos que la define Pujadas (1992). En efecto, en la estrategia biográfica se estructura un cuestionamiento de la relación tradicional de *neutralidad* del investigador ante el sujeto investigado, en la medida en que ella reivindica una interacción personal, la

sume estrecha y necesariamente implicada. Detalles sobre ello se han presentado en el apartado anterior y en el que está a continuación, pero aquí podemos mencionar que el carácter confesional que adquieren las entrevistas con mujeres, la recreación de espacios de sociabilidad femenina, el hecho de ser una mujer que entrevista a otras mujeres, entre otros, permiten afirmar que el marco que entrega el método biográfico sitúa a quien investiga en *complicidad* necesaria con los sujetos y sus circunstancias.

Una vez señalado lo anterior, cabe referir específicamente a la elección de la *entrevista biográfica* como técnica sociológica de investigación. Desde la referencia clásica de Taylor y Bogdan (1994), que la realización de “las historias de vida se redactan sobre la base de entrevistas en profundidad” (pág. 109), son múltiples los desarrollos que afirma, la centralidad de la *entrevista biográfica* como fuente narrativa, “*consustancial* de la naturaleza de las [técnica de] entrevistas cualitativas” en las Ciencias Sociales (Valles, 2014, pág. 29) . Para los fines de esta investigación, y siguiendo a Valles (1997), se buscó una técnica que tiendan a la apertura, mayor control y, a la vez, con altos grados de flexibilidad en la medida que permite combinar distintos grados de estructuración conforme al objetivo de obtener la narración biográfica, como sostienen Wengraf (2001) en su modelamiento de la propuesta de *entrevista biográfico-narrativa* de Rosenthal (2004).

Desde sus orígenes, las entrevistas cualitativas, de acuerdo a Ortí (1999), “entrañan una recuperación de la subjetividad real de las relaciones sociales, devolviendo (de forma relativa) el protagonismo y la voz a los propios sujetos/objetos (...) por la riqueza viva del proceso de comunicación real de intercambio simbólico entre sujetos totales” (pág. 87). En efecto, en la investigación social cualitativa mediante entrevistas, el sujeto de la investigación deja atrás su posición pasiva en el desarrollo y producción de la investigación y pasa a una posición activa, en que su protagonismo es clave para el buen desarrollo de una indagación. Valles (2014) reconoce un desarrollo consustancial de la entrevista cualitativa con los modos de indagación asociados a los métodos biográficos.

Emparentados en origen, resulta natural que, para el cumplimiento de los objetivos de investigación, se utilice la *entrevista biográfica* (por ende, cualitativa) pues indaga en los aspectos subjetivos, intencionando el análisis del espacio subjetivo-comunitario en tanto sentidos mentados y comunes (Canales, 2006b). Las entrevistas fueron seleccionadas por su

carácter “flexible y dinámico (...) no directivas, no estructuradas, no estandarizadas y abiertas” (Taylor & Bogdan, 1994, pág. 101). A la vez, resulta adecuada pues toma rasgos *activos* donde -siguiendo a Valles (2014)- los principios de *neutralidad* del investigador quedan postergados a razón de obtener relatos biográficos que permitan reconstruir la historia de vida.

En las entrevistas cualitativas, como las realizadas en este estudio, la labor de la investigadora fue la de estimular a las mujeres para que realizasen su narración. En comparación, siguiendo a Valles (1997), “la *entrevista en profundidad* es (...) más capaz y eficaz en el acceso a la información difícil de obtener sin la mediación de un investigador” (págs. 196-197). Ello justifica también la selección de esta técnica para indagar en las trayectorias vitales, en las experiencias personales e íntimas de las mujeres y así profundizar en su conceptualización de lo femenino. Asimismo, el carácter confesional que adquiere la *entrevista biográfica* (Valles, 2014), favoreció que las mujeres revisaran aspectos íntimos de su experiencia vital.

A nivel práctico, técnico incluso, el esquema de *entrevista biográfico-narrativo* resulta guía para la organización de los procedimientos de entrevista en esta investigación. En la propuesta de (Wengraf, 2019) la sesión de entrevista con objetivo biográfico se enfoca en obtener el mayor caudal de información narrativa con poca intervención del investigador-entrevistador, dando oportunidad a que el entrevistado reconstruya su experiencia vital de manera libre y el rol de investigador sea la de facilitar las evocaciones mediante *preguntas narrativas* (Wengraf, 2019).

5.3. Decisiones de diseño y preparación de las entrevistas

Las decisiones de diseño en una investigación biográfica requieren de una organización, un orden, abierto a las nociones de la especialidad y consientes de la retórica académica, en especial en el sentido de definir las preguntas y objetivos disciplinares del estudio. En los términos que lo define Valles (1997), “la información (temas, objetivos) que se considere relevante en un estudio será lo que determine, en gran parte, la selección de los entrevistados, entrevistadores, el estilo y repetición o no de la entrevista (su escenario temporal, espacial)” (pág. 203). Sin embargo, este *argot* no determina ni predefine los términos en que el investigador se encuentra con los sujetos investigados. A nivel metodológico y con la

delimitación de la investigación presentada en los capítulos y apartados anteriores, se ha considerado pertinente profundizar en una serie de decisiones que se corresponden con el diseño, la realización de las entrevistas, así como todo el proceso de trabajo de campo que favoreció el desarrollo de esta investigación.

Lo anterior en el entendido que, siguiendo a Valles (2009b), “hay diversas formas de representación de la experiencia investigadora vivida (no solo las más formales o académicas)” (pág. 13). En efecto, tal como señalan Wainerman y Sautu (2001), es posible “levantar el telón y escudriñar detrás, en la trastienda del quehacer del investigador social” (pág. 13). Es relevante, considerar las aportaciones de Wengraf (2001), que precisan la distinción entre *preguntas teóricas* de la investigación (*theory-questions*) y *preguntas de la entrevista* (*Interviewer-questions*) -estas últimas construidas en atención al lenguaje cotidiano de los entrevistados-. En base a estos elementos, se presentan decisiones metodológicas combinadas con otros procesos en el desarrollo de la investigación.

En el primer apartado se detallan aspectos diversos sobre el proceso de preparación de las entrevistas, tales como la elaboración detallada y gradual del guion de entrevista; el diseño, aplicación y ventajas de contar con fichas metodológicas elaboradas *ad hoc* a la investigación y notas de campo como ejercicio de reflexión y análisis; la sesión de entrevista y las decisiones de grabar, transcribir y devolver el material a las mujeres entrevistadas de acuerdo a principios metodológicos y éticos; y, finalmente, algunos de los criterios de calidad seguidos en el estudio, ligados principalmente a la *credibilidad*, *reflexividad* y *transferibilidad* (Valles, 1997, págs. 101-104; Marshall, 1996, págs. 522-525).

En el segundo apartado se detalla el proceso de selección de las mujeres que finalmente son entrevistadas para esta investigación. Para ello, se presenta el muestreo cualitativo utilizado, así como los criterios para la selección de la muestra cualitativa. Además del *muestreo teórico* (Glaser, 1992; Marshall, 1996; Valles, 1997, págs. 210-215), se presenta el cuadro tipológico o de perfiles sociológicos que orientaron la búsqueda de mujeres rurales. Finalmente, se identifican las mujeres que pasaron a formar parte de la muestra. El tercer apartado refiere a la estrategia de análisis utilizada en esta investigación, que está compuesto de un primer nivel sustentado en la *teoría fundada* o *fundamentada* (Glaser, 1992; Valles, 1997; Charmaz, 2005) y un segundo nivel que lo hace en el análisis de los discursos de las mujeres entrevistadas.

Elaboración del guion de entrevista

La elaboración del guion de entrevista es una de las acciones que forman parte de los preparativos de la realización de las entrevistas cualitativa. Y que, en el caso de la entrevista biográfica, requiere de una consideración respecto a las cuestiones que permiten la obtención de una narración biográfica (Wengraf, 2001; Cardenal, 2016; Wengraf, 2019). Metodológicamente, el guion actúa como un marco general de temas que regulan la interacción entre quien entrevista y quien es entrevistado, con el objetivo que las sesiones de entrevista permitan obtener la información narrativa necesaria para asegurar el relato biográfico. En efecto, “el guion de las entrevistas en profundidad contiene los temas y subtemas que deben cubrirse, de acuerdo con los objetivos informativos de la investigación” (Valles, 1997, pág. 204), pero no deben fijarse de antemano los límites de la conversación, ni estandarizar o delimitar la narrativa a través de la que el sujeto espontáneamente organiza sus evocaciones y recursos.

Bajo ese principio, la elaboración del guion es fundamental y requiere de la elección de estrategias para su mejor diseño. Por ello, de acuerdo a Valles (2014), el guion ha de traducir las preguntas teóricas de la investigación -los asuntos cubiertos en los objetivos- en preguntas e intervenciones que cooperan en que se produzca la conversación. Por cierto, en esa definición, el guion en ningún caso proporciona fórmulas cerradas de los asuntos a ser tratados en la entrevista biográfica “ni sugiere opciones de respuestas” (Valles, 1997, pág. 204).

De acuerdo a Wengraf (2001, pág. 61), citado por Valles (2014), “las preguntas de investigación, también llamadas ‘preguntas de teoría’ deben distinguirse claramente de las ‘preguntas de entrevista’ (...). Las primeras se formulan con el lenguaje especializado propio de los investigadores, mientras que en las segundas se emplea el lenguaje coloquial de los entrevistados” (pág. 59). Siguiendo a Kvale (1996) y Valles (2014), se determinó preparar preguntas temáticas de investigación (PTI) y preguntas dinámicas de investigación (PDI) que son las que se usan durante la entrevista.

Para la elaboración del guion de esta tesis, tal como se observa en la Tabla 38, se definieron cuatro preguntas *temáticas* de investigación que se corresponden con los objetivos más amplios de la investigación y ocho preguntas *dinámicas* de investigación. La primera

pregunta dinámica de investigación (PDI1) corresponde a lo que Wengraf (2019) denomina *pregunta narrativa inicial* (Cardenal, 2016)⁵⁸. No se presenta un desglose de otros temas propios de las sesiones de entrevista pues, tal como señala Valles (2014), “no se pueden planificar todas las intervenciones del entrevistador durante la sesión de entrevista cualitativa, sus silencios, las peticiones de elaboración o aclaración, etcétera” (pág. 61).

⁵⁸ La noción es tomada en la traducción que hace (Cardenal, 2016) de la noción de Single Question Aimed at Inducing Narrative (SQUIN), presentada por (Wengraf, 2001).

Tabla 38. Elaboración guion de entrevista, de acuerdo a preguntas temáticas y dinámicas

Objetivos	Preguntas temáticas de investigación PTI	Preguntas dinámicas de investigación PDI
Indagar en las dimensiones que componen lo femenino en las mujeres rurales	Preguntas temáticas investigación 1 (PTI1)	General (PDI1) Cuéntame la historia de tu vida, revisando cada etapa vivida (niñez, adolescencia, juventud, adultez, hasta hoy) y las cosas que hacías, que pensabas.
	¿Qué esferas o dimensiones componen lo femenino de una mujer rural a lo largo de su trayectoria?	Específica N°1 (PDI2) ¿Qué me puedes contar sobre las diferentes relaciones que tenías en esa etapa (familiares, amigos, novios, profesores, vecinos)?
	Primer nivel: detectar, describir y analizar las dimensiones que componen lo femenino a lo largo de las diferentes etapas de su trayectoria.	Específica N°2 (PDI3) ¿Qué me puedes contar sobre el amor, la sexualidad, el matrimonio y la maternidad en ese tiempo? ¿Qué eran para ti?, ¿cómo los vivías?
Indagar en los elementos de cambio y permanencia que intervienen en la configuración de lo femenino de la mujer rural	Preguntas temáticas investigación 2 (PTI2)	Específica N°3 (PDI4) ¿Qué cambios has visto en tu forma de pensar, en las cosas que haces o en cómo te relacionas con otras personas entre una etapa y otra de tu vida?
	¿Qué elementos de los que conforman lo femenino permanecen y cuáles cambian en la trayectoria?	Específica N°4 (PDI5) ¿Qué crees que ha permanecido en tu forma de pensar, en las cosas que haces o en cómo te relacionas con otras personas entre una etapa y otra de tu vida?
	Segundo nivel: detectar, describir y analizar las dimensiones y subdimensiones que permanecen y se transforman en las trayectorias vitales de las mujeres rurales.	

Tabla 38. Elaboración guion de entrevista, de acuerdo a preguntas temáticas y dinámicas

Objetivos	Preguntas temáticas de investigación PTI	Preguntas dinámicas de investigación PDI
Indagar en la relación intergeneracional de las mujeres en la configuración de lo femenino	Preguntas temáticas investigación 3 (PTI3) ¿Qué influencia ejercen otros actores en la permeancia o cambio de las dimensiones que conforman lo femenino a lo largo de las trayectorias vitales de las mujeres rurales? Tercer nivel: detectar, describir y analizar los actores relevantes en la trayectoria y su influencia en la configuración de lo femenino a lo largo de la trayectoria vital de las mujeres rurales.	Específica N°5 (PDI6) ¿Cuáles fueron las personas más relevantes a lo largo de tu trayectoria, por qué?
	Preguntas temáticas investigación 4 (PTI4) ¿Cuál es el autorretrato que hacen las mujeres de sí mismas? ¿Hay referencias a la condición de ruralidad? Curto nivel: detectar, describir y analizar los aspectos relevados por las mujeres en su proceso de construcción identitaria en relación a las dimensiones de lo femenino y la particularidad de lo rural.	Específica N°7 (PDI8) ¿Cómo te describirías en las diferentes etapas de tu vida (etapa vivida (niñez, adolescencia, juventud, adultez, hasta hoy)? Si pudieras hacer un autorretrato, recordando un poco cómo eras, qué pensabas, algún recuerdo importante de este período.

Fuente: Elaboración propia.

Una vez definidas las preguntas *temáticas* y *dinámicas* de investigación se definieron los tiempos en que cada dimensión de la trayectoria de las mujeres sería abordada -como un marco de referencia, no como un aspecto estructurado e inamovible-. El guion elaborado se desarrolla considerando una extensión planificada de dos horas de entrevista. Sin embargo, no se define un tiempo límite de manera anticipada, dejando que la entrevistada desarrolle su narración con el menor número de interrupciones posibles. Se definieron tres momentos distinguibles en las sesiones de conversación, que dieran marco al desarrollo de la narración: niñez y juventud temprana, adultez, y proyectos y expectativas, cada una de ellas asociadas a los tiempos pasado, presente y futuro, tal como se observa en la Tabla 39.

Para mejorar la comprensión de los objetivos de la tesis, además de la introducción que se hizo al inicio de la sesión -con la presentación, el señalamiento de los objetivos, temas, aspectos de confidencialidad de las entrevistas y la pregunta narrativa inicial (SQUIN)-, se consideró pertinente iniciar cada ciclo de la biografía con una reiteración de la pregunta narrativa inicial, siempre que fuese necesario.

Ahora bien, adicionalmente, para efectos prácticos se elaboró una pauta de temas y preguntas que fueron utilizados como registro de asuntos para la entrevistadora, que sirve de pauta de orientación del desarrollo de la entrevista biográfica, que se tenía “a mano” en las sesiones de entrevista. Ello, con el objetivo de abordar aspectos que son de relevancia a nivel teórico como práctico. Es, como se observa en la Tabla 40, un guion de entrevista desglosado que orienta a la investigadora en el abordaje de la sesión sobre los distintos tópicos correspondientes a cada etapa del ciclo vital. Es importante señalar acá que el guion de entrevista era planteado de forma general, Hay énfasis, de todos modos, que quedan plasmados en este nuevo guion de forma más completa y que se constituían en ayudas o provocadores de la narración de las entrevistadas.

Tabla 39. Temas del guion, objetivos y distribución de los tiempos

	Introducción	Pasado	Presente	Futuro
Temas generales	<i>Presentación del tema, pregunta narrativa inicial y criterios de confidencialidad</i>	Niñez, adolescencia y juventud temprana	Adulthood y actualidad	Proyectos, desafíos y expectativas
Extensión tentativa en sesión	5 minutos	45 minutos	45 minutos	20 minutos
Objetivos de los temas del guion	Informar los temas que se abordaran en la sesión, el interés del estudio que es conocer experiencias pasadas y presentes como las emociones que ciertas situaciones han provocado en ella, así como sus proyecciones para el futuro. Finalmente dar a conocer los criterios de confidencialidad de la entrevista y el uso final de la información generada	Indagar en la trayectoria biográfica de la entrevistada considerando sus primeros años hasta los 15-20 años (en el caso de mujeres abuelas y madres), identificando las dimensiones que conforman lo femenino y los actores que influyen en ese proceso de configuración. Son de interés tanto las experiencias como las emociones asociadas.	Indagar en la situación presente de la entrevistada, identificando las dimensiones que componen lo femenino, principales cambios experimentados, mantención de ciertas pautas de pensamiento y de conducta y actores relevantes en ese proceso. Son de interés tanto las experiencias como las emociones asociadas.	Indagar en expectativas y proyectos que tienen las mujeres rurales en las distintas dimensiones que configuran lo femenino.

Fuente: Elaboración propia

Tabla 40. Guion de entrevista

Primera parte. Pasado: niñez, adolescencia y juventud temprana

1. Niñez	
1.1. Descripción del escenario de la niñez	Para comenzar, me gustaría que me contaras sobre tu niñez. Describe un poco tu vida cuando pequeña. ¿Dónde vivías?, ¿con quiénes vivías?, ¿qué hacías?, ¿con quiénes jugabas?, ¿quiénes eran tus amigos?
1.2. Perfil general de la entrevistada. Autorretrato	¿Cómo eras tú cuando pequeña? Si pudieras hacer un autorretrato, si recuerdas qué pensabas, cómo veías a los adultos, algún recuerdo importante de esta etapa.
1.3. Relaciones (familiares y otros)	Cuéntame un poco con quiénes te relacionabas en esta etapa, cómo eran esas relaciones y como influían en ti, tanto con tus padres, hermanos y hermanas, abuelos y abuelas, amigos y amigas, vecinos, profesores. Y la relación con los hombres de tu familia, padre, hermanos, tíos ¿cómo era? ¿Qué recuerdos tienes de ellos, qué hacían, cómo te vinculabas con ellos, de qué hablabas con ellos? ¿Y con otros hombres? ¿Amigos, profesores? ¿Y la relación con las mujeres de tu familia, madre, hermanas, tías, abuelas? ¿Qué recuerdos tienes de ellas, qué hacían, cómo te vinculabas con ellas, de qué hablabas con ellas? ¿Y con otras mujeres, amigas, profesoras?
1.4. Amor, sexualidad, matrimonio y maternidad	Me gustaría que ahora habláramos directamente sobre las cosas que a ti te pasaban. Sobre lo que tú pensabas sobre cosas como el amor, el matrimonio, los hijos, la sexualidad. ¿Se hablaba de estas cosas? Sobre las cosas que conversabas sobre estos temas, ¿con quiénes lo conversabas?, ¿Cómo influyeron en ti estas conversaciones?
- Amor	Amor: ¿Cómo vivías el amor cuando eras niña? ¿Qué pensabas? ¿Qué hacías? ¿Recuerdas si te gustaba algún chico?, Cuéntame tus sentimientos o emociones sobre este chico. ¿Hablabas de esto con alguien?, ¿tu madre, tu padre, algún amigo o amiga?, ¿Alguien cercano? ¿Y qué te decían? ¿Tenías alguna forma de expresar esos sentimientos, escribías, leías? ¿Tenían algún diario de vida? ¿Recuerdas qué escribías allí?
- Sexualidad	Sexualidad: ¿Qué era para ti la sexualidad en este tiempo?, ¿Recuerdas algo?, ¿Sabías algo?, ¿Qué pensabas? ¿Quién te hablaba de esto?, ¿De qué forma te lo hablaban?
- Matrimonio y maternidad	Matrimonio y maternidad: ¿Y qué pensabas sobre el matrimonio en esta época? ¿Y sobre tener hijos? ¿Tenías alguna preferencia por ser dueña de casa o trabajar? ¿Había alguna persona que recuerdas que influyera en tu forma de pensar sobre estas cosas? ¿Qué te decían?

Tabla 40. Guion de entrevista

2. Adolescencia	
2.1. Descripción del escenario de la adolescencia y juventud	Bueno, me gustaría que me contaras sobre tu adolescencia y tu juventud, digamos entre los 13 y 20 años. Describe un poco tu vida en esta etapa, las cosas que hacías, que pensabas, tus preocupaciones. ¿Dónde vivías?, ¿con quiénes vivías?, ¿qué hacías?, ¿quiénes eran tus amigos?
2.2. Perfil general de la entrevistada. Autorretrato.	¿Cómo te describirías en esta etapa? Si pudieras hacer un autorretrato, recordando un poco cómo eras, qué pensabas, algún recuerdo importante de este período.
2.3. Relaciones (familiares y con otros)	Cuéntame un poco con quiénes te relacionabas en esta etapa, cómo eran esas relaciones y cómo influían en ti, tanto con tus padres, hermanos y hermanas, abuelos y abuelas, amigos y amigas, vecinos, profesores, etc. ¿Qué cambios ves que has tenido en tus relaciones (con hombres primero, familiares y amigos/ con mujeres, familiares o amigas) entre esta etapa y la anterior, la de la niñez? ¿Qué cosas creen que se han mantenido en ti desde la niñez hasta hoy en tu forma de relacionarte con otros? ¿Y de pensar sobre ellos? Y la relación con los hombres de tu familia, padre, hermanos, tíos, ¿cómo era? ¿Qué recuerdos tienes de ellos, qué hacían, cómo te vinculabas con ellos, de qué hablabas con ellos? ¿Y con otros hombres? ¿Amigos, profesores? ¿Qué cambios has tenido en tus relaciones con todos estos hombres de los que me hablas (familiares y amigos) entre esta etapa y la anterior, la de la niñez? ¿Y la relación con las mujeres de tu familia, madre, hermanas, tías, abuelas...? ¿Qué recuerdos tienes de ellas, qué hacían, cómo te vinculabas con ellas, de qué hablabas con ellas? Y con otras mujeres, ¿amigas, profesoras? ¿Qué cambios ves que has tenido en tus relaciones con todas estas mujeres de las que me hablas (familiares y amigas) entre esta etapa y la anterior, la de la niñez? ¿Qué cosas crees que se han mantenido en ti desde la niñez hasta hoy en tu forma de relacionarte con estas mujeres? ¿Y de pensar sobre ellas?
2.4. Amor, sexualidad, matrimonio y maternidad	Como lo hacíamos antes, me gustaría que me contaras como viviste el amor y la sexualidad en esta etapa de adolescencia y juventud.
- Amor	¿Qué cosas pensabas sobre el amor, sobre la sexualidad, incluso si pensabas sobre cosas como la maternidad y el matrimonio?, ¿cuáles fueron tus primeras experiencias?, ¿qué sentiste, con quién las hablaste?, ¿qué cosas pensabas y sentías? ¿Se hablaba de estas cosas? ¿Con quiénes lo conversabas? ¿Cómo influyeron en ti estas conversaciones? ¿Cuáles crees que han sido los mayores cambios en tu forma de pensar sobre estos temas desde que eras niña hasta que eras una adolescente? ¿Qué cosas, ideas o sentimientos crees que aún permanecen en ti?

Tabla 40. Guion de entrevista

- Sexualidad	¿Qué era para ti la sexualidad en este tiempo? ¿Qué pensabas? ¿Sabías algo? ¿Qué hacías? ¿Quién te hablaba de esto? ¿Cuáles crees que han sido los mayores cambios en tu forma de pensar sobre la sexualidad desde que eras niña hasta que eras una adolescente? ¿Qué cosas, ideas o sentimientos crees que aún permanecen en ti?
- Matrimonio y maternidad	¿Y qué pensabas sobre el matrimonio en esta época? ¿Y sobre los hijos? ¿Ser ama de casa o trabajar? ¿Había alguna persona que recuerdas que influyera en tu forma de pensar sobre estas cosas? ¿Qué te decían? ¿Cuáles crees que han sido los mayores cambios en tu forma de pensar sobre el matrimonio y la maternidad desde que eras niña hasta que eras una adolescente? ¿Qué cosas, ideas o sentimientos crees que aún permanecen en ti?
Segunda parte. Presente: adultez y actualidad	
3. Adultez	
3.1. Descripción del escenario actual.	Cuéntame cómo es tu vida hoy. Cómo es un día en tu vida. Con quiénes te relacionas. ¿Hombres? ¿Y qué tipo de relaciones entablas con ellos? ¿Y con mujeres? Como es el amor hoy en tu vida. Como vives la sexualidad hoy.
3.2. Autorretrato	¿Cómo te ves hoy?
Tercera parte. Futuro	
4. Proyectos, expectativas y otros	Autorretrato: ¿Cómo te ves en los próximos años? ¿Qué cosas crees que estarás haciendo? ¿Qué te habría gustado hacer, que no has hecho?

Fuente: Elaboración propia.

Fichas metodológicas y diario de campo como ejercicios de reflexión y análisis

En el proceso de diseño de las sesiones de entrevista, se consideró relevante contar con dos diferentes pero complementarias estrategias de observación, reflexión y análisis, que se articularan con el material que generarían las entrevistas biográficas y que, en conjunto, permitirían robustecer la presentación de información y el análisis de las entrevistas.

Ahora bien, tras estas decisiones está la premisa que, como señala Cohen (1990), independiente del asunto estudiado o de la metodología que se utilice, siempre existe en una investigación un método de observación. Y que, de acuerdo a Taylor y Bogdan (1994), “los investigadores también se abrevan en su experiencia directa con escenarios, informantes y documentos, para llegar al sentido de los fenómenos” (pág. 159). Siguiendo con los autores, las notas de campo deben ser detalladas pues “los datos recogidos en esta etapa pueden ser extremadamente valiosos más adelante” (pág. 45).

Por lo anterior, se diseñaron fichas metodológicas para completar antes y luego de cada sesión de entrevista, y se elaboró un cuaderno de notas, para registrar el proceso de trabajo de campo. Ambas elaboraciones parten de la premisa que “reflexionar sobre la *experiencia vivida* (...) favorece sobremanera la labor investigadora. Basta sumergirse (...) en la memoria propia, pertrechados con lápiz y papel, para hacer acopio de sucesivos *memorandos* cuya relectura y clasificación ulteriores darán lugar a una suerte de espiral indagatoria muy útil” (Valles, 2005, pág. 93).

En ambas instancias, siguiendo otros ejercicios explicitados en investigaciones cualitativas, se incluyó “el registro de observaciones, eventos y discursos de los actores, anotaciones casuales y fragmentarias, diarios personales, planes de actividades diarias, copia de material escrito hallado en el campo y diagramas, planos y dibujos son los diversos tipos de registro elaborados por el investigador a lo largo de su trabajo de campo” (Instituto de Desarrollo Económico y Social, 2001, pág. 65).

Las fichas metodológicas elaboradas *ad hoc*, por su parte, tenían por objetivo registrar aspectos descriptivos de la sesión, vinculados al perfil de la mujer, la extensión y lugar de la sesión y otros asuntos. La ficha permite también registrar reflexiones metodológicas y analíticas sobre el proceso de entrevista y los discursos. Contenían, finalmente la

diagramación del lugar de la entrevista, que sería para una ubicación espacio-temporal de la sesión (ver Tabla 41).

El diario de notas de campo, por otra parte, consideró observaciones de los pueblos de las mujeres, así como algunas dinámicas allí detectadas. En algunos casos las observaciones fueron guiadas por las propias entrevistadas; en otras por la persona que estableció el contacto con las mujeres; o bien, de manera autónoma. Las notas de campo que resultan de la observación son parte de la decisión de integrar aspectos metodológicos de relevancia que resultan del proceso reflexivo y del ejercicio sociológico. En el diario de campo se agregaron también fotografías de los pueblos de las mujeres, sus casas y otras actividades que ellas quisieron que fuesen registradas por la investigadora y que son presentadas en el Capítulo 6.

Tabla 41. Ficha metodológica

1. Datos y perfil	
Entrevista número:	
Tipo de entrevista (piloto o final):	
Entrevistador:	
2. Datos generales (completar antes entrevista)	
Perfil:	Fecha entrevista:
País:	Lugar entrevista:
Nombre entrevistada:	Medio de contacto:
Hora cita:	Teléfono contacto:
Dirección:	
2. Notas metodológicas antes del inicio de la sesión de entrevista	
Hora inicio entrevista (completar apenas iniciada entrevista):	Hora finalización entrevista (completar después entrevista):
3. Descripción del encuentro (completar después entrevista):	
4. Perfil entrevistada (completar después entrevista)	
5. Notas luego de realizada la entrevista	
5.1. Aspectos metodológicos (completar después entrevista)	
5.2. Aspectos analíticos e interpretativos (completar después entrevista)	
6. Diagrama lugar realización entrevista (completar después entrevista)	
Fuente: Elaboración propia.	

La sesión. Grabación, transcripción y devolución del material a las mujeres

Todas las entrevistas realizadas tanto en Chile como en España fueron realizadas y transcritas por la investigadora. Para fortalecer el proceso de análisis, las transcripciones fueron integradas a un documento o informe general que contenía las fichas metodológicas, así como las notas de campo y fotografías. Cabe señalar que con la totalidad del material cualitativo recopilado y generado en cada una de las sesiones -transcripción, fotografías, notas de campo y registro de actividades y de pueblos rurales- se elaboró una historia de vida para cada mujer entrevistada. Este material permitió la elaboración de retratos sociológicos, como se verá en el Capítulo 7 de esta investigación.

Una vez realizadas las sesiones, a cada mujer que participó de la investigación le fue enviada la transcripción de su entrevista. A las más jóvenes a sus correos electrónicos. Al resto, las transcripciones impresas a sus casas por correo. El objetivo de *devolver* las transcripciones a las mujeres era doble. Por una parte, era parte de una revisión metodológica para que las mujeres mirasen el contenido escrito de la entrevista y participasen en el proceso de ajustar, añadir, eliminar o incluso realizar una nueva sesión, si consideraban que había elementos pendientes aún en las biografías. Ninguna solicitó ajustar o eliminar algún extracto de las sesiones. Ello indicaba que la estrategia cualitativa, la técnica utilizada, el guion y las sesiones realizadas, podían ser evaluadas de forma positiva.

Por otra parte, desde el lado ético, se consideró apropiado *devolver* a esas mujeres sus *historias de vida debidas*. Su biografía transcrita podía ser revisada, leída, compartida incluso en su propio *aquelarre*. Muchas de ellas me confesaron por teléfono que habían llorado luego de releer sus palabras. Otras pidieron ayuda a sus nietas, a sus hijas, y compartieron de forma familiar la intimidad que durante la entrevista se había generado.

Varios de los planteamientos teóricos y metodológicos que han sido referidos en los capítulos hasta ahora escritos están quizás condensados en esta devolución de las historias de vida. Las mujeres, competentes narrativamente, capaces de reflexionar desde sus *aquelarres* sobre su trayectoria, sobre su identidad, sobre su ruralidad, se observan ahora en el escrito enviado. Parecía pertinente, éticamente hablando, devolver las historias a quienes son dueñas de ellas. Y no dejarlas solo como parte del material cualitativo sobre el cual esta tesis se ha ido erigiendo en los años. La información cualitativa lograda -transcrita luego en una historia de

vida- no solo pertenece a las mujeres. Es información que estaba ahí, en las conversaciones con amigas, familiares o confidentes, que existía incluso antes de esta investigación, en sus pensamientos, incluso, en los silencios.

Calidad en las entrevistas

La discusión sobre cómo asegurar la calidad en la investigación cualitativa ha sido parte del debate desde hace décadas. Puede encontrarse, de hecho, como señala Valles (2005), “en el prefacio de la obra de 1967, Glaser y Strauss, comienzan destacando la necesidad de una perspectiva diferente sobre los cánones derivados de la verificación cuantitativa” (pág. 97). La premisa que sustenta la necesidad de contar con otra forma de abordar la calidad en lo cualitativo radica en que quien investiga y quienes son investigados se influyen mutuamente; es decir, los valores condicionan todo el proceso de investigación.

De modo práctico, resulta interesante el estudio que realiza Díaz Bazo (2019) sobre los criterios de calidad a los cuales refieren artículos basados en estudios cualitativos presentados en revistas indexadas. En el estudio la autora aplica los criterios acreditados en publicaciones clásicas como Erlandson, Harris, Skipper & Allen (1993); Marshall (1996) y Valles (1997). Allí se apunta principalmente a *reflexividad*, *credibilidad* de los resultados, la *transferibilidad*, la descripción detallada del contexto y los sujetos, y la confirmación o presentación de evidencias.

Martínez Salgado (2012), en esta misma línea, aplica los criterios de *transferibilidad* y la *reflexividad* como elementos principales para dar *credibilidad* a una investigación cualitativa. La autora agrega que “la *reflexividad* nos remite al reconocimiento de los numerosos matices que introducen a toda indagación las relaciones intersubjetivas que se dan entre los participantes” (pág. 615). Ello hace que las anotaciones, análisis y relatos de quien investiga sean relevantes pues allí se evidencia la interpretación que hace de los fenómenos observados. Además, aclara que “la *transferibilidad*, [por otra parte] sólo puede darse a partir de la descripción rica y profunda de cada fenómeno en su contexto, y no tiene como fundamento el número de casos estudiados” (pág. 615).

Los elementos arriba señalados constituyen un marco sobre el cual esta tesis ha profundizado para asegurar la calidad del proceso investigativo en general, de las estrategias seguidas, el

análisis y los resultados presentados. Muchos de ellos han sido presentados a lo largo de los capítulos desarrollados. La *reflexividad*, por una parte, ha sido un eje dominante en la presentación de esta investigación y ello se ha traducido en la explicitación de las decisiones teóricas y metodológicas, así como de los supuestos y premisas sobre las cuales esta tesis se ha erigido. La articulación de la perspectiva cualitativa, la teoría feminista y la mirada sociológica en el espacio privado como lugar de reflexión y definición y redefinición de lo femenino en las mujeres rurales, todo ello presentado en el Capítulo 2. La elección del tema de investigación, la experiencia de la investigadora y otras decisiones metodológicas y prácticas que fueron explicitadas en este mismo capítulo, son parte del propio ejercicio autorreflexivo en el marco de una investigación cualitativa.

En relación a la *credibilidad* de la investigación destacan o vale la pena detenerse en algunos de los principales elementos que apuntaban hacia el cumplimiento de ese criterio. El primero, que ya fue mencionado, fue la devolución de las historias de vida transcritas a las mujeres, acompañadas de fotografías para que revisasen el contenido de sus biografías y realizaran ajustes. El segundo está referida al tiempo de permanencia en el campo.

En efecto, una de las decisiones metodológicas realizadas fue intentar asegurar estancias de algunos días en los pueblos visitados. En este sentido, la visita no consideraba solo la realización de la sesión de entrevista, sino también profundizar, a través de la observación, en las dinámicas de los pueblos, las relaciones de las mujeres en su entorno, registrar los espacios, entre otros asuntos.

Un caso particular que vale mencionar aquí - que está detallado en el Capítulo 7- fue la visita a un pueblo español donde vivía una mujer de la generación de las abuelas. Estuve allí varios días, viviendo en su casa y con las fiestas de Navidad como contexto. El mismo día que llegué al pueblo la entrevistada había ganado el primer lugar en un concurso de Belenes, y recibía reiteradas visitas de mujeres del pueblo que se persignaban ante el Belén ganador. En actos como ese se evidenciaba no solo el componente altamente religioso de las mujeres, sino también las tradiciones populares y comidas festivas del pueblo rural que estaban sobre la mesa, las ventanas, las puertas de las casas rurales. Durante un par de días salimos a caminar por el pueblo. Allí visitamos a la última mortera del pueblo y a sus amigas que comían *estrellas* mientras estaban sentadas en mesas redondas, con los manteles haciendo los efectos

de una manta para cuidar el calor que irradiaban los calefactores puestos debajo de la mesa. Los muros de todas las casas visitadas tenían imágenes de tipo religioso. Sobre las camas, figuras de cerámica del *niño Jesús*. Los resultados de los talleres de mujeres, muñecas, bordados y otros artilugios confeccionados por ellas, decoraban las casas. En estos días de visita, y ya finalizadas las sesiones de entrevista, fui invitada a comer con la familia. Allí, la entrevistada, mientras cocinaba unos macarrones con salsa para sus nietos más pequeños, relata cómo ella y sus hermanos solo comían patatas, un día tras otro, por la pobreza de la posguerra española. Podía observar, además, desde lo que había sido un antiguo corralón español, cómo la familia extensa compartía prácticas y reproducía los tradicionales modelos de lo femenino y lo masculino: mientras las mujeres cocinaban, los hombres veían un partido de fútbol en el salón.

Ahora bien, la estrategia de permanecer en el campo permite referir, finalmente, al criterio de *transferibilidad*. Es decir, aquello que es observado, percibido y registrado, se hace parte de esta investigación, permitiendo el relato detallado de los contextos y los sujetos. Se suma a ello, y de acuerdo al criterio de *confirmación*, la utilización de fotografías como respaldo de la investigación, las observaciones realizadas y las notas registradas.

5.4. Muestreo cualitativo y criterios de selección

De acuerdo a Conde (1990), “habitualmente y de forma coloquial son muchos los que, cuando se aborda la metodología cualitativa, preguntan: ¿qué representación tienen los grupos de discusión y/o entrevistas realizadas en una investigación?” (pág. 93). Para responder a ello, señala Davila (1999), se deben utilizar como “criterios de su selección, criterios de *comprensión*, de pertenencia -y no de representatividad estadística-” (pág. 77). Coincide con ello Canales (2006b), para quien “la muestra cualitativa también pretende la representatividad, pero no en el sentido poblacional o estadístico. La representación poblacional relaciona conjuntos (muestra, universo) de individuos. La representación de colectivos o comunitaria relaciona conjuntos de sujetos” (pág. 23).

“Los criterios de su selección (...) se refieren a los conjuntos, a su estructura y a su génesis; es decir, (...) los componentes que reproduzcan mediante su discurso relaciones relevantes (...). Se trata de una muestra estructural, no estadística” (Davila, 1999, pág. 77). En este

sentido, “los entrevistados, se seleccionan a través de una representación del colectivo como un espacio ordenado internamente como “relaciones”, como posiciones o perspectivas diversas convergentes o sostenidas sobre una misma posición base” (Canales, 2006b, pág. 23). Lo cualitativo, siguiendo a Canales, “reemplaza a los individuos y las poblaciones, por subjetividad y colectivos o comunidades y a las variables-valores, por lenguas-habla (...). Entiende a comunidad como el conjunto de sujetos que (...) tienen un habla común” (pág. 24).

De acuerdo a lo anterior, Davila (1999), señala que en “el diseño hay que localizar y saturar el *espacio simbólico*, el espacio discursivo sobre el tema a investigar” (pág. 77). Siguiendo a Glaser y Strauss (1967), una guía para definir o seleccionar a las personas que serán entrevistadas, es la estrategia del *muestreo teórico*. Lo que importa en ese muestreo no es el número de casos, sino el potencial que cada caso representa en el desarrollo y comprensión del tema social abordado. Es decir, “no es relevante la *cantidad* sino la composición adecuada de los grupos (...) [pues] mayor número de los mismos no supone más información -en el sentido de novedades, de conocimientos nuevos- sino (...) repetición de las claves de los discursos ya obtenidos” (Davila, 1999, pág. 78). Esto implica entender, siguiendo a Valles (2014), el “muestreo cualitativo como un proceso en continua revisión, provisional, que no queda totalmente proyectado en el momento de planificar el estudio” (pág. 67).

Es relevante señalar además que, siguiendo a Sanz Hernández (2005), en estudios con orientación biográfica, “la estrategia de muestreo teórico es el procedimiento más conveniente [pues] el número de casos carece de importancia, lo capital es el potencial de cada uno de ellos” (pág. 109).

Ahora bien, para efectos de esta investigación, la unidad de análisis son las mujeres rurales pertenecientes a tres generaciones y que, independiente de su residencia al momento de la entrevista, tuviesen origen rural. Asimismo, y para dar heterogeneidad a la muestra, siguiendo los planteamientos de Valles (2014), se integraron otros atributos de selección tales como la ocupación de las mujeres en el ámbito productivo y reproductivo por ser los ámbitos de relevancia en la segmentación y definición de los modelos de lo femenino (Tabla 41).

Tabla 42. Atributos de selección de la muestra y definiciones

Atributos		Criterios	Observaciones
País	País de origen y residencia de las mujeres	Chile	
		España	
Territorial origen	Mujeres nacidas en zonas rurales de España o Chile, Condición básica para la selección de mujeres que participan de la muestra.	Zona rural	
Generacional	Tres grupos, segmentados por año de nacimiento, entendiendo que se corresponden con etapas sociohistóricas y, por tanto, con contextos culturales diferentes que configuran distintos tipos o modelos de lo femenino	1930-1950	Se les denomina <i>abuelas</i>
		1960-1970	Se les denomina <i>madres</i>
		1980-1990	Se les denomina <i>hijas</i>
Ocupacional	Criterio utilizado: dentro o fuera del espacio doméstico y actividad principal de la mujer	Producción	Considera trabajo fuera del ámbito doméstico como principal actividad. Se incluyen mujeres cuya principal actividad son los estudios
		Reproducción	Aquellas que están en el ámbito reproductivo son quienes se desempeñan como amas de casa

Fuente: Elaboración propia.

Una vez definidas las variables de selección de las mujeres, se realizó el muestreo teórico, en el que se esperaba acceder a, al menos, una mujer correspondiente a cada tipo o perfil sociológico, tal como se observa en la Tabla 43.

Tabla 43. Muestreo teórico

Ocupación	Origen rural			
	País			
	España		Chile	
Generacional	Reproducción	Producción	Reproducción	Producción
1930-1950	1	1	1	1
1960-1970	1	1	1	1
1980-1990	1	1	1	1
Muestra teórica	3	3	3	3
	6 tipos de mujeres		6 tipos de mujeres	

Fuente: Elaboración propia.

Para contactar a las mujeres se siguió la llamada estrategia o *técnica de bola de nieve* -que consiste en solicitar a cada entrevistada que sugiriera un nombre para contactar- y a las redes personales de la propia investigadora (Valles, 2014). De acuerdo a Moyano y Ortiz (2016), los estudios con enfoque biográfico “utilizan para la recolección de información las entrevistas (en profundidad, semi-estructuradas, entre otras) y suelen llegar a los entrevistados por medio de la técnica de ‘bola de nieve’, intentando armar una ‘red de confianza’” (pág. 22).

Se comenzó con las mujeres españolas y luego con las chilenas. Tal como se observa en la Tabla 44, se realizaron 22 entrevistas. En esta tesis se siguió el principio de *saturación* de la información, es decir, se finaliza la realización de entrevistas -por país y por generación- cuando ninguna nueva entrevista aporta con nuevos elementos a la comprensión del fenómeno estudiado. Por saturación se comprende “el punto en el cual se ha escuchado ya una cierta diversidad de ideas y con cada entrevista u observación adicional no aparecen ya otros elementos. Mientras sigan apareciendo nuevos datos o nuevas ideas, la búsqueda no debe detenerse” (Martínez Salgado, 2012, pág. 617).

Ahora bien, hay un elemento de carácter metodológico relevante de señalar y refiere a la casilla correspondiente al perfil mujer rural joven ámbito reproductivo. Luego de reiterados intentos de buscar un perfil que se correspondiera con los requisitos de ese *casillero tipológico* (Valles, 1997), se evidenciaba que las mujeres jóvenes españolas -siempre de acuerdo a los contactos y estrategia de bola de nieve- estaban estudiando y las jóvenes chilenas, algunas madres y con un hogar independiente de sus familias de origen, se dedicaban mayoritariamente al trabajo fuera del hogar, es decir, al ámbito productivo.

De acuerdo a los elementos arriba señalados, en la Tabla 43 se señalan los perfiles de las mujeres cuyas entrevistas corresponden al *casillero tipológico*. Tal como señala Valles (1997), el *casillero tipológico* es “un dispositivo muestral, de carácter instrumental, del que se sirve el investigador para hacer operativa una selección de entrevistados orientada a controlar (garantizar mínimamente) la heterogeneidad de la muestra, en variables consideradas analíticamente relevantes” (pág. 212).

Por último y siguiendo la advertencia preliminar que realiza J.F.Marsal (1972), los “nombres de personas y hechos que pudieran ayudar a la identificación del autor son ficticios para preservar el anónimo de quien la escribió” (pág. 7), o los nombres de quienes relataron su historia.

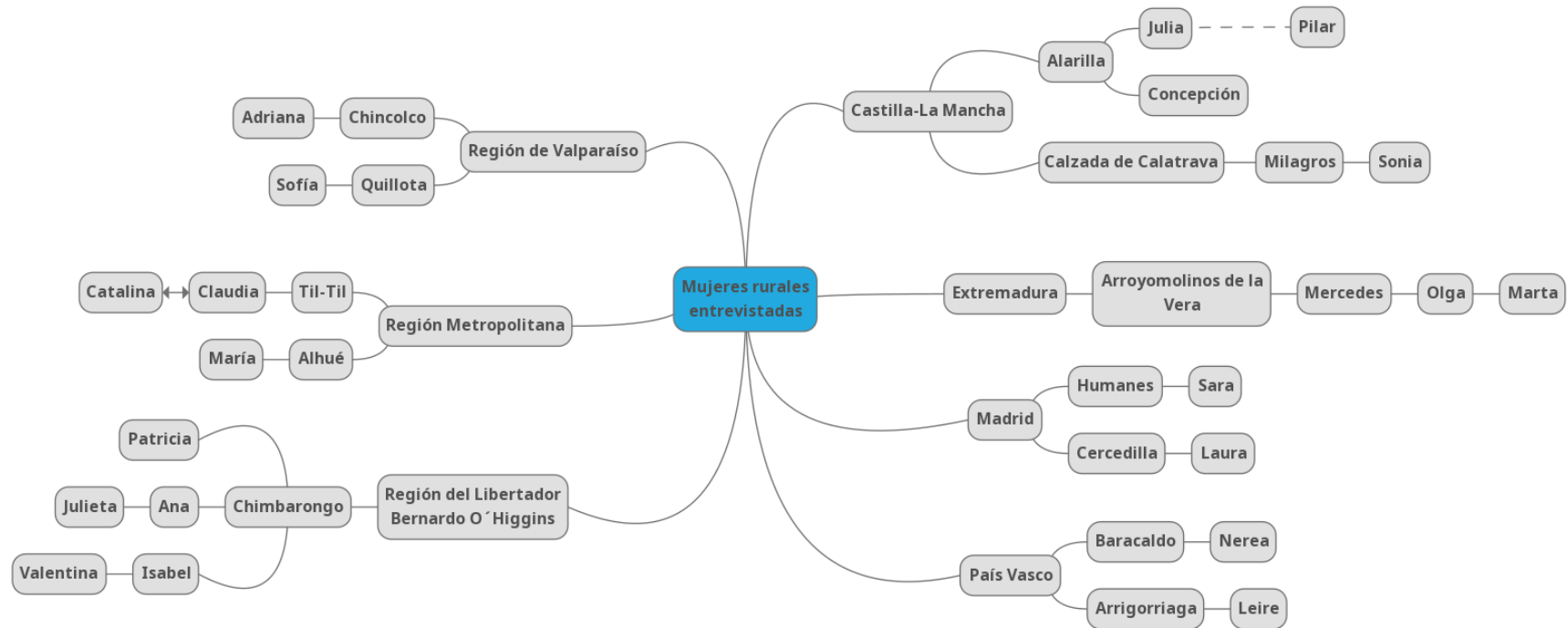
En la Figura 3, se presentan las relaciones de parentesco entre las mujeres, así como los pueblos y las regiones/ comunidades autónomas a los que pertenecen.

Tabla 44. Casillero tipológico. Trazado de perfiles sociológicos de mujeres que participan del estudio

Origen rural					
País					
Ocupación Generación	España		Chile		
	Reproducción	Producción	Reproducción	Producción	
1930-1950	Milagros , ama de casa (Calzada de Calatrava, Ciudad Real Castilla-La Mancha)	Mercedes , cocinera bar (Arroyomolinos de la Vera, Cáceres, Extremadura)	Sofía , ama de casa (Calera, Quillota, Región de Valparaíso)	Adriana , microempresaria (Chincolco, Aconcagua, Región de Valparaíso)	
	Julia , ama de casa Alarilla, Castilla-La Mancha)			María , limpieza de casas (Quilamuta, San Pedro, Región Metropolitana)	
	Concepción , ama de casa Alarilla, Castilla-La Mancha)				
1960-1970	Olga , ama de casa (Arroyomolinos de la Vera, Cáceres, Extremadura)	Pilar , limpieza en ayuntamiento (Alarilla, Castilla-La Mancha)	Isabel , ama de casa, (aunque con venta de ropa en casa) (Chimbarongo, Colchagua, Región Lib.Bdo O´Higgins)	Patricia , trabajos temporales (Chimbarongo, Colchagua, Región Lib.Bdo O´Higgins)	
	Sonia , ama de casa (Calzada de Calatrava, Ciudad Real Castilla-La Mancha)	Sara , residencia de ancianos, (Humanes, Madrid)		Ana , microempresaria, quiosco (Chimbarongo, Colchagua, Región Lib.Bdo O´Higgins)	
1980-1990		Marta , estudiante pregrado (Arroyomolinos de la Vera, Cáceres, Extremadura)		Valentina , asistente de párvulos (Chimbarongo, Colchagua, Región Lib.Bdo O´Higgins)	
		Leire , estudiante postgrado (Arrigorriaga, Vizcaya, País Vasco)		Julieta , estudiante pregrado (Chimbarongo, Colchagua, Región Lib.Bdo O´Higgins)	
		Laura , estudiante postgrado (Cercedilla, Madrid, Madrid)		Claudia , trabajadora social (Til-til, Chacabuco, Región Metropolitana)	
		Nerea , trabaja en organismos internacionales (Baracaldo, Vizcaya, País Vasco)		Catalina , arsenalera (Til-til, Chacabuco, Región Metropolitana)	
Entrevistadas		12 mujeres entrevistadas		10 mujeres entrevistadas	
Total		22 entrevistas			

Fuente: Elaboración propia.

Figura 3. Mujeres entrevistadas, según país, región/ comunidad autónoma, pueblo y relación de parentesco



Leyenda:

Línea entera: relación directa, abuela, madre e hija o madre e hija.

Línea punteada: relación no consanguínea pero familiar (suegra y nuera).

Línea con flechas en extremos: primas

Fuente: Elaboración propia.

5.5. Estrategia de análisis

El análisis de las entrevistas biográficas se organizó, con miras al cumplimiento de los objetivos y la visión-narración sobre lo femenino en las mujeres rurales, en dos etapas. La primera, se sustenta en la *teoría fundada o fundamentada*. Esta corriente metodológica, siguiendo a Glaser y Strauss (1967) y en las aportaciones del enfoque narrativo-interpretativo de las metodologías biográficas (Cardenal, 2016; Wengraf, 2019; Wengraf, 2001; Rosenthal, 2004), tiene por objetivo generar teorías, hipótesis y proposiciones. Se tiene como punto de partida la información, las narraciones generadas por la investigación cualitativa, de modo que cada caso construido en el relato biográfico permita ampliar el conocimiento del problema de investigación, formulando interpretaciones pertinentes al estudio. En este sentido, la teoría se fundamenta, genera y desarrolla a través del interjuego con la información lograda durante el desarrollo del proyecto de investigación (Sandoval, 1996).

El modo de análisis a la base de este enfoque es el denominado *método comparativo constante*, a través del cual el investigador simultáneamente codifica y analiza los datos para desarrollar conceptos (Taylor & Bogdan, 1994). Para efectos de esta investigación, se asume el esquema analítico de construcción de la interpretación en ciclos graduales de análisis de los materiales narrativos, que permiten la elaboración de codificaciones abiertas y codificaciones *axiales* con el fin de generar conceptos teóricos relevantes a la investigación (Glaser, 1992; Valles, 1997; Charmaz, 2005; Trinidad, Carrero & Soriano, 2006). En concreto, en el nivel de la codificación axial se logra obtener un conjunto de categorías que, posteriormente, permitieron identificar perfiles o tipos de mujeres rurales en torno al proceso de interpretación de las nociones de lo femenino expresados en los relatos biográficos.

En esta primera parte del análisis, se organizaron las categorías en torno a dos amplias dimensiones que permitían abordar la conceptualización de lo femenino relacionando la condición de las mujeres con la ruralidad, en tanto estructura social, dinámica y compleja: *Experiencias y valoraciones de la ruralidad y Prácticas, discursos y representaciones sociales en torno a lo femenino*. Ambas dimensiones son detalladas a continuación.

En relación a la primera dimensión “Experiencia de la ruralidad”, se identifican aquellos aspectos discursivos más homogéneos entre las mujeres españolas y chilena sobre la ruralidad y sus dinámicas sociales específicas, así como sus pautas socioculturales, tensiones,

cambios y permanencias, sobre las cuales se erigen las biografías femeninas. Emergen aquí tres nuevas categorías que abordan los imaginarios y experiencias en torno a la ruralidad, el hogar rural y sus transformaciones materiales y simbólicas, así como las experiencias en torno a la *nueva ruralidad* (ver Tabla 44). Esta dimensión y sus categorías que, en conjunto funcionan como un catalejo a través del cual se aborda la experiencia y condición femenina en el marco de su ruralidad, son desarrolladas en el Capítulo 6.

Tabla 45. Dimensión *Experiencias y valoraciones de la ruralidad* y sus categorías de análisis

Indaga en los recuerdos, experiencias en torno a los cambios y transformaciones del espacio rural, así como en las valoraciones en torno a la vida en la ruralidad española y chilena, el trabajo, los proyectos futuros y el retorno o salida de lo rural.		
Categorías	Descripción	Temas abordados
1 Imaginarios y experiencias en torno a la ruralidad	Recuerdos, experiencias y valoraciones de las mujeres sobre la ruralidad que enmarca sus trayectorias vitales, especialmente durante la niñez y juventud.	• Aislamiento • Precariedad material • Familia rural y dinámica social • Trabajo en la niñez • Juegos libertad y autonomía • Sociabilidad femenina
2 Significados en torno al hogar rural	Hogar rural, tanto en su materialidad como en su capacidad de sustentar a la familia. El hogar rural y sus transformaciones materiales y simbólicas	• Unidad de producción y consumo y la vida familiar en el hogar rural • Transformaciones en hogar y redefinición de roles familia rural • Materialidad del hogar y las casas de la <i>nueva ruralidad</i>
3 Experiencias y valoraciones en torno a la <i>nueva ruralidad</i>	Experiencia biográfica de las mujeres en torno a la <i>nueva ruralidad</i> , identidades y proyectos	• Los estudios y el acceso en la <i>nueva ruralidad</i> • La migración interna para la sobrevivencia familiar • Empleos rurales y no rurales • Sacrificio como base de la identidad femenina • Valoración vida en el pueblo • Se <i>huye</i> del pueblo para regresar

Fuente: Elaboración propia

En relación a la segunda dimensión “Prácticas, discursos y representaciones sociales en torno a lo femenino”, cabe referir al proceso de elaboración y generación de las categorías y subcategorías de análisis. El análisis comienza teniendo en consideración las cinco (5)

dimensiones de corte conceptual identificadas en el Capítulo 4, tanto para el modelo de la *mujer doméstica* como para la *nueva mujer*. Tal como se detalló en el capítulo anterior, estas son las definiciones de tipo conceptual elaboradas y sobre las cuales se realizó el primer análisis.

- Dimensión rasgos afectivos y emocionales: se entienden como los atributos psicológicos, valóricos, afectivos y emocionales atribuidos a la mujer; engloba los roles afectivos asociados al género femenino. En el caso de la *mujer doméstica* estos rasgos son la abnegación, sensibilidad y entrega a los otros. En la *nueva mujer* aparecen valores universales como la libertad y la búsqueda del bien.
- Dimensión moral sexual: valores y comportamiento sexual: se comprende como las formas de experimentar la sexualidad, incluyendo regulaciones que se traducen en un cúmulo de prácticas prohibidas y permitidas en torno lo sexual. En la *mujer doméstica* se vincula a la institución matrimonial y a la reproducción. En la *nueva mujer* aparece como una práctica y experiencia democratizada.
- Dimensión matrimonio: son las regulaciones de la vinculación afectiva entre esposos y responsabilidades que corresponden a hombres y mujeres. En la *mujer doméstica* es la experiencia nuclear de la vida y en la *nueva mujer* se anteponen proyectos personales y, el matrimonio -de efectuarse- se basa en placer, confianza y cariño.
- Dimensión maternidad y cuidado de los hijos: aparece como la vinculación establecida entre la capacidad biológica de la mujer de reproducir la especie y la valoración social de esa capacidad. En la *mujer doméstica* es altamente valorada y en la *nueva mujer* aparece una madre reconstruida donde la maternidad es solo una posibilidad.
- Dimensión lo femenino, lo privado y lo público: se refiere a las esferas asignadas según género. En la *mujer doméstica* lo privado es el espacio propiamente femenino y las tareas domésticas se corresponden con su naturaleza. La *nueva mujer* es una ciudadana con iguales derechos que el hombre.

Ahora bien, en el mismo proceso de análisis, y de acuerdo a la estrategia seguida, se identificó que solo cuatro (4) dimensiones eran eje o articuladores de los discursos y una (1) cumplía

un rol transversal pues emergía simultáneamente en las restantes dimensiones. Asimismo, y tal como se detalla en la Tabla 46, las dimensiones teóricas debían ser ampliadas en su conceptualización para dar cuenta de las particularidades de lo femenino en lo rural. De esta forma emergen dimensiones más enriquecidas y densas capaces de aglutinar la imbricación de las trayectorias individuales y colectivas, con la estructura rural. Allí, con una realidad que muta como resultado de los procesos de modernización y se mantiene a pesar de ello, se evidencian los cambios y permanencias en las pautas socioculturales de las mujeres rurales que, en conjunto, van configurado formas de lo femenino en lo rural.

Una vez realizado lo anterior, se identificaron dos categorías que hemos llamado aquí estructurales. Ello, pues permiten analizar todas las dimensiones resultantes de la investigación con un criterio sociológico compartido (Capítulos 7, 8 y 9). Las prácticas y discursos y las representaciones son estas categorías estructurales que, para cada dimensión tendrán sus propias subcategorías capaces de evidenciar las particularidades de lo rural y lo femenino.

Tabla 46. Dimensiones de análisis de la conceptualización de lo femenino en la ruralidad

Dimensiones eje para análisis de lo femenino	Dimensión transversal	Categorías estructurales	Subcategorías de análisis para cada dimensión estructural
Dimensión 1 Sexualidad femenina y moral sexual	Rasgos afectivo-emocionales	Prácticas y discursos sobre sexualidad	1. Control y vigilancia del comportamiento sexual de las mujeres en las comunidades rurales 2. El silencio en torno a la sexualidad, la figura de la madre rural y de las amigas en la configuración de las trayectorias sexuales 3. Menstruación, cuerpo y sexualidad. Miedo, embarazo, vergüenza y pérdida de la privacidad
		Representaciones sociales sobre sexualidad	1. Imaginarios rurales sobre los hombres. Desconfianza intergeneracional, categorización de lo masculino y autocontrol femenino 2. Imaginarios sobre la mujer. Valoraciones en torno a la virginidad y el único hombre 3. Embarazos <i>antes de tiempo</i> y la redefinición obligada de los imaginarios sobre la sexualidad de las mujeres rurales
Dimensión 2 Matrimonio, amor y relaciones afectivas en mujeres rurales		Prácticas y discursos sobre el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas	1. <i>Situar</i> a las mujeres rurales para indagar en su orientación al matrimonio 2. Integración social comunitaria, intensidad en los lazos y confianza. Noviazgos en los pueblos rurales 3. Cortejo, noviazgo y matrimonio. Amor, autonomía e injerencia de la familia rural 4. Amor y desamor en el matrimonio y las relaciones de pareja. Muerte del <i>príncipe azul</i>, violencia de género y nacimiento de la <i>mujer-madre</i> 5. Matrimonio, separaciones, divorcios, convivencia, soltería. Código moral de <i>tipo b</i> en las relaciones afectivas
		Representaciones sociales sobre el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas	1. Representaciones en torno a la mujer rural, el matrimonio y las relaciones afectivas 2. Representaciones sociales en torno al hombre. El padre, el esposo y la pareja

Tabla 46. Dimensiones de análisis de la conceptualización de lo femenino en la ruralidad

Dimensiones eje para análisis de lo femenino	Dimensión transversal	Categorías estructurales	Subcategorías de análisis para cada dimensión estructural
Dimensión 3 Maternidad, cuidado de los hijos y paternidades en lo rural	Rasgos afectivo-emocionales	Prácticas y discursos sobre maternidad, cuidado de los hijos y paternidades en lo rural	1. La maternidad como construcción femenina. Miradas desde el <i>espejo</i> intergeneracional 2. Embarazo, parto y cuidados del cuerpo 3. La red de apoyo o <i>aquelarre</i> femenino en el proceso de la maternidad y cuidado de los hijos 4. Maternidad y retorno al hogar. Tres tipos de posibilidades
		Representaciones sociales sobre maternidad, cuidado de los hijos y paternidades en lo rural	1. Representaciones sociales sobre la <i>buena madre rural</i> 2. Representaciones sobre la paternidad
Dimensión 4 Lo femenino, lo privado y lo público		Prácticas y discursos sobre lo público y lo privado. <i>Entradas y salidas</i> en las trayectorias de mujeres rurales	1. Participación en lo público a través del trabajo. Particularidades desde la condición de ruralidad y precariedad económica 2. Otras formas de inserción en lo público. Generaciones y etapas de ciclo vital

Fuente: Elaboración propia.

En relación al segundo proceso de análisis del material biográfico, y de manera de profundizar en la conceptualización de lo femenino, se realizó un análisis de los discursos de las mujeres rurales. Esta estrategia resulta adecuada cada vez que indaga y devela en los hechos del lenguaje, sus anclajes sociales y espacios-temporales (Armony, 1997). Es decir, a través de este tipo de análisis, se captan y profundiza en los mecanismos de producción de sentido de las mujeres para conocer cómo refieren sobre ciertos temas o situaciones.

Ahora bien, para el desarrollo de este análisis se definió una pregunta amplia que se intentó responder para cada una de las dimensiones consideradas y que se constituye en la base para la elaboración de una tipología de mujeres rurales chilenas y españolas. En efecto, la pregunta que guio el análisis fue *¿cuál es la estructura del discurso en cada una de las dimensiones consideradas?* La articulación de esta pregunta con el análisis de las dimensiones - sexualidad; matrimonio, amor y relaciones afectivas; maternidad y cuidado de los hijos, lo femenino, lo privado y lo público; y se integra rasgos afectivos y emocionales- permite evidenciar tipos de mujeres rurales o tipos de lo femenino en lo rural.

Como resultado del análisis, y como se observa en la Tabla 46, se elaboró una tipología que consta de cinco tipos de mujeres rurales o de lo femenino en lo rural. Tipo 1: *La mujer rota*; Tipo 2: *La cuidadora consagrada*; Tipo 3: *La siempre repetida cabeza de familia*; Tipo 4. *Las mujeres de la modernización y las trayectorias en construcción*; y Tipo 5: *La mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad*. Todos estos modelos son desarrollados en el Capítulo 9.

El análisis de discurso de las mujeres rurales permitió identificar, primero, la insuficiencia de los modelos teóricos aquí abordados -*mujer doméstica* y *nueva mujer*- para indagar en la condición femenina en la ruralidad. Segundo, evidenciar que el colectivo de mujeres requiere de análisis sociológicos específicos que aborden las particularidades territoriales y generacionales. Tercero, que dados los procesos de modernización técnico-productiva y sociocultural en lo rural, lo femenino no se configura ni de forma lineal -paso de un tipo de mujer a otro- ni de forma absoluta. Por el contrario, en la condición de ruralidad sobre la que se erigen las biografías se identifican tipos nuevos de mujer donde se imbrican lo tradicional y lo nuevo.

Tabla 47. Tipología de mujeres rurales y proceso de configuración de lo femenino

Tipología femenina en lo rural	País	Generación	Rasgos afectivo-emocionales	Sexualidad y moral sexual	Matrimonio, relaciones afectivas y amor	Maternidad y cuidado de los hijos	Lo privado y lo público
Tipo 1. La mujer rota	España Chile	Abuelas Madres	Abnegación y sacrificio, con malestar, conformismo. Desconcierto al futuro	Sexualidad tensionada entre rigidez de modelos de crianza y libertades de nuevas generaciones	Decisión apresurada como proyecto alternativo a estudios y trabajo. Limita desarrollo personal y profesional	La crianza como proyecto personal. Mujer-madre siempre disponible	Lo privado altamente valorado pero saturado. Salidas a lo público de forma fortuita
Tipo 2. La cuidadora consagrada	España Chile	Abuelas Madres Hijas	Abnegación y el sacrificio se reivindican como indicadores del buen ejercicio de la <i>buena madre rural</i>	Reivindica su sexualidad y el aprendizaje en plano matrimonial	Amor romántico y existencia de un único hombre. En matrimonio roles deben estar diferenciados para el funcionamiento de la relación	Lo femenino se juega en el rol de cuidadora de necesidades afectivas y domésticas.	Trayectoria gira en torno a lo privado y lo doméstico. Lo valorado es lo privado.
Tipo 3. La siempre repetida cabeza de familia	España Chile	Abuelas Madres Hijas	Identidades marcadas por la desconfianza y el temor y, a la vez, por la fortaleza por asegurar la existencia y mantención de los hijos	Prácticamente ausente en los relatos. No hay tiempo, las necesidades materiales son mayores	Quiebre definitivo de la imagen o figura del <i>príncipe azul</i> . El amor está marcado por el abandono o la violencia	El sacrificio para asegurar la existencia material, no obstante, las obliga a descuidar aspectos afectivos de la <i>buena madre</i>	Lo privado es altamente anhelado para poner en práctica a la <i>buena madre rural</i> . Lo público, asociado a la fatiga

Tabla 47. Tipología de mujeres rurales y proceso de configuración de lo femenino

Tipología femenina en lo rural	País	Generación	Rasgos afectivo-emocionales	Sexualidad y moral sexual	Matrimonio, relaciones afectivas y amor	Maternidad y cuidado de los hijos	Lo privado y lo público
Tipo 4. Las mujeres de la modernización y las trayectorias en construcción	España Chile	Hijas	Autonomía e independencia en la elección del proyecto personal. No están constreñidas a las normas tradicionales de la comunidad	Abordada positivamente pues las normas y de los controles sobre los cuerpos femeninos se han reducido y flexibilizado	Matrimonio desvinculando del contrato y acto religioso. Se valora la relación de compañerismo y la posibilidad de tener distintas parejas	Prima el desarrollo de proyectos personales y profesionales	Está permanentemente en lo público -a través de los estudios, el trabajo, las organizaciones sociales desde una desde una posición satisfactoria
Tipo 5. La mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad	España Chile	Abuelas	Redefinición de identidad femenina y uso de estrategias de distinción de otras mujeres de la misma edad que decidieron no salir de sus casas	La sexualidad en pasado. Trayectoria sexual altamente marcadas por estrictas normas de comportamiento	Transgresión de lo dictado por normas de la época: desafíos a los padres y elección del esposo	Abordada positivamente. Logros vistos en hijos adultos	Activan las redes locales del pueblo rural para insertarse desde un nuevo lugar en lo público. Ocio, entretenimiento y religión

Fuente: Elaboración propia.

CAPÍTULO 6. Ruralidad española y chilena, desde la perspectiva de las mujeres rurales

El estudio de lo femenino, como ha sido expuesto a lo largo de esta investigación, se sitúa en un espacio específico que es la ruralidad. En el marco de una estrategia cualitativa, y como una primera aproximación, se ha apostado por reseñar algunos elementos referidos a lo rural desde la articulación de las biografías de las mujeres y material fotográfico elaborado durante el trabajo de campo. Con ello se apuesta a revisar la imbricación de la biografía de las mujeres con las transformaciones y permanencias que se evidencian en las zonas rurales de su infancia, juventud y presente. En cada relato, de manera individual y colectiva -y a través de la utilización del método biográfico- se indaga en los recuerdos, las percepciones en torno a los cambios y transformaciones del espacio, las valoraciones en torno a la vida en la ruralidad española y chilena, el trabajo, los proyectos futuros, el retorno o la salida de lo rural, entre otros asuntos.

Tras esta apuesta está la convicción teórica y metodológica que las historias de vida se sitúan en espacios concretos -un pueblo, una casa, una habitación- que evocan recuerdos y relatos que permiten acercarse a la ruralidad. Asimismo, coloca a las mujeres no solo como testigos de su propia experiencia en la conceptualización de lo femenino, sino de la ruralidad como un territorio, con dinámicas sociales específicas, tensiones, cambios y permanencias. En efecto, lo que se evidencia es una mirada reflexiva sobre el pasado y presente que se ha construido en el marco de la ruralidad y que actúa como contexto o soporte biográfico de las mujeres, con las particularidades que se evidencian en España y Chile y con los matices que entrega la dimensión generacional considerada en esta investigación.

No obstante, hay en torno a la ruralidad un discurso relativamente homogéneo entre las mujeres que pueden ser organizados en tres aspectos o temas de interés. Estos ejes no son los únicos, y muchos de ellos irán siendo tratados a lo largo de este capítulo, pero resultan interesantes en cuanto funcionan como un catalejo para mirar la ruralidad y para, una vez allí, situar a las mujeres y analizar su discurso en torno a lo femenino. El material fotográfico, en este sentido, apunta a visualizar esos relatos, a acompañar el discurso de las mujeres, potenciando el análisis en torno a lo rural como espacio de reflexión sobre lo femenino.

El primer eje se refiere al imaginario y experiencia que tienen las mujeres sobre la ruralidad que enmarca sus trayectorias vitales, especialmente durante su niñez y juventud. El segundo eje se refiere al hogar rural, tanto en su materialidad como en su capacidad de sustentar a la familia campesina. El tercer eje se refiere, en un sentido amplio, a la experiencia biográfica de las mujeres en torno a la *nueva ruralidad*. En las chilenas se aborda la *salida afuera*, a trabajar en el mercado rural o no rural, para sustentar a una familia empobrecida y sin los recursos tradicionales (tierras para el cultivo y ganadería). En el caso de las españolas, se aborda la permeancia o *huida* del pueblo rural, quizás como la temática discursivamente más crítica en el marco de la *nueva ruralidad*⁵⁹.

6.1. Primer eje. Imaginarios y experiencias en torno a la ruralidad

Este primer eje, referido a las percepciones y experiencias que de la ruralidad tienen las tres generaciones de mujeres rurales, se observa una relativa homogeneidad discursiva en la valoración positiva realizada del entorno rural. Esto, aun cuando en la generación de las abuelas la experiencia está atravesada por el aislamiento de las comunidades rurales, en el caso chileno, y por la pobreza en el español. Para las abuelas chilenas, los primeros años de la infancia son recordados con mucha alegría. “*Antes -recuerda una abuela chilena- nos entreteníamos en la casa, donde ponía la siembra mi papá (...) mi hermano acomodaba los sacos y hacía altares*”. Otra de las abuelas recuerda que a mediados de los años 50 “*me tocó ver nacer, porque allá en el campo, se usaba de tener a los niños en el campo*”.

No obstante, los recuerdos en torno a ruralidad chilena de esa época están marcados también por el aislamiento de las comunidades que redefine las trayectorias de las niñas haciéndolas migrar hacia zonas urbanizadas para estudiar. “*Mis padres –relata una de las abuelas- con mucho esfuerzo nos criaron (...) en el campo donde yo viví no teníamos luz, no teníamos agua (...) [y] no podíamos ir al colegio porque eran kilómetros (...) me tuvieron que mandar a la casa de los tíos de mi madre para poder estudiar*”. Otra de las abuelas recuerda que “*vivíamos en la casa de mi abuelito y ahí íbamos al colegio (...) y el viernes en la tarde mi*

⁵⁹ Cabe precisar que en este apartado las mujeres son señaladas como abuelas, madres o hijas chilenas o españolas, pues en el siguiente apartado se identifican las mujeres, de acuerdo a la elaboración de retratos sociológicos y en base a sus historias de vida.

abuelito nos conseguía un burro (...) y partíamos para la casa (...), íbamos por la orilla del río (...), andaba toda la tarde arriba del burro para llegar a la casa”.

La realidad de las abuelas rurales españolas está marcada por la pobreza y una relativa pérdida de la niñez en la medida que *“nos tenían agarrados de los oficios, a trabajar, ayudar a los padres”*. Relatan que *“iban las amigas a buscarnos a casa, las del cole (...), y entonces pues decía mi madre [decía] ‘no pueden salir porque tienen que hacer esto, me tienen que ayudar’”*. Recuerdan además que *“nunca tuve un juguete, no teníamos pa comprar una pelota (...) hacíamos unas muñecas (...) poníamos un palo, hacíamos la cabeza, metíamos los trapos”*. O que *“no nos dejaban salir (...), a las 10 tenías que estar en casa”*.

Los recuerdos están marcados también por el ingenio y el trabajo familiar para asegurar la sobrevivencia. Una de las abuelas españolas relata que *“teníamos cabras y entonces mi madre se iba con mi padre a ayudarle al campo (...), yo me levantaba pues para soltar las cabras al cabrero”*. Otra relata que, junto a su hermano, han ido *“al huerto, a arrancar los garbanzos, las lentejas, las legumbres (...) íbamos, porque no había”*. Otras de las mujeres, acompañada por su madre, aprovecha las frías mañanas manchegas para coger el aceite que los molinos vierten en los ríos, luego de moler las aceitunas: *“con una paleta así muy grande de chapa con agujeros, en la mañana cuando helaba, pues claro, el agua estaba abajo, pero el aceite se quedaba helado (...) y teníamos ya 2 jarras de aceite de arroba”*.

Cuando el clima no acompaña, se recurre a la astucia, porque *“estudia más un hambriento que cien abogados”*. Aprovechando la hora de comida de los molineros, una de las abuelas coge su cesta y *“hace la carga de aceitunas”*. En las casas de la *“gente de medio costilla”*, pide comida, no sin antes cubrir su cabeza con un *“toquillo de lana”* para evitar la vergüenza. O bebe leche por la ventanilla de *“la Mudela [casona] donde venía Franco, venían los marqueses a cazar, que eso era de gentes de mucho dinero”*.

En el caso de madres e hijas, cuya infancia y juventud ocurre en un contexto de mejoras económicas y materiales en ambos países, la valoración de la ruralidad está dada por los juegos, la libertad y autonomía para las mujeres. En efecto, las madres españolas y chilenas enmarcan sus primeros años entre juegos y estudios, y ya no en la pobreza, crudeza y aislamiento de los campos. Recuerda una española que en aquella época *“te permiten salir*

mucho y nos relacionábamos mucho unos niños con otros (...) salíamos todos a la calle y jugábamos". Los niños se divertían a *"jugar a la pelota (...) al aro"*, señala una chilena.

Surgen también espacios exclusivos para la sociabilidad femenina. Una de las madres españolas relata que entre primas y vecinas *"nos guardábamos los secretos, nos ayudábamos"*. A ellas *"le cuentas todo, cualquier problema que te hagas con el chico que te gusta"*. Las amigas tienen juegos y rituales específicos que configuran un devenir deseado. Luego de los deberes, *"hacíamos el juego de la tijera, de quién se iba a casar antes"*.

Para la generación de las hijas, hay un elemento que se agrega a la positiva valoración de la ruralidad y es la imagen de la familia extensa y la autonomía dada a las mujeres como marco de la cotidianeidad. Sobre la familia, se observa que actúa como el centro de la dinámica social rural. Una de las hijas recuerda que *"nos juntábamos en la casa de mi abuela por parte de mi mamá, todos los primos y nos organizábamos y jugábamos"*. Otra recuerda que *"en el campo (...) que era como un fundo [finca] (...) mi papá como trabajaba ahí vivíamos en la casa. El ambiente era súper bueno, las dos familias (...) era como la niñez feliz"*.

Para esta generación, la infancia y adolescencia en los campos *"es lo mejor que yo tuve en mi vida"* porque *"lo único que sabía era jugar"*, señala una hija chilena. Una de las españolas recuerda que el pueblo donde vivió *"se ha dedicado a la ganadería (...) y a la explotación forestal"*, por eso *"cuando era pequeña (...) estaba muy cercana a eso, a la tierra, a la ganadería (...) [y] mi hermana y yo teníamos río (...) mi padre nos hacía unas pocitas"*. Además, a las hijas se les da libertad y autonomía: *"mi padre, tanto a mis hermanos como a mí nos trataba igual (...) lo hacíamos todos por igual, la tarea que fuera, desde recoger el estiércol hasta ayudarlo cuando paría una vaca"*, afirma una de las hijas españolas.

En la Imagen 1 se detallan imágenes de algunos de los pueblos rurales donde las mujeres enmarcan sus trayectorias y donde sitúan sus primeros recuerdos sobre la ruralidad. La valoración positiva de esos espacios está anclada también, tal como se observa en los fragmentos conversacionales presentados en la imagen, en la intensidad de los lazos familiares y vecinales tan propios de la ruralidad tradicional. Estos lazos, no obstante, y tal como se irá evidenciando a lo largo de esta investigación, destacan también como elementos constitutivos en la *nueva ruralidad* y con una alta injerencia en la configuración de lo femenino en las tres generaciones de mujeres rurales españolas y chilenas.

Imagen 1. Recuerdos de la vida en la ruralidad, el campo, los juegos y la libertad



Mi padre al ser ganadero, (...) nos encantaba a mi hermana y a mí, “oye, que tengo que ir a las vacas a hacer no sé cuántos (...)” . Mi infancia la he pasado como Heidi, entre ganado, las vacas, los perros, los caballos. Y era no sé, con mucha libertad. **(Hija española)**



La juventud era de irnos a las vegas (...) donde siembran los tabacos, los pimientos, los algodones, que entonces eran lo que íbamos a trabajar a coger algodones (...) y esa era la vida. **(Abuela española)**



Era súper bonito, entretenido, a mí me trae lindos recuerdos, mi infancia y como éramos hartos hermanos, lo pasábamos chanco [bien.] **(Abuela chilena)**

Me encanta la vida de los pueblos (...), mis primas, mis tías, vecinas (...) en el pueblo somos como una gran familia. **(Madre española)**



Me acuerdo que los inviernos no eran inviernos pa nosotros, era rico cuando llovía y podíamos salir afuera (...) [y] cuando jugábamos en invierno en los corredores de la casa. **(Madre chilena)**

Fuente: Elaboración propia.

6.2. Segundo eje. Significados en torno al hogar rural

Un segundo eje de relevancia se refiere al hogar rural, en tanto a unidad de producción y consumo hasta mediado de los años 50, y en su materialidad como parte del proceso de cambio y movilidad social que experimentan las familias rurales desde los años 70. En relación al primer punto, la particularidad del hogar rural hasta bien entrado el siglo XX es la capacidad de ser, simultáneamente, unidad de producción y consumo. Esta condición, dada por la tenencia de tierra para cultivar productos agrícolas o de contar con ganado, es parte constitutiva de los recuerdos en torno a la ruralidad (Imagen 2).

Las mujeres rurales recuerdan que las casas rurales se ubicaban en *“un lugar muy bonito, era así estilo parcela [finca]”*. Allí *“habían árboles frutales de todo tipo (...) y la mamá plantaba, sembraba las papa (...) los porotos (...) las cebollas, el ajo”*. Hay también animales de todo tipo: *“vacas (...) corderos (...) chivos, pollos, patos (...) mi madre (...) sacaba leche, hacía queso, la mantequilla”*. Una de las abuelas españolas recuerda el trabajo familiar en torno a los productos agrícolas y ganaderos de la familia: *“mi padre era labrador, (...) mi madre le ayudaba a mi padre (...), trabajando todos en lo que se podía. Porque antes pues había gallinas, había cerdos y entonces eso manteníamos entre la familia”*.

Una de las abuelas chilenas relata que *“mi papá se levantaba muy temprano a regar, a sembrar y llegaba como a las 8 de la mañana a tomar desayuno”*. *“Cuando salían los primeros trigos -recuerda- él [padre] llevaba trigo a los molinos y mandaba a moler (...) entonces teníamos harina todo el invierno*. A pesar de haber sentido vergüenza en algún momento por ser campesina, señala una de las mujeres chilenas, *“yo nunca viví esa situación que veo ahora en la tele, tanta pobreza”*.

Una madre chilena relata que *“me acuerdo de las comidas de mi mamá (...) éramos muchos hermanos, pero nunca pasamos fríos ni hambre [porque] mi papá era agricultor”*. Una de las madres españolas recuerda también las matanzas de animales en su pueblo manchego: *“eso a mí me encantaría volver a vivirlo (...) muchas veces digo cuándo vamos a ir a matar (...) vamos a ir al campo a comernos un borrego”*.

Imagen 2. Campo y subsistencia

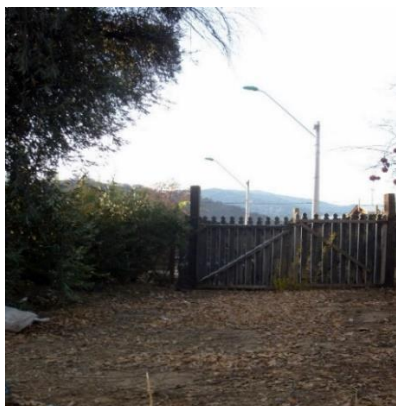


Tengo buenos recuerdos de la casa de mis abuelitos. Los días de frío, de lluvia, hacían cabritas [palomitas] en unas ollas grandes y mataban chanchos [cerdos], hacían prietas, arrollados, todo lo que se saca del chanco. (Madre chilena)

La casa de mis abuelos tiene mucho espacio, con árboles frutales, hay nísperos, comíamos tunas, uva, damascos, membrillos. (Hija chilena)



Mi papá era agricultor, plantaba de todo en la casa, nunca faltaba nada, teníamos porotos, choclos, sandías, melones, en el verano todo fresco, en el invierno se preocupaban de cosechar y se guardaba (...). Cuando no se podía amasar en el horno de barro, se hacía adentro de la cocina a leña. (Abuela chilena)



Si [los padres] cogían el ganado para matarlos, teníamos que estar agarrándolos de las patas (...) para que ellos hicieran las cruces al ganado, para quitarle la piel al ganado. (Abuela española)

Cuando éramos críos me acuerdo que mi tía tenía cerdos, ahí los mataba, hacíamos matanza, todos los niños a pelar la cebolla. (Madre española)



Fuente: Elaboración propia.

No obstante, y como resultado de la desvinculación de la familia de las actividades primarias ligadas a la agricultura y ganadería, en el marco de los procesos de modernización y globalización -como se señaló en otros capítulos- la participación de los miembros del hogar en la reproducción doméstica también se redefine. Las familias ya no tienen animales ni huertos para satisfacer las necesidades de autoconsumo. Los padres se vinculan ahora al mercado laboral urbano o rural. Y en ese escenario, los hijos dejan de ser mano de obra de la unidad productiva campesina.

Las hijas, a diferencia de generaciones precedentes, acceden a educación formal de manera continua. Las abuelas españolas relatan que *“sé leer y escribir, pues más o menos 4 reglas, pero mal, porque yo cuando era pequeña, pues como era al final de la guerra, en el 45, por ejemplo, me acuerdo de que empezaron a venir unos maestros (...), después te mandaban a otro, venía otro, te empezaba otra vez de nuevo, y entonces pues no te dio tiempo a nada (...) yo claro y todas las de mi generación”*. En contraposición, una madre española relata con naturalidad que *“me han dado la educación como todos los padres”*.

Es interesante evidenciar no solo que la educación ya no es un asunto negado, como ocurre con la generación de las abuelas, sino que es ahora una actividad elegida: *“me salí antes de tiempo [del colegio] (...) mi madre dijo: no quieres estudiar, pues no, al campo a vendimiar”*. La participación de los hijos en la sobrevivencia familiar pierde su carácter de obligatoriedad y el trabajo constituye únicamente una opción cuando se han dejado las responsabilidades escolares.

Ahora bien, tal como se señaló, el hogar rural presenta una segunda dimensión relevante referida a su materialidad. En el caso de las chilenas, tal como se observa en la Imagen 3, el hogar campesino de los años 60 -las casas de adobe (paja y barro)- tiene hoy sus últimos vestigios en los valles centrales. *“La vivienda -recuerda una de las madres chilenas- era humilde, de paja y una chacra”*. Eran casas *“rústica total, murallas de adobe revestidas con barro, el techo, una parte era de rama de trigo”*. Una de las abuelas recuerda que no hay durante su infancia agua potable en su casa, y solo hay luz en la calle del pueblo: *“en las viviendas (...) teníamos que alumbrarnos con lámparas [artesanales en base a fuego]”*.

En la Imagen 3 se observan vestigios de las casas de la ruralidad tradicional y también casas de la *nueva ruralidad*. Algunas mantienen la materialidad y fachada de las antiguas

construcciones. Otras, han incorporado elementos del proceso de modernización y urbanización. Son casas más pequeñas que las de generaciones anteriores, incorporan verjas, tienen dos plantas y están insertas en villas con acceso a transporte público y comercio. La generación de las hijas, que ha vivenciado el proceso de transformación de la ruralidad evidencia también los cambios en sus viviendas. Su primera casa -recuerda una de las hijas chilenas- estaba en el fundo donde trabajaba su papá: *“era más campo que acá porque era como un fundo y mi papá como trabajaba ahí vivíamos en la casa. El ambiente era súper bueno, las dos familias”*. Cuando despiden a su padre deben construir *“una nueva casa para mi familia, más pequeña”*.

Imagen 3. Las casas en los valles centrales, cambio y permanencia



Mi casa era grande, dos habitaciones inmensas, una para las mujeres y otra para los hombres, como se hacía antiguamente. Los papás dormían en la pieza de las mujeres y los hombres solos. Me acuerdo de las comidas, de los largos inviernos (...), éramos muchos hermanos, 16. (Madre chilena)

La casa (...) era así con esa paja (...) era exquisita porque en el verano era muy fresca y en el invierno era tibia (...). No había luz eléctrica, no había agua potable y mis papás se las ingeniaban, tenían un chonchón que era un tarro con unas mechas que se encendían. (Abuela chilena)

En el caso de las españolas, y relevando la variable generacional, hay diferencias también a la hora de referir a la materialidad del hogar rural (Imagen 4). En el caso de las abuelas españolas, los recuerdos aluden a *“la cocina de mi madre a teja vana, se llamaba a teja vana porque se veía el tejado (...) llamábamos la sala a una habitación que tenía alcoba (...), eran de barro, íbamos por el barro colorado a barreros que hay por aquí”*. Otros recuerdos refieren a la cotidianeidad en el dormir, donde los hermanos comparten camas: *“nada más que era tres en la misma cama (...) porque no había más cama”*.

Para otras, la materialidad de la casa está marcada además por la finalización de la guerra y el inicio de la reconstrucción de las zonas desbastadas. Una de ellas recuerda que, al regresar al pueblo en 1939, luego de la evacuación, *“estaban todas las casas en el suelo”*. Gracias al trabajo de albañilería del padre logran tener un nuevo hogar. Sin embargo, durante mucho tiempo no hay luz ni agua. Otra de las abuelas recuerda que *“este pueblo ha cambiado (...), las jóvenes iban por agua al caño, nosotros en tinas (...), íbamos a la garganta a lavar”*.

A diferencia de la escasez y pobreza de las abuelas, las madres describen su niñez enmarcada en *“una familia de tipo medio”*. Una de ellas recuerda que *“aunque no hemos tenido lujos, tampoco hemos tenido necesidades”*. En relación a la infraestructura doméstica, se evidencia que viven en casas más amplias, con dos plantas, espacios separados e incluso más de un baño. Recuerda una madre española la casa de su niñez: *“mi casa cuando era niña, pues la típica casa de pueblo, pues eso, de alcoba y habitación (...) la típica casa con el suelo así de piedra y un patio muy grande”*.

Las hijas, por su parte, recuerda sus casas en el pueblo *“tiene tres habitaciones y tiene un salón, una cocina y un cuarto de baño, que así no está mal, o sea, con tres dormitorios, pero comparándolo con igual las casas de hoy en día, eso ostras, siete personas, y vivíamos tan a gustito y además que molaba montón”*.

Imagen 4. Las casas rurales de hoy y los recuerdos de la postguerra española



No había agua corriente, no había servicios, había que ir al corral o a la cuadra a hacer las necesidades (...) teníamos que ir a la fuente (...) hasta de noche teníamos que hacer cola para coger el agua. Y bueno, pues luego ya después ya han venido tiempos mejores y ya metieron el agua y ya se ha ido ya la vida haciendo de otra manera. (Abuela española)



Nosotros somos de los de antes y nos hemos criado pues mal, con mucha escasez. (Abuela española)

Calamidades hemos pasado muchas. Yo ahora estoy harta de comer, que tu vengas a mi casa, te puedas acostar en mi casa, te pueda dar un vaso de leche, antes no tenía ni vasos ni cucharas (...), en 2 camas dormíamos todos, guantrapeados como las sardinas. Ya hoy se ha ido prosperando, estamos mucho mejor. (Abuela española)



Fuente: Elaboración propia.

6.3. Tercer eje. Experiencias y valoraciones en torno a la *nueva ruralidad*

El tercer y último eje congrega dos puntos que resultan interesantes -aunque no los únicos- sobre la trayectoria de las mujeres en el marco de la *nueva ruralidad*. En el caso chileno, y como el resultado del desarrollo en infraestructura, las madres en su niñez no deben desplazarse a zonas urbanas para poder estudiar, pues en los campos ya hay escuelas rurales. No obstante, algunas deben abandonar tempranamente el colegio para ayudar en las labores domésticas del hogar rural. Acceden, por tanto, casi exclusivamente a educación primaria. Al cumplir los 18 años, y dadas las precarias condiciones de existencia que aún se observan en los campos chilenos, las mujeres se ven obligadas a migrar a las ciudades para buscar nuevas fuentes de ingreso, pues, como se señaló en capítulos precedentes, la agricultura ya no basta por sí misma. Trabajan sirviendo en hogares de clase media de la capital santiaguina.

Durante la década de los 90, cuando muchas de ellas contraen matrimonio, y en el contexto de modernización y emergencia de un nuevo mercado rural, regresan a vivir a las zonas rurales. Allí adscriben a diversos empleos rurales y no rurales (Imagen 5). Algunas desarrollan iniciativas comerciales -almacenes, empresas-, tal como relata una de las abuelas: *“somos distribuidores exclusivos de hielo (...), ya llevamos como 17 años trabajando”*.

Otras se vinculan al trabajo de temporal, sustentado en la adscripción de fuerza de trabajo flexible y en condiciones laborales precarias e informales. Las mujeres, en este sentido, trabajan en condiciones de inestabilidad y desprotección legal. Una de las madres lo resume así: *“harta parte de mi tiempo la he trabajado en el campo de temporera, he trabajado una que otra vez, porque no me gusta mucho, en los frigoríficos”*.

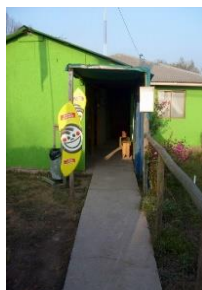
Lo común a ambas experiencias de inserción laboral es que las mujeres buscan generar nuevas fuentes de ingresos familiares y que elaboran una identidad ligada al esfuerzo y sacrificio: *“veía a mis hijos sufrir y había necesidades de comida (...) me cortaron la luz, el agua, no había gas y con una guagua [bebé] recién nacida (...) [y] empecé a trabajar”*.

Imagen 5. La salida a trabajar en la *nueva ruralidad*, identidad y sacrificio



Empecé a trabajar y ahí a luchar, trabajaba en el campo. Llegaba en la tarde a puro llorar porque yo en mi vida había trabajado en el campo (...) despigando maíz. Trabajaba en eso toda mojada, pero me sentía orgullosa porque yo estaba manteniendo mi casa. (**Madre chilena**)

Voy a salir a trabajar como salen las mujeres. Tiene que entrar más plata a la casa. Hay que trabajar, pero no en el campo, porque mis papás a me enseñaron que las mujeres tenían que quedarse en la casa o trabajar en una oficina o un negocio, o en una tienda (...) Y puse mi almacén (...) me ayudó económicamente y a salir de mi depresión. (**Madre chilena**)



[Con] mi actual esposo (...) nos conocimos en este restaurant (...) él llegó acá como pensionista porque mi mamá le daba comida a empresas, entonces como que yo pasaba más acá que en la universidad (...) fuera de ayudarle a mi mami, mi mamá tiene todo esto a nombre mío. (**Hija chilena**)



Fuente: Elaboración propia.

En el caso español, la *nueva ruralidad* ha estado caracterizada por la salida o también llamada *huida* de las zonas rurales, especialmente de las mujeres -como se vio en capítulos anteriores- con el consecuente envejecimiento y masculinización de los campos. Esta situación explica que las tres generaciones de mujeres de esta investigación reflexionen de manera constante sobre permanecer, regresar o irse definitivamente del pueblo (Imagen 6).

Las abuelas, por su parte, son un grupo que muestra una relativa satisfacción con la permanencia en el pueblo, aludiendo a la tranquilidad de la vida o a la importancia e intensidad de los vínculos vecinales y familiares. Algunas enmarcan su biografía completa en el mismo pueblo, tal como esta abuela que señala que *“he nacido [en este pueblo], que yo de aquí no he salido”*. Otras señalan que *“yo siempre he vivido aquí. Me casé, como el novio era de aquí y he vivido aquí. O sea que soy de aquí”*.

Otras han experimentado la migración dentro del país, en la juventud para servir en Madrid y luego para vivir con su familia en Barcelona. A pesar de ello, la opción ha sido regresar y permanecer en el pueblo: *“después me fui a vivir a Barcelona y allí (...) estuvimos casi 25 años (...) y luego (...) me he venido acá después de mi marido jubilarse y acá hemos vuelto a hacer la vida (...), no hay ninguna diversión, pero vivimos muy bien (...), no hay jaleos de gente joven ni de drogas”*.

Las madres, por otra parte, muestran diversas trayectorias vinculadas a la permanencia o salida de la ruralidad. Algunas migran a ciudades más urbanizadas para hacer sus vidas familiares o bien, se quedan en el pueblo. Es común, no obstante, mirar el pueblo como un lugar de buena calidad de vida pero con poca entretención, lo que determina en algunos casos la *huida* hacia la ciudad: *“a mí es que me encanta la vida de los pueblos, [pero] en el pueblo tampoco había grandes emociones ni grandes historias, o sea, era una vida rural normal, ya está, trabajar, vivir en la casa, ir al colegio, volver a casa y un rato al parque o con las amigas y tal y a acostarse, y al otro día lo mismo”*. En las ciudades, en cambio, *“hay muchas discotecas, hay muchos bares, hay mucha, mucho ambiente”*.

Otra de las madres, que ha vivido toda su vida en el pueblo, recuerda que *“yo me casé y teníamos todo aquí y no nos planteamos irnos a ningún sitio, pero luego ya a medida que fueron pasando los años, tampoco teníamos oportunidades”*. A sus hijas, relata, les insiste *“que no se quede en el pueblo, que es todo tan limitado”*.

Para la generación de las hijas la encrucijada de permanecer, regresar o finalmente irse del pueblo, es más aguda. Algunas viven en pueblos rurales que tienen conexión con ciudades más grandes. Otras afirman que permanecer en ellos implica estar *“muy limitada (...) es monótono”*. Otra señala que *“en la universidad se me abrió un mundo y claro, sentía que el pueblo [me] ahogaba un poquito, entonces me apetecía salir”*, pero sin desestimar regresar en otra etapa. Para buena parte de las jóvenes la decisión de regresar al pueblo está en una constante revisión: *“soy más de pueblo, aunque ahora estoy en una etapa que el pueblo lo rechaza”*. Hay también quienes plantean como uno de sus proyectos regresar a su pueblo: *“no me imagino estar viviendo aquí [Madrid] ni formar una familia aquí, o sea yo quiero ir allí, porque simplemente conozco a gente del pueblo (...), entonces hay que volver”*.

Imagen 6. La nueva ruralidad, familiaridad, tranquilidad y una huida intermitente



Yo tengo una sociedad fuera de serie con el personal que hay en el pueblo, con los grandes, con los chicos, con el rico, con el pobre, con el gitano, con el forastero, con el cura. (Abuela española)



Se echa de menos a las amistades, a la familia, también al ambiente porque no es lo mismo vivir en un pueblo que vivir (...) en Las Rosas (...) la mentalidad de capital y yo estoy acostumbrada a vivir en un pueblo donde todo el mundo se conoce, vas por la calle saludando (...), echo de menos ese estilo de vida, de pueblo. (Hija española)



A mi pueblo lo quiero mucho, pero de vivir aquí no podría (...) es que eso se está muy limitado, a lo mejor cuando ya tenga 50 años me quiero venir aquí. (Hija española)

Fuente: Elaboración propia.

Como se observa en los relatos y fotografías, las mujeres enmarcan su biografía en un medio rural que está en un cambio constante, y cuyas transformaciones actúan como contexto y soporte biográfico de las trayectorias femeninas. Los cambios se materializan en nuevas estrategias familiares para asegurar la sobrevivencia y nuevas disposiciones y usos de los espacios del hogar rural. Asimismo, se observa el nuevo lugar que ocupan los hijos de familias rurales, y la emergencia de nuevas identidades en las mujeres como resultado de su inserción en el mercado laboral.

No obstante, los relatos evidencian también permanencias en aspectos que tradicionalmente han sido definidos como propios de la ruralidad -tal como se señaló en otros capítulos-. La densidad de los vínculos familiares y vecinales y la calidad de vida de las zonas rurales, son entre muchos otros, elementos que rodean las trayectorias de las mujeres.

CAPÍTULO 7. Retratos sociológicos e historias de vida

Se ha explicitado a lo largo de esta investigación la relevancia de profundizar en la mirada o perspectiva que de la ruralidad tienen las mujeres que allí han habitado o habitan -en tanto, testigos de los cambios y permanencias que ocurren en el medio rural-. Este nuevo capítulo, que constituye un nuevo momento en el acercamiento a la configuración de lo femenino, consta de una serie de retratos sociológicos elaborados en base a las biografías de las mujeres y otros materiales cualitativos generados y recopilados para esta investigación.

La elaboración de retratos sociológicos parte de la premisa que las historias de vida están contadas desde un presente por mujeres concretas, con características físicas identificables, con redes vecinales y vinculaciones afectivas. Y que esos elementos articulados a su trayectoria y presentados como un relato permiten entrever aspectos relevantes en la construcción de lo femenino. El presentar este tipo de material busca, siguiendo a Pujadas (2002) “situar al lector sobre el contexto social y las características específicas de los entornos familiar, laboral, de sociabilidad y comunitario que circunscriben la trayectoria vital de los sujetos” (pág. 81).

En efecto, los retratos presentan las historias de vida de las mujeres rurales, identificando los hitos relevantes de su trayectoria, así como elementos que la propia investigadora identificó en el proceso de trabajo de campo y que, al igual que las fotografías, complementan y nutren la elaboración de los retratos. Como parte de la estrategia cualitativa seguida en esta investigación, las notas de campo, las conversaciones con habitantes de los pueblos, las observaciones realizadas de los territorios y de relaciones vecinales y familiares -ya sea de manera individual o en compañía de algunas mujeres o contactos clave-, y las fotografías compartidas espontáneamente, son integradas a los retratos biográficos aquí presentados.

En este sentido, el material cualitativo reunido a través de las diversas estrategias intenta abarcar, profundizar, agudizar la mirada sociológica en el proceso de construcción de lo femenino, evidenciando cambios en las relaciones sociales, en las pautas de comportamiento, en las costumbres y normas, en las transformaciones económicas experimentadas por la familia, entre otros elementos que componen la trayectoria y la cotidianidad de las mujeres.

Tal como se ha explicitado, se apuesta que los elementos arriba mencionados son también determinantes a la hora de analizar los procesos de configuración de lo femenino en las zonas rurales. Como se verá en los apartados posteriores, las vecinas de los pueblos actúan como una gran red de control de las *mozas*; la aparición de habitaciones para las hijas favorece la creación de espacios íntimos o cómo la mejora en las condiciones materiales de las familias facilitas rurales va favoreciendo la incorporación de ciertos aspectos de la *mujer doméstica*.

El capítulo se estructura presentando los retratos sociológicos de las abuelas españolas y chilenas, luego de las madres de ambos países y, finalmente, de las hijas de ambos países. En la Tabla 48 se identifican los perfiles por generaciones.

Tabla 48. Retratos sociológicos de mujeres rurales de tres generaciones de Chile y España

Generación	País	Nombre	Perfil
Abuelas	España	Milagros	La lucha por la sobrevivencia y el cuidado de otros
		Julia	Migración de mujeres y nuevas mentalidades femeninas
		Mercedes	La eterna trabajadora. Entre la agricultura y los bares
		Concepción	La pérdida de un hijo y la redefinición de la vida esperada
	Chile	Sofía	Migración y política como ejes centrales de la reflexión
		Adriana	Entre el ama de casa y la empresaria
		María	Violencia de género y trabajo como constantes biográficas
Madres	España	Sonia	Redefinición de la mujer en la relación de pareja
		Sara	Violencia de género y lucha para la crianza
		Pilar	Madre y cuidadora en un pueblo manchego
		Olga	Madre, esposa y promotora de nuevas formas de vida.
	Chile	Ana	Cuando la familia es el eje articulador de la biografía
		Isabel	Lucha por la sobrevivencia y conflictos amorosos
		Patricia	Maternidad temprana, rebeldía y violencia de género
Hijas	España	Marta	El proyecto profesional como elemento identitario
		Leire	La identidad, el cuerpo y el regreso al pueblo
		Laura	La vida en el pueblo, los estudios y el feminismo

Tabla 48. Retratos sociológicos de mujeres rurales de tres generaciones de Chile y España

Generación	País	Nombre	Perfil
		Nerea	Aventurera y feminista
		Valentina	La historia siempre repetida
		Julieta	Nuevas identidades sexuales en el medio rural
	Chile	Claudia	El sueño de una familia.
		Catalina	Madre soltera y desafiante al control social del pueblo

Fuente: Elaboración propia.

7.1. Retratos sociológicos de abuelas rurales

Hablamos de abuelas para referirnos a toda aquella generación de mujeres nacidas entre la década de los 30 y 50⁶⁰. Es decir, aquella generación que ha sido testigo principal de buena parte del acontecer social, económico y político del siglo XX y de los cambios y permanencias que lo femenino experimenta en este período de tiempo. En efecto, hablar de las abuelas es, ante todo, hablar de la generación de mujeres que presencian las principales crisis políticas del siglo XX y sus efectos económicos y sociales en la vida familiar. Es hablar de quienes observan cómo los procesos modernizadores de los años 60 que se dan en España y Chile reconfiguran el medio rural, facilitando la emergencia de una *nueva ruralidad*, especialmente en las décadas posteriores. Es hablar de quienes observan la multiplicidad de modelos de lo femenino puestos en jaque durante el siglo XX. Son ellas, las abuelas, quienes han visto en sus propias trayectorias vitales, y en las de hijas y nietas, los cambios que la condición de lo femenino ha experimentado en los países aquí considerados.

Son también quienes, en sus propias biografías, experimentan -gustosas o sufrientes- las costumbres, normas y restricciones que rigen el actuar de las mozas en una España tradicional. O los incansables trabajos que deben realizar, marginando la posibilidad de estudiar o jugar. Son ellas quienes viven en *carne propia* las migraciones rururbanas. Algunas migran a las ciudades a estudiar o trabajar; otras ven a marchar a sus esposos e hijos a trabajar a las grandes ciudades industrializadas. Son quienes ven llegar, a través de sus portales, a

⁶⁰ La categoría *abuela* -y también las de *madre e hija*- son utilizada acá para dar una perspectiva intergeneracional al análisis y configuración de lo femenino. Ahora bien, en el caso de las abuelas, es cierto que hay quienes efectivamente han sido abuelas, y otras que han perdido a sus hijos a temprana edad y que, por tanto, no lo son en sentido estricto.

nuevos habitantes rurales. Marroquíes, latinoamericanos y europeos del este, que trabajan las tierras agrícolas y se convierten en nuevos pobladores rurales.

A continuación, se presenta los retratos sociológicos de siete (7) mujeres rurales que se corresponden con la categoría abuelas. Encontraremos aquí la historia de Milagros y su lucha por la sobrevivencia; la de Julia y la migración de mujeres y la emergencia de nuevas mentalidades femeninas; la de Mercedes, la eterna trabajadora; la de Concepción, cuya biografía estará marcada por la pérdida de un hijo; la de Sofía, donde la reflexión estará centrada en la migración familiar y la vida política de su país; la de Adriana, que es ama de casa y empresaria; y finalmente, la de Raquel, biografía fuertemente marcada por la violencia de género y el trabajo desde pequeña. Para cada uno de estos retratos, se realiza una breve síntesis y, en algunos casos, se integran fotografías que apoyan los relatos presentados.

Milagros. La lucha por la sobrevivencia y el cuidado de otros

Española de origen y residencia rural. Nace en 1938, y vive hasta hoy en un pueblo manchego. Dado el contexto económico y social de España, durante su infancia se dedica a actividades agrícolas temporales para ayudar a la subsistencia familiar. Ello impide que asista a la escuela, por lo que se mantiene en un estado de analfabetismo hasta pasados los 50 años. El relato está atravesado por el sacrificio y la astucia para hacer frente a la pobreza, así como a su noviazgo, matrimonio y viudez, como ejemplos de respeto de las normas sociales dominantes. La religión y las festividades vinculadas tienen un lugar preponderante en su cotidianidad.

Milagros nace el año 1938 en el pueblo de Calzada de Calatrava -donde vive hasta hoy- en la provincia de Ciudad Real (Castilla-La Mancha). Es madre de tres hijos, uno de ellos vive en el mismo pueblo y sus dos hijas en Madrid. Tiene cinco nietos. Es viuda. Estuvo casada con José, su novio desde los trece años.

Antes de llegar a Calzada de Calatrava, a través de la ventana del *autocar* -conocido como La Viajera- se distinguen molinos y, a sus faldas, grupos de hombres y mujeres trabajando. Gradualmente, el *autocar* abandona la carretera y entra en pequeños poblados. La señalética cambia: la imagen de *velocidad máxima* da paso a *cuidado con los animales*. Conductores de

camiones y tractores dan paso para cruzar las estrechas calles manchegas. Es época navideña y en las ventanas hay figuras de Papá Noel trepando por pequeñas escaleras de neón.

En Calzada de Calatrava la niebla es espesa. La parada del *autocar* coincide con una pequeña plaza. En las calles se ve poca gente, solo coches aparcados en las aceras. Las casas son bajas, no más de dos plantas. Las ventanas son pequeñas y protegidas por verjas.

Ya en casa de Milagros, en el pasillo que comunica la puerta de entrada con el resto de las habitaciones, se ve una figura religiosa. La casa es amplia, tiene dos plantas, cinco habitaciones, pero para Milagros es una típica casa de “*gente pobre*”. El baño está fuera, en el patio de atrás. La cocina también está fuera, en otra ala de la casa. En el patio, al lado de la escalera que lleva a la pieza de los hijos que otrora vivieron allí, está el lavadero. El salón está adornado por un Belén de siete metros con piezas coleccionadas durante años, y por el cual acaba de obtener el primer premio del Ayuntamiento (Imagen 7). El día anterior a la sesión de entrevista, doscientas personas lo visitaron, cuenta Milagros. Llegan nuevas vecinas, una de ellas, frente al Belén, entona una canción religiosa, en una especie de tributo al nacimiento de Jesús. De fondo, y adornando las paredes del salón, fotografías enmarcadas de los matrimonios de sus hijas.

Milagros habla sobre su niñez y la pobreza, su juventud y el amor eterno profesado a José, su marido, y de cómo aprende a leer y escribir. Acompaña su relato con unas *flores* muy azucaradas y un café con leche, muy dulce. Las paredes de esta habitación son de los nietos: fotografías por doquier que recuerdan la primera comunión de cada cual. Bajo la mesa, un brasero eléctrico, “*lástima que no sea de los de antes -señala- pero calientan bastante, arrímate, arrímate*”.

El hambre y las necesidades de todo tipo son el eje central de su discurso. Aun así, no hay melancolía, solo orgullo de haber sido lo suficientemente astuta para sortear las durezas económicas del país. Los otros, “*los gordos, los ricos*”, no vivieron la miseria que ella, su familia y sus amigos debieron soportar durante muchos años. El haber tenido esa vida le ha permitido mirar empáticamente a los “*forasteros*” que han venido a España a trabajar. Ahora “*los pobres son ellos*” y asume con responsabilidad ayudarlos. Aunque ella está “*ahora harta de comer*”, sabe lo que es el hambre y, en un acto más solidario que caritativo, ayuda a los vecinos rumanos que llegan al pueblo para el trabajo temporal del olivo.

A la mañana siguiente, Milagros muestra su barrio, mientras realiza las compras. Las calles están iluminadas por el sol que logra atravesar la niebla matinal. El comercio está abierto y los vecinos se saludan con un “*adiós*”. El Ayuntamiento, situado en la plaza del pueblo, está adornado con luces navideñas que se encienden por la noche al compás de música propia de la festividad. Muy cerca, *un chino*, como se conocen en España los bazares que hoy son administrados por gente de origen chino. Luego, al mercado para comprar sardinas y a la pollería, donde el carnicero y Milagros discuten sobre las apariciones religiosas que han experimentado. Al lado, otro cliente balbucea que son *tonteras* lo que hablan, que la Iglesia lo ha robado todo.

Calzada de Calatrava es un pueblo religioso. Se escuchan por doquier referencias a *El Salvador*, su patrono; los locales comerciales adornan sus muros con imágenes de Jesús. Y en Milagros, la religión -así como las festividades asociadas- tiene un importante lugar (Imagen 8). Atribuye algunas de sus cualidades o capacidades a una dimensión divina, sobre todo en su etapa adulta. “*Por la noche cuando duermo -señala- se me vino una oración*”:

La Virgen a mí me llama
no tengas miedo Señora
que estás bien acompañada
Desde los astros del cielo
el niño Jesús te guarda
Que pases muy buena noche
y amanezcas bien mañana
para sacar oraciones
porque eres buena cristiana.

Es el Salvador del mundo
el más grande de este pueblo
Al que venimos a celebrar
toditos los calzadeños
Y de que llega septiembre
todos quedamos pensando
se aproximan nuestras fiestas
ya se ha pasado otro año
Y todos nos reunimos para ir a la Calzada
a celebrar nuestras fiestas
que en nuestro corazón está.

Mientras recorremos el pueblo, Milagros saluda a una anciana que está en el portal de su casa, apoyada sobre su bastón. Es la experta del pueblo en amortajar a los muertos “*en sábanas*”, aclara. “*Cuando ella se vaya, ¿quién lo hará?*”, se pregunta Milagros. En épocas donde las personas morían en sus casas, era necesario el desarrollo de habilidades que hoy desaparecen gradual e irreversiblemente.

Al avanzar, otra amiga invita a visitar su casa. La puerta de entrada al recinto es grande. Las paredes repletas de adornos. Las mujeres muestran con gran interés los techos típicos de antes con maderas a la vista. Con tristeza cuentan cómo esas vigas han ido desapareciendo con el paso de los años. Seguimos avanzando y aparece un patio interior con una noria, casas bajas, tejados planos, ropa tendida que aprovecha el sol matutino.

En otras de las tantas casas visitadas -de cuñadas y primas de Milagros- la imagen es similar. La televisión encendida, las mujeres solas en sus casas invitan a arrimarse al brasero que se esconde bajo las mesas y a taparse con largas mantas que hacen, a la vez, de mantel. Las paredes de las habitaciones principales repletas de imágenes familiares en situación religiosa: niños en primera comunión y mujeres vestidas de blanco saliendo de una iglesia. Se agregan antiguas fotografías en blanco y negro de los padres de las mujeres. Los dormitorios son amplios, las camas tienen mantas de seda y a los pies, la figura de porcelana de Jesús cuando niño. Sobre las sillas, muñecas y adornos confeccionados por ellas mismas.

Llega la hora de comer y hay que dirigirse a la casa que la familia de Milagros utiliza como espacio común. Es un antiguo corralón. Mientras algunas mujeres cocinan, los niños juegan con la pelota y las niñas a ser cocineras. Dentro, muchas sillas, una mesa muy grande, la familia mira el televisor. En la cocina, Milagros prepara las patatas para hacer un típico plato manchego: harina y patatas, aceite de oliva y pimiento rojo. Comida de la posguerra, nutritiva y calórica. Para los niños, macarrones. Se sienta la familia extensa a comer. Tíos, primos, nueras e hijos, cuñados y consuegros. Entre todos los habitantes españoles, hay una mujer de cuarenta años, proveniente del sur de Brasil. Ha llegado a España hace dos años, donde no puede ejercer la enfermería, su profesión de origen. Intenta integrarse a un país donde casi no tiene amigos. Le llaman la *forastera*.

Llega la noche en Calzada de Calatrava. Se encienden las luces navideñas y luego de poco andar, Milagros regresa a su casa. Una vez allí, ve la televisión, cena algo rápido y al acostarse, reza y se despide de su *José*.

Imagen 7. Pesebre ganador elaborado por Milagros



Fuente: Elaboración propia, fotografía tomada en la casa de la entrevistada.

Imagen 8. Fiesta del pueblo de Milagros



Fuente: Fotografía entregada por la entrevistada.

Julia. Migración de mujeres y nuevas mentalidades femeninas

Española de origen y residencia rural, nace el año 1936 en el pueblo de Alarilla, en la provincia de Guadalajara (Castilla-La Mancha). Presenta una biografía marcada por la migración. A los quince años va a servir a Madrid. A los veinte, vuelve a migrar, junto a su marido, a Barcelona. Regresa a Alarilla, cuando éste se jubila. Tiene dos hijos. Uno de ellos ha regresado al pueblo. Es viuda hace más de 10 años. Es una mujer activa a la que le gusta realizar labores de todo tipo, principalmente el bordado. De su niñez, recuerda la dureza de la vida de la posguerra española. Su relato enfatiza en la reconfiguración que genera en las mujeres la migración y que a ella le ha permitido seguir adelante luego de la muerte de su esposo.

A ambos lados de la autopista que une Guadalajara con Alarilla, se alternan largas llanuras y pequeñas colinas. Sobre ellas, árboles muy verdes, apiñados, alzándose a un cielo azul. Desde esas mismas colinas, los habitantes de pueblos aledaños se lanzan en paracaídas los fines de semana. Las tierras agrícolas están sembradas, nada aún para cosechar, nadie todavía trabajando en ellas.

Ya en Alarilla, se observa claramente cómo el pueblo está rodeado por colinas, algunas muy cercanas a las casas de los pobladores. Precisamente en esas colinas, recuerdan las mujeres, los padres o los pastores llevaban a cabras y ovejas a pastar, cuando las familias tenían sus propios animales y de ellos comían. En las faldas de los montes, están las calles del pueblo algo empinadas. La arquitectura y estética de las casas es variada. Una o dos plantas, algunas reformadas, otras antiguas, algunas pintadas de blanco, amarillo y azul claro. Otras tienen pequeños balcones en la segunda planta, hechos de hierro forjado. Las puertas son de madera y las ventanas pequeñas, sin excepción, cubiertas por gruesas verjas.

La casa de Julia es una de las muchas viviendas de dos plantas que tiene el pueblo. En la planta baja, luego de cruzar un oscuro pasillo donde espera un impaciente perro, se encuentra la cocina. Luego, una estrecha escalera lleva a la parte habitada de la vivienda. Grandes ventanas que miran las colinas del pueblo y permiten la entrada de luz. Los muros blancos contrastan con muebles color caoba que componen el comedor. Los muros con cuadros de punto cruz, realizados por Julia, con diferentes motivos y colores: paisajes, ríos y puentes.

En el estante que completa el salón, muchas fotografías. Algunas en colores, enmarcadas, recuerdan el matrimonio de sus hijos y la primera comunión de sus nietos. En sepia, ella y su

ya difunto marido. Esta misma fotografía se repite en la habitación en la cual Julia pasa el día. Una televisión y un sofá acompañan sus tardes, mientras ella trabaja en diversas labores: cuadros de punto cruz, confección de bolsos con materiales reciclados (Imagen 9). Todo lo ha aprendido durante su vejez. Y le sirve, porque no puede *“estar sin hacer nada”*.

Julia recuerda su niñez y la dureza de la posguerra, las casas en los suelos y el esfuerzo y ahínco de padres y tíos por construir nuevos hogares. Pero esa no es la peor época de su vida, señala. Lo son los años en que mueren sus padres, su esposo, un cuñado y un sobrino muy joven, a causa de un cáncer. A pesar del dolor que le evocan estos recuerdos, su voz y semblante se mantienen impávidos: *“eso se pasa, y hay que vivir”*, señala.

En el relato de Julia no hay detalles sobre el cortejo o galantería de su época de juventud ni para recordar hechos como el nacimiento de sus hijos -todos hechos que emocionan a gran parte de las entrevistadas y sobre los cuales vierten mucha emotividad-. La intensidad de su relato, en cambio, se manifiesta cuando habla de las mujeres de su generación. Ella se siente diferente a las viudas que *“no han salido nunca (...) [yo] he salido desde el primer día, yo tenía que vivir, rehacer mi vida, hacer mi vida normal”*.

La tarde comienza a caer. Julia, *“descansaita”* en su sillón, se *“tira pa atrás como una gran señorona”* y espera que en la televisión comiencen las novelas. Quizás, como todas las tardes, su nuera venga a visitarla.

Imagen 9. Bordados de Julia



Fuente: Elaboración propia, fotografías tomadas en la casa de la entrevistada.

Concepción. La pérdida de un hijo y la redefinición de la vida esperada

Española de origen y residencia rural. Vive en Alarilla con su marido, que es labrador y fontanero. Ella es ama de casa. Su hijo muere a los 5 años a causa de una enfermedad: “*la vida ya no es igual*”. Prefiere vivir en el pueblo, por la tranquilidad y calma. Valora poder *salir a andar, coger el coche* y pasear con su marido. Recuerda con añoranza los tiempos en que los pueblos eran más comunitarios, donde todos los miembros de la familia participaban de las tareas domésticas y productivas, para asegurar la mantención de la familia. Es crítica sobre el escaso control que ejercen los padres en las relaciones afectivas de los jóvenes.

Concepción vive en una casa de una única planta. El salón y el comedor están en la misma habitación, muy cerca de la cocina. Una vez que se cruza el pasillo, aparecen algunas habitaciones. El salón donde se realiza la entrevista es iluminado. En esta casa, a diferencia de las del resto de las entrevistadas, no hay fotografías. Los estantes están adornados por bandejas, fuentes de plata y algunas colecciones de libros. Los muros tienen pequeños cuadros y un gran reloj de madera.

Concepción resguarda aspectos emocionales de su intimidad. Evita detalles y suprime la dimensión afectiva de la experiencia. No obstante, su discurso enfatiza en la antigua vida comunitaria de los pueblos. Recuerda con añoranza los tiempos en que todos los miembros de la familia participaban de las tareas domésticas y productivas. Valora también la forma en que las familias se vinculaban respetando al padre primero, y a la madre después.

El gran dolor de su biografía es la pérdida de un hijo a los cinco años. Decide, junto a su esposo, no tener más niños. En este relato, la maternidad es reconceptualizada y ligada al temor y la muerte. No se observa un proceso de reconstrucción de la maternidad, solo un intento por sobrellevar la vida que queda por delante: “*la vida ya no es igual de tener familia a no tener. Pero nos llevamos bien y estamos los dos*”.

Se hace tarde. Concepción disfruta de la tranquilidad y calma que se vive en el pueblo. Puede *salir a andar* o *coger el coche* y pasear con su marido. O simplemente estar en su casa, trabajando en el ganchillo, labor que aprendió hace uno años y que la entretiene diariamente.

Mercedes. La eterna trabajadora. Entre la agricultura y los bares

Española de origen y residencia rural. Nace en 1943 en Arroyomolinos de la Vera donde vive hasta hoy con su marido, su novio desde los 16 años. Tiene dos hijos y varios nietos. Toda la familia vive en el pueblo. Desde pequeña debió participar en los quehaceres domésticos, en la carnicería y bar del padre y realizando tareas agrícolas temporales en los pueblos cercanos. Hoy sigue trabajando como cocinera en el bar de su hijo. Recuerda que sus padres eran muy estrictos por lo que la adolescencia y juventud es una época de poco disfrute. En sus tiempos libres le gusta ver telenovelas y viajar dentro del país con mujeres del pueblo.

Al llegar a Arroyomolinos de la Vera sorprende el amplio valle y su intenso verdor, que contrasta con las blancas casas y grises calles del pueblo que se erigen sobre él. La espesa niebla humedece la zona. Las calles son estrechas y cada tanto aparecen iglesias con sus campanarios. Aparecen también fuentes de agua, en las que las mujeres antiguamente lavaban la ropa o en donde cogían agua para llevar a casa. Hoy, el agua corriente está en la mayoría de las casas y se cuenta con lavadoras automáticas. Las mujeres de esta generación han vivido toda la transformación social que supone pasar de moradas sin electrodomésticos a viviendas totalmente equipadas.

A pocos metros de allí, un mirador que permite ver el valle en plenitud. Calles de tierra y otras de asfalto. Cerca de estas últimas, pequeños núcleos, de diez a veinte casas, y algunos huertos. Se logran ver también piscinas azuladas, de algunos de los hostales del pueblo. Antiguas fincas, hoy convertidas en hospedaje para el turismo rural. Una *nueva ruralidad* que desplaza a las antiguas actividades primarias, aunque éstas no desaparezcan del todo.

En la entrada de la casa de Mercedes hay una pequeña verja de color negro. Ya dentro, y cruzando una maciza puerta de madera, una escalera que une la planta baja de la casa -donde vive Mercedes y su marido- con la primera planta -donde vive su hija, nietas y yerno-. Al fondo del largo pasillo está la cocina, iluminada por la luz de la calle. En la sala donde se realiza la entrevista, una extensa mesa de comedor, con un arreglo floral que se apoya en un mantel de ganchillo. Además, el televisor y dos sillones, en uno de los cuales Mercedes pasa las tardes viendo telenovelas. En el estante, fotografías de la familia: matrimonios, bautizos y primeras comuniones. Entre ellas, la foto de la hermana fallecida hace un par de años.

Mercedes habla rápido y enfatiza al comparar el estilo de vida de las nuevas generaciones, con el de generaciones anteriores. Recuerda que ella, al igual que otras chicas del pueblo, tuvieron poca diversión. Sus nietas, en cambio, tienen muchas libertades y pocas responsabilidades, afirma. Su relato está también mediado por el malestar que provoca el haber tenido al trabajo como única ocupación. Las vacaciones consistían en ir a otro pueblo en verano, pero siempre a trabajar. Dedicadas a los oficios encomendados por sus padres, las mujeres de su generación pierden el disfrute propio de la juventud: fue “*una vida muy mala*”. La etapa actual es vivida con sus hijos y marido. Trabaja en el bar de su hijo. Le gusta viajar con otras mujeres del pueblo y, sobre todo, estar en su casa y ver la televisión.

Sofía. Migración y política como ejes centrales de la reflexión

Chilena de origen rural y residencia rural. Nace el año 1926 en la Región de Valparaíso. Hija de padre chino y madre chilena. En su adolescencia decide abandonar los estudios y ayudar en el negocio familiar. Contrae matrimonio a los 30 años con un hombre viudo con tres hijos. Viven juntos en la casa de Sofía y su madre. Ella y su marido no tienen hijos. Es viuda desde hace más de dos décadas. Ha sido la encargada de recibir a los sobrinos santiaguinos que quieren estudiar en la región. Presenta un discurso crítico y reflexivo sobre el acontecer político chileno de las últimas décadas y sobre el trato diferenciado -en la distribución de tareas domésticas- que se da a mujeres y hombres en la juventud.

El camino que une Santiago con Valparaíso es de largas autopistas que atraviesan montes y valles. En ellos, multiplicidad de cultivos, largas extensiones de tierras. Camiones que llevan productos agrícolas a Santiago, mientras que el autobús que se dirige a la Región de Valparaíso surca los montes. Cada tanto, en algunas *vías de servicio* aparecen comerciantes que ofrecen frutas propias de la estación: naranjas, kiwis, manzanas verdes; todas ellas inscritas en el proceso de reconversión agrícola chilena. Tras las barras de contención de la autopista, aparecen pequeñas casas. Algunas habitadas, con ropa tendida, aprovechando el sol y el viento que siempre existe en la zona. Otras son solo ruinas, no tienen techo, quedan los muros. Aparecen, a los costados de la autopista, las tradicionales *animitas*, esos pequeños tributos que se hace a algún familiar que ha muerto en un accidente de tráfico. Decoradas con flores de plástico, juguetes o banderas de los clubes deportivos, destellan colores.

Ya en Quillota, se observa una avenida principal relativamente amplia. En los bandejones centrales destacan las clásicas palmas chilenas. Coches y autobuses que cogen pasajeros en cualquier esquina. El comercio está abierto. Supermercados, tiendas de ropa, de electrodomésticos y tecnología. Pequeñas cafeterías que ofrecen capuchinos y medias lunas [*croissant*]. Coches aparcados en todas las aceras. Unos kilómetros antes, se vislumbraba la quietud de los poblados rurales aledaños, calles despejadas, muy poco comercio. Las casas del pueblo son amplias casas, de una única planta, con techos planos y pintadas en solo dos tonos; blanco y algún otro color pastel. Algunas casas conservan, aunque muy envejecidas, fachadas de ladrillos. Otras, con muros mejor contruidos.

Al entrar en casa de Sofía, se cruza un largo y oscuro pasillo. Muchas puertas de madera se ven a ambos lados. El suelo es de baldosa. Cada sección de la casa tiene un motivo diferente: las hay marrones, otras que simulan un tablero de ajedrez, otras con líneas rojas y blancas. Los techos de la casa son muy altos y los muros de color verde claro. Es una típica casa de la zona central de Chile. La casa es tan amplia, que se encuentran cosas muy diferentes en un lugar y otro. En uno de los extremos de la habitación -que funciona como salón y comedor- una antigua máquina de coser. En el otro extremo, otra máquina más, ahora cubierta con una manta blanca para cuidarla del polvo. Por aquí y por allá, materiales de construcción. En una esquina de la habitación otro comedor, ahora de mimbre [fibra vegetal para confeccionar muebles], arrumbado y sin uso.

En el comedor que Sofía utiliza diariamente, hay una pequeña mesa cubierta por un mantel blanco que llega hasta el suelo. Sobre él, la omnipresente Coca-Cola y las “*bolsitas de té*”, el azucarero y el termo (Imagen 10). Todo listo para “*tomar once*” [merienda tradicional de la familia chilena]. Hay plantas de interior por doquier: ficus, gomeros pequeños. Son tantas y tan variadas cosas porque ella “*no bota [tira] nada*”. En el amplio patio trasero de la casa hay calas, helechos, claveles, hibiscos.

Sofía fuma un cigarro tras otro. No desvía la mirada mientras habla, solo lo hace para tirar la ceniza de su cigarro o para prender el siguiente. Se considera “*media mandona*” y estricta. No es pretenciosa, pero “*yo andando con las medias buenas y bien peinada, me siento estupenda*”.

Su trayectoria está asociada a la migración, tanto personal como familiar. Su padre, de origen chino, llega a América desde España. En Chile arriba en la ciudad de Tacna, cuando *“Tacna era chileno”*. Luego, a la región de Valparaíso: *“ahí conoció a mi mamá (...) se casó y salimos todos nosotros”*. Sofía y su familia irán a Calera, en la región de Valparaíso, luego a Santiago, para regresar unos años después a Quillota, donde vive hasta hoy.

Hay un particular énfasis en su relato sobre los problemas políticos y sociales que vive el país durante los gobiernos de los 60 y 70. Recuerda las largas filas para conseguir alimento, la obligatoriedad de participar en asociaciones vecinales, los conocidos centros de madres. *“Pasamos muchas, muchas miserias, muchas bajezas que hacían con uno”*. Sobre las relaciones afectivas no hay muchos detalles. El matrimonio es conceptualizado como una unión negociada. No hay referencias al amor o a los ideales en torno a éste.

Reconoce que ya no le gusta salir de casa. Ni para visitar a familiares en Santiago ni para visitar a sus vecinas. Se autodefine como *“sedentaria (...) ya nos vamos poniendo comodonas”*, señala. Durante el día realiza los quehaceres del hogar. Por la tarde disfruta de ver la televisión y fumar.

Imagen 10. La zona de la merienda en casa de Sofía



Fuente: Elaboración propia, fotografía tomada en la casa de la entrevistada.

Adriana. Entre el ama de casa y la empresaria

Chilena de origen rural y residencia urbana. Nace el año 1947, en Chincolco, en la provincia de Petorca (Región de Valparaíso). Allí vivió junto a sus padres y ocho hermanos. Está casada hace 42 años. Es madre de una familia numerosa. Luego del fracaso del negocio del marido, deciden establecerse en Viña del Mar y trabajar conjuntamente un negocio familiar, en el cual ya llevan 17 años. Allí, partió como secretaria, pero con el paso de los años comenzó a dirigir la empresa. Sus días transcurren entre el trabajo en la empresa y las tareas de la casa.

Viña del Mar está repleta de palmas chilenas. Al cruzar la plaza central, se ven grupos de escolares en sus uniformes azules que aprovechan la hora de la comida. A un costado, el teatro municipal, que no abre sino al anochecer. El comercio de zapatos, carteras y ropa ya no cierra sus puertas para atender hasta las 22.00 horas. Las fuentes de soda [pequeño restaurante de comida casera o rápida] anuncian el menú: “Hoy: salmón ahumado con arroz”. Los trabajadores, los obreros, entran rápidamente a comer.

El autobús avanza y sube una cuesta tras otra para llegar a Reñaca Alto, zona poblada en los años 50 por una cooperativa de huertos obreros que busca, dado el hacinamiento en que viven, crear nuevas viviendas. Esta zona se alza sobre uno de los tantos montes que rodean los valles centrales. Aun cuando es una zona urbana, aún quedan calles de tierra. Las casas han sido construidas por las familias, mayoritariamente con materiales livianos o de baja calidad. Lo hacen en lotes, que son porciones de tierra que se dividen entre miembros de la misma familia. Esta imagen habla de una urbanidad clásica de las migraciones de origen rural: instalación en zonas periféricas de la ciudad, casas construidas con materiales de baja calidad, terrenos compartidos.

Adriana ha construido, en el mismo lote, su casa y la oficina de la empresa familiar, donde se realiza la entrevista. Los muros están contruidos con delgados paneles. Al abrir la puerta, la oficina se remece. Al subir por una improvisada escalera, hecha con cajas de madera, todo vuelve a tambalearse. Hay carpetas y papeles por todas partes. Una pizarra con algunos cálculos. Boletas y facturas en cajones abiertos. Al final de la habitación, una mesa pequeña donde está el ordenador que la empresa utiliza para llevar en orden las gestiones.

Adriana se considera hiperactiva y exigente, “*me gusta todo perfecto, todo me gusta en su lugar, todo impecable*”. Dice ser cariñosa y disfrutar de ayudar a los demás cuando lo necesitan. En su relato hay una fuerte presencia de la religión, declarándose “*católica, apostólica, romana, absolutamente*”.

Su trayectoria está marcada por la movilidad. Ha migrado desde muy joven, pero con diferentes objetivos, según la etapa del ciclo vital. Siendo muy niña, va a Chincolco, a la casa de sus abuelos, para asistir al colegio. Con 20 años viaja a Valparaíso para trabajar. Una vez que contrae matrimonio, va con su familia a la Región Metropolitana. Luego, “*se le antojó a mi marido irse a La Ligua, estuvimos 11 años*”. Cuando fracasa el negocio familiar que han montado, van a Reñaca Alto, donde viven actualmente.

Adriana relata dos etapas difíciles en su biografía. La primera es la muerte de un hijo. El proceso de reconstrucción es verbalizado como una superación, pero nunca como olvido. De otra índole, pero igualmente difícil, es la pérdida de los bienes materiales de la familia, al fracasar el negocio del marido. La reconstrucción implica reubicarse en otra ciudad y la incorporación activa de Adriana en la empresa.

El énfasis del discurso está, por una parte, en el concepto de amor como base sobre la cual se erige una vida feliz. Primero, el amor entregado por sus padres; luego, el amor que ella entrega a hijos y nietos, y que materializa en el cuidado y preparación de comidas especiales. El amor con la pareja es vivido con intensidad en la primera etapa; luego se valora la compañía y apoyo en épocas de “*altibajos*”. Otro énfasis está en las distinciones entre pobreza rural y urbana. Durante su niñez nunca falta la comida, recuerda que su padre cultivaba frutas y verduras, y que se guardaban provisiones para el invierno. Cuando joven le avergüenza hablar de su origen campesino, pero luego observa que su situación fue privilegiada en comparación con la de los pobres de la urbe, que “*no tienen para comer*”.

Mientras acaba de relatar su vida, piensa en el futuro. Espera seguir trabajando y estar junto a su marido, hijos y nietos. Disfruta de su trabajo, de la ópera y la misa de los domingos.

María. Violencia de género y trabajo como constantes biográficas

Chilena de origen rural y residencia urbana. Nace el año 1952 en la provincia del Cachapoal (Región Metropolitana). Tiene tres hijos. Abandona los estudios y a los 13 años comienza a trabajar como asistente en casas de familias de Santiago, trabajo en el cual se mantienen hasta hoy. Su biografía está atravesada por el esfuerzo y el sacrificio. Luego de años de vivir maltrato por parte de su esposo, y con sus hijos adultos, se divorcia e inicia una nueva vida. Su relato está atravesado por la tristeza y el dolor, pero también el esfuerzo por darles una mejor vida a sus hijos.

María se emociona al recordar los juegos en el campo, las travesuras que hacía junto a sus hermanos. Uno de los recuerdos más alegres es haber participado de una de las muchas “*tomas de terreno*” que ocurrieron en Chile durante los años 70. Recuerda la solidaridad de las familias que allí se instalaron, la alegría de la gente al construir sus propios hogares.

Se entristece y llora al recordar su llegada a Santiago para estudiar en la casa de familiares. Allí no le dan comida, la maltratan. La situación, que relata aún con lágrimas en los ojos, la hace abandonar los estudios y dedicarse a trabajar. Desde ese momento, su trayectoria estará asociada, indisolublemente, al trabajo en casas de la clase media santiaguina. Allí se transforma en “*una dueña [ama] de casa, es mi casa para mí, yo me quedo el día que quiero ahí, porque es mi casa*”. Incluso los niños que ha ayudado a criar “*son como hijos*”.

Otro de los grandes dolores de María es haberse casado sin amor y vivir durante décadas con un hombre que ejercía violencia física y psicológica contra ella y sus hijos. Su entonces esposo le “*levanta la mano*” [pegar] y ella lo soporta durante años, hasta que hija contrae matrimonio. A partir de allí, empieza una nueva vida, con un “*hombre bueno*”.

María espera “*que dios me dé vida y salud*” para estar con su pareja, sus hijos y nietos. No olvida relatar que la religión evangélica es parte primordial en su vida, por eso cada domingo va a misa para darle “*gracias a dios por todo lo bondadoso que ha sido el Señor en mi vida*”.

7.2. Retratos sociológicos de madres rurales

Las madres españolas y chilenas son la generación que observa una ruralidad diferente a las abuelas, tanto en términos socioculturales como económicos. Diferencias que se evidencian

en la emergencia de nuevas formas de comportamiento y en la mejora de las condiciones materiales. Las madres son las mujeres que viven “*sin lujos, pero sin escasez*”. Son integrantes de familias de “*tipo medio*”, como señalan o bien, aunque “*éramos muchos hermanos, (...) nunca pasamos fríos ni hambre*”.

Este grupo observa y experimenta de forma directa una ruralidad con acceso a educación, movilidad entre zonas urbanas y rurales con infraestructura más adecuada, y espacios propios de sociabilidad, entre otros asuntos. El acceso a educación es formal y sistemático, especialmente a los niveles correspondientes a enseñanza primaria. Algunas, incluso, pueden acceder a estudios de mayor nivel. Los espacios de sociabilidad y divertimento aparecen en las biografías femeninas como un nuevo fenómeno. Son también quienes muestran -en un medio en constante transformación- un alto componente identitario con la ruralidad.

Ahora bien, un elemento de permanencia en las biografías, si se compara con la generación anterior, -y que aparece incluso con más intensidad- es la necesidad de migrar dentro del país por búsqueda de trabajo. Especialmente las chilenas, muestran trayectorias marcadas por la movilidad a zonas urbanas, pues la situación que enfrenta la agricultura de la década de los 80 -como resultado de los procesos de modernización rural - no asegura la reproducción de los integrantes de la familia. En efecto, las madres son parte de aquella generación que migra a alguna ciudad cercana para participar de trabajos de baja cualificación, vinculados a los cuidados y tradicionalmente realizados por mujeres, tales como ser asistenta en casas de familias de clase media o limpiadoras de portales en edificios. Otras, lo hacen cuando sus esposos buscan mejores oportunidades fuera del pueblo rural.

Un elemento especialmente interesante que experimenta esta generación es la tensa y compleja situación en torno a las normas de comportamiento definidas para las mujeres, especialmente la congregada en la triada sexualidad-matrimonio-esfera privada. Las madres son la generación que aspira de forma explícita al modelo de la *mujer doméstica*. Es, en efecto, un modelo deseado, esperado y, por tanto, parte del proyecto biográfico femenino. No obstante, son ellas también quienes lo cuestionan a lo largo de la propia experiencia biográfica -asunto que no aparece en la generación de las abuelas-.

De ese proceso de reflexión resulta, en primer lugar, el poner en entredicho normas vinculadas a la sexualidad -tales como la virginidad y la importancia del “*único hombre*”. O

las imágenes femeninas vinculadas a la pureza o la imagen de un “*príncipe azul que no existe*”. En este contexto aparecen “*pequeñas*” rebeliones y, con ellas, nuevas formas de ser mujer en la ruralidad: amantes, madres solteras, embarazos adolescentes, mujeres que reinician sus vidas luego de ser maltratadas por sus parejas. En segundo lugar, la reflexión de esta generación sobre los modelos de lo femenino deriva en que sean quienes promueven la emancipación de la generación posterior. En efecto, esta generación fomenta en el grupo de las hijas los estudios y viajes como formas de “[no] *cometer el mismo error que yo (...), si miro para atrás veo que me perdí muchas cosas de joven y me da mucha pena*”.

Se detallan a continuación siete (7) retratos sociológicos de las mujeres que se corresponden con la categoría de madres. Emergen allí Sonia y la redefinición de la mujer en la relación de pareja; Sara y la experiencia de violencia de género y la lucha para criar a sus hijos; Pilar, con una identidad fuertemente anclada en la imagen de la madre y cuidadora; Olga, la madre, esposa y promotora de nuevas formas de vida; Ana, con una biografía particularmente ligada a la familia; Isabel y la lucha por la sobrevivencia; y, finalmente Patricia, biografía marcada por la maternidad temprana, la rebeldía y la violencia de género.

Sonia. Redefinición de la mujer en la relación de pareja

Española de origen rural y residencia urbana. Nace en Calzada de Calatrava (Castilla-La Mancha) y hoy vive en el barrio de Vallecas (Madrid). A los 17 años queda embarazada y contrate matrimonio con su novio. Es madre de dos hijos, ama de casa y ha sido la encargada de los cuidados y reproducción del hogar. Se ha vinculado a algunos trabajos temporales, en el pueblo a las cosechas y en la ciudad a la limpieza de portales. Altamente reflexiva sobre los cambios necesarios que han debido incorporar las mujeres en las relaciones de pareja.

Sonia es originaria del pueblo de Calzada de Calatrava. Hoy vive en el barrio de Vallecas, en Madrid -lugar históricamente marcado por la migración, que hoy adquiere un carácter internacional-. Las calles están repletas de ruidos y colores. Los bares ofrecen comida ecuatoriana; los almacenes chinos anuncian “*Alimentación*”; la música sale de las ventanas: salsa, merengue, bachata. En la calle, las niñas con sus cabellos atados en trenzas muy ajustadas y los niños jugando al fútbol.

Sonia vive en un piso bajo con una pequeña ventana protegida por una verja. Ha elegido la hora de la tarde para realizar la entrevista, cuando se desocupa de los deberes del hogar. En sus días normales, la tarde es la hora en que realiza diversos trabajos manuales que aprendió en su niñez y juventud en su pueblo de origen. Su casa está repleta de ellos, bordados y muñecas. En el recorrido por la casa, se detiene en una de las habitaciones. La excusa perfecta para relatar sobre los cambios y construcciones que se han hecho para hacerla más cómoda.

En términos generales, Sonia muestra una visión optimista y satisfactoria con el devenir de su biografía. En este sentido, el relato es fluido y aparecen múltiples detalles de diferentes aspectos de su vida. Se muestra reflexiva sobre sus experiencias, sensaciones, alegrías, tristezas y frustraciones, sobre todo en el plano amoroso. En las experiencias negativas, muestra una tendencia a terminar sus frases con “*ya está, pasó*”.

Su trayectoria está marcada por el embarazo adolescente que trunca sus posibilidades de terminar sus estudios y de haber hecho una vida diferente a la actual. Relata que tuvo que casarse a escondidas para evitar los comentarios en el pueblo. Y sonríe al revisar algunas fotografías en las cuales lleva un vestido de novia de otra persona. Cada vez que tiene la oportunidad de vestirse de novia pide que le tomen una fotografía. En una de ellas está besándose “*con mi Carlos*” (Imagen 11). Y afirma: “*las que tuvimos la mala suerte o buena, porque yo ya, no me arrepiento (...) era muy joven de quedarte embarazada, pues igual te casas, tienes tu casa, tienes tus hijos y ya está*”. Finalmente, cumple el sueño de las mujeres de los pueblos: “*la idea de mujer es la mujer que está en su casa, cuidando de su marido, cuidando de sus hijos, o sea, es la ama de casa*”.

Dos elementos resultan especialmente interesantes en el relato de Sonia. Por una parte, la particularidad con la que aborda la sexualidad y la vida en pareja. No se muestra retraída para hablar de su vida sexual y amorosa. Son parte de su condición de mujer, son vividas y habladas. Ello representa una forma de contravenir el pasado, la forma en que las generaciones anteriores asumieron sus matrimonios. Por ello afirma que “*poner los cuernos es lo inconcebible (...) mi abuelo tenía una querida y mi abuela lo sabía, un amante (...) y se aguantaba y anda y di algo*”.

Por otra parte, cuestiona también el prototipo de la mujer vinculada a los pueblos españoles: “*hacendosa, que le gusta coser, que le gusta guisar, que llega el marido de trabajar y le lava*

los pies”. Pero, tal como señala, *“ahora ya no, el tema es compartido”*. No obstante, ella sigue a cargo de todas las tareas domésticas de su hogar -servir las comidas, preparar la cama, la ducha para el marido, tal como relata-. La diferencia, afirma, es que ello ocurre *“porque yo lo he decidido”*. En asuntos domésticos, señala, *“no le digas [a mi marido] que fría un huevo ni que haga una cama (...), él necesita una mujer, él, mi padre, su padre, su abuelo (...) mi hijo ya no”*. Además de los cuidados en el hogar, Sonia ha participado en el cuidado directo de familiares enfermos, dejando incluso trabajos que tenía en esos momentos.

Se define como creyente y muy religiosa, mientras revisa las fotografías donde lleva su vestimenta para las procesiones de la virgen en el pueblo (Imagen 12). Señala que los vecinos del pueblo alaban la tranquilidad y serenidad con la que participaba en las procesiones, a pesar de los fríos manchegos. Desborda ternura cuando mira las fotografías de su primer hijo. Cuando se ve en alguna fotografía, habla sobre su pelo que *“siempre lo he llevado largo”*. En otras, donde aparece su esposo, enfatiza en lo *“guapo”* que él era y que *“la suerte de la fea, la bonita la desea”*. El futuro aparece como una continuidad del presente.

Imagen 11. Sonia y su esposo en Madrid, con vestido de novia



Fuente: Fotografía proporcionada por la entrevistada.

Imagen 12. Participación de Sonia en fiestas religiosas del pueblo de origen



Fuente: Fotografía proporcionada por la entrevistada.

Sara. Violencia de género y lucha para la crianza

Española de origen y residencia rural. Nace en el pueblo de Humanes (Castilla-La Mancha) y ha vivido en este pueblo toda su vida. Es madre de tres hijas. Actualmente vive con una de ellas, su pareja y nieta. Se embaraza siendo joven de su novio y deciden casarse. Este es el hito que determina el rumbo de su trayectoria y que impulsa el desarrollo de nuevas capacidades. Luego de años de sufrir de violencia de género, decide separarse de quien fue su esposo. Actualmente trabaja en una residencia de ancianos.

Sara está sentada en su comedor, con una muleta apoyada cerca. Ha sufrido un accidente y no sabe si podrá regresar a trabajar. Hay momentos de su biografía que no son recordadas con claridad, como la infancia y la adolescencia. Son etapas descritas como normales: *“mi vida de infancia pues ha sido normal, una niña normal, he ido al colegio, mis padres me han dado la educación (...), muy normal”*. Todo cambia cuando recuerda los años de violencia de género que vivió a manos de su entonces esposo.

En efecto, desde su matrimonio la nitidez de los recuerdos parece ser mayor y la conversación se hace más fluida. Cuando se embaraza de su hija, decide casarse con su novio *“que al principio de novios es todo muy bonito”*. A pesar de las advertencias y ayuda ofrecida por su padre que le decía *“no te cases, quédate con tu hija, te pones a servir y nosotros te criamos*

a la niña”, la joven pareja alquila una casa y empieza una nueva vida. Pero rápidamente se transformó en *“un infierno (...) yo ponerme a trabajar como una mula (...) me quedaba sola con mis hijas, solita con mis 3 hijas”*.

Su voz se vuelve temblorosa al recordar alguno episodio complejo de violencia o bien, la superación de obstáculos para criar a sus hijas. Sara ofrece un relato bastante exhaustivo y cargado de emotividad sobre la situación de violencia que vivió por años. Su trayectoria está indisolublemente ligada al dolor y a la lucha para sacar adelante a sus hijas. Se reconoce como una persona fuerte que ha sido capaz de asegurar la estabilidad de su familia, ya sea mientras estaba casada como cuando decide separarse de su marido. Ahora *“estoy bien porque yo gracias a dios he conseguido esta casa, que todavía no es mía, esta casa, y todo lo que hay es mío, no me lo puede quitar nadie”*.

Destaca en su relato la ayuda brindada por redes locales, principalmente vecinos del pueblo y la familia. La figura del padre destaca por sus consejos. Por las condiciones familiares en las que se ve envuelta, realiza múltiples trabajos para asegurar la subsistencia del núcleo familiar. Recuerda que *“muchas veces a lo mejor queda un trozo de pan duro (...) y mis hijas no se han quedado ni una noche sin cenar, ni una, pero yo me he ido con las tripas bien clareadas”*. Los trabajos en los que participa tienden a ser de baja cualificación y ligados al área de los cuidados (adultos mayores, comedores, limpieza).

Por la experiencia vivida, su relato amoroso está atravesado por la desilusión, en un primer momento y luego la desconfianza. Luego de la experiencia de violencia y soledad vivida con su esposo, *“el príncipe azul no existe”*. Por ello, manifiesta desinterés por nuevos proyectos amorosos, más allá de los instrumentales del tipo *“acompañarnos”*: *“a lo mejor te inviten a tomar un café o te inviten a cenar y luego surja lo que surja, pero tú en tu casa y yo en la mía”*. En efecto, explicita *“temor”* a repetir experiencias pasadas. Con la sexualidad ocurre algo similar. Es una dimensión que tiene poca relevancia en su vida.

Dado lo anterior, reflexiona sobre las decisiones que ha realizado como mujer y se le hace evidente que ha optado por la maternidad y el cuidado de su nieta: *“sí que es verdad que me he hecho muy cómoda al volver a criar o no sé la palabra, a mis nietas (...) que la soledad es muy mala, eso pa mí sería lo peor, lo peor”*. Ante la soledad y el no desear una nueva pareja, opta por una segunda maternidad, encarnada en el cuidado de su nieta.

En su relato destaca el autorreconocimiento de ser una mujer luchadora que puede salir adelante sin un hombre: “[lo pasé] *muy mal, muy mal (...), yo tenía que, que luchar por ellas [hijas], yo no me podía quedar en mi casa, decir o rendirme (...), porque si yo me hundo, yo hundía a mis hijas*”.

El presente de Sara -hasta antes de su accidente- era activo, con su trabajo, el cuidado de su casa y de su familia. La posibilidad que su hija mayor vaya a vivir a Madrid implicaría volver a quedarse sola y reinventar su cotidianeidad. El futuro aparece incierto pues su lesión en la cadera puede implicar replantearse su futura trayectoria laboral.

Pilar. Madre y cuidadora en un pueblo manchego

Española de origen y residencia rural, casada desde los 21 años y madre de 2 hijos. Vive en Alarilla (Castilla-La Mancha). Trabaja en el ayuntamiento del pueblo en la limpieza del lugar. Su relato está marcado por su condición de madre. Además del cuidado de su familia y las horas de trabajo en el ayuntamiento, estima parte de su tiempo al cuidado de sus padres que están en una residencia y de su nuera que vive en el mismo pueblo. Explicita la necesidad de encontrar o profundizar en relaciones donde se compartan experiencias sobre la maternidad.

En el pueblo de Alarilla, a unas cuantas calles de la casa de su nuera -otra de las entrevistadas- está Pilar que espera para realizar la entrevista en su lugar de trabajo, en el ayuntamiento del pueblo. Allí Pilar realiza diferentes funciones: “*puedo estar en los jardines, puedo estar barriendo en la calle o puedo estar archivando papeles*”. El trabajo, señala, “*me sirve de entretenimiento, como aquel que dice, y claro, los ingresos son pequeños también son míos*”.

Pilar decide abandonar los estudios y comienza a trabajar hasta que se casa con su actual esposo, con el cual estuvo de novia desde los 16 años. Tal como relata, “*no he tenido que dejar a mis hijos por trabajar yo, ni en guarderías ni a nada*”. Su discurso enfatiza en su rol de madre, siendo éste un elemento que actúa como punto de unión con otras mujeres. En lo afectivo se observa poca vinculación con el marido.

Se reconoce como “*sencilla*” e “*introvertida*”. Su cotidianidad es relativamente activa. El trabajo que realiza en el ayuntamiento es diario (4 horas) y, en el ámbito reproductivo se muestra como una madre atenta a las actividades académicas y extracurriculares de sus hijos.

Si bien gusta de la tranquilidad y seguridad del pueblo, manifiesta un relativo aburrimiento pues sus hijos ya han crecido y las atenciones son menores y porque su marido tiene sus propias actividades de uso del tiempo libre. Realiza actividades con mujeres del pueblo, algunas mayores en edad que ella: *“yo lo que noto es que estoy con gente más mayor, por ejemplo, con mi suegra”*. Su suegra, en efecto, es parte de su cotidianidad pues *“se viene por las tardes y jugamos las dos (...) al Rubicú (...) porque es de memorizar (...), [o] nos vamos a dar un paseo, normalmente suele ser los días de diario”*.

Pilar crea sus propios espacios mientras el esposo está en su trabajo. Su deseo, no obstante, es *“tener por la tarde alguna actividad más, (...) pues estar con gente más de mi edad”*.

Olga. Madre, esposa y promotora de nuevas formas de vida

Española de origen y residencia rural. Nace en Arroyomolinos de la Vera y vive allí hasta hoy, con su esposo y dos hijas. En su biografía destaca el matrimonio con su único novio siendo ambos muy jóvenes, su pronto embarazo y la realización de la vida familiar en el mismo pueblo en que nacieron. Todos estos elementos aparecen como factores limitantes en el desarrollo de un proyecto alternativo. Es una mujer reflexiva que mira a las mujeres de la generación anterior y posterior para analizar la condición de la mujer en la España rural.

Las primeras características que asocia a su biografía es que es esposa y madre de dos hijas. Esta situación es analizada por la entrevistada tanto positiva como negativamente. Un noviazgo desde los 16 años, seguida por un matrimonio a los 22 años y una maternidad muy pronta, aparecen como factores que truncan sus posibilidades de desarrollarse profesionalmente. En su relato se observa que su mayor frustración es no haber ido a la universidad. Por ello, impulsa a sus hijas a que estudien y se formen. Conjuntamente, y a pesar de estar *“feliz con su vida y de no arrepentirse de nada”*, siente que *“perdí muchas cosas”* por casarse tan joven, con su único novio. Por ello también le insiste a su hija mayor que tenga más novios, que no *“cometa los mismos errores”*.

Su niñez es recordada con felicidad, le provoca nostalgia recordar los juegos y la vida de su infancia. Vivió en una casa pequeña, pero sin ningún tipo de necesidades. Recuerda haberse criado con libertad y en relación constante con otros niños. La relación con su madre

-también entrevistada en esta investigación- es definida como conflictiva pues era muy estricta. Recuerda que no le permitía usar faldas cortas, siempre le decía *“qué van a decir”*. Olga comprende que la conducta de su madre está marcada por la educación que recibió y el contexto en el cual creció. La figura del padre aparece como más comprensiva, más abierto, *“te escuchaba”*. Con su hermano la relación era buena. Él siempre fue simpático y hablador, ella en cambio muy introvertida y tímida, figura que la madre se encarga de profundizar presentándola como una *“niña tímida”*.

Su adolescencia está marcada por el cambio de colegio. Pasa de un colegio mixto a un internado solo para mujeres. Los fines de semana viaja a estar con su familia, a quienes extraña, pero compensa ese sentimiento con las amigas que hace en su nuevo colegio. La complicidad y la relación estrecha que establece con ellas le permite descubrir nuevos temas. La menstruación y la sexualidad son asuntos que *“no se hablaban como ahora”* con los padres, *“nadie nos había dicho nada”*.

A los 16 años conoce a quien es su actual marido. A los 22 años se casa, *“muy jovencita”*, pero *“eso antes se veía normal”*. Su matrimonio coincide con la prueba de selectividad para entrar a la universidad. No da la prueba. Por ello hay una estrecha asociación entre un truncamiento profesional y la decisión, si bien pensada, de casarse. Era una época en que *“estaba muy perdida”*, dejó los estudios y eso hoy es su gran frustración. Durante mucho tiempo compensó esa frustración con la realización de diferentes cursos.

La maternidad tampoco es bien recibida en su primer embarazo. Luego de salir de la casa de sus padres y contar con cierta independencia, espera poder hacer otras cosas. Le costó aceptar su embarazo, porque quería *“ser libre”*. Sin embargo, luego de tener a su primera hija tuvo *“uno de los momentos más bonitos de mi vida”*. El discurso de Olga adquiere fuerza cuando habla de sus hijas. Tal como ella señala, hoy sus aspiraciones profesionales las tiene *“aparcadas”* y prefiere centrarse en sus hijas. Está preocupada de orientar y enseñarles a cuidarse para que eviten un embarazo y puedan concretar los proyectos profesionales.

Su trayectoria laboral se asocia a trabajos temporales, tanto en el sector agrícola (cosecha de cerezas en la finca de propiedad de su familia) como en el sector servicios (correo). Se desempeñó limpiando y preparando los desayunos en uno de los negocios de su hermano (hostal rural) y actualmente trabaja con él, en el mismo bar donde su madre cocina.

Ana. Cuando la familia es el eje articulador de la biografía

Chilena de origen y residencia rural. Ana es ama de casa, vive con su esposo y tres hijos. A los 21 años migra a Santiago para trabajar como asistenta en la casa de una familia capitalina. Regresa a su pueblo luego de unos cuantos años, donde contrae matrimonio con quien ha sido su único novio. Se dedica al cuidado y reproducción del hogar y, solo cuando se hace necesario, decide poner un almacén en su casa para aportar a la mejora de los ingresos familiares. Su relato está atravesado por los recuerdos de una familia campesina extensa y por la satisfacción de la familia que ha creado junto a su esposo. Ana debe abandonar sus estudios por falta de dinero cuando es joven. En la adultez decide terminar el colegio.

Ana nace y vive en Chimbarongo, pueblo reconocido por el trabajo del mimbre, una fibra natural extraída de unos arbustos a partir del cual se elaboran muebles de todo tipo. Este lugar está a casi dos horas de la ciudad de Santiago. El camino para llegar va mostrando la inevitable imbricación de ciudad y campo que caracteriza los valles centrales. Avanza el camino y aparecen aquí también las animitas: blancas y pequeñas “casitas” al lado del camino adornadas por fosforescentes flores de plástico. Lentamente, las industrias que se observan en las afueras de Santiago se convierten en invernaderos de plantas y flores, en puesto de verduras y frutas, anuncios de venta de semillas, maquinaria agrícola y otros productos para hacer más eficiente la agricultura de la reconversión agrícola de los años 80.

Los cultivos agrícolas inundan el paisaje hasta que, finalmente, aparece la entrada al pueblo de Chimbarongo. Luego de cruzar una antigua línea de trenes, aparecen el hospital y la iglesia; ésta tiene el frontis derrumbado como resultado del terremoto del año 2010. El resto de las construcciones son bajas. Casas de una planta y de diferentes colores, blancas, azules, rosadas, amarillas. Pequeñas ventanas dan a la calle. Las aceras son de cemento. Los autobuses, pequeños y de colores, avanzan rápido, hasta llegar al centro del pueblo. El viaje solo cuesta \$150 pesos, algo así como €30 céntimos.

En el centro del pueblo hay más actividad en las calles: los supermercados están abiertos, la gente espera que salgan las marraquetas y las hallullas [panes chilenos tradicionales] para tomar once [merienda] en familia. Chimbarongo es una de esas zonas rurales en las que los procesos de urbanización han logrado configurar la estética del pueblo. Sin embargo, de vez en cuando se ven campesinos o huasos con sus chupallas [sombrero campesino de paja]. De

las casas sale olor a leña, son las salamandras que ya están funcionando. Sobre ellas se cocina y sirven como estufas para calentar los hogares.

A un costado de la carretera, que evidencia un Chimbarongo cada vez más rural, está la casa de Ana. Antes de entrar, muestra su almacén donde vende dulces a los vecinos. La entrevista se hace en un comedor aledaño a la cocina, donde está la estufa a leña y donde los implementos del desayuno y la once [merienda] están siempre sobre la mesa. Ana comienza su relato recordando su infancia y juventud en una familia típicamente campesina. Ella es una de las menores de 16 hermanos. Recuerda que “*éramos tantos hermanos (...) [que] siempre un hermano se hizo cargo de los demás chicos, yo siempre me sentí protegida por la Viviana, ella me enseñó a leer*”. Los controles de la época se comparan con las que rigen para nuevas generaciones y advierte que “*ni podíamos tener una amiga y estar tardes enteras, como se hace ahora o dormir en la casa de la amiga*”. Desde pequeña debió “*ayudar en la casa po, a lavar pa mis hermanos, era la que lavaba, lavaba unos tremendos patios*”.

Ana estudia hasta que su padre debe retirarla del colegio pues la familia no tiene el dinero necesario para que siga asistiendo. Pero, señala, “*a mí nunca se me fue la idea de estudiar (...) sacar mi cuarto medio y tener una profesión*”. A los 21 años va a Santiago a trabajar, “*sufrí, nunca me acostumbré, aunque llegué a una casa, una familia muy linda*”. Luego “*me casé empezaron a llegar los hijos [pero] no se me olvidaron los estudios*”. Junto a una de sus hermanas se inscribe en un colegio vespertino y logra la finalización de la enseñanza secundaria.

A los 15 años, “*empecé a pololear [estar de novia] con Ramón a escondidas*”. Al relatar su noviazgo, Ana aparece rompiendo las normas familiares pues ninguna mujer tenía novio. Ella es cuestionada por este noviazgo “*tan abierto*”. Cuando decide contraer matrimonio lo hace reconociendo que “*el matrimonio es para toda la vida, con un único hombre*”.

Ana muestra un discurso abierto sobre sexualidad y valora la virginidad -inculcada por la madre y respetada por todas las hijas hasta el matrimonio-. Sin embargo, respeta las opciones que tomen sus hijas, una de ellas entrevistada en la generación de las hijas. La maternidad, por otro lado, está vinculada al desafío de ser una que madre que “*habla con sus hijos*” porque, según recuerda, “*a nosotros, mis papás no nos hablaban de la adolescencia, que nos iba a llegar la regla, ni nada, a nosotros nos llegó y nos enteramos por una amiga*”.

La cotidianeidad de Ana está ligada al cuidado de la casa y de sus hijos. En sus tiempos libres le gusta ver televisión. El futuro está pensado junto a su marido, sus hijos y nietos. La vida familiar está por sobre cualquier otro proyecto. Su trayectoria, en general, está vinculada a la profunda satisfacción y orgullo que genera el recuerdo de su familia de origen, así como la que ha formado con su esposo. Presenta una visión optimista de la vida y apertura a conversar sobre diversos aspectos íntimos de su biografía.

Isabel. Lucha por la sobrevivencia y conflictos amorosos

Chilena de origen y residencia rural. Vive en Chimbarongo con cuatro de sus cinco hijos. Complementa los ingresos familiares con la venta de ropa. Su biografía está marcada por una niñez compleja, una adolescencia sin estudios y un matrimonio y maternidad a muy temprana edad. Su trayectoria gira en torno a los problemas económicos y de pareja que ha debido sortear y la lucha por la sobrevivencia de sus hijos.

Isabel recuerda su niñez con dolor. La muerte del padre desencadena el alcoholismo de la madre y ella, con solo 10 años, debe abandonar el colegio para comenzar a trabajar. Por la situación en la que vive “*no tenía quién me afirmara [controlara]*”, así que comienza a beber. Durante esta etapa, conoce a quien sería su primer marido, un hombre ocho años mayor que la “*rescató*” de la situación en la que se encontraba. En esa época comienza a estudiar, recibe el cariño de la familia de su pareja y se convierte en madre a los 15 años. Tendrá tres hijos en esta relación. Relata que “*vivimos diez años felices (...), yo no los voy a olvidar nunca porque tuve todo lo que quise, me dio todo*”. Luego de este período, Isabel toma la decisión de separarse porque no fue capaz de tolerar el engaño de su marido con otra mujer. Aunque “*no fue tanto por él, porque pienso que todos los hombres cometen errores, pero yo no lo aguanté*”. Cuando toma esta decisión, Isabel estaba embarazada de su tercer hijo, por lo cual acuerdan vivir juntos hasta que nazca el niño.

Luego de separarse definitivamente, Isabel comienza a sufrir pues debe hacerse cargo sola de sus tres hijos. En esa época “*no tenía luz, agua ni gas, y una mujer con tres hijos no encuentra fácilmente trabajo*”. Recuerda que debía mudar a su hijo más pequeño con bolsas de basura y que, en una de las cartas de navidad, su hija mayor “*pedía al viejito pascuero*

[Papa Noel] *que a su hermano pequeño le regalaran pañales*". Esta situación la lleva a tomar *"la decisión de suicidarme y lo hice"*. Luego de algunas semanas logra *"despertar y empezar a salir adelante"*. Mientras trabaja en el campo, su ex suegra le ayuda a cuidar a los niños, ella regresaba muy tarde, *"pero me sentía orgullosa porque yo estaba manteniendo mi casa"*.

Isabel se emociona al recordar el apoyo que tuvo de su hija mayor -que es entrevistada en la generación de las hijas-, pues *"ella fue como el pilar, el altar de la casa"*. Ella debía estudiar y hacerse cargo de la casa, cuidar a los hermanos. En definitiva, adoptar el rol de madre que Isabel no podía por sus horarios laborales. Con Valentina y el resto de sus hijos, ha sido una madre estricta, sobre todo con los permisos para salir o con los estudios.

Luego de 2 años de su separación, decide iniciar una relación con quien será el padre de dos de sus hijos. Con el paso del tiempo, se entera que su pareja tenía otras relaciones. Durante su último embarazo lloró, se sintió rechazada y poco querida. Hoy señala no perdonarlo, *"así que ahí estamos, como que sí, como que no"*. Ella está dispuesta a separarse, pero él no quiere, por sus hijos. Los fracasos amorosos no la hacen sentirse *"derrotada, yo sé que puedo salir sola adelante si trabajo"*. Ello significa luchar por los hijos, *"son lo más grande que yo tengo"*, y asegurarles la educación que es *"lo único que les puedo dejar"*.

Su trayectoria laboral está asociada a la limpieza de casas, al cuidado de casonas patronales [casas en fundos o fincas] y al trabajo temporal en el campo donde *"se gana más"* y le permite estar más tiempo con sus hijos. Hoy vende ropa desde su casa.

Patricia. Maternidad temprana, rebeldía y violencia de género

Chilena de origen y residencia rural. Vive en Chimbarongo con dos de sus tres hijos. Trabaja en empleos temporales ligados a la agricultura. Siendo muy joven es víctima de violencia de género. Trabaja para mantener a sus hijos y a su pareja de aquel entonces. Los momentos complejos de su biografía son atribuidos a que *"dios se encargó de castigarme bien castigada"* por abandonar a su primera hija. Se considera una mujer solitaria.

Patricia vive en Chimbarongo con sus dos hijos. Los recuerdos de su niñez están asociados a los cuidados de la abuela materna, quien se encargó de criarla. Siente que vivió engañada toda su vida. *"Me marcó y me duelen y es como un rencor que tengo con mi mamá"* por

haberla mantenido engañada sobre su verdadero padre. A pesar de que nunca conoce a su padre biológico, Patricia se da cuenta de las contradicciones de su madre: su excesivo conservadurismo y las críticas a las madres solteras: *“al final mi mamá terminó siendo madre soltera de dos hijos po, de mi hermano y de mí”*.

El pueblo de Chimbarongo es conservador, reflexiona Patricia, pues critica a las madres solteras, a las separadas, a las que rehacen su vida con nuevas parejas. Sin embargo, ella valora a aquellas que se hagan cargo de sus hijos, que los cuidan y protegen, independiente de con quién se vinculan afectivamente: *“a una mujer yo no la criticaría, aunque fuera la prostituta más grande, pero si es una madre que lo está haciendo por su hijo, valorable”*.

Patricia contrae matrimonio a los 16 años, obligada por su padre para evitar las habladurías del pueblo por su embarazo, pero *“fue un desastre, obvio po, si [éramos] tan jóvenes”*. Durante los cinco años que dura esta relación, Patricia aprovecha la libertad que nunca antes experimentó. Ser una mujer casada significa ser una mujer libre. La hija que tuvo con su esposo es criada por la abuela de Patricia. La relación con su hija es cordial, pero *“es amor como de mi hermana, como si fuera mi hermana chica”*.

Mientras está casada, conoce a quien sería su segunda pareja, el padre de sus dos hijos. Una persona mayor de la cual declara haber estado enamorada. Sin embargo, *“me hizo mucho daño, psicológicamente, físicamente, fui muy agredida”*. Patricia relata cómo las agresiones aumentaron y que *“si hubiese seguido al lado de esa persona yo creo que me hubiese matado o yo lo hubiese matado a él”*. Después de muchos años de maltrato, alquilando en muchas partes y sin pagar o viviendo en casas de prostitutas, decide separarse. *“Me golpeó muchas veces, me pegó, me humilló y a lo cual una vez decidí venirme”*. Para tomar esta decisión rescata el apoyo que le dio su madre. Luego de separarse de su primer marido, su familia la marginó, pero luego de un tiempo su madre la buscó, la ayudaba con comida y dinero. Patricia señala que los maltratos y la vida que vivió con esta pareja fue el castigo por haberse *“ido a la mala [de mala forma]”* de su primer matrimonio.

Cuando decide regresar a Chimbarongo con sus dos hijos recuerda una época de mucho miedo, *“muy asustada, tenía mucho miedo después, todos los días que seguían, tenía miedo, pero miedo, miedo”*, porque su pareja la perseguía, la buscaba, llamaba a sus trabajos para hablar mal de ella. Luego de esta etapa, Patricia conoce a quien será su actual pareja. Han

estado juntos cerca de diez años. Han vivido en la casa de Patricia, pero hoy lo hacen en casas separadas porque es difícil para un hombre convivir “*con los hijos de otro*”, afirma, y para los niños es difícil compartir a su madre con otra persona.

Otro de los grandes dolores de Patricia es la relación con su hijo mayor: “*es calcado a su padre (...), no estudia, no trabaja, nada, por él llevarse puro en fiestas, puros amigos volados [drogados], vagos*”. Como madre, espera que su hijo madure, que termine la enseñanza secundaria y que consiga un trabajo. Su hijo menor es más tranquilo, va al colegio. Cuenta cómo ha intentado inculcarles el respeto a las mujeres y la importancia de “*que no tienen que robar, que ellos pueden ser muy, muy pobres, pero si son honrados, siempre van a tener un trabajo que los van a valorizar, aunque sea en el campo*”.

Para el futuro espera envejecer con su actual pareja. Piensa que si esta relación no funciona, las próximas serán “*puertas afuera*” para “*no dar mal ejemplo*” a sus hijos y evitar las habladurías de los vecinos del pueblo. Se reconoce como una mujer con baja autoestima a raíz de la vida que le ha tocado vivir. Reconoce también que “*mi fascinación es estar acostada viendo tele, soy perezosa, soy muy floja yo*”.

7.3. Retratos sociológicos de hijas rurales

La generación de las hijas nace en el marco de una *nueva ruralidad* y sus trayectorias están marcadas por diferentes pautas socioculturales. En efecto, se evidencia la movilidad a la ciudad con fines educativos de mayor nivel y ya no para buscar un trabajo que mejore los ingresos familiares. Las hijas son la primera generación que termina sus estudios escolares y, a diferencia de cualquier generación precedente, accede a educación universitaria. Algunas pueden hacerlo en pueblos cercanos y otras deben vivir en alguna ciudad para hacerlo. Otras, deben terminar sus estudios no sin esfuerzo, especialmente por la situación de las propias familias “*porque mi mamá tenía que trabajar y yo cuidar a mis hermanos*”.

Son también quienes viven nuevas formas de intimidad, pues los controles parentales se han transformado y porque las mujeres quedan liberadas de una sexualidad vinculada a la maternidad y al matrimonio. Son mujeres que buscan, reflexionan y cuestionan -a partir de la mirada de la trayectoria de abuelas y madres- los modelos de lo femenino y las normas que han regido para el género. Son la generación para las que no aparece la estricta supervisión

de la familia y la comunidad en los noviazgos. Y que, además, se enfrenta a nuevas formas de observar la maternidad y matrimonio.

En efecto, en sus trayectorias se evidencia esa heterogeneidad. Están las que afirman que “*siempre quise ser mamá*”. Están también las que no quieren serlo, las que tienen dudas o las que aplazarán ese proyecto. Están las que tienen hijos y son madres solteras, no constituyendo aquello un problema como lo era para anteriores generaciones. Están las que no quieren contraer matrimonio y las que esperan que aquello ocurra luego de cumplidas ciertas etapas profesionales.

La sexualidad de las mujeres de esta generación es también experimentada en un marco amplio, que se evidencia en la aceptación de las trayectorias individuales e identidades: “*a mí me gustan las mujeres, no me gustan los hombres [y] a pesar de que mi mamá no lo acepta y mi papá tampoco [yo lo vivo] súper tranquila*”. También se observa que las hijas establecen diferentes relaciones afectivas y pueden convertirse en madres a temprana edad, al margen de la institución matrimonial: “*empezamos como todo al revés porque yo quedé embarazada y todavía vivía con [mi padrastro] y con mi mamá*” Otras siguen estudiando en el colegio, aunque estén embarazadas: “*iba gordita*”.

La generación de las hijas, en definitiva, muestra un amplio espectro de posibilidades y reflexiones en torno a los modelos de lo femenino que se han ido constituyendo en el medio rural español y chileno. Se verán a continuación los retratos sociológicos de Marta, la más joven de las entrevistadas, y en cuya biografía el proyecto profesional es un elemento identitario de relevancia; Leire, reflexiva sobre el cuerpo y los estereotipos de género y su ahínco en regresar a vivir al pueblo; Laura, con una identidad fuertemente anclada en lo rural, los estudios, la participación política y el feminismo; Nerea, con una alta movilidad internacional en busca de un camino profesional; Valentina, madre soltera que reproduce la historia de esfuerzo y sacrificio de su madre para asegurar la existencia de su hijo; Julieta, que representa a las nuevas identidades sexuales en el medio rural; Claudia, la que siempre soñó con el matrimonio y una familia; y, finalmente, Catalina, madre soltera y desafiante al control social del pueblo.

Marta. El proyecto profesional como elemento identitario

Española de origen rural, estudiante universitaria en una ciudad cercana a su pueblo. Viaja los fines de semana a casa, donde gusta de leer, escuchar música, pasar tiempo con su novio que es agricultor y salir con sus amigos. Cree en la vida en pareja. Valora la compañía de una pareja antes que la idea de un amor permanente. Se muestra sensible a los problemas sociales y a la necesidad de reflexionar sobre el rol de las mujeres.

Marta nació y vivió hasta hace algunos años en Arroyomolinos de la Vera, junto a sus padres y hermana menor. Desde el sillón del salón de su casa en el pueblo -a donde va todos los fines de semana- recuerda su niñez y adolescencia. Con sus amigos de esa época -muchos de los cuales se han ido del pueblo para estudiar en ciudades cercanas- jugaban al fútbol y al baloncesto. Recuerda que en su adolescencia su madre -que fue entrevistada en esta investigación- siempre la preparó para los cambios físicos que vendrían. Si bien es una etapa en la que señala haber tenido una buena relación con sus padres, también fue una época de mucha rebeldía y de transgresión de algunas reglas familiares. Desde esa etapa se define como una mujer independiente pues no le gusta *“que nadie se meta en mi vida ni que nadie me discuta por qué hago esto, por qué soy así”*.

En relación a su vida afectiva señala que *“empecé un poco pronto”* pues su primer novio lo tuvo a los 13 años. A los 16 años conoce a su actual novio, un agricultor del pueblo, 4 años mayor que ella. Algo común en el pueblo, señala: *“normalmente son chicos mayores que nosotras, siempre son chicos mayores y al final, pues bueno, te enganchas”*. Luego de un año de relación decidieron utilizar métodos anticonceptivos *“porque vi que era una pareja estable y que merecía la pena, si fuese algo esporádico es distinto”*. Marta fue al ginecólogo con su madre y aunque *“fue un poco incómodo”*, es una muestra de la confianza que hay entre ambas. Su madre es, de acuerdo a su relato, una gran confidente. La utilización de métodos anticonceptivos es una forma de *“tener tiempo para mí”* pues no quiere ser madre aún. Los proyectos están focalizados en el ámbito profesional.

En relación a la vida en pareja señala que *“normalmente sí me quedo allí [en la casa del novio], pues lo hablamos, [él me dice] ‘bueno este fin de semana voy para allá’, bueno entonces ahí me quedo”*. Marta cree en *“la convivencia y tal sí (...) pero tampoco creo en el*

amor para toda la vida, yo creo que eso no existe". Valora, en cambio, la compañía, el apoyo y la comprensión que surge de una relación afectiva.

Actualmente estudia en Cáceres, donde comparte piso con dos amigas. Los días de semana va a clases, ve televisión y lee. Los fines de semana regresa a su pueblo a la casa de sus padres, se reúne con amigos y está con su novio. Además, trabaja en dos bares y con el dinero que consigue compra libros.

Marta se muestra reflexiva al profundizar en la sexualidad de las mujeres, y evidencia las transformaciones desde la generación de su abuela y madre -ambas entrevistadas en esta investigación-. Uno de los principales cambios que observa es *"que él [novio] vaya a verme a Cáceres y que pasemos el fin de semana juntos, ya nos hemos ido algunas veces de vacaciones y tal, con mi madre impensable hasta que se casó"*. Reflexiona también sobre las relaciones entre hombres y mujeres y la forma en que las generaciones jóvenes abordan la igualdad entre los géneros: *"mis compañeros de clases, a veces yo les escucho hablar y no me creo que esas palabras estén saliendo de gente de 20 años"*. Concluye que *"ya no son los hombres, son las propias mujeres las que nos empeñamos en masacrarnos entre nosotras"*.

Sobre el futuro, espera ser jueza pues *"me gusta mucho ayudar a los demás"*. Esto supone irse definitivamente de Arroyomolinos y replantear la relación que tiene actualmente con su novio quien, si bien está dispuesto a seguirla, es agricultor y tiene sus tierras en el pueblo.

Leire. La identidad, el cuerpo y el regreso al pueblo

Española de origen rural. Actualmente vive en Madrid donde cursa estudios de postgrado. Vive con su novio, tienen una relación desde hace 5 años. Dentro de sus planes más certeros está regresar al pueblo especialmente por la familiaridad en los lazos. Su relato está marcado por los estereotipos de belleza y la aceptación de sus pares.

Leire es originaria de Arrigorriaga, donde vivía con sus padres, hermano y abuelos. Sus recuerdos están atravesados por el dolor que le causó ser *"la gordita con gafas y de pelo abultado"*. En esta etapa, por ser del grupo *"de las feas"*, su relación con los chicos es de amistad. A los 16 años comienza a adelgazar y su autoestima se redefine: *"aunque suene mal decirlo"*, señala, *"la gente te acepta más"*.

Con su padre la relación ha sido siempre de respeto y vinculada a los estudios. Ella ha debido cumplir sus expectativas de ser la primera mujer de la familia que asiste a la universidad. Si bien siempre le gustó estudiar, nunca se preguntó por qué lo quería hacer. La dimensión emocional está vinculada a la madre, con la cual hablan “*cosas íntimas*”. Su abuela materna es hoy su confidente. Es crítica de su abuela porque estuvo “*siempre castigada sin rebelarse, siempre haciendo las tareas domésticas*”. A su abuelo le critica su “*machismo*”.

La llegada a la universidad resultó decepcionante porque se sintió excluida por tener una posición política diferente a la del resto de sus compañeros y porque reinicia su relación con su novio Javier que está en la misma facultad. Ello implica “*volver al pasado*”.

Hoy vive en Madrid junto a su novio. Reconoce que “*ahora hago las tareas de casa, yo entiendo que Javier tiene menos tiempo que yo*”. Su familia se siente tranquila cuando están juntos. Para Leire vivir el amor no “*implica besos*”, lo que importa es el respeto. Afirma que en una relación “*la pasión no dura*”. Sobre el matrimonio afirma que sí podría hacerlo, pero no por la iglesia, “*no lo haría de la forma tradicional*”. Sobre la maternidad señala que “*de momento no*”, prefiere primero “*crecer como persona, profesionalmente*”.

Su cotidianeidad está vinculada a sus estudios y a la convivencia con su pareja. Aún no ha trabajado. El futuro aparece como algo lejano, y cuando es pensado, siempre es hecho en términos laborales. Afirma que desde que está en Madrid revalora algunas amistades de su pueblo y que es parte de sus proyectos regresar a vivir allí.

Laura. La vida en el pueblo, los estudios y el feminismo

Española de origen y residencia rural. Profesional de las ciencias sociales, trabaja en una organización sin fines de lucro y en el negocio familiar en su pueblo. Activa participación política, reflexiva sobre los roles de género y adhiere a la teoría feminista. La experiencia universitaria representa un cambio en su trayectoria por el aprendizaje y la participación política. Vive con su novio. El futuro aparece como un proceso de construcción permanente.

Laura es profesional de las ciencias sociales, trabaja en una organización sin fines de lucro y en la panadería de su padre en el pueblo de Cercedilla. Se vincula también a partidos políticos y a organizaciones vecinales. Su familia de origen está compuesta por su padre y madre, tres

hermanos y la abuela materna. Relata una infancia feliz, de mucha libertad, de trabajos en el campo junto al padre o de tardes en las calles del pueblo. La figura del padre aparece vinculada a las primeras formas de libertad. Durante la niñez es él quien hace que hijos e hijas indistintamente realicen tareas agrícolas y ganaderas. No obstante, al regresar a casa, es la abuela la que fomenta una marcada organización del trabajo doméstico, diferenciado según género. Son las niñas las encargadas de poner la mesa, mientras los chicos esperan sentados “*porque son chicos*”. La madre aparece como la mediadora entre la libertad y las exigencias de género. Es además la confidente, la que ayuda a comprender los procesos físicos y emocionales de las jóvenes.

Durante la adolescencia, la figura de la madre adquiere más importancia, mientras que el padre aparece en un lugar más marginal. Las amigas -como una esfera ahora desvinculada de la de los amigos- juegan a probarse ropa de las madres y a pensar en los chicos mayores que les gustan. La vida romántica de esta etapa “*es vacía*”, afirma Laura.

La vida universitaria aparece como una nueva forma de participación en la vida pública. La acción política es ahora abordada desde dos perspectivas. Las asambleas y las marchas, por un lado, y del otro, la necesidad de verter los conocimientos en su pueblo, promoviendo actividades de desarrollo local.

Su vida afectiva adulta se inicia hace menos de un año. Su pareja, 10 años mayor que ella, vive también en un pueblo. Allí pasa algunas noches, pero proyectan una vivencia estable, pues por el momento “*tengo mitad de mis cosas están en su casa, la otra en la mía*”. El relato sobre su actual relación de pareja -que es la más valorada de las experimentadas- carece de detalles típicamente románticos. Los énfasis están en la convivencia, como un espacio agradable. La muerte de su padre y un anterior fracaso amoroso, aparecen como los momentos más dolorosos y donde hay que “*detenerse y reflexionar*”. La muerte del padre significó revalorizar los lazos comunales y el apoyo de vecinos y amigos del pueblo.

Su cotidianeidad está marcada por la lectura de libros de la tradición feminista y la revisión de sus propias pues, tal como señala, “*no soy activista, digamos, soy de momento muy teórica*”. Con su novio hay reflexiones también sobre “*ciertos comentarios, pero él, cuando los hace, él sí que dice que esto suena poco machista*”. Valora espacios de conversación y reflexión con amigas y hermana.

Nerea. Aventurera y feminista

Española de origen rural y residencia urbana. Nace en un pueblo rural del país vasco donde vive con su familia. Es profesional de las ciencias sociales y se dedica a temáticas de género y ciudadanía. Trabajó en Venezuela por tres años. Su trayectoria está marcada por la movilidad, los estudios y la vinculación laboral con las temáticas de género.

Su historia se remonta al pueblo de Barakaldo, en País Vasco, donde vivió junto a sus padres y dos hermanos. Nerea identifica a sus padres como inmigrantes, oriundos de Galicia y Castilla-La Mancha. Su madre es ama de casa desde que se casa con su padre, y éste está ligado al trabajo fabril. Sus abuelos son trabajadores agrícolas y ganaderos. Nerea es crítica de la condición de las mujeres de las generaciones anteriores, como su madre y abuela que acataron normas limitantes del desarrollo personal y del proyecto individual.

Recuerda con intensidad el cambio de casa que tuvo la familia. De su primera casa en Barakaldo, un pueblo rural, recuerda con nostalgia los juegos en la calle con otros chicos. En su niñez es muy cerna a su padre. La adolescencia es recordada con una sensación de inadaptación a las normas y reglas sociales de su pueblo. Las cuadrillas y la necesidad de filiación a grupos la hacen rechazar la vida del pueblo. Por ello, la decisión de entrar a la universidad representó una nueva forma de inserción social, donde la diversidad y la autonomía eran valoradas.

Su trayectoria está marcada por una movilidad laboral constante que le permite hacer amigos en diferentes lugares. Luego de terminar su carrera de ciencias políticas, comienza la búsqueda por insertarse laboralmente. Dadas las características del mercado laboral español, decide viajar a Reino Unido. Luego regresa a España, a Granada, a realizar un doctorado. Realiza varios trabajos de voluntariado y comienza a postular a diferentes becas, logrando un puesto en Naciones Unidas para ir a Venezuela. Se dedica a temas de ciudadanía y género.

En Venezuela conoce a su actual pareja. Llevan tres años de relación, la que hoy mantienen a distancia. Si bien Nerea da pocos detalles sobre su vida amorosa, sí proyecta un futuro con él. Señala buscar un compañero, un amigo, donde debe haber pasión, pero, sobre todo, un compromiso. Es la nueva redefinición de las relaciones afectivas. La maternidad, una posibilidad, pero aún no es el momento. Hay un fuerte énfasis en que los proyectos amorosos

deben complementarse con los proyectos individuales, sobre todo los profesionales. El discurso de Nerea es bastante reflexivo, sus estudios y formación profesional en temáticas de género hacen que la revisión de su trayectoria vital sea siempre analizada a la luz de un posicionamiento feminista.

Valentina. La historia siempre repetida

Chilena de origen y residencia rural. Nace y vive en Chimbarongo. Es madre de un niño de 4 años. Es soltera, vive sola hace un año, desde que el padre de su hijo se fue con una nueva pareja. Es asistente en educación parvularia. Su biografía está atravesada por un embarazo a los 17 años. Luego hay un proceso de crecimiento y madurez, intentando articular estudios, trabajo, embarazo y la posterior crianza del hijo.

Valentina narra su biografía en el comedor de pequeña casa en Chimbarongo, con muros de un intenso color amarillo. Cuelgan cortinas de las paredes, a modo de puertas o separadores de ambientes. El diploma de su licenciatura de la enseñanza secundaria está enmarcado y colgado en una de las paredes. Ha vivido siempre en el mismo pueblo. Afirma que de su niñez *“me acuerdo poco”*. Todo cambia cuando sus padres se separan. Teniendo solo 12 años siente que *“ahí como que ya se acabó mi vida, como que pasé a ser grande al tiro [de inmediato]”*. Valentina estuvo en varios colegios porque no quería estudiar, por los problemas familiares y porque tenía que ayudar a su madre en el cuidado de la casa y sus hermanos. Con su madre recuerda haber tenido una relación conflictiva, pues no le permitía salir a fiestas. Hoy tienen una muy buena relación. Su madre no solo es un apoyo fundamental, sino también un ejemplo de mujer luchadora. Con su padre tiene poca relación, pero a veces ella debe ayudarlo económicamente por las deudas que tiene.

Antes de quedar embarazada relata que *“era como bien loquilla, como que siempre fui la oveja negra de la casa”*. A los 17 años queda embarazada de su entonces novio. Decide seguir estudiando en el colegio, *“iba gordita, muy gordita a clases”*. Recuerda que *“para mi mamá era una desilusión total que yo haya quedado embarazada”*. Su madre le habló de métodos anticonceptivos, y además tenía el ejemplo de embarazo joven de ésta, pero nada evitó que tuviese un hijo con *“mi primer pololo [novio] y era el único con el que me acosté”*.

Valentina señala haber tenido varios problemas con su novio, sobre todo infidelidades por parte de él y que *“salía todos los fines de semana, no llegaba a la casa, se me perdía tres días”*. Luego de 8 meses de convivencia, *“él se buscó a otra niña”*. Además de eso, su pareja *“era flojito, no trabajaba”*, era Valentina la encargada de sustentar a la familia. Finalmente se separan. Hoy el padre del niño *“da su plata mensual y es como si no tuviera hijo”*.

Si bien la maternidad ha sido compleja, para Valentina estar embarazada implicó un cambio de actitud: hacerse responsable, seguir estudiando, trabajar en el campo para pagar sus estudios. Hoy, lucha para sacar adelante a su hijo. Es el motor de su vida: *“no tendría fuerzas para seguir, o sea todo lo que hago lo hago pensando en él, todo”*. La nueva vida que debe enfrentar ha sido dura, pero se siente orgullosa al compararse con otras mujeres de su edad que también tienen hijos y que aún viven con sus padres. Ella, en cambio, ha sido capaz de sustentar sola a su hijo: *“encuentro que he sabido llevar mi vida”*.

Su vida transcurre entre su trabajo como asistente de párvulo, las tareas de su casa y el cuidado de su hijo. Ha reiniciado su vida amorosa con *“un buen hombre”* que acepta a su hijo. Aún no hay planes de formalizar la relación porque tiene miedo a equivocarse nuevamente. Sobre el futuro, prefiere pensar en el día a día. Solo espera poder tener su casa propia para dejarle algo a su hijo.

Julieta. Nuevas identidades sexuales en el medio rural

Chilena de origen rural. Es estudiante de diseño gráfico en un instituto privado ubicado en la ciudad de Rancagua. Durante la semana vive allí en casa de una tía, los fines de semana va a la casa de sus padres en Chimbarongo. Su trayectoria está atravesada por el proceso de reconocimiento y explicitación de su condición sexual, poniendo en jaque los valores de su familia y de la comunidad en la que vive.

El relato de Julieta da cuenta de una biografía con muchos cambios: desde el cambio de casa cuando pequeña, el cambio de curso por problemas con sus compañeras en el colegio, la mala relación con su padre y una depresión que duró varios años. El mayor cambio, de carácter positivo, es la mejora de su autoimagen: superó su timidez gracias a un trabajo de cajera de supermercado y comenzó a arreglarse, dejarse el pelo largo, cuidar sus pestañas. Es un perfil

interesante por su trayectoria sexual y la forma en que el medio rural en el cual ha crecido acepta su identidad sexual. Esto permite ver otra dimensión de las transformaciones sociales y culturales de las zonas rurales: las nuevas identidades sexuales y su reconceptualización por parte de generaciones mayores. Interesantes también los contrastes entre la vida urbana en Rancagua y la vida rural y más conservadora de Chimbarongo.

De sus primeros años recuerda la casa en la que vivió hasta los 6 años. La casa estaba ubicada en el fundo de los patrones de su padre. Era un lugar más rural, pero también más pequeño que el actual, debía compartir habitación con su hermano con el cual peleaba mucho, pero también jugaban: *“me acuerdo que nunca jugué a las muñecas, era todo el día jugar con autitos”*. Recuerda esta etapa como un período de mucha felicidad y unión familiar. A los 6 años la familia se debe cambiar de casa, etapa que resulta compleja para Julieta. Bajan sus notas en el colegio, tiene pocos amigos en el barrio porque no conocía a nadie, las peleas con su hermano se intensificaron. La relación con sus padres fue empeorando: *“llegaba del colegio, me encerraba en mi pieza (...) bien alejada de mi familia”*.

De su adolescencia afirma que *“me dejaba así como estar, pero yo creo que era por la personalidad (...) me crie entre puros hombres”*. La educación sexual la obtuvo en el colegio, su madre no le habló. Sobre su sexualidad relata *“que a mí me gustan las mujeres, no me gustan los hombres”*. No esperaba contarle a sus padres *“porque no estaban preparados, porque son medios cerrados de mente todavía”*. Cree que su madre lo sospechaba. Su padre atribuye sus opciones a la *“mala influencia de Madonna [cantante]”*. A pesar de esta situación, Julieta vive su vida tranquilamente, aunque sabe que *en “Chile son bien cerrados (...) uno tiene que andar en las noches a escondidas o que no te vayan a pillar en tu casa (...) como que uno no tiene los mismos derechos”*. Ahora bien, señala que su preferencia por las mujeres no es una idea inamovible, *“siempre he dicho si llega un momento y a mí me gusta un hombre, no me voy a cerrar a esa posibilidad”*.

Luego de finalizado el colegio, Julieta percibe que la relación con su familia ha mejorado, Ella ha madurado, intenta pasar tiempo con ellos y no encerrarse en su habitación. Su ida a Rancagua a estudiar, uno de sus sueños, ha contribuido a su madurez, a sobrevivir en nuevos espacios: *“ahí es cuando uno madura y hace el cambio de switch [transformación] de la adolescencia a ser una joven adulta”*.

Su día está marcado por las clases en el instituto. Prefiere estudiar y salir solo durante las vacaciones de invierno, *“no tengo vida social”*. Sus proyectos a futuro son vivir sola, aunque su madre deberá ayudarla con el alquiler. Allí espera *“tener mi espacio, cuando tenga mi pareja estar con ella sin que te estén apuntando con el dedo”*. Su autoimagen ha cambiado en los últimos años. Gracias a la ayuda de un psicólogo hoy se da cuenta que *“por la preferencia que uno tiene no tiene por qué cambiar, no tiene por qué dejar de ser femenina o los hombres no tienen que ser afeminados”*.

Claudia. El sueño de una familia

Chilena de origen y residencia rural. Trabajadora social en el ayuntamiento de Til-Til. Está casada, tiene un hijo y está embarazada. Los sábados ayuda a su madre en el restaurante familiar. Su trayectoria está marcada por la relación con su madre y abuelos, así como su propia necesidad de conformar una familia.

Claudia narra su biografía un sábado en uno de los extremos del restaurante que dirige su madre, luego de haber ayudado a atender las mesas. Ella trabaja allí y *“vengo todos los sábados pa acá, porque yo extraño esto”*. Mientras se realiza la entrevista, su madre y esposo cuidan a su hijo que corre por todos lados.

Su infancia ocurre en la casa de sus abuelos, quienes son los responsables de criarla. Por trabajo, su madre decide enviarla con sus abuelos para hacer una vida familiar. Las normas, relata, fueron establecidas por ellos, que *“eran protectores, muy conservadores (...) el tema de la señorita, de no decir garabatos [insultos]”*. Claudia relata que el embarazo de su madre alrededor de los 20 años fue *“catastrófico (...) el escándalo de la familia”*. Por eso su abuelo *“fue tan sobreprotector conmigo”*. Su madre, por otra parte, *“es toda light [relajada], no se complica (...) yo me siento como hermana de mi mamá”*.

Cuando su abuelo enviuda, vuelve a vivir con su madre al restaurante. Desde allí irá a un internado para cursar la enseñanza secundaria. En ese lugar aprendió a vivir sola porque *“es como un mundo aparte allá, independiente de tu mamá”*. Pero también fueron años en que *“era bastante loquita, no me portaba bien en el colegio”*. Son años en los que inicia su vida

afectiva y tiene su primer novio. Ese es un período complejo pues *“perdí un poco de contacto con mis amigas y como que me encerré en ese pololeo [noviazgo] como un poco tortuoso”*.

Luego de varios años conoce a Fernando, su actual esposo. Tal como recuerda *“empezamos a hacer una bonita relación”*. Luego de cuatro meses de noviazgo comienzan a vivir juntos en la casa de la mamá de Claudia. Para ella esta relación representa una nueva etapa pues *“ya me lo había vivido todas, ya había hecho zamba y canuta [jarana, desorden]”*. Ahora llegaba el momento en que *“te cansai y querís estar con tu pareja”*. Prontamente quedó embarazada de su primer hijo. Hoy está embarazada de su segundo hijo y acaba de contraer matrimonio.

En el relato de Claudia destacan las figuras masculinas y femeninas de su familia. De su abuela recuerda que era *“la típica dueña de casa que andaba con su delantancito [mandil], no le gustaba salir, no le gustaba comprarse una cartera, nada, nada porque todo era para su casa”*. A ella, en cambio, *“me encanta el tema de los sombreros, las carteras, sueño con tener una Louis Vuitton”*. Sobre las figuras masculinas releva la imagen de su abuelo, *“una persona intachable, lo que decía él se hacía, porque él [es] de origen chino cantonés, donde el hombre manda”*. A ella y sus primas les correspondía, en esa tradición, *“lavar la loza [platos] (...) y nosotras con mi prima reclamábamos que por qué teníamos que lavar la loza”*.

Su cotidianeidad está marcada por el trabajo diario y el cuidado de su familia. Cada vez le gusta más la vida en Til-Til porque *“podís salir un día con tus compañeros al cerro y que no te pasa nada, no te van a atropellar”*.

Catalina. Madre soltera y desafiante al control social del pueblo

Mujer chilena de origen y residencia rural. Trabaja en el área de la salud. Es soltera y madre de un niño. Vive en la casa de campo en la que se crío con sus padres. Su trayectoria está marcada por la tensión entre el tradicionalismo en los valores y normas sociales del pueblo y las nuevas pautas de comportamiento en la ruralidad.

La entrevista se realizó en el salón de la casa de Catalina, en la casa de sus padres, en la cual hoy vive ella con su hijo Facundo, su hermano y sus sobrinos. Durante toda la sesión, Catalina amamantó a su hijo, quien dormía en sus brazos. Los grandes ejes del relato de la entrevistada son su maternidad y la opción de ser soltera. Y, como resultado de ello, la importancia de su

trabajo para poder cubrir las necesidades de su hijo. Su relato se ve fuertemente marcado también por su familia, que da soporte a la trayectoria.

Catalina ha vivido toda su vida en Til-Til. Tiene un hijo de casi dos años, es soltera, técnico en enfermería con instrumentación quirúrgica (arsenalera). Es la menor de cinco hermanos, una familia “*muy aclinada [en grupo], muy querendones, súper preocupados uno del otro*”. Mientras su padre estaba con vida, en el patio de la casa había una fábrica de curtidos, donde recuerda haber visto muchos trabajadores y ella misma participar de la producción. Su padre muere cuando ella tiene 18 años, época en la que comienza a dormir con su madre, hasta los 33 años, cuando ella queda embarazada. Hace tres meses su madre, con 80 años, ha muerto.

Recuerda de su niñez haber tenido muy pocas restricciones, “*como yo era la más chica, soy la regalona, el conchito [hija menor] que decían, bien, yo tenía mucha libertad*”. Su hermano mayor, con el cual vive actualmente, era quien la intentaba “*tener más cortita [supervisada]*”, pero si ella quería ir a una fiesta se arrancaba por la ventana, “*loca, loca*”.

De sus padres recuerda que por ser mayores “*eran muy conservadores*”. Su madre le inculcó siempre el valor de la virginidad, “*para ella había que estar casada para tener un hijo*”. Catalina señala que luego de tanto tiempo en que escuchó “*no hacer esto porque es malo (...) te queda grabado en el inconsciente y forma parte de ti*”. A los 30 años tiene su primera pareja sexual. Optó por “*si tengo que hacerlo lo voy a hacer, pero con responsabilidad y todo a una edad, a los treinta años ya es otra cosa*”. Si bien tuvo novios durante su adolescencia y juventud, eran relaciones de muy poco tiempo, no le gusta el compromiso. Señala nunca haberse sentido enamorada. Si algún día llega a estarlo, cree que eso la convencerá de casarse. Por eso mismo, siempre creyó que sería “*solterona*”, y que con el cuidado de sus sobrinos no necesitaría tener hijos. De su adolescencia también recuerda que tuvo amigos, le gustaba salir a bailar. Recuerda que en el colegio no siempre le fue bien, “*era porra [floja con tareas escolares], era palomilla de puras tonteras [inquieta, traviesa]*”.

Facundo, su hijo, es resultado de una relación que tuvo hace algún tiempo. Si bien nunca se sintió enamorada de su pareja, creyó que era un hombre con el cual tener su hijo. Recuerda que cuando quedó embarazada, su pareja le planteó la realización de un aborto, situación que ella rechazó pues deseaba tener un hijo. Hoy no mantiene ninguna relación con él, no requiere su ayuda económica, “*¿por qué? ¿por 60 lucas? [75 euros] (...) no es un problema de plata*”.

Tampoco demanda el cariño del padre hacia el hijo, porque *“cariño a él no le ha faltado”*. Su hijo es reconocido legalmente por el padre y tiene su apellido, *“si después lo quiere cambiar, problema de él”*, pero es ella quien tiene la patria potestad sobre Facundo, *“eso también me da más libertad”*.

Cuando su madre se enteró del embarazo *“sintió una gran desilusión (...) fue tremendo porque el cuento de la virginidad (...) te tenías que casar o tener una cosa más”*. Su soltería y maternidad no es un problema para ella, *“yo soy sola, pero no tengo dramas con el tema”*. Siente que la sociedad es quien ejerce las mayores presiones en relación a la maternidad y a las relaciones de pareja: *“si estás pololeando [de novia], que te cases, si estás casada que cuándo van a llegar los hijos, llevas un mes de casada y hay que tener hijos, pero es un círculo”*. Catalina ha decidido no buscar pareja por el momento.

Su cotidianeidad transcurre entre sus turnos en Santiago, lo que implica viajar muy temprano en su auto en las mañanas o bien, de noche. En los turnos de día viaja con su hijo, al que lleva a una sala cuna. En los turnos de noche, lo deja con su hermano. Para el futuro espera seguir trabajando y seguir compartiendo con su familia. Señala ser cariñosa y preocupada de los demás. Se compara con su madre y cree ser muy similar a ella en lo conservadora, *“me costaría traer al pololo [novio] a quedarse acá, como es una cosa que te han metido siempre en la cabeza y te juro que se te queda”*.

CAPÍTULO 8. Prácticas, discursos y representaciones sociales sobre lo femenino en la ruralidad

El estudio de lo femenino y su proceso de configuración en las mujeres rurales, tal como se ha venido presentando, parte de la premisa que lo femenino es un constructo sociocultural y sociohistórico. En esta línea, la sociología de la crisis de la modernidad -en su giro conceptual hacia el estudio de las transformaciones en la condición de las mujeres y de las relaciones entre los géneros- y el *corpus* analítico ofrecido por la teoría feminista, permiten relevar ámbitos sobre los cuales se erige el análisis de lo femenino.

En efecto, tal como se presentó en el Capítulo 4, se evidencia que los dos modelos hegemónicos de lo femenino en la modernidad -la *mujer doméstica* y *nueva mujer*- se organizan conceptualmente en torno a categorías que pueden ser agrupadas en cinco dimensiones: rasgos afectivos y emocionales, moral sexual; valores y comportamiento sexual; matrimonio; maternidad y cuidado de los hijos; y lo femenino, lo privado y lo público. Estas dimensiones, para la realización del análisis y como parte del proceso de codificación, fueron definidas en el Capítulo 5, y sintetizadas en la Tabla 49 presentada a continuación.

Tabla 49. Dimensiones de análisis de los modelos de lo femenino

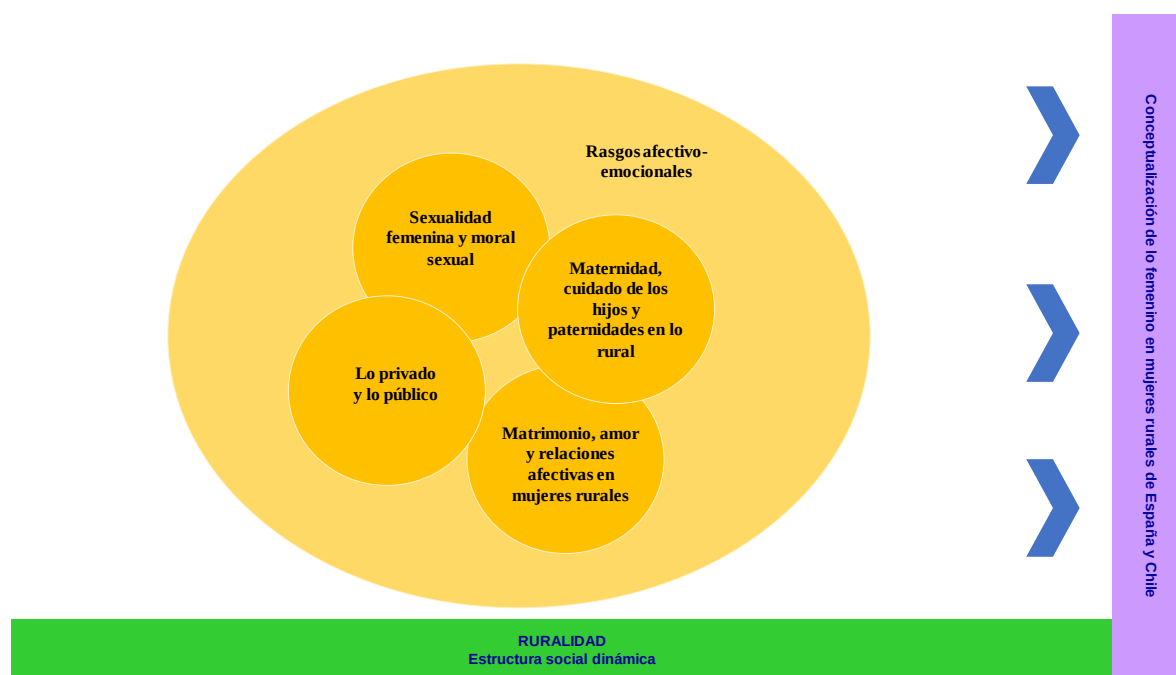
Dimensiones	Definición
1. Rasgos afectivos y emocionales	• Atributos psicológicos, valóricos, afectivos y emocionales atribuidos a la mujer
2. Moral sexual: valores y comportamiento sexual	• Formas de experimentar la sexualidad y normas asociadas
3. Matrimonio	• Regulaciones de vinculación afectiva entre esposos y responsabilidades según género.
4. Maternidad y cuidado de los hijos	• Vinculación establecida entre la capacidad biológica de la mujer de reproducir la especie y la valoración social de esa capacidad
5. Lo privado y lo público	• Esferas asignadas según género

Fuente: Elaboración propia.

Ahora bien, el propio análisis realizado en esta investigación evidencia dos cuestiones importantes en relación a las dimensiones y categorías de análisis. La primera, que las dimensiones arriba señaladas, no resultan suficientes en su sentido original para abordar la realidad de las mujeres rurales y el proceso de configuración de lo femenino. Por ello, en este capítulo, y acorde al análisis realizado, se proponen dimensiones ampliadas que logran aprehender las diversas formas de experimentar y conceptualizar lo femenino en lo rural.

En efecto, como se verá, dada la condición de ruralidad que enmarca y soporta las trayectorias femeninas, algunas dimensiones adquieren nuevos matices e integra nuevos elementos. Como resultado, surgen las dimensiones que se sintetizan en la Figura 4, y que serán los ejes conductores de las páginas aquí presentadas. Cabe señalar también que, para efectos del desarrollo de este capítulo, la dimensión rasgos afectivos y emocionales adquiere un carácter transversal, siendo relevada en cada una de las restantes dimensiones.

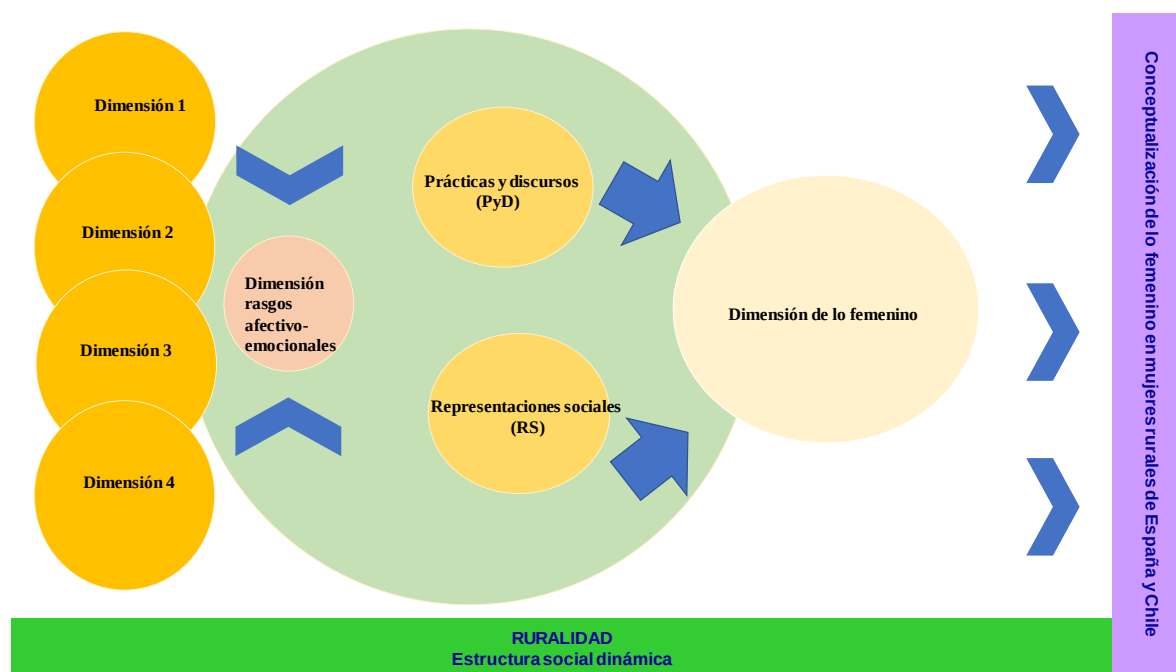
Figura 4. Dimensiones de análisis, de acuerdo al estudio de lo femenino en lo rural



Fuente: Elaboración propia.

En segundo lugar, para indagar en las particularidades de lo femenino en cada una de las dimensiones identificadas, se definió profundizar en el entramado sociocultural que las sustenta, estructura y materializa. Trama, por cierto, dinámica, compleja, que tensiona a las generaciones pero que, a la vez, encuentra puntos de convergencia. Este entramado es abordado a partir de las prácticas sociales y discursos sobre cada dimensión (PSyD) y las representaciones sociales (RS) o imaginarios en torno a aspectos concretos que componen cada dimensión. La estrategia de análisis se observa en la Figura 5.

Figura 5. Estrategia de análisis: prácticas, discursos y representaciones sociales



Fuente: Elaboración propia.

De acuerdo a la estrategia seguida, y tal como se evidencia a lo largo de este capítulo, se profundiza también en las particularidades de lo rural -considerando elementos tradicionales y más novedosos de la ruralidad- que configuran las dimensiones de lo femenino. Ello, en el entendido que los procesos modernizadores experimentados en la ruralidad española y chilena desde mediados del siglo XX no impactan de forma homogénea y lineal en la

estructura social rural. Por el contrario, coexisten transformaciones en las pautas socioculturales de las comunidades rurales y sus agentes con otras pautas históricas vinculadas a la ruralidad tradicional. En la configuración de lo femenino se evidencia, siguiendo a Lipovetsky (1999) que “lejos de obrar una ruptura radical con el pasado histórico, la modernidad labora por reciclarlo sin cesar” (pág. 12).

En efecto, lo que se detecta es la coexistencia de pautas sociales tradicionales y otras más novedosas y, por tanto, la ausencia de una linealidad en el proceso de conceptualización de lo femenino. Esto implica también la emergencia de tensiones, complejidades, cambios y permanencias en las biografías de las mujeres y en la construcción de lo femenino. Ello es evidente cada vez que se realiza un análisis desde una perspectiva intergeneracional. Por ello, se ha seguido como hilo conductor el análisis de las dimensiones, relevando internamente las particularidades de cada generación. Una vez allí, se evidencian no solo los cambios intergeneracionales, sino también las permanencias en la configuración de lo femenino.

Por lo tanto, como resultado de las decisiones metodológicas y la estrategia de análisis, este capítulo se estructura de acuerdo a la revisión y análisis de cada dimensión, con reflexiones concretas y detalladas sobre las prácticas, discursos y representaciones sociales que lo conforman, y una conclusión donde se proponen particularidades de lo femenino para cada dimensión (Tabla 50). Mediante esta estructura -que más bien es la manifestación de la estrategia de análisis- se identifican las formas que lo femenino adquiere en lo rural. De aquí emergerán los primeros elementos que evidencian que no hay un paso continuo entre la *mujer doméstica* y la *nueva mujer*. Por el contrario, hay formas diversas, relaciones e interrelaciones particulares, donde aspectos de cada modelo coexisten, siendo incluso superadas a veces por la realidad de las mujeres rurales españolas y chilenas.

Por último señalar que, a lo largo de este capítulo, se ha intencionado la presentación de testimonios de españolas y chilenas de forma simultánea en los temas tratados, como una forma de identificar y explicitar los puntos de convergencia o diferencia. Con ello, se ha apuntado, a no priorizar unos discursos por sobre otros en el entendido que se busca realizar también un análisis comparado entre mujeres de ambos países.

Tabla 50. Estructura de análisis, en base a dimensiones y estrategia de análisis

Dimensión	Lo femenino en lo rural	Prácticas y discursos (PyD)	Representaciones sociales (RS)
Dimensión 1 Sexualidad femenina y moral sexual,	Modernización sociocultural y sexualidad: afroditas, <i>espejos</i> y vigilancias	Prácticas y discursos sobre sexualidad	Representaciones sociales sobre sexualidad
Dimensión 2 Matrimonio, amor y relaciones afectivas en mujeres rurales	Anatomía del matrimonio, el amor y las relaciones afectivas	Prácticas y discursos sobre matrimonio, amor y relaciones afectivas	Representaciones sociales sobre matrimonio, amor y relaciones afectivas
Dimensión 3 Maternidad, cuidado de los hijos y paternidades en lo rural	Cambios y permanencias en <i>la buena madre rural</i> y paternidades rurales	Prácticas y discursos sobre maternidad y paternidades en lo rural	Representaciones sociales sobre <i>la buena madre rural</i> y paternidades en lo rural
Dimensión 4 Lo femenino, lo privado y lo público	Inserción de las mujeres rurales en lo público y <i>entradas</i> y salidas <i>de lo</i> privado	Prácticas y discursos sobre lo público y lo privado.	

Fuente: Elaboración propia.

8.1. Modernización sociocultural y sexualidad: afroditas, *espejos* y vigilancias

La sexualidad de las mujeres -ya sea en relación a las prácticas y representaciones o en torno a las normas y regulaciones sociales- ha remitido históricamente a arquetipos que oscilan, la mayor parte de las veces, entre dos extremos. Tal como se analizó en el Capítulo 4, aparece de un lado una mujer bella y seductora, fuente de engaños para los hombres. Afrodita -diosa de la fertilidad, de la agricultura y la ganadería- ha sido uno de los modelos clásicos de culto al cuerpo carnal, la encarnación del atractivo sexual (Gil Calvo, 2000). En el otro extremo, Hera, diosa de la familia, contracara de la diosa del amor.

Las transformaciones socioculturales ocurridas en el marco de los procesos de modernización han redefinido la sexualidad de las mujeres y el análisis en torno a ella. Emerge, luego de un largo período de dominio del ideal de la *mujer doméstica*, una *nueva mujer*, una *tercera mujer*

que en su dimensión sexual y emocional experimenta una relación de igualdad con los hombres (Giddens, 2008). La lucha entre Afrodita y Hera es ahora reemplazada por la de la mujer del siglo XVIII y la *nueva mujer* de los siglos XX y XXI.

Los párrafos anteriores evidencian una dualidad intrínseca en el análisis de lo femenino en general y de la sexualidad de las mujeres, en particular. Entre la veneración de Afrodita o Hera, entre la *antigua* y la *nueva mujer*. Esta misma dualidad sirve aquí como una metáfora de las mujeres rurales, sus diversas formas de experimentar y relatar la sexualidad femenina. Como se verá, la dualidad será reemplazada por una compleja tensión en torno a una dimensión crítica, de reflexión social y, sobre todo, de autorreflexión.

La sexualidad en su sentido amplio, como práctica, normas y representaciones sociales es una de las dimensiones de configuración de lo femenino más compleja pues actúa como un *espejo* donde cada una de las generaciones mira su propia trayectoria y decisiones, a la vez que las evalúa⁶¹. Y, desde donde se analizan las normas y experiencias de las generaciones precedentes y posteriores. Es, en definitiva, una dimensión sometida a un debate intergeneracional constante y sistemático. La sexualidad pone de manifiesto la existencia de un *espejo intergeneracional* donde las mujeres revisan y conceptualizan lo femenino.

La idea de un *espejo intergeneracional* que se utiliza en esta investigación debe ser entendida como una metáfora a través de la cual se explicitan y visibilizan los procesos de construcción de lo femenino en las mujeres de tres generaciones. En ese *espejo*, las mujeres -abuelas, madres e hijas- se encuentran consigo mismas, con sus pares y con todas aquellas que pertenecen a otras generaciones. Tras ese mirar individual y compartido, se visibilizan unas relaciones e interacciones sociales dinámicas y complejas. El *espejo intergeneracional*, si se quiere, no es neutro. Por el contrario, evidencia las tensiones y complejidades, pero también las convergencias que se tejen entre las generaciones de mujeres.

⁶¹ La figura del espejo -y su reflejo- ha sido utilizada en la literatura y en las ciencias sociales como metáfora de acercamiento y profundización en el proceso de construcción de identidades. Ejemplos hay “desde el mito de Narciso hasta El retrato de Dorian Gray (...) y el espejo en [Carlos] Fuentes [escritor del *boom* latinoamericano] como un soporte simbólico de nuestra búsqueda de identidad” (Díaz Álvarez, 2003, pág. 227). En las ciencias sociales, especialmente en la sociología y la psicología social, Strauss (1977) entregó interesantes elementos sobre la idea de espejos -y máscaras- en la construcción o configuración de la identidad o personalidad. Esa configuración ocurrirá, como se señala en la edición original de 1959 *Mirrors and masks. The search for identity*, en los juegos de alteridad -en escenarios dinámicos, en relación con otros- que demandan las situaciones experimentadas.

Pues bien, la sexualidad mirada en y desde un *espejo intergeneracional*, ofrece interesantes resultados. Si bien es cierto que en las otras dimensiones de análisis hay múltiples reflexiones intergeneracionales, la particularidad de la sexualidad es que no emerge fácilmente un punto de encuentro o valoración sobre la experiencia de las *otras* mujeres rurales. No hay aceptación de la transición en el modelo en cuanto al continuo de apertura que se evidencia -de menos a más libertades en materia sexual- ni valoración de la experiencia de generaciones anteriores -pues es definida como limitante-. Ninguna otra dimensión evidencia tantas tensiones intergeneracionales, tantos malestares y discordias como ésta. La sexualidad resulta ser la dimensión gravitante de la conformación de lo femenino en las biografías de mujeres rurales. Es allí donde el proceso de configuración se pone en jaque, donde los valores y normas dominantes en cada época son analizados.

Lo anterior responde a la articulación de dos elementos. El primero de ellos es que la sexualidad -como componente de lo femenino-, es una diferencia culturalmente construida (Butler, 2008). Ello implica que cada generación la aborda -valora, analiza y evalúa- de acuerdo a las normas y definiciones del momento histórico en que están situadas esas trayectorias. Segundo, y como resultado de los procesos de modernización e individualización cada vez más intensificados, existe un mayor y más gravitante cuestionamiento de las normas y reglas tradicionales pues “la sexualidad, el erotismo y el amor ya no pueden ser presupuestado, preguntado o anunciado de forma obligatoria” (Beck & Beck Gernsheim, 2001, pág. 20). Esta individualización -más propia de las nuevas generaciones- coexiste con la realidad y experiencia biográfica de las generaciones precedentes, ligada a modelos tradicionales cargados de regulaciones y normatividades.

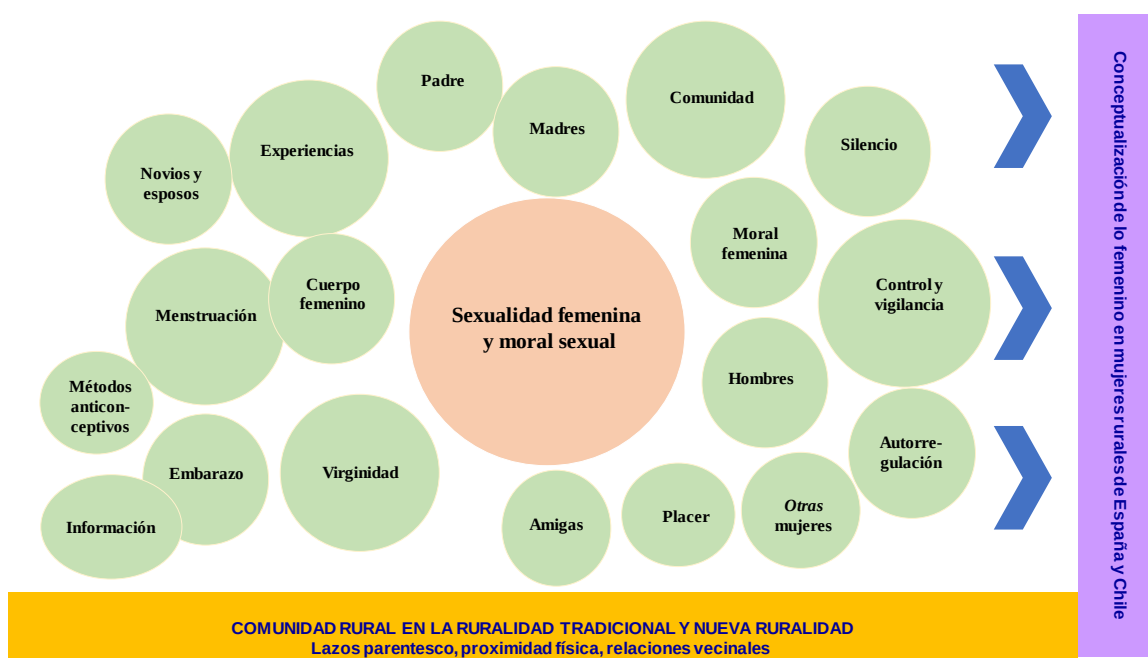
Ahora bien, de lo anterior resultan formas variadas de experimentar y reflexionar sobre la sexualidad de las mujeres en lo rural. Sucede entre distintas generaciones, pero también internamente. Y ello ocurre a tal punto que incluso encontramos en la generación de las abuelas una sexualidad negada o entrampada en las reglas y tabúes, hasta una nueva forma de negación de la sexualidad en la generación de las hijas, donde una relación de pareja basada en el respeto y la confianza puede prescindir de la vida sexual. Esto, solo a modo de ejemplo, representa un espectro de experiencias y reflexiones en torno a la sexualidad, en un entramado complejo donde coexisten las normas y regulaciones sociales con la aparente

ausencia de normatividades o, mejor dicho, con la posibilidad de que las biografías sean elegidas acorde a la acción y decisión de los individuos (Beck & Beck Gernsheim, 2001).

Cabe preguntar por lo que se entiende por sexualidad. La sexualidad de mujeres - heterosexuales, homosexuales o cualquier otra categoría identitaria que emerge del autorreconocimiento y de las biografías - refiere a las experiencias y al conjunto de creencias sobre ella. Integra además un ámbito ligado a la moral sexual dominante en cada periodo que consiste en las regulaciones sobre las prácticas prohibidas y permitidas en torno a lo sexual.

En consideración de las biografías acá estudiadas, aparecen también otros aspectos: la experiencia con el propio cuerpo y los cambios asociados, la menstruación en su sentido social, el placer y la obligatoriedad en la experiencia sexual, la virginidad y la intimidad de una pareja, entre otros aspectos. A ellos se agregan imaginarios sobre el cuerpo, sobre *otras* mujeres; sobre padres y madres, hermanas y amigas en el proceso de conocimiento y autorreconocimiento. Estos y otros conceptos que abordan la sexualidad femenina y la moral sexual en las mujeres rurales son sistematizados en la Figura 6.

Figura 6. Principales conceptos sobre sexualidad femenina y moral sexual



Fuente: Elaboración propia.

Sobre el análisis concreto de las entrevistas, la presentación se organiza de acuerdo a los señalados al inicio de este capítulo: prácticas y discursos (PyD) y representaciones sociales (RS) en torno a la sexualidad. Cada ámbito de análisis está compuesto de un conjunto de categorías, tal como se detalla en la Tabla 51.

Tabla 51. Análisis de la sexualidad y la moral sexual en mujeres rurales

Ámbitos de análisis	Categorías de análisis
Prácticas y discursos (PyD) sobre sexualidad	1. Control y vigilancia del comportamiento sexual (PyD1)
	2. Silencios en torno a la sexualidad y la figura de la madre y amigas (PyD2)
	3. Menstruación, cuerpo y sexualidad. Miedo, embarazo, vergüenza y pérdida de la privacidad (PyD3)
Representaciones sociales (RS) sobre sexualidad	1. Imaginarios rurales sobre los hombres y autocontrol femenino (RS1)
	2. Imaginarios sobre la mujer rural (RS2)
	3. Embarazos antes de tiempo y redefinición de los imaginarios (RS3)

Fuente: Elaboración propia.

8.1.1. Prácticas y discursos sobre sexualidad

1. PyD1. Control y vigilancia del comportamiento sexual

El análisis de las biografías y trayectorias sexuales de las mujeres rurales parte de la premisa que tienen un carácter *situado*, y ello implica atender explícitamente a la condición de ruralidad que rodea prácticas y normas en la materia. Dicha atención evidencia que, a pesar de las transformaciones socioculturales y técnico-productivas resultantes de los procesos de modernización de las zonas rurales, permanece un sistema de integración social tradicional propio de la ruralidad más clásica. Este sistema *perenne* que permea también a la *nueva ruralidad* -aunque con matices en cada generación- promueve y asegura el control y vigilancia de las sexualidades de las mujeres rurales. Y lo hace valiéndose de la comunidad como totalidad y de las familias nucleares.

Ahora bien, este sistema de integración social propio de la ruralidad tradicional se caracteriza porque “el área de contacto de un miembro de una comunidad rural es espacialmente más estrecha y limitada (...), las relaciones cara a cara son más frecuentes (...), [y] el sistema de

interacción rural, sus líneas y cadenas tienen un ‘toque personal’, [de] ‘intimidad’ y solidez” (Gómez Echeñique, 2002, pág. 38). Asimismo, y tal como se observa en los testimonios de las mujeres, hay un alto componente vecinal y familiar en los pueblos rurales. O, tal como señala Castro (2012) -en un estudio sobre efectos de la modernización en las familias campesinas de la Región del Maule en Chile- son relaciones propias de la ruralidad aquellas “con una fuerte base en las relaciones vecinales, con una prolongada presencia en el territorio y de parentesco entre una parte significativa de los habitantes” (pág. 185).

La particularidad evidenciada en los discursos de las mujeres rurales es que este tipo de sistema de integración social no desaparece con los procesos de modernización ni con la posterior emergencia de una *nueva ruralidad*. En su conjunto, las redes familiares y vecinales actúan como agentes de contención y coacción, de control de erotismo y las pulsiones de la sexualidad de las mujeres. Los lazos comunitarios interactúan para asegurar o promover las regulaciones y normas en torno a la sexualidad. Aquello que aparece como una cualidad propia y valorada de la comunidad en ciertos aspectos, es también un factor restrictivo y limitante, de acuerdo con las mujeres, para la experiencia de su propia juventud.

En efecto, señala Bauman (2009) “en nuestro mundo de rampante “individualización”, las relaciones [humanas] son una bendición a medias. Oscilan entre un dulce sueño y una pesadilla, y no hay momento de decir en qué momento uno se convierte en la otra” (pág. 8). La *atadura* social, las formas coercitivas de vigilancia de los cuerpos, están presente en las trayectorias sexuales. Es evidente, no obstante, que esas restricciones pierden intensidad en el paso de las generaciones, pero, aunque pierden fuerza no desaparecen completamente.

El primer elemento por relevar es que -tal como señala Zapata (2001)- “los padres [rurales] suelen reaccionar con mucho miedo ante la sexualidad de sus hijas y la posibilidad de un embarazo, lo que se traduce en prohibiciones de salidas para las adolescentes” (pág. 24). Asimismo, se evidencia que “son manifiestas las diferencias en las maneras de pensar, hacer, habitar, situarse en el mundo, identificarse entre las generaciones mayores y los más jóvenes [en las zonas rurales]” (Valdés & Rebolledo, 2015, pág. 507). La combinación de prohibiciones con diferencias generacionales lleva a reflexionar sobre las estrategias que los padres utilizan para supervisar y controlar su sexualidad durante la juventud de las mujeres.

En el caso de las abuelas, estas reflexiones evidencian un malestar con la pérdida que significa para su juventud, especialmente cuando la niñez de las abuelas estaba marcada por la postguerra española, la pobreza y la participación en la sobrevivencia familiar. La reflexión crítica del comportamiento y las regulaciones impuestas por sus padres conlleva también una crítica a las nuevas generaciones y las libertades que tienen. Es el *espejo* histórico-biográfico donde las abuelas se miran, miran a sus padres y a las nuevas generaciones.

“Eran buenos padres, pero que eran muy atrasados en las cosas, necesitaban salir, no salíamos (...), que me hubieran dejado un poquito de libertad (...) es en la juventud cuando se quiere disfrutar la vida (...) cuando tienes ilusión de estar con el novio, pero si te tienen así oprimida”.

Abuela española

En la generación de las madres, las normas de comportamiento siguen vigentes. Estas mujeres intentan explicar la rigidez de la crianza de sus madres por la propia educación que recibieron. Pero ello no invisibiliza el malestar de no haber aprovechado su propia juventud. Muchas de ellas, no obstante, no logran romper con ese modelo de normatividad y protección de la sexualidad de sus propias hijas.

“Le dimos permiso [a mi hija] pa pololear [estar de novia], era como algo horrible que los hijos pololearan, yo soy celosa con ellos hasta le pegué al pololo [novio]”. **Madre chilena**

Los materiales cualitativos reunidos dejan entrever una omnipresencia de la familia en el control de la sexualidad para asegurar el modelo deseado. Hay, en efecto, una estructura y organización familiar que regula la sexualidad de las mujeres. Y un soporte en la propia materialidad del hogar rural para establecer los límites de la sexualidad femenina.

“[Mis padres] no querían que hablara con mi novio ni en la puerta ni en la ventana ni en ningún sitio. (...), yo me sentaba con mi madre en la puerta, lo veía y él a mí, pero ni yo hablaba con él ni él conmigo, y el pobrecito un pie en la bicicleta y otro pie en la piedra”. **Abuela española**

“Mi mamá siempre nos cuidó hasta tarde, cuando pololeábamos [noviazgo], (...) se quedaba hasta la 1 con nosotros (...) y decía ‘este niño se tiene que ir’”. **Madre chilena**

La figura de la madre es fundamental en el control de la sexualidad. Es una figura con presencia activa, es la veladora del buen actuar. Tal como señala Zapata (2001) “la madre es la encargada de entrar en mayor contacto con sus hijas y hablar de temas sexuales con ellas. Sin embargo, no lo hace, sino que solo transmite mensajes que crea inseguridad en las adolescentes” (pág. 24). Esto queda manifiesto en la contrastación de los testimonios de mujeres de la misma familia.

“[Le decía al novio]) si la quieres ver tienes que pasar aquí cuando quieras verla, que ella a la puerta de la calle no va a salir (...) no se pudieron dar ni un beso hasta que se casaron porque estábamos o bien la otra, o bien el otro, o bien yo”. **Abuela española**

“Confianza había muy poca con las madres (...), si salía con algún muchacho no le decía a mi madre nada, no me dejaba salir en 2 meses. Y no, confianza no”. **Madre española**

Dada la dinámica de cohesión de las familias rurales es relevante identificar también a otros miembros de la familia -padres, hermanos y hermanas- que intervienen en la supervisión del comportamiento sexual. En este sentido, la normatividad y su cumplimiento es un asunto del núcleo familiar. Esto es interesante porque la literatura sobre sexualidad femenina en zonas rurales -siempre más enfocada en lo cuidados y salud reproductiva- tiende a poner el énfasis en el rol de las madres como regentes del comportamiento, invisibilizando al resto de los integrantes de la familia. Es quizás la fuerza histórica de la familia rural -con su tradición productiva y cultural- la que activa la vigilancia a todos los integrantes.

“No nos dejaban pololear [noviazgo] ni los papás ni los hermanos, nosotros teníamos 9 hermanos hombres y los hermanos no nos dejaban (...) para las fiestas salíamos todos, todas las mujeres con todos los hermanos hombres y teníamos que bailar con los puros hermanos hombres y ellos también con las hermanas (...), no teníamos amigos hombres”. **Madre chilena**

La participación de los padres en la vigilancia de la sexualidad es activa y presente, abierta y explícita discursivamente en torno al peligro de la deshonor. Esta presencia entrega un elemento relevante en la comprensión de lo femenino en lo rural, pues dado el carácter que asume la familia en esas zonas, la sexualidad deja de ser un asunto exclusivo de las mujeres. Tal como señalan Gutiérrez y Osorio (2008) “las relaciones entre los géneros, la vida en

pareja y la vida cotidiana en familia [estaban] inscritas en una estructura jerárquica en la que la vida del hombre está orientada al nivel de lo público y de la mujer hacia lo privado, la maternidad y lo doméstico” (pág. 109). Sin embargo, la condición de ruralidad que rodea la vida familiar ha promovido, tal como se observó en otros apartados de esta investigación, que las mujeres participen de actividades productivas dentro o fuera de la explotación agrícola y que los hijos también sean mano de obra familiar.

En este sentido, se observa que la ruralidad promueve una interacción más dinámica entre los integrantes del núcleo, no siempre acotado de manera tan estricta a los roles de género tradicionales, aun cuando son ellos los que predominan. En efecto, señala Bauman (2009) que en las granjas familiares hubo “épocas [en que] la división del trabajo y la distribución de los roles familiares se superponían” (pág. 62).

En relación a los relatos de las mujeres levantados en esta tesis, se observa que la superposición de funciones no solo se da en lo productivo, sino que se mueve a otras dimensiones como la sexualidad, integrando a nuevos miembros familiares y ya no solo a la madre. El resultado, el sistema de control y vigilancia de la sexualidad de las mujeres adquiere ese carácter omnipresente pues se tiene a padres, madres, hermanos y hermanas como supervisores simultáneos de las prácticas sexuales femeninas.

“Mi papá me pilló [descubrió] un día de la mano (...), yo iba caminando con él [novio] de la mano y nos llamó a los dos, nos dijo que él no quería desprestigio, que no quería que yo saliera embarazada porque él no era tonto, él también fue joven (...) y dijo así ‘les doy una semana para que se casen’”. **Madre chilena**

Es relevante explicitar que la figura del padre, como actor relevante en los controles y vigilancias, emerge en los discursos de las tres generaciones, pero va perdiendo notoriedad a medida que se flexibilizan las pautas en torno a la sexualidad, tal como queda registrado en los siguientes testimonios de tres mujeres de una misma familia (abuela, madre e hija).

“Es que era el respeto que teníamos a los padres. ¿Tú sabes lo que eran los padres entonces? (...) eran unos fiscales, vaya, hija mía, cómo eran y el temor y el miedo”. **Abuela española**

“Muy severo mi padre, muy severo, muy estricto en los horarios y en las normas. Era muy bueno, o sea, nos daba todo lo que podía y un poco más, se lo quitaba él, pero a la hora de educación, recto, recto, recto”. **Madre española**

“Al ser un hombre, no sé, no es la misma confianza. Yo pienso que para ser mi padre también tengo bastante confianza con él, pero él sabe que tomo la píldora [anticonceptiva] porque a veces le he tenido que pedir dinero a él”. **Hija española**

Los controles y supervisiones sobre la sexualidad femenina son evidentemente más estrictos en las trayectorias de abuelas y madres. En las generaciones posteriores se evidencian mayores grados de flexibilidad y apertura, especialmente en relación a la familia nuclear. Efectivamente, se ha perdido la prescripción de relaciones sexuales solo en el contexto de un matrimonio y la experiencia de una única pareja para las mujeres (Palma, 2006). Sin embargo, ello no acaba con las tensiones intergeneracionales. Hijas, madres y abuelas se miran una y otra vez, a medida que avanzan los vertiginosos cambios en las normas, relaciones y prácticas sexuales de las mujeres.

“No es como ahora, no éramos liberales como ahora (...), no son esos besos apasionados que se dan los chiquillos [jóvenes] de hoy día. Ni menos ir a tener sexo como se tiene ahora a tan temprana edad, no”. **Madre chilena**

“Mi madre me ha contado muchas cosas, que mi abuela a lo mejor no sé, esto que yo hago que él [novio] vaya a verme a Cáceres y que pasemos el fin de semana juntos (...) mi abuela, que con mi madre siempre ha sido más restrictiva, conmigo no”. **Hija española**

Se observa también que, cuando evidentemente las restricciones se redujeron para la generación de las hijas, emerge un nuevo componente en la relación de la familia rural. Hay, junto con la aceptación de la sexualidad femenina, una *entrega* de las hijas a los novios con los cuales la vida sexual se ha iniciado. Ellos actúan como los cuidadores o protectores de esas jóvenes. Esta situación, no obstante, genera también un malestar en ellas pues sus parejas aparecen integradas en espacios donde ellas eran autónomas e independientes.

“Mis padres encantados, prefieren que venga con él [novio] a que hubiese venido con una amiga o sola. Es más, cada vez que salgo a un sitio mis padres me dicen: ¿vas con Javier? Entonces el teléfono lo puedo tener apagado”. **Hija española**

Además de la familia, la comunidad rural -repleta de lazos vecinales y de parentesco, así como de una intensa cercanía física- es también vigilante del comportamiento sexual, especialmente de las jóvenes, pero también de las mujeres adultas. La comunidad rural en su conjunto define las pautas correctas e incorrectas de la sexualidad femenina. En este sentido, la comunidad fortalece sus lazos para evitar a “la madre soltera, la adolescente madre soltera, [a] la separada (...), [a la que] procreó en soledad y fuera del matrimonio occidental” (Montecino, 1992, págs. 16-17).

“Hay viejas muy admiradoras [pendientes] de otras mujeres y que una mujer que es mamá soltera y la critican y hablan, la guagua [bebé] es de otro hombre, esa guagua es de otro hombre (...), y empiezan así, que esa se separó”. **Madre chilena**

La comunidad, como se evidencia, no supervisa solo el comportamiento de las más jóvenes. Se encarga de establecer los límites del actuar y del adecuado comportamiento de las mujeres de toda edad. Ello asegura la permanencia o, al menos, existencia de pautas culturales tradicionales vinculadas a lo femenino. Ellas convergen igualmente con pautas más flexibles que se han incorporado a los espacios rurales como resultado de los procesos de modernización. Hay, no obstante, un matiz entre las generaciones. Las más jóvenes tienen la posibilidad de vivir entre la ciudad y el pueblo lo que les permite transgredir las normas de la comunidad rural.

“Con haberlo traído [pareja] aquí, se cerró la oportunidad de haber traído a otra persona a mi casa (...), mis hijos ¿qué dirían? Los mismos vecinos, ¿cómo hablarían?”. **Madre chilena**

“La sociedad no está preparada, no quiere que seamos iguales (...), aquí en los pueblos lo veo muchísimo, yo he llegado a entrar en un bar con mi madre y salir un señor y decir: ‘míralas y qué hacen aquí que no están en casa’”. **Hija española**

El análisis de los fragmentos conversacionales presentados evidencia que la trayectoria sexual de las mujeres rurales, a pesar de los procesos de transformación sociocultural resultante de la modernización, no tiene un carácter privado o íntimo en un sentido estricto. Por el contrario, a pesar de los cambios y emergencia de nuevas dinámicas sociales, las prácticas sexuales están en un constante escrutinio y control familiar y comunitario. La familia y comunidad se articulan para evitar la emergencia de las *otras* sexualidades, de las sexualidades que deshonran. Y cuando el escenario muta para dar cabida a nuevas formas de experimentar la sexualidad, la tensión entre generaciones se hace evidente.

Simmel (2001) señala que “la esfera vital de la pequeña ciudad está en lo esencial concluida en y consigo misma (...) mientras que la gran ciudad se caracteriza precisamente por su esencial independencia incluso de las personalidades particulares más significativas” (pág. 107). Esto significa que en comunidades rurales como las consideradas en esta investigación, la diferenciación, la heterogeneidad, la independencia es altamente costosa y riesgosa para las mujeres. Los particularismos no son bien recibidos en la comunidad, por ello la vigilancia y el control están orientados hacia la homogenización de las sexualidades femeninas en torno al decoro, la decencia y la honradez, incluso en escenarios de modernización con nuevas pautas ya instaladas. El control y la vigilancia abarca las prácticas, vestimentas, comportamiento, respeto de horarios, entre otros elementos aquí tratados y que quedan reflejados en este testimonio de una de las jóvenes españolas entrevistadas.

“A la hora de vestir aquí es como cuidas más no ir enseñando mucho y en Madrid es distinto las mujeres van más libres (...), la población envejecida [del pueblo] y tal, yo creo que eso hace mucho”. **Hija española**

2. PyD2. Silencios en torno a la sexualidad y la figura de la madre y amigas

A nivel discursivo, las mujeres transitan en un claroscuro, en un contraste de luces y sombras en torno al concepto de sexualidad, y ello ocurre entre una generación y otra y es indiferente a los grados de apertura y flexibilidad que se han ido alcanzando. La sexualidad es susceptible de ser hablada, las mujeres reflexionan sobre ella, pero nunca es hablada directamente. El concepto mismo de sexualidad está prácticamente invisibilizado o circunvalado en los discursos de las mujeres rurales.

En efecto, tal como se observa en la Figura 7, la palabra *sexualidad* aparece en uno de los extremos (superior), con un tamaño pequeño precisamente porque recibe pocas menciones de las entrevistadas. El concepto *madre*, situado en el centro de la misma figura, concentra la mayor cantidad de referencias, pues como se verá, cada generación cuestionará a sus propias madres -por la ausencia y falta de enseñanzas en torno al cuerpo y su conocimiento, a los cuidados, entre otros aspectos. La sexualidad, en este sentido, escapa a la palabra y vuelve a la figura de la madre para ser reflexionada.

Figura 7. Nube de palabras en dimensión Sexualidad femenina y moral sexual



Nota: El tamaño de las palabras responde a la frecuencia de repetición (mayor tamaño, más repeticiones)

Fuente: Elaboración propia, con apoyo del *software* de análisis cualitativo NVivo (versión 11).

El silencio o ausencia explícita por la palabra *sexualidad* puede aludir a varias cuestiones. Callejo (2019) señala que, tradicionalmente, “desde la reflexión metodológica, los sociólogos han tendido a concebir negativamente el silencio cuando aparece en sus investigaciones” (pág. 195). El silencio respondería, desde esa reflexión sociológica, a la resistencia de grupos subordinados o minoritarios a ser estudiados, así como a la incapacidad de quienes investigan de derribar esas resistencias. No obstante, Callejo (2019) -en el marco de un estudio en torno al cambio climático- mantiene la tesis de que los silencios responden a la inexistencia de un discurso en la sociedad sobre un tema en particular.

En esta línea, se propone que la palabra sexualidad en los testimonios de mujeres rurales es casi invisible, silenciada o transformada en metáforas y pronombres demostrativos, pues hay instalada y arraigada una *cultura del silencio en torno a la sexualidad femenina*. Las represiones sobre el cuerpo de las mujeres son también represiones sobre el habla -que ni siquiera las generaciones jóvenes han podido derribar. Para soslayar esa carga histórica corporal y verbal, se recurre a todo un cúmulo de palabras que refieren a la sexualidad, pero sin tener la necesidad de nombrarla.

“Mi mamá *de eso* no hablaba nada, mi mamá *de eso* no enseñó nada (...). Uno fue al matrimonio a ciegas, a pesar de que ya tenía 28 años casi, cuando me casé. La mamá no se refería *a eso* porque parece que a ella tampoco le enseñaron, como se casó tan joven, yo no sé si la abuelita le habrá enseñado algo”. **Abuela chilena**

El silencio de los testimonios responde también a una vinculación ambigua con el propio cuerpo y la sexualidad. El cuerpo está escondido y negado en su posibilidad de placer. Hay un cuerpo visible y mostrable que está relacionado a la maternidad. El cuerpo maternal es aquel que alimenta y está, por tanto, desexualizado, aparece como permitido, público. Y está el otro cuerpo, el atravesado por el pudor y la vergüenza, especialmente relevado en los testimonios de las abuelas, donde vida sexual está ligada a la vida matrimonial.

“Yo no había visto a mi marido jamás nunca ná, ni él a mí tampoco, que se desnudaba, yo me daba muchísima vergüenza”. **Abuela española**

“El pecho sí, porque yo leche les he dado teta a mis hijos y si he estado en la plaza y he tenido que darles teta yo he sacado el pecho y les he dado teta”. **Abuela española**

Otra particularidad de las abuelas es que el silencio que marca sus trayectorias sexuales no finaliza con el matrimonio y el inicio de las experiencias sexuales. El proceso de aprendizaje es constante y tiene como un hito de relevancia el acceso a conocimiento del cuerpo desde la maternidad. Allí también se verán emerger otras redes en la adultez que darán apoyo y ayuda para los cuidados del cuerpo y una nueva experiencia de la sexualidad

“A medida que vas siendo madre, vas aprendiendo y vas conversando con otras personas. Uno es tan bruta [ignorante]. Le pregunté a una vecina si acaso dolía ponerse en tratamiento y me

dijo que sí, que dolía y que cuando a una le hacían el *Papanicolaou*, le sacaban de adentro del útero un pedazo de carne a sangre fría, no le ponían anestesia, no le ponían nada y yo la bruta creí”. **Abuela chilena**

Si el desconocimiento, pudor y desexualización del cuerpo es la tónica del discurso de las abuelas, en las madres el concepto que emerge es el de tensión o malestar por la escasa e insuficiente educación sexual que recibieron de sus propias madres y, en algunos casos, sobre los efectos que tuvo esa desinformación sobre sus propias biografías. En efecto, si bien esta generación tampoco muestra disposición a referir explícitamente a la sexualidad como concepto, sí muestra una clara orientación a reflexionar sobre aquello que sus madres no fueron capaces de decir sobre sexualidad.

“[Mi madre] nada, de eso no me contaba nada, eso yo creo que a lo mejor ha sido la educación que le han dado a ella también”. **Madre española**

“Ahora las niñas saben, los hijos saben todas esas cosas. Antes de chica, a los 15 años a ti no te hablaban de sexo, era tema tabú en la casa”. **Madre chilena**

Es importante señalar aquí que, a diferencia de la generación anterior, en las madres encontramos varias biografías marcadas por el embarazo adolescente o *antes de tiempo*, es decir, antes de contraer matrimonio. Las mujeres de esta generación señalan que esto ocurre principalmente por el desconocimiento y falta de información sobre sexualidad. Se observa también que las normas y regulaciones en torno a la sexualidad van flexibilizándose y ello da cabida a que las mujeres tengan experiencias sexuales fuera del matrimonio. No obstante, el modelo más tradicional de lo femenino sigue siendo hegemónico pues en cuanto sus familias se enteran del embarazo, deben contraer matrimonio.

“Me acuerdo que mi mamá tampoco nunca me preparó o por último si ella no quería que yo me embarazara todavía que era muy chica (...) ella no, nunca me dijo “cuídate” o “tienes que hacer esto o esto otro”, nada, yo era súper inocentona, inocentona, si yo no sabía nada, no sabía hacer el amor, no sabía nada, nada, nada, nada”. **Madre chilena**

Frente al malestar que genera el silencio de la generación anterior, las madres explicitan a sus hijas e hijos los cuidados del cuerpo cuando se inicia la vida sexual. El principal objetivo de esta generación es que sus hijas no cometan los mismos errores. No obstante, esos intentos son fallidos cada vez que se analiza el discurso de las jóvenes pues perciben que, a pesar del esfuerzo, no existió educación real en estos asuntos.

“A mis hijas, una a una, a una, las cogí y les dije esto, y esto y esto. De hecho, mi hermana se enfadó, “a ver, por qué vas a llevar a la niña al ginecólogo cuando estás incitándola a hacer las cosas”. No, la voy a llevar para que no la pase lo que me pasó a mí, que luego le pasó, claro”.

Madre española.

La experiencia biográfica y sexual de las *hijas* logra realizar un quiebre relevante con las normas y regulaciones de las generaciones anteriores. Tal como señala Lipovetsky (1999) “en pocas décadas, las mujeres han conquistado todo un conjunto de derechos que hasta entonces se les negaban (...), legalización de la anticoncepción y del aborto, liberalización de la moral sexual (...) de llevar una vida sexual fuera del matrimonio, de hacer el amor sin la obsesión de “quedarse embarazadas”, de experimentar placer sin avergonzarse por ello” (pág. 24). Ello es cierto y evidente para las hijas rurales aquí consideradas.

“Ahora mismo yo abortaría, no tengo ningún problema. Hasta que no salga la hija o el hijo no es un ser humano (...), lo tengo clarísimo, más de una vez lo he hablado con Javier [novio]. Yo sé que nadie va a influir en mi decisión”. **Hija española**

A pesar de las transformaciones en las pautas culturales en torno a la sexualidad, se evidencia que esta generación muestra una relativa indiferencia a tematizar la propia experiencia sexual o, mejor dicho, a profundizar en ella. Una de las razones puede ser porque es un espacio ganado, en el entendido de la lucha por las igualdades entre hombres y mujeres en esta materia. Pero también, como se señaló, puede ser un resabio de la dinámica sociocultural de las mujeres rurales en la que no se habla explícitamente de la sexualidad.

Se evidencia también que en el proceso de desarrollo sexual, las hijas -al igual que las generaciones anteriores- centran en sus madres la responsabilidad de entregar información sobre el cuerpo, cuidados y embarazo. En ese escenario, la figura del padre desaparece como

un actor de relevancia, aun cuando en los relatos de la niñez son figuras transcendentales en la exploración de aptitudes académicas y en el conocimiento del mundo público, por ejemplo.

“Y porque mi padre, eso, da vergüenza comentarle ciertas cosas, que, aunque él lo ve y lo percibe, que estás en ese proceso de cambio, pero a ti es una etapa muy tonta yo creo, esa de los 12, 15 años. De vergüenzas, de complejos”. **Hija española**

Emerge entonces nuevamente la figura de la madre como centro de la reflexión, y lo hace en una doble dimensión. La primera es para ser cuestionada en su capacidad de hablar abiertamente sobre sexualidad, aun cuando las hijas reconocen los intentos realizados. Si bien esta crítica a las madres es transversal en las tres generaciones, en este grupo no se observa malestar en torno a ese silencio sobre sexualidad.

“[La madre] te habla, pero no te habla, “yo te he hablado”, pero no te ha dicho nada, “yo con mis hijos hablo, hablo de sexualidad”, pues además mi madre me dijo “usa condones” y ya está, o sea, nunca me ha hablado de nada por el estilo”. **Hija española**

La segunda dimensión refiere a que las madres están asociadas a un acompañamiento práctico en el cuidado del cuerpo, especialmente vinculado en las visitas a los ginecólogos o en la compra de los anticonceptivos. En efecto, hay una participación directa y novedosa en relación con las generaciones anteriores en los cuidados de las hijas, a pesar de la escasa capacidad de tematizar la sexualidad.

“Me preguntó el ginecólogo si tenía pareja estable, le dije que “sí” y fue mi madre la que le dijo: “hemos consultado a ver si se puede poner a tomar anticonceptivos” pero fue iniciativa de mi madre, curioso”. **Hija española**

Tal como se ha evidenciado, el desconocimiento en torno a la sexualidad, el cuerpo, sus cuidados y la falta de reflexiones explícitas sobre esta dimensión, ha puesto en jaque a las diferentes generaciones de mujeres rurales. De esa tensión ha emergido la figura de la madre como la responsable primera y exclusiva de la educación sexual. Ahora bien, cuando las tres generaciones coinciden en que el silencio en torno a la sexualidad ha sido ensordecedor, durante su juventud idean estrategias para sortearlo. Allí emerge un nuevo espacio de

sociabilidad femenina y la figura de las *otras mujeres*. Amigas, primas y vecinas conversarán sobre todo aquello que no se sabe y no se dice sobre la sexualidad de las mujeres.

De acuerdo a Avalos (2009), la literatura sobre ruralidad ha tendido -equivocadamente, según el autor- a enfocar la socialización entregada por la familia rural como esencial, dejando en un lugar secundario a agentes socializadores como la escuela y amistades. Este lugar estaría dado por la pronta salida del espacio educacional y su inmediata integración laboral. Ahora bien, en el análisis de los testimonios se evidencia que otros espacios de socialización surgen con fuerza y son relevantes en cada una de las generaciones aquí consideradas.

En efecto, resultado del silencio de las madres o de los intentos fallidos por hablar sobre sexualidad, se consolidan otros espacios que cumplen la función apoyar en el proceso de conocimiento y autorreconocimiento de la sexualidad femenina, tanto a nivel corporal como simbólico. Esos espacios, además, adquieren un carácter exclusivamente femenino. Las amigas, vecinas, compañeras de colegios, primas, entran definitivamente en el proceso de conformación de lo femenino en lo rural.

“Con mis primas hablábamos de todo, pero hablábamos hipotéticamente porque no teníamos conocimiento de nada, o sea, a nosotros no nos habían explicado la vida para nada. Ni una relación sexual, ni lo que había qué hacer (...), jamás nos explicaron nuestras madres, a ninguna. Entonces por revistas, por oídas de mayores. Entonces nosotros íbamos haciendo conjeturas”. **Madre española**

“Como a esa edad, 14, 15, 17 años que empezai a tener tus temas más íntimos con tus pololos [novios], eso también los hablé con ellas [mis amigas], ellas fueron, a ellas les conté, porque todas pasábamos por lo mismo, en la misma época”. **Hija chilena**

Se observa, además, un acercamiento a mujeres o jóvenes que tienen experiencias, como una forma más concreta y real de comprender el real proceso vinculado a la sexualidad.

“No hablabas con nadie, a lo mejor con una amiga, que ha sido amiga de siempre o estaba *mozica* o ya estaba casada, a lo mejor te decía, que tal esto o lo otro y a lo mejor le contabas pues así o así”. **Abuela española**

Si bien son los espacios con el grupo de amigas los preponderantes para acceder a información sobre el cuerpo y sexualidad, especialmente en la generación de las hijas hay aprendizajes también a través de otras instancias, como el colegio y la lectura. Es decir, en las jóvenes hay una articulación de mecanismos disponibles para acceder a información.

“En el instituto (...) hubo jornadas pues eso, de educación sexual (...), son cosas que vas hablándolo con amigas y bueno, te intentas no sé, poner al día leyendo alguna revista que tienes por ahí (...). Luego descubres que en la biblioteca de tu papá hay un libro”. **Hija española**

3. PyD3. Menstruación, cuerpo y sexualidad. Miedo, embarazo, vergüenza y pérdida de la privacidad

Morán (2015), en su libro *Cómo ser mujer*, profundiza en diversos aspectos que sustentan la condición de la mujer. La adolescencia y la primera menstruación marcan una serie de rituales que definen buena parte de la experiencia y formación sexual de las mujeres. De acuerdo a la autora “después de ser amablemente ignorada, como casi todos los niños, una adolescente se vuelve de pronto fascinante para los demás, que empiezan a bombardearla con preguntas. (...) ¿Usas algún método anticonceptivo? ¿Quieres casarte?” (pág. 15).

La menstruación, tal como señalan Botello y Casado (2017) “como fenómeno fisiológico, está imbuida en nuestra sociedad de fuertes connotaciones sociales y culturales que van más allá del proceso fisiológico en sí, por lo que podemos afirmar que es un proceso biopsicosocial” (pág. 90). En efecto, la menstruación emerge discursivamente en las mujeres rurales como un momento complejo y repleto de tensiones -otra vez-. Si durante décadas nada se dijo del cuerpo y la sexualidad, la llegada de la menstruación da un giro al silencio ensordecedor sobre el cuerpo, dando paso a la conversación entre madres, tías, abuelas y cualquier otra mujer del entorno. Esta conversación, no obstante, está cargada de representaciones atemorizantes y vergonzosas en torno al cuerpo femenino.

Ahora bien, prima en las abuelas y madres un profundo desconocimiento sobre los procesos fisiológicos. La menstruación está asociada a un accidente, a una sorpresa que genera miedo en las mujeres. En el entorno aparece siempre otra mujer -casi nunca es la madre- que ayudará a entender lo que está ocurriendo. El lenguaje tampoco será explícito, se dirá que “usted ya

es una señorita, se indispuso”. La falta de confianza de esta generación con sus madres acrecienta aún más las tensiones con el proceso vivido.

“Cuando me llegó mi regla para mí fue tremendo porque mi madre nunca nos dijo nada, nosotros andábamos en el campo con mi hermana, yo andaba con pantalones blancos, habíamos ido a buscar leña, (...) y cuando llego a la casa yo me lavaba porque yo pensé que me había pegado, me había roto algo y yo me lavaba y lloraba”. **Abuela chilena**

Al desconocimiento y miedo sobre el proceso, se suman otros elementos particularmente intensos en la conformación de lo femenino. La vergüenza en torno al cuerpo y un temor profundo ante la posibilidad de quedar embarazada. Adichie (2017b) cuestiona la tradicional vinculación que se ha realizado entre sexualidad y vergüenza. Por ello, aborda la necesidad de enseñar a las mujeres a “rechazar la conexión entre vergüenza y biología femenina ¿Por qué nos educan a hablar en voz baja del período? ¿Para que nos abrume la vergüenza si la menstruación nos mancha la falda? La regla no es motivo de vergüenza” (pág. 80).

“Mi madre tenía unos paños así de telas que hacían (...), fui a la mesita de mi madre, cogí uno y me lo planté. Y claro, mi madre cuando echó en falta me preguntó “¿Mari, es que tú has cogido?” y yo “no”. Porque, por el tema porque si me regañaba, porque no sabía lo que era (...), era la ignorancia (...), no sabes la reacción de tu madre si le dices que le has cogido un paño, como no sabes lo que es, no sabes si es bueno o es malo”. **Madre española**

A lo anterior se suman mensajes atemorizantes sobre el embarazo. En efecto, para abuelas y madres el ingreso a la vida adulta y el vínculo concreto con el cuerpo estará mediada por una relación inseparable entre un cuerpo menstruante y un cuerpo que se embaraza. En el caso de las hijas se evidencia un cambio profundo en esta materia en relación a las generaciones anterior. Tal como señalan Botello y Casado (2017) “en los testimonios se aprecia la existencia de tabú en diferentes grados según la edad de la mujer, es decir, a más edad más tabú” (pág. 95). Son las mismas jóvenes de esta investigación -reflexivas sobre esos cambios- quienes miran en el *espejo* para *identificar* los tabúes y los cambios en torno al cuerpo entre una y otra generación. Evidencian, además, que la menstruación ahora es hablada con

naturalidad con sus madres. Es un proceso que abruptamente deja de estar vinculado al miedo y al embarazo. Las hijas evidencian el apoyo materno en estas materias.

“Lo de la regla, por ejemplo, ella [mi madre] sí que no pudo hablar con su madre ni nada de eso porque antes era como una cosa tabú y de contarme historias de cuando le bajaba la regla y tal y se tenía que limpiar con hojas, o sea, y que una vez le bajó la regla delante del hermano y era algo impensable en esa época”. **Hija española**

Hay, no obstante, en el mismo proceso de apertura una sensación de vergüenza en las hijas pues el mismo hecho es conversado a nivel familiar. Hay, junto a la apertura discursiva en torno al cuerpo, una pérdida en la intimidad o privacidad de proceso experimentado.

“Mi madre se lo contó a todo el mundo, que era una noticia buenísima para celebrar (...), a los dos días mi padre se sienta conmigo, me empieza a dar la enhorabuena (...) veo que mis tías todas meten la mano al bolso y sacando compresas, las sacan así y yo digo las mato (...), dice mi madre ‘es normal, es que ya eres mujer’”. **Hija española**

8.1.2. Representaciones sociales sobre sexualidad

1. RS1. Imaginarios rurales sobre los hombres y autocontrol femenino

En el apartado anterior se analizaron las estrategias que la familia rural y la comunidad establecen para asegurar el control y vigilancia de la sexualidad de las mujeres que allí habitan. Eran acciones y discursos que limitaban la movilidad, horarios y relaciones afectivas de las jóvenes. Ahora bien, es posible identificar también una serie de representaciones sociales o imaginarios en torno a la sexualidad (heterosexual y homosexual) y a las relaciones entre hombres y mujeres que se plasman y perpetúan entre las generaciones para condicionar la sexualidad y moral femenina.

En efecto, tal como se señaló en el Capítulo 4, hay una clara tendencia en la modernidad a promover e incorporar imágenes femeninas puras, desexualizadas e inofensivas (Nitschack, 2008). La mujer de la modernidad -hasta la emergencia de la *nueva mujer*- es asexuada, pura y enfocada en el matrimonio y la maternidad. En *El contrato sexual*, Pateman (1995) afirma que ese modelo está arraigado en el contrato social *entre hermanos*, que define el lugar social

que se debe ocupar la mujer -lo privado- y la moral que debe regir su comportamiento. Emerge un *ángel del hogar*, una *mujer doméstica* asexuada e inocente, pasiva y recatada. Una mujer respetable que no tiene apetencias sexuales (Bosch et al., 1999).

A la par de ese imaginario de la sexualidad femenina, y como una forma de regular también esa experiencia, a las mujeres le son transmitidas imágenes negativas y amenazantes de los hombres (Valdés & Valdés, 2005). Si el hombre es temido, será rechazado. No obstante, en el análisis de los discursos se identifica que, junto a esa imagen negativa de la sexualidad masculina coexiste otra positiva. Y que, junto a la representación de una mujer asexuada, emerge la idea de una mujer que, ante todo, debe ser capaz de controlar sus impulsos, autorregular su eros. Cada vez que lo haga, el futuro será prometedor: no será abandonada ni *desechada* y podrá ser una *mujer doméstica*. En efecto, aun con la mantención de metáforas, se evidencia que la mujer no es un ser asexuado, sino que debe velar por su sexualidad.

“Las monjas nos han inculcado que la señorita es una rosa (...) viene un fulano [hombre cualquiera] la sobajea [toca constantemente] (...) son como cinco que la sobajean, ¿qué va pasar? (...) la rosa quedaba marchitada”. **Abuela chilena**

Pues bien, en relación a la figura de los hombres se evidencia que para todas las generaciones -a pesar de las trasformaciones socioculturales en las zonas rurales- la imagen de los hombres está asociada primordialmente a la desconfianza y a la incapacidad de controlar impulsos sexuales. Los hombres no son de fiar. Buscan la satisfacción de impulsos naturales, son como niños, y ello los hace menos responsable de sus actos (Fuller, 1995). En la generación de las abuelas, el mensaje amenazante está cargado de metáforas y realidad, pues los hombres se vinculan a la *depredación* de las jóvenes o al abandono.

“Por las noches no nos dejaban salir a los bailes ni nada, nunca, porque nos iban a comer los hombres”. **Abuela española**

En el caso de las madres e hijas, la imagen negativa de los hombres sigue predominando. Su comportamiento sexual está analizado en función de su real incapacidad de establecer relaciones monógamas e igualitarias con las mujeres. Las *relaciones puras*, es decir, de igualdad sexual y emocional que supone Giddens (2008), no parecen concretarse en los

relatos de las mujeres rurales cada vez que las distintas generaciones continúan viendo un hombre atado a su pasado y a su escasa capacidad de controlar sus impulsos. Ahora bien, frente al *hombre niño*, hay una mujer que se adecúa a las normas establecidas y contiene sus deseos sexuales (Chaney, 1983). La relación pura e igualitaria entre los géneros adquiere forma de promesa no cumplida.

“[Mi marido] se metió alguien por ahí entremedito y quedó la escoba [problema]. Bueno no fue tanto por él, porque pienso que todos los hombres cometen errores (...), yo no podía estar con él, no por los niños, sino porque se había perdido la confianza”. **Madre chilena**

“[Mi novio] 10 días se desaparece (...), lo primero que piensas lo han secuestrado (...), de repente mis amigas, “a ver, es que son así ellos, son hombres”, (...) una de mis mejores amigas es médico, entonces según ella estamos prácticamente programados, él para poner su espermatozoides en todos los sitios y nosotras para buscar un hombre que nos mantenga”. **Hija española**

Del análisis se evidencia que la imagen amenazante de los hombres viene dada de la familia, amistades y comunidad en general, es decir, de todos los espacios que son significativos en las biografías de las mujeres. A ello se suma la propia experiencia, pues hay un pasado de desconfianza compartida, de niñas que vieron a sus padres marcharse con otras mujeres y abandonar a sus madres y que luego lo vivirían ellas siendo adultas.

“A mi familia igual le ha tocado estar separada y no, los hombres te la pintan bonita, pero después viene lo peor”. **Hija chilena**

Ahora bien, como ya se señalaba, aquí surge otro elemento relevante, y es que no solo las mujeres son categorizadas entre las posibilidades que ofrece lo puro y lo sexualizado, entre la posibilidad de ser Afroditas y Heras. Los hombres también son sujetos de segmentación social de acuerdo a los cánones dominantes del modelo de la *mujer doméstica*. En efecto, y si bien es cierto que hay un mundo exterior repleto de hombres amenazantes que buscan *tomar* esa sexualidad femenina, también están los *otros hombres*, esos con los cuales una *buena mujer* contrae matrimonio. La existencia de esos dos tipos o posibilidades de lo masculino activa en las mujeres otras cualidades. Además de su capacidad de regular sus propios impulsos, la mujer rural debe ser capaz de identificar a ese hombre que completa el

modelo: es decir un hombre con el que se establece un matrimonio, con el cual se podrán tener hijos y que responderá a su rol de sustentador y proveedor de la familia.

“Mi madre me decía: ‘ten cuidado que los hombres no quieren más que una cosa, y cuando consiguen lo que quieren, llevarte al huerto (...) se acabó, se van con otra, así que ten cuidadito y ve qué haces, un chico que sea bueno, un chico que sea formal’”. **Madre española**

2. RS2. Imaginarios sobre la mujer rural

Tal como se presentó en el apartado sobre prácticas y discursos, la sexualidad de las mujeres rurales, especialmente durante su juventud, está enmarcada en la vigilancia y control de la familia y la comunidad -aun cuando esos mecanismos se flexibilizan y ajustan a las nuevas pautas socioculturales de las zonas rurales-. Ahora bien, en la generación de abuelas y madres, ese control apuesta por conservar un ideal de *mujer joven-virgen* hasta el día en que se contrae matrimonio. Para ambos grupos de mujeres, la virginidad es un componente altamente valorado en el proceso de conformación de la sexualidad femenina. Implica el respeto de las normas de la época y la capacidad de *esperar* hasta el día del matrimonio. Conlleva, por tanto, esfuerzo y sacrificio. En efecto, como señalan Chacón y Gamboa (2018), “el tabú de la virginidad sigue operando como un imperativo social para determinar el valor de las mujeres a través del control de su sexualidad y sus cuerpos, particularmente en las comunidades rurales” (pág. 57).

“Me acosté con mi marido la noche que me casé, ni me lo pidió de acostarme con él y si me lo pide quizás que no lo hubiera hecho tampoco, porque entonces no se estilaba eso, porque entonces la honra de una persona se miraba mucho”. **Abuela española**

“Nosotros no tuvimos relaciones hasta que nos casamos. Fue mi primera vez y eso es rico, es bonito. Eso nos inculcó mi mamá, ser virgen hasta que nos casáramos y así fuimos, yo pienso, la mayoría de las hermanas mujeres. Hasta que nos casamos fuimos vírgenes”. **Madre chilena**

En el caso de las *hijas* chilenas -y no en el de sus pares españolas - si bien la virginidad no es un elemento relevante en sí mismo, la figura simbólica de *único hombre* se constituye en un elemento de importancia y satisfacción identitaria. La virginidad y el número de parejas sexuales que se han tenido no son parte del discurso de las españolas jóvenes.

“Fue mi primer pololo [novio] y el único con el que me acosté, yo no había tenido otro hombre, porque aunque parezca tonto y como increíble yo no he estado con otro hombre”. **Hija chilena**

Ahora bien, es necesario hacer una distinción relevante sobre la heteronormatividad de los desafíos sexuales para las mujeres y la propia conceptualización de virginidad como una *meta femenina*. Del total de mujeres cuyas biografías forman parte de esta investigación, solo una -de la generación de las hijas- señala ser lesbiana. Su discurso tiene referencias concretas a los conflictos escolares, familiares y psicológicos que ello implicó. A nivel familiar, específicamente, se evidencia la invisibilización de su condición.

“Yo igual estaba tranquila porque sabía que mi mamá sospechaba de antes [de ser lesbiana], pero según mi papá son cosas de cabra chica [niña] (...), mi mamá no toca el tema, ninguno de los dos, mi hermano [tampoco]”. **Hija chilena**

La vinculación de su relato con el de su madre evidencia la distancia explícita entre las dos generaciones. El imaginario de la sexualidad femenina es siempre vinculado a las normas heterosexuales, no dando cabida a otras opciones. En efecto, tal como señala Castro (2012), es en las familias rurales donde es posible evidenciar con mayor facilidad el desfase entre los cambios socioculturales y las transformaciones de las propias familias.

“Me gustaría que mis hijas fueran vírgenes hasta que se casaran, si es que se llega a casar alguna de las dos, pero si ellas optan por tener relaciones, yo lo voy a respetar, soy mamá abierta, pero igual duele”. **Madre chilena**

En los imaginarios de la sexualidad de las mujeres rurales, destaca también un elemento relacionado con el placer sexual. En los discursos se ha evidenciado que, si bien las familias y la comunidad tienden a dar un mensaje amenazante de los hombres y el cuidado del cuerpo y la virginidad hasta el matrimonio, no aparecen discursos negativos sobre el placer femenino, su vinculación a una mala práctica o con lo impuro. Asimismo, evidenciamos en las tres generaciones de mujeres, especialmente en las españolas, una desvinculación intergeneracional con la idea de placer. En las abuelas aparece como negado, en las madres

como reflexionado y al margen de las biografías. Y en las hijas, con la libertad y flexibilidad de las pautas culturales, aparece rechazado, innecesario.

De acuerdo a Amuchástegui (2001), que estudia a las mujeres rurales en México, éstas tienden a no tematizar su propio deseo sexual ni las sensaciones que les resultan placenteras. El silencio, de acuerdo a la autora, responde a la hegemonía de los atributos de la pureza y la discreción propios de la imagen católica de lo femenino. Sobre el acto sexual mismo, continúa, “aparece aquí como una molestia que se tiene que soportar para llegar a la maternidad, que es la meta final de este tipo de identidad de género femenino” (pág. 337).

“[En la noche de bodas él] me decía “pero desnúdame”, digo “que yo no me desnudo”, (...), dice “pero muchacha, cómo te vas a acostar”, digo “es que yo no me voy a acostar”. Del apuro que tenía y luego pues ya tuve que hacer como todo el mundo, desnudarme y acostarme con mi marido y hacer lo que tuve que hacer”. **Abuela española**

“Tampoco fue, a ver, placentero las relaciones [sexuales] que tuve, pues qué quieres que te diga, placentero porque tengo a mis hijas, pero vamos que tampoco. Luego ya empezó la historia de esto y no he tenido ninguna relación, con nadie más”. **Madre española**

“Soy una persona que yo no necesito un abrazo, soy una persona muy reservada para esas cosas, ni un beso. O sea, no lo necesito, es más creo que el sexo no es lo principal, porque hay veces que, incluso muchas veces que no me apetece (...), no es lo principal”. **Hija española**

Para finalizar, es importante hacer una mención a los discursos de las hijas españolas pues allí no aparecen referencias de ningún tipo ni a la virginidad, decencia o pureza femenina. Esos silencios representan un cambio abrupto respecto a las dos generaciones anteriores. Y, especialmente respecto a las hijas chilenas para las cuales, como se evidenció, estos son conceptos que aún tienen un peso significativo en sus trayectorias sexuales, en tanto son resignificados en la figura del *único hombre*. En efecto, es quizás en este punto donde se produce por primera vez un quiebre tan evidente entre las mujeres de la misma generación de los dos países aquí considerados.

Los supuestos tras este silencio pueden remitir a que, en el caso de las españolas, el proceso de apertura social en torno a la sexualidad es mayor y que la generación anterior, es decir, de

las madres españolas, apoyan explícitamente nuevas formas de experimentar la intimidad, en el sentido planteado por Giddens (2008).

“[Mi hija] está también abierta a otras cosas (...), está en la universidad, conoce a más gente, yo le digo siempre que me parece muy bien, que la decisión al final es suya, si cree que va a encontrar su camino con ese chico [novio], pero que no se cierre tampoco, que intente conocer a más gente (...), con la experiencia que tengo, no sé, tengo la sensación que me han quedado muchas cosas por vivir de verdad”. **Madre española**

En el caso de las chilenas, la situación difiere a la de las españolas. En efecto, los testimonios evidencian incluso sanciones cuando las jóvenes inician una relación afectiva. La relación de madres e hijas rurales chilenas mantiene un sesgo que podemos denominar más tradicional, lo que explicaría que exista una tal alta valoración a hablar del *único hombre*, de la mantención de la virginidad o el estar enamorada cada vez que se tuvo una pareja.

“Yo a los 33 me embaracé, pero no es que fuera tan, tan liberal (...) [mi madre y hermano] piensan lo mismo, en realidad, son muy conservadores y yo también lo soy, (...), mis papás eran mayores y mi mamá era muy conservadora, donde no sé po, a su edad la virginidad era un cuento pa ella, tremendo, entonces yo tampoco podía luchar contra eso”. **Hija chilena**

3. RS3. Embarazos *antes de tiempo* y redefinición de los imaginarios.

La vigilancia y control de la familia y la comunidad rural, así como el llamado a las jóvenes rurales a mantener su virginidad y vincular su sexualidad con el matrimonio, no parecen suficientes para concretar el ideal femenino cuando se analizan las biografías de las mujeres rurales y emergen embarazos *antes de tiempo*, es decir, fuera del matrimonio. Si bien es cierto que en la generación de las abuelas ello no ocurre, en el caso de las madres españolas y de las madres e hijas chilenas sí aparecen dichos embarazos. Para aquellas mujeres cuyas hijas se embarazan en la adolescencia, esta situación implica cuestionar la propia crianza y el efectivo ejercicio de los controles, así como los espacios de confianza que creían haber construido con sus hijas.

“[Mi hija] quedó embarazada [y] no nos contó (...), hasta que yo me di cuenta (...). Tenía un temor tremendo de meter la pata [equivocarme] (...), ofenderla, porque para mí ellas eran vírgenes (...). Me dio pena descubrir que mi hija no me tenía confianza”. **Abuela chilena**

El embarazo de las jóvenes implica un quiebre en relación a la autoridad de la madre y el padre. A medida que avanzan los procesos de modernización, la estructura sociocultural y la normatividad de las comunidades y familias rurales, se van haciendo más porosas. Asimismo, los procesos de individualización se hacen más intensos y las jóvenes participan de la modificación de las normas sociales en relación a la sexualidad femenina. En el imaginario de los padres, esta transformación es altamente compleja pues las pautas culturales están modificándose abruptamente. Este vertiginoso proceso de transformación al interior de la familia rural incluye también a las jóvenes embarazadas pues toda vez que se debe comunicar lo que ha ocurrido, sienten miedo de enfrentar a sus padres, especialmente por las decisiones que otros tomarán sobre su destino. Los dos testimonios presentados a continuación son de una madre y su hija cuando se comunica a la familia el embarazo de la joven. Las tensiones, quiebres y valores predominantes del periodo, quedan manifiestos evidenciando un interesante proceso de redefinición de las pautas socioculturales.

“Cuando llega mi marido y dice “toma, pues qué pasa que estáis todos llorando”, yo no se lo podía decir, me ahogaba de la congoja que tenía, pues es que mi marido valía un imperio y la educación que tenía, el talento que tenía, el respeto que tenía es pa que mi hija no hubiera hecho eso (...). Yo veía a mi marido todavía más vergonzoso”. **Abuela española**

“Hay que coger el toro por los cuernos y tirar pa delante porque ya está hecho, ya no hay más. Bajé pa abajo, y dijo mi padre, dice “¿a ti te parece bonito lo que has hecho [embarazarte]?” y digo “pues no”, dice ‘no verás, vale, no te preocupes que yo ni te voy a echar a la calle ni te voy a dar una paliza, ni nada, porque no’”. **Madre española**

En este enfrentamiento entre las dos generaciones y dos formas diferentes de abordar la sexualidad femenina, las jóvenes son capaces de percibir lo que sus embarazos significan para sus padres y familia: desilusión, decepción. Cuando el ideal de pureza, virginidad y sexualidad se rompe, la estructura de la familia rural se desestabiliza. Se ponen en jaque las

expectativas que los padres tienen sobre el devenir de las jóvenes. Se desestabilizan también los imaginarios de las jóvenes sobre su futuro, especialmente sobre sus posibilidades de finalizar o acceder a más estudios. De acuerdo a Yon (2013), uno de los principales problemas sociales que se evidencian en las trayectorias juveniles rurales es que las mujeres rurales se embarazan a más temprana edad que sus pares urbanas, limitando un adecuado acceso al mercado laboral o a la finalización de sus estudios.

“[Mi hija] tuvo una guagua [bebé] y no quería seguir estudiando, (...) a mí me avisaron cuando tenía 5 meses de embarazo. (...) Lo pasé mal igual cuando supe porque yo decía, le cagó la vida [echó a perder], le cagó la vida a mi cabra [niña] porque el cabro [joven] igual es mayor, él tiene 22 años y la Valentina tenía 17 años y no quería seguir estudiando”. **Madre chilena**

8.1.3. A modo de cierre. Ruralidad y configuración de la sexualidad femenina

El análisis de la sexualidad femenina y la moral sexual en pueblos rurales articula las biografías de tres generaciones de mujeres con la estructura de la vida social rural o con las composiciones del orden social. Desde una mirada amplia, se detecta una estructura social porosa, dinámica y compleja cada vez que se analiza la sexualidad de las mujeres en esas comunidades rurales.

Porosa a las transformaciones y cambios abruptos que la modernización acarrea con la redefinición de las normas y regulaciones en materia de sexualidad femenina. Generaciones y generaciones siguieron similares patrones y códigos de regulación de la conducta sexual y aplicaron idénticas sanciones para aquellas mujeres que se alejaban del ideal sexual femenino (rechazadas, marginadas, cuestionadas). De pronto, en solo unas décadas, emergen novedosas pautas y normas sociales, nuevas sexualidades femeninas heterosexuales y homosexuales y el ejercicio de una sexualidad y afectividad pública -ya no solo ligada al espacio doméstico o la privacidad del hogar rural-.

Dinámica, porque las comunidades rurales, sus habitantes, la familia y las mujeres de diferentes generaciones han estado permeadas a nuevos códigos y pautas en materia de sexualidad. Y, además, porque se mantienen -como quedó en evidencia en este apartado-, una serie de elementos asociados a modelos tradicionales de lo femenino, encarnados en los mismos habitantes de la ruralidad. Esto implica que conviven en un mismo territorio, en un

mismo espacio dado por la familia rural y en los imaginarios sociales, los efectos transformadores de la modernización sociocultural con aspectos de la ruralidad tradicional.

En efecto, en la misma comunidad rural conviven, al menos, tres generaciones de mujeres que en sus propias biografías han experimentado toda una serie de normas. Por una parte, la rigidez de la regulación y alto control y vigilancia de las prácticas sexuales femeninas. Por otra, una gradual y relativa pérdida de rigidez de las normas que se ha manifestado de forma más clara en la existencia de embarazos fuera del matrimonio. La normatividad aún preponderante, no obstante, deriva en pronto matrimonios que protegen la honra de la joven y su familia. Y, por último, un intenso proceso de individualización que permite que las trayectorias biográficas no se apeguen a las normas dictadas por la tradición y las costumbres. Ese dinamismo intergeneracional y la interacción cotidiana y permanente de diversas pautas sexuales conforman convenciones particulares de lo femenino.

La estructura es, además, compleja pues en ella -dada la porosidad y el dinamismo que va mostrando en su interacción sinérgica con las biografías -se imbrican antiguas recetas con nuevas formas de intimidad (Beck & Beck Gernsheim, 2001; Giddens, 2008). Ello, se desprende del análisis, provoca malestar y tensión entre las diferentes generaciones. En la metáfora del *espejo* aquí utilizada, cada generación mira su trayectoria, la evalúa, siente malestar de las normas y controles que les tocó vivir, del silencio de sus padres, de la pérdida de juventud; y mira también a generaciones más jóvenes para explicitar el descontento de sexualidades y afectividades públicas y regidas por códigos que parecen no comprender.

Ese malestar se enfoca, principalmente, en la sobrexposición pública de las nuevas formas de intimidad de las generaciones más jóvenes. El ojo vigilante y omnipresente de la comunidad está siempre activo. La privacidad, las formas de experimentar la sexualidad, están en constante escrutinio público. Las jóvenes, por su parte, sienten ese malestar en las miradas en los pueblos. No sienten la misma libertad que han sentido en su paso por las ciudades. Pero reconocen que el cambio en las trayectorias sexuales, en relación a las generaciones anteriores, ha sido profundo.

Todas estas complejidades en la construcción de la sexualidad femenina están profundizadas por un escenario donde ni la familia ni la comunidad rural han perdido toda la fuerza que les caracterizó por un largo tiempo. La integración social propia de la ruralidad tradicional

permea y abarca a la *nueva ruralidad*. Allí permanecen estrechos lazos familiares y vecinales, así como interacciones cotidianas y cara a cara. La cohesión familiar y comunitaria actúan a la perfección para controlar y vigilar la sexualidad femenina y hacer prevalecer algunos patrones tradicionales en la forma de abordar la sexualidad de las mujeres -no solo en etapas de juventud, sino en todo momento de la trayectoria sexual-, a pesar de las transformaciones socioculturales que resultan de la modernización rural.

El peso de la familia y la comunidad es tal que invisibiliza u opaca al Estado y la Iglesia. Bourdieu (2000) señala que la *dominación masculina* era “producto de un trabajo continuado (histórico, por tanto) de reproducción al que contribuyen unos agentes singulares (...) y unas instituciones: Familia, Iglesia, Escuela, Estado” (pág. 50). Asimismo, los medios de comunicación de masa que -como se menciona en los siguientes apartados, toman una mayor relevancia en los discursos- aparecen también invisibilizados aquí. En efecto, del análisis de los discursos de las mujeres rurales de tres generaciones, de los silencios y de lo dicho, de las metáforas y la realidad hablada, solo emerge la familia -padres y madres, hermanos y hermanas- como agentes de control y supervisión de la sexualidad. Círculos íntimos de mujeres como amigas o primas, surgen también como actores de relevancia en la configuración de la sexualidad, una fuente de conocimiento construido de forma colectiva.

8.2. Anatomía del matrimonio, el amor y las relaciones afectivas

El análisis del matrimonio -como elemento de la configuración de lo femenino- centra la atención, en primer lugar, en las transformaciones que ha experimentado el sistema de creencias sobre el cual se ha erigido y la organización de las relaciones entre sus integrantes, en el marco de las sociedades industriales modernas. Ello ha significado cambios no solo en las características y funciones del matrimonio, sino también en la redefinición de las relaciones afectivas. Esto, por cierto, ha influido en una nueva lectura de la condición de las mujeres, estableciendo en distintos momentos nuevas formas de aprehender e incorporar el matrimonio al proyecto vital.

La integración del concepto de amor en las relaciones maritales, por ejemplo, ha sido uno de los más interesantes cambios considerando que, hasta el siglo XVIII, primó el matrimonio por conveniencia (Luhmann, 2008). El amor como pasión, por su parte, y como contracara

de ese otro de tipo racional, estaba naturalmente desvinculado de la unión eterna. Era un amor fugaz, sin ataduras y, por tanto, descarrilado y asociado al caos. Será solo a partir del siglo XVIII cuando el amor -y la pasión- se integren a la relación marital y propendan a la constitución de relaciones afectivas duraderas y con un fuerte componente emocional.

Asimismo, la idea de un matrimonio basado en el amor se masifica a todas las capas sociales. En efecto, señala Giddens (2008), “las nociones de amor romántico, que tenían su arraigo principalmente en grupos burgueses, se difundieron por todo el orden social” (pág. 34). Ello generó que las uniones prescindieran de otros lazos de parentesco y las relaciones se resignificaran en un ámbito de intimidad emocional. A partir de ahora “esposos y esposas comenzaron a ser vistos como colaboradores en una empresa emocional conjunta” (pág. 34). Todos estos cambios derivarán, señalan Beck & Beck Gernsheim (2001), en la alteración de roles tradicionalmente asociados a mujeres y hombres y a las expectativas que la pareja tiene de la relación en cuanto proyecto conjunto.

En segundo lugar, y en el marco de nuevos códigos en el modelo de unión, los conceptos de amor, romanticismo y matrimonio quedan vinculados a las mujeres a tal punto que son elementos constitutivos de su condición. Tal como señala Lipovetsky (1999), en los hombres “no son socializados en lo romántico y (...) a lo largo del hilo del pasado histórico, el amor permanece como una pieza constitutiva de la identidad femenina” (pág. 27). De allí deriva el primer modelo de mujer de la modernidad, la *mujer doméstica*, -tal como se revisó en el Capítulo 4- para la cual el matrimonio se configura como una experiencia nuclear de su trayectoria. Tal como señala Meruane (2018), “en plena revolución, [a] la mujer francesa (...) se le consideraba una prolongación del hombre cuando entraba en contrato matrimonial con él” (pág. 44). Ello se extenderá con tal vitalidad que, afirma Moran (2015), “la mujer empieza a planear su boda a los cinco años, ¡por el amor de Dios!” (pág. 210). Y se constituirá, además, en el puntapié inicial de la tríada de la *mujer doméstica*, en conjunto con la maternidad y el anclaje en lo privado.

Los cambios en las pautas socioculturales devendrán -como se señaló también en los primeros capítulos- en la emergencia del modelo de la *nueva mujer*. En ella el matrimonio dejará de ser un elemento constitutivo de la identidad, se antepondrán los proyectos personales y se privilegiarán relaciones en igualdad de condiciones con sus parejas (Beck &

Beck Gernsheim, 2001). Todo ello ocurre, de acuerdo a Giddens (2008), debido a “un gran cúmulo de diversos factores [que] han erradicado elementos tradicionales de la vida social que habían resistido mucho tiempo o se habían adaptado a la modernidad” (pág. 37). No obstante, y tal como se verán en el análisis presentado a continuación, los elementos constitutivos de la *nueva mujer*, en relación a la dimensión matrimonio y relaciones afectivas, dista de la erradicación de los elementos tradicionales. Por el contrario, están imbricados, anclados en la ruralidad y en su particular sistema de integración social. Se evidencian contradicciones, cambios y permanencias en las formas afectivas, en los deseos y anhelos en torno al matrimonio y a los modelos deseados de mujer. Es, en efecto, tal como señalan Beck & Beck Gernsheim (2001), “detrás de la fachada del ideal de la pareja de iguales, imagen cuidada por los dos lados, se amontonan las *contradicciones*” (pág. 43).

En este escenario de cambios, transformaciones y también contradicciones en el matrimonio, el amor y los modelos de mujer, se abordan los vínculos afectivos en las trayectorias biográficas de mujeres rurales. Ello requiere, como ejercicio analítico y reflexivo, indagar en la anatomía de esa institución. De allí emergen las particularidades de lo femenino en lo rural y se identifica que, efectivamente, el matrimonio es una de las tantas formas de materializar una relación afectiva. Asimismo, y aun cuando el matrimonio no es la única opción en las trayectorias femeninas -coexistiendo con la soltería, el emparejamiento fugaz o la convivencia- se muestra como la opción privilegiada en las tres generaciones de mujeres.

En el caso de las mujeres de la generación de las hijas, es interesante destacar que, antes que un rechazo al matrimonio como tal, las jóvenes rurales se desvinculan de un matrimonio religioso, especialmente católico, y del acto contractual como tal. Allí se concentra, particularmente, el malestar de esta generación. En este grupo las mujeres se han casado, anhelan el matrimonio -mientras experimentan formas de vinculación alternativas como la convivencia- o lo postergan hasta concretar proyectos profesionales, laborales y personales. Lo que varía no es necesariamente la opción de matrimonio, sino las formas que esas uniones adquieren. Se buscan relaciones basadas en la confianza y el compañerismo.

A modo general, se evidencia también que hay rasgos y representaciones en torno a la mujer -esposa o pareja- y en torno al esposo o compañero. Habrá una mujer abnegada, atenta y flexible a las necesidades de su esposo -que siempre estarán por sobre las propias-. Ella irá

dando paso, gradualmente y no exenta de contradicciones, a una mujer que efectivamente se orienta hacia la búsqueda de una relación democrática, en el sentido de aspirar a rasgos similares entre las mujeres y hombres, sin distinguir el género. Asimismo, se identifican rasgos o atributos sobre el hombre con el cual se mantiene una relación afectiva. En el caso de las abuelas, hay una valoración de la figura del esposo como padre y proveedor; en esta generación el énfasis estará colocado en la responsabilidad. Las madres buscarán en sus maridos compañeros con los cuales, luego de la crianza de los hijos, se compartan intereses; y las hijas se relacionarán con sus parejas buscando una relación entre iguales.

Otro elemento es la presencia del amor como concepto de la relación marital y su contracara en la violencia de género. Ello pone en jaque la figura de lo que las mujeres llaman una y otra vez, el *príncipe azul*. La violencia de género ejercida por sus parejas, por el padre de sus hijos, obligará a cuestionar los principios sobre los cuales sus familias y la comunidad rural decían estaba sustentado el matrimonio. Esto se hace evidente en las trayectorias de abuelas y madres, mas no de las hijas. Para estas últimas, la violencia física y el maltrato dejan de ser un asunto conversado; no emerge en los discursos, pues es probable que los modelos de masculinidad se hayan transformado en este ámbito. O bien, porque las mujeres rurales - ahora con estudios y capacidad de sustentarse económicamente- no dependen de la pareja.

Como resultado de la violencia recibida, se detecta una muerte simbólica de lo que aquí llamamos la *mujer-esposa* y la emergencia de la *mujer-madre* que privilegia la adecuada existencia de sus hijos, abandonando el espacio donde es maltratada. Sin lugar a dudas, son la introducción de los nuevos códigos en una relación marital, las nuevas pautas socioculturales y los procesos de autorreflexión resultantes de la individualización y modernización, los que alteran la posición de la mujer dentro de la relación matrimonial o afectiva. Este proceso de reflexión hará emerger el discurso, no habrá silencios en torno a estos temas. Por el contrario, las mujeres muestran alta capacidad de profundizar en los maltratos pues representan la capacidad de acabar con un matrimonio “*a pesar de todo*”.

Por último, se observa la emergencia de dos elementos particularmente interesantes para el análisis del matrimonio y la configuración de lo femenino en lo rural. Por una parte, la comunidad rural y las redes familiares y vecinales son un marco que, para esta dimensión, generan espacio de confianza en la elección de la pareja. Las familias se conocen, la

comunidad rural se activa para concretar esos lazos maritales. Y, por otra, se observa la existencia de unos códigos de moral alternativos, de *tipo b*, propio de las clases populares (Salazar & Pinto, 2002), que se traducen en variadas formas de relación afectiva.

En relación al análisis concreto de las entrevistas, la presentación se organiza de acuerdo a las prácticas y discursos sobre el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas, y sobre las representaciones sociales en torno al tema. Cada ámbito de análisis está compuesto de un conjunto de categorías, tal como se detalla en la Tabla 52.

Tabla 52. Análisis del matrimonio, el amor y las relaciones afectivas en mujeres rurales

Ámbitos de análisis	Categorías de análisis
Prácticas y discursos (PyD) sobre matrimonio, amor y relaciones afectivas	1. Orientación al matrimonio y trayectorias biográficas (PyD1)
	2. Integración social comunitaria, intensidad en los lazos y confianza (PyD2)
	3. Cortejo, noviazgo y amor. Autonomía e injerencia de la familia rural (PyD3)
	4. Muerte del <i>príncipe azul</i> , violencia y nacimiento de la <i>mujer-madre</i> (PyD4)
	5. Código moral de tipo b en las relaciones afectivas
Representaciones sociales (RS) sobre el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas	1. Representaciones sobre la mujer rural y las relaciones afectivas (RS1)
	2. Representaciones sociales en torno al hombre: padre, esposo y pareja (RS2)

Fuente: Elaboración propia.

8.2.1. Prácticas y discursos sobre matrimonio, amor y relaciones afectivas

1. PyD1. Orientación al matrimonio y trayectorias biográficas

El análisis del matrimonio, el amor y las relaciones afectivas en tres generaciones de mujeres rurales evidencia una diversidad de realidades y experiencias afectivas, mostrando una mayor homogeneidad al interior de cada grupo y una mayor heterogeneidad entre ellos. En términos generales, y a modo de caracterización de las mujeres entrevistadas, es interesante señalar que todas las de la generación de las abuelas y madres estuvieron casadas en algún momento de su trayectoria, lo que hace del matrimonio un hito relevante en las biografías femeninas. En el caso de las hijas y, a pesar de las transformaciones socioculturales y la emergencia de

nuevos modelos de lo femenino, el matrimonio sigue siendo una opción válida y por la que se apuesta en el marco de una relación estable.

En la generación de las abuelas se observa una especial preponderancia del matrimonio como vínculo afectivo. Todas las mujeres contrajeron matrimonio con el novio de su juventud, algunos de ellos del pueblo o bien, cuyas familias vivían en el pueblo. Solo una se divorció luego de años de sufrir de violencia de género y solo cuando sus hijos se convierten en adultos. Las que son viudas no reiniciaron ningún tipo de relación afectiva. Para esta generación el matrimonio constituye la forma hegemónica de vinculación afectiva.

En el caso de las madres, y al igual que la generación anterior, todas contrajeron matrimonio con el novio de la juventud del pueblo rural. No obstante, si bien el matrimonio es parte constitutiva de la trayectoria biográfica, las separaciones y divorcios son también una opción generalizada. Algunas siguen casadas, otras se divorcian o separan y reinician nuevas relaciones afectivas, eligiendo diferentes formas de convivencia. Otras optan por la soltería.

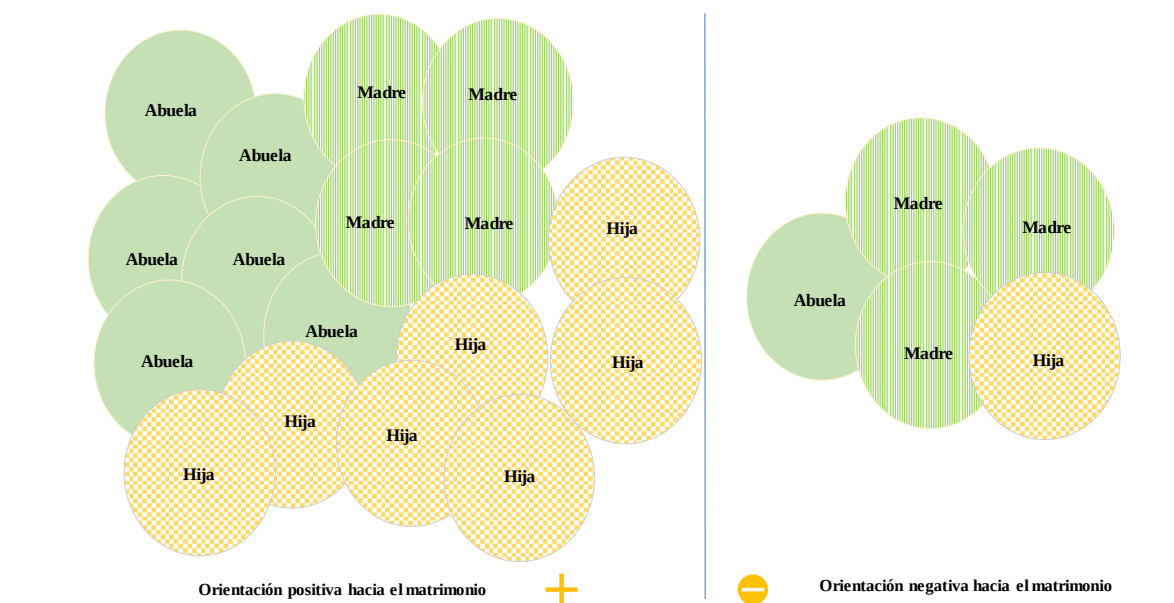
En las hijas, al igual que en las dos generaciones anteriores, las parejas son del mismo pueblo que las mujeres o bien, se conocen allí pues los jóvenes visitan a sus familias en dichos pueblos. Cabe señalar que solo en el grupo de las hijas españolas no encontramos a ninguna que esté o haya estado casado. Todas ellas, no obstante, tienen parejas estables. En el caso de las hijas chilenas, la diversidad de casos es más amplia aún, pues las hay casadas, otras conviven con sus novios, hay madres solteras y otras sin pareja.

Estos elementos representan un primer acercamiento a la experiencia del matrimonio y las relaciones afectivas, mostrando el peso o preponderancia del matrimonio en las elecciones biográficas de cada generación. Pero también constituye una forma de *situar* a las mujeres y sus relatos, sus valoraciones y representaciones en torno al matrimonio y otras formas afectivas. Este *situar* permite también realizar una descripción inicial sobre su orientación hacia el matrimonio. Es decir, independiente del estado civil de cada una de las mujeres entrevistadas, discursivamente se les puede situar en un polo con orientación positiva hacia el matrimonio o en un polo con orientación negativa al matrimonio. La orientación se entiende aquí como la tendencia o disposición de las mujeres a contraer matrimonio, considerando su propia experiencia biográfica.

En la Figura 8 -independientemente si las mujeres han estado casadas, lo están actualmente o nunca han contraído matrimonio- se observa una clara concentración en el polo positivo, es decir, en el lado izquierdo de la figura. Para ellas, el matrimonio ha sido, es o será la opción más válida para concretar una relación de pareja. En este sentido, la figura muestra una tendencia a optar por el matrimonio, aun cuando los modelos de lo femenino -especialmente para las generaciones más jóvenes- apunten hacia otras formas de convivencia. En este polo positivo se muestran dos mujeres de la generación de las hijas que aparecen levemente distanciadas del resto. Allí se pretende graficar que el matrimonio no está descartado, pero sí cuestionado en su modo tradicional -contrato legal y vinculado a la iglesia católica-.

En el lado derecho de la figura se encuentra a un grupo mucho más reducido de mujeres, con representación, no obstante, de las tres generaciones. Algunas estuvieron casadas y otras nunca lo han estado. La orientación negativa está dada porque no volverán a casarse o no esperan hacerlo. Las razones de esta orientación serán parte del análisis a continuación, pero en principio son quienes han experimentado violencia de género y prefieren estar en relaciones “*puertas afuera*” o bien aquellas que no “*creen en el amor para siempre*”.

Figura 8. Orientación hacia el matrimonio de las mujeres rurales entrevistadas



Fuente: Elaboración propia.

Un último punto en este acercamiento al matrimonio y las relaciones afectivas de mujeres rurales es el análisis de los conceptos que emergen o prevalecen en la dimensión Matrimonio, cada vez que se analiza su influencia en la configuración de lo femenino. Es interesante que en la dimensión analizada anteriormente -sexualidad y moral sexual- la palabra sexualidad u otras vinculadas eran prácticamente inexistentes en las narraciones. En este caso, y tal como se observa en la Figura 9, en el centro de la nube de palabras aparece un grupo de actores que constituyen o dan cuerpo a esta institución social. Los conceptos más aludidos para las tres generaciones de mujeres rurales corresponden a “marido”, “padre”, “hijos” y “madre”.

La emergencia de estos conceptos permite plantear dos cuestiones. La primera es que, en torno a la relación afectiva, aparece la unidad familiar como un ente estructurante. Tal como veremos en el apartado siguiente, la familia rural es un agente fundamental en el devenir de las relaciones afectivas. La segunda cuestión refiere a que, en los imaginarios de las mujeres, hay una estructura más o menos estable que vincula matrimonio y familia, entendida en términos tradicionales (madre, padre e hijos). En este sentido, y a pesar de los procesos de modernización y transformación de las pautas socioculturales en las comunidades rurales, los matrimonios siguen siendo aprehendidos por las mujeres en términos de la base de la conformación de una familia. Lo que se observa es que hay en esta dimensión un alto componente de tradición y permanencia, en detrimento de la ruptura que se esperaría, especialmente para las mujeres más jóvenes y los nuevos modelos de lo femenino.

El pueblo, la comunidad y la familia rural otorgan un ámbito de seguridad para el establecimiento de lazos afectivos. Y es precisamente aquí donde emerge una de las particularidades de la construcción de lo femenino en la ruralidad, cuando se analiza la dimensión matrimonio y relaciones afectivas. La ruralidad -tanto la tradicional como la *nueva*-, evidencia una integración social de carácter comunitario donde se articulan simultáneamente dos elementos. La primera, el control y vigilancia de las prácticas femeninas, tal como se detalló en la dimensión sexualidad. Y la segunda, la confianza y seguridad de lazos intensos y cercanos como marco en el proceso de elección de parejas y concreción del vínculo afectivo. Esta integración social de tipo comunitaria, que era altamente rechazada en la dimensión sexualidad -pues limitaba la experiencia de la juventud- presenta aquí su contracara. Las abuelas, madres e hijas valoran positivamente la intensidad de los lazos y la cercanía que se da en los pueblos rurales pues se crean espacios seguros para el cortejo, el noviazgo y el posible matrimonio.

“Se conocía del pueblo, no es como si te hubieras echado un novio de Madrid, que a saber de qué familia viene, (...), mis padres son de aquí, los padres de mi marido también eran de aquí, entonces se conocían las familias. Entonces no era mucha la preocupación”. **Madre española.**

En el análisis de las trayectorias afectivas de la generación de las hijas, se identifica un nuevo elemento que coexiste con la intensificación de los procesos de modernización sociocultural e individualización. Junto con las nuevas pautas socioculturales -flexibilidad y libertad en la elección de parejas- las jóvenes reproducen patrones afectivos de las generaciones anteriores. En efecto, las hijas, al igual que abuelas y madres, inician una vida afectiva a temprana edad.

“En los pueblos lo típico es tener ya el novio desde los 15, los 16, los 17, todas relaciones larguísimas de 7 años, de empezar con 12 o 13 [años] y no haber conocido a nadie ni nada”
Hija española

En segundo lugar, las relaciones afectivas se dan con jóvenes del pueblo o de las cercanías, con los cuales ha existido una relación entorno a la comunidad rural. Si bien es cierto que para esta generación los noviazgos no necesariamente conducen a un matrimonio -como era en el caso de las abuelas y de las madres- resulta llamativo que se mantengan formas afectivas

ligadas a la comunidad o entorno rural. De acuerdo al estudio relazado en comunidades rurales mexicanas, Mindek (2018) afirma que esto ocurre porque “las nuevas prácticas se insertan en un esquema de valores antiguos” (pág. 247). Ello parece condecirse con el análisis de los discursos y las trayectorias de mujeres rurales. En efecto, el esquema afectivo de los pueblos rurales explorados por nuestra parte en España y Chile supone valores, valoraciones y pautas que no han desaparecido a pesar de la modernización e individualización. Por el contrario, se han anclado en las biografías de las más jóvenes, para ofrecer una forma afectiva que valora la confianza e intensidad de los lazos en el inicio de una relación afectiva.

“Ahora llevo con un chico 5 años, con el chico que estoy ahora (...), [ahora] él no vive aquí mismo, pero siempre venía en los veranos, el fin de semana (...) [porque] se dedica a trabajar en el campo, con su padre, es agricultor”. **Hija española**

Se observa que allí donde los lazos y controles de la comunidad rural se van flexibilizando, emerge una interesante adscripción a los modelos afectivos tradicionales. Las hijas recurren al patrón afectivo conocido por abuelas y madres. Y ello no cambia siquiera cuando van a las ciudades cercanas a estudiar o cuando trabajan lejos del pueblo. Este reproducir parece implicar que la comunidad rural, su sistema de integración social, los lazos -traducidos en controles, pero también en espacios de confianza- no desaparecen del todo. Por el contrario, se anclan en las generaciones más jóvenes evidenciando un proceso de configuración de lo femenino que articula el cambio y la permanencia.

3. PyD3. Cortejo, noviazgo y amor. Autonomía e injerencia de la familia rural

El cortejo como estrategia de acercamiento entre hombres y mujeres en los pueblos permite indagar, en primer lugar, en los rasgos y cualidades que muestran las tres generaciones de mujeres en el proceso de conquista. Las abuelas y madres, por una parte, asumen códigos de comportamientos similares en el proceso, sustentados en un rol pasivo ante la espera, visitas y acercamiento de los pretendientes. Estos rasgos se condicen, como se señaló en el apartado teórico, con uno de los rasgos asociados al modelo de *mujer doméstica*, que son la pasividad ante los hombres (Gómez Ferrer, 2008).

“[Mi novio] ya se va a la mili y todos los días tenía carta (...) y yo no sabía leer ni escribir, ahora he aprendido un poquito con 50 años que empecé. Y digo pues voy a llevársela a una vecina mía que me escribía que era fabulosa y digo ‘Mari, léeme la carta’”. **Abuela española**

“Se te hacía largo porque como no era de continuo, pues se te hacía largo, la espera, pues estabas deseando recibir una carta o el teléfono”. **Madre española**

En el caso de las hijas, hay una relación de carácter horizontal en el encuentro con los jóvenes. Las mujeres asumen un rol activo y cercano en la búsqueda. Ello permite afirmar que las relaciones asumen un carácter democrático, donde los roles femeninos y masculinos se diluyen en la medida que ambos pueden pretender al otro. Hay, entonces, una expresión democrática de los sentimientos y de la búsqueda, reduciendo la asimetría sexual de los roles afectivos, todos ellos rasgos propios del modelo de la *nueva mujer*.

“Me empecé a acercar a ella, me acuerdo que una vez le regalé una flor, ella me dio un regalo de vuelta (...), entonces era buena la relación, le escribí una carta declarándome”. **Hija chilena**

Ahora bien, un elemento que es común a las tres generaciones es la efectiva posibilidad de elegir a sus parejas. Ello resulta interesante especialmente en el caso de abuelas y madres, con trayectorias que evocan el modelo de *mujer doméstica*. En efecto, se evidencia que con la elección de las parejas en la generación de abuelas y madres no se asumen de forma absoluta las características de la *mujer doméstica* que, además de pasiva, está subordinada a las elecciones y direcciones del padre. Las mujeres rurales, por el contrario, se muestran decididas y autónomas en el proceso de elección del novio, independiente de sus familias. Asimismo, se observa la introducción de nuevos elementos en la elección, como lo es la idea del amor. Éste es parte constitutivo de las trayectorias biográfica de las mujeres, que se traduce en un noviazgo, matrimonio o relación de convivencia. En el caso de las abuelas, se idean estrategias para sortear los controles rígidos de los padres y llevar acabo el noviazgo.

“No estabas como ahora que te haces novia y la calle es lo primero. (...) Entonces era decías, a lo mejor yo misma, yo, “voy a desapañar las camas madre”, a la habitación y las camas ya las tenía desapañadas, me iba un ratito a la ventana a hablar con mi marido (...) porque [en] la puerta mi padre no quería que habláramos (...), no sé qué se figuraría”. **Abuela española**

Hay, en los testimonios de abuelas y madres -y no así en el de las hijas- una profundización sobre el amor como un asunto predestinado en las biografías. Los ideales del amor romántico y sentimental están presentes y vinculados al lazo marital y arraigados profundamente en la construcción de las identidades femeninas (Giddens, 2008; Lipovetsky, 1999). Ello, especialmente valorado en las dos generaciones de mujeres señaladas emerge, además, como uno de los rasgos del modelo de *mujer doméstica*.

“Siempre me gustó Ramón, de chicos. Nosotros jugábamos pero (...) yo no lo quería como amigo, siempre dije que iba a ser mi marido (...), que nos íbamos a casar”. **Madre chilena**

Esta idea de un gran y único amor es altamente cuestionada por las generaciones más jóvenes. En efecto, para las hijas el amor suele ser conceptualizado como resultado de una relación de amistad que no necesariamente tiene un objetivo amoroso y que, además, no necesariamente es “*para siempre*”. Es interesante que ello responde también al proceso de construcción identitaria que realizan las mujeres más jóvenes y al propio camino que toma la trayectoria personal y profesional. Hay, incluso, un malestar ante la posibilidad de una única pareja.

“Me es difícil asimilar que puedas estar 30 años con la misma persona y que sigas sintiendo lo mismo que el primer día, me parece difícil. Yo llevo 5 años y ya no es lo mismo que el primer mes, (...) yo tengo mi independencia y tal. Yo pienso que las relaciones se deterioran con el tiempo, entonces pienso ‘¿cuándo lleve 30?’”. **Hija española**

Otro elemento distintivo es la revisión sistemática y constante de los códigos de la o las relaciones afectivas que establecen las hijas. El amor no es único ni uniforme y responde a diversas etapas del ciclo vital de las mujeres. No hay una idealización de la relación afectiva. Esta es valorada en sí misma y de acuerdo a los intereses de las propias mujeres.

“Las cosas se fueron dando de a poco, él siempre me decía que yo le gustaba, pero yo no, no, no, porque a mí, él no me gustaba (...), pero cuando yo estuve mal, él siempre estuvo ahí, (...), yo sentía que había alguien que yo le importaba como mujer y como mamá”. **Hija chilena**

Otro elemento de contraste entre las hijas y las generaciones anteriores es que experimentan diversos tipos de relaciones afectivas -informales o formales- que no necesariamente

desembocan en un matrimonio. Hay relaciones abiertas o serias, otras fugaces, superficiales y sin mayor sentido para la trayectoria afectiva. Ello evidencia que, en esta generación, además de la capacidad autónoma en la elección de la o las parejas, el matrimonio no es el único ni inmediato fin de toda relación afectiva. En un marco más amplio de análisis, ello ocurre, siguiendo a Mindek (2018), porque “a la par de los cambios cualitativos en las formas de vivir el noviazgo, éste se fue desligando del matrimonio, incrementándose también la cantidad de novios posibles y permitidos, sobre todo para las mujeres” (pág. 257).

“He tenido la posibilidad de poder pinchar [relacionarse] (...), yo pololeaba [estaba de novia] un verano, un mes y te juro que me dura un mes y ya me aburría y terminaba”. **Hija chilena**

Hasta aquí, se evidencia que la familiar rural no interviene mayormente en la elección de las parejas. No obstante, emerge nuevamente para velar sobre el actuar de los jóvenes. La familia rural define y resguarda el cumplimiento de las pautas y normas de comportamiento, ante las cuales -aun con diversos grados de flexibilidad- cada generación ha debido adaptarse.

“[Con mi novio] partimos muy intensos, (...) fue altiro [de inmediato] como esos pololeos [noviazgos] que te ponis a vivir, (...), ahí yo tuve como ene [muchos] conflictos (...). Se fue pa la casa de nosotros, a él [mi padrastro] ya le dio ataque [malestar profundo]”. **Hija chilena**

La supervisión de los padres se intensificará aún más cuando alguna de las mujeres queda embarazada antes del matrimonio. En efecto, la familia rural se inmiscuye definitivamente en la relación cuando la normatividad sexual ha sido transgredida. Y ello ocurre, especialmente, en la generación de las madres. Los embarazos adolescentes revierten la relativa autonomía que alcanzan las mujeres en el proceso de cortejo y elección de la pareja. Como se observa en los testimonios, en las madres -una vez más- hay una reflexión y un posterior malestar sobre la omnipresencia de la familia y la siguiente marginación de las jóvenes en las decisiones de su propia biografía. En las hijas, en cambio, se observa una mayor autonomía e iniciativa en las decisiones de pareja.

“Te casaban, hasta los muebles me los compró mi madre y yo no sabía cómo eran los muebles hasta que no vinieron a casa. O sea, yo no elegí muebles ni elegí nada. Se encargaron mi madre y mi suegra (...), qué gilipollas fui, ¿no? Entonces pues no lo veías así”. **Madre española**

“Un día él [novio] estaba de vacaciones y le dije: “¿nos vamos a casar o no nos vamos a casar?”, y me dijo: “¿y por qué amaneciste con eso?” (...). En abril, llegué acá y le dije: ‘mamá, nos vamos a casar en abril’”. **Hija chilena.**

4. PyD4. Muerte del *príncipe azul*, violencia y nacimiento de la *mujer-madre*

Tal como se ha ido poniendo de manifiesto a lo largo de este apartado sobre el matrimonio y relaciones afectivas, se constata que el establecimiento de una relación de pareja estable -matrimonio o convivencia- constituye un hito en la trayectoria biográfica y afectiva de las mujeres rurales. Las nuevas relaciones son valoradas positivamente por las mujeres pues representan -especialmente en el caso de abuelas y madres- una ruptura con el control y vigilancia de la familia rural. El matrimonio es un espacio de libertad para las jóvenes que tempranamente contraen matrimonio; es la desvinculación de la normatividad parental.

“A los 22 años ya me casé y la verdad como estabas con la vida tan, te tenían tan sujeta, pues claro, nos casábamos más jóvenes”. **Abuela española**

“Me casé [a los 16 años], bueno porque estaba enamorada y también más por la libertad, porque a nosotras no nos dejaban salir a ninguna parte ni tener amigos (...) con esa libertad mis papás ya no me iban a mandar más, (...) esa fue la causa por lo que me casé”. **Madre chilena**

En el caso de las jóvenes que han experimentado mayores libertades -educación, ocio, diversos tipos de relaciones afectivas- el matrimonio o la convivencia no representará ese espacio de libertad y *huida del hogar rural*. El valor estará dado por ser un espacio de concreción del ideal de una familia tradicional. O bien, en aquellas que no han contraído matrimonio, la relación de convivencia representa una nueva forma familiar no tradicional.

“Yo soy más de la casa, de los hijos, la casa bonita, la familia, tener como un auto familiar, yo soy como un poco más romántica, diría yo, no sé”. **Hija chilena**

“[Antes] no tenía una relación, yo qué sé, como puedo tener ahora, de relación amorosa, encima de amistad, o sea, se juntan muchos tipos de relaciones con una misma persona”. **Hija española**

Ahora bien, a pesar de la positiva valoración de las relaciones afectivas estables -matrimonio y convivencia- desde una mirada retrospectiva emergen también en las biografías reflexiones y quiebres con algunas de las concepciones que las mujeres tenían sobre la vida en pareja. Si bien algunas mantienen la valoración positiva del inicio, la mayoría se enfrenta al desencantamiento y al quiebre de los ideales románticos. En el caso de abuelas y madre, las ilusiones materializadas en la figura de un *príncipe azul*, propio de cuentos infantiles y novelas románticas, comienza a desdibujarse. Muchas de las expectativas iniciales irán desapareciendo como resultado de la propia reflexión y cotidianeidad. Ello indica que los procesos de individualización van consolidándose gradualmente en las mujeres y que, por tanto, el matrimonio y las relaciones afectivas comienzan a ser resignificadas como empresas afectivas y emocionales (Beck & Beck Gernsheim, 2001). Para las hijas, por otra parte, se evidencia un quiebre con el ideal hegemónico de las generaciones anteriores. Las jóvenes -casadas o no- no se apropian de la imagen del *príncipe azul*. Por el contrario, la reemplazan -dadas las nuevas pautas socioculturales afectivas y sexuales- por la figura de *compañeros* con los cuales se crean espacios de confianza y de respeto de la autonomía y proyectos.

“Seguimos una relación como a distancia, pero bueno, él está allí (...), entonces a mí no me parece justo arrastrar a alguien si ni siquiera soy consciente de dónde voy a terminar (...). Nos queremos, nos amamos, él en su sitio, yo en el mío, (...) [es] una persona que no me limitaba, sino todo lo contrario, o sea, me empoderaba para que siguiera haciendo cosas”. **Hija española**

Para abuelas y madres, el ideal del matrimonio y del *príncipe azul* también seguirá su propio proceso de reconceptualización. En ambas generaciones se dará una mirada retrospectiva y reflexiva que permitirá valorar el matrimonio en base a los obstáculos superados.

“[Mi matrimonio] ha sido súper bueno, con altos y bajos, hemos tenido muchas penas, muchas alegrías, pero más alegrías que penas, las penas que hemos tenido han sido bien fuertes”.

Abuela chilena

La imagen del *príncipe azul* se desvanecerá finalmente, en algunas trayectorias, como resultado de situaciones de maltrato físico y psicológico o bien, del abandono de sus parejas. Las mujeres se verán enfrentadas solas al cuidado y crianza de sus hijos. En el proceso

reflexivo en torno al cortejo, noviazgo y matrimonio, las mujeres comienzan a evidenciar las brechas entre sus expectativas y la convivencia real con quienes han sido sus parejas. Cuestionan el actuar masculino que no solo se contradice con los imaginarios con los cuales han sido socializadas. Cuestionan también el actuar inicial de sus parejas que no será permanente ni sistemática y que gradualmente se irá alejando de ese ideal. Comienza así la muerte del *príncipe azul*. A partir de ahora, los hombres serán aceptados por las mujeres en su real condición o serán marginados de la biografía. Y el quiebre de ese ideal romántico devendrá en la desconfianza generalizada hacia el establecimiento de relaciones afectivas.

“Como niña siempre piensas que está tu príncipe azul y que te va a salir todo de color de rosas. Pero claro, la realidad está ahí (...). Me quité yo misma la venda (...), los príncipes azules no, para mí no existen”. **Madre española**

En aquellas trayectorias marcadas por la violencia física y psicológica, se observan tres elementos en el proceso de deconstrucción de las relaciones afectivas. La primera se refiere al cuestionamiento que las mujeres hacen de la experiencia vivida. La distancia abismal entre el modelo de la *mujer doméstica* -y la figura o modelo de hombre que le complementa- y la relación de pareja en la cual están inmersas, las hace asumir responsabilidad en el maltrato. El modelo tradicional implementado en los imaginarios femeninos se encuentra de frente con una realidad opuesta, a partir de lo cual emerge en las mujeres sentimientos de culpabilidad.

“Me empezó a golpear con cachetadas [bofetada], después empezó a tratarme mal, después de las cachetadas pasó a los combos [golpe con puños], a los tirones de pelo, a las patadas [golpe con pie] (...), me pegaba por todo, por todo, por todo (...), por eso digo, yo hice las cosas mal, por eso me fue mal”. **Madre chilena**

Un segundo elemento, es la inexistencia de un momento específico en el cual rompen con los ideales del amor romántico. Lo que sí es manifiesto es la existencia de hito específico que las hace acabar con esa relación. Se observa, además, que son otras mujeres -hijas, amigas, vecinas- las que impulsan a finalizar esas relaciones basadas en la violencia. La separación y quiebre del matrimonio en condiciones de maltrato y violencia considera además una

dimensión de pérdida material para las mujeres. En efecto, *huir* de la relación implica también asumir la pérdida de sus hogares y de lo que allí hay.

“Mis hijas estaban durmiendo cuando él [mi esposo] me cogió del cuello, me pegó un golpe. (...) Me levanté por la mañana, (...) arreglé a mis hijas y me maquillé. (...). Había una vecina, (...) me tocó la cara, (...), dice “¿qué te ha pasado?” y ya claro, me derrumbé, me dijo “ahora vas al médico y pones denuncia” (...). Sí, le hice caso, puse denuncia”. **Madre española**

En este proceso de deconstrucción de la relación afectiva, del quiebre de los ideales y de una biografía marcada por el dolor y el maltrato, emerge un tercer elemento referido a una construcción identitaria alejada de la figura de la esposa y que da paso a la *mujer-madre*. En efecto, junto con la muerte del *príncipe azul*, muere también la *mujer-esposa*. La maternidad y el cuidado de los hijos se constituyen en el motor principal de la biografía. En esta figura se reivindica el esfuerzo y la capacidad femenina para luchar por los hijos, así como las transformaciones que perciben en su propia identidad.

“Una persona (...) me dijo que no fuera más egoísta, que no pensara más en mí, que pensara en mis hijos, que estaban viendo todo lo que él me hacía (...). Decidí venirme, me arranqué con mis hijos”. **Madre chilena**

“No es imprescindible tener un hombre a un lado (...), hay que salir adelante, tú sola, aunque tengas una resta de chicos. Si no se te caen los anillos. (...) Yo ahora me siento muy, me siento mujer. Antes me sentía un trapo”. **Madre española**

5. PyD5. Código moral de *tipo b* en las relaciones afectivas

Tal como se ha señalado, las mujeres rurales de las tres generaciones aquí consideradas muestran una orientación hacia el matrimonio. Esa orientación se ha traducido en que las abuelas y madres estén o hayan estado casadas en algún momento de su biografía. Y en el caso de las hijas, que planteen el matrimonio como una forma posible y deseable de convivencia. No obstante, y como se ha observado hasta aquí, el análisis de las trayectorias y discursos de las mujeres rurales evidencia diversidad de formas de vida y proyectos de pareja que no necesariamente se condicen con el modelo tradicional de matrimonio ni con la moral sexual dominante y hegemónica que los modelos de lo femenino establecen. En efecto,

lo que aquí se plantea es la existencia de un código moral del *tipo b*. Tal como señalan Salazar y Pinto (2002), en las mujeres populares predomina un sistema moral diferente, un *código moral b* que se materializa en la soltera eterna, en la amante amancebada o en la mujer abandonada por su pareja. En efecto, como resultado del análisis de los discursos de las mujeres rurales entrevistadas en esta tesis, emerge también un código moral alternativo al hegemónico y que resulta de la interacción compleja y conflictiva de los modelos de lo femenino superpuestos a las trayectorias de las mujeres.

Las trayectorias y testimonios de abuelas, madres e hijas evidencian estrategias particulares de vigilancia y control sobre sus cuerpos y biografías, siendo en la generación de las hijas más flexibles. Pues bien, a pesar de la normatividad presente en cada generación, no solo encontramos matrimonios y noviazgos formales. Las historias de vida y testimonios de las mujeres evidencian que, ante la rigidez de los códigos sexuales de la *mujer doméstica* y la definición del matrimonio como única vía posible de emparejamiento, las mujeres activan y reactivan en cada generación ese otro código moral.

¿Cómo lo han hecho? De múltiples y variadas formas. Rebelándose frente al control de los padres, rompiendo compromisos matrimoniales, con embarazos adolescentes, divorciándose de hombres maltratadores, reanudando la vida con una nueva pareja luego de ser abandonadas, viviendo con naturalidad su sexualidad o rebelándose a los modelos establecidos para la viudez. En efecto, en el caso de las abuelas están aquellas que han enviudado y cuyas biografías estuvieron ancladas en la figura del matrimonio. De allí emergen las que reconstruyen su identidad cuando el esposo ha fallecido y los hijos han iniciado sus propias familias. Emergen también aquellas que, luego de décadas de vivir violencia y maltrato de parte de sus esposos, se divorcian y rehacen sus vidas.

“Nosotros llevábamos de romance 3 años y medio y me dice “María, ¿te quieres ir a vivir conmigo?”, yo le dije “bueno” y él buscó un arriendo [alquiler]”. **Abuela chilena**

Las madres muestran una diversidad de opciones afectivas, aun cuando todas ellas contrajeron matrimonio en algún momento de sus biografías. Están aquellas que se casaron estando embarazadas de su novio de la adolescencia. Las que se separan luego de años de sufrir de violencia y maltrato y deciden no tener relaciones serias y las que decidieron convivir con

sus actuales parejas en la casa donde viven con sus hijos. Las mujeres de la generación de las hijas -casadas, solteras o en relaciones estables- muestran también diversidad de relaciones y formas de concretar la afectividad en sus biografías. Las opciones son múltiples, pero prima en todas ellas una cada vez mayor autonomía -en relación a las generaciones anteriores- para definir el curso de sus trayectorias, sin recurrir a modelos establecidos.

“Me casé por la iglesia (...) y de blanco la patuda [descarada] y mis compañeras de la pega [trabajo] me dicen que los engañé a todo porque me casé de blanco con la guagua [bebé] adentro, porque nadie sabía que estaba embarazada por segunda vez”. **Hija chilena**

Como se observa de los párrafos anteriores, las trasgresiones al modelo sexual y afectivo implica que las mujeres definen y redefinen las pautas de una y otra generación, ello en el marco de los cambios socioculturales que se dan en la ruralidad y en un contexto más amplio. La activación del código moral de *tipo b* permite reconocer diversas formas de afectividad y diferentes tipos de unión seguidos por las mujeres, así como su propia capacidad de revertir los controles familiares y sociales en los que se enmarcan sus biografías.

8.2.2. Representaciones sociales sobre el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas

1. RS1. Representaciones sobre la mujer rural y las relaciones afectivas

El matrimonio se muestra como la unión hegemónica para las mujeres rurales entrevistadas, tanto abuelas, madres como hijas, aun cuando en estas últimas hay matices que las diferencian de los dos grupos anteriores. Ahora bien, en términos generales se evidencia, desde una mirada intergeneracional, que el matrimonio -con sus propias modificaciones entre generaciones- constituye no solo un hito biográfico, sino también un proyecto anhelado.

En efecto, en el caso de las abuelas, el matrimonio como proyecto está instalado en la cotidianeidad biográfica. Los noviazgos desde muy jóvenes se orientan hacia la concreción del matrimonio y las mujeres desde muy temprana edad se dedican a esperar la llegada de ese momento. No obstante, esta espera no es pasiva en el sentido revisado en el capítulo teórico de esta investigación. Por el contrario, la condición de ruralidad y relativa pobreza en

que se enmarcan las trayectorias hace que la preparación para el matrimonio se haga desde un espacio de trabajo. En las madres, por otro lado, la espera del matrimonio ocurre quizás como un proceso más reflexionado, donde las mujeres son capaces de aprehender los códigos bajos los cuales el matrimonio se constituye como un hito esperado.

“Estábamos siempre trabajandico todas las muchachas, y el ratico que veníamos que no estábamos haciendo de trabajar, nos hacíamos los 4 pengajitos que llevábamos del dote, las bragas, sujetador, la camisa, la chambrá, la sábana, todo eso”. **Abuela española**

“Yo era la típica chica que aspiraba pues a eso, a encontrar un hombre bueno que, a casarte con él, a tener tu casa, y ya está y no más, pues como no me gustaba estudiar”. **Madre española**

En el proceso de configuración del matrimonio se identifican también algunos dispositivos que condicionan la representación de lo femenino. Los medios de comunicación de masas, como la radio y la televisión, participan activamente en la formación de un imaginario sobre las relaciones afectivas entre hombres y mujeres. Esto implica que no solo la comunidad rural y la familia son influyentes en el proceso de configuración de lo femenino, sino también otros agentes que estructuran presentaciones y expectativas sobre los vínculos y el amor. Esta injerencia de los medios de comunicación rompe con la concepción de una ruralidad tradicional como un espacio cerrado, aislado (Gómez Echeñique, 2002).

“Estábamos en el taller aprendiendo a bordar, estábamos allí 200 muchachas con la maestra, y nos ponía la radio a las 4 de la tarde, “Lucecita”, que por cierto, la echaron en la televisión, luego “Luz María”, que se llamaba. Y pues claro, la típica chica pobre que llega el señorito rico, se acuesta con ella, la deja embarazada, luego llega la mala (...), al final pues acababan juntos con todo. Pues esto es igual, o sea, tú te haces tú composición y dices joder que llegue un tío que me lleve pa acá, que me colme de regalos”. **Madre española**

En el caso de las *hijas*, las representaciones en torno al proyecto afectivo se plantean de forma diversa y heterogénea, considerando la aspiración al modelo tradicional vinculado a la constitución de una familia, el cuestionamiento de la religiosidad del rito o bien, una relación que tienen como patrón un noviazgo permanente en el tiempo. Esta diversidad de representaciones sobre el matrimonio y las relaciones afectivas responde a los procesos de

individualización que la generación de las hijas rurales experimenta con más intensidad, donde las mujeres pueden *elegir* formas de vínculo sin apegarse a la tradición o las normas dominantes. Pero se evidencia que el mantenerse cerca a la tradición, es también una opción válida para esta generación, especialmente para las jóvenes chilenas.

“Siempre quise casarme. Siempre me lo imaginé y me lo imaginaba tal cual como ahora, de blanco con mi abuelo, con un vestido bello, con mi gente”. **Hija chilena**

“Yo creo que me gustaría casarme. Yo creo que el sueño de toda mujer es casarse algún día, pero no pienso en casarme-casarme, no sé, porque igual estoy como confundida con eso yo creo que porque ya no confío en nadie”. **Hija chilena**

No obstante, y a diferencia de las generaciones anteriores, en las *hijas* se anteponen los proyectos profesionales y personales. Es decir, el imaginario sobre el matrimonio no obnubila el proceso de construcción identitaria que han tenido las jóvenes.

“Ahora mismo acabo el master y trabajar, pero sí tenemos proyectado, ahora, a mí me gustaría casarme (...) pero no por la iglesia ni de blanco ni nada (...), yo estoy totalmente en contra de la iglesia. (...) Sí, sí queremos casarnos, pero no tradicionalmente”. **Hija española**

Las jóvenes, además, identifican en el matrimonio tradicional una serie de elementos que limitan el adecuado desarrollo de una relación afectiva. En efecto, rechazan el contrato matrimonial pues apuestan que la relación afectiva se basa en el compañerismo y amor. La *empresa emocional* que constituye una relación de pareja no requiere de vínculos contractuales. Esto evidencia que las jóvenes no tienen un ideal o representación rígida del matrimonio, sino que se enfrentan a novedosas y variadas formas la vinculación afectiva, desvalorizando el componente religioso y los aspectos contractuales tradicionalmente asociados al matrimonio. Estos elementos dan cuenta que, tanto el modelo cultural del matrimonio como el del amor, van experimentado transformaciones en los imaginarios de las mujeres, en la forma de concebirlos y en las expectativas de pareja.

“No necesito la pues eso, el papel, no soy creyente, pero sí creo en ese compromiso de 2 personas a largo plazo, o sea, el tener un compañero de vida. Nada de rollo de pareja libre (...) porque no funciona así”. **Hija española**

Frente a las representaciones sobre el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas, los discursos permiten analizar los ideales o tipos esperados de mujer. Muchos de los rasgos identificados se materializan en la figura de la *mujer-esposa*, especialmente en la generación de abuelas y madres. En el caso de las hijas, la figura será de una *mujer-compañera*, capaz de identificar y respetar los espacios del otro, pero priorizando los propios.

En términos generales, los atributos relevados en la representación de la *mujer-esposa* son la constante disponibilidad para satisfacer las necesidades del esposo y la flexibilidad para adaptarse a los cambios que él requiere, los que resultan siempre prioritarios en la relación. Esos atributos deben ser aprendidos por las jóvenes recién casadas, y serán sus propias madres las encargadas de enseñarlos.

En los discursos de las abuelas, hay una serie de rasgos afectivos que las mujeres no detallan explícitamente, sino que dejan entrever en los relatos de su cotidianeidad con sus parejas. Por una parte, la capacidad de entrega, su abnegación y cuidado de la pareja en toda circunstancia. Por otra parte, una alta adaptación a la trayectoria del marido. Son ellos los que definen el curso de la familia, el lugar donde se reside. La *mujer-esposa* estará disponible para aquello, aun cuando no sea lo deseado. Y, por último, un vínculo directo con la dimensión emocional del núcleo familiar, donde la mujer es responsable de identificar los problemas de la pareja y del núcleo, conversarlos, abordarlos para asegurar la estabilidad familiar.

“[Eran las] 2 de la mañana y dice [mi marido] que le apetecía un bocadillo de Calamares y digo: “voy aunque sea a Francia por él” (...) y en un bar que había que estaba abierto (...), le cogí el bocadillo de calamares que luego ni lo probó siquiera”. **Abuela española**

En la generación de la hija emerge la representación o ideal de una *mujer-compañera*, que se distancia de los celos, que respeta la independencia y autonomía de su pareja. Asimismo, en las *nuevas* relaciones afectivas, las posibilidades sobre el futuro son amplias y marcadas por la incertidumbre sobre el destino de la relación. El fracaso es percibido como un elemento inherente a los vínculos amorosos.

“Es algo que me imagino que el tiempo decidirá cómo tiene que seguir, si se tiene que encaminar, si tiene que continuar”. **Hija española**

2. RS2. Representaciones sociales en torno al hombre: padre, esposo y pareja

Las mujeres de las tres generaciones buscan y valoran parejas integrales, que no sean violentos o agresivos, que sean un complemento para ellas como *mujeres-esposas* o como *mujeres-compañeras*, y que sean *buenos padres de familia*.

“Ni hemos tenido pelapollos, a mí mi marido no me ha dicho una palabra fea, a mí mi marido no ha dado una guantá, (...), no he tenido peligro”. **Abuela española**

“Tengo un excelente marido, muy bueno (...), para mí no hay otro mejor que el mío. Él es buen papá, buen marido, buen amigo, buen amante, muy bueno, excelente”. **Madre chilena**

En abuelas, madre e hijas hay un rasgo común que es valorado en el esposo o pareja, y es el respeto por la autonomía y los espacios individuales. La pareja debe ser una persona que entrega confianza y apoyo. En el caso de las hijas, especialmente, estos rasgos son deseados en la pareja y son valorados como propios de la *mujer-compañera*, es decir, no se diferencian rasgos según género.

“Teníamos un grupo de amas de casa y yo me he ido a Granada a Sevilla otra vez, me he ido, bueno hemos ido a 40 sitios con las mujeres y él no me ha dicho nada. Al revés que disfrutara todo lo que quisiera”. **Abuela española**

“Una persona que me escucha que se preocupa por mí, con el que puedo hablar prácticamente de todo (...) saber que tienes una persona con la que vas a poder hablar”. **Hija española**

8.2.3. A modo de cierre. Ruralidad, matrimonio, amor y relaciones afectivas

El análisis aquí presentado ha puesto en evidencia que el matrimonio y otras formas afectivas son, primero, una dimensión constitutiva de lo femenino en las zonas rurales. Segundo, que se evidencian una serie de particularidades como resultado de los procesos de transformación social y cultural que se han producido en ese contexto de ruralidad y, particularmente, en las biografías femeninas. Y, tercero, que en el matrimonio, el amor y las relaciones afectivas se mantienen y reproducen, crean y reconfiguran, elementos tradicionales y novedosos propios de la *mujer doméstica* y de la *nueva mujer*. En esta línea, el análisis de la dimensión matrimonio evidencia que los rasgos y atributos propios de estos modelos de lo femenino -

en el marco de procesos de modernización e individualización cargados de complejidades y tensiones- aparecen imbricados en las biografías de las mujeres rurales.

En efecto, la generación de abuelas y madres no aparecen únicamente como mujeres dóciles y pasivas, como ha planteado la literatura revisada a lo largo de esta investigación. Son mujeres que eligen, apuestan y redefinen las trayectorias afectivas que socialmente han sido definidas para ellas. Las jóvenes, por su parte, aun cuando todo muestra que los valores y elecciones afectivas van mutando hacia formas democráticas e igualitarias, evidencian igualmente una alta valoración del matrimonio como concreción de la relación afectiva; ello, aun cuando las corrientes teóricas analizadas en esta tesis doctoral posicionan al matrimonio como una institución que no se corresponde con los ideales de la *nueva mujer*. Los discursos de las mujeres rurales entrevistadas evidencian, no obstante, que lo rechazado del matrimonio son sus raíces contractuales y religiosas, mas no la institución social en su generalidad.

Lo anterior permite afirmar en este apartado que el matrimonio representa un hito en la experiencia biográfica de las tres generaciones aquí consideradas y estructura las trayectorias e identidades de las mujeres rurales. En efecto, en la configuración de lo femenino en las zonas rurales, el matrimonio y el establecimiento de relaciones afectivas duraderas y estables, representa un hito en la experiencia biográfica de las mujeres de las tres generaciones aquí consideradas. Ello, pues marca el inicio de la vida adulta, la independencia del hogar y padres rurales, y la creación de espacios de confianza e, incluso, de continuidad de modelos familiares tradicionales en el caso de las generaciones más jóvenes.

Se ha analizado en este apartado también que la dimensión no puede solo considerar el concepto de matrimonio pues cada biografía, de manera individual y colectiva, evidencia la existencia de múltiples formas y vínculos afectivos. El matrimonio será elegido en base al amor, las ilusiones y las expectativas de la existencia de un *príncipe azul*. Pero muchas de esas historias comenzarán a estar corroídas por la cotidianidad de la relación, por el abandono de las parejas o por la violencia física y el maltrato psicológico. De allí emergerán distintas formas afectivas. Cada vez que muere el *príncipe azul*, las mujeres rurales se enfrentarán temerosas a nuevas relaciones, elegirán la soltería, o centrarán su atención en sus hijos dejando de lado la *mujer-esposa* y dando paso a la *mujer-madre*. Las hijas, enfrentadas al desencantamiento del ideal masculino y con pautas sociales más flexibles, se enfrentarán

a los beneficios de la modernización e individualización. Podrán elegir entre todas las opciones posibles: algunas contraen matrimonio; otras desean hacerlo, pero eligen la convivencia; algunas conviven y planean, una vez finalizados sus proyectos personales, casarse; otras prefieren esperar y ver el camino que toma la relación en la que están.

Todos estos elementos han hecho redefinir la dimensión en su sentido original. Las biografías no permiten hablar de la dimensión matrimonio como un ámbito ante el cual enfrentar los discursos de las mujeres rurales. El concepto debe ser ampliado, considerando el amor y el desamor, el dolor y la soledad, las diversas formas de relación afectiva que se van erigiendo, entre otros elementos.

Se ha evidenciado, además, que las trayectorias afectivas femeninas en la ruralidad están ancladas o se erigen sobre un sistema de integración social de tipo cohesionado que actúa en una doble dimensión. Por un lado, constriñe a las mujeres -en su juventud y adultez- pues el control y la vigilancia de la comunidad rural, la familia y la vecindad son intensas. Y, a la vez, la cercanía e intensidad de esos lazos comunitarios otorga un marco de confianza en la elección de la pareja. Las familias conocidas y la convivencia estrecha con vecinos crean un marco de seguridad para la elección del novio y/o futuro esposo.

Es interesante identificar que este modelo o patrón afectivo se repetirá en la generación de las hijas, una y otra vez. Ellas, que han salido a estudiar fuera del pueblo, que viajan, que tienen una movilidad física mayor que las generaciones anteriores, vuelven al pueblo y a sus seguridades tradicionales, para elegir sus parejas. Las hijas reproducen un patrón afectivo y, con ello, adscriben a modelos utilizados por abuelas y madres. Detrás de este modelo afectivo intergeneracional, se esconde la importancia del lazo social rural. La comunidad, la familia, las redes vecinales son sustento en la construcción biográfica de las tres generaciones.

Por último y como cierre de este apartado se plantea que, en la configuración de lo femenino de las tres generaciones de mujeres aquí estudiadas, la comunidad rural, la familia y las redes vecinales son elementos estructurantes y constitutivos de las trayectorias femeninas. Que, a la vez, coexisten con las transformaciones resultantes de la modernización e individualización. En el análisis intergeneracional del matrimonio, el amor y las relaciones afectivas, se constata la imbricación del cambio y la permanencia en las biografías y la presencia activa de la

comunidad rural. Esta no desaparece, por el contrario, actúa como fuerza centrífuga que cohesiona e integra a sus habitantes.

8.3. Cambios y permanencias en la *buena madre rural* y paternidades rurales

El análisis de los discursos de las mujeres rurales en torno a la maternidad pone en evidencia la relevancia que adquiere el concepto en el proceso de configuración de lo femenino. En términos analíticos, aquí convergen los imaginarios, se articulan las generaciones para *situar* a los hijos -existentes o futuros- en el centro biográfico. Lo que evidencia transformaciones en la definición de la maternidad -junto a la emergencia de nuevos patrones reproductivos- es su desvinculación del matrimonio y lo privado. Esa alianza, esa triada tradicional será desafiada o, al menos, puesto en duda. Se es madre *sobre todo*, dirán las mujeres.

Pues bien, tal como se señaló en el Capítulo 4, el matrimonio, la maternidad y lo privado se articulan teóricamente como los pilares de la feminidad (Friedan, 1974). En base a esos elementos, la modernidad ha exaltado a la figura de la madre y ha hecho de la maternidad una función gratificante (Badinter, 1981). Es tal su preponderancia, que el destino principal de la *mujer doméstica* es la maternidad (Astelarra, 2009). Con la emergencia del modelo de la *nueva mujer*, la maternidad deja de ser el centro en la configuración de lo femenino y serán antepuestos proyectos personales y profesionales (Lipovetsky, 1999).

Ahora bien, en el proceso más amplio de modernización de los patrones sociales y culturales, el concepto de madre y maternidad han continuado redefiniéndose. Meruane (2018) plantea que ello ha resultado de la propia escisión que han experimentado los feminismos de las últimas décadas. Por un lado, afirma, encontramos a las feministas igualitarias que abogan por la “libertad de decidir sobre el cuerpo propio y la escena materna: la anticoncepción como derecho, la maternidad con facilidades, la plena colaboración de la pareja” (págs. 117-118). Y, por el otro, las feministas de la esencia que abogan por la “necesidad de dedicarle más tiempo a criar a sus hijos (...), a comerse la placenta, (...) a la renuncia de la mamadera y a la extensión de la lactancia natural (...), al pañal reciclable” (págs. 119-120).

De las luchas y escisiones feministas emergerán nuevas conceptualizaciones sobre la figura de la madre y el ejercicio de la maternidad, ante las cuales las mujeres deberán enfrentarse, debatirse, reconfigurar. Allí estará la *madre-dividida*, en palabras de Meruane (2018), que

está en constante debate entre el amor materno y la pasión profesional. Y en frente, la *madre-total* que lo hace todo -dentro y fuera de casa- con un rasgo de superioridad. Un *nuevo ángel* materno. Complejo escenario de renuncia, perfección, amor maternal y ejercicio de proyectos personales al que se enfrentan también las mujeres rurales.

Los procesos de modernización rural y la imbricación de pautas socioculturales tradicionales con otras más recientes -como se ha evidenciado a lo largo de este análisis- intervienen también en la configuración de la maternidad y en el propio proceso de conceptualización de lo femenino. En el proceso de construcción de la maternidad en lo rural se identifican varios elementos que, en su conjunto, permiten plantear la existencia de un modelo de la *buena madre* que es transversal a las tres generaciones rurales. Ahora bien, en el análisis de la maternidad hay una serie de elementos que configuran este ideal.

Un primer elemento detectado y, a la vez propuesto como forma de análisis, es que la maternidad no puede ser analizada solamente como un hito biográfico ligado a la reproducción. Es decir, la maternidad no empieza con el hecho de ser madre. Desde la visión seguida en esta investigación, y bajo la idea de un análisis intergeneracional, se evidencia que la figura -ideal, deseada o renegada- de la madre se gesta en el propio proceso reflexivo de las mujeres. Cada mujer mirará a su propia madre en el *espejo intergeneracional* para reflexionar sobre los rasgos, atributos y cualidades de la maternidad.

En ese *espejo intergeneracional* se evidencian los primeros rasgos que cada generación valora de sus propias madres. Y luego, como resultado, emergen los rasgos que cada una de ellas intentará poner a prueba en la propia experiencia de crianza de sus hijos. Es decir, las representaciones sobre la figura de la madre y el ejercicio de la maternidad tienen un pasado, un presente y un futuro. Algunos de esos atributos mutan, se transforman. Las madres estrictas serán reemplazadas por otras que explicitan la importancia del cariño, el afecto y la comprensión, la atención de las necesidades educativas y afectivas, el acompañamiento cercano y preciso en cada etapa de desarrollo de los hijos. El modelo de relación con los hijos y su cuidado muestra cambios en entre una generación y otra. Pero hay también una serie de elementos que se mantienen y que evidencian una particularidad de lo rural.

En efecto, un segundo aspecto detectado es la existencia de un elemento de continuidad en la concepción de la maternidad y cuidado de los hijos entre las tres generaciones y que se

materializa en el concepto de la *buena madre rural*. Y este elemento de continuidad coexiste con y a pesar de la emergencia de nuevos patrones reproductivos. En efecto, por un lado, evidenciamos que, en el análisis intergeneracional, se ha desplazado la edad de la maternidad, se ha reducido el número de hijos, se han incorporado con mayor premura métodos de anticoncepción, ha descendido el número de abortos espontáneos y muerte de niños. Asimismo, y como resultado de los procesos de modernización sociocultural, las mujeres de la generación de las hijas -aún con embarazos a temprana edad y fuera del matrimonio- pueden continuar con sus estudios secundarios y universitarios, insertándose de forma más o menos estable en el mercado laboral.

Por otro lado, y a pesar de los cambios, las tres generaciones muestran discursivamente la reproducción de un modelo de la *buena madre rural*. Para las mujeres significa dejar de manera *voluntaria* -pero siempre que se factible- el trabajo fuera del hogar para atender y cuidar a los hijos -y extensivamente a familiares que enferman-. La *buena madre* es necesaria para el adecuado funcionamiento de la familia. Asimismo, tenderá a la lucha por la sobrevivencia de su prole. Todo ello marcado por el esfuerzo, el sacrificio y la abnegación, y con miras a dar una mejora calidad de vida a sus hijos, tanto a nivel material como emocional. Además, esta madre, como ideal o proyecto al que se aspira, coloca en el centro de su cotidianeidad a sus hijos.

En la generación de las hijas -y aquí resulta especialmente interesante- la continuidad del modelo o patrón de la *buena madre* se da incluso en aquellas que no han tenido hijos aún. Es cierto que las jóvenes rurales -en el marco de la intensificación de los procesos de individualización- priorizan los proyectos personales en desmedro de la maternidad. No obstante, en el análisis de los discursos se evidencia que, para ser madre, se deben realizar *todos* esos proyectos *antes* de tener un hijo. Ello denota que las jóvenes reproducen un modelo de maternidad orientado a los hijos como epicentro biográfico. No se evidencian discursos que apuesten por la complementariedad de proyectos. Parece esfumarse la idea de una *madre-dividida* de la que hablaba Meruane (2018). Tampoco hay exaltación y perfección buscada por la *madre-total*. Lo que hay es un modelo reproducido entre las generaciones, adscrito al ideal de una mujer que cada vez que es madre centra su trayectoria en los hijos.

Por lo tanto, en el proceso de incorporación de las mujeres a la modernización, se han redefinido los patrones reproductivos. La modernización ha calado en las pautas de reproducción y cuidado del cuerpo, pero no ha roto con el patrón de la *buena madre rural*. Hay, en definitiva, una forma más o menos establecida de *ser madre* que no permite congeniar ni integrar los proyectos profesionales y personales con la maternidad.

Un tercer elemento detectado es que la figura de la madre y la valoración de la maternidad funcionan como uno de los elementos de una triada compuesta además por los hijos y los padres de éstos. La madre se mira en los hijos, allí evalúa su propio comportamiento, su adecuación a las normas esperadas, a las expectativas sociales y culturales del entorno. La mirada retrospectiva y reflexiva le permite además observar los propios errores, los intentos por enmendarlos, la opción de dar autonomía. A través de ellos, las mujeres podrán decir si han cumplido con el mandato de ser una *buena madre rural*.

La figura del padre cierra la triada. La mujer, en su experiencia y ejercicio cotidiano y permanente de la maternidad, encuentra a un *otro* -el padre- que será evaluado y juzgado, unas veces positivamente y otras de forma negativa. La paternidad, como ausencia o presencia, será revisada constantemente. Las historias de vida mostrarán diversas formas de paternidad, pero la que activa con mayor fuerza a la *buena madre* será la de una paternidad insuficiente o ausente en la vida de los hijos. Esas paternidades que recuerdan a hombres que *vagabundean* por los alrededores, que pierden la oportunidad de criar.

Un cuarto elemento constitutivo de las trayectorias en torno a la maternidad y cuidado de los hijos es la reactivación de un *aquelarre* de mujeres: una red de cuidados femeninos que apoyan en las distintas etapas del embarazo, parto y crianza. Ese grupo de mujeres estará conformado por madres, tías, vecinas. Todas ellas replicarán y transmitirán sus conocimientos. Crearán un espacio de confianza para las primerizas. No obstante, dada la condición de inestabilidad económica y relativa precariedad material en la cual viven algunas de estas mujeres, el *aquelarre* integrará a otras mujeres, ahora unas sin experiencia. En efecto, y dado que las mujeres rurales deben seguir insertas en el mercado laboral - especialmente para sobrellevar la falta de apoyo económico del padre de sus hijos- serán las hijas mayores las que ayudarán en la crianza y cuidado de los más pequeños del núcleo.

Un sexto y último punto dice relación con la tensión ofrecida por los modelos de lo femenino -*mujer doméstica y nueva mujer*- frente a la vinculación de la maternidad y lo privado. En los discursos de las mujeres rurales se evidencia que la permanencia en lo privado aparece como un imperativo cultural enraizado en los imaginarios y prácticamente no puesto en jaque ni a nivel discursivo ni práctico. En efecto, las mujeres que han sido madres tienen una alta valoración de la posibilidad de permanecer en el espacio privado para cuidar a sus hijos y familia. Son altamente valorados también los esposos que fueron capaces de sustentar económicamente el núcleo y, con ello asegurar la permanencia en lo privado.

Aquellas que no han podido *estar* en lo privado desde su maternidad, es porque se han visto enfrentadas a la necesidad y obligación de trabajar -especialmente por la ausencia paterna- para asegurar la sobrevivencia de su prole. No hay en las mujeres rurales entonces una *madre-dividida* entre el cuidado de los hijos y los proyectos personales. Hay una madre que aparece *forzada* a trabajar para sostener a su familia. Las jóvenes, especialmente las españolas que no han tenido hijos tampoco muestran un discurso explícito sobre el trabajo luego de la maternidad. No parecen estar integrados los proyectos profesionales con la maternidad. El cuestionamiento al vínculo entre maternidad y lo privado solo surge cuando analizan a sus propias madres de *pata quebrada*.

En relación al análisis concreto de las entrevistas, la presentación se organiza de acuerdo a las prácticas y discursos sobre maternidad, el cuidado de los hijos y paternidades en lo rural, y sobre las representaciones sociales en torno al tema. Cada ámbito de análisis está compuesto de un conjunto de categorías, tal como se detalla en la Tabla 53.

Tabla 53. Análisis de la maternidad, cuidado de los hijos y paternidades en lo rural

Ámbitos de análisis	Categorías de análisis
Prácticas y discursos (PD) sobre maternidad y paternidad en lo rural	1. La maternidad como construcción femenina. Miradas desde el <i>espejo intergeneracional</i> (PyD1) 2. Embarazos, partos y cuidados del cuerpo (PyD2) 3. Red de apoyo o <i>aquelarre</i> femenino en la maternidad (PyD3) 4. Maternidad y retorno al hogar (PyD4)
Representaciones sociales (RS) sobre la <i>buena madre rural</i> y paternidades en lo rural	1. Representaciones sociales sobre la <i>buena madre rural</i> (RS1) 2. Representaciones sobre la paternidad (RS2)

Fuente: Elaboración propia.

8.3.1. Prácticas y discursos sobre maternidad y paternidad en lo rural

1. PyD1. La maternidad como construcción femenina. Miradas desde el *espejo intergeneracional*

El análisis de las entrevistas de las mujeres rurales evidencia que la maternidad, en su sentido social y no meramente reproductivo, se configura en el mismo proceso biográfico. En efecto, la maternidad, como concepto integral de los procesos de reflexión en torno a lo femenino, resulta o se inicia en el análisis que las mujeres hacen de sus propias madres. De allí emergen los rasgos valorados y las cualidades negadas.

Algunos atributos irán transformándose entre una generación y otra. Las valoraciones avanzarán desde la figura de madres trabajadoras, estrictas y responsables de la educación de las hijas en las tareas domésticas, hasta un prototipo que enfatiza especialmente en aspectos ligados a la afectividad. De allí emergerá la exaltación del *amor maternal*. En el centro de todo ello y de manera transversal a las tres generaciones, estarán siempre los hijos. En la Figura 10 se sistematizan algunos de las cualidades identificadas en el *espejo intergeneracional* y que serán abordados en este apartado.

Figura 10. Cambios en los valores y atributos de la madre rural



Fuente: Elaboración propia.

La reflexión que la generación de las abuelas hace de sus propias madres -y también padres- debe entenderse en el contexto socioeconómico que envuelve su niñez y juventud. En efecto, dadas las condiciones de precariedad a las que hemos hecho alusión y que implican la participación activa de todos los integrantes de la familia rural en la sobrevivencia del núcleo, este grupo de mujeres muestra una positiva valoración en torno a rasgos vinculados al trabajo y al esfuerzo. En efecto, desde una mirada retrospectiva, la relación de este grupo con sus madres se sustenta en el trabajo y la subsistencia familiar. Algunas, igualmente, ya cuestionan la desigualdad con la que sus madres asignaban las tareas domésticas, mostrando diferencias entre hijos y las hijas.

“Mi padre era labrador, y entonces pues mi madre le ayudaba a mi padre (...), mi madre se iba con mi padre a ayudarlo al campo (...). Mi madre se iba a ayudar a mi padre, y nosotros éramos pequeños y mis abuelos pues tenían cuidado de nosotros”. **Abuela española.**

“Semanalmente nos tenían asignadas, unos hacían los dormitorios, la otra hacía el salón o el living y la otra ayudaba en la cocina (...), a mi hermano no le tocaba hacer nada, había, inclusive que plancharle la ropa, zurcirle los calcetines, pegarle los botones”. **Abuela chilena**

En la generación de madres e hijas se observa que el trabajo y el esfuerzo son también altamente valorados, aunque las razones muestran algunos matices. La generación de las madres, por una parte, valora el trabajo de criar a un número amplio de hijos -dada la alta tasa de natalidad en las zonas rurales durante los años 60 - y continuar siendo mano de obra en la explotación familiar. La generación de las hijas, por su parte, valora la capacidad de sus madres de trabajar para mantener a la familia, especialmente cuando éstas deben integrarse a un mercado laboral precario con jornadas extensas de trabajo.

“Mi mamá es un gran ejemplo de mujer porque ella salió solita adelante con todos nosotros, yo, gracias a ella estoy como estoy ahora”. **Hija chilena**

El primer atributo de la figura materna que genera fisuras entre las distintas generaciones es el de las madres estrictas. Para la generación de las abuelas es un rasgo reconocido y valorado. Para la generación de las madres, en cambio, es un rasgo cuestionado. Sobre él, las mujeres comenzarán a identificar nuevos atributos para el ejercicio de la maternidad. Es precisamente aquí y en los puntos siguientes, donde se comienzan a evidenciar los primeros cuestionamientos a la tradicional estructura jerárquica de la familia rural (Gómez Echeñique, 2002). De acuerdo a Castro (2012), “uno de los aspectos que más se mantiene en las representaciones sociales de la familia en el mundo rural es la estructura del modelo patriarcal (...) [destacando] la autoridad del padre [y] (...) el sometimiento de los hijos a la autoridad” (pág. 201). Los discursos colocan a la madre en el centro de esos cuestionamientos, en detrimento del padre.

“Mi madre siempre ha sido una persona muy autoritaria, tiene mucho carácter, entonces eso me marcó mucho. Ha sido siempre muy estricta con horarios, con todo (...), si es que llegaba tarde me daba bronca”. **Madre española**

Es plausible el cuestionamiento a ese modelo de autoridad y rigidez en la relación con los hijos. Gradualmente, las mujeres explicitarán las deseadas cualidades que se deben considerar en el ejercicio de la maternidad. En efecto, el cariño y la atención hacia los hijos, la creación de espacios de confianza y la capacidad de expresar sentimientos, comenzarán

rápidamente a abarcar el discurso sobre la maternidad. Ellas mirarán a sus madres y cuestionarán la falta de afecto, intentando desde allí crear sus propias maternidades.

“Las mamás de antes no son como ahora, nosotras somos más consentidoras, más cariñosas porque los padres de antes fueron muy fríos, a nosotros jamás nos tomaban en brazos, jamás nos decían: “te quiero, te amo, hijo”. Sin embargo, yo a mis hijos, hasta el día de hoy, yo a mi hija la abrazo, la beso, le digo que la amo”. **Abuela chilena**

No obstante, para cada una de estas generaciones la figura de la madre es reflexionada situándola en su propio contexto. La educación que recibieron en sus propias familias, la falta de estudios o la falta de tiempo por estar constantemente inmersas en tareas y labores domésticas o agrícolas son elementos que parecen explicar esa cuestionada desvinculación afectiva. Esta reflexión permite entrever que los procesos de modernización e introducción de nuevas pautas socioculturales en las zonas rurales tensiona a las nuevas generaciones en relación a los procesos de socialización de la familia rural. Esa tensión deriva en la prevalencia paulatina de atributos referidos a nuevas pautas afectivas y un debilitamiento de las relaciones jerárquicas al interior del núcleo. Es el inicio de un interesante cambio cultural que las mujeres irán poniendo en práctica con sus propias familias e hijos. Ello podrá identificarse en los testimonios de las *hijas* rurales, quienes observan un cambio en la relación con sus madres. Las jóvenes reivindican y valoran la cercanía y confianza creadas.

“Con mi madre, y yo creo, de hecho, esa relación ahora perdura. Mi madre también es una confidente, vamos, si mi madre también es una confidente más”. **Hija española**

No obstante, las *hijas* cuestionan la figura de madre tradicional que encarnan sus progenitoras. El regreso al hogar cuando nacen los hijos las transforma en “*mujeres de pata quebrada*”, dirán las hijas al mirar en el *espejo intergeneracional*. Tal como se señaló en apartados anteriores de este mismo capítulo, tanto en Chile como en España se experimentan mejoras económicas que permiten la consolidación de algunos de los principales aspectos del modelo de la *mujer doméstica*: el abandono del trabajo en el ámbito público pues el esposo cumple el rol de proveedor, y la dedicación exclusiva de las mujeres al cuidado de los niños y de la familia en general. No obstante, como se verá en este apartado, esa vinculación con el espacio doméstica no es generalizado, aunque sí deseado.

“Mi madre siempre fue como asumir “ya dejo de trabajar y tengo mis bebés y tengo que cuidarlos (...)”. Estaba siempre con nosotros, (...) cuidando de nosotros. Y mi padre pues eso un poco más como eso, el hombre público, en la calle (...), mi madre era la mujer encerrada en casa, como con la *pata quebrada*”. **Hija española**

2. PyD2. Embarazos, partos y cuidados del cuerpo

La consideración del embarazo y el parto como hitos biográficos de las mujeres rurales permite abordar asuntos de interés sociológico que tienen relación con los cambios en los patrones reproductivos y con nuevas y variadas formas de vinculación con el propio cuerpo. Asimismo, permite relevar una nueva activación de la comunidad rural, en general, y de las mujeres en particular, quienes crean formas de solidaridad específicas en torno al embarazo y parto. Así como amigas y primas conformaban un primer *aquelarre* de mujeres que intentaban sortear el silencio ensordecedor sobre el cuerpo y la sexualidad, aquí se activa otra vez ese *aquelarre*. Ahora, bajo la forma de redes de apoyo en el proceso de la maternidad.

Los discursos de las mujeres rurales en torno al embarazo y el parto y su contraste con el cuerpo analizado en la dimensión de la sexualidad, evidencia la coexistencia de dos cuerpos femeninos. En esta última dimensión, el cuerpo era protegido, es velado para asegurar su virginidad, celosamente cuidado para no ser *deshonrado*. En la dimensión de maternidad, el cuerpo se transforma, es hablado, mirado. Son cuerpos que amamantan, que experimentan abortos espontáneos, que inician un camino de cuidados ginecológicos.

Ahora bien, en ese hablar sobre los cuerpos maternos, emergen también testimonios sobre el dolor físico -asociado a malestares durante el embarazo y el parto- y el dolor emocional -vinculado a pérdidas o abortos-. En este mismo hablar, se entrevén también los cambios en las pautas reproductivas y en el cuidado del cuerpo. En la generación de las abuelas hay una menor atención médica que parece derivar en abortos espontáneos. Lo común del hecho, hace que sean hitos integrados a la biografía desde un marco de relativa *normalidad*. En el caso de madres e hijas, el énfasis estará mucho más centrado en el dolor físico de la mujer gestante.

“Luego ya los 2 abortos que tuve estuve muy mal, porque se me quedaron la placenta, de 3 meses, la placenta adentro, y me daba fiebre y yo no sabía de lo que era y un día se me puso un dolor de vientre como los orinales (...), y salió la placenta ya florecida”. **Abuela española**

“Si bien el parto-parto no dolió, cuando llegué al hospital, las contracciones, como yo no tenía un anestesista para mí, ese dolor, es tremendo”. **Hija chilena**

En relación a las pautas reproductivas, se observa que el número de hijos entre generaciones desciende abruptamente. En efecto, mientras las madres españolas y chilenas tendrán alrededor de tres hijos, las hijas chilenas, tendrán solo uno (ya que ninguna de las jóvenes españolas entrevistadas era madre cuando se realizó el trabajo de campo de esta tesis). Es relevante reiterar que, para las generaciones más jóvenes, el nacimiento de un hijo no está necesariamente vinculado a la conformación de una familia en su sentido tradicional. Cuando los modelos de masculinidad y paternidad reproducen estilos de ausencia, las mujeres redefinen la forma de *ser madre*. En efecto, la decisión de tener un único hijo no solo responde a la incorporación de pautas reproductivas modernas. Responde también a que el deseo de ser madre ha sido suplido con ese hijo. Si no hay una pareja estable, las mujeres desarrollan su *amor maternal* con ese único hijo.

“Yo no quiero más hijos, [por ningún motivo] tengo otro hijo, así que yo ya disfruté lo que tenía que disfrutar”. **Hija chilena**

Todo este proceso de transformaciones en relación a la maternidad está también enmarcado en la incorporación gradual de métodos anticonceptivos. Los momentos y razones para integrarlos a la trayectoria sexual femenina son diversos y varían según la generación considerada. Es común, no obstante, que los hombres -esposos, parejas- no intervengan en estas decisiones. En el caso de las abuelas las referencias son escasas, pero se observa que son utilizados bien entrada la adultez por consejo de otras mujeres, pero probablemente son más utilizados otros métodos naturales de anticoncepción. En la generación de las madres, éstos son utilizados luego del nacimiento del primero hijo. Ese es el momento en el cual las mujeres comienzan a cuidarse efectivamente del embarazo, reduciendo con ello efectivamente el número de hijos en comparación a la generación anterior. Los criterios seguidos para reducir la descendencia son económicos y afectivos pues las mujeres sienten completa su función reproductiva con uno o dos hijos.

“Cuando [primer hijo] nació, me empecé a tomar la píldora porque yo no quería cargarme de hijos, porque bastante he visto allí, bueno, mi madre no tenía muchos, pero mis tías y alguno, tela. Yo prefería tener un niño calzado a tener cinco descalzos”. **Madre española**

En la generación de las hijas se observan distintas opciones en relación al cuidado del cuerpo. Las españolas, que no han tenido hijos, explicitan los cuidados para evitar el embarazo. Las chilenas que han sido madres no se han cuidado.

“Tomo la píldora. Sí, la empecé a tomar pues ya hace tiempo, porque también tuve otra anterior pareja (...), igual no convivía con él, era más pues eso, llamarnos, quedar, tal. Y sí que la empecé a tomar y la sigo tomando”. **Hija española**

“Yo nunca me cuidé porque no sé, yo siempre se lo dejé a dios, no por un tema de no a los anticonceptivos”. **Hija chilena**

Los patrones reproductivos se alteran, se modifican. Y comienzan a emerger también, por primera vez en los discursos, alusiones al amor maternal. En el proceso de configuración de lo femenino y su relación con la maternidad, emerge ese condicionante que hace del embarazo y la crianza una constante sorpresa. Un amor especial y diferente, que no solo existe, sino que es explicitado, hablado. La mujer rural inicia su propio proceso de transformación. Es ahora una *mujer-madre*.

“Después cuando te la llevan a la cama, sentirla ahí, calentita, rica, esa piel tan suave, es tan lindo, ahí realmente uno dice sí, puedo tener hijos”. **Madre chilena**

Un elemento interesante que se observa en la generación de las madres es el temor e inseguridad que aparece en torno a la maternidad, lo cual no está discursivamente en las abuelas ni en las hijas. La maternidad -a nivel del simbólico- se impregna de desafíos que tienen que responder a un modelo establecido donde la mujer *debe saber* cuidar. El amor maternal que emerge no basta si no está acompañado de un *saber hacer*. Es un modelo o una forma de *ser madre* que es conceptualizado como exigente, desafiante. Meruane (2018) señala que esa inexperiencia en las generaciones de madres del siglo XXI está suplida con una serie de dispositivos: “las madres de profesión [son las] que estudian los infinitos

manuales de la crianza y pagan incluso por lecciones de maternidad que las harán más competentes, más dedicadas, más apegadas a sus hijos” (pág. 122).

“Es que les dolía la garganta y yo ya estaba con la mano a ver si tiene fiebre a ver si no sé qué y yo pienso que a la segunda la he disfrutado mucho más y la he disfrutado, porque ya lo veía como algo más natural. La primera era que, entre que era más jovencita, no había tenido hermanos ni sobrinos ni nada, tan inexperta, me parecía un mundo”. **Madre española**

3. PyD3. Red de apoyo o *aquelarre* femenino en la maternidad

La integración social característica de la ruralidad -tradicional o *nueva ruralidad*- que hasta aquí se ha evidenciado emerge nuevamente en el marco del parto y la crianza de los niños. Los lazos familiares y vecinales se activan en torno a la embarazada. Independientemente de cómo se produjo el embarazo -fuera o dentro del matrimonio-, la comunidad rural se articula para acompañar a la futura madre. La relativa festividad en torno al parto y nacimiento de los niños resulta particularmente interesante pues la literatura sobre mujer rural y maternidad tiende a colocarlas en un marco de alta marginalidad y con maternidades adolescentes que las hace especialmente vulnerables. Tal como señala Caro (2017), una de las tendencias en la ruralidad es que las mujeres se “embarazaron tempranamente, viven de allegadas con sus padres y trabajan como temporeras” (pág. 134). Las historias y discursos aquí analizados evidencian, para las tres generaciones aquí consideradas, un abanico no solo más amplio de posibilidades, sino que muestra maternidades incrustadas en su comunidad y que resultan interesantes de relevar.

“Cuando me puse de parto, mi madre pues enseguida, tú sabes cómo son los pueblos, las vecinas, mis tías, todos allí, yo acostada en la cama (...), toda la habitación con gente, mi tío, mi otra tía, mi madre, mi vecina, bueno, mi suegra, mi suegro, un tío mío. Llega mi tía con el rosario de mi abuela (...), una cruz así, pa que le diera un beso y tal”. **Madre española**

La activación de la comunidad tiene a un grupo de mujeres destacadas: abuelas, tías y suegras. En efecto, el embarazo y, especialmente, el parto y la crianza serán sostenidos no solo por la madre sino por todo un *aquelarre* de mujeres o una red de cuidadoras femeninas. Una de las particularidades de lo rural en este proceso es, como señala Castro (2012) que “la

mujer cuenta con una red familiar más amplia que permite “turnar” el cuidado de los niños, entre las mujeres de la familia, según sus horarios disponibles” (pág. 193).

“Los primeros días que yo estuve mal, pues ellas eran la que iban a atenderme mi hermana y mi madre iban a lavar a la niña, la preparaban, eso. Ya está y luego ya empecé a levantarme yo, porque yo estuve unos días algo fastidiada, pero luego ya, una sola”. **Abuela española**

“Mi mamá me ayudó hartito [bastante], necesité del apoyo de ella y ella no me dejó sola, pero no tanto como mi suegra. Ella siempre estuvo ahí. No me dejó solita”. **Madre chilena**

Ese apoyo, especialmente ligado a las mujeres de la familia próxima, seguirá vigente para la generación de las hijas. Para ellas el apoyo será trascendental pues deben complementar la maternidad con la continuidad de estudios -en el caso de embarazos a temprana edad- y con jornadas de trabajo relativamente extensas.

“No tengo tiempo de nada, llega el fin de semana, tengo que lavar, tengo que cocinar tengo que ver las cosas del colegio [del hijo], tengo que ordenar la casa porque en la semana igual llego cansada, mi hermana a veces viene a ayudar, me quedo hartito donde mi mamá”. **Hija chilena**

Ahora bien, las mujeres de la generación de abuelas y madres integran además a su red de cuidados a sus propias hijas mayores para poder criar a los menores y, con ello, continuar trabajando para solventar la economía familiar. La activación de este apoyo en los cuidados genera en las madres una relativa culpa por truncar la niñez de sus hijas mayores.

“Mi hija po, la Valentina, ella fue como el pilar, el altar de la casa, porque a ella le di, bueno, hasta el día de hoy me arrepiento (...) porque yo le di una responsabilidad muy grande a ella, ella tuvo que ser mamá porque ella tomó el rol de quedarse en la casa, ella cuidaba a los niños, igual estudiaba (...), se iba al colegio, después se quedaba con los niños, hacía aseo, hacía comida, hacía todo y ella en la noche, a la 1 a las 2 de la mañana estudiaba y yo trabajando”.

Madre chilena

4. PyD4. Maternidad y retorno al hogar

Tal como se ha venido señalando, los elementos que conforman la triada de la *mujer doméstica* son el matrimonio, la maternidad y el espacio privado. En el análisis de las biografías se observa que la maternidad representa efectivamente un punto de *salida* del espacio público y, por tanto, de *entrada*, a lo privado para asegurar el cuidado de la familia y especialmente de los hijos. No obstante, se plantea aquí que la articulación directa entre maternidad y lo privado -como elementos constitutivos de la *mujer doméstica*- genera una serie de tensiones pues las condiciones de la ruralidad no permiten que todas ellas puedan reproducir este modelo en la práctica.

Por el contrario, lo que prima es una generalizada participación de las *mujeres-madres* en el mercado laboral, principalmente precario e inestable, ligado a los servicios (cuidado de niños, limpieza de portales, empleadas domésticas, limpieza de casas de forma esporádica). En efecto, dada esa condición de precariedad o, al menos de vulnerabilidad, habrá mujeres que *deben* trabajar para complementar ingresos familiares. Otras lo harán porque son las únicas sostenedoras de sus hogares, cada vez que los padres han iniciado su *vagabundeo*. Lo que es común, no obstante, es la aspiración conjunta y homogénea de *estar* en lo privado. Esta esfera es, por tanto, un espacio altamente valorado por las mujeres.

Se evidenciarán tres tipos de *mujeres-madres* en relación a lo privado, el cuidado de los hijos y la reproducción del modelo tradicional en cuestión. Por una parte, estarán aquellas que han podido quedarse en casa desde que están embarazadas. Ellas consolidan, con las particularidades de lo rural, la idea una maternidad vinculada al hogar. Este es un modelo altamente valorado, que genera satisfacción y una admiración implícita por la capacidad de sus esposos de cumplir el rol de proveedor. No hay en este grupo -conformado solamente por abuelas- malestar explícito sobre la permeancia en el hogar.

“Mi marido viajaba mucho para el norte (...), entonces la que estaba siempre con los niños era yo, era yo la que ponía los horarios, las reglas (...), era la que iba a las reuniones en el colegio, era súper participativa, me encantaba”. **Abuela chilena**

En un segundo grupo están aquellas que, estando casadas y con sus hijos ya nacidos, trabajan durante un tiempo pues los ingresos familiares deben complementarse. El cuidado de los

hijos -y de otros familiares cercanos al núcleo-, hace que seguir trabajando en lo público no sea cómodo. Hay, en ellas, una sensación de ser irremplazables para esos cuidados.

“Me pongo a trabajar cuidando a un niño de 3 meses y una niña de 5 años, (...) [en] el horario de colegio. (...) Se cae mi hijo en el colegio, se rompe una pierna (...), así que digo ‘mira, sabéis lo que os digo, que me voy a dedicar a cuidaros a vosotros y ya está’”. **Madre española**

Por último, están las que no han podido estar en lo privado. Sus biografías están altamente marcadas por el trabajo, el retorno al hogar y la crianza de los hijos. Esta situación ocurre especialmente en situaciones donde los padres de los niños no han estado presentes. La fatiga y el cansando que ello les ha significado, está contrarrestado con el esfuerzo y sacrificio realizado para cuidar a su familia.

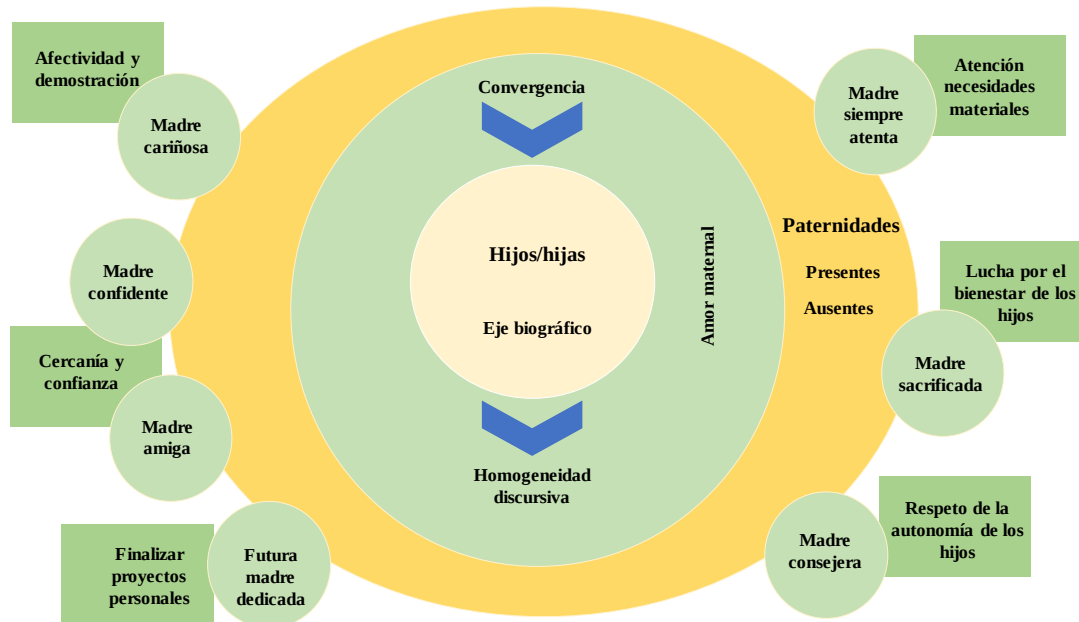
“Yo a mis hijos yo no los crie (...) yo siempre he trabajado, he trabajado, he trabajado y ese rol de madre, no tuve eso. Y igual seguía trabajando en esas casas patronales (...), yo tenía que atender a toda esa gente (...), ‘sírvenme acá, sírveme allá’”. **Madre chilena**

8.3.2. Representaciones sobre la *buena madre rural* y paternidades en lo rural

1. RS1. Representaciones sociales sobre la *buena madre rural*

Al inicio de este apartado se identificaban los atributos y rasgos que cada una de las generaciones de mujeres evidenciaba en sus propias madres, y la valoración que asignaban a ello. Ya se entrevía en ese análisis que la figura de la madre va asumiendo nuevas cualidades y que hay algunos elementos que son transversales a las tres generaciones y que configuran a la *buena madre rural*. En la Figura 11 se detallan los elementos identificados y propuestos en esta tesis como parte de la conceptualización sobre la maternidad y lo femenino, y que son analizados luego de la figura.

Figura 11. Configuración del ideal de la *buena madre rural*



Fuente: Elaboración propia.

El primer elemento constitutivo de la *buena madre rural* es que los hijos están ubicados simbólicamente en el centro de la trayectoria biográfica. Este es un punto de convergencia y homogeneidad discursiva. La maternidad congrega, reúne a las mujeres. No hay tensiones entre ninguna de las generaciones, a diferencia de lo que ocurría en el análisis de la dimensión sobre sexualidad. Allí se observaba que las tres generaciones cuestionaban las limitaciones y flexibilidades con las que cada generación experimentaba su sexualidad y, con ello, se complejizaba el proceso de construcción de lo femenino. La relevancia de la maternidad en las biografías de mujeres rurales es, incluso superior al matrimonio que ya congregaba discursivamente a las mujeres entrevistadas -como se revisó en el apartado anterior-. Los hijos son el centro de la biografía y las identidades femeninas se redefinen con la maternidad. Hay un discurso de exaltación de ese proceso, que representa, además, un quiebre con toda etapa anterior. La mujer rural es, ante todo, una *mujer-madre*.

“Lo he dicho mil veces que lo más grande que me ha pasado en mi vida son mis hijos (...), yo tengo a mi marido, tengo mis hijos, tengo mi madre, tengo mis hermanos y lo que te puedo decir que como a mis hijos no quiero a nadie, a nadie”. **Madre española**

La maternidad -esperada, planificada o casual- es también exaltada en el relato de la generación de las hijas. Es, independiente del proceso, un proyecto anhelado sobre el cual las mujeres erigen su presente y su futuro. Los hijos, en ese sentido, son para la *buena madre rural* la brújula de su actuar.

“Sin él [hijo] yo no soy nadie. Si algún día, ni dios lo quiera, le pasa algo yo me muero. Él es todo pa mí, mi chiquitito”. **Hija chilena**

El segundo elemento que caracteriza a la *buena madre rural* es la creación consciente de lazos afectivos que permitan fortalecer los vínculos de confianza con los hijos. De aquí emergen dos tipos de madres: las que apelan a transformarse en amigas de sus hijas y aquellas que marcan una distancia más explícita, bajo la lógica jerárquica de la familia (madre/hija). No obstante, se muestran abiertas a promover espacios de confianza, especialmente para diferenciarse de aquello que critican de sus propias madres. Se observa en ellas, tal como se señaló, la necesidad de revertir las formas tradicionales de *ser madre* principalmente desde una dimensión afectiva que exalta ese rol.

“Yo con mi hija siempre fui una amiga, de que estuvo chiquitita, de que estuvo en el colegio fuimos unas grandes amigas, nos contamos todo y si ella tiene algún problema estoy yo para ayudarla y si yo tengo un problema está ella para ayudarme. Somos dos amigas, no somos madre e hija”. **Abuela chilena**

“No quiero machacar a mi madre, pero lo que te digo, venimos de algo tan estricto y tal. Yo creo que he procurado lo contrario (...) [y] con la mayor ya sé que lo he conseguido, tenemos una relación. Yo siempre le he dicho: ‘no soy tu amiga, soy tu madre’”. **Madre española**

Un tercer atributo de la *buena madre* es su capacidad de respetar los espacios y la privacidad de los hijos. El respeto de la autonomía y las decisiones de los hijos debe estar vinculada, no obstante, con una atención constante a sus necesidades. De esta forma, la *buena madre* está en condiciones de contener, apoyar y orientar. La madre así entendida, se transforma en una especie de consejera que ayuda sin entrometerse mayormente. Este nuevo atributo surge de la forma en que las familias rurales se articulaban con los hijos, desde una dimensión material (habitaciones compartidas, labores ejecutadas de manera colectiva) hasta una simbólica (presencia activa de los padres en las decisiones y omnipresencia en el control y supervisión).

“Desde que cumplió la mayoría de edad jamás me he metido en sus decisiones, si ha estado con una chica, si ha comprado una cosa, si no la ha comprado, si ha salido (...), yo los dejo que ellos decidan, yo les doy un consejo y si tengo que regañarles les regaño”. **Madre española**

Un cuarto elemento relevante en la configuración de la *buena madre rural* es asegurar el bienestar material de los hijos. Para ello, las mujeres, en su afán por asegurar una adecuada calidad de vida para los hijos, adscriben a atributos como el sacrificio y el espíritu de lucha. Esos rasgos la impulsarán a continuar de manera sistemática en esos cuidados.

“Todo lo que hago, lo hago pensando en él [hijo] (...). Le doy gracias a dios porque, yo a mi hijo, no lo tengo a lo mejor, en la gloria, pero lo tengo bien, o sea lo tengo viviendo en algo cálido y bonito igual (...). Yo igual arriendo [alquilo] (...), pero por eso estoy trabajando, pa pagar esas cosas”. **Hija chilena**

Hay un elemento particularmente interesante en las representaciones sobre la *buena madre rural* que se puede identificar en el análisis de los discursos de las jóvenes -especialmente las españolas- que no han tenido hijos y que no necesariamente aspiran a tenerlos. En este análisis, se evidencia que la *buena madre* puede existir, pero solo cuando los proyectos personales y profesionales -planificados o anhelados- hayan finalizado. Surgen de allí dos ideas centrales. La primera, es que para las jóvenes españolas los procesos de modernización sociocultural han calado intensamente en las biografías, pues éstas no están marcadas por la adscripción a la maternidad o a una trayectoria regida por normas tradicionales y recetas antiguas (Beck & Beck Gernsheim, 2001). En este sentido las jóvenes españolas priorizan sus proyectos personales y profesionales, antes incluso de decidir si quieren o no ser madres. La segunda es que un análisis exhaustivo de los discursos de estas jóvenes evidencia una separación entre el proyecto profesional y la maternidad. Es decir, las jóvenes no aspiran a integrar ambos proyectos, evidenciando que la elección de la maternidad implica cerrarse a otros proyectos que no sean esa misma maternidad. Se observa la necesidad de *hacerlo todo* antes de ser madre. En efecto, tal como se señaló al inicio de este apartado, las jóvenes que no son madres parecen reproducir igualmente un imaginario sobre la avocación a sus hijos. No hay una *madre-dividida* ni una *madre-total*. Lo que hay es la imagen de una *buena madre* que está para y por sus hijos.

“Sí, he pensado, pero de momento no, yo quiero acabar la carrera, trabajar, crecer yo como persona, trabajando profesionalmente”. **Hija española**

2. RS2. Representaciones sobre la paternidad

Las reflexiones y representaciones sobre la maternidad tienen, como se señaló, una contracara en el análisis de las paternidades, ya sean las deseadas como las experimentadas biográficamente. Si bien emergen figuras masculinas valoradas positivamente en el rol de padre, los discursos tienen a ser más enfáticos en destacar a aquellos que son padres ausentes.

“Vivo y muerto no lo he podido olvidar porque, que ha dado muy buenos ejemplos, en mis hijos, en mí y en donde haya estado”. **Abuela española**

Las paternidades ausentes pueden deberse a la falta de reconocimiento legal de los hijos, de aporte económico o bien, apoyo emocional y de preocupación por su bienestar. Las mujeres, con maternidades fuertemente ancladas en el esfuerzo, el sacrificio y la entrega a los hijos, evidencian dolor y malestar sobre ese tipo de paternidades. Es interesante que, ante este tipo de paternidades, las mujeres tienden a poner en un lugar más preponderante sus propias cualidades y atributos, para acercarse al ideal de la *buena madre rural*.

“[Al padre del hijo] lo tuve que demandar para que me pueda ayudar y la verdad es que llegamos un acuerdo ahí en la demanda, que supuestamente eran 40 mil pesos [50 euros] los que me tenía que dar y yo le pedí 70 porque [80 euros]”. **Hija chilena**

Estas mujeres cuestionan la ausencia de los padres en el desarrollo afectivo y emocional de los hijos. Muchas veces eso es más importante que el aporte económico a la manutención. Se observa además que esa ausencia paterna es parte de la trayectoria de las mujeres en relación a sus propios padres.

“Nunca ha ejercido de padre (...), no se ha sentado con sus hijas a enseñarlas a hacer las tareas, a dar un paseo por el parque (...), él no ha querido nunca saber nada de ellas”. **Madre española**

“Él [padre] también como que se casó, se fue con otra mujer y chao, no se preocupó de nosotros, hasta ahora yo tengo que ayudarlo a él po, si le falta algo, yo tengo que dárselo”. **Hija chilena**

8.3.3. A modo de cierre. Modernización, nuevas pautas reproductivas y la *buena madre rural*

Los procesos de modernización experimentados en las zonas rurales han impactado intensamente en las biografías femeninas. La incorporación de nuevos patrones reproductivos es quizás lo más visible y llamativo. La reducción abrupta en el número de hijo, la incorporación de métodos de anticoncepción y de cuidados del cuerpo, la ausencia de relatos en torno a abortos, la postergación de la maternidad, la opción de no tener hijos o ser madre por elección muy joven, son fenómenos interesantes que se han podido evidenciar a lo largo de este apartado. No obstante, y como se ha identificado, las trayectorias femeninas en las zonas rurales evidencian elementos de continuidad entre las tres generaciones que se imbrican a todo el conjunto de cambios socioculturales señaladas.

El asunto más interesante es, quizás, la identificación de la *buena madre rural* que permanece en las tres generaciones. De la triada de la feminidad -matrimonio, maternidad y espacio privado- lo que se evidencia es que la maternidad y el cuidado de los hijos -como hecho existente o futuro- se constituyen en un elemento altamente cohesionador en el discurso. Los hijos aparecen en el centro del proyecto vital de las mujeres. La generación de abuelas y madres españolas y chilenas, y de hijas chilenas muestran un discurso, prácticas y representaciones donde los hijos están en el centro biográfico. En torno a ello la lucha, la abnegación y el sacrificio son los rasgos predominantes que hacen de la mujer una *mujer-madre*. Cualidades y atributos de los cuales se nutre este ideal de madre son la preocupación constante, la importancia de la afectividad y la expresión de los sentimientos. De allí emerge -y se hace rápidamente imprescindible- el amor maternal, como base o sustrato sobre el cual se erige la *buena madre rural*.

Las jóvenes españolas, las únicas que no han tenido hijos, muestran rasgos más vinculados al modelo de la *nueva mujer* cada vez que privilegian proyectos profesionales y personales sobre la maternidad. No obstante, un análisis detallado ha demostrado que muestran una tendencia a ser madres en un futuro solo cuando esos proyectos estén finalizados. Lo interesante aquí es que no se evidencia una apuesta por la interrelación de ambos asuntos -lo profesional/personal y la maternidad-. No hay una *mujer-dividida*. Lo que se observa es un patrón que se repite y viene dado por las generaciones anteriores. La maternidad inicia una

nueva etapa que no parece estar articulada a otros proyectos más allá de esa misma maternidad. Pero no hay allí tampoco una reivindicación de ese un *nuevo ángel* materno, de la *madre-total*. Lo que se observa es una *buena madre rural* que *cierra sus proyectos* para *entrar* en la esfera de la maternidad, tal cual lo hicieron las generaciones anteriores.

En el proceso de configuración de lo femenino, y junto con el conjunto de cambios en los patrones sociales y culturales que se han señalado, permanece un modelo de maternidad y cuidado de los hijos que se condensa intergeneracionalmente en la figura de la *buena madre rural*. Es el referente imaginario, sobre el cual se cuestiona a las generaciones anteriores; sobre el cual se analiza la propia experticia y ejercicio de la maternidad; sobre la cual se proyecta un futuro en torno a la maternidad. Una vez más, la modernización rural evidencia en las trayectorias femeninas un proceso de cambio y permanencia.

Por último, relevar la vinculación de las mujeres rurales y lo privado en el marco de las maternidades. Lo que se evidencia acá es la incrustación de un patrón sociocultural que conduce a que las mujeres valoren positivamente y aspiren a *estar o permanecer* en lo privado cada vez que se tiene hijos. Las mujeres deberán *salir* a trabajar -a empleos rurales o no rurales- cuando los ingresos familiares no son insuficientes. O bien, cuando los modelos de paternidad reproducen formas de ausencia y presencia insuficiente en la biografía de los hijos. Así entendida, la *salida* a trabajar no representa un proyecto personal específico o valorado -en el sentido que adquiere en el modelo de *la nueva mujer*-. El trabajo es un medio que permite la reproducción material de los hijos.

Estos elementos evidencian que la modernización de las pautas sociales en las zonas rurales no ha permeado necesariamente en los imaginarios sobre la vinculación tradicional de maternidad y espacio privado. Serán las jóvenes que no tienen hijas las que tenderán a evaluar más negativamente esa imagen, dibujando a la mujer de *pata quebrada*.

8.4. Inserción de las mujeres rurales en lo público y *entradas y salidas* de lo privado

Lo público y lo privado, como categorías analísticas para abordar la conceptualización de lo femenino, refiere en un primer momento al proceso de fractura que implica el desarrollo industrial europeo. En efecto, y si bien lo privado y lo público coexistían simultáneamente, desde 1900 se separan: “mientras la fábrica monopoliza la función económica -antaño

ejercida por el hogar-, el espacio doméstico asegura la reproducción -social y biológica- de la población. Consolidada esta separación, la vida privada se democratiza e incorpora a obreros o explotadores agrícolas” (Jana, 2011, pág. 2). Se inicia a partir de aquí la construcción sociocultural e histórica de dos esferas binarias y dicotómicas: mientras lo privado es aprehendido como el espacio de la intimidad, lo público es abordado como el espacio de las prácticas de sociabilidad (Ariès, 1992).

De acuerdo a la perspectiva teórica seguida en esta investigación, la distinción apunta a diferenciar roles y funciones que se realizan en el ámbito reproductivo o doméstico -como espacio privilegiado para las mujeres- y las que se realizan fuera de él -como espacio propio de los hombres. Esta estructuración de las esferas ordena las relaciones sociales especialmente entre hombres y mujeres, y consolida la marginación de la mujer a lo largo de la historia (Millett, 1995). En efecto, la organización de estas esferas, siguiendo a Perrot (1997) ocurre de la siguiente manera: “lo público y lo político, su santuario, para los hombres. Lo privado y su corazón, la casa, para las mujeres” (pág. 10). De esta forma, y en base a la división de las esferas y de los sexos en ellas, se ha condensado, siguiendo a Bourdieu (2000) el *eterno femenino*.

Este *eterno femenino* se ha traducido, tal como se evidenció en el Capítulo 4, en un modelo de *mujer doméstica* -madre y esposa- que hace del hogar su espacio por excelencia (Varela, 2011). La casa, el hogar, son una extensión de la mujer. Ella, afirma Perrot (1997), ha sido destinada para ser madre, cuidar la familia y la vida doméstica. Este modelo promovió la exclusión sistemática de la de la mujer del espacio público, de lo político, de su condición de ciudadana. Frente a él, emerge como contrarrespuesta, el modelo de la *nueva mujer* que apuesta por identidades femeninas sustentadas ya no en el ámbito reproductivo y familiar sino en el trabajo y los estudios, así como en la participación política. Con ello, siguiendo a Salazar (2010), las mujeres abandonan la figura de la *reina del hogar* para transformarse en ciudadanas, autónomas y soberanas de sí.

A nivel analítico y en base a las biografías de mujeres rurales, lo primero que se evidencia al abordar estas categorías conceptualmente dicotómicas es, por una parte, la difusa existencia de esos límites en la práctica o cotidianeidad de las mujeres rurales y, por otra parte, la preeminencia de lo privado a nivel simbólico o imaginario. En efecto, un primer elemento a

señalar es -considerando los análisis presentados en el apartado anterior- que la maternidad constituye un momento biográfico que vincula en los imaginarios intergeneracionales a la *mujer-madre* con la esfera privada. En esas representaciones -mas no en la práctica, como veremos- la triada de la feminidad o el *eterno femenino* es anhelada, deseada. Las mujeres rurales, como se evidenció en el apartado anterior, reproducen un patrón que opera a nivel de los imaginarios, donde el ideal de *mujer-madre* está en el hogar, para atender a los hijos.

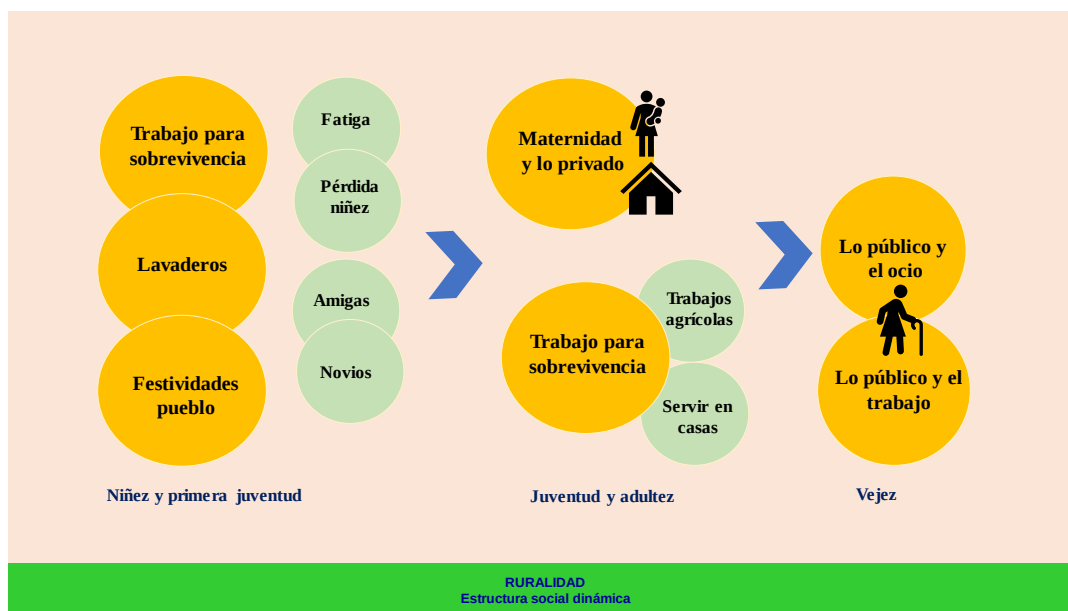
No obstante, se ha identificado que las mujeres de clases populares o de medios desfavorecidos siempre han trabajado (De Miguel, 1975). Y así ha sido puesto en evidencia en el análisis de los relatos de mujeres rurales. Las mujeres han debido *salir afuera* -en palabras de Bengoa (1998)-. Desde pequeñas, y muchas de ellas aún en su vejez, han debido trabajar en los campos, han debido servir en casas de familias de las capitales españolas y chilenas, han debido cumplir extensas jornadas de trabajo para subsistir. Así entendido, el trabajo es una forma de inserción en lo público conocida por las mujeres rurales -inserción precaria, flexible e inestable, por cierto-. Por lo tanto, no es posible en el estudio de las biografías de mujeres rurales hablar de un límite único, de una visión dicotómica en torno a lo privado y lo público. En la práctica, lo que se evidencia discursivamente, es un movimiento dinámico, con una alta permeancia en lo público y con *entradas y salidas* a y de lo privado.

Un análisis específico para esta dimensión permite identificar cómo se configuran esas *entradas y salidas* de lo público y lo privado. La generación de las abuelas resulta interesante porque son las últimas mujeres que trabajan desde muy niñas y durante toda su juventud. Su participación en lo público se inicia desde temprana edad. Algunas de ellas en su vejez, incluso, continúan trabajando en jornadas extensas. Otras, durante su adultez y desde el nacimiento de sus hijos, son amas de casa.

Todas ellas, no obstante, manifiestan la *necesidad* de participar en lo público más allá del trabajo. El ocio, las festividades, los viajes con grupos de tercera edad, la iglesia y la participación con su comunidad, la vida familiar fuera del propio hogar creado, son formas altamente valoradas de participar en lo público y que aparecen invisibilizadas en las discusiones conceptuales. Las redes y vínculos del pueblo rural se activan nuevamente para *salir a lo público*. En efecto, la Figura 12 -que sistematiza el análisis de discurso de las abuelas realizado en este apartado- muestra que, en toda etapa del ciclo vital estas mujeres

tienen una constante participación en lo público, especialmente en lo relacionado con el mercado laboral. Lo hacen desde jóvenes y lo hacen también en su adultez y vejez. Solo algunas, cuando son madres, podrán estar en lo privado, en la esfera de la reproducción. Lo interesante es que -a pesar de su propia experiencia y práctica- todas aspiran a ello, lo han deseado, han valorado a aquellos esposos que les *han permitido* estar en lo privado.

Figura 12. Lo privado y lo público en la conceptualización de lo femenino de las abuelas



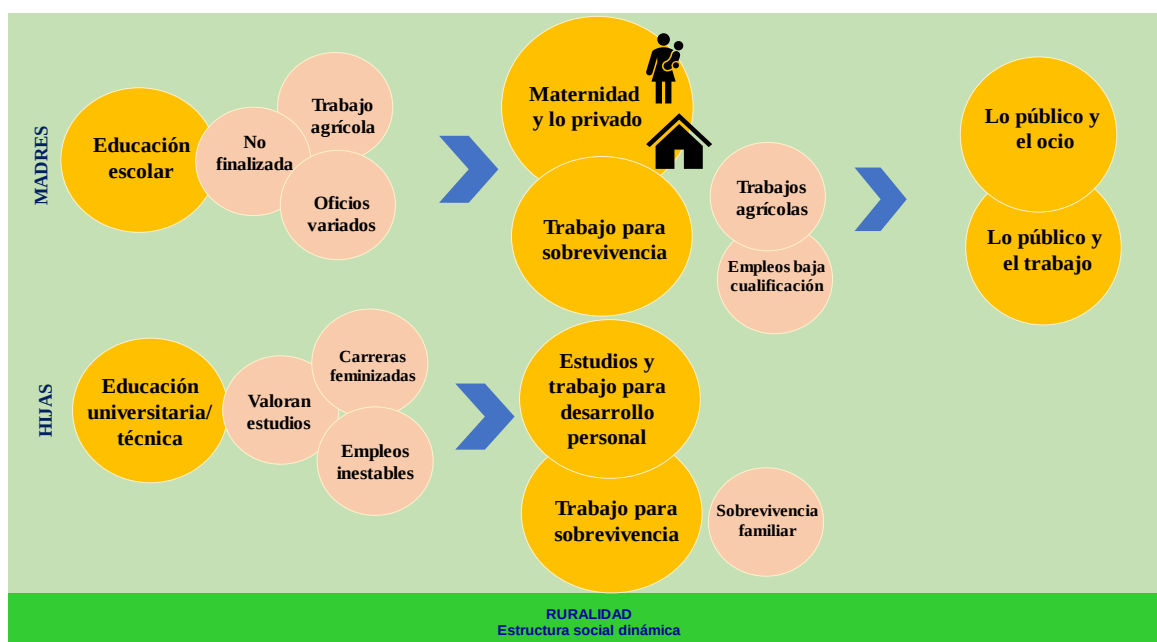
Fuente: Elaboración propia.

El análisis de la generación de madres e hijas muestra también una constante permeancia en lo público, a través del trabajo y el estudio -como elemento novedoso de estas dos generaciones- y del ocio, especialmente en la generación de las madres (Figura 13). En ellas hay formas interesantes de vinculación simultánea de lo público y lo privado, especialmente cuando su rol de *mujer-madre* queda más limitada. Aquellas que aún asumen la función de crianza de los hijos, han debido redefinir el uso de los tiempos y buscar fuera del hogar, es decir, en lo público, nuevas formas de redefinición de lo femenino. Cuando los hijos crecen, las *madres* deben repensar su *yo-mujer-madre*. La salida al mercado laboral será, especialmente para las españolas, una especie de divertimento, una forma de usar el tiempo libre o también de buscar seguridades sociales para el futuro. Buscarán allí a *otras mujeres*

para realizar actividades conjuntas en lo público. Para aquellas que participan del mercado laboral sin cesar, la *salida hacia afuera* es obligatoria pues se debe sustentar a la familia.

En las hijas, las formas de inserción en lo público están mediadas por el mercado laboral y los estudios, emergiendo también la inserción a través de actividades políticas -que es una forma novedosa de inserción en comparación con las generaciones anteriores-. El estudio y la profesión como estrategias de inserción son altamente valoradas por las españolas que, no obstante, están insertas de forma inestable en el mercado laboral. Las chilenas muestran una valoración de su ejercicio profesional por la posibilidad que entrega de sustentar a los hijos.

Figura 13. Lo privado y lo público en la conceptualización de lo femenino en madres e hijas



Fuente: Elaboración propia.

Por lo tanto, lo que aquí se plantea es que las mujeres rurales no solo se insertan en lo público sino también que están en un movimiento constante de *entrada* y *salida*, y con matices novedosos en cada generación y en cada etapa del ciclo vital. Con este análisis, se evidencia que la tensión entre lo privado y lo público -ofrecido por la reflexión teórica utilizada- adquiere, en el estudio de lo femenino en zonas rurales, límites menos rígidos, más flexibles. Y, especialmente que, en condiciones de ruralidad y relativa pobreza, las mujeres conocen el trabajo desde la niñez -en el caso de abuelas-, desde la adolescencia -cada vez que se decide

abandonar los estudios -en el caso de la madres- y, en las hijas, de forma más variada, pero en la mayoría de los casos, para poder sustentar a sus núcleos familiares.

En relación al análisis concreto de las entrevistas, la presentación se organiza de acuerdo a las prácticas y discursos sobre lo privado y lo público, con especial énfasis en los mecanismos utilizados por las tres generaciones de mujeres rurales para insertarse en lo público. A diferencia de las dimensiones anteriormente analizadas, en este apartado no se presenta un análisis particular para abordar las representaciones sobre lo privado. Éstas fueron abordadas en el apartado anterior, precisamente por su estrecha vinculación con la maternidad o con la idea en torno a ésta. En la Tabla 54, se detallan las categorías que componen el análisis de las prácticas y discursos sobre la inserción en lo público.

Tabla 54. Análisis de las formas de inserción de las mujeres rurales en lo público y entradas y salidas de lo privado

Ámbitos de análisis	Categorías de análisis
Prácticas y discursos (PyD) sobre lo público y lo privado.	1. Participación en lo público a través del trabajo (PyD1) 2. Otras formas de inserción en lo público. Generaciones y etapas del ciclo vital (PyD2)

Fuente: Elaboración propia.

8.4.1. Prácticas y discursos sobre lo público y lo privado

1. PyD1. Participación en lo público a través del trabajo.

Una de las particularidades de la configuración de lo femenino en las zonas rurales -tal como hemos analizado a lo largo de esta investigación- es que las mujeres, dada su contexto de ruralidad y pobreza, siempre han debido *salir* a trabajar. Han *salido* a servir a los hogares de la clase alta de sus respectivos países o han trabajado en los campos segando o vendimiando. Las más jóvenes han podido estudiar primero, para luego insertarse laboralmente. En este sentido, las mujeres rurales no pueden abordarse como mujeres ociosas -en el sentido dado a la *mujer doméstica*- que se quedan en casa, pero tampoco como *nuevas mujeres* por el mero hecho de trabajar-. Tal como señala Chaney (1983), en un interesante análisis de la condición

de la mujer en América Latina en la década de los 80, el modelo o idea de mujer en casa sin nada que hacer *-una mujer ociosa-* está relacionado con la clase social.

Las mujeres rurales, en efecto, siempre han trabajado y conocen esa inserción laboral desde muy pequeñas. Esta es su forma más conocida y *siempre repetida* de insertarse en lo público. Son mano de obra más o menos flexible, de baja cualificación -especialmente las abuelas y madres- y están ligadas, en su mayoría, a espacios laborales altamente feminizados. Las más jóvenes se especializan, estudian, pero siguen insertas en mercado inestables.

Las abuelas se insertan en lo público desde su niñez porque deben aportar a la subsistencia familiar, como ya hemos señalado. La pobreza de los campos las obliga a trabajar de forma irregular y precaria durante su infancia y juventud. Algunas lo harán en casas de familiares a cambio de educación. Otras irán a servir a familias acomodadas siendo muy jóvenes.

“Desde los 15 años hasta los 21 que me casé estuve en Madrid, todo el tiempo sirviendo (...), piensa que yo cuando me fui a Madrid pagaban a lo mejor 50 pesetas por, por, por servir al mes y mantenida. (...) Entonces lo hacíamos por nada”. **Abuela española**

Por el tipo de trabajo y la edad en que lo hacen, la inserción en lo público es fatigosa, desgastante, dolorosa. El trabajo es una obligación que las desvincula del disfrute en sus primeros años de juventud. Por ello el trabajo no es valorado como tal. Lo que se valora es el esfuerzo y el apoyo que brindan a la familia rural, económicamente o participando en la crianza de animales, en los cultivos y el aporte económico. Ahora bien, los testimonios evidencian que la inserción en lo público ligado al trabajo no acaba en la vejez. Algunas de ellas, con cerca de 70 años, siguen trabajando. Algunas continúan sirviendo en casas donde trabajan por décadas, mientras otras lo hacen vinculadas a un negocio familiar.

“A los 13 años me vine a trabajar a Santiago. Fue muy triste, muy dolorosa mi vida. Hasta el día de hoy trabajo en casas particulares. Cuando llegué acá a Santiago (...) me tocaron bien malos patrones, porque ellos comían arroz con carne, arroz con pollo, fideos con carne y nosotras teníamos que comer, porotos, lentejas, tallarines con huevo”. **Abuela chilena**

“El hijo (...) tiene el bar, y me tiene hecha una esclava a mí y a mi hija”. **Abuela española**

En el caso de las madres se observa una inserción en el trabajo más tardía que la generación anterior, dadas las mejoras económicas en el país. Las madres como ya se ha señalado en otros lugares de esta investigación, acceden a educación escolar de manera estable y sistemática, al menos a los primeros años de la enseñanza primaria. La inserción en el mercado laboral ocurrirá cada vez que las mujeres deciden o deben dejar de estudiar y, cada cierto periodo y según las necesidades familiares, la inserción será retomada. Los trabajos a los que acceden son altamente feminizados vinculados al cuidado de terceros (niños, personas de la tercera edad, familias) y de limpieza. En el ámbito rural, se vinculan a trabajos de empaque y procesamiento de productos agrícolas.

“Hice cursos y cosas (...), y estuve trabajando en correos, pero bueno haciendo suplencias. Luego después mi hermano puso la casa rural que ahora la tiene alquilada, pero hemos estado 9 años trabajando ahí nosotros y (...) me he encargado también de muchas cosas, incluso de la limpieza de la casa (...), de un poco el manejo de todo”. **Madre española**

En las *hijas*, todas con estudios superiores -universitarios o técnicos- se evidencian dos tipos de inserción. Por un lado, estás las chilenas que acceden a un mercado laboral más formal en trabajos vinculados a sus estudios. Pero, todos ellos son ámbitos feminizados (trabajo social, asistente de jardines infantiles y enfermería con instrumentación quirúrgica). Esta inserción laboral es valorada pero no como espacio de reivindicación femenina, sino como un medio de subsistencia, de dar una mejor calidad de vida a los hijos.

“Soy arsenalera y me puse a trabajar, entré a turno, antes trabajaba de 8 a 5, ahora empieza el turno que son dos días de larga de 8 a 8 y dos noches, hoy día tengo dos noches y después tengo dos días libres y así va mi semana (...), pero con mucho miedo de cambiarme de trabajo, que por remuneración es muy bueno”. **Hija chilena**

Las españolas, por otra parte, muestran una inserción laboral también vinculada a sus estudios profesionales, pero lo hacen con un carácter mucho más inestable: trabajos vinculados a becas, de duración limitada y algunos de tipo voluntario. En ellas, no obstante, se observa una alta valoración del ejercicio profesional y del desarrollo personal.

“He recorrido así estos años, pegando brincos de un sitio a otro. (...), estudié en Granada mi doctorado (...). Y ahí fue cuando conseguí en el 2005 (...) el servicio de voluntariado europeo en Palestina. Estuve 6 meses en el 2006, una de las mejores experiencias. (...) Conseguí otra [beca] (...), me convertí en una rebeca, beca, y entonces me fui a Escocia nuevamente, a una ONG a trabajar (...) y, en ese intervalo, pedí las becas del gobierno vasco”. **Hija española**

Hay un interesante elemento en el análisis de la generación de las jóvenes españolas y chilenas que no se observa en las biografías de las abuelas y madres y es la promoción, incentivo y fortalecimiento que sus padres y madres hacen sobre una formación especializada que les permita insertarse más adecuadamente en el mercado laboral. En efecto, hemos evidenciado en distintos momentos de esta investigación que, ante la falta de recursos, abuelas y madres debían abandonar los estudios y apoyar al núcleo en la subsistencia familiar. La generación de las hijas se enfrenta, por primera vez, al apoyo económico y emocional de sus padres para continuar con los estudios, en tanto aseguren una mejor inserción en el mercado laboral. Esto les permite tener una primera y única posibilidad -desde una mirada intergeneracional- de reflexionar sobre su trayectoria individual, personal y profesional.

“En cuestión de estudiar, la verdad es que nunca me han puesto ninguna traba y yo sé que están orgullosos (...), cuando me llama mi padre decir: “estoy leyendo esto ahora y el trabajo y no sé qué”, eso a mi padre le gusta”. **Hija española**

Lo que se observa es que las mujeres rurales de las tres generaciones aquí consideradas están insertas a lo largo de toda su trayectoria -unas antes, otras después- en el espacio público a través, principalmente, del trabajo. Trabajos que en las dos primeras generaciones tiende a ser precario, flexible y de baja cualificación. Y que, en las generaciones más jóvenes, está vinculado a una formación profesional universitaria o técnica que es altamente valorado, aunque por distintas razones según el país considerado. Esto evidencia que la *salida* al espacio público es, más bien, la tónica en las trayectorias femeninas. Lo privado se constituye como una esfera en la cual solo algunas mujeres y solo por cierto periodo, pueden estar. Lo privado entonces, frente a la necesidad de trabajar, se va configurando como un ideal o como una esfera disfrutada por *otras*. No obstante, aquellas que estuvieron criando a sus hijos en

casa, de acuerdo al modelo establecido, igualmente tienen inserciones en lo público, trabajan esporádicamente, esperan que sus hijos crezcan para estar por algunas horas al día empleadas.

2. PyD2. Otras formas de inserción en lo público. Generaciones y etapas del ciclo vital

Los espacios públicos de la *nueva mujer* -relevados en el Capítulo 4- redundan buena parte de las veces en lo relacionado con el mercado laboral y los estudios, descuidando otras relevantes formas de inserción ligadas a actividades de ocio y esparcimiento. En efecto, el análisis de las trayectorias evidencia la existencia de diversas formas de *estar* y participar de lo público. Y, además, que esas formas de inserción en lo público varían de acuerdo a las etapas del ciclo vital. El objetivo de este apartado es visibilizar esas *otras formas* de inserción. En efecto, en las abuelas destaca, siendo una particularidad que desaparece en el resto de las generaciones, la *salida* a las gargantas de agua, un espacio muy propio de socialización de las mujeres de finales del siglo XIX y principios del XX (Perrot, 1997). Allí, no solo se frecuentan con otras jóvenes, sino que también son una excusa para establecer una relación con los novios, a pesar de la intensa mirada de los padres.

“Los lunes íbamos a la garganta a lavar (...) y se presentaban a los novios allí, por la tarde, era donde nos veíamos (...), no podíamos hablar con el novio porque estaba allí mi padre como un centinela de frente. (...) Era muy bonito aquello porque es que iban las mozas al caño por el agua”. **Abuela española**

En el avance de las etapas del ciclo vital, se ve que las *abuelas* muestran una tendencia a participar activamente de los espacios públicos que se generan en torno a la actividad religiosa. Las iglesias se constituyen como un espacio de vinculación con la comunidad.

“Voy a la iglesia evangélica, donde es muy lindo, nos reunimos, por mi trabajo no puedo ir (...) porque como yo [trabajo] uno se reúne a las 7 de la tarde y yo a las 7 estoy trabajando, pero voy los domingos y como le digo, somos felices gracias a dios”. **Abuela chilena**

Otras instancias de inserción en lo público y que se manifiestan también con mayor intensidad en la vejez, son los viajes con mujeres de la tercera edad del pueblo. Aquí emergen, se activan las redes vecinales y comunitarias del pueblo rural. Se articulan mujeres en grupos que, liberadas en su adultez del cuidado de hijos y familia, encuentran en lo público un espacio que les es propio. Es interesante -como se ve a continuación- que la generación de las madres está en una constante búsqueda de actividades cada vez que sus hijos han crecido, Para las abuelas éstos aparecen disponibles desde los ayuntamientos locales. En definitiva, es, en esta etapa del ciclo vital, quizás cuando vuelven a *estar en lo público*, pero ahora lo hacen sin el esfuerzo y fatiga que significa el trabajo para ayudar en la sobrevivencia familiar. Las *abuelas* muestran *disposición* a vivir comunitariamente, a participar en lo público e integran a su proceso de configuración de lo femenino nuevos elementos.

“Es que hay gente que, no hay mucha gente así de mi edad (...), le dices “¿por qué no vamos a tal sitio?”, aquí en Castilla-La Mancha tenemos gratis los autobuses, podemos ir a Cuenca, a Albacete, a Toledo, a todos los sitios, pues oye, ‘no’”. **Abuela española**

Otro elemento relevante en las biografías de abuelas y madres, y que marca una *salida* a lo público desvinculado del trabajo, son los bailes y festividades de los pueblos. Éstos están configurados -como recordamos- bajo estrictas normas de vigilancia y control de la sexualidad-. Estas formas de inserción sustentadas en el ocio y divertimento están también presentes en la generación de las hijas, incluso con mayores libertades -tal como se detalló en este mismo capítulo. Ahora bien, el carácter comunitario de los pueblos rurales y una fuerte identidad arraigada en las costumbres y festividades religiosas hace que, en otras etapas del ciclo vital, la inserción en lo público siga anclada también en dichas festividades.

“Los Reyes son muy famosos aquí en el pueblo (...) y luego se curra mucho (...) a lo mejor estamos trabajando 100 personas (...). Luego hay otra que es la semana de las Águedas (...), se juntan las mujeres solas a cenar y se tiene una pequeña fiesta”. **Madre española.**

En la generación de las madres se evidencia la creación y búsqueda activa de espacios de inserción en lo público, especialmente cuando los hijos han crecido y se enfrentan a menos

responsabilidades domésticas. La figura de la *mujer-madre* comienza a buscar en lo público otras formas identitarias, ligadas al tiempo libre y el ocio, ya no solo en el trabajo ocasional.

“Por las tardes me gusta mucho andar y hacer gimnasia (...) y luego me doy pues todos los días unos 10, 12 kilómetros de andar, una amiga y yo y entonces hablamos, pasamos la tarde y es un poco lo que hago”. **Madre española.**

Hay un interesante elemento ligado a la inserción en lo público, y es la participación en organizaciones territoriales que se manifiesta en la generación de las madres e hijas. Son formas de acercamiento a los postulados de la *nueva mujer que participa* activamente en asuntos públicos. En las biografías de las mujeres rurales entrevistadas, esa participación asume un marcado carácter local, ligado a las necesidades de los habitantes del pueblo.

“Me empecé a meter en asociaciones allí en Cercedilla, en asociaciones juveniles, en asociaciones deportivas [y] te vas dando cuenta pues que hace falta gente para hacer cosas, y tener un poco de iniciativa y, y mover un poco eso, el ámbito local y que no se reduzca sólo a los trabajos o a tener un empleo”. **Hija española**

8.4.2. A modo de cierre. El trabajo como inserción conocida y el anhelo de *estar en lo privado*

La modernización sociocultural experimentada en las zonas rurales ha permitido, sin lugar a dudas, una cada vez mejor inserción de las mujeres en lo público, especialmente en las jóvenes españolas y chilenas que han accedido a más formación, alcanzando incluso estudios de nivel superior. No obstante, la inserción laboral -como principal forma de participación en la esfera pública- no puede ser leída al margen de la condición de ruralidad que enmarca las biografías analizadas y que obliga a que las mujeres de las tres generaciones se inserten a lo largo de su toda su trayectoria en empleos rurales o no rurales.

Hay, entonces, una inserción conocida y *siempre repetida* a través del trabajo y bajo la lógica de asegurar la subsistencia familiar. Es interesante señalar que prácticamente todas las mujeres chilenas entrevistadas -abuelas, madres e hijas- se encuentran trabajando. A todas ellas ese trabajo les asegura la existencia. Las españolas, en cambio, muestran en diferentes momentos de su trayectoria más posibilidades de *retraerse a lo privado*, aun cuando no sea

por periodos tan extensos. Siempre hay incursiones en el mercado laboral, aunque principalmente es en empleos flexibles y precarios, ya sea en las madres que carecen de formación escolar secundaria y experiencia laboral, o en las hijas, que se enfrenta a un mercado laboral que no ofrece oportunidades estables.

Junto con lo anterior, lo que se aquí se ha evidenciado es que, frente a la relativa necesidad de estar en el mercado laboral, los imaginarios reivindican y reproducen intergeneracionalmente un deseo, un anhelo de estar en lo privado. Éste es percibido y valorado en tanto espacio de *confort* donde las mujeres pueden criar a sus hijos y cuidar de los asuntos domésticos. En esta lógica, el estar en lo público se mira de frente con el deseo de estar en lo privado.

CAPÍTULO 9. Tipología de mujeres rurales chilenas y españolas

Con el objetivo de indagar en la conceptualización de lo femenino en mujeres rurales de España y Chile, a lo largo de esta investigación se han presentado y discutido una serie de decisiones teóricas y metodológicas, y se ha realizado un exhaustivo análisis del material cualitativo. Todo ello permite proponer una tipología de lo femenino en la ruralidad de ambos países. Ahora bien, recordar que lo femenino, en tanto constructo sociohistórico, ha sido abordado desde una perspectiva territorial -la ruralidad- e intergeneracional -abuelas, madres e hijas-. Asimismo, se ha seguido una perspectiva feminista en su sentido teórico y conceptual pues permite abordar a las mujeres -en tanto sujetos de estudio- como un colectivo heterogéneo y diverso. Junto con esto, se utilizaron los aportes que, sobre la condición de las mujeres y las transformaciones en las relaciones de género, ofrece la sociología de la crisis de la modernidad. En este proceso analítico se identificaron dimensiones dominantes en los modelos hegemónicos de lo femenino de las sociedades modernas occidentales -*mujer doméstica* y *nueva mujer*-. Los rasgos afectivos y emocionales, la sexualidad y la moral sexual, el matrimonio, la maternidad y, finalmente, la tensión entre esferas privadas y públicas, serán el primer acercamiento a la configuración de lo femenino.

La estrategia metodológica seguida -cualitativa y biográfica- ha permitido también profundizar en las historias de vida de las mujeres rurales y reconceptualizar las dimensiones recién nombradas, ampliándolas, complejizándolas. Ello ha evidenciado la interrelación de aspectos de cada modelo teórico y la emergencia de nuevos ámbitos de análisis. La estructura social rural -dinámica y compleja- y los procesos y efectos de la modernización de las zonas rurales españolas y chilenas, ofrece nuevos elementos. Junto a las evidentes transformaciones técnico-productivas y socioculturales de la ruralidad de los países señalados, permanecen y se reproducen asuntos ligados a la ruralidad tradicional. Ésta y la *nueva ruralidad* se fusionan, las biografías se complejizan y emergen nuevas formas de abordar lo femenino.

Teniendo como base teórica, metodológica y analítica los puntos descritos, se presenta a continuación una tipología de mujeres rurales españolas y chilenas o tipos de lo femenino en lo rural. Lo que resulta de este proceso reflexivo y analítico es la definición de cinco (5) tipos de lo femenino en la ruralidad española y chilena. Esos tipos no deben abordarse como un

gradiente entre la *mujer doméstica* -en un polo o estadio- y la *nueva mujer* -en otro polo-. Es decir, la tipología no debe ser leída como un *continuum* entre un modelo tradicional de mujer y otro al que se debe aspirar, en tanto proyecto emancipador de la mujer. Por el contrario, los tipos presentan un valor en sí mismo pues identifican las particularidades de lo rural y el propio proceso de articulación de lo tradicional y lo nuevo, desde una perspectiva sociológica con énfasis en el componente territorial, intergeneracional y biográfico.

Los cinco tipos de mujer identificados, que se presentan en la Figura 14 y que se desglosan a continuación son los siguientes: Tipo 1: *La mujer rota*; Tipo 2: *La cuidadora consagrada*; Tipo 3: *La siempre repetida cabeza de familia*; Tipo 4: *Las mujeres de la modernización y las trayectorias en construcción*; y Tipo 5: *La mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad*. Sobre esta tipología cabe señalar, por una parte, que en cada construcción no hay una segmentación por país. Es decir, las españolas y chilenas, analizadas en sus biografías, discursos, prácticas y representaciones, logran abstraerse en modelos que superan el país de origen. Y, por otra parte, que en los tipos 1, 2 y 3 se integran mujeres de todas las generaciones. Los tipos 4 y 5 han requerido una segmentación generacional.

Figura 14. Tipología de mujeres rurales españolas y chilenas



Fuente: Elaboración propia.

Tipo 1. La mujer rota

“Veía más problemas por lo de la familia porque se necesita mucho tiempo para la casa, para las comidas, para mis hijas, que me he volcado siempre mucho con ellas. Y decía, madre mía, cómo voy a [estudiar en la universidad] si estoy haciendo cursos que no son nada y veo que requieren esfuerzo y te quitan tiempo. Si me meto a la universidad, no sé si voy a poder llegar. Bueno, al final lo fui dejando y ya está. Es una espinita que tengo ahí, una cosa que me ha quedado y que me hubiera encantado de verdad”.

En este modelo los ejes centrales son la maternidad, la crianza y la familia. Estos elementos son asumidos como desafío y proyecto de vida y, por tanto, son altamente valorados. Para el ejercicio de esa maternidad y cuidado de las necesidades familiares, se ponen de manifiesto ciertos **rasgos afectivo-emocionales** como la abnegación y el sacrificio que requieren, además, de la postergación de los propios proyectos o necesidades. Ello, no obstante, en el ejercicio reflexivo sobre el pasado y en la mirada hacia el futuro, comienzan a ser invadidos por un relativo malestar, especialmente por los aspectos de la vida social y profesional que se debieron marginar. Este malestar se verbaliza como cansancio, conformismo y un relativo aburrimiento cuando se enfrentan a un mayor tiempo libre y una crianza cargada de menos responsabilidades.

La *mujer rota* se enfrenta desconcertada ante el presente y, especialmente, ante el futuro. Se abandonan los estudios, se contrae matrimonio y se es madre a temprana edad. Ello no permitió que pudiesen terminar la educación secundaria ni asistir a la universidad. No ejercieron profesionalmente ni tuvieron oficios que generaran satisfacción. Hoy se miran en su propio *espejo* y evidencian la dificultad de insertarse en el mercado laboral de forma estable pues carecen de formación y experiencia.

Este *tipo* de mujer toma su nombre del libro escrito por Simone de Beauvoir en la década de los 60, libro compuesto por tres cuentos donde se relata la crisis en la identidad femenina de mujeres de mediana edad liberadas de los cuidados y enfrentadas a su soledad. En la tipología aquí propuesta, las *mujeres rotas* han enfocado su trayectoria, su biografía en torno a los hijos y los cuidados del hogar y ahora, enfrentadas a un tiempo disponible que desconocían, deben volver a redefinir esa identidad femenina sobre la que se han sostenido. Sociológicamente,

esto se evidencia como resultado de la tensión entre el apego irrestricto a las normas y los procesos de individualización que viene dado por los procesos modernizadores.

En relación a su **sexualidad**, hay también una constante tensión. Se cuestiona la vigilancia de sus padres, las limitadas posibilidades de salir y tener novios. Pero, simultáneamente, cuestionan a las libertades que tienen las nuevas generaciones. La tensión vuelve a emerger cuando promueven libertades en las hijas (más parejas, viajar, estudiar, irse del pueblo).

Sobre el **matrimonio, las relaciones afectivas y el amor**, las mujeres contraen matrimonio a temprana edad, y lo hacen luego de abandonar los estudios o para dejar la casa de los padres. El matrimonio es percibido como una decisión apresurada, valorada en sí misma, pero cuestionada en la medida que limitó el desarrollo personal y profesional.

En relación a la **maternidad y el cuidado de los hijos**, como ya se señaló, es un elemento constitutivo de la identidad femenina. La crianza es un proyecto personal. Este tipo de mujer creará en torno a sus hijos innumerables proyectos, como un mecanismo que supla lo que ellas mismas no pudieron hacer. El malestar asociado a sus decisiones es reemplazado por proyectos en torno a los hijos. Se busca activamente promover una mejor calidad de vida para sus hijos y familia, se muestran siempre *disponibles* para ellos.

Por último, en relación a **lo privado y lo público**, se observa que lo privado aparece saturado y se buscan en lo público nuevas actividades, especialmente con otras mujeres en similares condiciones. La inserción laboral fue intermitente en sus trayectorias. Se han realizado *salidas* fortuitas, vinculadas a trabajos esporádicos, donde no emerge ninguna satisfacción.

Tipo 2. La cuidadora consagrada

“A mi marido hasta la cama, si estoy, si no estoy la arregla él, pero sí no, “anda, apáñame la cama que me voy a acostar”. O sea, yo le quito la colcha, le quito el cojín, le quito los trastos (...), le preparo el pijama, se va a duchar, “dame unos calzoncillos y unos calcetines”. Yo soy la chacha, mimada, pero la chacha. Aquí en mi casa no hace ninguno nada. Empezando porque a mí no me gusta que lo hagan porque no lo hacen como yo, la culpa la tengo yo, no ellos, (...). Es verdad, me organizo muy bien con los tiempos”.

Este tipo de lo femenino tiene como principal eje ordenador lo privado y los cuidados de la familia. La maternidad es una dimensión transversal en la biografía, no solo como idea o aspiración sino también como hecho concretado. El sueño cumplido permite que el principal **rasgo afectivo-emocional** manifestado sea un explícito optimismo frente al proyecto de vida seguido. La abnegación y el sacrificio se reivindican como indicadores del adecuado ejercicio de la *buena madre rural*. Es, de alguna manera, la otra cara de la *mujer rota*.

En relación a la **sexualidad**, este tipo de mujer habla abiertamente sobre su cuerpo. Cuestionan el silencio ensordecedor con el que fueron criadas en su niñez, así como los tabúes sobre el cuerpo y sobre la experiencia sexual que les fueron transmitidos, especialmente por sus madres. Aquí hay una reivindicación de la sexualidad femenina.

El **matrimonio, las relaciones afectivas y el amor** son altamente valorados y deseados desde la niñez bajo el ideal de amor romántico y de la existencia de un único hombre destinado para ellas, el *príncipe azul*. Reconocen la importancia de elegir a sus parejas, independiente de las normas de vigilancia de sus padres. La vida en pareja y la experiencia del amor son analizadas desde una dimensión afectiva -compañerismo- y sexual -disfrute con la pareja-. En el matrimonio los roles están diferenciados, eso aporta a la buena convivencia. Aquí toma fuerza la figura de una *buena esposa rural*.

En relación a la **maternidad y el cuidado de los hijos** no hay malestar ni truncamiento en torno al nacimiento de los hijos. La *buena-esposa* y la *buena-madre* son gustosas de cuidar a los integrantes de su núcleo y a la familia extensiva. Lo femenino se juega en el rol de cuidadora de necesidades afectivas y domésticas.

Por último, en relación a la dimensión de lo **privado y lo público**, se observa que la trayectoria gira en torno a lo privado y lo doméstico. Se trabaja como un complemento de ingresos, y solo a veces. O bien, como sustento de la familia. Lo valorado es lo privado.

Tipo 3. La siempre repetida cabeza de familia

“Quedé solita, sin papá, como a los 7 años, después mi madre se convirtió en alcohólica, (...) sufrí mucho, no pude ir al colegio, por lo mismo, tuve que trabajar de los 10 años, inclusive hasta pedir en la calle. Ésa fue mi infancia. Y después empecé a pololear [de novia] a los 13 años. [Nos casamos] (...), vivimos 10 años felices, pero muy felices, (...) logré separarme... (...) yo no se lo doy a nadie que se separe, [es] demasiado y más con hijos (...). Y él igual se transformó, (...) el niño estaba recién nacido (...) y no tenía pañales, llegué a mudarlo con bolsas de basura, porque él no aparecía (...). Me sirvió mucho porque eso me dio fuerza para criar a mis hijos (...), salí adelante. Empecé a trabajar ahí (...) y ahí a luchar a luchar, trabajaba en el campo (...) pero me sentía orgullosa porque yo estaba manteniendo mi casa”.

Este tipo de lo femenino encarna la crisis de los modelos teóricos abordados, pues las trayectorias están marcadas por la desconfianza y el temor y, a la vez, por la fortaleza para asegurar la existencia y mantención de los hijos. La lucha y la abnegación son cruciales y constitutivos de los **rasgos afectivo-emocionales**, y emergen ante la necesidad de asegurar la sobrevivencia material de los hijos. Ante la insuficiente presencia de los padres y su desvinculación de las necesidades económicas de los hijos, la mujer rural se constituye como la única cabeza de familia. Ella es la responsable de mantener la existencia de sus hijos. La fortaleza es un rasgo necesario para poder trabajar y cuidar a la familia.

La **sexualidad** está prácticamente ausente en los relatos, es tematizada solo de forma superficial pues las experiencias sexuales y afectivas están atravesadas por el dolor y la desconfianza.

Sobre el **matrimonio, las relaciones afectivas y el amor** destaca el quiebre definitivo de la imagen o figura del *príncipe azul*. El amor está marcado por el abandono o la violencia. Contraen matrimonio como respuesta a embarazos o a un control excesivo de los padres. Es una experiencia negativa en tanto *mujer-esposa* y *mujer-madre* pues los modelos de

masculinidad reproducen a un *caminante errante* que abandona y golpea. El amor y las relaciones afectivas son puestas en entredicho.

En relación a la **maternidad y el cuidado de los hijos** prima la necesidad de trabajar para cuidar a los hijos. Para ello deben recurrir con más intensidad a ayudas de otras mujeres, incluidas sus hijas mayores para cuidar a los más pequeños del núcleo. El sacrificio para asegurar la existencia material, no obstante, las obliga a descuidar aspectos afectivos de la *buena madre*.

Lo **público y lo privado** son vividos como prácticas y representaciones en permanente tensión. Lo público, a través de la inserción en mercados laborales precarios y altamente inestables, es conocido desde la obligatoriedad de asegurar la existencia material de sus hijos. Son las sostenedoras de su hogar, son las cabezas de familia. Lo privado, como contracara, es altamente anhelado para poner en práctica a la *buena madre rural*, que les ha sido arrebatada por la necesidad de trabajar. Lo público está asociado a la fatiga y el cansancio debido a las largas jornadas de trabajo, muchas veces en malas condiciones laborales.

Tipo 4. Las mujeres de la modernización y las trayectorias en construcción

“Le dije a mi papá que iba a estudiar en el [instituto profesional] que tiene hartito [mucho] prestigio, en Rancagua, no me quería quedar ni en San Fernando ni en nada por acá y ahí postulé (...). Primer año de ese año me fue excelente (...), yo, incluso quería una beca que daban allá a los técnicos que son por 4 meses al extranjero (...). Tengo que hacer la práctica, el técnico y tengo que hacer la práctica, seguir con tercero, preparar mi examen de título. (...) Quiero hacer la práctica y quedarme trabajando y ser bien exitosa en todo”.

Este tipo de lo femenino está conformado exclusivamente por *hijas de la modernización* de las zonas rurales, pero no las considera a todas. Aquí se evidencian como principales **rasgos afectivo-emocionales**, la autonomía e independencia en la elección del proyecto personal. No se muestran constreñidas a las normas tradicionales de su comunidad -como ocurre en otros grupos de mujeres -y muestran planes profesionales en constante construcción que sustentan la identidad femenina. Son, además, mujeres altamente reflexivas sobre su propia

biografía, en constante revisión de los avances sociales para las mujeres, cada vez que revisan la historia de sus abuelas y madres.

La **sexualidad** es abordada positivamente pues las normas y los controles sobre los cuerpos femeninos se han reducido y flexibilizado y, con ello, han podido tener experiencias sexuales variadas. Sobre sus cuerpos hay conocimiento y cuidados, especialmente para prevenir embarazos que trunquen los proyectos individuales.

Sobre el **matrimonio, las relaciones afectivas y el amor**, se observa que el matrimonio aparece completamente desvinculando del contrato en sí y del acto religioso. Se valora la relación de compañerismo y la posibilidad de tener distintas parejas. El amor es vivido desde la posibilidad del fracaso, no hay un amor romántico ni para toda la vida. No hay tampoco presencia de un ideal en torno al *príncipe azul*. Esa figura es reemplazada por la imagen de un *compañero/a*.

En relación a la **maternidad**, cabe señalar que ninguna tiene hijos y tampoco tienen expectativas de tenerlos en el mediano plazo. Lo que prima es el desarrollo de los proyectos personales y profesionales. Hay, no obstante, un discurso sobre la necesidad de estudiar, trabajar y viajar antes de ser madres.

Por último, en relación a **lo privado y lo público**, este tipo de mujer está permanentemente en lo público -a través de los estudios y el trabajo- pero desde una posición satisfactoria en comparación al resto de los tipos de lo femenino hasta acá analizados. Están en lo público por primera vez en todas las etapas de su ciclo vital pues son las primeras que estudian la primaria y secundaria de forma competente, sin tener que abandonar por necesidades económicas de los padres. Para estudiar carreras profesionales y realizar postgrados universitarios, cuentan con apoyo económico de sus padres o apuestan por becas. Su inserción laboral, no obstante, es inestable aún.

Tipo 5. La mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad

“Soy muy activa, que no estoy quieta. [Me llevo] muy bien con todo el mundo, no solo con los vecinos (...). Yo me hubiera alegrado que anteayer cuando vinieron a lo del Belén lo hubiera visto a la gente conmigo y luego en el salón donde me dieron el premio igual. Y yo tengo una sociedad fuera de serie con el personal que hay en el pueblo. (...) En el verano nos salimos a la puerta (...), y a lo mejor me salgo yo a la puerta y por no estar aquí yo sola me voy mucho allí con ellas [amigas]. No soy miedosa pa decirle temo a la soledad, no. Pero lo peor de todo es estar una persona sola las 24 horas del día”.

Este tipo de lo femenino se caracteriza por visibilizar la biografía de las mujeres de la tercera edad, cuando los ciclos de maternidad y cuidados han finalizado. Las mujeres de este grupo tienen un discurso cruzado por el análisis o reflexión de lo realizado. El presente se mira desde el pasado, y logran, a la vez, mirar también hacia un futuro en tanto mujeres. Mirarse en su propio *espejo* las hace evaluar la biografía y presentarse como activas y optimistas, siendo éstos los principales **rasgos afectivo-emocionales**. En el ciclo vital en el que están, han debido enfrentarse a la redefinición de su identidad femenina y utilizar estrategias de distinción de otras mujeres de la misma edad que decidieron no *salir* de sus casas.

La **sexualidad** es tematizada en pasado. Son trayectorias sexuales altamente marcadas por las estrictas normas de comportamiento y vigilancia de los cuerpos de la comunidad rural.

El **matrimonio, las relaciones afectivas y el amor** son abordadas desde la capacidad de transgredir aquello que dictaban las normas de la época. La elección del esposo y la espera hasta el matrimonio para comenzar una vida afectiva y sexual genera satisfacción y, a la vez, cuestionamientos a las libertades y flexibilidades de las generaciones más jóvenes.

La **maternidad** es abordada positivamente. El amor maternal va siendo desplazado hacia los nietos y la familia extensa.

Sobre **lo público y lo privado**, se observa que el activan las redes locales del pueblo rural para insertarse desde un nuevo lugar en lo público. El ocio y el divertimento, la religión y las actividades comunitarias y el trabajo, en algunos casos, son el eje de la nueva identidad. Como contracara a una adultez en lo privado a cargo de los hijos y de lo doméstico, las mujeres de la tercera edad se visibilizan, entran nuevamente en lo público.

CAPÍTULO 10. Conclusiones

Los capítulos hasta aquí presentados y sus respectivos análisis, han planteado la necesidad de abordar el estudio de lo femenino -e identificar sus particularidades- integrando una mirada territorial que, en este caso, ha estado enfocada en la ruralidad de pueblos españoles y chilenos. Asimismo, se ha propuesto indagar en lo femenino en la ruralidad considerando las dimensiones más relevantes que lo componen, en su sentido teórico y analítico: rasgos afectivos; sexualidad y moral sexual; matrimonio, relaciones afectivas y amor; maternidad y cuidado de los hijos; y, lo público y lo privado. Dimensiones, por lo demás, articuladas e imbricadas que, aprehendidas desde la perspectiva territorial e intergeneracional, ofrecen las particularidades de lo femenino en lo rural.

El análisis sociológico realizado ha puesto en relevancia también la necesidad de indagar en las prácticas de las mujeres rurales, sus discursos y representaciones en torno a las dimensiones señaladas. Todo ello, abordado en relación a la estructura social que sustenta las biografías femeninas -la ruralidad, como soporte complejo y dinámico- evidencia los cambios que han resultado de los procesos de modernización, así como las permanencias en las pautas socioculturales. De esta articulación de la permanencia y el cambio, emergen diversas formas o conceptualizaciones de lo femenino que, tal como se presentó en el capítulo anterior.

Ahora bien, las premisas teórico-metodológicas seguidas a lo largo de esta investigación constituyen el marco de los resultados presentados en esta tesis doctoral. Dichas premisas han permitido evidenciar que, efectivamente, lo femenino no es unívoco ni homogéneo y que, en la ruralidad, emergen varios tipos de mujeres rurales o tipos de lo femenino que requieren de un análisis particular. Lo que se observa es, en primer lugar, que lo femenino -como objeto de estudio sociológico- resulta interesante y provechoso cada vez que se aborda como una construcción sociocultural y, por tanto, se aprehende desde una mirada sociohistórica e intergeneracional.

En esta línea, el análisis comparado de los tres grupos de mujeres -abuelas, madres e hijas- ha permitido evidenciar los cambios y transformaciones entre las distintas generaciones, así

como los aspectos que se reproducen entre ellas. Entre aquellos elementos que se mantienen destacan la figura de la *buena madre rural*; la permanencia del patrón afectivo donde los vínculos de confianza que ofrece el pueblo rural promueve que las mujeres elijan sus parejas en el pueblo; la vinculación -al menos a nivel de imaginarios- de la maternidad y cuidado de los hijos con lo privado; y el matrimonio como estrategia de vinculación afectiva predominante. Estos y otros elementos analizados son aspectos comunes al proceso de conceptualización de lo femenino en los territorios estudiados. A ello se suman unas identidades intergeneracionalmente ancladas en lo rural: el pueblo, las relaciones sociales allí establecidas, son elementos valorados y parte constitutiva de sus propias identidades y trayectorias biográficas.

La mirada sociológica e histórica -en su sentido intergeneracional- ha permitido ver también aquellos puntos donde efectivamente se evidencia un cambio abrupto en las biografías. Muchos de esos elementos fueron también revisados en el apartado estadístico del Capítulo 3. En efecto, y como resultado de la modernización económica y técnico-productiva de España y Chile y en vista de las biografías de las mujeres entrevistadas, se observa la disminución del tamaño de la familia; el incremento de los niveles de educación primaria, secundaria y universitaria/ técnica en las mujeres de la ruralidad; y el aumento en la tasa de participación laboral, principalmente en el área de los servicios y en ámbitos feminizados. A nivel discursivo y biográfico, se ha observado que, efectivamente abuelas, madres e hijas rurales han sido parte de un proceso de transformaciones en sus pautas socioculturales.

Hemos planteado aquí también la necesidad de incorporar al estudio de estas *historias de vida debidas*, un *espejo intergeneracional*, entendido como recurso biográfico en el análisis de las trayectorias individuales y colectivas. En él, cada mujer, cada generación analiza su propia biografía a la luz de las trayectorias de quienes las preceden, de quienes las siguen. Los ojos y discursos de las mujeres rurales entrevistadas muestran el cambio y la permanencia en las zonas rurales. Todo ello, en su conjunto, va configurando lo femenino en lo rural. He aquí la importancia de uno de los puntos de partida de esta investigación, de abordar lo femenino como una construcción sociocultural e histórica.

Otro asunto a destacar -presente en los llamados *puntos de partida de la investigación* y referido a la tradición teórica feminista aquí seguida- es la imposibilidad de hablar de las

mujeres como una categoría unitaria, coherente y estable. Son, por el contrario, un colectivo amplio y heterogéneo. Por ello, las categorías conceptuales analizadas en el Capítulo 4 sobre la *mujer doméstica* -la primera mujer de la modernidad- y la *nueva mujer* -como proyecto y promesa de emancipación- son un marco inicial para evidenciar la multiplicidad de formas que adquiere lo femenino. La tradición y la modernización se articulan y fusionan en la ruralidad, se encarnan en las biografías de las mujeres que allí habitan o han habitado y ofrecen formas de lo femenino donde las dimensiones arriba señaladas interactúan, se fusionan, asumen novedosos matices.

Asimismo, los estudios proporcionados por los teóricos de la sociología de la crisis de la modernidad (Lipovetsky, Giddens, Beck, entre otros) han permitido también identificar las transformaciones que la modernidad -en el marco de las sociedades industriales tardías- han generado en la condición de las mujeres. No obstante, una lectura crítica de dichos postulados pone en evidencia también que se requieren estudios concretos y específicos para las mujeres de otros y variados contextos. Los cambios en la condición de la mujer urbana europea -a la que aluden los teóricos señalados- requiere de una revisión específica en el contexto rural español y chileno, poniendo de manifiesto con ello que las mujeres son un grupo amplio con categorías y conceptualizaciones de lo femenino más complejas.

El tercer elemento orientador del análisis de esta investigación ha sido la utilización de una perspectiva cualitativa y del método biográfico para abordar la conceptualización de lo femenino de tres generaciones de mujeres rurales, entendidas aquí como un *aquelarre* o espacio de mujeres. Esta perspectiva permitió indagar en los espacios -territoriales y simbólicos- en los que estas mujeres conviven, desde los cuales hablan, tensionan modos de vida. El *aquelarre*, recordemos, se entiende aquí como un espacio de reflexión de las mujeres rurales, en el sentido sociológico del término. Las experiencias cotidianas, las prácticas, valores, las actitudes y el cuestionamiento sobre la propia experiencia ocurren allí en lo privado en tanto materialidad que significa el hogar.

Ahora bien, el hogar rural como espacio de reflexión, además actuaba como espacio evocador de la memoria individual y colectiva y, con ello emergen los discursos sobre lo femenino. Las fotografías de familiares, de matrimonios, bautizos, primeras comuniones se articulaban con manualidades que ellas mismas habían realizado. La materialidad del hogar -

habitaciones, ampliaciones y mejoras, por ejemplo- eran también un mecanismo mediante el cual la historia social de la ruralidad emerge y muestra trayectorias marcadas por la pobreza y por el cambio en las condiciones de vida de las familias rurales. Las relaciones sociales vecinales y familiares, la intensidad de los lazos comunales de la ruralidad, surgían también en esa materialidad cada vez que las mujeres abrían las puertas de sus casas. Amigas, vecinas, nueras, todo un grupo de mujeres, toda una red que forma parte del proceso de configuración de lo femenino.

En este *aquelarre* se evidenció también la activación de otras redes, unas redes de cuidado propiamente femeninas. Grupos de mujeres que dan voz a una sexualidad silenciada por las generaciones adultas. Grupos de mujeres que cuidan durante los embarazos, partos y nacimientos. Grupos de mujeres que ayudan a salir de situaciones de maltrato y violencia. El *aquelarre*, en este sentido, no solo es un espacio donde se reflexionan sobre lo rural y lo femenino. Es también un espacio donde la comunidad rural, sus lazos vecinales y familiares se activan intensamente y lo hacen, especialmente, desde un prisma femenino.

La estrategia metodológica seguida permitió también abordar y profundizar en aquellos temas que la sociología y otras ciencias sociales han estudiado sobre lo rural. En las últimas décadas se han abordado con especial ahínco las alteraciones provocadas por la globalización en las condiciones de vida y de trabajo en el mundo rural -tal como se evidenció en el Capítulo 3-. En efecto, la modernización no solo altera las estructuras productivas y los modos tradicionales de trabajo de las comunidades rurales. Lo hace también en las subjetividades e identidades de sus habitantes. Y es en este asunto donde centramos los últimos párrafos de esta investigación. Precisamente, en la necesidad de articular el estudio de lo femenino con la estructura que enmarca su configuración y que, para el contexto ofrecido por la ruralidad, se ha visto enfrentada a intensos procesos de modernización que la han hecho porosa a los cambios y permanencias.

En ese sentido, se ha evidenciado que la estructura rural se aprehende como la interacción constante entre elementos propios de la ruralidad tradicional y la *nueva ruralidad*. Y que, las biografías femeninas están vinculadas -en tanto afectan y están afectadas- por la estructura resultante de los procesos modernizadores en una relación dinámica, complementaria y compleja. En efecto, la modernización no es lineal ni inequívoca. Y sus efectos y

transformaciones tampoco lo son. La conceptualización de lo femenino, los tipos de mujer en lo rural alternan de modo interesante esos efectos, esos cambios y permanencias, siendo este uno de los principales aportes pretendidos de esta investigación.

La condición de las mujeres y su conceptualización en torno a lo femenino debe abordarse evidenciando la existencia de diferentes tipos de modernidades y, por tanto, diversos tipos de lo femenino. Ello muestra que no hay en la ruralidad un modelo único ni unívoco de mujer, ni tampoco debe esperarse el paso de una *mujer doméstica* a una *nueva mujer*, tal como figura en la literatura revisada. La conceptualización está, de hecho, intrínsecamente tensionada. Lo femenino y lo rural, en este sentido están imbricados en torno al cambio y la permanencia. La figura de la *buena madre rural* o el *confort* que genera la intensidad comunitaria de los pueblos en la creación de lazos afectivos choca, para luego imbricarse, con los modos de hablar y practicar la sexualidad femenina en las diferentes generaciones, así como con la reflexión sobre la propia identidad y trayectoria.

Es evidente también que la modernización, en ese mismo proceso tensionado, genera distinciones dentro de las generaciones analizadas. Y ello era parte de los objetivos de esta investigación cuando se planteaba realizar un análisis comparado entre mujeres rurales españolas y chilenas. En efecto, la tensión del proceso y la mirada entre países se ha hecho visible en mayor medida entre las jóvenes de la generación de las hijas. Si bien en chilenas y españolas hay una más renovada forma de analizar y experimentar la condición de la mujer y configurar lo femenino -en comparación con las generaciones anteriores- las trayectorias en ambos países muestra también diferencias.

Las jóvenes chilenas son madres, trabajan en sus profesiones, tienen un presente menos proyectado hacia el futuro pues el énfasis discursivo y la experiencia están más centrados en la cotidianidad. Las *hijas* españolas, por su parte, en buena parte aún estudian, no tienen hijos y están significando constantemente su presente en torno a un futuro que, la mayoría de las veces aparece como incierto. Estos matices responden a las propias diferencias que los procesos de modernización y de transformación sociocultural han tenido en ambos contextos. Las jóvenes chilenas reproducen -casi sin distinción- las trayectorias de las mujeres latinoamericanas que se revisaron en el apartado teórico. La figura de la *madre* es omnipresente y lleva aparejada la figura de un *hombre ausente*. Si bien la investigación ha

evidenciado que ello ocurre en las madres chilenas y españolas también, no está presente en ninguna de las jóvenes de España.

En el caso de las *abuelas*, es interesante relevar también que la modernización de las pautas socioculturales ha intervenido en una nueva comprensión de la adultez y de la experiencia de la vejez. En efecto, las mujeres de esta generación evidencian apertura a establecer nuevas relaciones afectivas, a participar en lo público y a repensar la viudez -relevando un *espíritu y mentalidad particular*- y a continuar insertas en el mercado laboral -a pesar de la fatiga que ello genera-. Todo ello ha mostrado la reconfiguración de identidades desvinculadas -en alguna medida- del espacio doméstico. Hay incluso aquí una nueva activación del *aquelarre* de mujeres que se reúnen, viajan, participan de concursos de los pueblos.

En efecto, el estudio de lo femenino desde un prisma intergeneracional, territorial y relevando la estructura y modernización rural, muestra *otras* formas de aprehender a la mujer rural en la vejez. Tal como se revisó en el Capítulo 3, la literatura actual tiende a mirar al campo como un espacio envejecido, no solo en su sentido demográfico sino también social. Lo que esta investigación evidencia es que en estudios de ese tipo se ha tendido a invisibilizar las formas de lo femenino que emergen desde la vejez. El estudio de las mujeres, en tanto sujeto de análisis sociológico y como colectivo heterogéneo, debe integrar estos elementos que surgen a la luz del posicionamiento y estudio seguido en esta tesis. Las mujeres de la tercera edad están presentes y deben ser aprehendidas no solo como repositorios de una tradición o como biografías que expresan la rigidez de normas sociales de una época particular. La propuesta de esta investigación ha sido considerarlas como agentes activos, presentes y participativos en lo rural y en la configuración de lo femenino. De allí la propuesta de un tipo de lo femenino como *La mujer invisibilizada o la mujer de tercera edad*.

Para finalizar, resulta importante explicitar tres puntos. Primero, que esta tesis ha dado una relevancia importante a las biografías femeninas y su relación con una estructura social rural sometida a procesos de modernización, para aprehender la conceptualización de lo femenino en España y Chile. Pero, ello no implica que el análisis se cierre únicamente a estos elementos. Es indudable, tal como se señaló en el Capítulo 1, que esta investigación es una de las muchas formas en que lo rural y lo femenino pueden ser abordados. Y que otras investigaciones pueden integrarse a los análisis aquí presentados o que, a partir de aquí,

puedan realizarse estudios intergeneracionales sobre masculinidades en la ruralidad o sobre las nuevas identidades sexuales en los pueblos. Sin lugar a dudas, son múltiples las formas de abordar sociológicamente a la ruralidad y sus habitantes.

En segundo lugar, que no ha habido aquí ninguna pretensión de abordar la conceptualización de lo femenino en un *mundo rural*, si se quiere, diferenciado del urbano, tal como se planteó en los estudios tradicionales sobre ruralidad, revisados en los Capítulos 2 y 3. En efecto, hablar de mujeres y ruralidad no implica entenderlos al margen de las dinámicas sociales y culturales de las zonas urbanas y de espacios sociales más amplios. Los medios de comunicación de masas y las propias migraciones internas de las mujeres de distintas generaciones -a trabajar, a estudiar o a acompañar al esposo en un nuevo proyecto laboral- son elementos de relevancia en el proceso de conceptualización de lo femenino. Ellos han sido abordados en esta tesis, algunos con más profundidad que otros, pero relevándolos igualmente dada su alta injerencia en el proceso de redefinición que hacen las mujeres de su condición, y porque evidencian las relaciones sociales y experiencias más allá de las fronteras de la comunidad rural.

Y, tercero, que en el mismo estudio de la conceptualización que de lo femenino hacen tres generaciones de mujeres, a partir de sus biografías y de los elementos socioculturales que allí intervienen, se tiene como supuesto primordial que éstas son agentes activos en el proceso. En efecto -y tal como se evidenció en los Capítulos 6, 7, 8 y 9- son las mismas mujeres las que, en las distintas etapas de su trayectoria, en distintos momentos biográficos, crean y recrean su condición, las formas de experimentar su cotidianeidad, en definitiva, lo femenino. En este sentido, las mujeres son abordadas como agentes activos en ese proceso de configuración. Las mujeres de la generación de las abuelas tienen formas de inserción en su vejez incluso cuando enviudan y a pesar de los dictámenes de la comunidad; las de la generación de las madres inician nuevas formas de vida luego de décadas de maltrato o cuando las responsabilidades asumidas en torno a lo doméstico van reduciéndose; las jóvenes -aun con algunas visibles diferencias internas- compatibilizan estudios, trabajo, maternidad.

Bibliografía

- Adichie, C.N. (2017a). *Todos deberíamos ser feministas*. Santiago de Chile: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Adichie, C.N. (2017b). *Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo*. Bogotá, Colombia: Penguin Random House.
- Alario, M., Molinero, F. & Morales, E. (2018). La persistencia de la dualidad rural y el valor de la nueva ruralidad en Castilla y León (España). *Investigaciones geográficas*, 9-30.
- Alonso, L. E. (2008). Prólogo. En Á. Gordo & A. Serrano, *Estrategias y prácticas cualitativas* (págs. XI-XIV). Madrid: Pearson Educación.
- Alvarado Rivera, M. J. (1912). *El Feminismo: Conferencia leída en la Sociedad Geográfica de Lima 1911*. Lima: Sociedad Geográfica de Lima.
- Álvarez Uría, F. (2008). El método genealógico: ejemplificación a partir del análisis sociológico de la institución manicomial. En Gordo Á. & A. Serrano, *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social* (págs. 3-21). Madrid: Pearson Educación.
- Alvira, F. (1983). Perspectiva cualitativa - perspectiva cuantitativa en la metodología sociológica. *REIS-Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 53-75.
- Alzon, C. (1982). *Mujer mitificada, mujer mistificada (The Feminine Mystique)*. Barcelona: Ibérica de Ediciones y Publicaciones.
- Amorós, C. (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos Editorial del Hombre.
- Amuchástegui, A. (2001). *Virginidad e Iniciación Sexual, Experiencias Y Significados*. México: Editorial EDAMEX.
- Aquino, T. d. (2010). *Suma teológica. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid*. Obtenido de Parte Ia. Cuestión 92. Sobre el origen de la mujer. Artículo 1: Al producir las primeras cosas, ¿debió o no debió ser hecha la mujer?: <http://hjg.com.ar/sumat/a/c92.html>
- Araujo, K. & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos Comunes: Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Santiago de Chile: LOM.
- Araya Ibacache, C. (2006). La construcción de una imagen femenina a través del discurso médico ilustrado: Chile en el siglo XIX. *Revista Historia (Santiago de Chile)*, 5-22.
- Archer, R. (2001). *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*. Madrid: Cátedra.

- Ariès, P. (1992). *Historia de la vida privada. El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII. Volumen V*. Madrid: Taurus.
- Aristóteles. (2005). *Política*. Tres Cantos (Madrid): Istmo.
- Armony, V. (1997). El análisis de datos cualitativos en ciencias sociales: nuevos enfoques y herramientas. *Simposio del Instituto de Lingüística sobre los nuevos enfoques textuales y discursivos en las ciencias sociales contemporáneas*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Armstrong, N. (1991). *Deseo y ficción doméstica*. Madrid: Cátedra.
- Arteaga, C. (2000). *Modernización agraria y construcción de identidades*. México: Plaza y Valdés, FLACSO y el CEDEM.
- Astelarra, J. (2009). *Veinte años de políticas de igualdad*. Madrid: Cátedra.
- Avalos, S. (2009). Los jóvenes rurales en México. Retos y desafíos en los estudios actuales. *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires* (págs. 1-11). Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Sociología. Obtenido de <https://cdsa.aacademica.org/000-062/1787>
- Badinter, E. (1981). *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós-Pomare.
- Ballara, M. & Parada, S. (2009). *El empleo de las mujeres rurales. Lo que dicen las cifras*. Santiago de Chile: FAO-CEPAL.
- Barrancos, D. & Cano, G. (2006). Parte IX. Transformaciones en las vidas de las mujeres. América Latina. Introducción. En Morant, I. *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI* (págs. 497-507). España: Editorial Cátedra.
- Barros, L. (1875). *Ensayo sobre la condición de las clases rurales en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Agrícola de Enrique Ahrens.
- Bauman, Z. (2009). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica México.
- Beauvoir, S. d. (1985). *El segundo sexo. Volumen 2: la experiencia vivida*. Buenos Aires, : Ediciones Siglo Veinte.
- Beck, U. & Beck Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Beiras, A., Cantera, L. & Casasanta, A. (2017). La construcción de una metodología feminista cualitativa de enfoque narrativo-crítico. *Psicoperspectivas. Individuo y sociedad*, 54-65.

- Bengoa, J. (1983). *El campesinado chileno después de la Reforma Agraria*. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Bengoa, J. (1996). *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Bengoa, J. (1998). Agricultura y mundo rural. Los desplazamientos de los temas rurales y sus fuentes en los últimos 20 años. *América Latina en la Historia Económica*, 9-34.
- Benhabib, S. (2006). *El ser y el Otro en la ética contemporánea. Feminismo, comunitarismo y posmodernismo*. Barcelona: Gedisa.
- Berdegú, J. (2000). *Cooperando para Competir. Factores de éxito de las Empresas Asociativas Campesinas*. Chile: RIMISP.
- Berdegú, J., Jara, E., Modrego, F., Sanclemente, X. & Schejtman, A. (2010). *Rimisp Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural*. Obtenido de http://www.rimisp.org/wp-content/files_mf/1366349561N602010BerdegueJaraModregoSanclementeSchejtmanComunasruralesChile.pdf
- Berman, M. (2011). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la Moderna*. México : Siglo XXI.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica y sus potencialidades. *Centro Nacional de Investigaciones (CNRS)- Francia*, 197-225.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Blazquez, N. (2011). *El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia*. México. D. F.: UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Blazquez, N., Flores, F. & Ríos, M. (2012). *Epistemología, metodología y representaciones sociales. Investigación Feminista*. México D.F.: UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bolívar, A. & Domingo, J. (Septiembre de 2006). *La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual*. Obtenido de Forum: Qualitative Social Research: <https://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/161>
- Bosch, E., Ferrer, V. & Gili, M. (1999). *Historia de la misoginia*. Palma de Mallorca: Editorial Anthropos.
- Botello, A. & Casado, R. (2017). Significado cultural de la menstruación en mujeres españolas. *Revista Ciencia y enfermería Vol 23. N°3*, 89-97.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Brito Domínguez, M. (2010). La figura de la mujer doméstica y el problema de la subordinación femenina en las sociedades modernas (versión digital). *Ponencia presentada en el x Simposio de la Asociación Iberoamericana de Filosofía Política "La igualdad, antiguos y nuevos desafíos"*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2007 (págs. 1-13). Ciudad de México: <http://www.congenia.edu>.
- Brito Peña, A. (2005). *De mujer independiente a madre de peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena, 1880-1930*. Concepción: Escaparaté.
- Butler, J. (2008). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Buytendijk, F. J. (1966). *La mujer: Naturaleza, apariencia, existencia*. Madrid: Selectas de Revistas de Occidente.
- Callejo, J. (2019). Lo que callar y discurso quieren decir para la sociología empírica . *Revista de Epistemología de Ciencias Sociales, Cinta de Moebio*. N° 65, 194-208.
- Camarero (Coord), L., Cruz, F., González, M., del Pino, J., Oliva, J. & Sampedro, R. (2009). *La población rural de España. De los desequilibrios a la sostenibilidad social*. Barcelona: Fundación "La Caixa". Obtenido de https://fundacionlacaixa.org/documents/10280/240906/vol27_es.pdf
- Camarero, L. (1996). El mundo rural en la era del ciberespacio: Apuntes de sociología rural. En M. G. León, *La ciudad y el campo* (págs. 125-126 123-151). Madrid: Ministerio de Agricultura Pesca y Alimentación (MAPA).
- Camarero, L. & González, M. (2005). Los procesos recientes de transformación de las áreas rurales españolas: una lectura. *Sociologia: Revista da Faculdade de Letras da Universidade do Porto*, 95-123.
- Campoamor, C. (2007). *El derecho de la mujer*. Madrid: Consejería de Empleo y Mujer. Comunidad de Madrid.
- Canales , M. & Canales, A. (2012). La nueva provincia: (re) poblamiento de los territorios agrarios. Chile 1982 - 2002. *Revista Anales. Séptima serie nº3*, 157-173.
- Canales, M. (2006a). La nueva ruralidad en Chile: apuntes sobre subjetividad y territorios vividos. En PNUD. *Chile rural. Un desafío para el desarrollo humano*. Número 12. Santiago de Chile: Gobierno de Chile. Gabinete Subsecretario de Agricultura.
- Canales, M. (2006b). *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

- Cánoves, G., García, M. & Solsona, M. (1989). Mujeres agricultoras, esposas agricultoras: un trabajo invisible en las explotaciones familiares. *Revista de Estudios Agrosociales*, 45-70.
- Cardenal, E. (2016). Biografía y relato en el análisis sociológico. La aportación de la escuela BNIM (Biographic Narrative Interpretive Method). *REIS*, 55-72.
- Caro, P. (2017). Desigualdad y transgresión en mujeres rurales chilenas: Lecturas desde la interseccionalidad, género y feminismo. *Psicoperspectivas*, 125-137.
- Casanova, J. & Gil, C. (2012). *Breve historia de España en el siglo XX*. Barcelona: Planeta.
- Castro , T., Cortina, C., Martín , T. & Pardo, I. (2011). Maternidad sin matrimonio en América Latina: un análisis comparativo a partir de datos censales. *Notas de Población*, n°93. CSIC, 37-76.
- Castro, A. (2012). Familias rurales y sus procesos de transformación: Estudios de casos en un escenario de ruralidad en tensión. Universidad Católica del Maule. Chile. *Psicoperspectivas. Individuo y sociedad*. vol. 11, núm. 1, 180-203.
- Cejas, I. (2007). Prefacio. En Díaz Méndez, C. & Dávila Díaz, M. *Familia, Trabajo y Territorio. Tres anclajes sociales dinámicos para la integración de las jóvenes en una sociedad rural difusa* (págs. 507-509). Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- CEPAL. (2016a). *Desarrollo social inclusivo: una nueva generación de políticas para superar la pobreza y reducir la desigualdad en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL. (2016b). *Horizontes 2030: la igualdad en el centro del desarrollo sostenible*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Chacón, G. & Gamboa, F. (2018). Tabú de la virginidad a través de los “cántaros rotos”. Las jóvenes rurales en Michoacán: entre la tradición y la educación. *Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*, 55-84.
- Chamberlayne, P. & Spanó, A. (2000). Modernización como experiencia vivida. Estudios de caso contrastantes del proyecto SOSTRIS. En P. Chamberlayne, J. Bornat & Wengraf, T. *El giro hacia los métodos biográficos en las ciencias sociales. problemas y ejemplos comparativos*. London, New York: Routledge.
- Chaney, E. (1983). *Supermadre: la mujer dentro de la política en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Charmaz, K. (2005). Grounded Theory in the Twenty First Century: Applications for Advancing Social Justice Studies. En K. Norman, Deinzin & E. Yvanna, *Handbook of Qualitative Research*. SAGE.

- Chayanov, A. (1966). *The Theory of Peasant Economy*. Illinois: The American Economic Association.
- Chodorow, N. (1988). *Maternidad, dominio masculino y capitalismo*. UNIFEM.
- Cobo, R. (1995). Género. En. Amorós, C. *10 palabras clave sobre mujer* (págs. 55-84). España: Verbo Divino.
- Cobo, R. (2009). Otro recorrido por las ciencias sociales, género y teoría crítica. En Cobo, R., De la Cruz, R., Volio, R. & Zambrano, A. *Cuadernos de género: Políticas y acciones de género. Materiales de formación* (págs. 11-36). Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Cobo, R. (2014). *Aproximaciones a la teoría crítica feminista*. Lima, Perú: Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de las Mujeres – CLADEM.
- Conde, F. (1990). Un ensayo de articulaciones de las perspectivas cuantitativas y cualitativas en la investigación social. *REIS- Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 91-117.
- Cruz, F. (2018). Mujeres jóvenes en el medio rural: "nadando contra corriente". En Cruz, F., Siliprandi, E., Sabaté, A. & Senra, L. *Mujeres y mundo rural: nuevos y viejos desafíos* (págs. 22-29). Madrid: Fuhem.
- Davila, A. (1999). Las perspectivas metodológicas cualitativas y cuantitativa en las ciencias sociales: Debate teórico e implicaciones praxeológicas. En Delgado, J. & Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (págs. 69-83). Madrid: Síntesis.
- De Kartzow, R. (1993). *Elementos de política para el desarrollo de la pequeña agricultura campesina, la reducción de la pobreza rural y el fortalecimiento de las organizaciones de pequeños productores*. Santiago de Chile: ODEPA.
- De Miguel, A. (1974). *Sexo, mujer y natalidad en España*. Madrid: Edicusa.
- De Miguel, A. (1975). *El miedo a la igualdad. Varones y mujeres en una sociedad machista. Amando de Miguel*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- De Miguel, A. (1995). *La España de nuestros abuelos. Historia íntima de una época. Amando de Miguel*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- De Miguel, A. (2007). *Los feminismos a través de la historia. Neofeminismo: los años 60 y 70. Mujeres en Red. El periódico feminista. Ana de Miguel*. Obtenido de <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1311>
- De León, F. L. (1970). *La perfecta casada*. Madrid: Ediciones Aguilar.

- Delgado, J. & Gutiérrez, J. (1999). *Introducción*. En Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis Psicológica.
- Delgado Ballesteros, G. (2012). Conocerte en la acción y el intercambio. La investigación: acción participativa. En Blazquez, N., Flores, F. & Ríos, M. *Investigaciones Feministas. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (págs. 197-216). México D.F.: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Universidad Nacional de Autónoa de México.
- Desmahis, M. (1993). La Mujer (Moral). En Puleo, A., De-Condorcet, N. & De-Geuges, O. *La ilustración olvidada: la polémica de los sexos en el siglo XVIII* (págs. 45-56). Madrid: Editorial Anthropos.
- Despentes, V. (2018). *Teoría King Kong*. Buenos Aires: Editorial El Asunto.
- Díaz Álvarez, E. (2003). El espejo como símbolo de identidad en la obra de Carlos Fuentes. *Revista de Estudio Políticos*. N°33 Séptima Época, 217-233.
- Díaz Bazo, C. (2019). Las estrategias para asegurar la calidad de la investigación cualitativa. El caso de los artículos publicados en revistas de educación. *Revista Lusófona de Educação*, vol. 44. *Universidade Lusófona de Humanidades e Tecnologias*, 29-45.
- Díaz Méndez, C. & Gómez Benito, C. (2009). La juventud rural en el cambio de siglo: tendencias y perspectivas. *Revista de Estudios de Juventud*, 125-144.
- Díaz Méndez, C. (2005). Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural. *Papers*, 63-84.
- Díaz Méndez, C. (2011). *Perfiles de mujeres jóvenes rurales de baja cualificación. Un estudio de caso para la comprensión de sus estrategias de inserción sociolaboral en Arturias, España*. Obtenido de Revista Internacional de Sociología. Vol 69, N°3: <http://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/view/408/417>
- Díaz Méndez, C. (2007). Mujeres jóvenes y ruralidad: dos generaciones y dos estrategias de inserción sociolaboral. *Revista Aula Abierta*, 117-132.
- Díaz, C. (2005). *Mujeres rurales en Chile*. Santiago de Chile: SERNAM-FAO.
- Díaz Méndez, C. & Díaz Martínez, C. (1995). De mujer a mujer. estrategias femeninas de huida del hogar familiar y del medio rural. *Agricultura y sociedad*, 205-218.
- Díaz Sánchez, P. (2008). Participación social de las mujeres. En Ríos, R. *Historia de las Mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)*. (págs. 349-366). Madrid: Cátedra.

- Díez Fuentes, J. M. (1995). República y primer franquismo. La mujer española entre el resplandor y la miseria, 1930-1950. *Alternativas: Cuadernos de trabajo social* n°3, 23-40.
- Dilthey, W. (2015). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: FCE.
- Dirven, M. (2007). *Conceptos básicos, clusters y encadenamientos, alianzas productivas. En Encadenamientos productivos, cluster y desarrollo*. Chile: INDAP.
- Dowling, C. (2003). *El complejo de cenicienta. El miedo de las mujeres a la independencia*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Duby, G. (1999). *El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia feudal*. Madrid: Taurus.
- Duby, G. & Perrot, M. (2008). *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica de Argentina.
- Eisenstein, Z. (1980). *Patriarcado capitalista y feminismo socialista*. México: Siglo XXI editores.
- Erlandson, D., Harris, E., Skipper, B. & Allen, S. (1993). *Doing Naturalistic Inquiry: A Guide to Methods*. London: SAGE.
- Estrena Durán, F. (2012). La ruralidad en España: de la mitificación conservadora al neorruralismo. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 39-65.
- FAO & Sernam. (2002). *Mesa mujer rural. Sistematización de una experiencia tripartita*. Santiago de Chile: Sernam.
- FAO. (2011). *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación .
- Fawaz, J. & Rodríguez, C. (2013). Mujeres rurales y trabajo en Chile central. Actitudes, factores y significaciones. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 47- 68.
- Ferreira, E. (1999). Mujeres, memoria e identidades políticas. *Historia, antropología y fuentes orales*, 53-65.
- Ferrer, T. (2006). Del oratorio al balcón: escritura de mujeres y espacio dramático. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 8-12.
- Figes, E. (1972). *Actitudes patriarcales: las mujeres en sociedad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fischer, A. (1995). Feministas latinoamericanas. Las nuevas brujerías y sus aquelarres (Tesis para Maestría en Ciencias de la Comunicación). *Feministas Latinoamericanas, Las Nuevas Brujas y sus Aquelarres*. Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F.
- Flandrin, J.-L. (1984). *La moral sexual en Occidente*. Barcelona: Editorial Juan Granica S.A.

- Flecha, C. (1990). La educación de la mujer: avances y reticencias en la nueva sociedad. *Cuestiones pedagógicas: Revista de ciencias de la educación*, 85-102.
- Fraisse, G. (1991). *Musas de la razón*. Madrid: Cátedra.
- Fraisse, G. (2003). *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*. Madrid: Cátedra.
- Fraser, N. (1997). *Justice Interruptus: Critical Reflections on the «Postsocialist» Condition*. New York: Routledge.
- Freeman, J. (1977). *El movimiento feminista*. México D.F.: Editores asociados.
- Friedan, B. (1974). *La mística de la feminidad*. Madrid: Ediciones Jucar.
- Fritz, H. (1999). Mujeres Rurales y sus Representaciones de la Realidad: Un Acercamiento a la Construcción de la Identidad de Género Femenina. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 109-120.
- Fuller, N. (1995). En torno a la polaridad marianismo-machismo. En Arango, L., León, M. & Viveros, M. *Género e identidad. Ensayos de lo femenino y masculino* (págs. 241-280). Bogotá: Tercer mundo editores y Ediciones Uniandes.
- García y García, E. (1925). *La mujer peruana a través de los siglos. Vol 2*. Lima: Imprenta Americana.
- García Bartolomé, J. (1991). Sobre el concepto de ruralidad: crisis y renacimiento rural. *Revista Política y sociedad*, 87-94, de la Universidad Complutense de Madrid.
- García Sanz, B. (2008). Agricultura y vida rural. *Mediterráneo económico*, 55-70. España.
- Gaudin, Y. (2019). *Nuevas narrativas para una transformación rural en América Latina y el Caribe. La nueva ruralidad: conceptos y medición*. México: Cepal.
- Gaviola, E., Jiles, X., Lopresti, L. & Rojas, C. (2007). "Queremos votar en las próximas elecciones" *Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*. Santiago de Chile: Coedición de Centro de análisis y difusión de la condición de la mujer / "La Morada", Fempress/ Isis /Centro de Estudios de la Mujer.
- Geertz, C. (1999). El sentido común como sistema cultura. En C. Geertz, *Conocimiento Local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas* (págs. 93-116). Barcelona: Paidós.
- Germani, G. (1962). *Política y Sociedad en una Época de Transición. De la Sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Giberstein, R. (1961). La criolla en la obra de Ortega y Gasset. *II Congreso Interamericano Extraordinario de Filosofía*, (págs. 253-255). San José (Costa Rica).
- Giddens, A. (1998). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.

- Giddens, A. (2008). *La transformación de la intimidad. Sexualidad amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Gil Calvo, E. (1998). La invención de la feminidad. *Revista Anuario de sexología*, 55-68. Madrid, España.
- Gil Calvo, E. (2000). *Medias miradas. Análisis cultural de la imagen femenina*. Barcelona : Anagrama.
- Glaser, B. (1992). *Basics of grounded theory analysis*. B. G. Glaser. Mill Valley, CA: Sociology Press.
- Glaser, B. & Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory*. New Brunswick: Aldine.
- Godineau, D. (1992). La mujer. En Arasse, D. & Vovelle, M. *El hombre de la ilustración* (págs. 395-428). Madrid: Alianza editorial.
- Gómez Benito, C. (2015). La mujer en la agricultura tradicional. Una mirada desde la historia y la sociología visual. En Ortega, T. *Jornaleras, campesinas y agricultoras. La historia agraria desde una perspectiva de género* (págs. 307-356). Zaragoza: SEHA Sociedad Española de Historia Agraria.
- Gómez Benito, C. & González, J. (2002). *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*. Madrid: McGraw-Hill Interamericana de España.
- Gómez Echeñique, S. (1994). La sociología rural en Chile. Antecedentes y situación actual. *Ponencia presentada al IV Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, organizado por ALASRU* (págs. 1-16). Concepción, Chile: Revista Latinoamericana de Sociología Rural, ALASRU .
- Gómez Echeñique, S. (2002). *La "Nueva Ruralidad": ¿Qué tan nueva?* Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Gómez Ferrer, G. (2008). Introducción. En Morant, I. *Historia de las mujeres en España y América Latina del siglo XX a los umbrales del XIX (IV)* (págs. 13-27). Madrid: Cátedra.
- Gonzalvo Vallespí, Á. (1993). Historias de vidas debidas. *Temas de antropología aragonesa* N°4, 262-277.
- Gordo, Á. & Serrano, A. (2008). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: Pearson Educación.
- Gordon, L. (2010). La lucha por la libertad reproductiva: tres etapas del feminismo. En Bergallo, P. *Justicia, género y reproducción* (págs. 25-46). Buenos Aires: Librería.
- Grieco, S. F. (2018). El cuerpo, apariencia y sexualidad. En Duby, G. & Perrot, M. *Historia de las mujeres. Vol 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna* (págs. 67-110). Taurus.

- Guardia, S. (1995). *Mujeres Peruanas. El otro lado de la historia. IV ed.* Lima, Perú: Editorial Minerva.
- Gutiérrez de Pineda, P. (1997). *La familia en Colombia: trasfondo histórico.* Colombia: Ministerio de Cultura.
- Gutiérrez, E. & Osorio, P. (2008). Modernización y transformaciones de las familias como procesos del condicionamiento social de dos generaciones. *Revista Última Década. Universidad de Chile*, 103-135.
- Habermas, J. (1999). *Historia y crítica de la opinión pública.* Barcelona: Gustavo Gili S.A.
- Heynig, K. (1982). Principales enfoques sobre la economía campesina. *Revista de la CEPAL*, 115-142.
- Homero. (2007). *La odisea.* Madrid: Gredos.
- Huerta, A. (1973). Reseña de Wolf, Eric. Los Campesinos. Editorial Labor, Nueva Colección Labor, Primera edición en español, Traducción de Juan Eduardo Cirlot Laporta, Barcelona, 1971. *Estudios de Cultura Maya*, 337-341.
- Huften, O. (1992). Mujeres trabajo y familia. En Duby, G. & Perrot, M. *Historias de las mujeres en Occidente. Del Renacimiento a la Edad Moderna* (págs. 23-66). Madrid: Taurus.
- Hughes, P. (1974). *La brujería.* Barcelona: Bruguera.
- Ianni, O. (1999). *La era del globalismo.* España: Siglo XXI.
- INDAP-Prodemu. (2017). *Programa de Formación y Capacitación para mujeres campesinas.* Santiago de Chile: Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer, PRODEMU.
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2001). *Base datos Censo.* Recuperado el 15 de junio de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas.
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2011). *Censo de Población y Vivienda.* Recuperado el 15 de junio de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas.
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2017). *Censo de Población y Vivienda.* Recuperado el 14 de junio de 2020, de INE, Instituto Nacional de Estadísticas: <https://www.ine.cl/estadisticas/sociales/censos-de-poblacion-y-vivienda/poblacion-y-vivienda>
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2019). *Encuesta Continua de Hogares (ECH).* Recuperado el 17 de junio de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas: https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176952&menu=ultiDatos&idp=1254735572981#:~:text=El%20n%C3%BAmero%20medio%20de%20hogares,a%C3%B1os%20viv%C3%ADa%20con%20sus%20padres.

- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2020a). *Serie Estadística del INE*. Recuperado el 19 de mayo de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas: <https://www.ine.cl/estadisticas>
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2020b). *Bases de Datos del Padrón Continuo*. Recuperado el 16 de junio de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas: https://www.ine.es/prensa/pad_2020_p.pdf
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2020c). *Bases del Censo*. Recuperado el 15 de junio de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas.
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2020d). *Bases de Datos Movimiento natural de población*. Recuperado el 16 de junio de 2020, de INE- Instituto Nacional de Estadísticas: <https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=1409#!tabs-tabla>
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2020e). *Indicadores de calidad de vida, en base a la encuesta de población activa*. Recuperado el 18 de junio de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas: https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INESeccion_C&cid=1259925481659&p=%5C&pagename=ProductosYServicios%2FPYSLayout&param3=1259924822888
- INE, Instituto Nacional de Estadísticas. (2020f). *Encuesta de Población Activa (EPA)*. Recuperado el 18 de junio de 2020, de INE - Instituto Nacional de Estadísticas.
- Instituto de Desarrollo Económico y Social. (2001). De las notas de campo a la teoría. Documentos y redefiniciones de nagual en los registros chiapanecos de Esther Hermitte. *Revista Alteridades*, 65-79.
- Jana, D. (2008). Emprendimiento asociativo campesino. La hibridez de las prácticas económicas. *Tesis Pregrado*. Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Jana, D. (2011). De adobe, chacras y sacrificio: vida privada y mujeres rurales del Perú. *Revista Argumentos*, año 5, n.º 5., 1-6. Obtenido de <https://argumentos-historico.iep.org.pe/articulos/de-adobe-chacras-y-sacrificio-vida-privada-y-mujeres-rurales-del-peru/>
- Jana, D. (2013). Aquelarre de abuelas, madres e hijas rurales. Empoderamiento y redefinición de lo femenino en el cono sur americano. *Cuadernos Kóre: Revista de historia y pensamiento de género* N°8, 119-148.
- Jana, D. (2014). Nueva ruralidad y sistemas de género. En Asensio, R. & Trivelli, C. *La revolución silenciosa. Mujeres rurales jóvenes y sistemas de género en América Latina* (págs. 129-152). Lima, Perú: IEP Instituto de Estudios Peruanos.
- Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: Cedes.

- Johnson, C. & Strobel, M. (2004). Recuperar la historia de las mujeres. En Navarro, M. & Sánchez Korrol, V. *Mujeres en América Latina y el Caribe* (págs. 11-53). Madrid: Narcea.
- Kay, C. (2001). Los paradigmas del desarrollo rural en América Latina. En Pascual, F. G. *El mundo rural en la era de la globalización : incertidumbres y potencialidades. X Coloquio de Geografía Rural de España de la Asociación de Geógrafos Españoles* (págs. 337-430). España: Ministerio de Agricultura, pesca y alimentación. Serie Estudios.
- Kirkpatrick, S. (2003). *Mujer, Modernismo y Vanguardia en España: 1898-1931*. Madrid: Cátedra.
- Kirkwood, J. (1990). *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago de Chile: Cuarto propio.
- Kolontay, A. (1976a). *La mujer en el desarrollo social*. Barcelona: Guadarrama.
- Kolontay, A. (1976b). *La mujer nueva y la moral sexual. Y otros escritos*. Madrid: Ayuso.
- Kvale, S. (1996). *InterViews: An Introduction to Qualitative Research Interviewing*. California, Estados Unidos: Sage Publications.
- Lanaspa, J. (2009). Presentación. En Camarero, L., Cruz, F., González, M. Del Pino, J., Oliva, J. & Sampedro, R. *La población rural de España. De los desequilibrios a la sostenibilidad social* (págs. 7-8). Barcelona: Fundación "La Caixa".
- Lara, S. (1992). La flexibilidad del mercado del trabajo rural (una propuesta que involucra a las mujeres). *Revista de Sociología Mexicana*, Vol 54, N° 1, 29-48.
- Lastarria Cornhiel, S. (2008). *Feminización de la agricultura en América Latina y África. Tendencias y fuerzas impulsoras*. Santiago de Chile: Rimisp-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.
- Lavrin, A. (1990). La mujer en la sociedad colonial hispanoamericana. En Bethell, L. *Historia de América Latina* (págs. 109-137). Barcelona: Editorial crítica.
- Lavrin, A. (2008). Ciudadanía y acción política femenina en Chile y Perú hasta mediados del siglo XX. En Ríos, R. *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 577-596). Madrid: Cátedra.
- Lázaro, R., Zapata, E. & Martínez, B. (2007). Jefas de hogar: cambios en el trabajo y en las relaciones de poder. *Política y cultura*, 194-218.
- Link, T. (2001). El campo en la ciudad: reflexiones en torno a las ruralidades emergentes. *Revista Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXII, núm. 85, México, 37-53.
- Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- Llambí, L. (1995). *Globalización, ajuste estructural y nueva ruralidad: una agenda para la investigación y el desarrollo rural. Apuntes de Antropología Rural*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Llambí, L. & Pérez, E. (2007). Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana. *Cuadernos de Desarrollo Rural N°59*. Pontificie Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, 37-61.
- Longino, H. (1997). Feminismo y filosofía de la ciencia. En González, M., Luján, J. & López, J. *Ciencia, tecnología y sociedad: una introducción al estudio social de la ciencia y la tecnología* (págs. 71-83). España: Tecnos.
- López, E. (2009). *El movimiento feminista. Primeros trazos del feminismo en Argentina*. Buenos Aires: Ed. Biblioteca Nacional.
- Luhmann, N. (2008). *El amor como pasión*. Madrid, España: Ediciones Península.
- Luna, L. G. (1991). Mujeres latinoamericanas: historiografía, desarrollo y cooperación. *Boletín Americanista, Universidad de Barcelona*, 151- 163.
- Lund, C. (1977). Prólogo. En Trotsky, L. *Escritos sobre la cuestión femenina* (págs. 8-9). Barcelona: Anagrama.
- Madrid, M. (1999). *La misoginia en Grecia*. Madrid: Cátedra.
- Maestre, J. (2019). *Persiguiendo mi sombra. Pecado, culpa y sociedad en la España de Franco*. Sevilla: Red de impresión.
- Maffia, D. (2007). Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 63-98.
- Mannarelli, M. E. (2009). Palabra escrita, autonomía y derechos de las mujeres. *Programa Andino de Derechos Humanos, PADH*, 183-252.
- Mariátegui, J. C. (1988). *Temas de educación*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Marsal, J. F. (1972). *Hacer la América. Autobiografía de un inmigrante español en Argentina*. Barcelona: Ariel.
- Marshall, M. N. (1996). Sampling for qualitative research. *Family Practice*, 522-525. Vol. 13, No. 6.
- Martínez Salgado, C. (2012). El muestreo en investigación cualitativa. Principios básicos y algunas controversias. *Revista Ciência & Saúde Coletiva*, 613-619. Obtenido de Revista Ciência & Saúde Coletiva.
- Matijasevic, M. T. & Ruiz, A. (2013). La construcción social de lo rural. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 24-41.

- Ministerio de Desarrollo Social y Familia. (2020). *Serie Estadística Sociales, Encuesta Casen*. Recuperado el 09 de junio de 2020, de MDS - Ministerio de Desarrollo Social y Familia: http://observatorio.ministeriodesarrollsocial.gob.cl/casen/casen_obj.php
- Mead, M. (2006). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós.
- Mejía Navarrete, J. (2002). *Problemas metodológicos de las ciencias sociales en el Perú*. Lima: Fondo editorial de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Meruane, L. (2018). *Contra los hijos*. Santiago de Chile: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Millett, K. (1995). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Mills, C. W. (2001). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mindek, D. (2018). Individualización y transformación de la intimidad en el medio rural mexicano. Un estudio de caso enfocado en parejas conyugales. *Revista electrónica de ciencias sociales Vol12 N°24*, 247-272.
- Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente. (2013). *Medio Rural: trabajando en femenino*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente.
- Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género. (2017). *Mujeres rurales en Chile: sistematización de algunos elementos*. Obtenido de División de Estudios y Capacitación en Género, Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género. Santiago de Chile: <https://minmujeryeg.gob.cl/doc/estudios/MMEG-2017-Mujeres-rurales-en-Chile-1.pdf>
- Mola, M. (2006). *La república y las mujeres: pocos años, grandes avances*. Obtenido de Ciudad de mujeres: <http://www.ciudaddemujeres.com/articulos/La-Republica-y-las-mujeres-pocos>
- Molina, C. (2004). Madre inmaculada, virgen dolorosa. Modelos e imágenes de la madre en la tradición católica. En De la Concha Muñoz, Á. & Osborne, R. *Las mujeres y los niños primero : discursos de la maternidad* (págs. 43-68). Barcelona: Icaria.
- Molinero, F. (2019). El espacio rural de España: evolución, delimitación y clasificación. *Cuadernos Geográficos*, 19-56.
- Montecino, S. (1990). Símbolo mariano y constitución de la identidad femenina en Chile. *Revista Estudios Públicos*, 283-290.
- Montecino, S. (1992). Género y mestizaje en Chile. *Revista Propositiones N°21*. Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM. Departamento de Antropología, U. de Chile, 16-20.

- Montecino, S. (1995). Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades. En Arango, L., León, M. & Viveros, M. *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (págs. 265-280). Bogotá: Tercer mundo editores en coedición con ediciones uniandes .
- Montecino, S. (1997). *Palabra dicha. Escritos sobre género, identidades, mestizaje*. Santiago de Chile: Serie estudios. Colección de libros electrónicos, Facultad de ciencias sociales, Universidad de Chile.
- Montecino, S. (2006). Del sentido al método. Dos historias: historias de vida en Chile, los relatos y su escritura. En Canales, M. *Metodologías de investigación social. introducción a los oficios* (págs. 289-298). Santiago de Chile: LOM.
- Montenegro, S. (2008). *El Estado, las mujeres y la lucha por la ciudadanía en América Latina. Notas para entender la exclusión y la desigualdad de género*. Obtenido de Movimiento Autónomo de Mujeres en Nicaragua: <http://www.movimientoautonomodemujeres.org/archivos/20.pdf>
- Moral Espín, L. d. (2012). En transición. La epistemología y filosofía feminista de la ciencia ante los retos de contexto de crisis multidimensional. *Revista E-cadernos CES*, 51-80.
- Moran, C. (2015). *Cómo ser mujer*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Morandé, P. (1980). Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana. *Revista Ritual y palabra*, 31-42.
- Moreno, A. (2003). La situación laboral de la mujer rural en Castilla y León y Extremadura: un análisis sociológico. *Acciones e investigaciones sociales* , 109-153.
- Moreno Seco, M. (2005). Religiosas y laicas en el franquismo: entre la dictadura y la oposición. *Revista Arenal*, 61-89.
- Moyano, C. & Ortiz, F. (2016). Los Estudios Biográficos en las Ciencias Sociales del Chile reciente: Hacia la consolidación del enfoque. *Revistas Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 17-29.
- Muñoz, L. (2000). El nuevo rol de lo rural. *Mesa de discusión “El Nuevo Concepto de lo Rural”*. *Seminario Internacional de Desarrollo Rural* (págs. 1-7). Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana, CLACSO.
- Namdar-Irani, M. (2014). *Mujer Agrícola y Políticas Públicas en Chile*. Santiago de Chile: Qualitas Agroconsultores.
- Nash, M. (2008). Republicanas en la guerra civil. En Ríos, R. *Historia de las Mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 123-150). Madrid: Cátedra.

- Nitschack, H. (2008). Vírgenes, putas y emancipadas en el mundo imaginario de los adolescentes. En Araujo, K. & Prieto, M. *Estudios sobre sexualidades en América Latina* (págs. 109-121). Quito: FLACSO .
- Ortega y Gasset, J. (1940). *Estudios sobre el amor*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Ortí, A. (1999). La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social. En Delgado, J. & Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (págs. 87-99). Madrid: Síntesis Psicológica.
- Ortner, S. (1974). Is female to male as nature is to culture? En Lamphere, L. & Rosaldo, M. *Women, culture and society* (págs. 68-87). California: Stanford University Press.
- Oxman, V. & Galilea, S. (2000). *Políticas de Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres en el trabajo 1994-1999*. Santiago de Chile: Servicio Nacional de la Mujer, Sernam.
- Palma, I. (2006). Sociedad chilena en cambio, sexualidades en transformaciones. *Tesis Doctorado*. Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.
- Pateman, C. (1996). Críticas feministas a la dicotomía público/privado. En Castells, C. *Perspectivas feministas en teoría política* (págs. 31-52). Buenos Aires: Paidós.
- Pérez, J. (2017). La explicación del rol de la mujer en las comunidades rurales. *Revista Extremeña de Ciencias Sociales*, 7-31.
- Pérez Díaz, V. (1967). Notas sobre migraciones rurales internas y disparidades regionales en el medio rural. *Revista de Estudios Agrosociales* N°58, 73-83.
- Pérez Sánchez, L. (2011). La mujer en la antigüedad: su condición a través de la literatura. *El canto de la musa. Revista Digital de Humanidades*, 21-58.
- Perrot, M. (1988). *¿Es posible una historia de mujeres?* Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- Perrot, M. (1991). Figuras y funciones. En Ariés, P. & Duby, G. *Historia de la vida privada. Tomo 4 De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Taurus.
- Perrot, M. (1997). *Mujeres en la ciudad* . Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Perrot, M. (2002). *Mujeres olvidadas de la historia*. Obtenido de CEMHAL - Revista Historia de las mujeres: http://www.cemhal.org/anteriores/2001_2002/13_art%C3%ADculos.pdf
- Peterson, J. (1984). No angels in the house: the victorian myth and the Paget woman. *The American Historical Review*, Volumen 89, No. 3, 677-708.

- Pezo, L. (2007). Construcción del Desarrollo Rural en Chile: Apuntes para abordar el tema desde una perspectiva de la Sociedad Civil . *Revista Mad*, 90-112.
- Platón. (2008). *El Banquete*. Madrid: Biblioteca Manuel Alvar.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2008). *Desarrollo humano en Chile rural*. Santiago de Chile: PNUD.
- PNUD, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2002). *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile: PNUD.
- Porto, A., Villarino, M., Baylina, M., García, M. & Salamaña, I. (2015). Formación de las mujeres, empoderamiento e innovación rural. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 385-406.
- Posada, A. (1994). *Feminismo*. Madrid: Cátedra.
- Power, M. (2008). Las mujeres conservadoras en Brasil y Chile. En Gómez-Ferrer, G., Cano, G., Barrancos, D. & Lavrin, A. *Las mujeres conservadoras en Brasil y Chile*”. *Historia de las Mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 633-650). Madrid: Cátedra.
- Prost, A. & Vincent, G. (1991). *Historia de la vida privada en el siglo XX (vol 9)* . Madrid: Taurus.
- Puigvert, L. & Flecha, R. (2001). Prefacio. En Beck, U. & Beck Gernssheim, E. *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa* (págs. 12-13). Barcelona: Paidós.
- Pujadas, J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, 127-158.
- Pujadas, J. (2002). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales. Cuadernos metodológicos número 5*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - CIS.
- Puleo, A. (1993). Introducción. En Puleo, A. *La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII* (págs. 11-29). Madrid: Editorial Anthropos.
- Quintana, J., Carzola, A. & Merino, J. (1998). *Desarrollo rural en la Unión Europea: Modelos de participación social*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Serie estudios.
- Ramos, D., Blasco, I., Capel, R., Yusta, M., Nash, M. & Gallego, M. (2008). Mujeres en política. En Ríos, R. *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 29-166). Madrid: Cátedra.
- Ramos, M. (2008). Radicalismo político, feminismo y modernización. En Ríos, R. *Historia de las Mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 31-53). Madrid: Cátedra.

- Rebolledo, L. (1997). Las mujeres rurales en el contexto de la modernización agraria. *Anales de la Universidad de Chile*, 1-20.
- Rico, M. & Gómez, J. (2009). La contribución de la mujer en la economía rural de Castilla y León. *Economía Agraria y Recursos Naturales*, 51-77.
- Rodríguez de Lecea, T. (2008). Las mujeres y la iglesia. En Ríos, R. *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 267-275). Madrid: Cátedra.
- Rodríguez Adrados, F. (1995). *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua*. Madrid: Alianza editorial.
- Rojas, Á. (1993). *Post reforma y campesinado en Chile: Bases para el desarrollo de la agricultura familiar*. Santiago de Chile: INPROA, Instituto de Promoción Agraria.
- Rojo, A. (1997). Los documentos personales en la investigación sociológica: historias de vida, relatos, biografías, autobiografías. Su diferenciación y pertinencia. *Revista General de Información y Documentación Vol 7, N°2. Servicios de Publicaciones Universidad Complutense, Madrid*, 385-395.
- Romero, R. (2011). Filosofía, feminismo y democracia en España. *Revista Investigaciones Feministas* , 339-353.
- Romo Parra, C. (2005). El desorden de la identidad persistente. Cambio social y estatus de la mujer en la España desarrollista. *Revista Arenal*, 91-109.
- Rosales López, C. (2009). El proceso hacia la igualdad hombre-mujer en España tras la dictadura. *XXI. Revista de educación*, 171-182.
- Rosenthal, G. (2004). Biographical research. En Seale, C., Gobo, G., Gubrium, J. F. & Silverman, D. *Qualitative research practice* (págs. 48-64). London: SAGE.
- Roura, A. (1998). *Mujeres para después de una guerra*. Barcelona: Flor del viento ediciones.
- Rousseau, J.-J. (1999). *Cartas a Sofía. Correspondencia filosófica y sentimental. Edición de Alicia Villar* . Madrid: Alianza.
- Rousseau, J. J. (2002). *Del contrato social. Sobre las ciencias, sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Madrid: Alianza.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo. *Revista Nueva Antropología*, 95-145.
- Ruiz Franco, M. d. (2007). *¿Eternas menores?. las mujeres en el franquismo*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Russel, D. (2005). *Hipatia. Mujer y conocimiento*. Oviedo: KRL ediciones.
- Sabaté, A. (1992). Trabajo, género y diversificación económica en zonas rurales. *Treballs de geografia*, 99-107.

- Sabaté, A. (2009). La dimensión de género en las políticas españolas y europeas de desarrollo rural. *Agricultura familiar en España 2009: Mujeres en la actividad agraria y el mundo rural. Un camino de progreso e igualdad*. Fundación de Estudios Rurales, UPA, 103-108.
- Salas, F. (2006). Las teorías de la Modernidad Reflexiva y de los Sistemas Sociales: aportes a la comprensión de las macro tendencias de la educación contemporánea. *Revista Educación*, 83-99.
- Salazar, G. (1992). La mujer de "bajo pueblo" en Chile. *Revista Propositiones*, 64-83.
- Salazar, G. (2010). *Patriarcado mercantil y liberación femenina (1810-1930)*. Santiago de Chile: Sernam - Gobierno de Chile.
- Salazar, G. & Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile: Hombría y feminidad*. Santiago de Chile: LOM.
- Saldaña, L. (2018). Relaciones de género y arreglos domésticos: Masculinidades cambiantes en Concepción, Chile. *Revista Latinoamericana*, 183-204.
- Salinas, C. (1994). La vida privada, conquista moderna. En Rodríguez, R. *Familias: siglo xxi* (págs. 19-27). Santiago de Chile: Isis International.
- Sampedro, R., Gómez, M. & Montero, M. (2002). Maternidad tardía: incidencia, perfiles y discursos. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (páginas 11-36).
- Sampedro, R. (1991). El mercado de trabajo en el medio rural: una aproximación a través del género. *Política y sociedad- Revistas científicas complutense*, (páginas 25-33).
- Sampedro, R. (2003). Conciliación de la vida familiar y laboral en el medio rural: género, trabajo invisible e "idilio rural". En Frades, V. M. *Mujeres rurales. Estudios multidisciplinares de género* (págs. 81-93). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Sampedro, R. (2008). Mujeres jóvenes en el siglo XXI. Cómo ser moderna y de pueblo a la vez: los discursos del arraigo y del desarraigo en las jóvenes rurales. *Revistas de Estudios de Juventud*. N°83, (páginas 179- 193).
- Sampedro, R. (2009). Escuchando la voz de las mujeres. *Informe de Agricultura Familiar en España 2009. Mujeres en la actividad agraria y el mundo rural. Un camino de progreso e igualdad* (páginas. 92-102). Unión de Pequeños de Agricultores y Ganaderos. Madrid: Fundación de estudios rurales - UPA.
- San Agustín. Confesiones. Madrid. Gredos. 2010 de 2010). Obtenido de Biblioteca virtual universal: <https://www.biblioteca.org.ar/libros/132410.pdf>
- Sánchez Korrol, V. (2004). Mujeres en Latina América y el Caribe. Siglo XIX y XX. En Navarro, M. & Sánchez Korrol, V. *Mujeres en América Latina y el Caribe* (págs. 123-185). Madrid: Narcea.

- Sánchez Muñoz, C. (2001). Genealogía de la vindicación. En Beltrán, E. & Maquieria, V. *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos* (págs. 17-73). Madrid: Alianza editorial.
- Sancho, J. & Reinoso, D. (2012). La delimitación del ámbito rural: una cuestión clave en los programas de desarrollo rural. *Estudios Geográficos*, 599-624.
- Sandoval, C. (1996). *Investigación cualitativa. En Especialización de teorías, métodos y técnicas de investigación social*. Colombia: Instituto Colombiano para el fomento de la educación superior (ICFES).
- Sanz Hernández, A. (2005). El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentos personales. *Asclepio*, 99-116.
- Sarabia, B. (1985). Historias de vida. *REIS - Revista Española de Investigación Sociológica*, 165-186.
- Sau, V. (1989). *Diccionario ideológico feminista*. Barcelona: Icaria.
- Sautu, R. (1999). Estilos y prácticas de la investigación biográfica. En Sautu, R., Bechis, M., Dabenigno, V., Freidin, B., Liberalotto, N., Masseroni, S. & Vega, M. *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores* (págs. 21-60). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Sautu, R. (2009). La trastienda de la investigación: el estudio de prácticas corruptas. *Revista Política y Sociedad*, 117-133.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Sevilla Merino, J. (2004). *Mujeres y ciudadanía: la democracia paritaria*. Valencia: Institut Universitari d'Estudis de la Dona.
- Siliprandi, E., Sabaté, A., Cruz, F. & Senra, L. (2018). *Mujeres y mundo rural: nuevos y viejos desafíos*. Madrid: Fuhem.
- Simmel, G. (2001). El individuo y la libertad. Ensayo de crítica de la cultura. Las grandes urbes y la vida del espíritu. Universidad de Los Andes, Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, N° 10, 107-109.
- Simondon, G. (2015). *La Individuación a la luz de las Nociones de Forma y de Información*. Buenos Aires: Cactus.
- Solari, A. (1971). *Sociología Rural Latinoamericana. Segunda edición*. Buenos Aires: Paidós.
- Sullerot, E. (1966). *Mujer. sexo y sociedad industrial*. Madrid: Ediciones Cid.

- Tavera García, S. (2008). Mujeres en el discurso franquista hasta los años sesenta. En Ríos, R. *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 239-265). Madrid: Cátedra.
- Taylor, S. & Bogdan, R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Thomas, W. & Znaniecki, F. (2004). *El campesino polaco en Europa y América*. España: Boletín Oficial del Estado, BOE.
- Tobío, C., Montero, M. & Sampedro, R. (2000). *La actividad laboral de las mujeres en las periferias madrileñas: discursos y prácticas*. Madrid: Publicaciones de la Dirección General de la Mujer de la CAM, N°17.
- Tommasi, W. (2002). *Filósofos y mujeres*. Madrid: Narcea ediciones.
- Touraine, A. (2007). *El mundo de las mujeres*. España: Paidós.
- Trapasso, R. D. (1990). Tráfico de mujeres: dimensiones internacionales de la prostitución. Dossier. *Nueva sociedad* (N° 109), 182-184.
- Trinidad, A., Carrero, V. & Soriano, R. (2006). *Teoría fundamentada "Grounded Theory": La construcción de la teoría a través del análisis interpretacional*. Madrid: Cuadernos Metodológicos, CIS.
- Tristán, F. (2003). *Unión obrera*. Colección socialismo y libertad.
- Trotsky, L. (1977). *Escritos sobre la cuestión femenina*. Barcelona: Anagrama.
- Tubert, S. (2003). *Del sexo al género los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.
- Tuñón de Lara, M. (1987). *La España del siglo XX. La guerra civil (1936-1939)*. Barcelona: Laia.
- UNESCO. (2010). *Compendio mundial de la educación. Comparación de las estadísticas de educación en el mundo*. Montreal: Instituto de Estadísticas de la UNESCO.
- Valcárcel, A., Folguera, P. & Durán, M. (2008). Los caminos del feminismo. En Ríos, R. *Historia de las Mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI (IV)* (págs. 413-493). Madrid: Cátedra.
- Valcárcel, M. (2007). Conceptualización del desarrollo y del desarrollo rural (segunda parte). *Curso Virtual de Postgrado "Desarrollo Rural: Nuevos problemas y enfoques"* (pág. Manuscrito). Argentina: FLACSO.
- Valdés, T. & Valdés, X. (2005). Entre la reinención y la tradición selectiva : familia, conyugalidad, parentalidad y sujeto en Santiago de Chile. En Valdés, X., Caro, P., Saavedra, R., Godoy, C.G., Rioja, T. & Raymond, E. *Familia y vida privada ¿transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos?* (págs. 163-214). Santiago de Chile: LOM.

- Valdés, X. (1995). Relaciones de género y transformaciones agrarias: la hacienda y la pequeña propiedad en Chile central. En Silveira, V., Valdés, X., Arteaga, A. & Arteaga, C. *Mujeres, relaciones de género y agricultura*. Chile: Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer CEDEM.
- Valdés, X. (1997). Las consecuencias de la modernización agraria en las relaciones de género en Chile. Central: temporeros/as de la fruta de Santa María y Sagrada Familia. *Latin American Studies Association, XX International Congress. Guadalajara, México* (págs. 1-13). Guadalajara: LASA.
- Valdés, X. & Rebolledo, L. (2015). Géneros, generaciones y lugares: cambios en el medio rural de Chile central. *Revista Latinoamericana*, 491-513.
- Valenzuela, M. (2003-2004). *Mujeres, Pobreza y Mercado de Trabajo, Argentina y Paraguay*. María Elena Valenzuela. Santiago de Chile: Organización Internacional del Trabajo, OIT.
- Valenzuela, M. (2016). Las bases epistémicas de la concepción feminista de la ciudadanía. *Revista Estudios Feministas*, Florianópolis.
- Valenzuela, M. & Reinecke, G. (2000). *¿Más y mejores empleos para las mujeres? La experiencia de los países del Mercosur y Chile*. Santiago de Chile: Organización Internacional del Trabajo, OIT.
- Valles, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Valles, M. (2005). El reto de la calidad en la investigación social cualitativa: de la retórica a los planteamientos de fondo y las propuestas técnicas. *REIS - Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 91-114.
- Valles, M. (2009a). Metodología biográfica y experiencia migratoria: actualidad del enfoque de los testimonios anónimos y de autor en el legado de Juan F. Marsal. *Papers*, 103-125.
- Valles, M. (2009b). Hacerse investigador social: testimonios del oficio y artesanía intelectual del sociólogo. *Revista Política y Sociedad*, 13-36.
- Valles, M. (2014). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Valles, M. (2019). Testimonios anónimos y de autor en la obra y la vida de Juan Maestre: analista e intérprete social de viejos y nuevos mundos. En Maestre, J. *Persiguiendo mi sombra. Pecado, culpa y sociedad en la España de Franco*. Sevilla: Red de impresión.
- Valles, M. & Baer, A. (2005). Investigación social cualitativa en España: presente, pasado y futuro. Un retrato. *FQS*, Volumen6, No. 3, Art.18.
- Varela, J. (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid: La piqueta.

- Varela, J. (2007). *Las reformas educativas a debate (1982-2006)*. Madrid: Morata.
- Varela, J. (2008). Historias de vida: la crisis del mundo rural. En Gordo, Á. & Serrano, A. *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: Pearson Educación.
- Varela, J. (2011). *Mujeres con voz propia*. Madrid: Ediciones Morata.
- Varela, J. & Álvarez Uría, F. (2008). *Materiales de sociología del arte*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Vargas Valente, V. (2008). *Feminismos en América Latina. Su aporte a la política y la democracia*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán / Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales • Unidad de Post-Grado • UNMSM.
- Viñao, A. (2009). *La alfabetización en España: un proceso cambiante de un mundo multiforme*. Obtenido de En Moreno Martínez, P.L. y Navarro García, C. (Coords.) *Perspectivas históricas de la educación de personas adultas*. Vol 3, Nº1. Universidad de Salamanca. Revista Electrónica de Educación y Formación Continua de Adultos, EFORA: http://campus.usal.es/~efora/efora_03/articulos_efora_03/n3_01_vinao.pdf
- Vives, L. (1948). *Instrucción de la mujer cristiana*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Wainerman, C. & Sautu, R. (2001). *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires: Lumiere.
- Walby, S. (1986). *Patriarchy at Work Patriarchal and Capitalist Relations at Work*. Cambridge: Polity Press.
- Wengraf, T. (2001). *Qualitative Research Interviewing: Biographic Narrative and Semi-Structured Methods*. London: SAGE.
- Wengraf, T. (2019). *Short Guide BNIM and Detailed Manuals PLUS Training Opportunities*. Obtenido de https://www.researchgate.net/publication/333389503_1_SHORT_GUIDE_May_2019_update
- Wolf, E. (1957). Comunidades corporativas cerradas de campesinos en Mesoamérica y Java central. *Clásicos y Contemporáneos en Antropología*, CIESAS, 1-17.
- Wolf, E. (1971). *Los campesinos*. Barcelona: Editorial Labor.
- Wollstonecraft, M. (2000). *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid : Cátedra.
- Yon, C. (2013). *Salud y derechos sexuales y reproductivos de mujeres rurales jóvenes : Políticas Públicas y programas de desarrollo en América Latina*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos, Programa Nuevas Trenzas.
- Yusta, M. (2005). Las mujeres en la resistencia antifranquista, un estado de la cuestión. *Revista Arenal* , 5-34.

- Zamora, J. (1999). Determinación de necesidades de investigación para establecer causas de resistencia a la asociatividad comercial campesina. *Revista Agro Sur*. Vol 27, N°1, Chile, 37-42.
- Zapata, S. (2001). *Conociendo a la joven rural*. Santiago de Chile: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), Agencia de Cooperación en Chile.
- Zevallos, J. (2003). La educación del bello sexo en dos novelas del siglo XIX: El caso de El Correo del Perú. *Revista Virtual de Literatura El Hablador*, n°15, https://www.elhablador.com/est15_zevallos1.html, 1-4.